

ENCICLOPEDIA

de la

EUCARISTIA

6

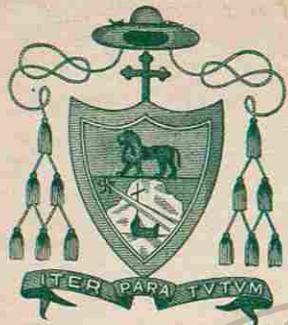
BX22 15

.A1

B8

v.6

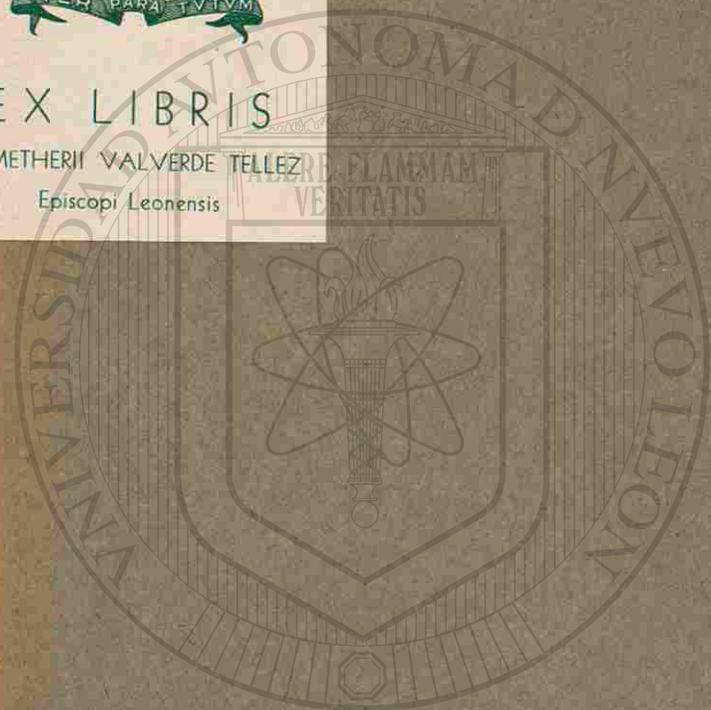
008984



1080016396

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis

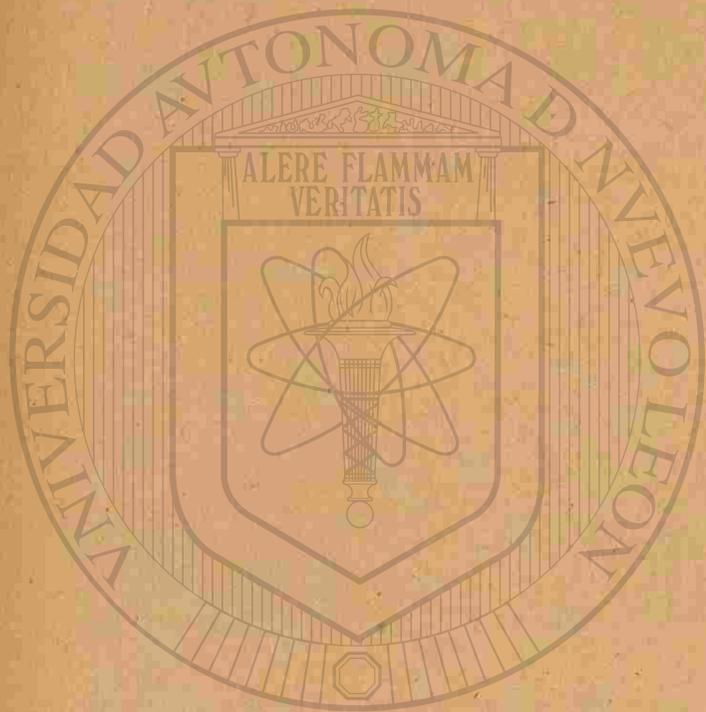


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

b/ad



ENCICLOPEDIA DE LA EUCHARISTÍA

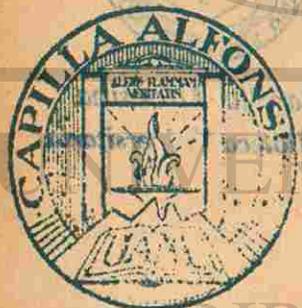
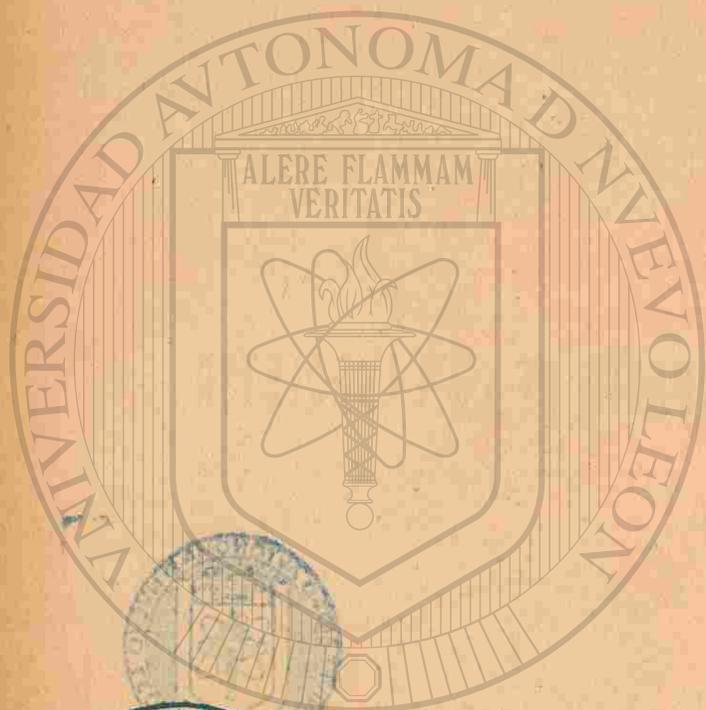


Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LIBRERIA CALLECITA
del S. Corazón de Jesús
S. JOSE EL REAL, 21



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

ENCICLOPEDIA DE LA EUCHARISTÍA

ESTUDIOS, DISCURSOS, MATERIAS PREDICABLES
Y CONSIDERACIONES
SOBRE EL GRAN MISTERIO DE LA FE

DESDE LOS PUNTOS DE VISTA

EXPOSITIVO-EXEGÉTICO-FILOSÓFICO-TEOLÓGICO-CIENTÍFICO
HISTÓRICO-CRÍTICO-ARTÍSTICO
MORAL-JURÍDICO-LITÚRGICO-CEREMONIAL
ORATORIO-ASCÉTICO Y MÍSTICO

EN PARTICULAR CON RELACIÓN AL MOVIMIENTO CATÓLICO INTELLECTUAL Y SOCIAL DE NUESTROS DÍAS

MONUMENTO Á JESUCRISTO SACRAMENTADO

NOTABLEMENTE ILUSTRADA EN SU PARTE HISTÓRICA

CON HERMOSOS FOTOGRAFADOS DE LOS MÁS IMPORTANTES Y RENOMBRADOS
OBJETOS Y MONUMENTOS ARTÍSTICOS,
ANTIGUOS Y MODERNOS QUE CONSTITUYEN UN

MUSEO ARTÍSTICO EUCHARÍSTICO MANUAL

POR EL

RDO. P. FR. AMADO DE CRISTO BURGUEA Y SERRANO

DEL COLEGIO DE MISIONEROS FRANCISCANOS PARA TIERRA SANTA Y MARRUECOS
(CHIPIONA-CÁDIZ)

Notas facite in populis adinventiones ejus.

I PARALIP. XVII 9.

Haced notorias en los pueblos las invenciones de
Dios.

LIB. I DE LOS PARALIPÓMENOS, CAP. 10, v. 8.

TOMO SEXTO

CON LAS DEBIDAS LICENCIAS

ESTEPA
IMPRENTA DE ANTONIO HERMOSO
1906

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Tellez

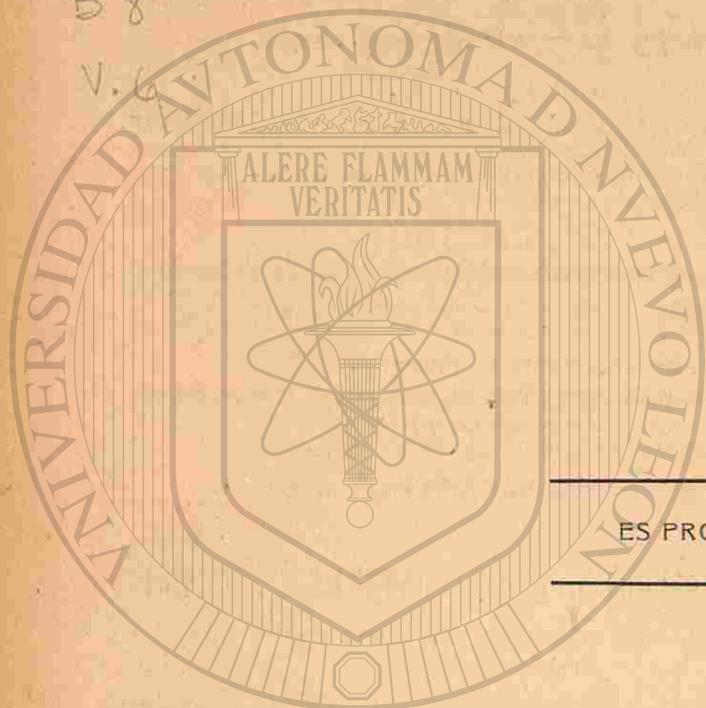
45561

Bx 2215

. A 1

B 8

V. 6



ES PROPIEDAD

ENCICLOPEDIA DE LA EUCHARISTÍA

PARTE IV

ORATORIO-ASCÉTICO-MÍSTICA DE LA EUCHARISTÍA

TRATADO V BELLEZAS DE LA SANTA EUCHARISTÍA

MINISTERIOS QUE DESEMPEÑA JESUCRISTO
SACRAMENTADO

Nihil enim efficacius videtur Nobis... catholicorum animis excitandis tum ad fidem sive profitendam tum ad virtutes christiano nomine dignas excedendas, quam ut alantur et acuantur studia populi in admirabile illud amore Pignus quod pacis vinculum est atque unitatis.
LEO PP. XIII.

Nada juzgamos más eficaz para estimular los ánimos de los católicos, ya á la confesión valerosa de la fe, ya á la práctica de las virtudes dignas del cristiano, que el fomentar é ilustrar la devoción del pueblo á aquella inefable Prenda de amor (la Eucaristía) que es vínculo de paz y de caridad.

LEÓN XIII,
en el Breve que declara á S. Pascual Ballón patrón de las Asociaciones eucarísticas.

INTRODUCCIÓN

Manifestar hasta la convicción las inmarcesibles glorias del excelso misterio de la Eucaristía; los amorosos oficios que desempeña Jesucristo en el Sacramento del Altar; la insuperable caridad que el mismo Salvador nos profesa en este Prodigio eucarístico; su inefable hermosura sacramental, en una palabra: es el triplicado objeto que me he propuesto en este humilde Tratado. Las Sagradas Escrituras, los Santos Padres y Doctores católicos, la Historia

008984

eclesiástica en sus variadas manifestaciones, las prácticas de los siervos de Dios amantes de la Eucaristía, y la razón cristiana serán las fuentes á la par que las autoridades de que me valgo para ornar la composición. La primera sección se ocupa de varios discursos eucarísticos de actualidad, en los cuales presento á Jesucristo Sacramentado como belleza sin igual y como remedio universal de las necesidades apremiantes de los tiempos presentes. La sección segunda, que se ocupa de las excelencias y oficios de la Santa Eucaristía, considerada como Sacramento, Sacrificio y Viático, á la par que está presentada en forma de sencillos discursos ó pláticas, sirve de espiritual lectura á todo católico, amante de Jesucristo; por manera que la parte oratoria y ascética, artísticamente combinadas, presentan uno é idéntico aspecto. Al fin de cada capítulo de la II y III sección, inserto un ejemplo edificante como prueba práctica de la doctrina precedente, á fin de que el lector se mueva á la sólida devoción de Jesucristo en el más bello de sus misterios. No sé si habré conseguido mi objeto.



SECCIÓN I

LA SANTA EUCARISTÍA CONSIDERADA
COMO LA OBRA DIVINA POR ANTONOMASIA

Discursos de actualidad.

DISCURSO I

La fe de la adorable Eucaristía es una fe eminentemente racional.

Qui credit in Filium Dei habet testimonium Dei in se.

I Joan. V, 10.

El que cree en el Hijo de Dios posee el testimonio de Dios en sí mismo.

1. La bella flor que exhala rico aroma para embalsamar el ambiente; el verde árbol del cual arracimados y exquisitos frutos cuelgan para fortalecer al hombre; el arroyo jugueteón que, deslizándose mansamente sobre blandos lechos de fina arena, sigue el curso de su destino; el útil irracional que satisface plenamente las necesidades y conveniencias de la vida; el alto monte sembrado de olorosas y medicinales plantas, cruzado de frescos manantiales y entretejido de resinosos arbustos; el suave céfiro que inunda los pulmones de exuberante vida, y el pintado pajarillo que revolotea en todas direcciones llenando el anchuroso espacio de arrobadoras melodías, besan alegres la Mano Omnipotente y publican acordes sus grandes maravillas.

Elevando al firmamento nuestra corta mirada, salta de pronto á la vista la hermosa confesión que aquellas lindas creaciones pregonan del Altísimo. Es el foco solar el que, esparciendo liberalmente sus inmensos rayos sobre los planetas, exclama al bañarlos con sus doradas luces: *Creo*. Es la majestuosa luna la que, marchando triunfalmente en su carrera, como reina vestida de brillante plata, nos dice al contemplarla: *Creo*. Son las rutilantes estrellas las que, engastadas por admirable modo en el azulado manto sidéreo, prorrumpen al ocultarse por la mañana: *Creo*. Es el claro día con su tranquilidad apacible, con sus cambiantes de luz, con sus alegres notas el que, después de haber cantado placentero las glorias del Eterno, al entregarse rendido en brazos del crepúsculo, añade: *Creo*. Es la imponente noche la que sustituye al día en sus himnos de alabanza al Criador, que, llena de severos encantos, y velando el sueño á los mortales, camina murmurando: *Creo*. Es el formidable rayo el que, mensajero de rigurosas órdenes, cruza furioso el espacio dejando en pos de sí una como visible estela que dice: *Creo*. Es la detonación inmensa que le acompaña y le sigue, la que en las alturas se traduce como manifestación espléndida y ruidosa de los prodigios del Eterno, y que así se expresa: *Creo*. Es el violento huracán el que, llevando el terror y la desolación, deja impreso hondamente por donde corre un lema en que se lee: *Creo*. Es... ¡ah! son todas las obras de las alturas las que á grandes y armonizadas voces declaran sin cesar los misterios obrados por el Excelso, que por algo había cantado el vate coronado: «Los cielos reseñan la gloria de Dios y el firmamento anuncia las obras de sus manos» (1). Y juntamente con las creaciones de las alturas, son todas las creaciones del universo las que con estupefacción sensible publican los arcanos del Altísimo.

2. Sólo el hombre ¿ha de reusar publicarlas? Sólo el hombre, en el que se resumen graciosamente los prodigios de la creación, y sobre la que posee una inteligencia sufi-

(1) Ps. XVIII, 1.

ciente para conocer y admirar al Creador, ¿se ha de negar á confesar las maravillas de su Dios? Voces amargas de la incredulidad contemporánea, de la que forma parte el mayor número de los hombres civilizados, ó que así se llaman, han llegado á aturdir horriblemente los sanos oídos de muchos de los creyentes. En nombre de la razón, en nombre de la ciencia, en nombre de la crítica, dicen, es preciso no dar ya más crédito á la Fe cristiana. Es una invención que la razón desaprueba, es un absurdo que la ciencia desvanece, es una locura que la crítica ha conseguido borrar del mundo civilizado, añaden. Pero también es preciso citar á juicio á esa falsa razón para hacerla ver que los Misterios del Catolicismo no son invención quimérica, sino verdades fundamentales; es indispensable emplazar á esa dolosa ciencia para demostrarla que nuestros Misterios no son absurdo evidente, sino dogmas conformes en un todo con la sana razón á la que ilustran; es necesario mandar comparecer á esa falaz crítica para presentar ante sus vendados ojos que los Sacramentos de nuestra Fe, y muy en especial el de la Santa Eucaristía, centro de los demás, no son insensata locura, sino realidades las más naturales y sencillas, atendido el sumo poder de Dios y las apremiantes necesidades del hombre.

Que así sea lo demostraré en el presente discurso, probando que—*La fe de la adorable Eucaristía es una fe eminentemente racional; y cuan lejos se hallan de la sana razón, de la verdadera ciencia y de la crítica sensata aquellos desdichados que opinan en sentido contrario.*— Con el desarrollo de esta proposición, de vital interés, habré conseguido realzar en todo su colorido el texto que me ha servido de encabezamiento á la presente oración; á saber: que el que cree en el Hijo de Dios posee el testimonio de Dios, ó la verdad en sí mismo.

Texto *ut supra*.

3. La Eucaristía es un misterio. Pero, ¿qué es misterio? Hablando en general, es una realidad inaccesible á nuestra

razón y que en alguna manera se descubre por uno ó algunos de sus efectos. Refiriéndonos, empero, á los dogmas del Catolicismo: misterio es una realidad inaccesible á la razón humana, pero revelada por Dios; por más que en algún modo se descubra también en sus efectos. No olvidemos estas sencillas definiciones, las cuales nos servirán de sólida base para desenvolvernos en el campo de las operaciones que intentamos ejecutar. Según ellas, á la manera que en el orden sobrenatural ó de la gracia, hay también misterios en el orden natural ó físico. Mas dentro de este admirable orden hay misterios que podemos llamar *absolutos*, ó ignorados enteramente de la ciencia, y misterios *relativos*, en cuanto que son accesibles, aunque imperfectamente, á los sabios; misterios en la metafísica y en la física, en las ciencias exactas y en el organismo humano, en el suelo y en la atmósfera, en todas partes hallamos misterios más ó menos profundos, más ó menos extensos, á los que la ciencia, por vana y presuntuosa que sea, no ha podido todavía, ni podrá en lo sucesivo, arrancar á muchos de los mismos el vendaje que los cubre. ¿Que no? Un poco de examen será suficiente para convenceros de este fenómeno.

1. La psicología, esa ciencia tan zarandeada por muchos presumidos filósofos que fantasearon haber resuelto satisfactoriamente sus intrincados problemas, ¿qué es lo que nos dice sobre el particular? ¿Cómo el alma, siendo puro espíritu, grita amargamente ante la sensación del dolor y se estremecede de gozo al contacto del placer? ¿Por qué la inteligencia, la memoria y hasta la voluntad se atrofian como pudiera atrofiarse un órgano del cuerpo? Diréis que todo esto es debido á las relaciones íntimas del espíritu con la materia; mas, yo á mi vez os preguntaré: ¿Cómo puede haber trabazón fuerte, unión perfecta entre dos substancias, tan heterogéneas y hasta opuestas entre sí, como éstas? ¿Cuáles y cuántas son las relaciones de que gozan? ¿Hasta dónde se extienden? ¿Cuáles son sus fenómenos íntimos? Misterios y nada más que misterios.

Apoyaos en la física, por medio de la cual se intenta hoy en

vano descifrar hasta los fenómenos más sublimes del orden metafísico. ¿Qué es lo que dice del calor y de la luz? Hasta hace poco los explicaba por el sistema de la *emisión*, según el cual, estos agentes son unas substancias imponderables, lanzadas por los cuerpos calientes ó luminosos con velocidad extraordinaria, y compuestas de partículas tenuísimas que marchan á distancias suficientemente grandes para no entorpecer sus movimientos respectivos; mas al tropezar con la grave dificultad de que, reunidas en un solo punto muchas moléculas de calor ó de luz, producirían enormes efectos mecánicos, lo cual jamás ha podido comprobarse, aspira á declararlos por la teoría de las *ondulaciones*, según la cual, el calor y la luz no son substancias sino movimientos vibratorios que se transmiten de los cuerpos calientes ó luminosos á todos los que les rodean; mas también ocurren en esta hipótesis no menos graves dificultades, como es el poder explicar la transmisión del movimiento vibratorio por los espacios planetarios, aunque para desvanecerla se admita el éter llenando los espacios vacíos. De manera que ni por medio de un sistema ni por medio del opuesto se solucionan los inconvenientes. Es que el calor y la luz son misterios.

¿Qué es el magnetismo? Es una simple manifestación de las corrientes eléctricas, ó se explica por la hipótesis de los flúidos magnéticos? Al fin la misma ciencia confiesa desconocer por completo la naturaleza del agente de los fenómenos magnéticos. El magnetismo es un misterio.

¿Qué es la electricidad? Una substancia muy sutil dotada de la propiedad de esparcirse velozmente por ciertos cuerpos. Pero, ¿cuál es la naturaleza de esta substancia? ¿Por qué no se esparce por igual en todos los cuerpos? Esto no lo explica porque no lo puede explicar la física. La electricidad es un misterio.

¿Qué es el tiempo? ¿Es el cambio de las criaturas, la revolución de las estaciones, ó la medida de la duración? San Agustín se proponía estas dudas en el siglo V, y aun no han podido ser aclaradas en el XX por los sabios. ¡Ah! es que el tiempo es un misterio.

¿Qué es la materia? ¿Cuántos son los cuerpos simples? Nadie ha sabido dar una definición exacta de aquélla, y en cuanto á éstos cada época descubre uno ó más. Y después se habla con mucho énfasis de las propiedades de la materia, de sus leyes, de su fuerza, cuando se ignora en qué consiste su naturaleza. Todo, menos confesar que es un misterio.

De la física pasad á las matemáticas, á esas ciencias llamadas con propiedad exactas, pero oscuras en el fondo, ya que adoptan por punto de partida principios realmente indefinibles.

Aritmética es la ciencia de los números. Y ¿qué es número? Algebra es la ciencia que considera la cantidad discreta, ó continua, del modo más general que puede considerarse. Y ¿qué es cantidad? Geometría es la ciencia de la extensión. Y ¿qué es extensión? Número, cantidad, extensión: tres misterios del orden matemático. ¿Acaso el plano, la línea, la superficie y la figura no son principios convencionales que en realidad no existen en la naturaleza, pero que la ciencia adopta racionalmente para resolver sus fundamentales teoremas? Luego esas ciencias son verdaderamente un misterio.

Estudiad el organismo humano y nunca acabaréis de salir del arcano. ¿No son misterios la digestión y la propagación humana? ¿No es un gran misterio que dos organismos de igual complexión, temperamento, edad, estatura, profesión, estado, ejercicio y alimentación, enferme gravemente el uno mientras que el otro subsista robusto; y que dos organismos enfermos, de iguales circunstancias que los anteriores, sane el uno con la aplicación de cierto medicamento mientras que el otro, usando idéntico específico, nada adelante en la salud ó quizá empeore? El diagnóstico del médico, aún el más eminente ¿no está envuelto siempre en las sombras del misterio? La muerte prematura en robusto mozo, ¿no es un hondo arcano?

Mas, ¿dónde no hallaremos profundos secretos? ¿En el suelo? ¿En la atmósfera? Preguntad á un naturalista, por qué

el grano que se desliza y hunde en la tierra germina y se desarrolla, mientras que el que está depositado en el granero, se apolilla antes que entra en las vías de la germinación? y os responderá, porque algo os ha de responder, que allí se desarrolla porque el suelo está dispuesto para semejante efecto, mientras que aquí no tiene lugar ese admirable fenómeno por la razón opuesta; y yo añado que éstas no son más que palabras que nada explican; realmente esa operación es un misterio. Preguntad á un meteorólogo sobre la constitución molecular de las nubes y os responderá que son un agregado de millones de vesículas llenas y rodeadas de aire saturado de vapor; al paso que otro profesor añadirá que son unas gotitas líquidas, sumamente tenues, flotantes como el menudo polvo en un aire cargado del vapor mismo; pero he ahí que ambas hipótesis dejan sin explicar la suspensión de las nubes en el aire; al fin nada resuelve la ciencia, para la que ese asunto es un arcano impenetrable.

Ved aquí, pues, bosquejados unos cuantos misterios existentes, tomados al azar de los varios órdenes de la naturaleza, cuya respectiva ciencia no ha podido todavía descubrir. Y si es cierto que la ciencia progresa y que con el tiempo algunos de los dichos misterios podrán serle penetrables, mas su mayor número son tan absolutamente secretos que jamás podrán serle accesibles.

5. Y al llegar á este lugar, precioso para el objeto de mi discurso, se me ocurren algunas observaciones, verdaderas y sólidas argumentos á favor de los misterios del Catolicismo, y por consiguiente del Misterio santo de la Eucaristía. *Primera:* Si hay tantos misterios en el orden natural, según acabamos de examinar, ¿no los habrá, no los deberá haber en el sobrenatural? Si en nosotros mismos, cuya naturaleza, por el contacto íntimo y constante que con ella tenemos pudiéramos más fácilmente conocer, y sin embargo hallamos arcanos tan hondos, ¿no los encontraremos fuera de nosotros, cuyos seres y objetos no nos son tan familiares? Y si hay secretos impenetrables fuera de nosotros, en

todas las manifestaciones de la creación, llamémosla física ó natural, creación accesible á la inteligencia humana, porque es finita, ¿no los habrá con doble razón en las manifestaciones de esa creación superior, alta y sobrenatural, creación más intrincada y por consiguiente menos accesible al humano entendimiento? Si el orden sobrenatural no puede negarse sin negarnos á nosotros mismos y á cuanto nos rodea, los misterios en ese orden son precisos absolutamente, por cuanto es absolutamente preciso que existan creaciones cuyo perfecto conocimiento esté reservado á solo Dios, su Autor; el carácter de estas sublimes creaciones, llamémoslas *misterios*, es infinito en razón de que para su comprensión es indispensable que la inteligencia que los haya de comprender sea también infinita. ¿Quién podrá conocer la Esencia divina, la Trinidad de Personas en la unidad de Esencia, la naturaleza íntima de la Encarnación del Hijo de Dios y los secretos asombrosos de la Eucaristía, sino el Infinito? Todo esto en cuanto á razones de orden natural; pues si deseamos valernos de razones de orden religioso, siendo éste asimismo absolutamente necesario, indispensable es también que ya que en la naturaleza se nos ofrecen misterios con objeto de estimular la inteligencia humana y reconocer nuestra pequeñez y la sabiduría divina, deban ofrecerse impenetrables arcanos en la esfera sobrenatural para estimular la inteligencia de la vida del espíritu, que es la fe, reconocer nuestra humildad y la grandeza y amor sumos del Altísimo.

Segunda: No el hombre profano, ni aun el erudito, sino la ciencia misma, á no ser que pretenda pasar por soberbia é inconsecuente, reconoce los misterios de la naturaleza; y al reconocerlos, los cree; y al creerlos, por más que no los comprenda, los admira y celebra. Si esto es así, ¿qué soberbia é inconsecuente no será la pretendida ciencia que no quiera reconocer y creer los Misterios de la Religión Católica, única verdadera, por más que no los comprenda? ¿Cuán fuera de tino no estará al negarse á admirar y celebrar nuestros arcanos, siendo así que son éstos *necesarios* y re-

velados y *en partes visibles*? Que sean necesarios ya lo hemos probado suficientemente; ahora nos incumbe examinar si son por ventura revelados y en parte visibles.

6. Existe, en efecto, una autoridad por esencia soberana é indiscutible. Esta autoridad es Dios. Dios que crea de la nada, porque es omnipotente; Dios que conserva sus obras, porque es eterno; Dios que gobierna sus creaciones, porque es sabio; Dios que ama sus producciones, porque es santo; Dios que no tiene límites en toda perfección, porque es infinitamente perfecto. Pues bien: este Ser Supremo, porque ha podido y tuvo voluntad de llevarlo á cabo, habló al mundo por medio de sus patriarcas y profetas; á él reveló algunos de los misterios sublimes del orden sobrenatural; y el Testamento viejo, irreprochable á los ojos de la historia, de la filosofía y de la crítica, es un documento que satisfactoriamente lo acredita. Mas también es la crítica, la filosofía y la historia las que se descubren reverentemente al Testamento Nuevo, el cual, en sus páginas de oro, nos asegura haber sido un hecho real y culminante la venida del Hijo de Dios al mundo para redimirlo, santificarlo y perfeccionarlo, quien acabó de anunciarle los demás hermosos misterios que el Cristianismo enseña. Luego es el Hijo de Dios la indiscutible autoridad que me afirma ser verdaderos los Misterios cristianos; y este Hijo de Dios, enviado al mundo por su Padre, Dios como su Padre, es la autoridad, por esencia soberana, que me garantiza la realidad inmensa de esos altos misterios. ¿No será, por consiguiente, una tremenda osadía y una locura incalificable pretender negar los arcanos católicos, sabiendo que es Dios quien los ha revelado? No será una imbecilidad suma poner en duda la autoridad divina? Luego nuestros misterios y por lo tanto, el de la santa Eucaristía, son razonables, no sólo porque son necesarios, sino porque se basan en la autoridad del Altísimo.

7. Pero el Misterio de la adorable Eucaristía es además en parte visible. Declaré anteriormente que en todos los órdenes de la naturaleza existen misterios, pero añado ahora

que estos misterios se revelan de alguna manera en sus efectos. Se revela el calor porque calienta, quema, abrasa y reduce á cenizas; la luz, porque es difusiva; el imán, porque, móvil sobre un eje vertical, dirígese de norte á sur; la electricidad, por sus potentes energías y asombrosos resultados; la sensibilidad del espíritu, por el gozo y el dolor, etc. etc.; y como estos hermosos arcanos, el bello Misterio de la Eucaristía se revela de alguna manera en sus efectos. Prescindamos por un momento de la autoridad de Dios; hagamos caso omiso, como lo haría, no el profano, que para saber necesita del apoyo de la autoridad, sino el hombre de ciencia que se vale para sus estudios del cálculo experimental, y observaremos que asimismo el Sacramento del Altar puede ser estudiado razonablemente. En sus efectos visibles se descubre tal cual es. Quizá porque os falta una buena dosis de fe no sintáis la presencia del Juez soberano cuando os halláis ante la Hostia consagrada; pero yo os invito á comulgar con las disposiciones debidas, disposiciones que constituyen el verdadero análisis del Misterio Eucarístico; y después que hayáis comulgado con esa preparación requerida, me responderéis que en efecto habéis sentido y experimentado en vuestra alma la presencia divina; que os habéis impuesto á vuestras mismas pasiones y á vuestras anteriores sugerencias, y que os sentís mejorados de conducta. ¿Qué significa la pureza proverbial de tantas vírgenes, el celo ardoroso de tantos confesores, la paciencia heroica de tantos mártires, la prudencia simpática de tantos prelados, la piedad y santidad de tantos justos? ¿Acaso no son todos éstos, inmediatos efectos de la Eucaristía? Para mayores pruebas de este aserto no quiero que apeléis á los centenares de milagros seculares obrados en testimonio de la realidad de este gran Misterio y consignados en toda clase de historias y de monumentos públicos; deseo, sí, que apeléis á vosotros mismos, á vuestra buena voluntad, para que ensayéis en vosotros del modo indicado esta hermosa realidad, y quedaréis convencidos de que la Eucaristía se descubre por sí misma.

Pero bien; demos por un momento que no se quiera dar asenso á la revelación, que no se quiera humillar la cabeza ante la evidencia demostrada por la experiencia; creéis por eso que el adorable Misterio de nuestros altares es menos evidente que los demás misterios del orden natural, y menos razonable que las restantes verdades humanas?

8. Yo no sé si os habréis fijado en que son muy pocos los sabios, y que la inmensa mayoría de los hombres, por no decir su casi totalidad, son profanos en los conocimientos humanos; que en consecuencia, para admirar, y, aun más, para creer los secretos de la ciencia se necesita que todos estos hombres ajenos á ella fien en la palabra de un inteligente, el cual, demos de paso, puede equivocarse. Todavía más; el hombre que ha consumido su vida en las bibliotecas, en los gabinetes, ó en los museos, necesita dar firme asentimiento á los principios, á los teoremas ó á los corolarios, quizá para él indemostrados, pero indiscutibles, á fin de poder dar un paso en el camino del saber, so pena de negarlo todo ó quedarse en la más negra incertidumbre. He ahí por que hemos sido criados más para creer que para comprender, mal que pese á la actual sociedad descreída, que fantasea haber descubierto los arcanos de la ciencia y del arte. Sí; el hombre ha nacido más para creer que para comprender, porque lo primero está más conforme con su naturaleza que lo segundo.

En efecto: creer es asentir á lo que se dice porque así lo dice quien puede saberlo; comprender es abarcar la verdad en todas sus partes y circunstancias. Cuando creemos nos adherimos firmemente á la autoridad que nos habla la cual garantiza por sí misma la verdad propuesta; cuando comprendemos, haciendo abstracción de toda autoridad, nos afianzamos á las razones que descubrimos en el hecho que anhelamos saber; y vemos claramente, como en espejo, la altura, la profundidad, la latitud, lo interior, lo exterior, el peso, la forma, la medida etc. del objeto que hemos intentado examinar. Mas ahora pregunto, ¿cuál de los dos actos es más conforme con la naturaleza del hombre? El soberbio, el necio y

el loco, de acuerdo con las ideas modernas, me responderán que el acto de comprender es más lógico, más natural y más noble para el hombre; pero yo les argüiré que esta manera de pensar, carácter del racionalismo de nuestros tiempos, es completamente errónea, ya que el acto de creer, por más que en cierto modo nos humille, es más propio de la inteligencia humana á la que ennoblece y dignifica, por otra parte, si la autoridad que le habla es indiscutible.

9. ¿Que no? En párrafos anteriores, al hablar de que en todas partes existen misterios y que todas las ciencias los poseen, pudimos entrever la demostración que anhelamos; mas ahora precisa robustecer aquellas ideas solidísimas con nuevos argumentos. Estamos acostumbrados á oír que el hombre sabe poco, que cuanto sabe lo conoce á medias, pues ignora el fondo de muchas cosas, y que cuando piensa haber tocado los confines de una ciencia se le presentan nuevos é interminables horizontes ante los cuales es miope la vista de mayor alcance. ¿Es cierto esto? ¡Ah! ¿Por qué no hemos de confesar que casi lo ignoramos todo, pues en todas partes hallamos enigmas indescifrables? ¿Por qué no hemos de confesar que el hombre de estudio, sabiendo mucho, piensa que aun le falta saber más, mucho más que cuando empezó sus estudios? ¿Por qué no hemos de confesar, en una palabra, que encerramos una inteligencia que para conocer alguna cosa necesita atenerse á lo que otros han dicho, examinado y descubierto de antemano? Ciertamente; no sólo es más propio del hombre creer, antes bien; todos los conocimientos humanos parten de un acto de fe.

Repasad, en efecto, una á una todas las ciencias, todas las artes y todas las industrias y os convenceréis de esta verdad. ¿Os referís á las ciencias exactas? pues si no creéis en el número y en las cuatro fundamentales operaciones de la aritmética; en el cálculo y en la notación algebráicos; en la línea, en el plano y en los difíciles teoremas de la geometría, no podréis dar un paso en la resolución de los problemas de estas hondas ciencias. ¿Os referís á las ciencias físicas? pues si no dáis entero crédito á las leyes in-

discutibles propuestas por sus cultivadores, á las diversas hipótesis sobre los agentes, á la indefectibilidad de los aparatos de experiencia y á las combinaciones de los cuerpos, no entenderéis una palabra de cuanto os preconizan la física y la química. ¿Os referís á la medicina? pues si no creéis á Hipócrates, á Galeno y á sus admiradores, podréis ya quemar los libros de patología y reiros de sus pronósticos y diagnósticos; de poco ó nada os servirán los medicamentos si no dáis fe ciega á la autoridad médica. ¿Os referís á la historia? precisamente la historia está cimentada absolutamente en la fe: creemos que Alejandro, y Aníbal y Constantino existieron; que existieron asimismo los babilonios, los persas y los cartagineses, porque la historia nos lo cuenta; si negamos ó ponemos en duda la autoridad de la historia el edificio inmenso de la erudición humana se derrumba por su base; la historia se apoya en la fe. ¿Quién sino ella ha dado con justicia entero crédito á los que le contaron los sucesos pasados? ¿Os referís á la geografía y al estudio de la naturaleza? Creemos que Pekín existe; que hay un polo norte, y que los pueblos de gigantes y enanos son una realidad; y por más que nada de todo esto hemos visto, empero le damos entero crédito porque nos lo aseguran los geógrafos. ¿Os referís al arte? Hay quien pinta un cuadro sin saber dibujar una circunferencia; hay quien canta y pulsa el teclado con alguna corrección sin conocer la teoría del arte; y no obstante hay que creer á los respectivos artistas que enseñan no ser posible ejecutar un buen cuadro y una buena pieza sin estar amaestrado en la teoría. Pero hay más; todos los días recibís el periódico, redactado por manos que no conocéis, pero que entienden de inexactitudes; y sin embargo, creéis cuanto os señalan esas interminables columnas de la prensa diaria. Ved, por lo tanto, como apenas hay un conocimiento humano que no tenga por punto de partida un verdadero acto de fe.

10. Ahora bien; y éste es mi argumento: si no podéis negar que asentís á cuanto os preconizan la ciencia y el arte, por más que no los hayáis sujetado á ligero examen, ni en-

tendáis sus profundos arcanos, y esto os parece razonable, lógico y sabio, ¿por qué no ha de ser sabio, lógico y razonable asentir á los misterios que nos propone nuestra Madre la Iglesia, sin examinarlos ni comprenderlos? Si creéis á la palabra del físico, del historiador y del geógrafo; ¿por qué no habéis de creer á la palabra de la Iglesia, maestra de geógrafos, de historiadores y de físicos? Si no os ruborizáis de dar fe al periodismo que os puede engañar, y que de hecho os engaña demasiadas veces, ¿por qué os ruborizáis de darla al Catolicismo que reconoce por Maestro una autoridad competente é indiscutible? Si creéis y admiráis los misterios de la naturaleza, ¿por qué no habéis de admirar y creer los de la gracia? Vosotros creéis, sin entenderlo, que el pan y el vino, ingeridos en el organismo, se convierten en substancia del cuerpo y de la sangre; y ¿no queréis creer que el pan y el vino, consagrados, se convierten respectivamente en el Cuerpo y en la Sangre de Jesucristo? Vosotros creéis, sin entenderlo, que aquel pan y vino materiales os alimentan y robustecen y satisfacen; y ¿no queréis creer que el pan y el vino de la Eucaristía alimentan y robustecen y satisfacen el humano espíritu? Vosotros creéis, porque os halláis á larga distancia, que una torre es redonda cuando en realidad es cuadrada, y aseguráis ver á un individuo, siendo cierto que es un árbol; y ¿no queréis creer, hallándoos á larga distancia del Infinito, que en la Hostia consagrada está realmente el Cuerpo de Jesucristo por más que parezca pan, y que en el cáliz consagrado está su verdadera Sangre por más que parezca vino? Allí os ilusionaron los sentidos; aquí también padecen engaño. Vosotros creéis sin acabar de comprenderlo que la palabra humana se propaga por el sonido y que llega toda entera á un mismo tiempo á millares de oídos, á tantos cuantos presentes estén á escucharla; y ¿no queréis creer que Jesucristo, el Verbo del Padre, la Palabra Increada, se multiplica en la Eucaristía, estando todo entero á un mismo tiempo en millares de especies eucarísticas, tantas cuantas presentes estén en el momento de la consagración? Vosotros creéis, porque

lo concebís así, que el pensamiento humano se traduce por medio de la palabra, y que una vez proferida ésta, no hay medio alguno de contenerla, dividirla ó aniquilarla; ¿y no queréis creer, y no podéis concebir que Jesucristo se halla en la Eucaristía á modo de espíritu que no puede ser detenido, dividido ni aniquilado? Vosotros creéis, admiráis y celebráis las sorprendentes creaciones naturales del Dios verdadero; y ¿no queréis creer, admirar ni celebrar otras creaciones, mucho más sublimes, producidas por el mismo Ser! ¿Dónde está la lógica? ¿Dónde el sentido común? La sociedad actual se precia de sabia y civilizada; mas, ¿podrá sostener tan flamantes calificativos sin caer en tremendas inconsecuencias? ¿Por qué negará á Dios sus obras más hermosas, cuando no tiene inconveniente de reconocer las menos lindas? ¿Ó es que no cree en ninguna clase de misterios, para hacer resaltar mejor su infatuidad y demencia?

¶ Pero hay todavía más. El conocimiento de los misterios de la gracia no está expuesto al error como lo está el conocimiento de los misterios de la naturaleza. ¿Cómo es eso? Aparte la razón primordial de la autoridad divina, debemos tener presente, que tanto el pasado como el presente conspiran á apoyar en todas sus partes los Misterios del Catolicismo, mientras que no han hecho otro tanto con los misterios de la ciencia y del arte. ¿Por qué? Muy sencillamente; porque en aquéllos han visto ó leído siempre la verdad clara y manifiesta, mientras que en éstos se ve titubear repetidas veces á la ciencia y al arte, pues lo que ayer afirmaron niegan al siguiente día y quizá reformarán mañana. ¿No es esto cierto? Antiguamente se nos decía en tonos magistrales que el alma se unía al feto, pasados muchos días después de la concepción; hoy se nos asegura, poco menos que dogmáticamente, que se une en el mismo instante de la concepción. ¿Quién lo sabe con certeza? Ayer no se creía en la posibilidad de la monomanía homicida, suicida é incendiaria, sin delirio, esto es: sin locura; pero hoy casi todos, por no decir todos los médicos legistas la admiten. ¿Qué habrá de realidad? Los galenos de ayer prescribían

como semiuniversal remedio la sangría; y los galenos de hoy, atribuyendo gran desacierto á sus antepasados, la proscriben casi por completo. ¿Quiénes acertarán? Antes del siglo XVI se creía por todos que la tierra se hallaba fija en el centro del universo, y que en derredor suyo giraban el sol, la luna y las estrellas. Copérnico, empero, hizo ver que el sol ocupa el centro del sistema planetario, y que en derredor suyo giran los demás planetas. Generalizado este sistema, se han sucedido otros reformándole. ¿Sabemos si mañana preconizará la ciencia en este sentido alguna otra reforma? La historia, ¿no trae bastantes asuntos de general interés, acerca de los cuales, historiadores de diversos tiempos están en completo desacuerdo? La física, la química, la botánica, la astronomía y, sobre todo, la geología, ¿han proferido ya su última palabra? Teorías que se contradicen; aparatos de observación que mañana dejarán de tener valor alguno; críticas opuestas entre sí: todo este cuadro nos presenta la ciencia para hacernos ver en último término que tanto el pasado como el presente están desacordes en la explicación de sus grandes arcanos, lo cual nos prueba elocuentemente que se hallan expuestos al error.

No experimentan la propia desgracia los Misterios del Catolicismo por la misma razón. Aun antes de que apareciera aquél, el mundo sensato persuadido estaba, como lo estamos nosotros, de las verdades fundamentales de la Religión; y una vez que el Cristo, Salvador del mundo, hubo diseminado por sí y por sus apóstoles la celestial Palabra, sus Misterios arraigaron en todas partes y en todas las épocas. ¿Tenemos ahora quizá otro Credo distinto del que predicaban los apóstoles? ¿Es la santa Misa de hoy una Obra diversa de la Misa que celebró N. S. Jesucristo? ¿Se distribuye otro Sangüis diferente del que propinó el Salvador á sus discípulos? Asambleas y disputas pudo haber acerca de varios Misterios de la Religión Católica, pero al fin una misma fe imperó siempre. También es evidente que hubo herejes que se levantaron para dar temible asalto á nuestros Misterios; mas una cosa buena practicaron seme-

jantes desdichados, y fué acrisolar la fe en los creyentes y estimularlos al perfecto obrar. Aquéllos pasaron por el mundo legando rencores y crímenes; la fe pasó también sembrando la fraternidad y el heroísmo; nada, ni aun casi la memoria, quedó de los herejes; la fe subsiste aún y subsistirá siempre: es que las puertas del averno no prevalecerán contra ella. Y así como la ciencia y el arte se encuentran acerca de sus arcanos en completo desacuerdo, ese mismo arte y esa misma ciencia han prodigado en todas las épocas y lugares al Dios de la Hostia santa sus tesoros, sus encomios, su aprobación incondicional. Hasta hoy en que, para que despierten los que duermen, gran parte de la ciencia y del arte parece como que han declarado guerra pública al Dios de los altares, lo mejor que se ha escrito y se ha compuesto y se ha perfeccionado en todos tiempos ha sido en orden y para apoyo y alabanza de Jesús Sacramentado, y, con nuestro Señor Sacramentado, para alabanza y apoyo de los demás misterios del Catolicismo. Luego es evidente que si el pasado y el presente conspiran unánimemente á sostener en todas sus partes nuestros misterios, lo cual no ejecutan con los de la naturaleza, es porque aquéllos no están expuestos como éstos al error.

Ahora bien: creéis y celebráis los arcanos de la ciencia que corren riesgo de padecer ilusión y error, y ¿no queréis creer y celebrar los arcanos de la Religión Católica que no sufren semejante desdicha? ¡Que locura!

12. Los que para creer en nuestro Misterio eucarístico y, por lo tanto, en los demás misterios católicos pretextan que ciertamente creerían si nuestros dogmas fueran tan claros y accesibles que pudieran comprenderse; ¿han pensado alguna vez que precisamente los misterios son los que dan carácter divino á nuestra augusta Religión y que, faltando ellos, pudiera en verdad decirse que la Religión que los enseña es una obra humana? Por cierto que nuestros misterios por ser tan elevados y sublimes y en armonía con la razón sana, no son, no pueden ser obra de hombres, cuya inteligencia jamás pudo inventarlos, sino obra de Aquél que posee una

inteligencia infinitamente superior á la de éstos. Las creencias de las sectas son claras, fáciles, adecuadas á una vulgar comprensión; y las que no lo son, ó se hallan rodeadas de una obscuridad que espanta y aleja de sí, ó son tan bajas y rastreras que mueven á la hilaridad y al desprecio. Esto prueba que las creencias expresadas son obras de hombres, pues caben sin esfuerzo en la inteligencia humana. Al experimentar diversa suerte nuestros misterios, el cristiano instruído suele decir: si los arcanos que yo creo y adoro son obra hermosa del Infinito, luego son verdaderos; luego la Religión que los predica es verdadera; y como únicamente puedo agradar á Dios de una sola manera, la que á Él gusta: luego las demás pretendidas religiones con sus secretos y dogmas son falsas.

13. Ciertamente que los misterios del Catolicismo, y en especial el de la augusta Eucaristía, son inmensamente ventajosos, pues nos espolean á que merezcamos por ellos ante Dios, y á que, armados de su fe, merezcamos la eterna vida. ¡Ah! demos de paso que pudiera haber Catolicismo sin secretos, ¿dónde estaría entonces el mérito de la fe, dónde la verdadera y titánica lucha entre la razón desordenada, que impele á creer contra lo que adoramos en la Eucaristía, y la autoridad divina que humilla esa razón? El legítimo heroísmo del hombre está ahí: en querer, en poder y en saber sujetar su razón á Dios como sujeta sus pasiones á la razón; esto es digno y noble; lo demás es gran desacierto.

Como el hombre de estudios que, después de haber examinado los secretos de la naturaleza, advierte que su corazón es inundado por el sentimiento de grandeza que aprehende del Infinito, y á la vista de ella contempla las perfecciones divinas, se humilla, se postra de hinojos ante la Majestad excelsa y le rinde el homenaje de la adoración, así el cristiano instruído que ha reparado el Sacramento de la Eucaristía, siente que su cuerpo es empujado hacia el suelo, donde, puesto de rodillas y con los ojos arrasados en lágrimas, bendice al Excelso, mientras que su alma humillada, reconociendo la magnificencia de su Dios, le adora. Sin los

misterios de la gracia, el cristiano no se humillaría ante Dios, como el hombre no se postraría ante su Autor sin los misterios de la naturaleza; y esta fe que debemos tener para creer nuestros arcanos ha de ser ciega, firme y constante; pero también racional, instruída y sabia: ciega, porque se funda en Dios; firme, porque es verdadera; constante, porque de otro modo no aseguraríamos la salvación; racional, para darnos testimonio de nuestra fe; instruída, para dar razón de ella á los demás; y sabia, para defenderla contra sus adversarios.

14. Debo resumir antes de dar término á la presente oración, á fin de poder desbaratar las objeciones presentadas por la sociedad moderna contra nuestro asunto, y formular la conclusión que proceda. Habéis visto que existen misterios en la naturaleza, y que no repugna los haya fuera de ella. Que ciertamente se descubren en el orden sobrenatural, ya que debe haberlos por fuerza del raciocinio, y porque Dios lo exige. Que si es razonable creer en aquéllos porque se revelan por sí mismos, mucho más debe serlo creer en éstos: 1.º Porque el Excelso, que no puede equivocarse ni engañarnos, los ha revelado; en consecuencia no están expuestos al error como lo están los primeros. 2.º Porque también se revelan en alguna manera por sí propios. 3.º Porque el pasado y el presente se aunan para apoyarlos y defenderles. 4.º Porque son necesarios. Según esto, cumple el creerlos y admirarlos, debiendo ser nuestra fe humilde á la par que racional.

Las investigaciones científicas, hechas con desapasionamiento, encuentran motivos fundadísimos para sostener el Misterio de los altares, y las que no gozan de aquel carácter tampoco encuentran sólidos argumentos para desacreditarle; el que está en contacto con el mundo de la ciencia persuadido está de una afirmación semejante. Luego contra el Sacramento de la Eucaristía nada puede oponer la incredulidad moderna. No es, no, nuestro Misterio, una invención que la razón desapruera, puesto que, si es invención, es una invención divina ante la cual se humilla la razón sen-

sata; no es, no, un absurdo que la ciencia desvanece, pues ya hemos comprobado que, siendo una verdad altísima, está en perfecta armonía con la razón humana, y al que la misma ciencia, de pie, descubierta é inclinada, adora; no es, no, una locura que la crítica ha conseguido borrar del mundo civilizado; pues la crítica moderna, ofuscada por los bellos resplandores de la Hostia Inmaculada, y confundida en sus mismos principios, ha tenido que morder el polvo que ella misma había agitado para oponerse al paso del Sacramento; llegando á declarar la sana crítica, la crítica racional, que en todas las épocas del Cristianismo se ha venido creyendo una sola fe.

Si todo esto es así, la conclusión que procede es bien sencilla; á saber: que el hombre, sea el que fuere, si es que está dentro del común sentido, debe por fuerza del raciocinio creer, admirar y postrarse de hinojos ante el Sacramento de los altares, ya que *la fe de este adorable Sacramento es una fe eminentemente racional*. Si así es, ¿por qué motivo la sociedad moderna se esforzará en no creer, á la par que en los demás misterios, en éste que, siendo base de la Religión, la ha civilizado? ¿por qué razón le mirará con criminal indiferencia y le tratará con porfiado desprecio? ¿por qué causa se revolverá furiosa contra su bien óptimo que es Jesucristo Sacramentado? Aparte las causas más ó menos graves que han contribuído á formar una sociedad descreída é ingrata como la presente, hay hombres que se empeñan en ser incrédulos y en bajar al fondo del abismo, y lo consiguen. Nuestra moderna sociedad tiene un empeño semejante, por desgracia; va bajando, aunque mejor dicho: va rodando hacia el fondo del abismo. Los principales factores de esta revolución, que podíamos llamar satánica, no pecan por ignorancia; saben lo que hacen, porque no les faltan luces, avisos y castigos; sin embargo se empeñan en rodar hacia el averno y en arrastrar consigo á millares de incautos, que éstos, sí, pecan por ignorancia porque ignoran lo que practican.

¡Señor Sacramentado! Piedad para los unos y para los

otros. Éstos ignoran el daño que causan. Perdónalos, como para los mismos solicitasteis desde la Cruz el perdón. Aquellos se proponen acabar consigo y con sus hermanos. Que vuestra gracia se derrame con más abundancia en los corazones de estos infelices, pues más la necesitan; y, supuesto que sin vuestra ayuda no podemos creer en orden á nuestra salvación, derramadla á torrentes sobre nosotros á fin de que creamos por siempre en este Misterio dulcísimo de los altares.



DISCURSO II

*Jesucristo Sacramentado
merece de justicia un culto supremo de latria;
y en nuestros días, más que nunca, se hace
preciso que este culto sea tributado por los ca-
tólicos y presenciado por los indife-
rentes y ateos.*

*Dignus est agnus, qui occisus est, accipere virtu-
tem, et divinitatem, et honorem, et gloriam, et be-
nedictionem.*

Apoc. V, 12.

Digno es el cordero que fué muerto de recibir vir-
tud y divinidad y sabiduría y fortaleza y honra y
gloria y bendición.

1. Dios; el hombre; la creación. Dios autor del hombre; el hombre rey de la creación; la creación puesta al servicio del hombre á la manera que el hombre está colocado al servicio de Dios. He aquí en pequeña síntesis el admirable orden de todo lo existente, su causa, su efecto, y su consonancia gratísima. Dios; ese Ser supremo y necesario, eterno é inmenso, omnipotente y santo, feliz en sí mismo, para cuya gloria bastan los fulgores de su existencia, irradió su infinita belleza en el espacio, y en la última de sus lindas creaciones, como si quisiera hacer un exacto compendio de todas ellas, formó al hombre á quien puso entre sí y los demás seres, precisamente para que, conociendo la superioridad que ejercía sobre éstos, notase al propio tiempo su dependencia de Aquél. El hombre, pues, colocado á tanta altura, hecho señor de la creación y súbdito del Creador, debería gozar de

relaciones íntimas con ambos, debería armonizarse perfectamente con ambos para ser feliz, de suerte que bastase el rompimiento con uno de ellos para dejar de ser dichoso, pero que fuertemente atado, íntimamente enlazado con los mismos sería capaz de satisfacción inmensa. No le basta, pues, al hombre volver sus ojos suplicantes á la tierra para en ella estacionarlos; es indispensable que los dirija al cielo, de donde tanta dicha le ha venido, para dar gracias al Ser supremo que le creara y solicitar su apoyo y protección.

Éste es sin duda el fundamento sólido del culto que merece el Ser Supremo y que el hombre debe prestarle en todo tiempo. Dios, en razón de creador, exige del hombre, su criatura, acatamiento profundo y homenaje espléndido. El hombre, en concepto de súbdito suyo, debe necesariamente reconocer á su Señor y, á más de amarle íntimamente, necesita demostrar este amor con actos de humilde adoración. «Adorarás á tu Dios y á Él sólo servirás» (1). Quien no rinda su entendimiento á esta primera verdad del orden natural, quien no doble su cerviz ante el acatamiento divino podrá divagar por todos los mundos posibles, si quiere, pero no estará en la verdad, no será nunca dichoso.

2. Y lo que acabo de apuntar respecto al hombre, considerado individualmente, débese afirmar del hombre social. La sociedad, no menos que la familia y el individuo, necesita dar un culto supremo al Hacedor. No hay, no puede haber distinción formal, en cuanto á este asunto respecta, entre el individuo y la sociedad, porque el hombre no fué creado para sí propio, sino para los demás; y si Dios le creó, no individual sino socialmente, dándole una grata compañera; y si á éstos dió hijos semejantes á ellos, es evidente que á todos y á cada uno por separado constriñe el deber de tributar el culto supremo. Pero no basta, no, en manera alguna, que cada uno de los hombres por separado, en el retiro de sus aposentos ó en el santuario de sus conciencias eleve al Increado el incienso de su adoración; porque si la

(1) Math. IV, 10.

creación toda debe reconocer á Dios como á su Autor, y si le precisa darle culto, y si el hombre es la expresión del universo, su alma y su caudillo, debe, en nombre de ese mismo universo á él confiado, rendir á su Señor los tributos de su amor y de un homenaje público. Ved aquí también el fundamento natural del deber que tiene la sociedad de adorar públicamente al Criador. Lejos de todo hombre culto y sensato, esa distinción ilógica y absurda que algunos han establecido entre el individuo y la sociedad, creyendo que ésta no está obligada á dar culto al Eterno como lo está el individuo, porque semejante desvarío, sólo puede ocurrirse á cualquiera que nunca examinó los fundamentos sociales.

3. No vengo yo ahora á amontonar citas bíblicas, en las cuales admiraríamos el mandato del Altísimo, impuesto á los individuos, á las familias y á las sociedades, de adorarle cumplidamente. El testimonio del pueblo hebreo tan rehacio siempre hacia la Majestad divina, y las pruebas evidentes que nos muestran todos los pueblos idólatras que no bebieron todavía las aguas de la verdadera doctrina, ó que si alguna vez la bebieron fué enturbiada y corrompida por sus descendientes, prueban hasta la saciedad el dogma de que me vengo ocupando. Más aun: el culto que en los primeros siglos del mundo se tributó al Criador por el pueblo predilecto fué siempre público en sí mismo y en todas sus circunstancias; tenía el carácter de la publicidad, y hubiera sido reo de majestad lesa quien hubiera intentado darle cualquiera otra forma; lo cual no prueba el fanatismo de los descendientes de Heber, sino la prescripción divina de que así se efectuase, y la rendida obediencia de los hebreos. Enó comienza á invocar el nombre del Señor é instituye el culto divino público (1), Malaleel lo continúa de un modo especial (2). Noé, apenas sale del arca, erige un altar y ofrece sacrificios al Señor (3). Abraham presenta suaves

(1) Genes. IV, 26.

(2) Su nombre significa: loador de Dios.

(3) Genes. VIII, 20.

holocaustos en el mismo lugar donde el Eterno se le había aparecido (1). Melquisedec, Aarón, Helí y los sucesores de éstos, dan públicamente al Dios de los altares el testimonio de su obediencia y la ofrenda de su gratitud. ¿Qué son y significan Bethel, Silo y Moria, y más tarde Jerusalén, sino lugares famosísimos donde los israelitas tributaban públicamente al Eterno un culto supremo? Las historias sagradas de los pueblos idólatras, aun aquéllas que se hallan mezcladas con errores los más espantosos, acreditan la universal idea del culto divino público encarnada en todo el género humano, y todavía admiramos hoy con horror la celebración de ciertos sacrificios humano-sangrientos llevados á cabo por los idólatras, cuya sencilla descripción horripilaría al hombre más despreocupado.

4. Este culto que el hombre debe á la Divinidad se sintetiza en la *Adoración*, acto solemne que se ordena á la reverencia del adorado, (2) y que cuando lo dirigimos al Eterno es un bellissimo acto de Religión con el cual le damos culto de *latria*, ó sea el sublime culto que podemos tributarle. Ese momento supremo en que todo el hombre se prosterna ante la Majestad divina, en que al propio tiempo que dobla sus rodillas en el suelo é inclina su frente sobre sí humilla las potencias de su alma recordándole con su memoria, y reconociéndole en su entendimiento, y amándole con su voluntad, y distinguiéndole de los demás seres en el fin de la adoración, es el momento en que el ser humano es más grande, puesto que se halla más cerca de su Autor. Nunca deberá el hombre confundir las adoraciones que tributamos á la Omnipotencia con la veneración que suele dar á la Virgen María y á los santos, y mucho menos con el culto civil que damos á nuestros semejantes, en dignidad constituídos; pues si para los primeros tiene la Iglesia ordenado un culto particular, diverso del que ofrece á Dios: la educación cristiana ofrece para los segundos el llamado comúnmente civil; y así como los jóvenes Ananías, Misael y Azarías se resis-

(1) Id., cap. XV.

(2) D. Thomás 2.^a 2.^a, q. 84; a. 1.

tieron á adorar la rica estatua de Nabucodonosor, y así como el humilde Mardoqueo jamás quiso prosternarse ante el orgulloso Amán porque se les exigía lo verificasen con culto de *latría*, así también el católico debe resistirse siempre á tributar á los seres criados las adoraciones que sólo debe á Dios.

5. Pero acerquémonos un poco más á nuestro asunto. Si la adoración suprema que acabo de explicar se debe única y exclusivamente al Eterno: su Hijo divino, el Verbo del Padre y figura de su substancia, Dios verdadero, exige también del hombre los mismos homenajes de *latría*. Esto es indudable. Mas el Verbo habitó entre nosotros, vestido de nuestra pobre carne, en la augusta y Divina Persona de Jesucristo; luego la augusta y Divina Persona de Jesucristo merece de justicia la adoración suprema; y como el Salvador del mundo, usando de los tesoros de su bondad y de su sabiduría y de su omnipotencia, quiso ocultar su augusta Persona tras los blancos velos de un Sacramento admirable: he ahí por que *este Sacramento Santísimo, en el que se halla real y verdaderamente el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo, merece de justicia este mismo supremo culto*; lo cual constituirá la 1.^a parte de la proposición, siendo mi propósito probar en la 2.^a que *en nuestros días, más que nunca, se hace preciso que el referido culto sea tributado por los católicos y presenciado por los indiferentes y ateos.*

Texto *ut supra*.

PARTE 1.^a

6. No hay duda que en Jesucristo, los vivos esplendores de la Divinidad quedaron admirablemente velados en su Cuerpo sacratísimo, pero que no por eso fueron menos refulgentes. Su Humanidad sagrada, brillante aureola en la que el Verbo quiso ocultar su Personalidad divina, no era ciertamente menos digna de adoración suprema que la misma Divinidad, puesto que sin ella no podríamos gozar de la bellísima Persona de Jesucristo. Siendo la unión hipostática, según los teólogos, la comunicación del divino

Ser, hecha por el Verbo, á la humanidad la cual tomó en su subsistencia; y resultando de esta prodigiosa unión un solo supuesto, Jesucristo, Personalidad divina: es evidente asimismo que la santa Humanidad de nuestro Señor Jesucristo, en cuanto está unida al Divino Verbo, debe adorarse con un culto de *latría* absoluto. El vate coronado, contemplando en espíritu al Santo de los santos humanado, afirmó de Él que le adorarían todos los reyes de la tierra, (1) y que todos los gentiles, por Él formados, vendrían y le adorarían en su presencia, y glorificarían su nombre, (2) y le servirían (1) á satisfacción suya: hermosa profecía que nunca pudo realizarse sino en Jesucristo, á quien, no sólo los monarcas de la tierra, sino el orbe en general han prestado rendimiento profundo y vasallaje perfecto.

Mas no se crea que son estos los únicos testimonios que auguraban las adoraciones que los hombres, llegada la plenitud de los tiempos, ofrecerían al Salvador. El mismo profeta vaticinó que los reyes de Tarsis, de Arabia y de Sabá, le adorarían y le presentarían excelentes dones: (3) vaticinio que se cumplió á la letra cuando los Magos adoraron á Jesús recién nacido; é Isaías no pudo decir una palabra más en obsequio del culto que todo el universo tributaría al Salvador (4).

Pero vengamos á examinar otros testimonios todavía más precisos que los anteriores. S. Pablo, el abanderado de Jesucristo, refiriéndose al divino Redentor, enseña que fué obediente hasta la muerte de cruz, por lo cual Dios le exaltó y le concedió un nombre que está sobre toda denominación, de suerte que al nombre de Jesús debe doblarse toda rodilla de los que están en los cielos, en la tierra y en los infiernos (5). Ahora bien; si sólo á la palabra Jesús debe hincarse toda rodilla, ¿cómo no deberá ejecutarse otro tanto y con mayor razón con la Humanidad sagrada del Hombre-

(1) Ps. 71, 11.

(2) Ps. 85, 8.

(3) Ps. 71, 10.

(4) Cap. 42.

(5) Ad Philip. II.

Dios? Pero adviértase, además, que si el Padre exaltó y otorgó un santo nombre á su Hijo encarnado, fué en recompensa de sus propios méritos; y Jesucristo, en efecto, únicamente mereció como hombre, porque nunca pudo merecer como Dios, quien es infinitamente santo. Luego necesariamente, la sagrada Humanidad de Jesucristo merece las adoraciones supremas de latría, significadas por la genuflexión.

Si quisiera discurrir por la tradición cristiana, tropezaría á cada paso con testimonios evidentes acerca del dogma que nos ocupa. Yo no quiero insertar más de uno. S. Juan Damasceno dice á este respecto: «Adoramos á un solo Dios perfecto y Hombre perfecto con el Padre y el Espíritu, juntamente con su inmaculada carne, con una sola adoración; y haciendo esto no servimos á la criatura, pues no adoramos á la carne desnuda, sino en cuanto ésta se halla unida á la Divinidad (1)» y el V de los concilios generales anatematiza á todo aquél que introdujese dos adoraciones distintas, ordenando que se adore con una sola adoración al Verbo encarnado con su propia carne.

7. Todos los hermosos pasajes del santo evangelio se hallan en perfecta armonía con el dogma consolador que acabo de proponer. No fueron únicamente los rudos pastores, quienes, dominados de gran alborozo, entraron en la humilde gruta de Belén á prosternarse devotos ante el Dios Niño envuelto en pañales; no fueron sólo los sagrados reyes magos quienes de lejanas tierras y en seguimiento de una rutilante estrella rindieron gozosos sus cervices al Salvador, y besaron rendidos sus tiernas carnes, porque lo uno pudiera alguien atribuirlo á efecto de entusiasmo y lo otro á preocupación de antiguos astrólogos. Fué también el inundo leproso quien, adorando al Salvador, al propio tiempo le decía:—Señor, si queréis podéis limpiarme (2).—Fué también la confiada Cananea que, á pesar de ser rechazada dos veces por Jesucristo, se prosternó en el suelo, y ado-

(1) Lib. III de fide.

(2) Math. VIII. 2.

rando al Salvador le suplica:—Señor, valedme (1).—Fueron también todos los pescadores que se hallaban juntos con Jesús en el barco, quienes, al ver con espanto que el tempestuoso viento cesaba á su imperiosa voz, estremecidos le adoraron, diciendo:—Verdaderamente que Éste es el Hijo de Dios (2).—Fueron, en una palabra, tantos ciegos que vieron, tantos sordos que oyeron, tantos mudos que hablaron, tantos enfermos que sanaron, y tantos muertos resucitados al solo impulso de su mágica palabra, quienes, reconocidos, adoraron á Jesucristo, y, dándole miles de gracias, se convirtieron á su doctrina. El mismo Salvador, en sabia contestación que dió al infernal espíritu, cuando éste, llevado de luciferina soberbia, intentó que Aquél le adorara, ¿no le dijo:—Al Señor tu Dios adorarás y á Él solo servirás (3)?—Y ¿quién es este Señor sino Aquél de quien el real profeta escribió:—Dijo el Señor á mi Señor, esto es, al Cristo venidero: Siéntate á mi derecha, hasta que ponga á tus enemigos por peana de tus pies (4)?—Ciertamente, Jesucristo fué adorado con culto supremo de latría, por todos aquéllos que le conocieron y á quienes una ráfaga de luz divina permitió distinguir al Salvador.

8. Hemos entrado ya de lleno en la doctrina que nos hemos propuesto desarrollar. Si la sagrada Humanidad de Jesucristo Señor nuestro mereció ser adorada y de hecho lo fué, según acabamos de observar, mientras transcurrió el curso breve de su vida mortal; asimismo deberá ser adorada en el Sacramento del Altar donde por fuerza divina misteriosa se halla tan realmente presente, como lo está ahora glorificado en el cielo. Estudiemos el asunto:

Jesucristo en el Sacramento del amor es absolutamente el mismo Jesús que está actualmente sentado á la diestra de Dios Padre. Su mismo santísimo Cuerpo, su misma purísima alma, su misma excelsa Divinidad, con la misma vida riquísima que le es peculiar, con las propias virtudes exce-

(1) Id. XV, 25.

(2) Id. XIV, 33.

(3) Math. IV.

(4) Ps. 109.

lentísimas que le adornan, con los propios atributos perfectísimos que le caracterizan como Dios, son los que poseen en la bella Eucaristía, así como son también los que poseen en la inefable gloria. La diferencia está en la forma; en el cielo se halla en estado de gozo beatífico, y en el Altar en estado de víctima aceptable. La diferencia está, además, en el modo, porque si en el cielo está como en lugar, siendo visible á todos los cortesanos angélicos, en la Eucaristía se halla á modo de substancia espiritual, invisible al ojo humano. Los accidentes eucarísticos velan de un modo milagroso la real Persona de Jesucristo, accesible únicamente á los seres humanos á quienes Dios favorece con semejante gracia. Si pues la fe nos asegura infaliblemente que después de la consagración del pan y del vino se halla realmente bajo ambas Especies eucarísticas el verdadero Cuerpo y la verdadera Sangre de nuestro Señor Jesucristo, juntamente con su alma y Divinidad, (1) esto es: la real Persona divina de nuestro Señor Jesucristo; y si por otra parte, esta sagrada Persona merece ser adorada con el supremo culto de latría, resulta á todas luces clarísimo que Jesucristo en la santa Eucaristía debe ser adorado con ese mismo culto supremo.

9. En efecto; la bella liturgia apostólica, trazada simbólicamente por S. Juan en su Apocalipsis, nos declara cual sea el culto que debe tributarse á Jesucristo Sacramentado. Es preciso que transcriba sus propios vocablos. «Y miré y vi en medio del trono y de los cuatro animales un cordero así como muerto... Y cuando hubo abierto el libro, los cuatro animales y los veinticuatro ancianos se prosternaron delante del Cordero, teniendo cada uno arpas y copas de oro llenas de perfumes... Y cantaban un nuevo cántico, diciendo: Digno eres Señor de tomar el libro y de abrir sus sellos porque fuiste muerto y nos has redimido para Dios con tu sangre. Y vi y oí voz de muchos ángeles al rededor del trono, y de los animales y de los ancianos, y era el número de ellos millares de millares, que en alta voz decían: Digno es

(1) Trid. sess. XIII, cap. 3.º.

el Cordero que fué muerto de recibir virtud y divinidad y sabiduría y fortaleza y honra y gloria y bendición. Y á toda criatura que hay en el cielo y sobre la tierra y debajo de la tierra y cuanto allí existe, oí decir á todas: Al que está sentado y al Cordero: bendición y honra y gloria y poder en los siglos de los siglos. Y los cuatro animales decían: Amén. Y los veinticuatro ancianos cayeron sobre sus rostros y adoraron al que vive en los siglos de los siglos» (1). Magnífico cuadro, todo él lleno de luz divina y de unción santa, porque si denota el culto que los ángeles y santos tributan al Señor en el cielo, ese Cordero que fué muerto y que nos redimió con su preciosa sangre, es la Divina Persona de Jesucristo que recibe las adoraciones de tantos cortesanos bienaventurados; pero si como enseñan los santos PP. y lo parece significar el génesis del mismo Apocalipsis, es dicho libro una hermosa profecía de los sucesos considerables de la Iglesia: ¿qué significa el cuadro descrito, sino la norma de la liturgia eucarística del tiempo de los apóstoles, en la que ese mismo Cordero estaba Sacramentado en el Altar, recibiendo el puro incienso de manos de los sacerdotes, las fervientes oraciones de los fieles y las gratas alabanzas y adoraciones de todos los cristianos? No hay duda que esta segunda opinión sea la más aceptada, aun de los mismos protestantes, cuyas blasfemias heréticas se estrellan contra estas magníficas lecciones del Apocalipsis.

Mas, si para alguno no fuera claro del todo el testimonio precedente, entonces le llevaría yo de la mano á la inmensa biblioteca de los santos padres y, tomando á S. Juan Crisóstomo, leería: «Considerad cuál sea la mesa del rey: los ángeles son los servidores: el rey allí está; si vuestros vestidos están limpios, *adoradlo y comulgad* (2).» Vería las catequesis de S. Cirilo, y notaría que añaden: «Llégate inclinado á modo de adoración (3).» Ojearía las homilias de Orígenes y encontraría que me advierten: «Cuando asistáis

(1) Cap. V.

(2) Hom. 16 ad pop. Antioch.

(3) 5.ª.

á los sagrados Misterios y vayáis á recibir el Cuerpo del Señor, guardadle la *veneración* debida (1)...» Estudiaría, finalmente, al Agustino, el cual, sin rodeos de ninguna clase, atestigua que nadie comía en su tiempo de la santa Carne sin antes adorarla (2). Así todos los santos padres. Fijemos ahora nuestros ojos en un monumento secular eclesiástico que despide fulgores los más intensos para estudiar á fondo nuestro dogma católico. Consiste en las elevaciones de la Hostia y el Cáliz en la Misa. Esa ceremonia litúrgica, para cuyo uso exige la Iglesia las atenciones de todos los cristianos y el empleo de diversos utensilios religiosos, prueba á no poder más la tradición constante de adorar á Jesús Sacramentado. Bien sé que la referida ceremonia no fué instituída en la Iglesia latina hasta principios del siglo XIII con motivo de los sofismas sacramentarios, y que se instituyó con el fin de proclamar el triunfo de la eterna verdad sobre el caduco error; pero también sé que mientras no existieron herejías directas contra la Sagrada Eucaristía, que fué durante los doce primeros siglos de la Iglesia, se adoraba á Jesús Sacramentado en muchas iglesias poco antes del acto de la Comunión, como al presente es usado por los griegos, y en todas cada vez que era presentada la santa Hostia ó el sagrado Cáliz al comulgante. Mas, cuando después de Berengario, sus desdichados prosélitos quisieron negar ó poner en duda la realidad del dogma eucarístico, entonces la Esposa del Cordero, con toda la plenitud de su poder, ordenó la elevación de las sagradas Especies en la Misa, precisamente para que el pueblo asistente, con la humildad y acatamiento interno y externo posibles, las adorasen: costumbre justa, costumbre santa, costumbre sapientísima, que ha venido hasta nuestros días desarrollándose sin interrupción con el aplauso de los buenos católicos.

Y no sólo la Iglesia latina adoró públicamente á Jesucristo Sacramentado en la elevación mencionada y demás actos litúrgicos, como exposiciones y procesiones eucarísticas:

(1) Hom. 13, in Exod.

(2) In. Ps. 98.

es también entre los orientales donde se adoró y se adora siempre al Salvador presente en el altar. De una parte, ¿qué son y significan las liturgias de los griegos, de los coptos, de los etíopes, de los sirios, de los nestorianos y demás pueblos orientales donde se ordena la adoración de la santa Eucaristía en la Misa, sino el testimonio perpetuo de la fe profunda en Jesús Sacramentado y de la práctica devota de aquellos pueblos en adorarle? De otra, en muchas de esas iglesias, ¿no se hace una larga profesión de fe sobre la presencia real antes de recibir la Hostia santa?

Para tranquilidad de las conciencias perturbadas, para confirmación de la fe en los débiles, para el aumento de la misma en los fuertes y confusión de la herejía proterva, el Tridentino puso el sello á la doctrina que en los antecedentes párrafos he venido sustentando. Enseña que el Unigénito Hijo de Dios, en el santo Sacramento de la Eucaristía, debe ser adorado con culto de latría, venerado con festiva y peculiar celebridad, llevado solemnemente en procesión, según el laudable y universal rito y costumbre de la Iglesia, expuesto al pueblo para que se le adore, y que sus adoradores no son idólatras; después de lo cual anatematiza á quien dijera ó enseñara lo contrario (1). He aquí, pues, en toda su bella claridad la doctrina de la Iglesia respecto de la adoración que debemos tributar al Santísimo Sacramento.

10. Pero es preciso que ahondemos más en el asunto. Podría alguno decir que muy puesto en razón está el que se adore con el culto supremo de que venimos hablando á Jesucristo presente en el Sacramento, haciendo abstracción de adorar las Especies sacramentales.

Sin duda es éste un error de consideración que necesito desvanecer por completo. En efecto; á la manera que, según declaré anteriormente, la santa Humanidad de Jesucristo, en cuanto está unida al divino Verbo, debe ser adorada con un culto de latría absoluto, así también las Especies eucarísticas, en cuanto constituyen con el Cuerpo y la Sangre vivos

(1) Trid. sess. XIII, can. 6.

de Jesús un solo sacramento, deben ser adoradas con dichos Cuerpo y Sangre sin separación y sin hacer abstracción alguna, con el culto supremo indicado. La fe nos enseña que por medio de la transubstanciación, toda la substancia de pan se convierte en el Cuerpo de Jesucristo y toda la substancia de vino en la preciosísima sangre del mismo Señor, quedando únicamente por modo admirable las Especies ó accidentes eucarísticos (1) para dar lugar al ejercicio de nuestra fe. Ahora bien; sin estos accidentes ó especies no hay no puede haber Sacramento. Jesucristo ha querido ponerse con las mismas especies y no sin ellas; y como todo el Sacramento del Altar, según afirma la Santa Iglesia, debe ser adorado con culto de latría y absoluto, luego es indispensable que en la adoración á Jesucristo Sacramentado, no hagamos abstracción de las Especies eucarísticas.

II. Los herejes, principalmente los pseudo reformadores del siglo XVI, no han cesado hasta nuestros días de arrojar inmundas blasfemias é infundadas impugnaciones contra el culto que la Iglesia Católica tributa á Jesucristo Sacramentado; ellos han dicho que la adoración al Sacramento no estuvo en uso en la Iglesia hasta fines del undécimo siglo, y que no la conocían los pueblos orientales; pero estas falsas diatribas quedaron antes desbaratadas. Ellos han añadido que cuando los Padres han hablado de adorar el Cuerpo de nuestro Señor Jesucristo, entendían que lo adoraban puesto no sobre el altar sino en el cielo; pero los pasajes anteriormente citados se vuelven contra semejantes teorías. Ellos han replicado que los términos de culto, veneración, devoción y adoración no significaron siempre el culto de latría que sólo á Dios se debe; pero, ¿acaso podrán los herejes esquivar el libro del Apocalipsis? Ellos han agregado que la S. Eucaristía no fué adorada en los tres primeros siglos del Cristianismo; mas ¿por ventura no existen las liturgias y los autores de aquellos tiempos que afirman todo lo contrario? Ellos se han esforzado en repetir que nosotros ado-

(1) Trid.

ramos en la Eucaristía únicamente las especies consagradas; mas ¿para cuándo se querrán los testimonios de una no interrumpida tradición que enseña que el cristiano adora en el Sacramento á Jesucristo presente realmente? Ellos, en fin, han acumulado una serie interminable de falsas imputaciones, propias de hombres ignorantes ó maliciosos, cuya mejor oposición consiste en presentar en escena á los mismos corifeos de la reforma á quienes veríamos impugnarse entre sí, contradecirse individualmente, blasfemar de lo más santo y representar en la comedia del protestantismo el papel de lucido payaso, cuando no el de furioso energúmeno.

12. Por el contrario, la práctica de la Iglesia en adorar á Jesucristo Sacramentado, que revela su fe constante en tan admirable Misterio, ha sido siempre una, como una es la verdad. Si quisiéramos discurrir por cada uno de los siglos del Cristianismo hallaríamos esculpido este maravilloso suceso, no sólo en los duros mármoles y en la blanda madera y en los variados y ricos metales, sino en el hermoso corazón de los fieles. El siglo I es el siglo de los apóstoles y de los discípulos del Señor; y entre éstos brilla S. Dionisio Areopagita que en sus *Catequesis Mistagógicas* nos patentiza la profunda adoración que nuestros padres en la fe tributaban al Sacramento. El siglo II es el siglo de las Apologías en defensa de la Religión; y S. Justino Mártir prueba magistralmente en una de ellas el culto que en las oscuras catacumbas y en las casas particulares se daba á la Eucaristía; es el siglo de las frecuentes y devotas comuniones, con razón envidiado de todas las épocas cristianas. El siglo III es el siglo de los mártires; y S. Cipriano, con el ardor que le consumía, animaba á los futuros mártires á que recibiesen con santo fervor el Pan de los fuertes, no sin haberlo antes litúrgicamente adorado. El siglo IV es el siglo de la paz de la Iglesia; y contando con ella, pasaron los cristianos á los templos edificadas y á las plazas públicas para venerar profundamente en la Misa el Misterio del amor; de esta santa práctica nos dan evidente prueba S. Cirilo de Jerusalén en sus *Catequesis*, y en sus cánones el Concilio I de Toledo.

El siglo V es el siglo de los grandes doctores de la Iglesia, S. Juan Crisóstomo, S. Jerónimo y S. Agustín, quienes, en sus magistrales obras, revelan la gran piedad que el pueblo católico profesaba á los terribles Misterios; es el siglo de la fe eucarística perturbada por el tristemente famoso Prisciliano, contra el que se levantaron los obispos franceses y españoles y se erigieron monumentos perpetuos, como la adoración secular al Sacramento en Lugo. El siglo VI es el siglo de los pontífices españoles S. Leandro y S. Isidoro; y éste último declara en sus universales obras el culto que debe tributarse al Sacramento del Amor. El siglo VII es el siglo de la conversión de los godos, que tantas pruebas de piedad sincera y de fe ardiente mostraron por el culto de la Eucaristía; es el siglo del Concilio IV de Toledo que con tanta sabiduría y aplauso universal redactó los hermosos cánones de la fe eucarística. El siglo VIII es el siglo de la valiente reconquista española, en la que cada templo restaurado era un himno de amor al Dios del sagrario; es el siglo de los tristemente célebres iconoclastas, que blasfemaban del Sacramento santo, quienes por medio de S. Juan Damasceno fueron reducidos al silencio. El siglo IX es el siglo del génesis herético-formal sobre la Eucaristía. Escoto Erigena, á quien había dado pie una carta del monje Radberto, blasfema directamente contra la fe de la presencia real y contra su hermoso culto; pero contra él se presentan en aguerrida batalla Rabano Mauro y Floro y S. Notker, quienes en sólidos y bien razonados escritos, le llenan de confusión vergonzosa. El siglo X es el siglo del monje Herígero, quien, en apoyo del culto eucarístico, redactó un erudito libro titulado del Cuerpo y Sangre del Señor. El siglo XI es el siglo del invicto S. Gregorio VII, quien, con motivo de la condenación de Enrique IV de Alemania, declaró cual era la veneración debida á la Hostia consagrada. El siglo XII es el siglo del melífluo S. Bernardo, quien nos legó poderosos argumentos en defensa de la Santa Eucaristía; es el siglo de las órdenes religioso-militares, cuyas constituciones revelan muy á las claras cual fuera el comportamiento piadoso de los caballe-

ros militantes en orden al Sacramento Smo. El siglo XIII es el siglo de los grandes fundadores de órdenes religiosas y de sabios amantes de Jesús Sacramentado; es el siglo del Papa Urbano IV que instituyó la solemne festividad del Corpus. El siglo XIV es el siglo del sutil Dunsio Escoto que defendió con sus fuerzas hercúleas el dogma del Sacramento eucarístico; es el siglo en que se generalizaron las solemnes procesiones del Corpus, las cuales, hasta nuestros días, patentizan la veneración grande del pueblo cristiano hacia el Misterio de los Altares. El siglo XV es el siglo del Papa Eugenio IV, que expidió un largo decreto á los armenios, entre otras cosas sobre el Sacramento del Altar; es el siglo de Jerónimo Savonarola en que hubo marcada reacción cristiana; es el siglo de los Reyes Católicos en que España y sus dominios á ellos sometidos daban fuertes pruebas de piedad en obsequio de la Eucaristía. El siglo XVI es el siglo de oro de la Iglesia por los innumerables santos y sabios que la poblaron y defendieron; es el siglo de la segunda irrupción sacramental, en la que Lutero y sus secuaces vomitaron horribles blasfemias contra Jesús Sacramentado; pero también es el siglo del famoso Concilio de Trento que condenó á tantos protervos herejes y señaló en definitiva el norte á la fe y á la piedad cristianas. El siglo XVII es el siglo de la devoción eucarística por el sinnúmero de cofradías y obras sacramentales fundadas; es el siglo de los célebres predicadores, y de las suntuosas funciones religiosas; es el siglo en que fué levantada la máscara á Jansenio que pretendía extinguir la sólida devoción á la santa Eucaristía. El siglo XVIII es el siglo del parcial eclipse eucarístico, experimentado en la devoción católica á causa de la funesta irrupción del volterianismo y de las sectas secretas; pero también es el siglo de los famosos apologistas, é incansables misioneros que ofrecieron sus recursos personales para que no se arrancase del corazón de los fieles. El siglo XIX es el siglo del renacimiento eucarístico que, á pesar del dique revolucionario y de las espantosas ideas, pudo abrirse paso para devolver á las conciencias la devoción á la Eucaristía

y entusiasmar á los buenos hijos de la Iglesia. Las obras eucarísticas de nuestros tiempos ¿quién no las conoce? El siglo XX ¡ah! ¿qué podrá ser el siglo XX? Nadie podrá aventurarlo; pero, si por sus principios podemos augurar lo que será, bien podemos afirmar que en medio del indiferentismo religioso existente hay un núcleo de fervorosos católicos que aman positivamente á Jesús Sacramentado, que le honran como es debido, que no desdican de las tradiciones sanas que nos legaron nuestros padres en la fe y que aumentan saludablemente y avanza con buen rumbo.

PARTE 2.^a

13. He ahí por que en nuestros tiempos, más que nunca, debe esforzarse sumamente el católico en ofrecer al Sacramento venerando un culto digno, privado y público á la vez. Sí; las circunstancias actuales lo reclaman, pues:

Lo reclama la dignidad del individuo cristiano. Sin Jesucristo no hay verdad en los labios, ni estabilidad en los propósitos, ni amor en el corazón, ni dulzura en el porte social; sin Jesucristo Sacramentado, que comunica de un modo seguro todas estas virtudes, ¿en qué lugar de la sociedad quiere presentarse el católico? ¿Entre sus hermanos en la fe? No; porque no podrá soportar la carga ligera de la Religión. ¿Entre sus hermanos según la carne? En el domicilio fraterno sembrará discordias. ¿Entre los indiferentes en doctrina? Nadie hará caso de su persona. ¿Entre los adversarios á Jesucristo? Ninguno fiará en sus afirmaciones. ¿Entre los porta-estandartes de la revolución? ¡Ah! Quizá no teniendo otro lugar seguro donde guarecerse se aliste en las filas del anarquismo para acabar con el orden social. Ciertamente que, amando á Jesucristo Sacramentado y dándole un culto dignísimo, podrá volver por los fueros de su dignidad cristiana.

Lo reclama su propia salvación. El Sacramento Santísimo es la inmensa fragua donde se labran perfectamente las virtudes cristianas. Sin gran acopio de virtudes no puede asegurarse la vida eterna. Al Sacramento, pues, hay que acu-

dir en demanda de las mismas, y sólo cultivando su amor, únicamente adorando y amándole es como podrán obtenerse. ¿Por qué no os decidís de una vez á creer profundamente en Jesucristo Sacramentado, á pasar con Él los ratos amargos de olvido de las criaturas, á gozaros con sus alegrías inefables, á obsequiarle en el templo y en la calle, en el sagrario y en los quehaceres, solo y acompañado? Pedid y recibiréis; llamad y se os abrirá; confiad, que es vuestro Padre.

Lo reclaman los pocos cristianos amantes de Jesús. Considerad cuan pocos son los que negocian su salvación; los demás se olvidan del Salvador. Es indispensable, pues, que os animéis á la conquista de esas almas que están muy cerca de extraviarse del buen camino; rogad al Señor, pedid y expiad por ellas. ¡Ah! Si lográis salvarlas, tenéis vuestras almas salvadas. ¿Os detiene quizá la frialdad que sentís? Acudid á la Hostia santa; cultivad su amor. Seguramente que saldréis caldeados de la Comunión.

Lo reclama el partido que se retira. ¡Ay! cuántas almas y cuántos católicos en las actuales circunstancias, unos por ruin cansancio, otros por triste cobardía, éstos por necia incredulidad y aquéllos por criminal comodidad ó vil negocio, se retiran del ejército activo de Jesucristo para formar lo que se llama la masa neutra, ó de católicos que nada hacen como no sea rezar, y esto indebidamente. Por éstos hay que pedir á Jesús; á éstos hay que atraer á la Comunión divina, para que, mediante ella, puedan ser robados al negocio y á la comodidad, al cansancio y á la cobardía y agregados á la comunión católica.

Lo reclama el partido que apostata. Miradlos; se nos van; y quizá se nos van para siempre. Y, ¿á dónde van? Apostatan de la fe de Jesucristo, se sustraen al amor del Sacramento para engrosar las filas de la revolución, que son las filas de Lucifer. ¡Pobres católicos! Al declararse fieros enemigos nuestros, nos combaten, y en nosotros combaten á Jesucristo que les redimió. Nos dejan solos y se asocian al desorden y al mal. Suena la hora de la horrible batalla.

Se disponen á dar el triunfo á Satanás. ¿Lo conseguirán? Nosotros mientras tanto, ¿qué hacemos? Permanecemos indolentes, divididos, devorándonos los unos á los otros horriblemente. ¡Ah! ¡Dios mío! ¿Pensamos unirnos? Vayamos á Jesús. Esforcémonos en darle culto social, atrayendo suavemente las almas en derredor de la Sagrada Mesa, y obtendremos la unión. ¿Queremos conseguir la victoria? Hagamos que Jesucristo sea adorado de todos los católicos como Él quiere, y Él mismo nos dará ganada la batalla.

Lo reclama el reino de Jesucristo y su gloria. Si el Hijo de Dios debe reinar sobre las conciencias tanto individuales como sociales, ved ahí que la gloria de ese mismo Hijo de Dios no aparece en muchas partes más que por la modesta iglesia que permanece casi todo el día cerrada y en la que apenas es adorado por unas cuantas docenas de católicos que asisten á la Misa ó al rosario. Lo demás está en general cerrado á Jesucristo, pues ni su nombre ni su acción se vislumbran más que vagamente. Preciso es, por consiguiente, tributar al Dios del Sacramento un culto privado y devoto y otro público solemne á fin de que replandezcan la fe en la Santa Eucaristía y con la Eucaristía la fe en el Catolicismo, y sobre todo, á fin de que brille la bondad del Salvador que se derrama sobre los que le aman y le adoran.

14. Pero no basta saber todo esto, porque asimismo es indispensable practicarlo; y no puede ser en manera alguna practicado religiosamente si se ignora la manera segura y digna de llevarlo á la ejecución. En efecto; precisa adorar á Jesucristo Sacramentado interior, exterior y públicamente. El Salvador enseñó que para adorarle debidamente se le debería adorar en espíritu (1). Ciertamente, lo primero que debe poner el hombre en acción al pretender adorar á Jesucristo Sacramentado, son las potencias del alma: recordando sus inmensos beneficios, creyendo firmemente su real presencia eucarística y los demás dogmas y sacramentos católicos, esperando sin vacilar en su gracia, en sus

(1) Joan. IV, 24.

mercedes y en la gloria venidera, si es que coopera á su propia salvación; reverenciándole, en suma, con temor santo y caridad perfecta. La razón humana frente á Jesucristo Sacramentado para adorarle no hace más que reconocer á su Criador y Redentor; se humilla, sí, pero no se aniquila como osaron decir algunos soberbios. Adorando profunda y dignamente la Hostia inmaculada es cuando la inteligencia humana está más próxima á su primera Causa, y de ésta sin duda recibe entonces mejor que nunca los destellos de la Luz increada que, alumbrando sus penumbras y sombras, la devuelve clara y hermosísima. ¿Puede la razón del hombre en otra ocasión gozar de mayor dignidad? No basta, empero, adorar á Jesucristo Sacramentado en *espíritu*; algo más añadió Jesús á esta palabra. «Es necesario, dijo, que aquellos que le adoren lo hagan en espíritu y *verdad*» (1). Por lo tanto; debiendo expresar este segundo vocablo algo más que el primero, claro es que si Dios, juntamente con el espíritu, nos ha dado también un cuerpo con objeto de que con él le sirvamos, precisa que entre el espíritu y el cuerpo haya suma armonía y perfecta correspondencia de actos. Por consiguiente, cuando adoramos al Salvador exteriormente ó con el cuerpo, podremos añadir que le hemos adorado con verdad. Es, además, conveniente insistir es este punto olvidado en gran manera de la mayor parte de los católicos y descuidada su práctica por un número mayor de fieles. Toda rodilla debe doblarse ante la presencia de la Hostia consagrada; siendo de notar que es suficiente bajar una sola rodilla cuando está reservada en el sagrario, acto que es preciso desempeñar con humildad pero sin afectación, con gravedad pero sin excitar la risa. La mujer debe adorar á Jesucristo lo mismo que el varón (2) y no se olvide jamás que semejantes reverencias y genuflexiones son de riguroso precepto eclesiástico, según lo prueba el que Pío IX se negase á conceder indulgencias á los que las practicasen.

15. Todavía no es suficiente adorar á Jesucristo Sacra-

(1) Joan. IV, 24.

(2) Sag. Cong. de Ritos.

mentado en espíritu y en verdad, porque, según demostré en la parte 1.^a de este discurso, Jesucristo es Autor y Rey, no sólo del individuo sino también de la familia y de la sociedad; por lo cual es indispensable á la sociedad y á la familia tributar á su Criador y Señor el culto eucarístico que merece. Jesucristo, en efecto, redimiendo al hombre ha redimido también á la familia, y tanto para aquél como para ésta se ha ocultado bajo los accidentes de pan y de vino. Urge por lo tanto á los jefes de las familias cristianas no desconocer este punto capital de la Religión, y ordenar á sus subordinados la práctica en común de adorar á Jesucristo Sacramentado.

Sobre todo la sociedad tiene el deber estrechísimo de sujetarse á esta ley divino-positiva. Por doquiera oímos repetir que la sociedad es independiente en absoluto, y que en asuntos de Religión no debe tener ninguno. Mas semejantes afirmaciones constituyen unas blasfemias horribles, espantosas, de consecuencias funestísimas, que tocamos todos ya, pero cuyos últimos desastrosos resultados se tocarán todavía más en el porvenir. Es la infernal blasfemia del crudo racionalismo, que así como imagina que la razón individual no debe sujetarse á la voluntad divina, menos quiere sujetar el proceder de las colectividades á esa misma eterna ordenación. ¡Desgraciada mil veces la sociedad que así procede! Por las razones que apunté anteriormente se deduce, de cuánta responsabilidad son ante Dios y ante los individuos de orden, aquellos jefes, gobernadores ó superiores del Estado que, discurriendo según las máximas del perverso liberalismo, nada hacen ni menos piensan hacer por dar á Jesucristo en público el culto de latría que merece. Y si ésto es así ¿qué censura divina y humana merecerán aquellos que no solamente nada hacen por que se adore al Salvador, sino que se asocian ó amparan á los adversarios de la Religión que estorban ó impiden los actos legítimos y públicos del culto católico?

16. He ahí por que no sólo sea conveniente, sino preciso, que, ya que poco hacen los que debían hacer, la so-

ciudad en general, aún la depravada, se dé buena cuenta del culto eucarístico. Porque importa mucho, muchísimo, la celebración del culto público en los lugares donde pululan gentes diversas, de ideas religiosas contrarias, todavía más que en los lugares donde la de Cristo está profundamente arraigada; ya que la medida del atrevimiento sectario se halla en razón inversa de las manifestaciones católicas. Cuanto más desarrollo alcance el culto divino público en todas sus manifestaciones, tanto más disminuye el vigor de los impíos y sus retos á la Religión. De la propia manera; cuanto menos frecuencia tengan los actos externos de piedad, tanta más osadía cobran las manifestaciones revolucionarias. Es que cuando los católicos, abandonando el campo que les es propio, se retiran al interior de sus iglesias ó al rincón de sus casas; es que cuando los ministros del Santuario, adoptando la misma medida, se retiran á sus sacristías, salen entonces los malvados de sus inmundas madrigueras á poseionarse del campo abandonado por los buenos; y una vez allí, cobran alientos para resistirlos, cuando no para atacarlos y batirlos.

En una palabra; se necesita que la sociedad en general sea espectadora de las funciones religiosas públicas, para que recuerde que Jesucristo todavía reina de hecho sobre ella, y se estimule á rendirle supremo homenaje y á servirle cumplidamente; se necesita que los malos cristianos presencien esas entusiastas manifestaciones de la piedad á fin de que se avergüencen de su mal proceder y cobren ánimo para el arrepentimiento; se necesita que los indiferentes en religión contemplen periódicamente las solemnidades externas para que, saliendo de su mortal letargo, se aficionen á los fervores del catolicismo; se necesita, finalmente, que los impíos, los herejes, los enemigos de la Iglesia, alguna que otra vez muerdan el polvo que los discípulos de Jesucristo agiten en las procesiones y peregrinaciones cristianas, para que se persuadan que los católicos no están solos, y que Jesucristo no ha sido todavía *aplastado*.

17. Apresurémonos todos los que aun guardamos con

temor en el fondo de nuestro pecho la llama del amor divino; apresurémonos á adorar rendidamente al Dios de los altares. Lo exige nuestra calidad de criaturas suyas, redimidas con la sangre de precio infinito que vertió en el Gólgota. Lo exige la dignidad altísima de Jesucristo, Rey y Señor de todos los hombres. Lo exige su voluntad soberana que nos lo intima bajo pena eterna, tanto á nosotros como á nuestras familias y á la sociedad. Adoremos al Dios-Hostia con la mente y con el corazón. Suban nuestras súplicas á Él como á Él suben los gratos perfumes del incienso. Hagamos también por que otros vengan á prestarle sus finas cortesías y á que le pidan favores; y ante la actitud de un siglo prevaricador que se atreve á mofarse de lo más santo, revistámonos de valor y energía, de celo y discreción; y doblando nuestras rodillas en medio de la calle, y desafiando las burlas y los sarcasmos de tantos desdichados, á la vista de la Hostia inmaculada, adorémosla con puro rendimiento y saludémosla con febril entusiasmo, diciendo al propio tiempo: *Sea por siempre adorado Jesucristo Sacramentado.*

DISCURSO III

¡Paso á Jesucristo Sacramentado!

Jesus Christus heri et hodie, ipse et in secula.
Jesucristo ayer y hoy, Él mismo también en los siglos.
Ad Heb. XIII, 8.

Atrás, corifeos del pagano mundo: deteneos silenciosamente en vuestra forzada marcha; rendid armas y humildemente doblad vuestra rodilla, que viene Jesucristo! ¡Atrás, soñadores de fantásticas quimeras: plegad vuestros impuros labios, retroceded ante la verdad, que la viene predicando Jesucristo! ¡Atrás, revolucionarios de todos los matices: cesad de pregonar felicidades mil y de ofrecer mentidas libertades; no trastornéis las conciencias de los individuos, ni bamboleéis el edificio de la sociedad, que viene Jesucristo ofreciéndonos la paz y dándonos su amor!

1. El mundo había perecido por el egoísmo. La raíz de este mal, que estriba en el corazón del hombre, se había secado, como se secan las plantas agostadas por los ardores estivales y por falta de benéficas lluvias que las refrigeren. El mundo, pero el mundo moral, había dejado de existir; el viajero sensato tenía noticia de él cuando, caminante, percibía alguna de sus huellas que fueron, como lo fueron alguna vez aquellas plantas que marchitas, tendidas y acurrucadas en el suelo, son movidas de vez en cuando por los

temor en el fondo de nuestro pecho la llama del amor divino; apresurémonos á adorar rendidamente al Dios de los altares. Lo exige nuestra calidad de criaturas suyas, redimidas con la sangre de precio infinito que vertió en el Gólgota. Lo exige la dignidad altísima de Jesucristo, Rey y Señor de todos los hombres. Lo exige su voluntad soberana que nos lo intima bajo pena eterna, tanto á nosotros como á nuestras familias y á la sociedad. Adoremos al Dios-Hostia con la mente y con el corazón. Suban nuestras súplicas á Él como á Él suben los gratos perfumes del incienso. Hagamos también por que otros vengan á prestarle sus finas cortesías y á que le pidan favores; y ante la actitud de un siglo prevaricador que se atreve á mofarse de lo más santo, revistámonos de valor y energía, de celo y discreción; y doblando nuestras rodillas en medio de la calle, y desafiando las bur-las y los sarcasmos de tantos desdichados, á la vista de la Hostia inmaculada, adorémosla con puro rendimiento y saludémosla con febril entusiasmo, diciendo al propio tiempo: *Sea por siempre adorado Jesucristo Sacramentado.*

DISCURSO III

¡Paso á Jesucristo Sacramentado!

Jesus Christus heri et hodie, ipse et in secula.
Jesucristo ayer y hoy, Él mismo también en los siglos.
Ad Heb. XIII, 8.

Atrás, corifeos del pagano mundo: deteneos silenciosamente en vuestra forzada marcha; rendid armas y humildemente doblad vuestra rodilla, que viene Jesucristo! ¡Atrás, soñadores de fantásticas quimeras: plegad vuestros impuros labios, retroceded ante la verdad, que la viene predicando Jesucristo! ¡Atrás, revolucionarios de todos los matices: cesad de pregonar felicidades mil y de ofrecer mentidas libertades; no trastornéis las conciencias de los individuos, ni bamboleéis el edificio de la sociedad, que viene Jesucristo ofreciéndonos la paz y dándonos su amor!

1. El mundo había perecido por el egoísmo. La raíz de este mal, que estriba en el corazón del hombre, se había secado, como se secan las plantas agostadas por los ardores estivales y por falta de benéficas lluvias que las refrigeren. El mundo, pero el mundo moral, había dejado de existir; el viajero sensato tenía noticia de él cuando, caminante, percibía alguna de sus huellas que fueron, como lo fueron alguna vez aquellas plantas que marchitas, tendidas y acurrucadas en el suelo, son movidas de vez en cuando por los

fuertes vendavales que las empujan á todas partes. Pero el mundo moral debía vivir, y si no podía tener existencia por el egoísmo debía tenerla por otro agente que soprase sobre su frío cadáver y le tornase á la vida.

2. Y este agente era el amor, amor eterno, personificado en Jesucristo, Hijo de Dios.

Las sociedades antiguas sentían necesidad de esta llama eterna como que estaban sentadas en las pavorosas tinieblas de la muerte y aspiraban á la vida; como que se hallaban duramente esclavizadas por el maligno espíritu y por los tiranos opresores de la tierra y suspiraban por su Libertador; como que padecían oprimidas de la cólera divina, y debajo de esa terrible coyunda gemían sin consuelo y buscaban un Redentor.

3. Los patriarcas, apoyados sobre el robusto cayado que guiaba á inmenso pueblo, y dibujándose en sus tostados rostros reflejos de tristeza, humildes le esperaban; los profetas, caminando por los áridos desiertos en busca de hombres para anunciarles la palabra divina, ansiosos le deseaban; las sibilas, tomando sonoras arpas y arrancándoles dulces acordes, fervorosas le vaticinaban; los rabinos, con el texto sagrado en la mano y sumidos en profunda meditación, convencidos le aguardaban; los idólatras, aun los más ignorantes, en sus mitos, gozosos le entreveían. El mundo suspiraba por el Deseado y el Deseado vino y habitó entre nosotros.

4. Mas entre los prodigios del amor de Jesucristo, el Deseado de los collados eternos (1), ninguno tan alto, ninguno tan excelente, ninguno tan hermoso como el que se llama por antonomasia: Prodigio del amor. El amor había de resucitar al mundo, el amor le había de conservar esa vida noble, espiritual y sobre terrena, propia de los hijos de Dios. Ese amor se cifró en la Divina Eucaristía; y esta maravilla sobre toda maravilla, y esta dádiva sobre toda dádiva, es la que, para vida del mundo, fué prometida por Dios, va-

(1) Genes. 49, 26.

ticinada por los profetas, esperada por los justos y deseada por el género humano sin excepción. Necesariamente Ella debía abrirse paso para conseguir este fin. Los hombres todos, de grado ó por fuerza, movidos por impulso divino, deberían también en todos tiempos franqueárselos.

Nosotros, para honor de esa Prenda de vida eterna, desde el fondo de nuestras almas no cesemos de gritar:

¡¡Paso á Jesucristo Sacramentado!! Y mientras tanto examinemos que *La Hostia inmaculada oculta en nuestros sagrarios y ofrecida en nuestros altares 1.º se ha abierto paso en todo tiempo, y 2.º, se abrirá paso por entre los individuos y las sociedades, á pesar de las dificultades opuestas por el infierno y sus seculares enemigos.*

PARTE 1.ª

5. La historia de la humanidad es la historia de la más cruel decepción. Los individuos, así como las familias y las sociedades más favorecidas del cielo por su talento y poder, trabajaron incansablemente por adquirir una posesión, un título, una dinastía, un imperio, creyendo erróneamente que este imperio, que esta dinastía, que este título y que esta posesión serían sin duda eternos, ó al menos mientras el mundo durase; pero un amargo desengaño coronó sus esfuerzos y desmintió sus esperanzas, viendo ellos mismos, ó sus descendientes, rodar por el suelo, entre el polvo y quizá entre la ignominia, la diadema y la corona, el diploma y la escritura pública por los que tanto se afanaron. Nabuco, Alejandro, Pirro, Aníbal, César, Constantino, Ataulfo, el Cid y Napoleón: grandes héroes, famosos conquistadores, en quienes competían el valor y la fortuna, y ante los que el orbe enmudecía, llegaron á fantasear que sus hermosas conquistas, que sus crecidos imperios se transmitirían á través de las edades; pero... el tiempo los ha sepultado en el olvido: ¿dónde están? Herodes, Nerón, Calígula, Atila, Muza é Isabel la sanguinaria; terribles azotes del Omnipotente que, para afianzar el trono, cubrieron de sangre, cenizas y desolación la tierra, y cuyas ambiciosas miras pre-

tendían al parecer nivelarse con las obras del Altísimo ¿qué se hicieron? Todo se hundió en el sepulcro, y la posteridad les execrará eternamente. Colón y Hernán Cortés, Vasco Núñez de Balboa y Magallanes, Elcano y Pizarro; nombres que con veneración repetimos, pero cuyos originales pensaron un día haber legado á sus descendientes la posesión de sus conquistas y de sus títulos, ¿dónde están? Triste suerte la de la humanidad doliente cuyas obras, conseguidas á fuerza de tantos trabajos y de tantos años, vienen á disiparse como el humo; si acaso, queda la fama; muchas veces, nada.

6. Lo que no obtuvieron tantos héroes con sus hazañas, ni tantos imperios con sus riquezas, ni tantas dinastías seculares con sus prohombres; lo que no alcanza ningún partido en el mundo por poderoso que se le suponga, lo consiguió Jesucristo, héroe divino, en quien se resumen la santidad, la sabiduría y el poder en grado infinito. Jesucristo, eterno como Dios, que señaló leyes al universo y condiciones á las gentes; temporal como hombre, que se humilló hasta darnos su propia carne en comida: entre estos dos puntos tan distanciados y tan contrarios, lo eterno y lo temporal, recorre como gigante su carrera, abriéndose paso por la eternidad hasta llegar á nosotros y prosiguiendo su triunfo sembrado de alabanzas y desprecios por parte de los hombres hasta llegar á los confines de las edades y terminar su carrera en la misma eternidad de donde partió sin abandonarla.

Las blancas nubes quieren romperse para dar paso al Salvador; y cuando este momento llega, después que el Verbo, divino por entre los vítores inusitados y las adoraciones profundas de los angélicos cortesanos, se abre paso para llegar al seno de una Virgen pura: cual fresco rocío matinal atraviesa los azulados espacios y asume la naturaleza humana exenta de los vicios de origen, pero cargado de las miserias á que éstos lugar dieron.

Como puro rayo de sol que penetra por limpio cristal sin romperlo, sale Jesucristo del seno virgíneo. Un ambicioso

rey maquina su muerte; hipócritas sacerdotes intentan perderle; orgullosos letrados pretenden confundirle; la plebe judáica, á la que multiplicados beneficios hiciera, desea exterminarle; y por más que todos y cada uno de estos malvados presumen haber conseguido sus criminales aspiraciones, Jesucristo se hace paso entre ellos, los despista y triunfa de sus dolosas intrigas.

7. Por amor á sus hijos, el Salvador instituyó el más augusto de los Sacramentos: su Carne y su Sangre preciosos habían de estar velados en él bajo las apariencias del pan y del vino; y esa Hostia inmaculada, cifra de las grandezas del soberano Autor de la naturaleza, que comienza por ser descreída de los cafarnaítas, mirada con desdén ó con indiferencia por algunos tibios discípulos, profanada por Judas en el cenáculo y blasfemada por Nicolás, uno de los primeros diáconos con sus secuaces: esa Hostia bellísima, aunque su autor vuela al cielo á recibir de manos de su Padre la recompensa merecida, queda en la tierra para consuelo de los mortales, siendo el blanco de las iras infernales, de las sátiras de los impíos y de los insultos de los herejes. No importa, no, que la perfidia judáica en su odio implacable á Jesucristo, desde los aposentos particulares y desde los antros masónicos hienda el puñal en las sagradas Especies, y profane los sagrarios con los sacrílegos robos de vasos benditos, y jure exterminar el Sacramento y la Religión de Jesucristo. Esta celestial Religión con su bello Sacramento, faro luminoso que destierra las tinieblas do se ve rodeada, subsiste hoy como ayer y como siempre radiante de hermosura.

8. Á la manera que el hermoso satélite de la tierra se adelanta majestuoso en su carrera, á pesar de las nubes que le velan, y recorre tranquilo su órbita bañando en luz tibia y plateada las regiones por donde transita, apareciendo, luego que las sombras se desvanecieron, más brillante si cabe que antes, así la Hostia sacrosanta, divino satélite de la Iglesia, si la frase me es permitida, que con su luz eterna baña suavemente la inteligencia humana, recorre la órbita

de los siglos, adelantándose cada vez con más grandeza, no obstante las nieblas de los errores que obscurecerle pretenden y la crueldad de los gentiles que con espeso humo de las hogueras cristianas eclipsarle intentan.

Pero, en vano los dioclecianos de todos los tiempos y de todos los países pudieron prometerse el aniquilamiento de una Religión á la que el mismo Dios Sacramentado vivifica; en vano hicieron correr ríos de sangre por las plazas y por los teatros y por los circos; en vano torturaban las carnes y molían los huesos y despedazaban los miembros y entregaban los cuerpos para pasto del hambre y de las fieras y de las hogueras y de los peces; en vano fueron la injuria, la calumnia, la amenaza y la desnudez, medios inicuos y bajísimos de que se valieron los gentiles para acabar con los tremendos Misterios de los altares, que daban energía y constancia á los fieles; en vano las órdenes y los decretos y las leyes imperiales se fijaban en las esquinas de la vía pública para perseguir de muerte el nombre cristiano; la Hostia Divina era la gigantesca columna de blanca nube que de día se adelantaba mágica hacia el término de la peregrinación israelítica, abriéndose paso por entre los caminos, las brechas, los ríos y los mares, é iluminando de noche las negras tinieblas del espacio para que nada tuviera que temer el pueblo de Dios y descansase tranquilo entre los tibios resplandores de la luz divina.

Y ese eucarístico Sacramento que, desafiando las águilas romanas, pasa á través de las cristianas cenizas salpicadas de sangre y depositadas en las pavorosas catacumbas y en las modestas criptas particulares; y ese eucarístico Sacramento que en manos del diácono y del acólito y del varón y de la viuda se pasea oculto por las calles de Roma, de Constantinopla, de Jerusalén y de Cartago: es el mismo Sacramento al que Constantino levanta suntuosos altares por doquier y al que himnos de gloria y olorosos perfumes y adoraciones mil se elevan públicamente en las iglesias restauradas, en los campos bendecidos, á bordo de las naves, en la plaza pública y en el desierto árido.

9. Jesucristo triunfa de los gentiles; mas en pos de los gentiles llegan los herejes que, brotando con fuerza del in-mundo cieno, y semejando á los hongos fétidos que el estiércol pare, pretenden oponer insuperable barrera al Dios-Hostia á fin de que su dominación no se extienda más allá de los confines de los países evangelizados, y aún en éstos surja la duda, la indiferencia, la negación y la blasfemia. Contemplad el formidable ejército que se estaciona en los campos de la humanidad para lidiar la batalla más decisiva al dogma por excelencia magnífico. Sus jefes con sus respectivos batallones aguerridos se aprestan unos en pos de otros durante la sucesión de los tiempos para engrosar las filas sectarias. Simón Mago, Severo, Taciano, Montano, Nestorio, Erígena, Berengario, Pedro de Bruis, Arnaldo de Vilanova, Wiclef, Lutero y Jansenio con sus secuaces, á cual con más fuerza y osadía, valiéndose del sarcasmo y de la calumnia, de la hipocresía y de la perfidia, del cuchillo y de la hoguera, quisieron detener el paso de esa Hostia Divina, fuente de vida y de amor; pero nulos resultaron sus trabajos. Á la manera que el viajero confiado en la Providencia es sorprendido en la mitad de su camino por horrible tormenta y sin volver atrás se guarece como puede en alguna venta ó choza miserable, así el Sacramento del amor, sorprendido por la chusma imbécil de todos los siglos, se guareció en manos de sus siervos, quienes á la vez se acogieron á la oración, casa segura de refugio; y pasada la revolución causada por los herejes, al modo que el caminante continúa su camino, lo prosigue también el Sacramento, que en Jesucristo es el viaje de la conquista de las almas.

10. Jesucristo triunfa de los herejes y se abre paso por en medio de ellos; mas en pos de los herejes se suceden los pseudo-filósofos, quienes, adoptando otra clase de armas doblemente punzantes y venenosas que las de aquéllos, ensayaron el medio de borrar del Credo su dogma admirable y de las conciencias su eficaz consuelo. Voltaire y Rousseau, Bayle y Diderot, D' Alembert y Marmontel, Damilaville y D. Argental, Thiriot y Federico II, inspirándose en el odio

y en la desesperación, mojaron sus infernales plumas en la hiel del rencor, y lanzaron á los cuatro vientos hojas clandestinas en las que el dogma católico se ponía en tela de juicio primero y se negaba después; y, cuando en medio del sarcasmo y de la orgía y de las felicitaciones de sus amigos creyeron aplastar á Jesucristo; y cuando se persuadieron que el mundo, como ellos, apostataba de la Religión, entonces se vió á Cristo Sacramentado, á la manera que el sol, disipadas las nubes de tormenta, brillar como nunca en las inteligencias de los creyentes y en las conciencias de los que jamás las cerraron á la ternura. Ellos mismos, los filosofastros, vinieron á buscar en la Religión el consuelo que en los últimos momentos de la vida se hace sentir en un corazón que estuvo abierto al crimen y cerrado á la virtud.

Pero, no: Jesucristo no fué aplastado, fueron ellos aplastados bajo el terrible peso de la ira de Dios, quien, en los breves y postreros instantes de su vida, les negó el consuelo por el que suspiraban. Jesucristo, así como nadie de Él se ríe sin castigo, así Él se ríe impunemente de los necios. Jesucristo siempre triunfó de sus enemigos. Éstos debieron exclamar al final de su jornada cual otro Juliano: *Venciste, Galileo, venciste.*

11. Los mal llamados filósofos armaron con sus flamantes escritos un millón de brazos para castigar la Europa bárbara y descomedida con el Crucificado. También se creía por los revolucionarios que con su trabajo iban á proscribir á Jesucristo de las conciencias y de las sociedades; y por más que bañaron á la humanidad en su propia sangre, y por más que la desolación y el luto visitaron todos los hogares, la revolución se detuvo en su carrera, dió paso á Jesucristo, y Jesucristo pasó adelante. Lo que no pudo conseguir el apóstata Juliano, ni el bárbaro Atila, ni el malvado Genserico, ni el vicioso Enrique VIII, ni la criminal Isabel de Inglaterra; ¿lo habían de conseguir los revolucionarios de fines del siglo XVIII? Es verdad que detuvieron las conquistas del Catolicismo en los países civilizados; es cierto que Jesucristo está parado en medio del camino para curar

las llagas cancerosas que causó una revolución impía, pero el Sacramento del amor, por esto que es de amor, multiplica los milagros, y si se detiene en un lugar se abre paso por otros infinitos; y he ahí que los montes conturbados (1) le saludan reverentes á su paso, y los mares detienen la furia de sus olas para presentarle como plateada alfombra la superficie de sus aguas, y Jesucristo pasa adelante y llega á mundos desconocidos; y en la América y en la Oceanía, y en el Asia y en el África, sienta sus reales por medio de sus ministros; y en todo lugar y en todo tiempo se levanta á los convertidos un altar, y se ofrece al Padre de las misericordias una Hostia inmaculada; y Jesucristo desde el altar consueta y bendice á sus hijos, abriéndose paso por entre el palacio y la cabaña, por entre el rico y el pobre, por entre el sabio y el idiota; y donde una necesidad se siente allí se presenta Jesucristo para remediarla, donde rueda una lágrima allí está Jesucristo para enjuagarla, y donde el pan del alma escasea, allá corre Jesucristo para ministrarlo.

¡Cuán bueno es el Salvador! Desde que vino al mundo para redimir al hombre del pecado, no ha cesado en la tarea de la redención. Jesucristo es fuego latente, y como fuego en acción no puede reposar. Pasó por todas partes haciendo bien; donde se le franquean las puertas entra compasivo y benigno, con las manos llenas de bienes para distribuirlos; donde se le cierran, lloroso y afligido pasa adelante buscando corazones abiertos. La semilla de su palabra y de sus bondades necesita encontrar almas generosas para colmarlas de las riquezas eucarísticas, y Él las encuentra, porque nadie ni nada puede detener su paso. Jesucristo, ha dicho S. Pablo (2), es de ayer y de hoy. *Jesus Christus heri et hodie.* Veamos ahora si también es de siempre.

PARTE 2.^a

12. Preguntar si Jesucristo Sacramentado es de todos los siglos, equivale á preguntar si las obras del Salvador

(1) Jerem. 4, 24.

(2) Ad. Heb. XIII, 8.

son eternas; y nadie, que no sea ateo puede negar el atributo esencial de la eternidad en Cristo Dios. El profeta coronado, hablando en espíritu con el Deseado de los pueblos, dice estas solemnes y textuales palabras: Tú eres sacerdote eternamente según el orden de Melquisedec (1). De Melquisedec nos consta que ofreció al Altísimo en oblación voluntaria pan y vino, materia indispensable del sacrificio de nuestros altares. Y si Jesucristo había de ser sacerdote según Melquisedec, lo había de ser precisamente porque ofrecería pan y vino transubstanciados respectivamente en su cuerpo y sangre. Pero Jesucristo debería ofrecer esta divina Oblación eternamente, no por sí mismo, porque terminada su terrenal misión entraría en el seno del Padre, sino mediante los sacerdotes que, sucediéndose unos á otros en el tiempo, recibirían el divino encargo de perpetuar el Sacrificio hasta el fin de los siglos. Ved aquí, pues, corroboradas las palabras del Apóstol, que puse por texto. Jesucristo es de ayer y de hoy y de todos los siglos; sus obras santísimas, lo mismo que ayer y hoy fueron y lo serán siempre eternas. La Hostia que adoramos los cristianos no sólo es del pasado y del presente, sino que será también del porvenir. Su benéfica y poderosa influencia, á la par que la ejerció hasta hoy, la ejercerá del mismo modo hasta la conclusión de las edades: *Jesus Christus heri, et hodie, ipse et in sæcula.*

13. ¿Cómo se verificará esto? No cesa Jesucristo de abrirse paso por entre toda suerte de hombres y de instituciones y de inventos y de regiones y de imperios á pesar de los obstáculos que diariamente se le oponen. El que pudo abrirse paso por entre las marítimas aguas, caminando tranquilo por su inmensa superficie sin que las olas ni los peces ni los escollos se le opusieran; el que pudo abrirse paso por entre los hipócritas fariseos y sus secuaces para no ser apedreado ni maltratado, sin que ninguno de los concurrentes se diera cuenta del suceso milagroso; el que

(1) Ps. 109, 4.

pudo abrirse paso por entre los etéreos espacios, desafiando los vientos y las nubes al subir al cielo: también sabrá y podrá abrirse paso por entre las duras condiciones del hombre y de los tiempos, permaneciendo impávido cual diamantina roca en medio del encrespado oleaje de sus perversos enemigos que interminablemente le vapulan.

14. Y no son ya los sacramentarios los que rechazan el Sacramento del amor y se mofan de otros santísimos dogmas católicos; ni los indiferentes los que como á idiotas se hallan de pie en las esquinas contemplando friamente y sin que les cause impresión ninguna cuanto en derredor suyo acontece; no son éstos, no, los que intentan impedir directamente el paso á Jesucristo; son, sí, los francmasones que, cobrando odio eterno á la Iglesia, y jurando exterminarla, profanan la sagrada Hostia, repitiendo la horrorosa tragedia del Calvario; y siendo los judíos modernos, en malicia más refinados que los antiguos, gritan á las sociedades y á sus gobiernos: *Crucifige, crucifige eum*; son, sí, los liberales que anteponen su razón á la voluntad eterna del Altísimo, que toman la autoridad, no por el delegado de Dios, sino por la suma de las voluntades de los individuos; que, ostentando en sus banderas el precioso y atractivo lema de libertad lo secularizan todo y esclavizan á la Iglesia y á sus ministros con el más fiero despotismo; que han acostumbrado, en consecuencia, al pueblo á despreciar lo más digno, lo más venerable lo más santo; son, sí, los libertarios que, pretextando nivelar las fortunas y hacerlo todo común acusan á la Iglesia de burgués y al Catolicismo de protector de los ricos y desamparador de los pobres, cuando ni una ni otra cosa sucede, y por esta sinrazón esperan acabar con Ella y con sus instituciones todas; son, sí, los internacionales, red de individuos sin pan y sin conciencia que, multiplicándose en todos los países, y merced á un credo común y á una consigna general, promueven periódicamente esos continuos alborotos y son causa de esos hondos trastornos que amenazan hundir la sociedad en el más espantoso caos; son, sí, finalmente, todos los seres de mala volun-

tad, los perversos, los ingratos de todos los tiempos que, aviniendo mal su proceder con las enseñanzas católicas, y teniendo en ellas el riguroso fiscal de sus depravados actos, quisieran que ninguna institución pudiera estorbar sus maléficis planes. ¡Ah! Jesucristo, desde la adorable Hostia, les predica la justicia, la paz y la resignación, pero ellos no quieren entender, no quieren escuchar á fin de no obrar el bien; (1) y por más que Jesucristo paciente se muestra á ellos sacramentado, cual en otro tiempo azotado y coronado de espinas se mostraba al pueblo deicida desde el balcón del pretorio, aquéllos como éstos repiten á coro, embriagados del delirio: *Tolle, tolle crucifige eum.*

15. Jesucristo, empero, no puede morir más que una vez, muerte que fué necesaria á la salvación del género humano. Y si entonces, al parecer, pudieron los judíos atajarle el paso deteniéndole tres días no completos en el sepulcro, ni el Redentor dejó en realidad de continuar su salvadora obra, ni después ha dejado de proseguirla nunca á la vista de los pueblos y de las edades.

No; jamás las puertas del infierno prevalecerán contra la Iglesia; y contra la Iglesia no prevalecerán porque no pueden prevalecer contra Jesucristo, su fundador; y si el infierno con toda su sabiduría de ángel, con toda su astucia de serpiente y con toda su malicia de satán nada puede contra el Hijo de Dios, ¿cuánto menos podrán los hombres y todo el género humano junto, seres mortales cuya misma muerte, ¡fantasma horrible! hace temblar de espanto á todos esos valentones de la impiedad y de la grosería?

16. Quién caiga sobre la piedra angular de la Iglesia, Cristo Jesús, ha dicho el Señor, se hará pedazos (2). ¿No lo véis? No habéis leído la historia de veinte siglos en que muchas aguerridas falanges de infelices convinieron como un solo hombre contra el Señor y contra su Cristo? ¿Dónde están? Han desaparecido, diréis; se han disuelto como la sal en el agua; la muerte los ha hundido en el se-

(1) Ps. 35, 4.

(2) Math. 21, 44.

pulcro, y más que en el sepulcro en la ignominia, y de muchos de sus delirios no queda más que el nombre. Pues los hombres, dicen las sagradas Letras, (1) son en todos tiempos los mismos; la decoración podrá cambiar, el espíritu del hombre, no; la historia de la humanidad está dotada de ciertas leyes por las cuales uniformemente se rige en todas las épocas. Creed; lo que en este asunto no han podido los hombres hasta ahora, nada podrán en lo sucesivo. *Jesus Christus... et in sæcula.*

Por eso desaparecerán los protestantes, después de haberse fraccionado infinitesimalmente, y cuando hayan dado origen á otras mil doctrinas que serán las primeras en arrojar el lodo de la execración al propio luteranismo, su padre. Por eso desaparecerán los francmasones, después de haber robado á los hombres la conciencia y el pan, y cuando éstos conozcan el engaño y la perfidia de que fueron objeto. Por eso desaparecerán los liberales, después de haber ensayado todos los sistemas de libertinaje, sin haber conseguido más que la confusión y el malestar general, y cuando los hombres sensatos, cansados de tanta humillación y sarcasmo, lo arrojen con ignominia de las altas esferas. Por eso desaparecerán los libertarios, después que hayan intentado nivelar las fortunas, y cuando éstas se disipen de entre sus manos. Por eso desaparecerán los internacionales, después de haber reducido el mundo á la depravación, al despotismo y al caos, y cuando noten que con su misma obra anárquica se evaporaron sus tristes ilusiones. Por eso desaparecerán todos los hombres de mala voluntad, siquiera sea al fin del mundo, después de haber sido convertidos unos por Elías y Henoc y reprobados otros por el Juez de las eternidades, y cuando vean que los tiempos de obrar el mal tuvieron término. Sí; desaparecerán todos éstos: indudablemente desaparecerán, como han desaparecido funestamente de la trágica escena del mundo todos los perseguidores de Jesucristo y de su Iglesia, llevándose á la

(1) Eccles. VII, 11.

tumba los negros crespones de la risa no contenida de los sensatos, de las esperanzas no realizadas de los necios que les siguieron y de la execración universal. Sí; desaparecerán: indudablemente desaparecerán, como van desapareciendo diaria y no menos funestamente todos cuantos han intentado aniquilar ó molestar la obra del Salvador sin haber conseguido más triunfos que los anteriores, logrando en último término purificar á los católicos de las miserias que pudieran haber adquirido en tiempo de calma, y ayudarles á aguzar el arma de la paciencia y del valor. Sí; desaparecerán: indudablemente desaparecerán, mas no desaparecerá Jesucristo Sacramentado y su Iglesia. Piedra inmovible, contra Ella se harán añicos todos sus perseguidores, y cual pelada roca, azotada por embravecidas olas, la Divina Eucaristía subsistirá firme é inquebrantable en la sucesión de los siglos, brillando tanto más cuanto más perseguida. Y como las bellas claridades de la aurora que anuncian el día espléndido, así Ella en este mundo nos hará vislumbrar las bellas claridades de la eternidad para poseerlas á continuación de esta pasajera y mortal vida.

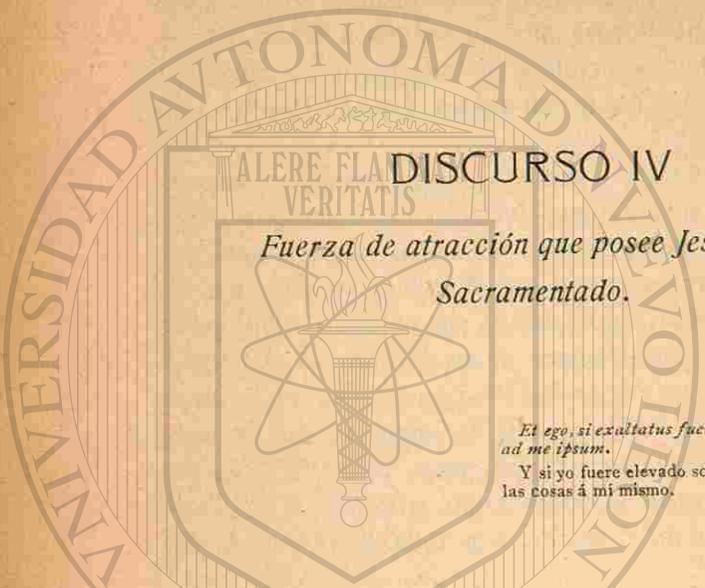
13. ¿No observamos cada día, cómo los hombres y los pueblos y las naciones y los gobernantes y los príncipes se convienen para derribar á Jesucristo de sus altares; y Jesucristo, por más que en algunas naciones, para su propia perdición, ha sido lanzado descaradamente del trono oficial, sin embargo reside en el trono de las conciencias? Es que Jesucristo reina. ¿No vemos cómo una revolución desaconsejada é impía, triunfando repetidas veces de la justicia y del orden, se mofa y persigue públicamente á los ministros sagrados, pone la piqueta demoleadora en los templos, y los reduce á pavesas, impide los actos religiosos, multa á los católicos, encarcela á los sacerdotes, quizá mande alguno de éstos al patíbulo, nada quiere con Jesucristo, y sin embargo, la sangre de un mártir es semilla vigorosa de cristianos; y de la cárcel salen los presos con más energía que entraron para defender á Cristo; y de las prohibiciones civiles surgen las protestas y la unión de voluntades; y al la-

do de una iglesia derruída se levanta otra más rica que la primera? Es que Jesucristo vence. ¿No vemos cómo después que han pasado los perversos ministerios y las revoluciones escandalosas y los hombres inicuos, se ve germinar y florecer la Religión, cual rosa en la primavera, y por más que quizá se sienta llorosa sobre un montón de escombros, empero surge alegre, recluta á sus huestes, las congrega y las arenga para que no teman seguir á Jesucristo? Es que Jesucristo impera.

Sí; Jesucristo vence, Jesucristo reina, Jesucristo impera; y vence por el amor que nos declara en la Eucaristía, reina con el amor que preside en la Eucaristía, impera mediante el amor que le profesamos y que directamente nos viene de la Eucaristía. Pero Cristo vence, Cristo reina, Cristo impera por siempre y para siempre: *Jesus Christus et in sæcula*.

Desengaños, enemigos de Dios: que Cristo es de siempre. Haced cuanto alarde queráis de impiedad, que no venceréis jamás á Jesucristo. Dejad, pues, pasar la obra del Salvador; y nosotros, mientras tanto, gritemos á nuestros adversarios y á todo el mundo con toda la fuerza de los pulmones:

¡PASO Á JESUCRISTO!



ALERE FLAMMAM VERITATIS
DISCURSO IV

Fuerza de atracción que posee Jesucristo
Sacramentado.

1. Se había celebrado con la pompa y solemnidad que registran los evangelios la entrada del Salvador en Jerusalén. Momentos después, el cielo, por medio de hermosos resplandores y la audición de la misteriosa voz del Padre, quiso dar testimonio de que Jesucristo era Hijo de Dios. Aprovechándose el Redentor de estas circunstancias, que tanto le favorecían, pronunció enfáticamente entre otras la siguiente frase: «Si yo fuese alzado sobre la tierra atraeré todas las cosas á mí mismo.» Se refería, dice el evangelista, á la muerte de la cual debía morir.

Llegó ese momento crítico, extraordinario y providencial en que Jesucristo iba á ser alzado sobre la tierra, cosido su venerable cuerpo á un madero, é iba también á ejercer sobre todas las cosas poderoso influjo de atracción por el que el universo todo, no sólo debía dar testimonio público de su divinidad, sino que, llevado de la fuerza mágica del bri-

Et ego, si exaltatus fuero a terra, omnia traham ad me ipsam.
Y si yo fuere elevado sobre la tierra atraeré todas las cosas á mí mismo.
JOAN. XII. 32.

llante imán que se destacaba sobre la Cruz, iba á ser conducido á Él con dulce violencia.

2. Todo estaba preparado, y el sabio Creador de la naturaleza iba á bendecir las obras de sus manos en el momento mismo en que los hombres, porción más noble del universo, dominados de extraña ceguera, iban á crucificar infamemente á su Autor. Las criaturas todas no podían por menos de sentirse profundamente conmovidas. Jesucristo, en efecto, sube al madero santo, se abraza fuertemente con él, y vuelto, no sin misterio, el rostro á las muchedumbres, con los brazos extendidos en forma de cruz, envía su bendición divina al mundo, y el mundo se extremece. Entonces fué cuando el rey de los astros, mirando á su Criador exánime en un patíbulo, ocultó su bello rostro en el firmamento, sembrando por espacio de tres largas horas el universo de negras y espesas tinieblas; entonces fué cuando la luna, contemplando al Sol de las eternidades apagado, sintió que su luz se retiraba, y antes que asomarse fea en los balcones del espacio, echó negro crespón sobre su agraciado semblante; entonces fué cuando las rutilantes estrellas cubrieron sus bellas facas de vergüenza; entonces fué cuando la tierra, transida de dolor, sintió sobre sí horrosas convulsiones, y las piedras dieron fuertes chasquidos unas contra otras, y los muertos quisieron escapar de sus sepulcros para recibir la vida, y el velo del templo se dividió perpendicularmente en dos partes; entonces fué cuando los mismos deicidas, movidos de superior impulso, se retiraban del Calvario aterrados, pálidos, fríos, y golpeándose el pecho, sentían amargamente su pecado; entonces fué cuando uno de los ladrones crucificados con Jesús le reitera se sirva perdonar sus muchos crímenes; y el Centurión bajaba los peldaños del Gólgota repitiendo aturdido que el que de expirar acaba es en verdad Hijo de Dios; y el Areopagita, gentil todavía, lleno de asombro y de pavor, comprende que ó el mundo se acaba ó el Autor de la naturaleza padece.

3. Jesucristo había sido elevado sobre la tierra y todas las cosas habían sido también reducidas por Él. Pero debe-

mos fijarnos detenidamente en una palabra del texto bíblico citado y es que en el griego en lugar de escribirse *todas las cosas* se escribe *todos los hombres*, divergencia que llama la atención de un modo particular, pero que he creído necesario hacer constar para concluir que ambos textos á más de que pueden perfectamente conciliarse, los dos también, aunque más positivamente el griego, dan á conocer que Jesucristo, en el momento de ser alzado sobre la tierra, atrajo dulcemente todos los hombres y todas las cosas. Ahora bien; en aquel trágico instante fueron atraídos muy pocos hombres, por más que todas las cosas reconocieron el fallecimiento del Salvador; y si la palabra divina no puede faltar, y si había que cumplirse todo el citado texto á la letra, debía ser en Jesucristo Sacramentado, cuando en el sacrificio de la Santa Misa, exacta reproducción, mística y verdadera continuación del sacrificio de la Cruz, fuese elevado sobre el altar, que en este solemne acto es también cuando el Salvador reduce en general á todos los hombres y á todas las cosas.

Es nuestro deber estudiar, por consiguiente, la poderosa fuerza de atracción que ejerce Jesucristo Sacramentado 1.º sobre todos los hombres, 2.º sobre todas las cosas.—
Veamos:

PARTE 1.ª

1. El hombre, en justo castigo de su primer crimen, fué condenado á vivir peregrino y errante por los tortuosos senderos de la vida. El que debía de haber puesto especial solicitud por acercarse al Ser que le criara, á fin de que le perdonase su pecado, hizo todo lo contrario; comenzó á alejarse de su Dios, y, desviado completamente de Él, precipitose de abismo en abismo hasta confundirse con el caos. Para el hombre no había salvación. El Dios de las misericordias, empero, determinó salvarle, resolución que había de costar por cierto al mismo Omnipotente poner en juego todas sus divinas perfecciones, ya que el hombre desconocía y hasta conculcaba la propia mano que le bendecía. Co-

menzó por querer atraerle dulcemente; mas he ahí que este negocio es exclusivo negocio del amor, que sabe cautivar-se los corazones aún los más empedernidos; y ahora se explica cómo en la muerte del Salvador no pudieron ser atraídos los hombres todos, pues aunque la crucifixión de Jesucristo fué efecto de un amor excesivo, inmenso, indecible, mas no se había expresado toda la infinidad del amor divino; y era, sí, era absolutamente necesario que el Hombre-Dios cifrase maravillosamente toda la rica mina del amor en una institución por demás bellísima, poderosísima y en extremo adecuada al fin que se proponía. Ésta fué la Divina Eucaristía, en la que, conteniéndose realmente el mismo Jesucristo, al ser presentado á los hombres, al ser alzado por ministerio de los sacerdotes sobre el altar, ejerciese sobre la humanidad influjo poderoso de atracción, de suerte que los hombres todos, y las criaturas todas, á la manera que las avejillas concurren al cebo puesto por diestro cazador, así corriesen las almas á Jesucristo Sacramentado para ser cazadas por Él en el cebo de su amor eucarístico y cogidas en las hermosas redes de su caridad inmensa.

5. Los mismos judíos, repugnantes seres que, ingratos á Jesucristo, cometieron el incalificable é inaudito deicidio, debían ser los primeros en experimentar la irresistible atracción de Jesucristo Sacramentado. Notad que son los más implacables enemigos del Redentor, y sin embargo, arrebatados el día de Pentecostés de la elocuencia sagrada de Pedro, elocuencia que procedía, no de los toscos labios, sino del corazón ferviente donde poco antes se albergara la divina Hostia, son movidos á convertirse en número de 3.000 á Jesús, que en efecto, son bautizados en su nombre. Y los prodigios se multiplican, y las conversiones se suceden. No son ya 8.000 solamente los que ha podido lucrar el Príncipe de los Apóstoles en solas dos solemnes ocasiones; son muchos miles los que por mediación del citado apóstol y de sus compañeros ha atraído á sí Jesucristo Sacramentado. Por eso el Areopagita representa al Sacramento del

amor como Inmaculado Cordero en medio del altar, recibiendo las reiteradas oblacones de los sacerdotes, las puras alabanzas del resto del clero, y las adoraciones profundas de un pueblo inmenso, que se agolpa ansioso en derredor del Sacramento. Y si es verdad que la parte oficial judáica levanta terrible persecución contra la Iglesia, y asimismo contra sus propios paisanos; y si es cierto que se les reduce á duras prisiones y á malos tratamientos, también es verdad, también es cierto que éstos perseveran con Jesucristo Sacramentado, y los que han podido escapar emigran á lejanas tierras para sembrar la palabra evangélica, para celebrar el santo Sacrificio, vida y consuelo de las almas, y para mostrar á los infieles el Divino Pan que les ha de llevar á sí para darles su substancia y hacerles felices.

Y, ¡quién lo creyera! El pueblo israelita, el más favorecido de Dios antes de la Nueva Ley y en los comienzos de la misma, no quiso en general seguir las pisadas de sus convertidos compatriotas que á Cristo en el Sacramento conducían; por el contrario, se alejaron de la fuente de la vida y cayeron en las inmundas cloacas de la muerte; tan cierto es que, como dice el profeta, los que se alejan del Señor perecerán (1). Y este fatal alejamiento, ¡doloroso es decirlo! ha declinado en un odio tan feroz contra Jesucristo, especialmente en el Misterio de su amor, que las historias, tanto eclesiásticas como civiles, nos muestran en sus irrefutables páginas la saña del israelita contra las sagradas Hostias, robadas á los templos y sacrificadas á su furor. ¡Ah! y este pueblo tan querido de Jesús, ¿se perderá? ¿No será el mismo Sacramento, como lo fué en los albores de la Iglesia, el que los lleve á sí con las áureas cadenas del amor? Felizmente esta Hostia sagrada, tan vilmente blasfemada y hollada por los hebreos, será la que, según la profecía de Joel (2) y el testimonio del Apóstol (3), ha de convertir en los últimos tiempos los rebeldes espíritus de

(1) Ps. 72, 27.

(2) Cap. II, 32.

(3) Ad Rom. XI, 26.

los israelitas y los ha de conducir al seno de la Iglesia. No por eso deja hoy de emplear Jesús su ministerio de irresistible atracción. Triunfo completo ha sido para Él la moderna conversión de Hermán Cohen, hebreo protervo, á quien desde la santa Hostia arrojó uno de los lazos de su amor que ató sin duda á Hermán y lo arrastró suavemente al sagrario para que se constituyera en ilustre fundador de la Adoración Nocturna á Jesús Sacramentado que tan excelentes frutos de piedad está produciendo.

6. Junto con la providencial atracción que el Dios de la Eucaristía ha practicado y practica en la raza proscripta, se halla la especial, la prodigiosa que ejerce y ha ejercido en el pueblo pagano. Aquel milagroso lienzo que en los aires vió S. Pedro, estando en Joppe, y que, descendiendo á la tierra, contenía toda suerte de animales, era la lección que Jesucristo daba al Príncipe de los Apóstoles, según la que debía recibir en el seno de la naciente Iglesia á toda suerte de hombres y mujeres que, convertidos, desearan ingresar. Es que los gentiles comenzaban á ser reducidos por Jesucristo á su fe y á su amor; y sería necesario recorrer minuciosamente el campo de las historias sagrada y eclesiástica para poder contar, para poder apreciar en su debido valor los repetidos y gloriosos triunfos de la Divina Eucaristía sobre los espíritus humanos. Aquel Dios Sacramentado, que diariamente los apóstoles elevaban sobre los altares y que muchas veces llevaban guardado en sus puras manos ó en su casto seno, ese mismo Dios es el que con ellos volaba rápidamente á las conquistas de la humanidad; y si los apóstoles oran, predicán, catequizan, bautizan y alzan sobre el ara la Hostia santa, Jesucristo es el que con ellos ora al Padre, arroja dardos de compunción á los corazones, tira hacia sí con las cuerdas de su bondad, convierte, salva y vuelve á ofrecerse en sacrificio por los hombres.

No; no es Jerusalén el exclusivo teatro de las maravillas divinas: lo son también Cesárea y Antioquía, Escitia y Tracia, Persia é Indias, Arabia y Armenia, Judea y Etiopía. No; no es sólo el Asia á donde el celo de Jesucristo corre, em-

briagando las almas en suaves dulzuras: es también la Europa objeto de sus misericordias; y Roma y España y las Islas Británicas contemplan como se hunden estrepitosamente los simulacros de los demonios con sus altares al ser alzado sobre las aras cristianas el Dios del Sacramento. No; no es sólo el Asia y la Europa las que, abandonando el culto de los dioses, adoran á Jesucristo Sacramentado: es también el África la que ha sido atraída por el Salvador; y Egipto y la Cirenáica, la Mauritania y la Libia ven á sus hijos correr presurosos hacia la Divina Hostia, á la manera que las pequeñas mariposas, siendo atraídas por la luz, vuelan incansables, agitándose gozosas en derredor suyo. No; no es sólo el Asia, la Europa y el África las conquistadas por Jesucristo: es también la América la que milagrosamente y antes que el mundo científico tuviera noticia de ella tomó parte en los triunfos del Salvador; y Meliapur patentiza notable monumento que enseña muy á las claras ser el apóstol Sto. Tomás quien evangelizó países tan remotos. No; no es sólo el Asia y Europa y el África y la América las que rindieron ópimos frutos de bendición divina: fué el mundo en general devuelto por Jesucristo al redil de su Padre; fué el mundo en general el que trocó los sacrificios, los altares, los sacerdotes, el dogma, la moral, la religión y la legislación pagana por la legislación, la religión, la moral, el dogma, el sacerdocio, el altar y el sacrificio cristiano-eucarístico. No digamos una palabra siquiera de las apostólicas excursiones de S. Pablo, animadas del fuego comunicado por el Sacramento del Altar que en brillantes resplandores se exteriorizaba en la celebración de las asambleas eucarísticas; ni de las misiones de S. Pedro particularmente en Roma, cabeza de la civilización gentilica y centro de la universal corrupción que cual inmensa ola de cieno inundaba los países á ella sometidos. Allí, debajo de la misma imperial ciudad existía un pueblo paciente, humilde y mortificado, cuya principal ocupación consistía en celebrar y asistir al Sacrificio de la Misa y participar con reverencia suma del Pan de los fuertes á fin de estar dispuesto para el martirio;

ese pueblo santo había sido pagano y Jesucristo le había atraído á su amor; el pueblo que sobre sus cabezas se revolvió en inmundo charco era todavía gentil; pero ese mismo Sacramento de caridad, oculto por entonces á sus miradas, debía ser el que de allí á poco le conduciría á la misericordia divina. Y lo que con ese pueblo romano, gentil por antonomasia aconteció, ha sucedido siempre que Jesucristo ha querido sacar á todo hombre pagano de las sombras de la muerte para devolverlo á las claridades de la vida cristiana. La Eucaristía es el verdadero misionero que habla por boca del sacerdote, y Ella es la salvadora, como es también el estímulo y la vida del sacerdocio católico, instrumento de la catequización y conversión de los pueblos.

3. Hay épocas en la historia humana en que la ira de un Dios justiciero se cierce implacable sobre una sociedad corrompida. El imperio de los Césares, convertido hacia poco menos de dos siglos al Dios verdadero, infamóse á sí propio; y el Eterno Señor, á quien aquél volvía descaradamente las espaldas, se encargó de vapulárselas, haciendo crujir terriblemente sobre ellas el látigo de su indignada y justa cólera. Inmensas turbas del Norte, sin civilización ninguna y ajenas á la Religión de Jesucristo, cayeron cual plaga de langosta sobre campo floreciente, y en poco tiempo lo convirtieron en soledad espantosa. Pero no es mi ánimo reseñar, ni aun á la ligera, el aspecto de este campo europeo; he formulado estas meras indicaciones para declarar que también los bárbaros fueron atraídos por Jesucristo Sacramentado. En esta hermosísima conquista tuvo lugar uno de los prodigios más estupendos que registran los anales de la humanidad. Generalmente los briosos vencedores se imponen siempre á los tristes vencidos y les exigen adoptar sus usos, sus leyes, su religión, al menos como más fuertes; y al lado de las armas como medios represivo-materiales intentan dominar á los demás valiéndose de medios morales. Precisamente Jesucristo intentaba todo lo contrario; quería que los vencidos se impusiesen por su religión, costumbres y leyes á los vencedores; y digo que Jesucristo y no el imperio, Jesucris-

to y no los pueblos osaron conquista semejante; porque el imperio era nada más que un montón de sucios escombros, ya que los pueblos mucho hacían con capitular cuando más; sólo, pues, Jesucristo podía llevar á cabo una obra tan atrevida, tan gloriosa y tan sobrehumana.

Y en efecto; sembrados de ruínas, cubiertos de sombras, respirando anárquica atmósfera los pueblos cristianos, efecto de la irrupción bárbara, se sumergían en ignominioso letargo; era necesario por lo tanto que Jesucristo, en persona de sus fieles ministros, pasase á despertarlos para que entablasen una lucha titánica religiosa y social con los vencedores. Veríais entonces al Papa S. Inocencio reparar en Roma los daños materiales y morales causados por las huestes de Alarico, quien entre otras cosas respetó el Arca Santa de la Nueva Ley á la cual hizo conducir en devota procesión al templo. Veríais á Francia convertida con su rey por las oraciones de Sta. Clotilde. Veríais á España por medio de sus obispos santos imponer sus creencias y su moral á los godos. Veríais al Cáucaso conquistado al Catolicismo por una humilde esclava. Veríais á Abisinia volver al regazo del Salvador mediante las débiles fuerzas de un niño cristiano. Estas famosas conquistas las obró el fuego divino que sale de la Hostia santa á la que llevaban en sus expediciones los fervorosos misioneros. Cristo Jesús Sacramentado entra con S. Patricio en Irlanda, con S. Wilibrordo en Holanda, con S. Auscario en Suecia y Dinamarca, con S. Bonifacio en Alemania, con S. Agustín en Inglaterra, con S. Ciriaco en Bulgaria, con Sta. Adelaida en Polonia, con S. Esteban en Hungría, con S. Otón en Pomerania, con S. León, obispo de Bayona, en las provincias vascas, con los misioneros en todas las regiones donde la barbarie dejó profundas huellas; y á fuerza de trabajos y de sudores y de menosprecios sufridos por parte de los ministros del Altísimo; y á fuerza de milagros, de bondad y de amor sintetizados en apariciones visibles de Jesucristo en la Hostia consagrada, la Europa, esa Europa inundada de terribles bárbaros, fué de nuevo atraída con éstos al redil de la Iglesia

Católica. Jesucristo pudo salir triunfante de todas sus expediciones y pensar ya en la conquista de nuevas almas.

8. La evangélica semilla que, según dejé indicado, sembró el Apóstol Sto. Tomás en las Américas, si bien al principio dió excelentes resultados, empero con el tiempo los efectos de la superstición y del abandono nublaron las ideas puras, y corrompieron las sanas costumbres de aquellos infelices, quedando sólo de ellas pequeños rastros de lo que fueron. Empero Jesucristo, que habíase quedado en el Sacramento del Altar para iluminar desde allí cual brillante sol en pleno cenit la ignorancia de los pueblos incivilizados, no pudo permitir que los salvajes americanos permaneciesen por más tiempo en el error. La caridad perpetua que nos muestra en la Divina Eucaristía produjo la compasión hacia estos pueblos: de ahí que pensara en atraerlos á su amor.

Y en efecto; sería necesario recorrer siquiera en compendio la historia de la conquista del Nuevo Mundo para poder apreciar los excesos del amor de Jesucristo hacia esas gentes. Mas, no siendo esto posible, pues los límites de este discurso lo impiden, ¿qué decir del amor Sacramentado llevado en brazos de Colón por los inmensos mares, depositado en las fecundas tierras que intentó ganar para Jesucristo? ¿Qué de los esfuerzos y de las fatigas y de la constancia de S. Francisco Solano, de S. Luis Bertrán, de S. Pedro Claver, de Fr. Martín de Valencia, del P. Juan Zumárraga por atraer indígenas hacia la Hostia de los altares? ¿Qué de los horribles tormentos sufridos por tanto misionero de diversas órdenes religiosas, por tantos terciarios de las mismas congregaciones, por tantos niños, en obsequio de la fe de Jesucristo y de la Santa Eucaristía? ¿Qué de los héroes y de los santos en las americanas cristiandades, instituidas para convertir á sus paisanos? Los sacrificios sangrientos cesan, los ídolos de oro caen, los paganos sacerdotes son menospreciados; en cambio se levantan altares al Dios del Sacramento, se construyen iglesias, se multiplican los ministros del Santuario, la moral gana, y si para refor-

zar la palabra de los misioneros son necesarias profecías y milagros y mártires en abundancia, todo se admira en aquel mundo, nuevo para la civilización, pero mucho más nuevo para Jesucristo. Sólo N. Señor, llevado en el pecho y en las manos de sus fervorosos ministros, pudo conquistarle.

9. Pero á Jesucristo no le bastan las conquistas del Nuevo Mundo. Aseguró que había de atraer á todos los hombres á sí; mas existían otros hombres y otros pueblos fuera del camino de la salvación; y si su hermosa y categórica profecía debía cumplirse, era imprescindible que su Divino espíritu volase en alas de sus fieles servidores á esas regiones dominadas por la muerte. Pero añado que era Jesucristo Sacramentado quien atraía mediatamente á los infieles, pues si alguien inspiraba á los misioneros la idea de penetrar en países cubiertos de satánica maleza, era Cristo Sacramentado; si se sentían movidos á las excursiones apostólicas, era porque Cristo Sacramentado inflamaba el corazón; si se arriesgaban á acometer empresas tan divinas, era porque el Pan de los fuertes les fortalecía; si notaban en su espíritu el fuego santo necesario para caldearse y abrasar á los demás en Jesucristo, era porque la celeste Comunión se lo encendía diariamente; si triunfaban de los espíritus rebeldes, era porque la santa Hostia les infundía luz, acierto y táctica particular para convertir; y antes de salir al campo de la espiritual batalla celebraban el adorable Sacrificio; y antes de luchar con la obstinación comulgaban el Cuerpo de Jesucristo; y á Éste llevaban en sus pechos, y muchas veces colgado del cuello para recibirle en los trances apurados.

Y, ¿quién podrá describir los resultados, y enumerar los frutos, y contar los infieles atraídos por los misioneros á Jesucristo en las diversas y remotas misiones de la Tartaria, Persia, Tierra Santa, Japón, China, Berbería, Egipto, Etiopía, Congo, Angola, Cafrería, Marruecos, Australia y sus islas cercanas? Los infieles convertidos se cuentan por millones; las iglesias levantadas y los misioneros que las regentan por miles; los mártires por centenares, y la civilización allí desarrollada, indescriptible.

10. Existían innumerables pueblos que, merced á la lujuria, al odio y á la infamia de sus príncipes ó de sus revolucionarios, habían apostatado como éstos de la Religión Católica. Era, por lo tanto, indispensable reducirlos de nuevo á la iglesia; y Jesucristo comienza de nuevo respecto de esas tristes gentes su influjo de atracción divina. ¿Será necesario que ríos de sangre corran por las plazas protestantes, calvinistas ó sectarias? Jesucristo derramó antes la suya por todos los hombres, y no titubea derramarla nuevamente, en persona de sus ministros; y por más que las cruces, y las hogueras y los potros se sucedan en Inglaterra, en Alemania y en Oriente para crucificar, para abrasar y despedazar respectivamente los cuerpos de los santos evangelizadores, ¿qué importa? Las cruces ostentarán desnudos cadáveres, las hogueras mostrarán amontonadas cenizas, los potros enseñarán masas informes de carne, y el suelo exhibirá sangre empapada; pero Jesucristo ha logrado reducir á sí millones de herejes que se convirtieron y siguen convirtiéndose, efecto de la predicación y los trabajos de los misioneros.

No; la obra de Lutero y de Enrique VIII y de Isabel la sanguinaria es temporal, muy temporal; su influjo, por consiguiente, ha de cesar, ha de desaparecer, porque Jesucristo Sacramentado ejerce su poderoso influjo de atracción sobre los herejes ingleses y alemanes y orientales; y hoy mismo vemos con placer como esa Inglaterra, que gasta anualmente 50 millones de francos en la propagación de las sociedades anglicanas y otros muchos millones más en la dotación de sus ministros y en la profusión de biblias, va abandonando aunque lentamente el protestantismo; y ahora mismo el rey de esa nación no tendrá en adelante el deber de profesar el protestantismo, lo cual es un gran triunfo para la causa católica, como es una irreparable pérdida para la reforma. Y es que los esfuerzos protestantes se debilitan ante la obra de Jesucristo; y es que los trabajos de la reforma se estrellan contra los trabajos de los misioneros católicos, ya que en éstos reside la Vida, que es Cristo

Sacramentado, mientras que en el protestantismo no se descubre más que un cadáver corrupto; es la muerte, pero la muerte eterna y la agonía temporal la que se ha apoderado de la reforma.

Y si no olvidamos á la Alemania, vemos con deleite santo que Jesucristo con los católicos y por la influencia de los activos ministros sagrados, va despertando de inmortal letargo; y si en un tiempo llegó á ser todo ó casi todo luterano, hoy cuenta con cerca de 18.000.000 de católicos: individuos arrancados á Lucifer por mano del Dios de la Eucaristía. Y en Suiza y en Canadá y en los Estados Unidos y en el Oriente cismático ¡Ah! ¡y cuántos frutos de bendición se obtienen diariamente, y qué esperanza tan hermosa para el porvenir del reinado social de Jesucristo! Es que el Sacramento del amor, fuego latente, no cesa hasta consumir la escoria de los pecados y de las herejías; es que el Sacramento del amor, espíritu de vida, vuela á todas partes para imprimirla; es que el Sacramento del amor, centro de todo bien, se esparce por el mundo con sus misioneros, y con ellos trabaja, convierte y salva.

¶¶. Todavía no lo he dicho todo. Aunque no tan desdichados como los herejes, pero sí mil veces infelices, los que se hallan apartados de la gracia divina, los pecadores, son objeto especial de la atracción de Jesucristo.

«Vine, dice el Salvador, no á salvar justos, sino pecadores; (1) y vine, añade, para que éstos tengan vida y la tengan con más abundancia; (2) ya que no son los sanos los que necesitan del médico sino los enfermos» (3). ¡Qué palabras tan llenas de consuelo! Á la manera que Jesucristo invitaba al publicano Mateo, y entraba en casa de Zaqueo el usurero, y comía con el fariseo Simón, y dejaba besar sus pies á la Magdalena, y procuraba fuesen á visitarle el Centurión y Nicodemo con objeto de sanar sus almas y transformarles al primero en apóstol y á los demás en discípulo.

(1) Math. 9. 13.
(2) Joan 10. 10.
(3) Math. 9. 12.

los suyos, también ahora, preso como está en el Sacramento del altar, llama desde el templo á los pecadores, se entra en sus almas con inspiraciones, cena con los cristianos tibios que le comulgan devotamente, se deja besar de los nuevos Judas, y hasta permite y quiere que vayan á visitarle para que regresen á su amor. ¡Cuán bueno es Jesucristo! La atracción que ejerce sobre los cristianos relajados raya en la admiración. Diariamente se inmola por ellos en el calvario del Altar. Ruega al Padre les perdone; tolera las irreverencias por esperar sus finos obsequios; calla y llora ante los desprecios, las blasfemias y el escandaloso quebrantamiento de sus leyes; y aun, como mendigo que aguarda en la puerta del tabernáculo, se dirige á los mismos y les dice: Dadme, hijos míos, vuestro corazón (1)! ¿Hasta cuándo andaréis en pos de la vanidad y buscaréis la mentira (2)?

Si preguntáis por los pecadores convertidos á Dios, mediante el Sacramento del Amor, yo os señalaré las Historias eclesiásticas y en ellas notaréis cuántas son las Órdenes religiosas, y los santos y venerables que de ellas surgieron, y las misiones que dieron, y las instituciones que fundaron para salvar á los malos católicos; yo os señalaré las buenas costumbres, la paz, y la tranquilidad pública; yo os llevaré de la mano á los templos y los hallaréis atestados de fieles, y los confesonarios y los comulgatorios provistos de penitentes; yo os conduciré al cielo y encontraréis muchos santos, y os llevaré al purgatorio y os tenderán la mano innumerables justos, y si con horror bajamos al infierno no veréis tantos condenados como hubieran estado si Jesucristo Sacramentado no hubiese dado vida espiritual á las almas y conservado en su gracia con el auxilio de sus ministros.

¶¶. Pero, ya que he mencionado varias veces á los dóciles instrumentos de la Obra restauradora de Jesucristo, precisa indicar algunas palabras acerca de los mismos, ya que ellos son también atraídos por el Sacramento del Amor.

(1) Prov. 23. 26.
(2) Ps. 4. 3.

Y creed que la Hostia de nuestros altares es la que ha inflamado el corazón de los *apóstoles* para que, dejando todas sus cosas, siguieran al Redentor y le pregonaran en todas partes; creed que esa misma Hostia ha robustecido el espíritu de los *mártires* para que desafiasen con energía á los tiranos y no sucumbiesen en la pelea; creed que esa misma Hostia es la que ha segregado del mundo y de sus vanidades á los *anacoretas* y á los *penitentes* para que inmolasen sus cuerpos en oblación pura á Jesucristo, ya que Jesucristo se inmola por todos en oblación santa al Padre; creed que esa misma Hostia es la que ha impulsado á los *confesores* á que entablasen una vida inmaculada, para que, santificándose á sí propios, salvaran á los demás con el perfume celestial de sus virtudes; creed que esa misma Hostia es la que dió castidad á las *vírgenes* para que, domando sus cuerpos, brillasen ante el mundo como blanca y fragante azucena, plantada junto á la corriente de las aguas sacramentales; creed que esa misma Hostia es la que ha colocado en el claustro á un ejército de *religiosos* de ambos sexos que, deteniendo por un lado la justa venganza del cielo, infunde pavor á las formidables huestes del infierno; creed que esa misma Hostia es la que ha dado aliento y constancia á tantos *misioneros* de la Iglesia para que lleven en todo lugar el nombre de Jesucristo; creed, sí; creed finalmente que esa misma Hostia, esa Hostia de nuestros altares es la que produce en todo tiempo católicos fervorosos que, con el ejemplo de sus virtudes, saben atraer para Jesús las almas tibias y pusilánimes.

13. Ved, pues, cómo el Augusto Sacramento ha podido reducir para sí toda suerte de hombres. Su profecía se cumple literalmente. Á todos estos conceptos podemos añadir, que Jesucristo Sacramentado ha ejercido atracción particular respecto de los ángeles buenos y malos, quienes en diversas ocasiones y por diferentes maneras le han pregonado y ensalzado.

En efecto; S. Juan Crisóstomo, y como éste, otros siervos de Dios, pudieron contemplar repetidas veces á los es-

píritus celestiales en derredor de la Divina Hostia rindiéndole homenaje de adoración; y aquel varón bienaventurado añade, que pudo ver á millares de espíritus angélicos unos de pié y otros postrados en el pavimento del templo y en los altares donde se reserva á Jesucristo Sacramentado. Esto nada tiene de extraño, como tampoco puede tenerlo el que los espíritus malos confiesen y obsequien á su despecho á Jesucristo en el Sacramento; pues, si durante la carrera mortal del Salvador fueron precisados más de una vez á confesarle desde el cuerpo de los posesos, y hasta rogarle que les permitiera entrar en los irracionales: también en diversos tiempos han publicado contra su gusto que el Hijo de Dios se halla presente en la Hostia consagrada. Y á la manera que los ángeles buenos fueron percibidos por el público, merced á los divinos resplandores y á los melodiosos cantos que del rededor de las eucarísticas Especies surgían, así los malos ángeles fueron conocidos por las descompuestas voces y hasta por el intolerable hedor y negro humo que muy cerca del Sacramento se notaban.

Empero pasemos á la 2.^a parte, y examinemos si también todas las cosas creadas han sido atraídas por Jesucristo Sacramentado.

PARTE 2.^a

14. La creación, con todas sus armonías al unísono, obrada fué por el Hijo de Dios y por respecto á Él mismo (1). Tanto las cosas visibles como las invisibles, creadas fueron en orden al Verbo encarnado, en orden á Jesucristo. Justo era, pues, que todas estas cosas dieran sublime testimonio de N. Señor, atrayéndolas por modo poderoso en el momento que expiró en un madero. Ahora bien; Jesucristo permanece todavía en el Gólgota del Altar con la misma vida y produciendo idénticos efectos que en el Gólgota de Jerusalén. Justo era, por consiguiente, que todas las cosas creadas fuesen místicas pregoneras de la gloria de Jesucris-

(1) Ad Colos. I, 16.

to Sacramentado, y á su vez atraídas á la Hostia Sagrada por el mismo Señor.

Y lo primero que el Sacramento del Altar atrajo á sí mismo, fueron las ciencias. No es mi ánimo hablar de ellas ni de sus eminentes profesores católicos sino en el sentido de que Jesucristo Sacramentado catolizó á las primeras, y éstas, inclinándose reverentes hacia el que dijo: «Yo soy la luz, yo soy la verdad, yo soy el camino,» dejándose guiar de esa luz inextinguible, se apoyaron en la infalible verdad y anduvieron por ese camino recto y seguro que conduce al noble destino del hombre justo. Si es cierto que lejos de la luz divina no se palpan más que espantosas tinieblas; si es evidente que separados de la verdad por esencia no hay más que negros errores; si es positivo que fuera del único camino no existe más que vaguedad y tropiezos inmensos, claro es que los pretendidos sabios que se fundamentaron en lo que no era el Verbo de Dios y su luz y su verdad y su camino, vagaron desgraciadamente en la obscuridad y en el error.

¿Qué había en cuestión de ciencia y de verdad antes que el Salvador dijese: *Ego sum veritas*? Judá se había desviado de la verdad y de la luz; Brahma, Confucio, Buda y Zoroastro estaban muy lejos de ellas, las habían vislumbrado, pero no hallaron el camino para llegar á las mismas; Sócrates, Platón, Aristóteles, Zenón, Diógenes, Lucrecio, Cicerón y Séneca, hablaron mucho, dictaron varios métodos para hallar la luz y la verdad, como charlan mucho y se entretienen en dar solución á los problemas sociales nuestros prohombres políticos; pero ni éstos ni aquéllos pudieron encontrar la clave de la verdadera sabiduría, porque la buscaron en todas partes y en todos los hombres, menos donde debieron buscarla. Empero Nuestro Señor muestra la verdadera luz, dicta la verdad única; y, haciéndose eco de la misma los apóstoles y discípulos, es llevada por doquier ellos catequizan para Jesucristo; y dije antes que el Sacramento del Amor era el que hacía las excursiones apostólicas con los ministros sagrados y también el que les da-

ba acierto para predicar la verdad y para que arraigase en los neófitos: ¡ah! es que la ciencia había partido de Jesucristo Sacramentado y regresaba á Él, porque Él mismo la había atraído á sí atrayendo á los recién convertidos.

Pero las ciencias tomaron rápido vuelo; los que se dedicaban á las mismas eran sacerdotes, ó monjes, ó religiosos que se formaban en la sabiduría al calor de la luz viva que despide el sagrario, ó eran también seculares, aunque pocos, que se habían informado en la Religión Católica; las ciencias, por consiguiente, se catolizaron, y no sólo se catolizaron sino que se pusieron al servicio de Jesucristo Sacramentado: que justo, muy justo es que el que recibe sea agradecido á su dador. Las ciencias llegaron á su apogeo, y no hay una universidad célebre que no la haya fundado algún ministro ó discípulo del Dios de la Hostia; y no hay ciencia que no haya sido protegida, amparada y cultivada hasta el extremo por sacerdotes ó legos católicos; y no hay invento físico que en el seno de la Iglesia y á la luz del Sacramento no se haya elaborado y perfeccionado. ¡Qué! ¿Digo mal? Es imposible detenerme, pero aunque sea corriendo no puedo menos de preguntar: ¿Qué significan Oxford, Padua, Salamanca, Coimbra, Montpellier, Viena, Polonia, París, Ferrara, Perusa, Alcalá, Colonia, Turín, Leipzig, Lovaina, Pisa, Glasgow, Copenhague, etc. etc? Ah son universidades las más célebres del mundo donde aprendieron y enseñaron los discípulos de Cristo Sacramentado. ¿Quiénes son, no ya los Santos PP. ni los doctores eclesiásticos, sino quiénes son tantos astrónomos, físicos, químicos, meteorólogos, matemáticos, médicos, filósofos, críticos, geógrafos, historiadores, filólogos, naturalistas, pedagogos, políglotas, y metodólogos, que no cito porque sería trabajo ímprobo é innecesario, sino sacerdotes, religiosos y legos, católicos fervorosos que bebieron su doctrina en el purísimo manantial de la Eucaristía y hallaron sus nuevas ideas y sus inventos á la divina luz del Sacramento? ¡Ah! la ciencia es de Jesucristo; pertenece exclusivamente al Verbo de Dios hecho Hombre Sacramentado; del Sacramento partió á las

inteligencias de sus aplicados discípulos y éstos la han regenerado, la han depurado y la devuelven gozosos á la Fuente eucarística de donde partió: luego Jesucristo Sacramentado ha atraído á sí propio las ciencias.

15. Idéntica operación han experimentado las bellas artes, las artes mecánicas, la agricultura, la industria y el comercio. Todo en el universo gira ordenada y admirablemente en derredor de la divina Eucaristía, puesto que como el sol, centro del sistema planetario, tiene por tributarios á los planetas que giran en derredor suyo, describiendo cada uno su órbita particular: así la Eucaristía, centro del Catolicismo y de sus universales obras, tiene por tributarios á la ciencia, y al arte, y al trabajo, y á las obras del hombre, y á la naturaleza; los cuales, girando en derredor de su eucarístico centro, describen al propio tiempo su órbita propia y especial; y he ahí que, á la manera que los ríos salen del mar y al mar precisamente vuelven: así todas las bellezas, todas las armonías de la creación, del Sacramento parten y al Sacramento necesariamente regresan.

Hemos entrado en un camino cuyo panorama es hermosísimo, pero que para contemplarlo disponemos de poco tiempo, y como en caballo de posta hemos de recorrerle muy á la ligera. No, no digamos una palabra de las bellas artes, porque si la poesía y la elocuencia, la mímica y la pintura, la litografía y la fotografía, la glíptica y el relieve, la escultura y la arquitectura, la indumentaria y la joyería, la música y la orquímica, la floricultura, la diplomática y numismática, han sido algo, si han adelantado mucho, si se han perfeccionado, es porque sus bellezas se hallaron en la Eucaristía, es porque la Eucaristía les dió calor, es porque sus profesores se educaron en la Iglesia y con fondos de la Iglesia, es porque se inspiraron en Ella, es porque la Eucaristía les ayudó fomentando la pureza del arte, y regalándose en las hermosas producciones que ellos le ofrecían. Contad, contad si podéis los sermones y los discursos. Contad, contad si podéis el número de versos y de poesías y de libros compuestos en honor del Sacramento y por respeto al Sa-

cramento, y á su calor redactados. Contad, contad si podéis los frescos y los cuadros, los lienzos y los cristales, las maderas y los mármoles pintados por esos artistas, héroes de lo divino, inspirados en el Sacramento. Contad, contad si podéis el número de altos y bajos y medio relieves, los retablos, las esculturas, las tablas ornamentales, los sagrarios é instrumentos sagrados, forjados en toda clase de barros y de maderas y de piedras y de metales, por afecto al Sacramento. Contad, contad si podéis esas soberbias catedrales, esas gigantescas torres, esos espaciosos templos, esas magníficas iglesias y capillas y oratorios rurales y domésticos; y, al contemplarlas fabricadas con tan lindos y variados estilos, con el gusto y la riqueza en ellos desplegados, cuando las artes abandonadas estaban del Estado y de los particulares, preguntaréis: ¿quiénes son los sabios, los ricos, los atrevidos que construyeron semejantes maravillas? y sus autores os responderán señalándoos la Iglesia y su Sacramento: Ahí está mi maestro y mis medios. Contad, contad si podéis los vasos sagrados, los objetos eclesiásticos y la riqueza desplegada en las iglesias, y veréis que todo se refiere al Sacramento, y que estas artes adelantaron por el Sacramento. Contad, contad si podéis el número de ornamentos bordados y tejidos en sedas y metales, con los primores de la naturaleza, y veréis que todo se hizo en obsequio del Sacramento. Y todas estas artes bellas y todas las artes mecánicas que tuvieron por cuna y favorito al Sacramento, fueron también la cuna del arte moderno, arte que no es más que la aplicación del arte eucarístico. Ved ahí cómo Jesucristo Sacramentado atrajo á sí todas las artes.

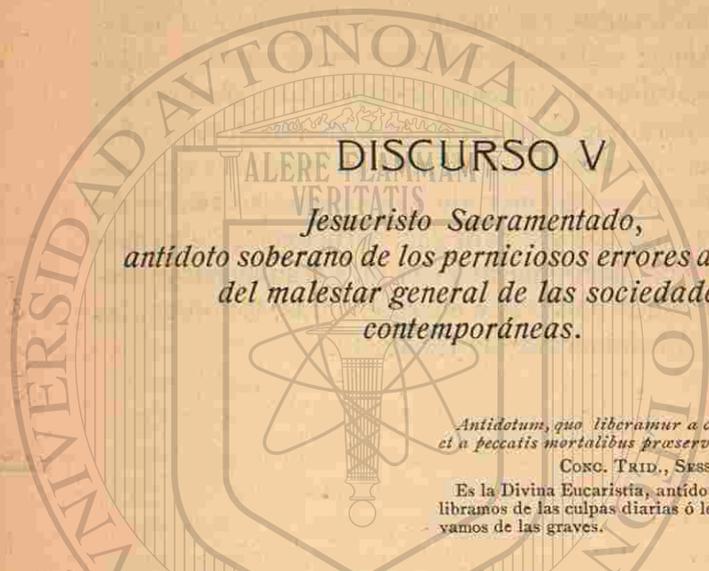
Y qué decir de la agricultura, cuando sólo ha progresado siendo sus profesores equitativos, pacíficos, sin dar lugar á que surgiesen los terribles problemas agrarios, siendo los agricultores amantes del Sacramento? Y qué decir de la industria, cuando la industria ha estado en pleno vigor, en tranquilo reposo y con la emulación santa, rigiéndose los industriales por las máximas del Sacramento? Y qué decir del comercio, cuando el comercio ha sido llevadero mien-

tras comerciantes y gobernantes han seguido los preceptos de la caridad que radica como en su foco en Jesucristo Sacramentado? Todo, todo ha sido conducido por el Sacramento á sí mismo.

16. Finalmente, los irracionales y las criaturas insensibles, así como dieron testimonio sublime en la crucifixión del Salvador, lo han dado también diferentes veces en obsequio del Sacramento Santísimo. Yo no sabré decir sino que los sentidos corporales percibieron veces mil la presencia real de Jesucristo en el Sacramento, de lo cual fueron testigos los siervos de Dios, y en alguna ocasión un pueblo entero; yo no sabré decir sino que el firmamento con sus especies de vías lácteas y las estrellas, á modo de globos de fuego, se detuvieron sobre los lugares por donde permanecían ocultas las Hostias consagradas; yo no sabré decir sino que la tierra y el lodo no permitieron manchar las Especies eucarísticas cuando por desgracia cayeron de las manos del sacerdote; yo no sabré decir sino que el mar dió las leyes de los sólidos á sus aguas para que al fondo no cayera la Hostia del sacrificio, y que los peces, agitando sus cabezas asintieron á la doctrina católica de la Eucaristía; yo no sabré decir sino que los brutos y el elemento del fuego respetaron el santo Sacramento, y que las aves con sus vuelos en derredor de la Hostia y sus alegres trinos, publicaron las maravillas de Jesús Sacramentado; yo no sabré decir sino que el viento y las inmóviles efigies señalaron el lugar donde se ocultaba el Sacramento, y que los difuntos se levantaron de sus sepulcros para corroborar la fe eucarística, y para acompañar á Jesús en el día del Corpus; yo no sabré decir sino... ¡ah! que todas las cosas han sido atraídas al Salvador eucarístico, porque se han puesto milagrosamente á su servicio en todos los tiempos y en todos los lugares.

Ved cuán cierto es que Jesucristo Sacramentado, Rey y Señor del universo, porque es su Creador, manifiesta prodigiosamente su realeza, disponiendo que todos los seres la reconozcan, dejándose éstos atraer por Él mismo en su más bello Misterio de amor. Concluyamos y deduzca-

mos un pensamiento lógico. Si los judíos, y los gentiles, y los bárbaros, y los salvajes, y los herejes, y los pecadores, y los misioneros, y los ángeles buenos y malos, y las ciencias, y las artes, y los irracionales, y la materia, según acabáis de ver, han sido llevados dulcemente por Jesucristo al Sacramento del Amor: y al ser elevado Éste sobre el altar, todas las cosas ha atraído á sí mismo; nosotros no debemos, no, poner óbice para que la fuerza de atracción de Jesús no llegue hasta nuestra alma; antes bien, dispuestos para esta poderosa atracción, solicitemos de ese mismo Sacramento no nos olvide, y nos lleve á sí para que, participando de su mismo espíritu, nos identifiquemos con Él, y sean nuestros sentimientos, nuestras palabras y nuestras obras, las obras, las palabras y los sentimientos de Jesucristo.



DISCURSO V

*Jesucristo Sacramentado,
antídoto soberano de los perniciosos errores actuales y
del malestar general de las sociedades
contemporáneas.*

*Antidotum, quo liberamur a culpis quotidianis
et a peccatis mortalibus preservamur.*

CONC. TRID., SESS. 13, CAP. 2.

Es la Divina Eucaristía, antídoto con el cual nos
libramos de las culpas diarias ó leves, y nos preser-
vamos de las graves.

1. «Desde el cielo ha mirado el Señor á los hijos de los hombres para ver si hay quien tenga inteligencia ó quien busque á Dios. Pero todos se desviaron y se hicieron á una inútiles, se corrompieron y abominables se hicieron en sus deseos; no hay quien haga bien, no hay ni siquiera uno» (1). Estas fuertes expresiones que profiere el Eterno por boca del vate coronado y que pintan al vivo la general corrupción de costumbres de aquellos tiempos pueden sin duda aplicarse perfectamente al estado moral de las sociedades contemporáneas. El Dios de las justicias, ahora como entonces y siempre, busca en los hombres inteligencia y amor: inteligencia en lo recto y amor á lo verdadero; mas, desgraciadamente, nuestras modernas sociedades, como las antiguas, pero mucho más refinadas en la perversidad que éstas, se han desviado, han extraviado su cerebro y su corazón.

(1) Ps. 13.

Errores y depravación general: he aquí sintetizado en dos palabras el estado moral del siglo que recorreremos.

¿Creéis que esto no es cierto? ¿Será necesario que para convenceros de ello trace á la ligera unas sombras que dibujen, si no con expresión y viveza, al menos con exactitud, los males de que nos vemos rodeados, la tempestad que se aproxima, el caos que se abre á nuestros pies y que amenaza en él sumergirnos?

Los hombres, es verdad, han destronado de sus inteligencias á Jesucristo; pero á medida que Jesucristo, Verdad por esencia y Fuente de la verdad, se ha alejado de ellas, se aproximaron las sombras; y las nieblas del error, apoderándose del entendimiento humano fijaron en él sus reales para ordenar sus operaciones. ¿Qué extraño es, pues, que bullan en las frenéticas cabezas tanta diversidad de ideas opuestas sobre lo verdadero y lo erróneo, sobre lo lícito y lo ilícito, sobre el mérito y el demérito; y que las mismas engendren tanta variedad de pareceres, y que éstos constituyan el sinnúmero de perniciosos errores que se agitan violentamente en los humanos cerebros y que, llegando al terreno de los hechos, elaboren informemente esos sistemas monstruos de gobierno, esas utopías sociales, esos credos luciferianos? No ignoramos que hoy se habla de todo, se discute todo y se pretende conocerlo y comprenderlo todo; pero también sabemos que nunca como hoy existe menos luz, menos verdad, menos conocimiento en los hombres que han querido poner en tela de juicio las verdades más fundamentales. La luz no son las sombras, y Jesucristo es y pudo probar que Él es la luz; luego los que se desvían de la doctrina de Jesucristo están en el error. Quitad el sol del universo y nos encontraremos en el caos; borrad á Jesucristo de las inteligencias y éstas no se darán razón ni de sí mismas. Y así como los hombres, también las sociedades modernas, compuestas por aquéllos, han arrojado del solio á Jesucristo para entronizar en medio de hondos trastornos á una infame ramera, mentida deidad, que ha sabido arrastrar hasta sus inmundos pies, para que la adoren, á los seres casqui-

vanos, afeminados y lujuriosos como ella; intrusa reina que para reclutar súbditos y amantes tuvo que pregonar fingidas libertades, que no son más que doradas cadenas con que ata á los suyos para atraerlos á sí á fin de sujetarlos mejor con fiero despotismo. Pero esta indigna prostituta se sienta en las sombras, y sus amigos en las sombras están y en las sombras se agitan y negocian; y por más que en medio de su pretendida felicidad apuren la copa de los deleites; y aunque contra todos ellos se revuelvan furiosos, con las manos crispadas y ostentando el puñal, infinidad de seres que de estas orgiásticas bodas fueron excluidos, ni unos ni otros gozan de la luz; todos ellos desconocen la verdad.

2. Esto en cuanto á los males de la inteligencia; porque los males del corazón, como más prácticos, son todavía más funestos. Todo cuanto de malo hay en el mundo, dice el Aguila de Patmos, es concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y soberbia de la vida; (1) esto es: sensualidad, ambición y soberbia. Nunca como ahora el mundo se halla tan corrompido en sus apetitos inhonestos, en sus palabras chocarreras y obscenas, y en sus prácticas inmundas. Toda carne ha llegado á corromper sus veredas; (2) y así como es cierto que este vicio infame engendra la malicia y la pereza y la insensibilidad y la dureza de corazón y el afán de procurarse nuevos placeres: por eso nunca como ahora el mundo ha estado tan corrompido en su desenfrenada ambición por las riquezas; y este desenfreno perverso no titubea en elegir los medios ilícitos conducentes á su fin; y de aquí la usura, el soborno, la estafa, las filtraciones de cantidades respetables, el fraude, en una palabra; mas el deseo desmedido de riqueza engendra la ambición por los cargos y por los altos puestos, porque en éstos se encuentra el dinero codiciado, dinero que se consigue, no sin oprimir al pobre, al menor y al débil, elementos más flacos, pero de cuya opresión nace el odio, y del odio la rebelión de las clases proletarias contra las ricas, y de la rebelión la lucha

(1) I Joan, 2, 16.

(2) Genes, 6, 12

encarnizada que tanto deploramos. Y como toda ambición es causa y efecto á su vez de soberbia, por eso nunca como ahora el mundo se ha encontrado tan desvanecido con ese orgullo espantoso que, como inmundo gusano que pudre el árbol donde se anida, á todos y á todo corroe, produciendo frutos tan indigestos como la ostentación, el lujo, la perversidad, hasta la duda y el ateísmo. ¡Ah! Es que la soberbia ciega los ojos del alma.

Este es, pues, el mundo y los hombres del día. Con razón pueden aplicársele las frases del mencionado profeta: «Todos se desviaron, se hicieron á una inútiles, se corrompieron... no hay quien haga bien; no hay ni siquiera uno.»

3. Y qué ¿será posible que la sociedad no halle un eficaz remedio para librarse de sus graves errores y para curarse de su grave malestar? ¿ó es que esta sociedad está condenada irremisiblemente á perecer? No; de ninguna manera. Que vuelva, sí: que vuelva sus ojos vendados al Redentor, á quien despreció; que le estudie en el bello Misterio de sus amores, y verá como *Jesucristo Sacramentado es por esencia el antídoto soberano de los perniciosos errores actuales y del malestar general de las sociedades contemporáneas.*—Veámoslo.

PARTE 1.^a

1. Desde que el padre de la mentira hubo lanzado en el cielo el horrible *non serviam*, el error hubo de cernerse en el mundo á la manera que la niebla se cierce sobre los valles en los días grandes de frío. Siempre el error ha cundido en la sociedad bajo distintas formas; pero su constitución íntima y sus aspiraciones naturales han sido en todos tiempos las mismas. No hay duda que en nuestros días se han acumulado los errores antiguos, porque, dígase lo que se quiera, errores modernos que la antigüedad no conociera, no existen; los desgraciados que se han tenido por autores de los mismos no han hecho más que levantar la losa que cubría la inmunda cloaca y revolver el asqueroso cieno en ella contenido para extraer la porción de su agrado;

ni aun el mérito de la originalidad han gozado; hoy, empero, ellos mismos, semejantes á inmundos roedores, revolviéndose entre el fango, parte lo devoraron y parte lo han sacado al exterior, presentándolo con arte á los ojos curiosos de las sociedades contemporáneas.

5. Pernicioso, á más no poder, es el *panteísmo*, sistema ateo que confunde á Dios con el mundo, declarando no ser éste distinto de Aquél, y amalgamando funestamente el espíritu y la materia, la libertad y la necesidad, lo verdadero y lo falso, el bien y el mal, lo justo y lo injusto. Pernicioso el *naturalismo*, que proscribela divina revelación y la necesidad que de ella tiene el hombre para salvarse. Pernicioso el *racionalismo*, llámese, si se quiere, *absoluto* cuando proclama á la razón del hombre independiente de la autoridad divina, constituyéndola por único juez de sus operaciones; ó llámese, en cambio, *moderado*, cuando confunde el orden sobrenatural y el natural, equiparando la razón á la fe y rechazando todo aquello que está fuera del alcance de la razón. Pernicioso es, finalmente, el *indiferentismo*, consecuencia legítima de los delirios anteriores, que ensalza la indistinción de las doctrinas religiosas para conseguir el último fin del hombre.

He aquí bosquejadas las fuentes de los sistemas heréticos modernos cuya síntesis podría definirse: Nada con Dios, por Dios y para Dios. Todo con el hombre, por el hombre y para el hombre. ¡Blasfemia horrible! como son todas las que ha sabido arrojar el infierno en rostro de las naciones católicas de estos últimos tiempos y que, seducidas por ella como por el dulce canto de sirena, se han apresurado á cortejarla y á dejarse llevar de sus mentidas caricias.

6. Para errores extremos nada como extremas verdades; y si los errores mencionados lo niegan todo, Jesucristo en el Sacramento del amor es la afirmación de todo lo existente; es la Verdad primera, Verdad extrema, como que es la Verdad única por esencia. Es menester, por consiguiente, buscar esta Verdad; ver lo que nos enseña esta Verdad, é ir en pos de esta Verdad; y Jesucristo en el Sacramento de la

Eucaristía, no sólo es la Verdad substancial, si que también, velado en las sagradas Especies, nos muestra su doctrina, fuente purísima de verdad.

Estaba Jesucristo ante el tribunal más incompetente de la tierra, y al ser interrogado por su infame presidente si por ventura era rey, el Salvador, después de afirmar que el juez lo había dicho, añade: «Yo para esto nací, para dar testimonio á la verdad; todo aquél que es de la verdad escucha mi voz» (1). Ved, pues, á Jesucristo con sus palabras, con su doctrina, con su ejemplo y con sus costumbres dar testimonio á la verdad, de la cual Él es su principio eterno y substancial; y ahora que reside en el Sacramento del Altar prosigue dando testimonio á la misma verdad, puesto que en este Sacramento ha fijado como en maravilloso compendio sus costumbres y sus ejemplos, su doctrina y su palabra, todo cuanto es é influye en la vida de las almas y en la vida social.

«Todo aquél que es de la verdad, escucha mi voz,» ha dicho Jesucristo: luego los que no la escuchan como son todos los herejes, todos los incrédulos y principalmente los ateos y naturalistas y racionalistas é indiferentes, no son de la verdad, no están en posesión de la verdad, andan sistemáticamente á caza del error, y en el error están.

Cierto es que para semejantes desdichados, es difícil ver en el Sacramento de los altares la verdad por la que tanto anhelan y de la que tanto se jactan; pero esta dificultad no parte de Jesucristo, sino de ellos mismos que tienen velados sus ojos con las espesas cataratas de una mala voluntad, y no quieren que esa Mano prodigiosa que cura los enfermos, arranque aquellas cataratas incómodas, y ponga su vista en condiciones de admirar la eterna luz; mas si esto es cierto, también lo es que, yendo de buena fe en busca de la verdad, no hay duda que un rayo de la infinita luz penetrará en esas mentes nubladas por el error, y haciéndose paso, esclarecerá sus inteligencias. En este concepto, ¿quién duda

(1) Joan. 18, 37.

que Jesucristo Sacramentado es el infalible remedio apetecido?

7. Pero los hechos no pueden negarse; y los hay tan palpables, tan de todos los tiempos y de todos los hombres, que sería necesario cerrar los ojos del cuerpo y del alma para no verlos, y deducir lógicamente de ellos que el Divino Sacramento es oportuno remedio de los insensatos que en nada creen ó aparentan creer. ¿Qué no?

Así como, al admirar los templos dedicados á las divinidades gentílicas, decimos para nosotros mismos:—Por aquí pasaron generaciones de idólatras.—Así como, penetrando en el África, y quedándonos estupefactos ante las descomunales pirámides egipcias, repetimos para nuestro espíritu:—Por aquí desfiló un pueblo atrevido.—Así como, al examinar los escombros de Herculano y Pompeya, una voz fuerte é imperiosa se levanta en nuestra alma que nos grita:—Por aquí pasaron infinidad de sibaritas, adoradores de sus propios cuerpos:—así, al contemplar los monumentos cristianos de todos los siglos, al detenernos en esas colosales basílicas, cuyas elevadas agujas parecen querer desafiar á las nubes, no hay duda, solemos decirnos:—Por aquí han pasado millares de cristianos, adoradores de una Hostia divina para la cual estos templos fabricados fueron.—Y si los incrédulos, en favor de sí propios, me arguyeran, que así como nosotros decimos de los idólatras y de los egipcios y de los sibaritas que desconocieron la verdad, como realmente lo es, también podíamos habernos equivocado nosotros, yo les responderé que los monumentos de los sibaritas y de los egipcios y de los idólatras es cierto existen todavía, mas no existen sus cultivadores, ni el espíritu de su doctrina; empero con nuestros templos vive el espíritu cristiano que pasa á todas partes y á través de todas las edades, y arraiga y crece en las personas de buena fe; los cristianos existen, los idólatras ilustres pasaron. ¡Ah! es que aquella obra, por ser eterna, es verdadera; ésta por ser caduca no lo es. Luego Jesucristo Sacramentado, á cuyo honor se alzaron tantas sagradas fábricas, es la Verdad, y co-

mo Verdad que enseña prácticamente, es el remedio infalible y oportuno de los herejes é incrédulos mencionados.

8. Las perversas teorías de los errores enunciados, llevadas á la práctica y sobre todo á la política de los pueblos, nos trajeron en mal hora el *liberalismo*, sistema que viene á consistir en la emancipación de la razón humana de la ley de Dios. Ésta es la esencia, la base y la médula de esta herejía monstruo; porque aunque consta de varios grados, repugnantes todos, vienen á compendiarse en el grito de insubordinación, de rebelión y de independencia; en el grito luciferiano del *non serviam* al Todopoderoso. Yo no puedo detenerme en la explicación de estos grados, ni en hacer un análisis, siquiera sucinto, del liberalismo, porque no vengo á ocuparme de él como tratado; sólo sí diré, en lo que á mi discurso atañe, que los profesores menos radicales de este sistema herético, los mal llamados católico-liberales, peores que los de la *Commune* de París, que pretenden conciliar la Iglesia con el espíritu moderno, las conquistas de Jesucristo con las conquistas de una revolución impía, la libertad santa del Evangelio con las libertades impuras del infierno; los que dan tanto á Dios como al diablo y que para el efecto se valen de la sarcástica fórmula: *La Iglesia libre en el Estado libre*: son los seres más inconsecuentes que hemos conocido. ¿Cómo conciliar la luz con las tinieblas? ¿Cómo identificar á Cristo con Belial? Si creen que Jesucristo es luz y que el que está con Cristo no anda entre tinieblas, y que Belial es diametralmente opuesto á Jesucristo, ¿cómo, sin caer en tremenda inconsecuencia, pueden amar las tinieblas y seguir á Belial?

¡Ah! que dirijan sus miradas á la Hostia Santa, á la cual fantasean amar y adorar en espíritu; que se miren en Ella, y despues de haber meditado un rato siquiera entre el silencio del santuario, notarán que Jesucristo desde el Sacramento les dice: Yo soy la luz que ilumina á todos los hombres; mi doctrina, clara como la luz del día, brilla entre refulgencias divinas; si yo pido todo el corazón de los hombres, si no acepto su mitad, para que la otra quede reser-

vada al diablo ¿podré aceptar la compañía de este infernal espíritu?

Los liberales, mal llamados mansos, los que pregonan la secularización universal de lo existente, la secularización de la enseñanza y sus asignaturas, la secularización de la Religión y de la moral y con ella todas sus atribuciones, la secularización del Estado y con él la legislación y la administración pública; los que dan más al diablo que á Dios y que para conocer el grado en que se agitan se valen de la fórmula: *La Iglesia sometida al Estado*: son, es verdad, más consecuentes que los anteriores; ¿pero no piensan que de ese modo caminan al precipicio, que lo llenan todo de tinieblas y que preparan la revolución sin Dios? ¡Ah! diremos también á estos desgraciados: retroceded un paso; paraos, y fijad la vista en el Dios del Sagrario que os grita que la verdad es una; que Él sólo es la Verdad y que secularizar la sociedad es arrojarla en los negros abismos de la confusión y ponerla en las horribles garras de Satanás; y á la manera que arrancar sin necesidad al niño de los pechos de la madre para entregarlo á una mercenaria es matarle, así, arrancar al pueblo y á las instituciones sociales de la Divina Eucaristía, sustento de nuestras almas, para entregarlos á la revolución mercenaria y prostituída, es también matar á la sociedad.

Los liberales radicales, los que se proponen llevar á la práctica las últimas consecuencias del racionalismo, los que ridiculizan el Catolicismo y persiguen y azotan á la Iglesia; los que anhelan por el Estado sin Dios y que el Estado sea el dios único, al que deben incensar y sujetarse todos los hombres; los que nada dan á Dios, pero sí todo al diablo, y cuya fórmula se cifra: *El Estado sin la Iglesia*: no les diremos otra cosa sino que, al igual que á los anteriores, son unos ingratos á Jesucristo; que su proceder conduce no ya al socialismo sino á la anarquía. Que vuelvan, sí, que vuelvan sus ojos enrojecidos por el odio al Divino Sacramento, al Dios de la paz, el cual consolará su intranquilo y azorado espíritu; que hagan menos visitas á los políticos y más al

Tabernáculo santo y aprenderán, no una tejida y larga mentira, sino la verdad que á todas horas se escapa del Sacramento del amor.

9. Dije que el panteísmo, el naturalismo, el racionalismo y el indiferentismo son la horrible teoría del sistema liberal que ha sabido aristocráticamente aplicarlas; pero tras el liberalismo, y en fúnebre cortejo, como hijos que acompañan á sus padres, se presentan las sociedades hostiles á la Iglesia, las sociedades secretas, las pestes del universo, según el *Syllabus*. Verdaderas y únicas internacionales, cuyos adeptos, exigiendo con una mano el pan, y mostrando la dinamita y el cuchillo en la otra, constituyen hoy el horrible espectro que, salido de los antros infernales, amenaza bañar en sangre á las sociedades modernas, y hundirlas para siempre en el espantoso caos de la muerte. Mas, para todas ellas existe aún eficaz remedio en Jesucristo Sacramentado.

Fijad atentos, si no, vuestra vista en el *socialismo*, que tiene por objeto realizar en el mundo la fantástica igualdad universal, cuyos fines, aun después del horrible trastorno en que hayan envuelto á las instituciones, jamás podrá conseguir. Reparad en el *comunismo*, que pretende la repartición por igual de todos los bienes de la tierra, ya sean materiales, ya morales; los que necesariamente han de ser comunes, aboliendo para el efecto la autoridad, la propiedad y la familia. Sobrecojeos de espanto al considerar al *anarquismo*, que, abominando de toda autoridad y poder, proclama el exterminio de todas las clases sociales, llevándolas á sangre y fuego, para vestirse después con los despojos humanos que resten, y sentarse sobre un trono de cenizas humeantes. Dirigid por fin vuestra mirada á la *masonería*, la más terrible de todas las sociedades secretas, aliada y directora de todas ellas que, esparcida por las naciones, y sentando á sus grandes *hermanos*...? en los bancos azules, se promete de un día para otro aniquilar la Iglesia y el Estado.

10. ¡Qué escenas tan horribles, tan llenas de espanto y desolación, de dolor y ruínas se promete el mundo si las

aspiraciones de las mencionadas sociedades llegaran á cumplirse! ¡El Señor no quiera tal! Pero si de los efectos hemos de subir á las causas que los producen para poder indicar el remedio, ya que la curación, si ha de ser rápida, eficaz y total, no ha de atender á los efectos de la enfermedad sino á sus causas: evidente es que las causas que han producido males tan hondos y aspiraciones tan fatalmente radicales no son más que la ignorancia de los deberes religiosos, la depravación de costumbres, debido á aquélla, y la falta de punibilidad en la propagación continua del error; esto último corresponde á los gobiernos, aquélla á todos y á cada uno de los individuos.

¿Quieren los socialistas conseguir notablemente la verdadera y única posible igualdad? Jesucristo Sacramentado es el camino. *Ego sum via*. Que no se va por el camino de la revolución á obtener utopías contradictorias y por consiguiente absurdas; sino que por Jesucristo, y mediante la humildad y la resignación, se va al triunfo real de la igualdad social. ¿Creéis que esto no es así? El Apóstol enseña que por Jesucristo y después de Jesucristo ya no hay más libre y esclavo, hebreo y gentil, hombre y mujer, (1) sino que todos son iguales ante Dios, pues todos son hijos de Él y coherederos con Cristo y herederos de su gloria. Jesucristo, desde el momento en que se nos da uno mismo á todos en Comunión, sin establecer diferencia de condiciones, sexos, edades y categorías, nos ha enseñado y nos da el remedio de la igualdad.

¿Quieren los comunistas que por medio de una libertad santa sean todas las cosas comunes? Jesucristo Sacramentado es el camino. *Ego sum via*. Que no se va por las veredas de la inmoralidad y de lo imposible á lograr un mal entendido comunismo cual el de los sectarios, sino que por Jesucristo, y mediante la práctica de sus virtudes sacramentales, se va á la posesión de todas las cosas para que todas sean de todos. ¿Creéis que esto no puede ser así? Recordad que

(1) Ad Galat. 3, 28.

el evangelista asegura de los primitivos fieles que tenían un solo corazón, una sola voluntad y una sola alma, y que todas las cosas comunes les eran (1), en cuanto que el necesitado encontraba en el que tenía, y éste abría franca y alegremente sus tesoros á aquél; doctrina que todavía es la misma y que nos enseña el Salvador en el Sacramento, dándose todo entero á todos, siendo pródigo y riquísimo con los que le piden. Y si es evidente que (2) los primitivos cristianos vendían sus posesiones y haciendas y las repartían á todos conforme á la necesidad de cada uno, empero esto era libre en cada cual, como lo es hoy, no ley como los comunistas intentan imponer á todos los hombres.

¿Quieren los anarquistas por unos medios legítimos purificar la atmósfera pestilencial del mundo para reinar triunfantes sobre él? Jesucristo Sacramentado es el camino. *Ego sum via*. Que no se va por las veredas del odio, de la injusticia y del crimen á recabar nada estable, nada humano, nada justo; sino que por Jesucristo, y mediante el conocimiento de sí propio y de la paciencia se llegará á triunfar de los males contemporáneos. ¿Creéis que esto no es así? ¡Ah! Los más grandes santos encontraron á la sociedad de su tiempo tan engolfada en la injusticia como pueden estarlo las sociedades modernas, y para cambiarla no apelaron á los anárquicos medios de los sectarios, sino que comenzaron por barrer de sus almas todo desorden y pecado, y después hicieron con la sociedad lo que habían practicado consigo mismos. Este poder lo habían alcanzado en efecto del Sacramento del amor. ¡Ah! Es que este Sacramento, á no dudarlo, es remedio eficaz y único del desorden anarquista.

¿Quieren los francmasones... pero, qué voy á decir? Lucifer no tiene enmienda; los medios que le proponemos para salvarse son inútiles. ¿Sucederá esto mismo á una sociedad luciferiana que se basa en el odio sistemático á Jesucristo y á la autoridad civil? Podrá encontrar oportuno remedio en

(1) Act. 2, 44.

(2) Id. id. 45.

la Divina Hostia, siendo así que la Hostia Divina es para ella el objeto de todos sus sarcasmos, de todas sus violencias, de todos sus odios, de todos sus crímenes? ¿Querrá la Hostia santa ser antídoto de los que hacen profesión de abominar de Ella? ¿Pero, qué es lo que voy diciendo? Sí; Jesucristo, crucificado por una raza deicida de la cual son descendientes los masones, abrirá un día sus brazos para estrechar contra sí al pueblo israelita; mas no se portará así con la masonería concebida en el infierno que, puesto que se ha asociado la sombra y la nada, en la nada y en la sombra ha de perecer. Jesucristo Sacramental no puede amar la masonería, pero no rechazará al masón que vuelva contrito á su Padre celestial, como no pudo rechazar al Pródigo Hijo del evangelio.

PARTE 2.^a

II. Efecto necesario de los errores modernos es el mal-estar general que se nota en todas las clases sociales, en todas las instituciones, en todos los hombres y en las mismas entrañas de la sociedad. No hay para que formar difusa letanía de los males causados por dichos errores. En las calamidades públicas y en la conciencia de todos están para que podamos contemplarlos y enumerarlos con ojos bañados en lágrimas. Pero ya que no contar los males, debemos parar nuestra atención en un hecho singularísimo, mal por esencia y causa de los infinitos males que presenciamos. En efecto; todas las teorías absurdas, todos los sistemas heréticos, principalmente los modernos, han propendido siempre á conceder al hombre mayor libertad que la que en realidad debe gozar. Hermosa y amable es la libertad, pero que en tomando más de la necesaria, en haciendo mal uso de la misma, sucede lo que cuando se toman ciertos medicamentos, que si se usa de ellos cual se debe aprovechan y mejoran, pero en abusando de los mismos empeoran y matan. Dentro de la esfera del bien es el hombre absolutamente libre; pero, colocado entre el bien y el mal, entre lo lícito y lo ilícito, lo es relativamente al bien; y si llega á usar de la libertad para

el mal, este uso, convertido en abuso, le enferma y destruye. Ahora bien; todos los errores contemporáneos han hecho á cual mejor la apoteosis del abuso de la libertad, y sus mal llamadas conquistas las han también malamente apellidado derechos del hombre; y éste, sin examinar esos tristes derechos «pues también hay derechos para perderse y condenarse» se ha lanzado con ellos en medio de la sociedad, y los ha puesto en pronta ejecución; y ahora no me preguntéis cuál ha sido la causa inmediata de tantos odios y discusiones, trastornos y alzamientos, injusticias y crímenes, desolación y espanto, como hemos visto hasta hoy, porque no reconoce otra causa que el abuso de la libertad.

Sobre todas cosas, dividida la sociedad en clases, y más principalmente en ricos y pobres: aquéllos, en uso de esta libertad á la que llamaremos libertinaje, han querido explotar al pobre en beneficio propio; éstos, llevados de la misma teoría, y al sentirse gravemente oprimidos, pretenden sacudir el enorme peso que sobre sí gravita, y alzarse al nivel de los señores. Ésta es la enfermedad epidémica que, según el gran Donoso Cortés, ha contagiado á toda la Europa: enfermedad que se reduce á una sublevación universal de todos los que padecen hambre contra todos los que padecen hartura: si la guerra llega á estallar, añade este gran pensador, la victoria no puede ser dudosa, poniendo los ojos por una parte en el número de los hambrientos, y por otra en el número de los hartos. Efecto de esta general sublevación son los recelos, los temores, los sobresaltos, más dureza y más represión de parte de los patronos y de los ricos; y las esperanzas, la osadía, y más exigencia de parte de los obreros ó de los pobres. Añádase á esto la indiferencia criminal con que los llamados á establecer el orden y á hacer justicia miran estos asuntos, ó la ineficacia de sus remedios, y entonces se completará el cuadro del malestar social. No; no es necesario que retoque más este cuadro tristísimo, porque cada uno le ve y le observa bien. Lo que precisa absolutamente es, que cada uno de los hombres busquemos el remedio; porque no hemos, no, de estarnos

llorando como niños en medio de la calle, á la vista del mal que nos han causado; es preciso ser magnánimos, y acudir al lugar donde se halle el medicamento para aplicarlo.

12. ¿Queréis saber cuál es el lugar de la medicina? pues es la Iglesia católica. ¿Queréis averiguar cuál medicina es esa? pues es Jesucristo Sacramentado. ¿Queréis conocer finalmente el medio de aplicación? pues es oír y seguir á Jesucristo.

Quien busque este antídoto y le aplique, infaliblemente será curado. Lo más singular es que no existe otro remedio semejante; que todos los demás, sean cuales fueren, son ineficaces; y si la sociedad quiere verse curada de sus gravísimos errores y de sus terribles males, no tiene más remedio que volverse á Jesucristo, restablecerle en el trono de donde le arrojó, adorarle, inspirarse en sus máximas, y guardarlas fielmente. Yo no sé cómo existen hombres que, después de haber ensayado todos los medios humanos para la solución de estos terribles problemas; que después de haber andado por todos los caminos para llegar á la concordia y á la paz; que después de haber apurado las ciencias y los humanos conocimientos para el propio fin: yo no sé, repito, cómo hay hombres que todavía quieran devanarse más la inteligencia para hallar la solución de tales dificultades y conflictos, siendo así que por esos medios y por esos caminos la solución no llega, ni se espera llegue jamás. Jesucristo es solamente la solución de toda dificultad. *Solutio omnis difficultatis, Christus*, ha dicho el gran Tertuliano; y lo que este doctor eclesiástico pronunció en el siglo III de nuestra Era, ha sido confirmado por todos los hombres sensatos de todos los siglos siguientes. Sí; la solución de toda dificultad es Jesucristo. ¿Y dónde podremos hallar en la tierra la Humanidad de Jesucristo, sino en la augusta Eucaristía? Luego Jesucristo Sacramentado es el remedio de los males presentes. ¿Qué no?

13. Si el terrible problema obrero, si el triste problema agrario se han de solucionar á satisfacción de todos, y que esta satisfacción no sólo sea duradera y sencilla, sino además

de paz privada y pública, ha de ser tan sólo con la práctica constante de estas dos virtudes; con la caridad de los ricos y patronos y con la paciencia de los pobres ú obreros; éstos perdieron la virtud de la paciencia porque aquéllos resfriaron su caridad para con las clases menesterosas. Pero Jesucristo en el Sacramento es la caridad por esencia y la paciencia por antonomasia; aquélla es su vida sacramental, ésta constituye la razón de su constancia en la misma vida. El Divino Salvador obró todos sus misterios y todas sus maravillas por amor y con amor; pero en ninguna ha mostrado tanto su caridad inextinguible como en el misterio y en la maravilla del adorable Sacramento del altar, donde, efecto de un amor que raya en locura divina, se nos da en comida y bebida de nuestras almas. Y ama tanto en el Sacramento, que á todos requiere de esta manera: «Venid á mí todos los que estáis cargados y trabajados que yo os aliviaré» (1). Y por que acudan al trono de su misericordia los encorvados bajo el peso de las tribulaciones, está en el Sacramento día y noche, un mes y otro mes, un año y un siglo, y siempre hasta el fin de los tiempos, sufriendo silencioso las irreverencias de sus amigos y los desprecios, los sacrilegios y las blasfemias de los redimidos con su propia sangre. Ved aquí, pues, á Jesucristo Sacramentado modelo de los que sufren, convidando á los pobres y á los obreros á resignarse tranquilamente en sus trabajos; vedlo también modelo de los ricos que no tienen caridad invitándolos á cobrar amor á los pobres y desgraciados; vedlo, finalmente, modelo de todas las clases sociales, rogándolas á que acudan á su corazón donde hallarán el amor que necesitan para no metalizarse en las relaciones mutuas que cada uno debe guardar á su hermano. ¡Ah! ¡Si todos los hombres buscásemos para nuestro remedio á Jesucristo Sacramentado! Sin duda no hubiéramos empeorado tanto.

14. «Los hombres y los Estados, añade León XIII, (2) como necesariamente son de Dios, no pueden vivir, mover-

(1) Math. 11, 28.

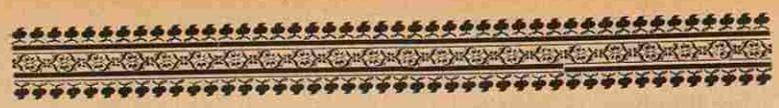
(2) Encíclica sobre la S. Eucaristía.

se y producir obras buenas sino en Dios, mediante Jesucristo, por quien los tesoros más preciosos se han derramado y se derraman sobre el mundo. Principalmente, el origen de todos estos bienes es la Sagrada Eucaristía porque alimenta y fortifica la vida espiritual, cuya ausencia es tan penosa, y acrece maravillosamente la humana dignidad á que ahora vemos poner tanto precio. ¿Hay algo acaso más excelente y apetecible que ser cuanto es posible participante de la naturaleza divina y cuanto es posible quedar asociado á ella? Pues esto principalmente ejecuta por nosotros en la Eucaristía, Cristo, Señor N. mediante la cual se abraza y une estrechamente al hombre encumbrado por la acción de la gracia á la posesión de los tesoros divinos... En vano, añade, se busca remedio á los males presentes en el miedo al castigo y en los consejos de la prudencia humana; sólo se hallará en que las diferentes clases sociales queden unidas en la mutua prestación de servicios y en concordia que se funde en Dios y que produzca obras conformes con el espíritu fraternal y la caridad de Cristo...»

15. Mientras los hombres se amaron en Jesucristo, el mundo, en verdad, sufrió como ahora los rigores de las humanas miserias, pero las sufrió resignado; el termómetro, empero, de este amor creció á medida que los cristianos fueron más amantes de la Sagrada Eucaristía, visitándola y recibéndola sacramentalmente; y cuando aquéllos comulgaban á diario y pasaban también diariamente dulces ratos con Jesús Sacramentado, el termómetro sagrado del amor subió toda la espiritual escala, y se le vió descender á medida que la comunión fué menos frecuente, y se le vió llegar á cero grados cuando fué más rara, y se le vió ponerse bajo cero cuando fué nula ó despreciada. No extrañéis, pues, que hoy, que la Comunión divina está en general á cero grados, no exista entre los hombres el amor fraternal de Jesucristo; no extrañéis que, en consecuencia, las clases sociales se odien mutuamente; no extrañéis que, efecto de este odio á muerte, haya comenzado la guerra cruel entre altos y bajos, ricos y pobres, nobles y plebeyos, para ser

unos de otros los verdugos desapiadados que Dios manda á los hombres en castigo de haberse apartado de su amor.

16. Sí; el remedio de los males presentes está en que los hombres vuelvan á calentarse en la fragua sacramental de Jesucristo. Espíritus fuertes, en quienes la duda, el escepticismo ó la negación se ha entronizado: si aspiráis á la luz, llegaos á Jesucristo Sacramentado, pues Él es el Misterio de la Fe que disipa las nieblas del error. Obreros de las fábricas, que con un pan malo y un triste jornal deslizáis vuestra existencia entre amarguras. Trabajadores del campo, que, tostados por el sol y calados por la lluvia, inclináis vuestras frentes al suelo sin que vuestra angustiosa situación de mejorarse acabe. Niños y mujeres, que, amarrados al potro de los talleres, consumís vuestros juveniles años sin conocer la alegría del hogar doméstico: ¿buscáis consuelo? ¿anheláis descanso? ¿apetecéis un jornal más subido? ¿queréis reintegrar vuestra dignidad hollada? Id en busca de Jesucristo Sacramentado que Él es la vida de las almas. Él os aliviará y accederá á vuestras justas peticiones. Nobles, que, fascinados por vuestra altura, miráis con desprecio á vuestros semejantes. Ricos, que, dominados por vuestros metales, sentís para con los pobres la frialdad de la muerte en vuestra alma. Patronos, que lamentáis la insubordinación de vuestros obreros: ¿queréis humildad? ¿deseáis un poco más de amor? ¿anheláis por la justicia? Id en busca de Jesucristo Sacramentado que Él es la Vida de las almas, Él os recreará y cumplirá vuestros deseos. Todos los que sufrís en este mundo los efectos del primer pecado, golpead las puertas del Sagrario para que os abra Jesucristo y os devuelva la felicidad santa que tanto deseáis. No hay duda; Jesucristo en el Sacramento del amor, por ser la luz, la verdad, el camino y la vida, es el antídoto soberano de los perniciosos errores modernos, y del malestar general de las sociedades contemporáneas.



DISCURSO VI

Jesucristo Sacramentado, base y sostén de la Unión tan suspirada de los católicos.

Sacramentum pietatis, signum unitatis, vinculum charitatis.
Sacramento de piedad, señal de unidad, lazo de caridad.
S. AUGUST. TRACT. 26 IN JOAN.

1. La Unión: palabra mágica que en su arrobadora fuerza cautiva la inteligencia, fascina la imaginación, enardece el ánimo y mueve la voluntad á obrar. La Unión: sentimiento general de los hombres y de los pueblos, que insensiblemente los arrastra á confederarse para fines especiales ó extraordinarios. La Unión: virtud creadora de empresas colosales, de operaciones sublimes, de triunfos gloriosos y decisivos. La Unión: y ¿quién no sabe lo que es y significa Unión cuando hoy los negociantes se congregan en casas de comercio para tratar y acrecentar sus intereses; cuando hoy los políticos se reúnen en casinos y congresos para triunfar de sus enemigos; cuando hoy los malvados se juntan en clubs y logias para fraguar el crimen; cuando hoy los adversarios de Jesucristo y de su Iglesia se atraen y se funden para exterminarle de la conciencia, de los individuos y de los tronos sociales, á fin de alzar sobre sus ruínas el solio de la nada? La Unión: y ¿quién no sabe lo que es y significa Unión, viendo que ejércitos de soldados disciplinados rompen los cetros y hunden las dinastías; que falanjes

compactas de héroes sagrados purifican las costumbres de los pueblos y conquistan reinos enteros para el cielo; que tropas convenidas de filósofos corrompidos invaden y se posesionan del imperio de las ideas; que turbas amotinadas han levantado á ciudadanos pacíficos para protestar, insurreccionarse ó hacer la guerra? La Unión: pero, basta; porque el hombre solo y los pueblos divididos nada pueden, para nada sirven; pero el hombre unido á otros, y los pueblos confederados entre sí, todo lo pueden, para todo sirven. En la Unión consiste la fuerza.

2. Empero, esta mutua alianza que, para fines particulares y á veces para fines injustos, procuran llevar á la práctica los prudentes del siglo, es la misma que la que los católicos, los hijos de Jesucristo deben ambicionar para que entre nosotros sea pronto un hecho, ya que un reino no puede subsistir sin fuerza, ya que para esta fuerza se necesitan soldados aguerridos, ya que para que estos soldados triunfen han de luchar fuertemente unidos entre sí. Las energías del reino espiritual de Jesucristo, después de la virtud divina, las constituyen los católicos de buena fe, los católicos prácticos; mas para que estas energías no se desvirtúen es imprescindible que no estén disgregadas; y á la manera que las gotas de esencia, separadas unas de otras pierden pronto su virtud, pero unidas en boté herméticamente cerrado la conservan indefinidamente, así los discípulos del Crucificado pierden, separados, las fuerzas vitales, pero estrechados en apretado haz las conservarán para siempre.

Muchas son las fuerzas del reino de Jesucristo si están discretamente sumadas, é inmensa su energía si permanecen unidas. El buen católico, por consiguiente, debe desear la unión, debe aspirar á ella; y ante la guerra sañuda que las descaradas sectas han declarado á Jesucristo; ante la batalla cruel que las pasiones de los malvados ejercen indecible presión sobre la milicia de Cristo; ante la traición de los nuevos judas que hipócritamente venden por menos de treinta dineros á su Maestro; y ante la indiferencia y el abandono general de los malos católicos que miran y dejan la



Causa de su propia Madre, la Causa del Catolicismo, que es su misma causa, que es la causa de la Patria y de la civilización: sus trabajos todos deben conducir á que se realice debidamente una Unión santa.

3. En nuestras inmensas filas, no todavía depuradas, existen militares de todas clases, por más que no todos puedan ostentar el diploma de su honrosa profesión. Podemos clasificarlos por series. Están los católicos perversos, los católicos ilusos y los católicos buenos. Hay que eliminar las dos primeras series por ineptas; sólo queda la última, que es apta para el caso. He dado el nombre de católicos perversos á aquéllos que, habiendo contraído gustosas nupcias con sus bienes, con su comodidades, con sus títulos, con su política liberal y con sus diversiones pecaminosas, y que, alargando una mano á Jesucristo y dando la otra á Luzbel, no quieren en manera ninguna la Unión. Para todos éstos la Unión es imprudente, ociosa y temeraria, provocadora de enemigos é inútil, y más que inútil, contraproducente. He dado el nombre de católicos ilusos á los que, apeteciendo la unión, pero idólatras de su parecer, la desean de conformidad con sus planes, según las reglas que ellos propongan, rechazando el método santo que para el efecto sigue la Iglesia, y hasta abominando prácticamente del juicio que sobre la propia cuestión los prelados forman. Para todos éstos la Unión es buena, es santa, es necesaria, pero son inútiles todos los medios que se propusieren, á no ser los de su capricho ó partido. He dado, finalmente, el nombre de católicos buenos á los que, aspirando á la Unión, pero humildes y constantes servidores de la Iglesia, creen, juzgan, afirman y practican cuanto dicta y propone esta Iglesia de Jesucristo, única depositaria de la luz y de la verdad. Para todos éstos la Unión es buena, es santa, es necesaria, pero son aptos y eficaces sólo los medios que para la consecución de este hermoso fin señala la Esposa de Cristo, fuera de la cual no se ciernen más que las tinieblas y el desorden. Ved aquí, pues, confirmada la proposición de que sólo la última serie de católicos es apta para efectuar la Unión.

4. Aislando, por consiguiente, á los demás, y deseando que los católicos buenos puedan proceder con fino y acierto en la ejecución de esta primordial obra cristiana, ningún medio para su realización tan necesario y único como el amor mutuo, espíritu real de la Unión de los católicos, amor que sólo parte de Jesucristo Sacramentado y que de Él se deriva á los hombres, comunicándolo Él mismo en ríos de dulzura para que la Unión de voluntades sea más eficaz y verdadera. En este concepto debo presentaros, en primer lugar, á *Jesucristo Sacramentado, como sólida base sobre la cual deberá cimentarse el colosal edificio de la Unión de los católicos*; y sin cuya piedra angular nada provechoso podrá obrarse: *signum unitatis*; y haciéndoos ver, en lugar segundo, que así mismo *el Divino Sacramento del altar es sostén de la Unión mencionada*; ya que después de verificada la suspirada Unión, es indispensable una fuerza conservadora que impida se gaste y destruya: *vinculum charitatis*.

PARTE 1.^a

Antes de pensar en la erección de soberbio monumento, precisa suprimir los obstáculos que se le oponen, y allanadas las sinuosidades del terreno, y abiertos los cimientos, se podrán arrojar al fondo las primeras piedras. En la erección de la Unión precisa desterrar por un lado el egoísmo de unos, y por otro la soberbia de los demás; ésta es propia de los católicos ilusos; aquél de los católicos malvados.

5. El hombre que, en su desgracia, llega á separarse por completo de la amistad de su Redentor se pierde y se aparta por un exceso de amor propio. El amor: llama encendida por el Hacedor en nuestro corazón, á más de subsistir arraigado en éste, se eleva hacia regiones superiores y oscila de un lado á otro, como dando á entender que, amándose el hombre á sí propio, con preferencia ha de tender hacia Dios y no ha de olvidarse de referirlo á los prójimos. Mas he ahí que el insensato ha visto que el amor propio es dulce, halagüeño, seductor, deleitable; y, robando la parte mayor que debe á Dios y la otra porción debida á su

prójimo, ha aumentado el caudal del amor propio; se ha enriquecido con amor ajeno para gozar más; y este crimen, evocando del averno á otro crimen, ha llegado á cegar de tal manera el corazón del insensato que, refiriéndose á sí propio todo el amor, se ha idolatrado también á sí mismo. ¡Justo castigo al egoísta!

Por esto el católico malvado no quiere la Unión. Para que ésta se efectúe debidamente necesita él por su parte hacer un gran sacrificio de sus comodidades, de sus honras, de sus deleites y de sus intereses; mas no, no habléis al egoísta de sacrificio pues no entiende semejante palabra; habladle quizá de una comodidad más y veréis cuán ligero os escucha. Es que el sacrificio, como efecto del amor al prójimo, es necesario, mas en modo alguno podemos contar con el egoísta.

6. Y si con éste no podemos contar, tampoco podemos aceptar los servicios del católico iluso. Ha sido la soberbia en todo tiempo, ceguera intelectual que hizo creer á nuestros primeros padres que podrían llegar á ser como dioses; y si aquella buena parte de las estrellas del cielo cayó repentinamente en el averno, no se debe á otro pecado que á la soberbia. Repetidas veces ha dicho el Vicario de Jesucristo, que la Unión de los católicos no ha de ser obra del cálculo puramente humano, sino que precisamente, si algo ha de informar la Unión, ha de ser la influencia celestial del divino Espíritu; y nadie, nadie en este mundo, conoce infaliblemente las mociones del Soberano Dador de los dones sino la Iglesia, magisterio infalible de verdad; y á ella, mediante sus pastores, los centinelas avanzados de Israel, se debe solamente atender, puesto que tratándose, no de una obra puramente temporal, ni de una cuestión meramente política, sino de un asunto católico, de un asunto religioso, solamente el Jefe visible de la Religión Católica y los prelados, de acuerdo con aquél, pueden determinar el modo de llevarla á la práctica.

Mas he ahí que el católico iluso opina como opina su partido católico; y juzgando ser más celoso y más avisado, más instruído y más inspirado, más digno y más apto que

los prelados, empuja la marcha de los sucesos; y ¡quién sabe! alguna vez por su atolondramiento los han atropellado, desbaratando la obra de muchos años. ¡Ah! ¿no hubiera sido mejor cien veces, trabajar por unir en lugar de disgregar, trabajar por atraer los fieles hacia los pastores, que separarlos de ellos, trabajar por engrosar sus filas que restarles fuerzas, trabajar por estar á su lado que alejarse de su presencia, trabajar por animarse y proporcionarse medios de defensa y ataque que por irritarles, desanimarles ó desprestigiarles? No; los católicos ilusos de nada sirven, para nada valen.

7. Solamente los católicos buenos, que se inspiran en las máximas de los obispos y del Papa; solamente los que siguen sus consejos son dignos de formar parte en los trabajos de la Unión.

Pero he advertido también que semejantes individuos nada pueden sin Jesucristo Sacramentado, así como la Unión jamás podrá realizarse sin las influencias directas del Sacramento. En efecto: no es posible la Unión sin la identidad de pareceres individuales en puntos esenciales á su fondo y forma; que ésta es la desgracia común de los católicos actuales, la de no estar acordes, al menos en la forma, en negocio tan necesario. Pero esta identidad sólo podemos hallarla en Jesucristo, quien para otorgarnos un mismo espíritu nos ha dado el bocado divino de su Cuerpo y Sangre, de tal suerte que, participando de una misma comida, experimentásemos todos los que de Ella participamos idénticos efectos. No; no es posible la Unión, al menos que los católicos no se comuniquen antes rectamente con el Salvador, y á esto responde el que se nos diga que el que coma del Pan divino tendrá la Vida divina, que es la vida eterna. Al recibir sacramentado á Jesucristo, un mismo amor parte de su corazón sagrado y se extiende por el nuestro, al modo que su carne divina penetra con sus inefables propiedades en la nuestra, y al modo que su sangre preciosa se derrama en nuestras venas; y si un mismo amor es el que consume á todos los que le reciben debidamente, también es una misma voluntad,

también es uno mismo el sentir, también es uno mismo el parecer que de todos los comulgantes se posesiona, pudiendo exclamar entonces perfectamente cada uno de éstos con el Apóstol (1): Vivo yo, mas no yo sino que Cristo vive en mí. Ved aquí, pues, el efecto principal de la Divina Eucaristía: la atracción de las almas para elevarlas á Jesucristo y comunicarles su amor á fin de que, fundidas en uno é idéntico horno, gocen como Jesucristo, sientan como Jesucristo, hablen como Jesucristo y piensen y vivan como Jesucristo.

8. En uno de esos éxtasis amorosos en que el Salvador se sumió la noche de la institución eucarística, suplicaba á su Eterno Padre entre otras cosas de la siguiente manera: «Te ruego (2) para que sean todos mis discípulos una misma cosa; así como tú, Padre, en mí y yo en ti, que también sean ellos una cosa en nosotros, á fin de que el mundo crea que tú me enviaste. Como tú en mí, yo en ellos para que sean consumados en una idéntica cosa». Palabras que envuelven profundos misterios, pero que el mismo Salvador nos ha descifrado, manifestándonos que, á la manera que el Padre y el Hijo, distintos por la personalidad son una misma cosa por naturaleza, así los santificados por Jesucristo, aunque distintos en cuanto á las personas, sean un ser con el Padre y el Hijo por la gracia divina, por el sagrado amor. He aquí al cristiano levantado del polvo, extraído de la miseria y elevado hacia Dios para confundirse con Él. ¡Qué dignación! ¡El hombre, vil insecto que se arrastra por la tierra, buscado para tener comercio altísimo con la Trinidad Beatísima! Esta ascensión del cristiano hacia Dios no ha sido verificada sino por el amor, puesto que, así como el Padre y el Hijo, amándose mutuamente, por naturaleza producen al Espíritu Santo, así también, amándose mutuamente las tres Divinas Personas, han producido por gracia singular la unión amorosa del cristiano santificado con la Trinidad veneranda.

¡Qué misterios tan sublimes! Si el hombre ha sido eleva-

(1) Ad Galat. 2, 20.

(2) Joan. 17, 21 y sig.

do á esta maravillosa comunicación con Dios, asimismo, ha sido elevado á una comunicación singular con Jesucristo. Por eso el Salvador añade esta frase: «como tú en mí yo en ellos». Antes había hablado ya de la unión suya y del eterno Padre con sus discípulos, y ahora añade de nuevo que á la manera que Dios Padre está en Dios Hijo «por consustancialidad» así Dios Hijo está en los cristianos no sólo por especial amor, sino por la divina Eucaristía. Jesucristo está en los que le reciben corporalmente. Luego la Divina Eucaristía de un modo más especial y más visible establece esta altísima Unión del cristiano con Jesucristo.

9. Mas estas divinas uniones del hombre con la Trinidad Beatísima y del hombre con Jesucristo Sacramentado han sido dispuestas, no al acaso, sino para que todos los que creen en el Salvador sean entre sí una misma cosa. Esta Unión recíproca, esta Unión mutua entre los cristianos ha de ser espiritual y mística, (1) pero ha de participar naturalmente de la unión con Jesucristo Sacramentado, y la unión con Jesucristo Sacramentado es sobre manera espiritual, pues funde en uno las almas, la del cristiano que va á identificarse con la de Jesucristo; y la unión con Jesucristo Sacramentado es soberanamente divina, pues no se convierte Cristo en el comulgante sino el comulgante en Cristo: luego la unión con Jesucristo Sacramentado es santamente feliz, ya que el cristiano participa aún en esta vida de la gloria substancial é interna de Jesucristo. Asimismo la unión de unos cristianos con otros debe ser sobre manera espiritual, soberanamente divina y santamente feliz, frases que se comprendían en la palabra caridad, la cual según enseña el Apóstol (2), es paciente, benigna, no envidiosa, no precipitada, no soberbia, no ambiciosa, no egoísta, no airada, no sospechosa; feliz en la equidad y en la verdad, sobrellevando y creyendo, esperando y soportando todas las cosas.

(1) Ad Rom. XII, 10; Ephes. IV, 3.

(2) I ad Corint. XIII.

10. Ved ahí como Jesucristo apetece y aun exige la unión de los católicos por la Divina Eucaristía. Ésta es por consiguiente su base sólida y duradera. En efecto: hablando Mons. Segur de los terribles desórdenes actuales, decía estas palabras: Sólo N. S. Jesucristo puede salvar á la sociedad. A continuación exponía por vez primera el pensamiento de los Congresos Eucarísticos con objeto de que sirviesen de estímulo á los pueblos que habían de congregarse en derredor de la Hostia santa, á fin de que Ésta fuese la salvadora de las conciencias y de las sociedades. Ahora bien: si sólo Jesucristo Sacramentado puede salvar la sociedad, con doble razón sólo Él mismo podrá salvar la Causa Católica, que es su especial y predilecta causa; y si ésta no puede tener solución sino en la compacta unión de los católicos, sólo Jesucristo Sacramentado es el medio poderosísimo para obtener el amor fraternal, agente necesario para que esta unión tenga su efecto.

No; no está la base de la Unión en los cálculos de los católicos de partido; porque los católicos de partido, según su nombre lo indica, siendo parte, y aspirando á la parte no pueden constituir el todo de Jesucristo: esto es, que la Unión sea constituida por todos los católicos de buena fe, y sean una misma cosa en Jesucristo. Sus cálculos humanos se desvanecerán entre las risas de los impíos y entre los lloros de los buenos, que ven que ninguna cosa pueden lograr dichos señores. No; no está la base de la Unión en la astucia de los católicos prudentes del siglo; porque esta ciencia, necedad es á los ojos de Dios, y los planes de ellos podrán estamparse muy bien en las columnas de sus periódicos, pero allí quedarán sin positivo resultado. No; no está la base de la Unión en la punta de las bayonetas, porque las bayonetas en lugar de unir separan, en lugar de purificar corrompen, y Dios jamás legó la salvación de los hombres á la razón de la fuerza, sino á la fuerza de la razón. La base de la Unión está, ¿sabéis dónde? en el puro amor fraterno; y sólo Jesucristo Sacramentado puede producirlo en los corazones, y transmitirlo de unos en otros para que todos tengamos un

mismo pensamiento y una misma acción, según Jesucristo y su Iglesia. *Signum unitatis*.

PARTE 2.^a

11. Mas, poco podría el Salvador del mundo si sus obras pudiesen ser atajadas por el tiempo, los hombres y los sucesos. No; las obras de Jesucristo tienen el sello de la infinidad, atributo absoluto del Verbo del Padre, quien como tal las imprime extraordinario carácter. La obra por antonomasia del amor de Jesucristo, la Divina Eucaristía, depositaria, creadora y transmisora del amor necesario para la unión fraternal, no ha sido instituída para el tiempo; con los siglos ha de acabar en la tierra su misión eucarístico-penitente, para después proseguirla en el cielo con el carácter de eucarístico-gloriosa. «Yo estaré con vosotros, dice el Señor, hasta la consumación de los tiempos (1).» ¡Feliz promesa por la que tantas dulzuras se prometen los desterrados! ¡Feliz promesa por la que tantos bienes, y victorias tantas ha conseguido la Iglesia en todos los tiempos, y obtendrá seguramente en lo sucesivo! Mientras el sol eucarístico no se ponga en ambos hemisferios católicos, no andarán los fieles de Cristo en tinieblas. Y es cierto que no se ha puesto hasta ahora, y es evidente que no se pondrá, porque las puertas del infierno jamás podrán prevalecer contra la Esposa del Cordero (2). Por manera que la obra privilegiada del Salvador, la obra de su amor, no es limitada ni puede nadie limitarla, es perpetua, es eterna.

Este magnífico principio sentado, da margen á las consecuencias lógicas á la par que hermosas que de él se deducen. Si Jesucristo perpetúa su amor latente en el Sacramento del Altar, la Unión tan deseada de los católicos no es, no será un trabajo efímero, no será una obra de un día ó de un año, sino trabajo de siempre, obra perdurable. Es verdad que la Unión estaba hecha; es cierto que los católicos tenían un común modo de pensar y de obrar; pero el resfriamien-

(1) Math. 28, 20.

(2) Id. 16, 18.

to en el amor de Dios, la dureza del alma y la metalización del corazón, denotado por la falta de recepción de sacramentos, por la escasez de amor á Jesucristo Sacramentado, minó, rompió, acabó con la unidad perfecta que nos legaron cien generaciones de santos.

Pero si esta Unión se desvaneció como humo y en manos de hipócritas y traidores á su Religión y á su Patria, por falta de amor á Dios, puede restablecerse recobrando el amor perdido, amor que Jesucristo Sacramentado nos muestra para dárnoslo si lo apetecemos, y para conservarnos en él si no le somos infieles.

Y puesto que hemos considerado de qué manera el Salvador en la Eucaristía es base de la Unión: *signum unitatis*; necesitamos ahora estudiar que también será firme sostén de la misma, puesto que su eucarística Obra perpetua puede comunicar sobreabundantemente á los católicos vida, energía, ánimo, heroísmo, constancia y victoria; requisitos indispensables para que la Unión sea perfecta, y que pueden condensarse en esta frase del Tridentino: lazo de caridad, *vinculum charitatis*. Veámoslo:

12. Para que la Unión de los católicos resulte duradera y, más que duradera, permanente, y más aún que permanente, perpetua, nos es indispensable la vida eterna del Sacramento que se nos comunica mediante la recepción eucarística. Jesucristo ha declarado de sí mismo que es el Pan de la vida (1) y que quien le reciba sacramentado vivirá eternamente; habiendo llegado á lanzar terrible anatema (1) contra el que no comiere de su carne divina y de su sangre preciosa; ¿sabéis por qué? porque esta divina carne y esta preciosa sangre contienen vida eterna y la otorgan al que con ellas se comunica. No hay duración posible de un ser como no tenga al propio tiempo vida; y entre cristianos, entiéndase bien, no es posible caminar sin poseer la vida eterna, ¿cuánto más necesitará indispensablemente esta vida perpetua el ser moral del Catolicismo para que sea uno en su modo de pen-

(1) Joan VI.

sar, en sus aspiraciones y en su acción? Para que todas las intelectuales facultades y las corporales sensaciones y los movimientos de cada uno de los miembros del ser humano tiendan á la vez á un mismo fin, de suerte que en su acción simultánea resulte esa armonía bellísima de los actos proporcionados al fin que se pretende, es absolutamente indispensable la vida humana; de idéntica manera, para que los pensamientos y los sentimientos y las obras de todos los católicos tiendan simultáneamente al fin exclusivo del Catolicismo, de suerte que en esa acción común resulte una de las armonías más hermosas de la creación; necesitamos también, no una vida humana, sino divina, no una vida nacida del frío cálculo del amor propio, sino del amor eucarístico del Sacramento. «Sabido es, dice León XIII, que (1) después que Dios N. S. manifestó su benignidad y amor para con los hombres (2) surgió una fuerza creadora que renovó todo orden de cosas y se infiltró en las venas de la sociedad doméstica y civil. Nuevos lazos unieron á unos hombres con otros; establecieronse nuevas leyes y nuevas obligaciones públicas y privadas; se abrieron nuevos horizontes á las instituciones, á las artes y á las ciencias y lo que vale más, la voluntad y el corazón de los hombres se inclinaron á la verdad de la Religión, y á la pureza de costumbres, y esto no fué todo, sino que una vida verdaderamente celestial y divina fué comunicada al hombre, como dan á entender estas expresiones que se repiten en las sagradas Letras: Leño de vida, Palabra de vida, Libro de vida, Carne de vida y especialmente: Pan de vida. ¡Ah! Jesucristo, al regalar bondadosamente su Pan celestial para la vida del mundo, no entendió concederlo al mundo prevaricador, sino al mundo cristiano, al mundo justificado, al mundo penitente, resucitado por Él á la vida de la gracia; y este mundo es, en efecto, el que no puede en manera alguna prescindir de la vida Eucarística».

13. Esta vida saludable y eterna, acompañada va de

(1) Encíclica sobre la Eucaristía.

(2) Ad Tit III, 4.

grandes energías. Á la manera que para vestir honrosamente la librea de soldado real es indispensable no estar achacoso, ó raquítrico: así para vestir con gloria el uniforme de soldado de Cristo le precisa al católico ser fuerte y resuelto contra sus propios enemigos. Para que la Unión subsista, necesaria es la energía. ¿Y de dónde viene al cristiano la fuerza sino del Pan de los elegidos, (1) del Pan de los fuertes? ¿De dónde el valor sino de ese Sacramento, que en la fracción del Pan hizo abrir los ojos á los discípulos del Salvador que iban á Emaús? ¿De dónde la energía para pelear las batallas diversas, sino de aquel Señor, llamado de los ejércitos, precisamente porque infunde terrible pavor á los enemigos y bravura formidable á sus siervos? No hay mejor arma para combatir las astucias de Lucifer, dice San Gregorio, que la frecuencia del Santísimo Sacramento; y como las astucias de los mundanos, y como las astucias de los enemigos de la Religión son exactamente las mismas que las del padre de la mentira, pues participan del mismo género, por esta razón, nada, absolutamente nada puede haber como Jesucristo para que los católicos ya unidos desafien con denuedo las falsas valentías de toda casta de herejes y de incrédulos, seguros que han de vencer con Jesucristo.

II. Al paso que los siervos del Hombre-Dios necesitan de grandes energías para combatir y sostenerse unidos, y éstas son concedidas por el Sacramento del amor, del propio modo les es otorgado poderoso ánimo y resolución valiente por el mismo inefable Misterio, ya que estos requisitos les son indispensables para arrostrar toda suerte de dificultades. ¡Antes obedecer á Dios que á los hombres! ¡Antes pasar por mil trabajos que comulgar con el error! ¡Antes morir que dejarse vencer de los enemigos de Dios! Estas resoluciones varoniles no son, no pueden ser jamás hijas del frío cálculo humano, ó de la virtud y fuerza propias; porque así como el hierro candente no puede salir sino de una fra-

(1) Zacharías 9, 17.

gua en acción: así el ánimo esforzado de los caballeros de Jesucristo exhibirse no puede si antes no ha estado en inmediato contacto con el fuego inextinguible del Sacramento. Nuestro Señor, en uno de esos arranques celestiales que tan comunes le eran, pronunció ante sus discípulos estas misteriosas frases: Fuego vine á poner sobre la tierra, ¿y qué quiero yo sino que arda (1)? Pero este fuego sagrado no es otro sino aquél al cual denominan las Sagradas Letras, fuego consumidor (2) que, extinguiendo los vicios y los pecados, enardece el alma en santos propósitos. Este santo fuego está sobre la tierra, y sobre la tierra se halla instituido el divino Sacramento del Altar, fuego en el cual han de abrasarse las almas. Empero, el Señor, al desear que arda, es para darnos á entender que, puesto que Él arde ya en el Altar, exige que los católicos nos abracemos por medio del Sacramento en puros deseos y en resoluciones dignas de los herederos del cielo.

Así como se obtiene fuego del pedernal, se obtiene también abundante llama de la piedra viva (3) que es Cristo Sacramentado; y en ardorosas llamas consumieron sus afectos terrenos los santos para volar al martirio. ¡Qué valor, qué resolución, qué alegría se notaba en el semblante de los cristianos llevados á los tormentos! Y ellos desafiaban con denuedo á las fieras, se arrojaban con ímpetu á las llamas, guardaban silencio en las torturas, cantaban alegres en las cárceles, respondían serenos á los jueces, deseaban gozosos la muerte, iban como á bodas al martirio, y morían como héroes que han alcanzado la victoria. ¿Y sabéis de dónde cobraron tanto ánimo? Pues más de un santo Padre asegura que los confesores de la fe, antes de entrar en combate, se armaban con el Pan de los Fuertes, y nadie se consideraba digno de aspirar á la inmarcesible palma y á la inmortal corona del martirio, si antes no frecuentaba el Sacramento (4).

(1) Luc. 12, 49.
 (2) Deut. 4, 24.
 (3) I Pet. II, 4.
 (4) S. Cipriano.

15. El milagroso á la par que necesario efecto que Jesucristo Sacramentado causaba en los siervos de Dios, precisa asimismo al católico que forma parte de la Unión, para conservarse en ese ánimo santo, imprescindible á una institución sobreterrena que tiene que luchar con toda clase de fieras, humanas y diabólicas. Pero el católico no debe temer; no tiene por que temer. Si el adorable Sacramento le concede ánimo valeroso, también sabrá dotarlo de un heroísmo admirable. Cada batalla, por formidable que sea, que los católicos den al mundo y á los herejes, estando armados con la terrible espada del Dios que todo lo puede, será, si no una victoria por de pronto, al menos un ejemplo de heroísmo á toda prueba, una lección terrible para los enemigos. Y si no se consigue la victoria tan pronto como se desea, podremos asegurar en voz alta que la hemos conseguido de nosotros mismos; que la hemos obtenido del mundo y del demonio, como la consiguieron los siervos de Dios, como la obtuvieron los mártires. Después, más tarde, cuando Dios guste, armados con su Sacramento venceremos, no hay duda; pues si Cristo vence, reina é impera, ha de vencer, reinar é imperar por los católicos y con los católicos, á la manera que venció, reinó é imperó con D. Pelayo, con D. Alfonso el Católico, con el Cid, con D. Jaime el Conquistador, con S. Fernando, con Cisneros, con Carlos V y Felipe II, héroes que, con formidables ejércitos católicos, armados con el Pan de los fuertes, pudieron derrotar á sus enemigos y dispersarlos, como son dispersadas las aves al estruendo del cañón, y aventadas como el leve polvo al soplo de terrible huracán.

16. Mas la vida, la energía y el heroísmo con que debe ser dotada la Unión futura de los católicos son muy poca cosa si todos aquellos requisitos no van acompañados de la durabilidad, de la constancia en el bien comenzado. Todas las obras de Dios son estables, porque participan del atributo esencial de la eternidad en Dios; por manera que la Unión católica, si ha de ser tal, por necesidad ha de ser estable. Al prometer el Salvador que estaría con los hom-

bres perpetuamente en el Sacramento del Altar (1) quiso significarnos que no temiéramos á las potestades del mundo, (2) pues Él desde la Eucaristía permanecería constantemente siendo nuestro protector, nuestro defensor, (3) nuestro abogado y refugio, si es que nosotros solicitamos su protección, su defensa, su intercesión y su inviolable asilo. Si Jesucristo Sacramentado preside nuestros pensamientos, la unión se hará y durará como el mundo; si preside nuestra acción, la unión se verificará y será perpetua; si preside nuestra ulterior conducta, la unión ya hecha se consolidará y se consumará con los tiempos, pues las obras presididas y apoyadas por Jesucristo Sacramentado deberán subsistir como Él, ya que Él con nosotros estará en el Sagrario perpetuamente. Para el efecto debemos seguir el consejo del Apóstol: *stantes in fide* (4); siendo firmes en el amor que por base reconoce á la fe católica, nuestras esperanzas, las esperanzas de la Iglesia católica lisonjeras son, risueñas son como es risueño y lisonjero el celestial Edén, patria á donde de todos caminamos.

17. Y estas esperanzas terrenas serán coronadas por la gloriosa victoria que el Señor concede al cabo de la jornada á los que en Él se inspiran, á los que con Él trabajan y á los que por Él pelean. No, no es posible que Jesucristo desmienta sus palabras; no, no es posible que Jesucristo no sea el Verbo del Padre; y el Verbo del Padre ha dicho que el que no está con Él contra Él está; (5) y el Verbo del Padre ha prometido que el que perseverare con Él será salvo (6).

El Santo Sacramento del altar es, empero, el poderoso medio para que, perseverando con Jesucristo, alcance el católico la victoria en este mundo y el glorioso y eterno triunfo en el cielo. ¿Quién ha habido que haya orado ante la Di-

(1) Math. 28.

(2) Math. 10, 28.

(3) Ps. 45, 2.

(4) I Cor. XVI, 13.

(5) Math. XII, 30.

(6) Math. X, 12.

vina Eucaristía y no se haya sentido fuerte? ¿quién, que recibiendo en su pecho á la Divina Eucaristía, no se haya sentido héroe? Nuestros mayores, al calor del Sagrario, combinaban los planes de batalla, y con la posesión del Sacramento luchaban esforzadamente contra los infieles y los herejes; y desde Covadonga hasta las Navas de Tolosa, y desde las Navas de Tolosa hasta la toma de Granada, cada acción y cada batalla se dió á impulsos del divino fuego eucarístico, y cada plaza y cada región eran conquistadas con la fuerza de la fe y del amor que les comunicaba el Dios del Sacramento. Y éstos nuestros mayores, los que hasta su muerte pelearon sirviendo á Jesucristo, fueron dichosos y recibieron la inmortal corona de la eternidad.

Ahora bien; lo que nuestros ascendientes en la fe practicaron ¿no podremos ejecutarlo los católicos? Hágase la Unión por Jesucristo, con Jesucristo y para Jesucristo, y la victoria no podrá tardar mucho; después, cuando el sol de nuestros horizontes se nuble para nuestra existencia terrena, aparecerá en el celeste firmamento el Sol de las eternidades que nos alumbrará para siempre. Si alguno comiere de este Pan vivirá eternamente (1).

18. Compendiando, ahora, las ideas principales emitidas en el presente discurso, debo observar que la Unión de los católicos es absolutamente necesaria para el triunfo del Catolicismo; de lo contrario peligramos inminentemente en nuestra amada Patria. Recordemos la terrible amenaza de Jesucristo: «Todo reino dividido entre sí será desolado; (2)» y apliquémosla á nuestro lamentable estado. Que en efecto esta Unión debe hacerse en la Iglesia, por la Iglesia, y según la Iglesia, anteponiendo cada cual los intereses comunes de Jesucristo á los intereses propios personales y políticos. Recordemos también aquella otra máxima obligatoria del príncipe de los apóstoles que dice: «Antes hay que obedecer á Dios que á los hombres» (3). Que finalmente la

(1) Joan. VI.
(2) Math. XII, 25.
(3) Act. V, 29.

mencionada Unión debe hacerse, no para fines políticos ni mundanos, sino para gloria de Jesucristo, para la salvación de las almas; en una palabra: para que el mundo conozca que la Iglesia Católica es obra, no de la tierra, sino del cielo, y que el Hijo de Dios ha sido mandado por el Padre para la salvación del hombre: *Ut cognoscat mundus quia tu me missisti* (1); que éste es el fin principal é inmediato por el cual quiere Jesucristo la Unión entre católicos.

Si así es, si la doctrina que acabo de exponer es sólida, es verdadera, en grave estado, en lamentabilísimo estado se hallan aquellos católicos que reusan la Unión, ó la impiden, ó murmuran de ella; así como en el propio estado se hallan los que la quieren, no según la Iglesia, sino según su humano capricho. Jesucristo abomina de todos estos individuos que no están con Él, sino contra Él; que no recogen, sino desparraman. Éstos llamarán un día á las puertas del cielo creyendo haber trabajado por el Hombre Dios, pero el Hombre Dios desde puertas adentro, y sin abrírselas, responderá indignado: No os conozco (2).

Acudamos, los que de veras deseamos la Unión, á la fuente del amor, á Jesucristo Sacramentado; y puesto que en su altar arde continuamente el Fuego Sagrado de su amor (3), pidámosle que arroje en nuestros corazones una divina chispa, de suerte que, prendiendo en ellos, los consuma en su amor y en el de nuestros hermanos, á fin de que todos unidos, y peleando unánimemente por Jesucristo en la tierra, granjeemos el triunfo eterno en el cielo. Así sea.

(1) Joan XI, 42.
(2) Math. 25, 12.
(3) Levit. VI 12.

todos los cristianos para ser redimidos, y todos los predestinados para ser salvos. Cuando el reloj de las eternidades marcó la hora de las existencias sucesivas, aparecieron hechos todos los seres por el Verbo del Padre; y he aquí el misterio inefable: si todos los seres fueron creados por el Verbo, también lo fueron con respecto al Verbo y para el Verbo, de suerte que si del Verbo de Dios partimos como de insondable y eterno océano, al Verbo de Dios debemos ir á parar, á la manera que los ríos, del mar salen y al mar regresan. Por esto no llamará de ningún modo la atención que el Apóstol, ante el hermoso espectáculo que forma este cuadro celestial, prorumpa en esta exclamación de gozo: «Bendito sea el Dios Padre de N. S. Jesucristo que nos bendijo, que nos eligió y que nos predestinó en Cristo, entre otras para restaurar en Él todas las cosas, tanto las que son en el cielo como las que están en la tierra». Ved aquí, por consiguiente, á todos los seres creados, según frase del Apóstol, degenerados de la perfección primitiva que tuvieron en el Verbo, de quien partieron; y ved también que el Eterno Padre nos predestinó para que tomásemos sobre nuestros hombros el encargo de reparar todas las cosas celestiales y terrenas. Mas tened presente que de esta honrosa tutela se desprende lógicamente que Jesucristo es el ejemplar perfectísimo, no sólo de los predestinados, si que también de todos los discípulos del Redentor, de quien deberemos copiar en la ejecución de la restauración universal.

2. Es un gran dogma de Fe que el Hijo de Dios encarnado es el tipo único, el ejemplar exclusivo, el modelo perfecto de los redimidos. Desde el momento en que le hemos visto obrar un sinnúmero de milagros en comprobación de una doctrina nueva, que es suya; desde el momento en que hemos oído de sus benditos labios que Él es la luz, la verdad, el camino y la vida; desde el momento en que hemos sido requeridos á que aprendamos de Él; desde el momento en que Él se nos ha presentado como el Hombre divino, solo y sin segundo, que se sacrifica por sus hermanos, y que surge ileso del sepulcro, y asciende al Padre entre nubes

DISCURSO VII

Re stauración de todo lo existente en Jesucristo

Sacramentado.

Qui praeordinavit nos, instaurare omnia in Christo, sive quae in caelis, sive quae in terris sunt in ipso.

Dios Padre nos predestinó para restaurar todas las cosas en Jesucristo, tanto las que son en el cielo, como las que están en la tierra, en El mismo.

AD EPHES I, 5 y 10.

1. Misterio grande, misterio excelso, misterio sublime á la par que de saludables consecuencias para el hombre se había decretado en las eternidades. Todas las bellezas de la creación, todas las armonías del universo habían sido creadas por el Verbo de Dios (1) y con respecto á Él. Más aún: todo lo existente y todo lo posible, en El Verbo, sabiduría increada, desde una eternidad fué producido para ser en el tiempo digna y debidamente realizado. El Señor le poseyó desde el principio de sus caminos, (2) desde la eternidad, antes que crease obra alguna; y en Él, en el Verbo divino estaba la Fuerza creadora que arrojó cual leve arista esos inmensos y bellos mundos al espacio, y los encadenó á su obediencia, dotándolos de leyes admirables por las cuales se rigieran perpetuamente; y en Él, en el Verbo divino estábamos todos los hombres para ser creados,

(1) Joan. I.

(2) Prov. 8, 22.

de gloria para ser medianero nuestro, y se queda en nuestra compañía para ser nuestro sustento: no nos resta otro camino que seguirle y tomarle por guía único de nuestra peregrinación á la eternidad. Sí; Jesucristo es el ejemplar de los hombres que optan por acertar su destino último. En atención á Jesucristo hemos sido creados, por Jesucristo hemos sido redimidos, por Jesucristo seremos salvos. Y no hay otro nombre por el cual nos sea prometida la salvación, pues Dios Padre confió absolutamente á su Hijo la felicidad de sus hermanos los hombres, y en el Hijo de Dios debemos mirarnos necesariamente para restaurar la vida propia y la ajena.

3. Misión celestial que atraerá todas las cosas á Jesucristo, su principio y su origen; misión saludable que rejuvenecerá todas las cosas, las sacará de su postergamiento, las levantará de su degradación y las conducirá á su Autor. Y estas cosas son las del cielo y las de la tierra; las del cielo serán reparadas en Jesucristo, Mediador eterno, que restauró las almas santas de sus siervos que en el seno de Abraham estaban, trasladándolas al paraíso, y haciendo propicios, con respecto á los fieles, á los beatíficos moradores de la Jerusalén celeste; y las de la tierra serán asimismo reparadas por el Dios de la Hostia santa, atrayéndolas dulcemente á sí, cautivándolas por su humildad y fraternidad perfectas, y uniéndolas con fuerte lazo de amor. Entonces los hombres depondrán sus odios y se estrecharán con Jesucristo Sacramentado, dándose en señal ósculo de paz; entonces la esclavitud desaparecerá para dar lugar al hombre libre, que se abrirá paso por entre mil dificultades seculares hasta llegar al trono de la Eucaristía, donde seesteará tranquilo con su Dios; entonces la ciencia y el arte y cuanto provechoso es al hombre será purificado y embalsamado con el suave aroma de los altares para rendir frutos de eternas bendiciones; entonces, ¡ah! todas las cosas serán restablecidas, tanto las del cielo como las de la tierra en Cristo Sacramentado.

Y ¡triste verdad! los hombres y las cosas han vuelto á su

estado de rebajamiento, se han desviado de la Fuente del amor; y nosotros, si deseamos llevar á cabo uno de los planes más importantes del Salvador, será necesario que nos propongamos restaurar de nuevo todas las cosas en el Sacramento del altar.

Ved por que he intentado en el presente discurso hablaros de este asunto. Trataré en él de la reparación de nuestras ideas, de nuestros sentimientos y de nuestras costumbres, conforme al modelo Jesucristo Sacramentado; ó sea: *Restauración de todo lo existente en Cristo eucarístico*; antes, empero, menester es que estudiemos en qué estado se hallan el hombre y la sociedad; y que, tanto ésta como aquél, si desean salvarse, necesitan ser restaurados en Jesucristo Sacramentado.

PARTE 1.^a

1. ¿Qué es el hombre? Considerado según las ideas que de él nos ofrece la razón, el hombre es un compuesto de alma y cuerpo; de alma que piensa, siente y quiere, y de cuerpo material, á quien da vida el alma; de alma que es inmortal y que por esto aspira naturalmente á lo inmortal y á lo eterno por esencia que es Dios; y de cuerpo que, siendo de sí mismo materia inerte, nada quiere sino lo que quiere el alma, nada siente sino juntamente con el alma; el hombre, pues, según la razón, es un ser inteligente y libre, y por lo tanto responsable. Pero el hombre, según las ideas que de él nos ofrece la divina revelación, es más todavía: es, no solamente el más perfecto de todos los seres visibles animados, sino también el rey de toda la naturaleza corpórea para quien fueron dispuestas las cosas creadas. Hecho poco menor que los ángeles, á él fueron sometidas todas las bellezas del universo. Empero, la bondad del Altísimo no había quedado satisfecha; formó al hombre á su imagen y semejanza, de modo que si en Dios hay tres Personas distintas y divinas, á él dió tres potencias distintas y simples: y si en Dios hay pureza y santidad, también quiso que el hombre, mediante la gracia santificante, fuera puro y santo.

Dios hizo todavía más: quiso que el ser humano llevase su vida divina; pretendió transformarle en sí mismo; y ved aquí cómo por medio de la divina Eucaristía, Dios se comunica al hombre, le otorga sus dones, sus carismas, sus privilegios; y el Hijo de Dios, hecho hombre, da en manjar su propio cuerpo y en bebida su propia sangre.

¡Qué grande, qué digno, qué hermoso es el hombre recamente considerado!

Pero ¡desgracia suma! este ser ilustre á tanta altura elevado, no entendió la condición de su nobleza, y se degradó por amor á las cosas sensibles hasta ponerse en gran parte al nivel de las bestias.

5. Se rebajó, se degradó en sus ideas. El hombre, en efecto, debe pensar según Dios, ya que Dios le ha dado leyes para regirse; sin embargo, ahí tenéis al hombre de hoy que, rebelado contra el Altísimo, dice y enseña que ha de gobernarse únicamente según el dictamen de su razón, sin hacer caso de la revelación divina. Consiguientemente sus sentimientos están asimismo degradados. El corazón del hombre, formado por Dios para amar, tiende naturalmente á querer lo que aprehende como bueno, y rechazar y odiar lo que toma como malo; pero el hombre que se forma con las ideas del día, el hombre que rechaza la divina revelación no puede amar á Dios, porque no le ata ningún lazo voluntario con el Eterno; desligado de los preceptos del Altísimo, y desconociendo deberes para con sus prójimos, sólo derechos para sí, siente levantarse en su alma el deseo de procurarse todas las comodidades posibles, todos los bienes imaginarios, todas las riquezas, todos los placeres, aún los ilícitos, aunque sea á costa del honor y del sacrificio de su prójimo; su prójimo, que para él no es más que un semejante al cual puede explotar si se deja, y al que puede ayudar por la recompensa ó por un sentimiento natural de humanidad.

De los sentimientos brotan como de su fuente las costumbres. Un hombre de tales sentimientos como los que acabo de exponeros, ¿qué costumbres habrá adquirido? El árbol malo no puede producir frutos buenos, y el árbol emponzo-

ñado dará frutos podridos; así acontece á semejantes hombres: el orgullo les carcome, la sensualidad y el libertinaje les devora, la ambición corroe sus entrañas. ¡Ah! El hombre moderno que no teme á Dios, si es superior oprimirá á los súbditos á su antojo; si es súbdito sacudirá el yugo de su superior ó le dará mil disgustos; si es tesorero se apoderará de parte de los intereses; si es potentado exigirá de sus criados cuanto ocurra á su capricho; si es rico derrochará su dinero en banquetes, en diversiones escandalosas y en lubricidades; si es acomodado querrá seguir la misma conducta que el rico; si es pobre, después del trabajo forzado, irá á divertirse á una taberna ó á blasfemar de Dios, de la Iglesia y del orden público. ¡Y qué vicios se ha creado el hombre, y qué inhonestas costumbres la mujer! ¡Buen Dios! Cubramos con el silencio esta inmunda cloaca contemporánea, y concluyamos diciendo que el hombre del día, en general, se halla degradado en las ideas, en los sentimientos y en las costumbres, como acabáis de ver.

6. Y si de esta manera se hallan constituidos el hombre y la familia, ¿cómo queréis que se halle la sociedad moderna? Espanto causa tener que pensarlo. Decía Laménais (1), que no es la sociedad más corrompida la que se apasiona por el error, sino la que desdeña y desprecia la verdad; y esto es tan cierto, que negarlo sería querer no ver en medio de la luz. De las generaciones apóstatas anteriores á nosotros podíamos afirmar que se apasionaban por el error; mas de las de hoy podemos decir que desprecian sistemáticamente la verdad sin conocerla, la conculcan sin examinarla. Rutinariamente y sólo por el interés, por el medro personal ó por un exceso de orgullo, se profesan las doctrinas del racionalismo, liberalismo, francmasonería y socialismo; los mismos que las predicán no las creen, pero éstos han logrado su fin bajísimo, el de fraccionar á la humanidad en mil bandos con objeto de que les sirvan de peldaños para subir al poder, donde la simpática mina de la codicia se encuentra.

(1) Prólogo al Ensayo sobre la indiferencia religiosa.

En los clubs, en el teatro, en las plazas, en la prensa im-
pía y aun en la constitución oficial del Estado, los enemi-
gos de la Iglesia han repetido un millón de veces: viva la
libertad de imprenta, y á la Iglesia se le prohíbe escribir la
verdad; viva la libertad de las ideas, y á la Iglesia se le ve-
da emitir las suyas; viva la libertad de enseñanza, y á la
Iglesia se la quiere apartar de la instrucción; viva la libertad
de asociación, y se prohíben las congregaciones religiosas y
aun se disuelven las puramente seculares; viva la libertad
de cultos, y se reprime á los católicos porque lo practican;
viva la libertad de la moral, y se mofan de las costumbres
santas; viva la libertad del matrimonio, del cementerio, y
no hay cosa tan sabida que dicha libertad no existe. ¿Dón-
de está pues la libertad? Libertad para los malos, opresión
para los buenos; con esto se ha conseguido secularizarlo
todo, secularizar la conciencia, el pensamiento, el culto, la
moral, la palabra, la prensa, la enseñanza, el nacimiento, el
matrimonio, el cementerio, el hombre, la familia y la socie-
dad; todo está secularizado, y lo mismo es estar secular-
izado que ponerse en manos de Lucifer. ¿Á dónde va-
mos á parar con semejantes doctrinas? Se ha matado el es-
píritu religioso; ¿queda en la sociedad ni espíritu racio-
nal? Se han ahogado los sentimientos cristianos; ¿queda
en la sociedad algún sentimiento noble de sacrificio y de
amor? Se han despreciado los mandamientos divinos. ¿Qué
es lo que subsiste en la sociedad moderna? Corrupción, y
sólo corrupción, desquiciamiento y sólo desquiciamiento:
cero en la verdadera acepción de la palabra.

Á este paso, todo esto se va; diré con el sabio Aparisi.
Sí, las instituciones actuales se van, se precipitan, tropie-
zan, se caen, se derrumban, se hunden en el abismo. Y
¿no hay quien pueda oponer remedio al cáncer que corroe
á las familias? Y no hay quien pueda hacer renacer la ver-
dad y las buenas costumbres en la sociedad? ¡Ah! Los hom-
bres y las sociedades se hallan en tan lamentable estado por-
que destronaron á Jesucristo, y lo destronaron de sí propios,
de la ciencia, del arte, de los tronos reales, de los tribuna-

les, de las leyes, de la milicia, de la cátedra, de los hoga-
res domésticos y de las plazas públicas. ¿Queremos, pues,
vivir á ejemplo de nuestros antepasados, de aquellos tiem-
pos cuando nuestra Patria era grande sólo porque amaba
á Cristo y lo aclamaba como Rey de las almas? Si así es,
nuestro deber está en reponer otra vez á Jesucristo en su
trono, de suerte que lo informe todo: la ciencia y el arte, el
solio y el tribunal, la ley y la milicia, la cátedra y el hogar do-
méstico, la plaza pública y el corazón humano. Es preciso
que en vista de estos precedentes, atendamos al Apóstol,
quien nos invita á restaurar todas las cosas en Cristo, esto
es: á que reformemos nuestras ideas, nuestros sentimientos
y nuestras costumbres, conforme al divino Modelo indicado.

PARTE 2.^a

2. Este divino modelo es Jesucristo en su atractivo Mis-
terio del Altar. Por más que el arte cristiano de los comien-
zos de la Iglesia se negó facilitar á los tiempos venideros
el retrato auténtico del Salvador, sin duda en obsequio al
obligatorio *secreto de los Misterios*: empero á partir del si-
glo II y sobre todo del IV pintó la fisonomía del Señor, de
formas muy variadas, aunque sujetas á la descripción su-
cinta que de Él forman los evangelistas. Jesucristo, en efec-
to, es desde todos los puntos de vista modelo y espejo del
cristiano; en este concepto sus imágenes revelar debían el
bello tipo de la perfección evangélica. Ora se le considere
como celestial Maestro, ora como sufrido Redentor, ó bien
como Pastor bondadoso, poseemos en la antigüedad cris-
tiana repetidos monumentos que hablan muy claro en favor
de este dogma, consignando de paso que, asimismo, nues-
tros padres en la fe creyeron altamente en él. Bajemos por
un momento á las catacumbas de Sta. Inés (1). En un pre-
cioso fragmento de un bajo relieve se destaca la imagen
arrogante del Salvador puesto de pie; con la mano derecha
hace un gesto oratorio muy conocido, y en la izquierda lleva

(1) Garrucci. Vetri, XXX.

un libro abierto, teniendo además á sus pies un cesto con asa, lleno de volúmenes. En la misma catacumba se representa al Salvador imberbe y sentado, con mirada apacible y dulce, enseñando á seis de sus apóstoles que le escuchan atentamente (1). Es Jesucristo que dice: «Aprended de mí».

Pero los monumentos que más nos deben llamar la atención, por referirse directamente al oficio de perfecto modelo que ejerce Jesucristo Sacramentado, son los del *Buen Pastor*, figura perfecta del Salvador en el Sacramento. No hay representación antigua de Jesucristo tan general y variada como la del Buen Pastor, sin duda para hacernos familiar á Jesús y agradables su dulce carácter y santa doctrina. El artista cristiano, al pintar ó esculpir al Buen Pastor en la forma que nos lo revelan muchos frescos de las catacumbas, y lámparas de arcilla, y vasos dorados y anillos, quiso ciertamente darnos á conocer al Salvador en su adorable Misterio de los altares. Unas veces está sentado con el báculo en la mano, entre dos ovejuelas; otras de pie, llevando sobre sus hombros la oveja perdida; y otras, apoyado sobre el cayado, rodeado de muchas ovejas á las cuales mira con solicitud. Mas el tipo general del Buen Pastor eucarístico es un joven bello, imberbe, de cabellos cortos y vista agradable. Lleva túnica corta y ceñida al rededor de la cintura, cubierta á veces con pequeño manto. Desnuda su cabeza, está coronada á veces con el monograma de Cristo. Sus brazos estrechan contra el pecho una ovejita, yendo asimismo armados del bastón pastoril, del vaso de leche y de la flauta de siete tubos. ¡Qué simbolismo tan perfecto de Jesucristo Sacramentado! Él es una bella homilía de los divinos oficios que el Salvador desempeña en la Eucaristía, y de las excelsas virtudes que nos propone imitar. Detengámonos unos instantes para hacer justicia á Jesucristo en el Sacramento, ya que nosotros deberemos modelar en Él nuestra vida práctica.

En efecto; el Buen Pastor es en toda ocasión un joven be-

(1) Bosio. Roma sott., pag. 453.

lísimo; y el cristiano debe ser siempre joven en el ejercicio de las buenas obras, sin mostrarse jamás cansado: su belleza en este caso viene á ser la perfección en la virtud. El Buen Pastor lleva los cabellos cortos; y el cristiano no debe andar vanamente afectado, ni demasiado compuesto. El Buen Pastor presenta la vista agradable; y la mirada del cristiano debe ser dulce, cariñosa, atractiva. El Buen Pastor lleva corta su túnica, ceñida á la cintura; y el cristiano ha de estar dispuesto para el trabajo y la lucha, ciñendo su continente con la honestidad. El Buen Pastor lleva desnuda su cabeza; y el cristiano la debe llevar vacía de errores é ilusiones. El Buen Pastor lleva coronada su cabeza con el monograma de Cristo; y en la frente del cristiano ha de resplandecer su profesión religiosa. El Buen Pastor estrecha entre sus brazos y contra su pecho una mansa ovejita; y el cristiano debe ser compasivo y estar lleno de caridad para sentir las desgracias de sus hermanos y remediarlas. El Buen Pastor va armado del bastón pastoril; y el cristiano debe estar preparado para marchar donde lo reclame su deber. El Buen Pastor lleva en la mano un vaso de leche, símbolo del néctar eucarístico; y el cristiano no debe desposeerse jamás del Pan de los ángeles. El Buen Pastor, finalmente, pulsa una flauta de siete tubos; y el cristiano, merced á la santa Eucaristía, que alegra el corazón del hombre, debe elevar al cielo los cantos y las armonías de un corazón agradecido por tanta fineza como Dios le dispensa.

¡Qué analogías! ¡qué vínculos tan fuertes entre el Buen Pastor eucarístico y el cristiano! Es que Jesucristo Sacramentado es su modelo.

8. En Él lo debemos restaurar todo; en primer lugar hemos de restaurar nuestras ideas. Así como el enfermo cuya sangre está llena de principios nocivos, no se descuida en tomar medicamentos que la purifiquen, si pretende gozar completa salud: de la misma manera, los que están enfermos de ideas religiosas, para que gocen de una salud espiritual completa, deben beber dichas ideas en la verdad que predica Jesucristo y no en otra parte. ¿Queréis sa-

ber la verdad, estar en la verdad, practicar la verdad y el bien? Estudiad á Jesucristo Sacramentado y creed lo que Él enseña; no lo dudéis: Él os llevará por camino seguro á un descanso eterno. Las doctrinas de los falsos apóstoles, de aquéllos que no son ministros de Dios, ó que no están aprobados por la Iglesia, ó que estando aprobados por Ella dicen ó enseñan algo contra Dios y sus obras: no los creáis, no los oigáis; pretenden vuestros intereses y valerse de vosotros para el mal; no los creáis, no los sigáis, porque os conducirán al terreno de la amargura, de la desesperación y de la condenación eterna. Creed, seguid á Jesucristo Sacramentado, luz eterna de las almas y verdad infalible latente, que desde la Hostia, cual luminoso faro, muestra al hombre que navega por el proceloso mar de esta vida el seguro puerto del cielo.

9. También restaurar debéis vuestros sentimientos, inspirándoos en los ejemplos y máximas de Jesucristo Sacramentado. Un Dios que, siendo omnipotente y riquísimo baja del cielo, toma carne humana, nace en un establo y vive oculto, siendo la Sabiduría eterna, no puede menos de inspirar sentimientos de humildad. Un Dios á quien todo sobra, pues de nadie tiene falta, que trabaja, suda y se fatiga por el hombre, no puede menos de inspirar amor al trabajo. Un Dios que recibe á los pecadores, conversa con los pobres y dirige su palabra á toda clase de personas, no puede menos de inspirar sentimientos de caridad. Un Dios que, desde la cruz en que inhumanamente le fijaron los mismos á quienes había venido á salvar, perdona de corazón á sus propios enemigos, no puede menos de inspirar sentimientos de compasión hacia los prójimos. Un Dios, feliz en sí mismo, que para nada necesita del hombre y sin embargo comparte su amor con la criatura racional, ocultándose en el Sacramento para convidar con su misericordia al pecador y entregársele en comida, no puede menos de inspirar sentimientos de bondad, de amor al prójimo y de sublime sacrificio. Estos sentimientos y afectos, pues, debemos abrigar todos: sentimientos de humildad, de amor al trabajo, de caridad, de

compasión y de sacrificio para con el prójimo; pero, tenedlo entendido: sólo en Jesucristo Sacramentado podemos inspirarnos en esta clase de sentimientos, no en las máximas de los impíos y del mundo. Los impíos os dirán que es necesario atesorar aunque sea oprimiendo al prójimo; Jesucristo Sacramentado os enseñará á trabajar, pero si adquirís, ha de ser con toda justicia. Los impíos os dirán que el pobre, que el desvalido, que el huérfano y la viuda deben ser socorridos si acaso por el Estado; Jesucristo Sacramentado os enseñará á compadeceros de estos desgraciados, á recibirlos y remediarlos con vuestro dinero y vuestras cosas. Los impíos os dirán que mientras se está en este mundo hay que divertirse y disfrutar de todas las personas y cosas; Jesucristo Sacramentado os enseñará á ser morigerados y parcos y hacer penitencia. Los impíos os dirán que se ha de sobresalir en la sociedad, llevando la soberbia en el rostro y el orgullo en el corazón; Jesucristo Sacramentado os enseñará á considerarnos á nosotros mismos y ver nuestras propias miserias y humillarnos. Los impíos os harán arrastrar una vida, feliz en la apariencia, pero dura y amarga en la realidad; Jesucristo Sacramentado os hará llevadera la vida y la convertirá en dulce y alegre. Los impíos, finalmente, con sus máximas conducen á una condenación y desesperación eterna; Jesucristo Sacramentado con las suyas os conducirá á una vida para siempre bienaventurada. ¿Qué os parece? ¿Cuál de los dos lleva ventaja, los impíos ó Jesucristo Sacramentado...?

10. Y así como proponéis restaurar vuestros sentimientos en Cristo Sacramentado, debéis proponer igualmente reformar vuestras costumbres á imitación del Salvador. Escuchad: no debe haber asunto tan fácil y suave para un cristiano que observar fielmente los mandamientos de la ley de Dios y de su Iglesia, y no hay cosa tan dulce y consoladora como el estar persuadido que se han observado. Pues bien; vosotros después del Eterno sabéis mejor que nadie cual es vuestra conducta sobre el particular, que por buena

que se la suponga tiene siempre algo que reformar, porque ciertamente, hermanos, todos pecamos, y en muchas cosas ofendemos á Dios (1), y todos necesitamos de reforma. Reparemos, pues, restauremos nuestras obras en Cristo Sacramentado, imitando su conducta santísima, y sabremos entonces lo que es vivir con tranquilidad, alegría y felicidad verdadera.

Y si el individuo y la familia estas cosas practicasen, la sociedad se compondría de hombres justos y santos. Pero diréis: esto no es posible; y yo os contestaré: si el individuo, la familia y la sociedad en lugar de andar por el camino del mal siguieran á Jesucristo, veríais como era muy posible, aun cuando miserias no faltarían, porque el mundo siempre será enemigo de Dios, que en medio de estas miserias, los que practicasen los mandatos de Dios fuesen felices. Si el individuo, la familia y la sociedad, sobre todo ésta no se reforma, mandándola restaurar los que la dirigen, y reformándose ellos primero, el cataclismo universal será inevitable, y los castigos y la muerte con todos sus negros horrores se cebarán en la sociedad, y ¡ay de aquél que caiga bajo la terrible segur de la muerte, sin haberse arrepentido de sus pecados!

II. Vosotros por vuestra parte, hermanos, trabajad por guardar con exactitud los preceptos de Dios y de su Iglesia, base de las más grandes operaciones y de las más santas aspiraciones de un cristiano; y puesto que ninguna obra meritoria de vida eterna podemos ejecutar sin el favor divino, y puesto que para guardar con suma fidelidad los mandatos del Altísimo necesitamos absolutamente de Jesucristo, acudamos al trono eucarístico, donde el Salvador corporalmente reside, y allí encontraremos satisfactoriamente el modelo perfecto, Cristo Sacramentado, de quien debemos copiar nuestra vida individual y social. *Discite a me*; aprended de mí, clama el Salvador por detrás de los velos eucarísticos; deponed el orgullo que os envenena y la soberbia

(1) Jacob. III, 2.

que os ciega, y aprended de mí á ser humildes y mansos de corazón, fundamentos de la virtud cristiana; así hallaréis paz y descanso para vuestras almas en esta vida, y una corona de inmarcesible gloria, premio debido á vuestros méritos en la vida que nunca acaba.



DISCURSO VIII

*Soberana grandeza del Dios Hombre Sacramentado
declarada por los atributos divinos.*

*Armonías entre las perfecciones de Dios
y la Sagrada Eucaristía.*

*Vere tu es Deus absconditus, Deus Israel Salvator.
Verdaderamente el Salvador, Dios de Israel, es un
Dios escondido.*

ISAÍ. 45, 15.

1. Jesucristo; he aquí la mágica palabra que dulcemente han pronunciado los cielos y la tierra, los ángeles y los hombres, la eternidad y el tiempo. Jesucristo; he aquí el inefable nombre ante el cual reverencias mil practicaron en todos los siglos los cortesanos de las célicas regiones, las generaciones militantes y los moradores del averno (1). Jesucristo; he aquí el divino ser que ha compendiado en sí propio los arcanos insondables de la eternidad y los admirables y bellísimos misterios del universo; que, naciendo en el tiempo, fué en cuanto Dios engendrado del Padre en la eternidad, y jamás tendrá fin; que ha visto deslizarse ante sí una generación de santos hasta el primer hombre, cuyo objeto en este mundo no fué otro que anunciarle, predicarle y ensalzarle, como también ha visto pasar por ante sus ojos, después de su mortal venida, otras simpáticas generaciones de héroes justificados que le han pregonado y vindicado.

(1) Ad Philip. 2. 10.

Él lo ha resumido todo: las infinitas perfecciones de Dios, los arrullos amorosos del serafín, los conocimientos sutiles del querubín, el imperio colosal de los potentados, las atribuciones múltiples de las dominaciones, los respetos profundos de los tronos, las comisiones divinas de los arcángeles y la ternura y cariño sin par de los ángeles. Él lo ha resumido todo: la santidad grande de los patriarcas, el celo abrasado de los profetas, la equidad admirable de los jueces, la dignidad humilde de los reyes, el valor intrépido de los héroes, el sacrificio continuo de los sacerdotes. Él lo ha resumido todo: porque Él ha infundido gracia en los apóstoles, paciencia en los mártires, virtud en los confesores, abnegación en los anacoretas, castidad en las vírgenes, ciencia en los doctores, palabra en los misioneros, piedad en las viudas. Él lo ha resumido todo: porque ha dado eficacia celestial á los sacramentos, autoridad divina á la Iglesia, dignidad sublime á los papas, jefatura santa á los obispos, unción sagrada á los eclesiásticos, elevación admirable á los monjes, fervor apostólico á los religiosos, caridad mutua á los cristianos legos. Él lo ha resumido todo: porque de Él pende la majestad regia de los príncipes, la magnificencia cristiana de los grandes, la defensa de las leyes en los magistrados y la ciencia suficiente de los profesores. Él lo ha resumido todo: porque en Él están las alturas portentosas de las ciencias, la estética de la literatura, la hermosura múltiple del arte, las provechosas aplicaciones del oficio, las invenciones primorosas de la industria y la agilidad maravillosa del comercio. Él lo ha resumido todo: la fragancia salutar del campo, el fruto ópimo del árbol, la variedad infinita de las plantas, la belleza encantadora de la flor, la riqueza del metal. Él lo ha resumido todo: los acordes cadenciosos de la música, los delicados perfumes del vegetal, las propiedades medicinales del arbusto, el vuelo sutil del ave, el canto arrobador de la alondra, la fuerza irresistible de los elementos, los focos rutilantes del firmamento, la triste obscuridad de la noche, la alegre claridad del día, la inmensi-

dad de los cielos. Todos, todos los seres y todas las cosas han sido compendiados en Jesucristo. ¡Ah! Es que Jesucristo, si es causa y origen de todas las cosas es también centro de las mismas así como su término feliz. De Jesucristo, por consiguiente, parten las maravillas eternas y creadas, y á Él irán á parar. Jesucristo es el foco, el centro de toda grandeza.

2. Mas he ahí que nuestro Señor en prenda de este hecho real y á todas luces clarísimo quiso dejarnos en la tierra un monumento sublime, un monumento admirable; porque, así como Él es personalmente visible en el cielo, y centro divino de todas las grandezas posibles: así fuera personalmente velado en el Sacramento, centro eucarístico de donde irradiaba toda belleza y á donde converge toda idea de magnificencia. Quiso ser, mediante la Divina Eucaristía, perfecta extensión de la Encarnación, porque siendo cierto que Jesucristo no puede morir, una vez resucitado, al no quedarse realmente en la Eucaristía, dejaba, digámoslo así, de existir personalmente entre nosotros, dejaba de ser personalmente entre nosotros foco del amor, centro de toda perfección y fuente de todo bien. Con el Sacramento del altar, empero, remedió tamaña desgracia, y aunque partió al cielo, quedóse en la tierra de milagroso modo. ¡Círculo limitado, donde está engastada la Divina Hostia; pero cuyo contenido es riquísimo, inmenso, infinito, y sólo Dios pudo por amor estrecharse en la Hostia sacrosanta y aparecer pequeño siendo ilimitado, pobre siendo riquísimo, y pan siendo el cuerpo vivo de su Hijo!

3. Por eso la Santa Eucaristía, en frase de los santos PP. y doctores, es llamada: «compendio de las maravillas divinas, cifra de los tesoros eternos, suma de todos los prodigios obrados por el Señor, resumen abreviado de toda belleza, ya que el mismo Dios por boca de su real profeta asegura que el Sacramento del altar es una memoria de todas las maravillas por Él obradas» (1); y en esta cifra, y en es-

(1) Ps. 110, 4.

ta suma, y en esta eterna memoria, en la que Jesucristo subsiste real y verdaderamente, campean de tal modo las perfecciones de la naturaleza Divina en la Persona del Dios Hombre Sacramentado, que estudiarlas detenidamente es uno de los trabajos más propios del orador católico, y una de las ocupaciones más santas y necesarias de todo cristiano amante del adorable Sacramento. Éste será mi propósito en el presente discurso; á saber: *Que los atributos ó perfecciones de la naturaleza divina de Jesucristo, patentizados por la santa Eucaristía, declaran la soberana grandeza del Hombre Dios Sacramentado.*

Para el efecto distribuiré mi trabajo en dos partes. Trataré en la primera de los atributos negativos, y en la segunda de los positivos y de los que se refieren principalmente á las criaturas.

PARTE 1.^a

¿Hay en el diccionario de las lenguas alguna palabra tan propia, tan necesaria y tan eterna como Dios? ¿La hay tan universal, tan respetada, tan digna y tan santa? ¿La hay tan simpática, tan dulce y que al hombre cause satisfacción tanta? No la hay; y la razón está en que sólo Dios es el ser por esencia propio, necesario, universal, respetado, digno, santo, simpático, dulce y satisfactorio. Y no creáis que éstos son los únicos atributos y los exclusivos títulos de Dios; no. Del Ser por esencia, así como debemos predicar todas las perfecciones imaginarias, debemos también omitir toda imperfección posible, aún la más mínima; y, engolfados gustosamente en la contemplación de las perfecciones divinas, podríamos ir descubriendo nuevos horizontes con que alabar á Dios por sus bellos atributos si no nos bastasen para la ponderación los ya estudiados por la teología católica.

1. Siendo los atributos de Dios una misma cosa con la esencia divina, corresponde el primer lugar á la *Unidad*. Por la fe, antorcha luminosa que guía al hombre por entre las tinieblas de su espíritu; por la razón, chispa que se apaga si no es iluminada por la fe; por el testimonio universal,

documento ineludible de verdad: sabemos que el Ser divino es exclusivamente uno, porque es necesario principio y gobernador de todas las cosas. Sin este divino Ser nada se explica, y con más de un Ser divino, según pretendían los gentiles, no es posible más que el vacío y el caos.

Admitida por la sana razón la unidad de Dios; reconocida por la lumbrera de la fe la Trinidad de Personas en el Ser divino sin mezcla ni confusión alguna; y adorado por la misma fe el misterio de la Encarnación del Verbo, constanos infaliblemente ser cierta la unidad de la personalidad divina de Jesucristo. De las personas Divinas, sólo el Verbo, y por una sola vez, tomó la naturaleza humana. «Creo, dice la Santa Iglesia, en un solo Señor Jesucristo, Hijo Unigénito de Dios que se encarnó por obra del Espíritu Santo en las entrañas de la Virgen María:» dogma santísimo que, repetido por millones de lenguas durante veinte siglos, y transmitido de un polo á otro polo, jamás ha podido ser alterado.

Un solo Jesucristo, una sola Iglesia, unos solos sacramentos, una exclusiva salvación: he aquí cómo todo reconoce la unidad de la naturaleza Divina en la Persona de Jesucristo, que por nuestro amor se ha quedado entre nosotros sacramentado. En el Sacramento, pues, resplandece la unidad de la sagrada Persona de Jesucristo; y si tan sólo Jesucristo en carne mortal pudo obrar milagros en su nombre, y subir á un afrentoso madero para salvar á un mundo que se sumergía en el abismo de la desdicha, y librar triunfante la batalla á la muerte y al infierno, surgiendo victorioso del sepulcro, y atravesar los espacios rasgando las nubes para introducirse en el seno del Padre, también sólo Jesucristo en el Sacramento, ya en carne gloriosa, obra prodigios en su nombre, se inmola millones de veces al día por la restauración de los hombres, sale triunfante de las manos de sus perseguidores, y, sin abandonarnos un momento, tiene también fija su residencia en el cielo. ¡Un solo Jesucristo y una sola Hostia inmaculada! ¡Qué bellezas!

5. Pero así como la augusta Eucaristía predica la uni-

dad, así también declara la *Simplicidad*. Fúndase ésta en que Dios es una substancia espiritual que excluye cualquiera clase de composición, sea física, metafísica ó lógica. Nada tan absurdo como los delirios de los panteístas al afirmar que la naturaleza divina consiste en todas las cosas del universo, puesto que confunden lastimosamente á Dios con el mundo. Mas, dejando que vociferen estos insensatos, nuestro deber es ponderar en Jesucristo como Dios el bello atributo de la simplicidad que, excluyendo en Él toda parte ó mezcla, le predica purísimo. ¡Ah! ¿Y no brilla este atributo en la Hostia santa, al notar por la fe que si las sagradas Especies se alteran, Jesucristo no se altera; que si ellas se corrompen, Jesucristo no se corrompe; que si ellas son atravesadas con pérfidos puñales, Jesucristo no es tocado; y que si ellas se consumen ó destruyen, Jesucristo no se destruye ni se consume? Ciertamente que todo esto sucede porque el divino Salvador en la Eucaristía no está á modo de materia, sino como espíritu; pero por ese modo maravilloso que revela al propio tiempo la simplicidad de la naturaleza divina de Jesucristo como Dios.

6. Y así como el Ser supremo es simple, es también *Infinito*. Sus límites son no tener ninguno; por esta razón es infinitamente santo, infinitamente justo, infinitamente poderoso, infinitamente sabio, infinito en toda clase de perfección; lo cual no podía por menos de ser así, atendido que el Ser necesario no puede carecer de todo cuanto deba tener y poseer para el perfecto ejercicio de su acción divina.

Este atributo campea brillantemente, como las demás perfecciones, en Jesucristo Sacramentado: y si el Hijo de Dios en el Sacramento es infinito en todos sus atributos, de un modo singular hace brillar la infinidad de su sabiduría, de su bondad, de su omnipotencia, de su amor, de su misericordia y de su providencia, preparando para el hombre la Mesa eucarística, á donde con alegría le convida para que coma de su Cuerpo y beba de su Sangre y se nutra de su divino Ser, y se embriague y engolfe en sus ricas delicias. No, no tienen límites las perfecciones divinas al

ponerlas Jesucristo en santo juego para instituir el más venerable de los sacramentos; no, no tiene límites la virtud peculiar de la Divina Eucaristía, ni en cuanto á sí misma al inmolarse incruentamente á Dios Padre en los altares, ni en cuanto á los hombres que participan de esa divina inmolación para ser más agradables á Jesucristo y mejores ciudadanos; no, no tienen límites los efectos santamente sociales que produce el Sacramento Santísimo, y en las almas escogidas engendra, digámoslo así, cierta infinidad de amor á Dios y al prójimo, como que participan directamente de la caridad infinita que Jesucristo Sacramentado nos profesa.

7. Al paso que la teología católica muestra de Dios los tesoros de su infinidad, patentiza asimismo su perpetua *Inmutabilidad*. «Yo, el Señor, no me mudo» (1), ha dicho el Eterno. En efecto, Dios no se muda, ni por razón de substancia, ya que jamás envejece; ni por razón de tiempo, pues está presente á todas las edades; ni por razón de lugar, ya que se halla en todas partes; ni por razón de cantidad, pues carece de cuerpo; ni por razón de cualidad, ya que es eternamente perfecto; ni por razón, finalmente, de acción, pues desde una eternidad conoce y quiere las cosas que en el tiempo han de sucederse. Esta hermosa perfección divina la posee sin duda el Hijo de Dios en el Sacramento del Altar, y en uso de ella siempre es el mismo en el amor á los hombres, no faltando jamás á sus promesas, aunque aquéllos se retraigan de su amistad; siempre es el mismo en su Ser deífico, ofreciéndose al mundo en perpetuo é incesante holocausto por sus miserias y pecados. Esa paciencia inalterable de Jesucristo eucarístico ante los desprecios y escarnios que le infieren los mortales; ese silencio profundo que brilla en Jesús Sacramentado, ¿no revela en algún modo el asombroso atributo de la inmutabilidad divina?

8. Pero el Verbo de Dios es también *Incomprensible*. Grande felicidad es para el espíritu humano, dice S. Agus-

(1) Malaq. 3.

tín, llegar algún tanto con el conocimiento á Dios, pero, comprenderlo es absolutamente imposible (1). En efecto ni el hombre ni el ángel pueden llegar á comprender la naturaleza divina como es en sí misma; para esto necesario sería que el entendimiento humano ó angélico fuesen infinitos; sólo Dios, por consiguiente, por ser infinitamente perfecto, puede comprenderse á sí propio; y si el Apóstol con verdad enseña que ahora, en el tiempo, conocemos á Dios por medio de enigma, por medio del velo de la fe; y después, en la eternidad, le conoceremos cara á cara, (2) no entiende que le comprenderemos y conoceremos como es en sí mismo, sino en cuanto es conocible respecto á nosotros. ¡Misterio profundo, pero misterio al propio tiempo consolador que nos hace merecer á Dios en esta vida para gozarle en la eterna!

Y así como el Verbo del Padre es en sí mismo incomprensible, también lo es en el Sacramento del Altar, en el que oculta su hermoso rostro tras los niveos cendales de su sagrado Cuerpo y de los accidentes eucarísticos. En este bello Sacramento es todo admirable y providencial, porque providencial y admirable es que tampoco sea comprendido el modo de ser del Salvador en la Eucaristía; y por más que sabemos que en Ella existe realmente Jesucristo, y que existe para nuestro espiritual sustento; y por más que sabemos que se halla en la Divina Hostia á modo de substancia, jamás conoceremos cómo es su manera de ser. Obra predilecta de Dios, obra única, por la que Dios Hombre mora personalmente con los hombres, debía ser inaccesible al humano entendimiento.

9. Cierto es, en efecto, que Dios es incomprensible; pero por esto mismo que es incomprensible es *Inefable*. Nosotros sabemos dar propio nombre á las cosas después de haberlas suficientemente conocido; mas porque á Dios no podemos conocer como es en sí, de ahí la dificultad de poderle llamar por su propio nombre. Un Ser de tantas é infinitas perfecciones ¿podrá convenirle alguna denominación particu-

(1) Serm. 38. De verbis Domini.

(2) I Cor. 13, 12.

lar? ¿Podrá el hombre, criatura limitada, invocarle con nombre adecuado? De ninguna manera. Por esta razón, en contestación á la pregunta de Moisés, añadió el Autor del universo:—Yo soy el que soy.—Respuesta enigmática que expresa ciertamente ser Dios el Ser por esencia, pero á quien no conviene denominación particular, porque el que está fuera de los alcances de las inteligencias superiores también debe estar fuera de la regla común de recibir denominación.

Si, pues, el Eterno, en la inmensa esfera de su esencia, no puede tomar nombre adecuado, tampoco en la esfera sacramental de su vida eucarística, puede recibir título conveniente. Jesucristo en el Sacramento del Altar ha depositado todos sus ricos tesoros, y como no hay lengua que enumerarlos pueda, tampoco la hay que pueda evaluarlos. Conocemos la Divina Eucaristía por la fe, aunque ignoramos totalmente el Misterio; pero, así como percibimos á Dios por sus admirables obras, así percibimos este Misterio eucarístico por sus milagrosos efectos. De todos modos no podemos apropiarnos nombre oportuno á este bellísimo Sacramento, encarnación perpetua del Verbo divino, como al Verbo divino no podemos invocarle propiamente. Ved ahí por qué denominamos Sacramento á este singular modo de habitar Dios con los hombres; nos es una cosa oculta, un arcano misterioso, y de ahí no nos atrevemos á pasar, pues ni aun el mismo Jesucristo, al llamarle Pan y Vida, no le expresó en su esencia, sino en sus efectos; y por más que los santos padres y doctores católicos, llevados de amor, atribuyeron al Hijo de Dios Sacramento títulos más ó menos hermosos, más ó menos significativos, empero jamás podrá convenirle ninguno de los mismos. El Dios de la Eucaristía es un Dios inefable.

10. También es *Invisible*. ¿Quién de los mortales ha podido ver á Dios? ¿Quién ha podido contemplar con fruición su singular hermosura y quedar largo tiempo arrobado ante esa Beldad divina? No me refiero á la visión abstractiva, á la visión por medio de la fe; os hablo de la visión intuitiva, de esa visión deleitable que gozan los bienaventu-

rados, según la cual ven á Dios cara á cara, con los ojos, no del cuerpo, sino del alma. Es de fe que con los ojos corporales nadie, absolutamente nadie, puede contemplar la esencia divina; el Apóstol la llama invisible (1), y S. Agustín (2) añade que lo es respecto á nosotros, no sólo aquí en el suelo, sino también en el cielo. Mas, si por medio de los ojos corporales el hombre, aun bienaventurado, no podrá ver al Eterno, sí lo podrá en efecto con los ojos del alma, con la mente elevada por modo sobrenatural, pues tampoco puede el entendimiento creado, dejado á solas sus fuerzas, ver la esencia divina (3). Le veremos como es, dice el Apóstol (4); y en esta dulce visión intuitiva, en la que consiste la bienaventuranza eterna (5), el santo se gozará en extremo, aspirando las inefables consolaciones que Dios tiene preparadas á los escogidos.

De la misma suerte que la naturaleza divina de Jesucristo es invisible en el cielo á los ojos corporales, lo es también en el Sacramento del Altar, donde Jesucristo, no sólo oculta su divinidad en su humanidad benditísima, si que también esconde á ésta tras los sagrados pliegues de los velos eucarísticos. Ni aun el entendimiento creado puede ver naturalmente la existencia del adorable cuerpo de Jesucristo en el Sacramento. Para que pudiese gozar de semejante visión, necesario sería que dicho entendimiento estuviese desatado de los sentidos, como lo está el del bienaventurado en el cielo, ó al menos sería indispensable que el entendimiento mencionado, aunque no desatado de los sentidos, estuviera beatificado. ¡Qué armonías tan gratas se realizan entre la visibilidad é invisibilidad de la naturaleza divina y la del Cuerpo de Cristo Sacramentado! Jesucristo, sí, puede aparecerse lleno de resplandores en la Hostia santa, mejor dicho: puede hacerse accesible visiblemente á los hombres; mas éstos le ven y le contemplan tan sólo según sus fuerzas al-

(1) Ad Timoth. I.

(2) Ep. 82, ad Italicam viduam.

(3) Lib. I Principiis, cap. I; et Conc. Florent.

(4) I. Cor. 13.

(5) Joan 17, 3.

canzan, de lo cual las historias eclesiásticas dan irrefutable testimonio.

PARTE 2.^a

Hemos entrado en la segunda parte, y tanto en ésta como en la anterior, un océano sin límites de perfecciones divinas se ostenta á nuestra vista. ¿Quién podrá surcar con valentía esas cristalinas y saludables aguas, y arribar al puerto deseado con satisfacción íntima? Pero no temamos, y en el navío de la razón humana, dirigido por la segura brújula de la fe, naveguemos por el mar de los divinos atributos, y deleitémonos una vez más en las arrobadoras consonancias que se perciben entre estos atributos divinos y la Santa Eucaristía.

III. Á nuestros ojos se presenta en primer lugar la *Eternidad* del Dios del Sacramento. Siendo el Ser Supremo, necesario ser, consiguientemente es eterno, porque desde el momento en que le suponemos que existe, suponemos también que ha existido siempre. De lo contrario, ¿quién hubiera podido otorgarle existencia? Si alguien tuviera poder para dar la existencia á Dios, ese sería Dios: luego el ser que por necesidad no reconoce principio, es eterno (1); y esta perfección sublime, ambiente purísimo, digámoslo así, en que vive el Altísimo, es la misma que Jesucristo, como Dios, posee en la Divina Eucaristía, pues no podemos separarla en manera alguna de la Persona divina del Salvador, el cual si nos ama con la vehemencia posible en el Sacramento del Altar, es porque este amor no es más que el sello del amor perpetuo (2), del amor eterno que ha profesado á los hombres. Ved por que en la Hostia santa brilla con deslumbrantes resplandores el atributo divino de la eternidad. La Eucaristía es producto del amor divino, y este amor, en frase del mismo Dios, se remonta á las eternidades; y á la manera que la eternidad abarca todos los tiempos y su fin es no tenerlo, de la misma manera, la Sagrada Eucaristía,

(1) Deut. 31.
(2) Jerem. 31, 3.

si existirá con la Iglesia hasta las últimas edades, durará también eternamente como foco de amor en el pecho de Jesucristo, para amarnos en la eternidad.

12. Juntamente con esta perfección soberana de Dios tiene su asiento la *Inmensidad*. En la elevación de nuestra alma; cuando nuestro espíritu, robado á los sentidos y engolfado en el pensamiento divino, solemos exclamar ¡Cuán grande es Dios! no hacemos más que predicar, unidos al grito constante de la creación, la inmensidad del Ser supremo. Nuestro Señor, por este bellissimo atributo, se halla substancialmente presente en todas las cosas y en todos los lugares; es la inmensidad, la ilimitada difusión de la divina substancia en todos los lugares y cosas. Preguntamos ¿dónde mora Dios? y la fe nos dice que su esencia lo llena todo. «¿Acaso no lleno yo, dice el Señor, el cielo y la tierra» (1)? Preguntamos ¿dónde está Dios? y la fe nos asegura que lo está en todas partes por presencia, viéndolo todo, conociéndolo todo y gobernándolo todo. «Están todas las cosas, añade el Apóstol, descubiertas ante sus ojos» (2). Preguntamos ¿dónde está la actividad de Dios? y la fe nos enseña que obra en todo lugar y en todo ser por potencia, dependiendo todas las cosas de su voluntad divina; por esto consigna S. Pablo que «Dios lo obra todo en todas las cosas» (3). Jesucristo en cuanto Dios es también inmenso en la Divina Eucaristía, y su inmensidad no reconoce límites en el lugar, ni en el ser puro en cuanto Dios Hombre; es asimismo inmenso *definitive*, como llaman los teólogos; esto es; que la augusta Persona de Jesucristo se halla realmente presente en toda la Hostia consagrada y en cada una de sus partes sin exceder de ella, pero sin ser estrechado por ella, sino que milagrosamente está en la misma tan real, tan entero, tan vivo y glorioso como en el cielo. Mora Jesucristo inmensamente en la adorable Eucaristía por esencia, llenándola toda; por presencia, viendo y conociendo en Ella todas las cosas; y por po-

(1) Ps. 138.
(2) Hebr. IV, 8.
(3) I Cor. V, 6.

tencia, obrando desde Ella con su amor, causa de la felicidad humana.

13. Tras la inmensidad de Dios viene su *Bondad*. Repetimos á cada paso que Dios es bueno, y esta es una de las verdades capitales que solemos proferir espontáneamente; y Dios es bueno con bondad absoluta, ó sumamente perfecto; y Dios es bueno con bondad relativa, ó en cuanto á las criaturas es sumamente conveniente y apetecible; y Dios es bueno con bondad moral, ó sumamente santo y autor de toda santidad. «Nadie es bueno sino sólo Dios» (1) ha enseñado la Verdad eterna; y esta perfección infinita de Dios está como en arsenal inmenso en la Sagrada Eucaristía, donde Jesucristo depositó largamente las riquezas todas de su amor (2). Si queremos saber donde está la bondad del Dios Hombre debemos penetrar en el santuario, adelantarnos hacia el tabernáculo, abrir su portezuela, separar la cortinilla, y estudiar detenidamente lo que allí se encuentra. Entonces veremos que todo un Dios, llevado de los impulsos de su bondad, se ha encarcelado por amor á los hombres á fin de concederles los tesoros de sus perfecciones divinas. Oiremos que nos dice: «Venid á mí los que estáis trabajados y cansados que yo os recrearé» (3). «Venid á mí y comeréis de mi pan y beberéis de mi vino que en esta eucarística Mesa os he preparado» (4). Y para confirmarnos en este dogma, y para estimularnos á que lo sigamos, escucharemos también al vate coronado que nos dice: «Gustad y ved porque bueno y suave es el Señor;» (5) y después que hubiéremos experimentado esta suavidad de Jesucristo, entonces podremos asimismo exclamar con el profeta: «¡Oh cuán bueno es Dios para aquéllos que son rectos de corazón» (6)!

14. La bondad del Dios del Sacramento nos da la mano

- (1) Luc. 18, 19.
- (2) Trid.
- (3) Math. 11, 28.
- (4) Cant. 5, 1.
- (5) Ps. 33, 9.
- (6) Ps. 12, 1.

para que entremos en el santuario á investigar su *Sabiduría* increada. No es Dios como el hombre que miente, pues con la luz eterna de su esencia conoce todos los caminos, todos los seres, todos los pasados, todos los presentes, todos los futuros y todos los posibles, y su conocimiento infinito le obliga á decir verdad. ¡Oh sabiduría de Dios, que sola tú sabes señalar las veredas á los mortales para que lleguen seguros á la felicidad! Todas las operaciones en Dios se reducen á un solo, único y simplicísimo acto por medio del cual ve, conoce, quiere y obra todas las cosas. ¿Y quién podrá penetrar en los sapientísimos arcanos del Excelso? «¡Oh sublimidad de las riquezas de la ciencia y sabiduría de Dios» (1)! Pero sabemos por la fe que el Eterno nada ve y nada conoce, sino en orden á la perfección y para el bien. He aquí por qué la ciencia y la sabiduría divinas son abri-llantadas por el orden y la perfección y el bien eternos; y porque Dios quiere este bien y esta perfección y este orden en los hombres, de ahí que haya instituido el Santísimo Sacramento, en el cual, como en bella cifra, ha depositado su ciencia y sabiduría, productoras de aquellas riquezas mediante la recepción sacramental del Cuerpo y de la Sangre de Jesucristo. Mas esta sabiduría y esta ciencia de Jesucristo en la divina Eucaristía son comunicativas. Como Dios es de sí enteramente difusivo y se nos ha comunicado misteriosamente por medio del Pan eucarístico, he ahí por qué desea hacernos también partícipes de su ciencia y sabiduría. Los cristianos que, inmaculados de corazón, saben aprovecharse de este Maná celeste, adquieren divinas luces interiores con las cuales conocen las enseñanzas de Jesucristo y saben andar sin tropiezo por los caminos rectos de la virtud y del bien; y santos ha habido que, merced á una gracia eucarística extraordinaria, pudieron, por su ciencia infusa, ser la admiración de los poderosos y de los sabios. Siempre será verdad que los que buscan la ciencia en todas partes menos en Jesucristo, son verdaderos ignorantes.

(1) Rom. 11, 33.

15. Mas todavía no he acabado de hacer os oír las suaves consonancias existentes entre las perfecciones divinas y el Misterio inefable de nuestros altares. De un modo especial brilla entre aquéllas la *Omnipotencia*. ¿Quién no se ha fijado alguna vez en sí mismo, y no ha visto la portentosa máquina del cuerpo humano, movida por el alma, y no ha averiguado las relaciones íntimas que entre ambos existen? ¿Quién, al recorrer el dilatado campo, y subir al empinado monte, y bajar al horrible precipicio, é internarse en las entrañas de la tierra, no ha descubierto en todas estas obras maestras la omnipotencia de Dios? ¿Quién, al meditar en una insignificante planta, en una humilde flor, en un pequeño insecto, no se ha maravillado al ver en ellos dibujado el dedo de Dios? ¿Quién no ha paseado su curiosa vista por la bóveda de los cielos, y al ver tantas hermosas lámparas encendidas y colgadas en el espacio, rigiéndose por leyes necesarias, no ha bendecido el poder de Dios? Todo tuvo existencia al impulso de la palabra divina, y todo sigue obedeciendo la voluntad del Omnipotente; mas el Señor, para darnos todavía una fuerte sorpresa de su omnipotencia, quiso encerrarse en los estrechos límites de una Hostia consagrada, apurando al efecto los tesoros de su poder, de su ciencia y de su amor; y aquel Dios que en el Sina aparecía al caudillo de Israel entre el fulgor del rayo y el estampido del trueno; y aquel Dios que sustentaba por espacio de 40 años al pueblo hebreo con el maná del cielo; y aquel Dios que en los furros de su ira mandaba degollar á los inobedientes á su ley, es el Dios que tras humildes velos eucarísticos se esconde; es el Dios que sustenta al pueblo cristiano con su Cuerpo y Sangre; es el Dios que perdona al pecador arrepentido y le convida á su mesa divina. ¡Cuán grande, cuán poderoso es Dios!

16. Por lo mismo que es poderoso, por lo mismo que es magnífico es digno de ser amado, y lo es sin duda porque Él *nos ama* con vehemencia. ¿Podrá la inteligencia creada concebir y menos describir el amor que Dios pro-

fesa á sus criaturas? Artífice sabio, no puede por menos de querer hasta con exceso las obras fabricadas por sus manos. ¿Podrá algún serafín decirnos hasta qué grado ama á sus escogidos? «Yo amo á los que me aman, (1) dice el Señor, y los amo con caridad eterna» (2). Es la voluntad en Dios, perfección infinita que apetece libremente; y nadie, absolutamente nadie, y nada, absolutamente nada puede poner óbice á sus altos decretos. Pero el Señor quiere siempre el bien, porque es bueno, porque es justo, porque es santo, porque es perfecto; y si algunas veces quiere el mal de pena, lo apetece en orden al bien, para la salud de los hombres. A esto podríamos añadir, que la perfección del bien es el amor en sumo grado, el amor perfecto; y estas dos clases divinas de amores, si es verdad que las patentizó en la Creación, y sobre todo en la Redención, nos las declaró de un modo singular en la institución del Sacramento Santísimo, por el cual y para el cual amó á sus discípulos hasta el exceso (3). La institución de la Eucaristía fué ciertamente, permítase la frase, un delirio divino.

Esta voluntad perfecta, empero, no puede estar en la inacción. Como la llama de fuego que jamás está quieta, así la voluntad divina, traducida por un amor incesante en la Eucaristía, siempre está en perpetuo movimiento para amar al hombre y para otorgarle toda clase de bienes espirituales y temporales si convienen. ¿Qué diremos del amor de Jesucristo Sacramentado? ¿Habrá habido alguna petición que no haya satisfecho, alguna gracia que no haya concedido, alguna necesidad que no haya remediado? ¡Ah! Jesucristo en la Santa Eucaristía nos ama, pero nos ama con extremo, pues nadie pudo jamás imaginar que Dios hecho Hombre llegara á tener la dignación de disponer sus divinos miembros para el sustento espiritual de las almas.

17. Efecto del cariño vehemente que nos profesa, admi-

(1) Prov. 8, 17.
 (2) Jerem. 31, 3.
 (3) Joan. 13, 1.

ramos la *Misericordia* infinita de Dios, quien es esencialmente misericordioso, porque es esencialmente bueno, esencialmente santo. Esta perfección, llamada relativa, porque tiende, no á Dios mismo, sino á las criaturas, se destaca en la esencia divina para hacerse de tal manera simpática al hombre, que éste, aun en medio de sus horribles extravíos, confía esperanzado muchas veces en la misericordia de Dios. Es que N. Señor es bondadoso Padre, y propio es de bondadoso padre ser compasivo con sus hijos á quienes ama entrañablemente; por esta razón la Iglesia atribuye, no sin causa, á Dios el oficio de tener siempre misericordia y perdonar, (1) y el Apóstol le llama Padre de las misericordias (2). El profeta rey, acompañado de los dulces acordes arrancados á su arpa, sentía emocionarse al entonar las misericordias divinas, y repetía con frecuencia: Ah Señor! «De tu misericordia está llena la tierra (3), pues eterna es tu compasión (4), y entre todas tus obras las que más descuellan son las producidas por tu misericordia» (5). Perfección nobilísima, que tanto cautiva á los miserables y que tan propia es de los grandes, ¿no la debía poseer Jesucristo en el Sacramento del Altar? Si Jesucristo como Dios, categoría, si me es permitida la frase, esencialmente distinta del mundo y de sus moradores, tanta misericordia tiene de los hombres, como Hombre Dios, cuya naturaleza semejante á la nuestra tomó para sí; ¿no la tendrá de sus hermanos? Registrad una á una las páginas santas del evangelio y al terminar de leerlas exclamaréis para vuestros adentros: ¡Cuán bondadoso, cuán compasivo es Jesucristo!; perfecciones todas que de igual suerte y para continuar la hermosa obra de la Redención tiene en continuo ejercicio en la Sagrada Eucaristía para beneficio de los hombres. El hombre peca, el hombre blasfema de Dios luego de haber sido su amigo y su confidente; pero Dios le perdona al verle arrepentido, y todavía

- (1) Oratio pro peccat.
 (2) II Cor. 1, 3.
 (3) Ps. 32, 5.
 (4) Ps. 80, 8.
 (5) Ps. 144.

le admite y aun le convida al banquete sagrado de su Cuerpo y Sangre. ¡Cuán misericordioso es Jesús Sacramentado!

18. Mas debemos tener en cuenta, que así como es misericordioso por esencia, es también esencialmente *Justo*. Los dos potentes brazos del Eterno son la misericordia y la justicia; pero con diferencia, porque está más inclinado á levantar con facilidad el brazo de la misericordia para perdonar, que dejar caer el brazo de la justicia para castigar. De todos modos, si Dios no fuese justo no sería Dios; verdad capital que no sólo es de razón sino más bien de fe; por eso notamos con temblor en los libros santos, que los inobedientes á la ley santa han sido en todos tiempos terriblemente castigados por el Señor; y de ello no sólo son testigos los pueblos gentílicos, sino más bien el pueblo predilecto de Israel, quien, al dar las espaldas á su Eterno Soberano, sintió crugir sobre sí el duro látigo de la justicia divina. Pero Dios es misericordioso aun en medio de su justicia; de ahí que los santos aseguren que no castiga el Señor según merece la maldad del pecador, para declararnos que las tendencias divinas son á perdonar. Una vez que Jesucristo vino al mundo á establecer su ley de amor, la misericordia y la justicia se imprimieron mutuamente fuerte ósculo de paz (1); y así como antes de su venida mostraba Dios á los hombres algunas veces las iras de su justicia, después de su venida ha enfrenado en cierto modo á ésta para exhibir su misericordia. En el Sacramento del Altar, por más que todo es bondad y mansedumbre, misericordia y compasión, no deja de ser asimismo fuerte y terrible, justo y amenazador, porque bien nos consta que es muerte para los malos y vida para los buenos (2); de ahí que nos ordene acercarnos con temor santo á la sagrada Mesa después de haber probado nuestra conciencia en el suave tribunal de la Penitencia, so pena de hacernos reos de condenación eterna (3).

19. En último término debemos estudiar al Dios Hom-

- (1) Ps. 84, 11.
 (2) Oficio del Santísimo Sacramento.
 (3) I ad Corint., 11, 29.

bre sacramentado como *Providencia* de las criaturas; atributo divino de consecuencias provechosas y consoladoras para la humanidad doliente. Nada, absolutamente nada de lo que existe se concibe sin Dios, porque Dios es el autor de todo; la vida, el movimiento de los seres obedecen al impulso divino. Si Dios dejara de tener por un momento acción sobre el mundo; si levantara su fecunda mano para abandonarlo á sí propio, los seres dejarían de tener movimiento y vida; el mundo se transformaría en el caos, y nada, fuera de Dios, existiría: luego todo lo existente de Él depende: luego nada de lo existente se subtrae de su decisivo influjo. En consecuencia el hombre, todas las cosas puede, ayudado de Dios que le da fuerzas, (1) y después que haya trabajado lo razonable, debe depositar todos sus cuidados en esa amorosa Providencia (2) que todo lo rige, que prepara el sustento en tiempo oportuno (3) y que no permite caiga ni un cabello de nuestra cabeza sin su autorización (4). Y ese mismo Dios largamente pródigo, se ha ocultado en el Sacramento del Altar para que, ya que dependemos absolutamente de Él, y nada de bueno podemos sin Él, estemos tranquilos y pacíficos debajo de sus cuidados amorosos, como ovejas queridas debajo de las continuas vigilancias y finos regalos de su Pastor, sesteando á la sombra del Árbol de vida eucarístico, del cual penden los saludables frutos de vida eterna. Quiso Dios no estar lejos de nuestra compañía, sino cerca, muy cerca, entre nosotros mismos, y aun dentro de nosotros mismos, para que supiéramos buscarle y requerirle peticiones justas, ya que no podíamos pasar espiritualmente sin el influjo directo é inmediato de esa santa Providencia.

20. He terminado: y al dar rápidamente una ojeada por toda la doctrina enunciada en el presente discurso, saltan á la vista dos hermosas consideraciones: la 1.^a se deduce de

- (1) Philip. 4. 13.
- (2) Ps. 54. 23.
- (3) Ps. 144. 15.
- (4) Luc. XXI, 18.

las bellas perfecciones divinas, la 2.^a se desprende de la magnificencia de Cristo Sacramentado.

Hemos estudiado la perfecta unidad de Dios, su pura simplicidad, su admirable infinitad, su constante inmutabilidad, su clara incomprendibilidad, su elocuente inefabilidad y su cierta invisibilidad y visibilidad sobrenatural. Hemos estudiado su eternidad perpetua, su inmensidad magnífica, su bondad santa, su ciencia profundísima, su voluntad adorable, su misericordia grande, su omnipotencia mágica, su justicia terrible y su hermosa providencia; y anegados en la contemplación de estos perfectos atributos divinos, surge inmediatamente, como consecuencia lógica, la pequeñez del hombre que, aunque creado á imagen y semejanza de Dios, es infinitamente menor y más pobre que Él, pues á su simplicidad se opone diametralmente nuestra composición físico-espiritual, á su infinitad nuestra limitación, á su inmutabilidad nuestra mudanza, á su incomprendibilidad nuestra comprendibilidad, á su inefabilidad nuestra explicación y á su invisibilidad nuestra visibilidad. De igual manera nuestros cortos días se oponen diametralmente á la eternidad de Dios, nuestra ocupación de lugar á su inmensidad, nuestra maldad á su bondad, nuestra ignorancia á su ciencia, nuestro desafecto á su amor, nuestra dureza á su misericordia, nuestra flaqueza á su omnipotencia, nuestra injusticia á su justicia y nuestros descuidos á su Providencia. Ved ahí cuan pequeño y cuan miserable es el hombre, comparado con la grandeza divina.

He dicho que la segunda consideración se desprende de la magnificencia de Jesucristo Sacramentado. Y en efecto: los divinos atributos subsisten en la Santa Eucaristía, puesto que son una misma cosa con la naturaleza divina de Jesucristo Sacramentado. El mismo Dios quiso por modo maravilloso y exquisito que estos mismos perfectos atributos se destacasen con mágicos esplendores en el Sacramento del Altar, para que por la vista espiritual de los mismos rastreásemos la sublimidad que tienen en Dios, pues son su misma esencia, y nos acercásemos más, y nos juntásemos

más, y hasta nos pegásemos sobrenaturalmente á Él, mediante la Divina Eucaristía, imán poderoso para atraer las almas al Altísimo. Desde este punto de vista, colocados en estas eminentes alturas, ¡cuán hermoso, cuán magnífico, cuán sublime no aparece el Dios Hombre Sacramentado!

Desde el fondo de nuestras almas, puestos en profunda elevación, saludemos fervientes al Dios de la Eucaristía, ya que tanta grandeza ha depositado en el Misterio de los amores; obsequiémosle entusiastas, pues merced á estos divinos amores tantas gracias y mercedes del cielo llueven sobre el individuo y la sociedad; rindámosle, humildes, nuestras adoraciones, y más que las adoraciones nuestro corazón, y más que el corazón nuestro ser; sacrifiquémoslo todo á Jesucristo: nuestras comodidades, nuestros intereses, nuestra familia, nuestros honores y nuestra personalidad, para que en la tierra el Dios de la Hostia brille más con nuestros continuos obsequios y atenciones, con nuestras asiduas reparaciones y desvelos, á fin de que sea conocido de todos, y de todos amado para que sobre todos reine é impere y sea nuestro Rey y consuelo en este mundo para ser en la eternidad nuestra felicidad y gloria. Amén.



DISCURSO IX

*Hermosura de Nuestro Señor Jesucristo en el
Santísimo Sacramento.*

Ecce tu pulcher es dilecte mi, et decorus.
Oh qué hermoso eres tú, amado mío, y gracioso.

CANT. I, 15.

Speciosus forma præ filiis hominum.
El más hermoso entre los hijos de los hombres.

Ps. 44.

1. Presenciamos en los tristes días por que atravesamos un espectáculo de horrible degradación. Todo se halla rebajado en el hombre. Ser inmortal por lo que á su alma respecta, y señor del universo por lo que toca á su compuesto, debiera tener elevación de miras, aspiraciones inmortales, resoluciones divinas. Pero nada menos que eso. No dirijamos nuestros ojos á la fétida cloaca del vicio en el que sumerge desgraciadamente su cuerpo, no sea que su vista empañe nuestro espíritu, y nuble la razón; volvámoslos, sí, á las ocupaciones habituales del alma, y la sorprenderemos dedicada con preferencia á las ciencias que más se rozan con la materia: las ciencias físicas, las ciencias naturales, las ciencias médicas, las artes mecánicas; nos sorprenderá todavía más la apreciación en que las tiene, el fuerte impulso que las da y la dotación que las ha otorgado, arrinconando en las aulas de los seminarios, en las celdas de los conventos y en las clases de ciertas universidades, las ciencias espirituales, las ciencias sobrenaturales, las ciencias místicas,

más, y hasta nos pegásemos sobrenaturalmente á Él, mediante la Divina Eucaristía, imán poderoso para atraer las almas al Altísimo. Desde este punto de vista, colocados en estas eminentes alturas, ¡cuán hermoso, cuán magnífico, cuán sublime no aparece el Dios Hombre Sacramentado!

Desde el fondo de nuestras almas, puestos en profunda elevación, saludemos fervientes al Dios de la Eucaristía, ya que tanta grandeza ha depositado en el Misterio de los amores; obsequiémosle entusiastas, pues merced á estos divinos amores tantas gracias y mercedes del cielo llueven sobre el individuo y la sociedad; rindámosle, humildes, nuestras adoraciones, y más que las adoraciones nuestro corazón, y más que el corazón nuestro ser; sacrifiquémoslo todo á Jesucristo: nuestras comodidades, nuestros intereses, nuestra familia, nuestros honores y nuestra personalidad, para que en la tierra el Dios de la Hostia brille más con nuestros continuos obsequios y atenciones, con nuestras asiduas reparaciones y desvelos, á fin de que sea conocido de todos, y de todos amado para que sobre todos reine é impere y sea nuestro Rey y consuelo en este mundo para ser en la eternidad nuestra felicidad y gloria. Amén.



DISCURSO IX

Hermosura de Nuestro Señor Jesucristo en el Santísimo Sacramento.

Ecce tu pulcher es dilecte mi, et decorus.
Oh qué hermoso eres tú, amado mío, y gracioso.

CANT. I, 15.

Speciosus forma præ filiis hominum.
El más hermoso entre los hijos de los hombres.

Ps. 44.

1. Presenciamos en los tristes días por que atravesamos un espectáculo de horrible degradación. Todo se halla rebajado en el hombre. Ser inmortal por lo que á su alma respecta, y señor del universo por lo que toca á su compuesto, debiera tener elevación de miras, aspiraciones inmortales, resoluciones divinas. Pero nada menos que eso. No dirigamos nuestros ojos á la fétida cloaca del vicio en el que sumerge desgraciadamente su cuerpo, no sea que su vista empañe nuestro espíritu, y nuble la razón; volvámoslos, sí, á las ocupaciones habituales del alma, y la sorprenderemos dedicada con preferencia á las ciencias que más se rozan con la materia: las ciencias físicas, las ciencias naturales, las ciencias médicas, las artes mecánicas; nos sorprenderá todavía más la apreciación en que las tiene, el fuerte impulso que las da y la dotación que las ha otorgado, arrinconando en las aulas de los seminarios, en las celdas de los conventos y en las clases de ciertas universidades, las ciencias espirituales, las ciencias sobrenaturales, las ciencias místicas,

la filosofía, la teología, el ascetismo; y aun con aquellas bellas artes é industrias tiene más cuenta que más lisonjean las bajas pasiones del hombre. Y no es que yo censure en lo más mínimo el cultivo de esta clase de estudios, no; pero señalo este mal terrible, para que se vea que hoy se aprecia más el material positivismo que el verdadero positivismo del espíritu, y que se paga á mejor precio todo aquello que fomenta los placeres del cuerpo. Se cree encontrar el óptimo bien de las cosas en el goce de los sentidos; y la hermosura, á la que pudiéramos denominar adorno del bien, preténdese hallarla, no en las cualidades íntimas y constitutivas del ser, sino en su modo de parecer exteriormente, en su modo de presentarse en público. Estas aberraciones continuas del hombre por las que estima á las personas y á las cosas, no por lo que en sí valen, sino por lo que se manifiestan al exterior, son tanto más deplorables cuanto que han llegado á constituir carta de naturaleza para los infinitos necios de que el universo está poblado; mas esta regla fatal por la que el mundo se rige no debe ser la norma del cristiano, ya que Jesucristo nos ha dejado reglas para apreciar las cosas como son, y para buscar toda belleza en las armonías íntimas de los seres, en las cuales á Dios mismo se encuentra, porque notorio es que los tesoros se hallan no en la superficie, sino en las entrañas de la tierra.

2. Hoy, elevándonos como el águila á regiones superiores, escudriñar debemos la Hermosura por esencia, Cristo Jesús, de la cual toda estética procede. Los encantos de la creación pregonan su rara grandeza; los cielos azulados cantan sus divinas alabanzas; los profetas inspirados nos legan sus adorables perfecciones; el Cantar de los Cantares encomia su grata hermosura; el vate de Patmos contempla sus eternos resplandores; las sibilas cantan al son de sus panderos sus infinitas bellezas; los pastores de Belén absortos quedan ante la gloria que al Niño Dios circunda; los Magos son cautivados de sus hechizos; los evangelistas le admiran enrojecido el rostro como el fuego y blanqueadas las vestiduras como el ampo de la nieve; los apóstoles

toles corren tras el olor de sus preciosos unguentos; los mártires aspiran á deleitarse en su rostro; los confesores se extasían ante su graciosa presencia; los doctores abandonan su pluma por no hallar frases con que ponderar su grandeza; las vírgenes se enamoran de su perfección; los pueblos y las gentes buscan ávidos su placentera estela para peregrinar por ella y deleitarse en sus bondades. Y nosotros, ante esa infinidad de seres que, unidos, elevan un himno de reconocimiento y de gratitud al Dios que los creara, ¿no nos asociaremos para repetir alegres y entusiastas con la Esposa de los Cantares:—¡Oh qué hermoso eres tú, amado mío, y gracioso?—¿Seremos los únicos que dejemos de contemplar con los ojos de la fe la peregrina hermosura de Jesucristo?

Cierto y muy cierto es que para ser dignos espectadores de la mágica escena que se desarrolla constantemente en el sagrario, donde el Salvador, aunque velado por los accidentes eucarísticos, se ostenta con toda su gloria, necesitábamos haber penetrado antes en la cámara secreta del Divino Esposo donde hubiésemos apurado los celestiales goces de sus espirituales bodas; cierto y muy cierto es que para que pudiésemos hablar propiamente de la belleza de Cristo eucarístico era imprescindible haber sido levantados al tercer cielo como S. Pablo, ó arrebatados en espiritual visión al paraíso como S. Juan, ó asistir á una gloriosa transfiguración del Señor como S. Pedro, ó participado de la gloria del cielo como los bienaventurados; mas, ¡tristes de nosotros que, encorvados en este destierro, bajo el inmenso peso de nuestras miserias, apenas podemos levantar los ojos para mirar á la eternidad! á nosotros nos es vedado descubrir los secretos del Altísimo y admirar su hermosura; y ¿qué haremos? nos cruzaremos de brazos sin preguntar á los libros santos, sin recoger las palabras del mismo Dios para por medio de ellas rastrear la belleza de Jesucristo Sacramentado? Atrevámonos con la dulce esperanza de conocer al Salvador por su belleza, con el doble fin de amarle más y de hacerle amar todavía más de los hombres.

3. En este supuesto, después de haber razonado en ge-

neral sobre la hermosura considerada en sí misma, pasaremos á examinar *la de Jesucristo en el Santísimo Sacramento: primero, en cuanto Dios; y segundo, en cuanto Hombre.* En cuanto Dios: esto es, las bellas relaciones existentes entre la Divina Persona de Jesucristo Sacramentado y el Padre y el Espíritu Santo. En cuanto Hombre, á saber: la hermosura de su alma, la de su cuerpo y la de sus obras.

PARTE 1.^a

1. No todos convienen en la definición de la hermosura, pero todo el mundo pretende entender lo que es. Por cierto; hay cosas en la naturaleza que no se explican, pero que se conocen, y he aquí el misterio. Conocemos la luz y la admiramos; decimos, qué hermosa es, pero al fin desconocemos su esencia. ¿Será un agente, será un flúido? ¿Se explicará su origen por el sistema de las emisiones ó por el de las ondulaciones? Lo ignoramos; pero, convencidos, decimos por sus efectos que es claridad, resplandor, etc.; al fin un misterio. Ved aquí un símil aplicable á la hermosura en general. Todos entendemos lo que es, y nos daríamos por ofendidos si se nos tachara en este asunto de ignorantes; por eso nos cautiva y arrebatá; allí donde la encontramos, un impulso de gozo nos asalta, y exclamamos: ¡qué bella es! mas al cabo ignoramos su verdadera esencia. ¿Será la proporción de las partes con el todo y viceversa? ¿Será el conjunto de cualidades que hacen á un ser excelente? ¿Será, como quería Platón, el esplendor de lo verdadero? ¿Será lo agradable, lo gustoso, lo que cautiva y fascina? Todo puede ser; pero si aseguramos que la hermosura debe ser perfección no nos equivocaremos, por más que no podamos explicarla. Ved, pues, lo que es hermosura: perfección, que puede ser doble: interna ó del espíritu, externa ó de la superficie. Cuando exclamamos, señalando á un ser, ¡qué hermoso es! no queremos significar sino que es perfecto.

5. Partiendo de este fecundo principio, no nos será en manera alguna difícil señalar el límite de la belleza de las

criaturas comparada con la del Criador. En efecto: ¿os habéis fijado en los encantos grandiosos de ese inmenso globo de fuego que desde el sidéreo cielo calienta la tierra y con sus potentes rayos de luz preside los días? Pues Jesucristo Sacramentado es todavía más hermoso. ¿Os habéis detenido en las purísimas claridades del bello satélite de la tierra que con indecible suavidad baña los seres y objetos presentes á su vista? Pues Jesucristo Sacramentado es todavía más hermoso. ¿Os habéis aplicado al estudio de las rutilantes estrellas que con sus diversas y armónicas posiciones pueblan ese inmenso mundo celeste que sirve de fúlgido pabellón á nuestro globo? Pues Jesucristo Sacramentado es todavía más hermoso. ¿Habéis contemplado la fosforecencia del diamante, la brillantez de la esmeralda, la transparencia unida á los puros colores de las demás piedras preciosas, la hermosura del oro y la nitidez de la plata bruñida? Pues Jesucristo Sacramentado es todavía más hermoso. ¿Habéis percibido de las flores su fragancia, considerado la pureza y variedad de sus colores, y admirado su gracia, su elegancia, su delicadeza, su airosidad, su perfección? Pues Jesucristo Sacramentado es todavía más hermoso. ¿Habéis saboreado la dulzura de los frutos vegetales, y maravillado ante sus medicinales propiedades, ante su diverso y hermoso colorido? Pues Jesucristo Sacramentado es todavía más hermoso. ¿Habéis aprendido en los dulces trinos de las canoras aves lo apetecible del gusto, y leído en su pintado plumaje las excelencias de la perfección? Pues Jesucristo Sacramentado es todavía más hermoso. No habéis considerado al hombre? No os ha embelesado su rostro? Arcano de sublimes perfecciones, tejido de inenarrables bellezas, el rostro de un hombre perfecto es la expresión más viva de lo que es su Creador. Ojos que fascinan, rostros que arrebatan, talles que encantan, se han convertido alguna vez, por su rara hermosura, en divinidades terrenas que el mundo locamente adora. Pues bién: á pesar de todo esto, Jesucristo Sacramentado es todavía más hermoso. Y ¿cómo no, si, según dice con acierto un autor mis-

tico, toda hermosura comparada con la hermosura del Señor es fealdad muy grande? (1). Y ¿cómo no, si la hermosura de las criaturas es vaga sombra que se pierde en el espacio comparada con la de Jesucristo, luz vivísima que todo lo anima? Y ¿cómo no, si la hermosura de las criaturas es pequeña, mientras que la de Jesucristo es inmensa; es momentánea, mientras que la de Jesucristo es eterna; es engañosa, mientras que la de Jesucristo es verdadera; es limitada, mientras que la de Jesucristo es infinita? Y ¿cómo no, si la hermosura de las criaturas procede del Verbo de Dios que las comunicó destellos de su inefable belleza? Si tal es, pues, la hermosura creada, ¿qué tal será la hermosura del Increado? Las producciones más perfectas de un sabio artífice son siempre necesariamente menos perfectas que las imágenes vivas que anidaron en su creadora mente, de las cuales aquellas excelentes producciones copias fueron. Esto es evidente; por manera que las producciones *ad extra* de Dios, la creación, por ejemplo, por bella y perfecta que se la suponga, ha de ser precisa é infinitamente menos bella y menos perfecta que los recursos de que se valió su divino Autor para producirla. Estos recursos fueron, en efecto, la misma naturaleza divina obrando, luego Dios es la belleza, es la hermosura sin límites.

6. ¿Mas podremos explicar, podremos definir la hermosura del Ser supremo? Los alados querubes que sin cesar admiran hito á hito la belleza divina, ¿podrán decirnos cómo es? Los siervos de Dios á quienes un favor extraordinario arrobó del suelo para trasladarles cerca del trono del Altísimo, ¿podrán explicarnos su gloria? Los doctores católicos, aun los más favorecidos del cielo con especiales dotes, ¿podrán delinearnos la belleza del Santo por esencia? Los ángeles, atónitos se encuentran ante la Majestad suprema, y nada decirnos se atreven; el Apóstol, que levantado fué hasta el tercer cielo, ha dejado escrito que ningún ser humano podrá explicar las dulces consonancias de aque-

(1) P. Estella. Medit. del amor de Dios.

lla corte celestial; los siervos de Dios, si algo vieron, se reservaron para sí propios el secreto. Sólo, pues, podremos averiguar que Dios es la belleza suma; y que su Verbo encarnado, resplandor de la gloria y figura de la substancia del Padre (1) por quien todo fué hecho, compendió en sí mismo la belleza de las criaturas, después de haber cifrado también en sí propio la de su Padre celestial.

7. Ahora, empero, no deberemos contentarnos con saber que la singular hermosura de Jesucristo es inefable. Es preciso estudiarla; es necesario examinarla por partes, no con un fin meramente especulativo y curioso, sino más bien con el deseo de conocer en cuanto podamos las hechiceras perfecciones del Salvador, para engolfarnos en dulce meditación que nos dé por resultado provechoso inclinarnos más hacia el amor de nuestro Señor. Veamos cuál sea la hermosura de Jesucristo Sacramentado en cuanto Dios.

En el discurso pasado demostré cuales eran los atributos divinos que constituyen, por decirlo así, la esencia de la belleza del Salvador, considerado como Dios; ahora, para completar este asunto, no tengo más que hacerlos palpables las relaciones íntimas de Jesucristo, Verbo del Padre, encarnado, con las otras dos divinas Personas; y que estas mismas íntimas y esenciales relaciones, hermosuras varias del Dios Hombre, las posee en el Sacramento del Altar. En efecto: sólo el Verbo del Padre, en vista de nuestras perentorias necesidades, es el que, descendiendo del cielo, toma carne en las entrañas de una Virgen sin mancha para hacerse hombre. Mas para la realización de este nuevo Misterio era imprescindible el concurso de toda la Trinidad Beatísima, la cual, á la manera que una persona se viste y otras dos le ayudan á vestir, así el Verbo de Dios se vistió de nuestra flaca naturaleza, asistiendo á esta asunción humana el Padre y el Espíritu Santo. Decretado en los arcanos eternos la Encarnación del Verbo, el permiso divino estaba dado para que en el tiempo, la segunda Persona de la Trinidad

(1) Ad Hebr. I, 3.

Augusta comunicase el divino Ser á la humanidad, de suerte que, recibiendo á ésta en su propia subsistencia, quedasen constituidas, en unidad de la Persona Divina, Cristo Jesús, ambas naturalezas divina y humana. Y el misterio grande se realizó; y entonces, el Padre y el Espíritu Santo, aunque no encarnados, como el Verbo, empero tienen con el Verbo encarnado esas relaciones íntimas y divinas de que jamás se despojaron. Á partir de estos preciosos momentos, ¡qué bello aparece el Salvador de los hombres, ya le consideremos peregrinando por el mundo, ya sacramentado en nuestros altares! No hay decreto divino que no conozca y que no coopere como Persona divina á su realización; no hay acto de ningún mortal que no sepa y que no lo tome en cuenta para su recompensa ó castigo respectivo.

8. En ese hondo arcano, que ni á los ángeles es permitido entrar, vislumbramos nosotros por detrás de los celajes de la fe á Jesucristo-Hostia en perpetua comunicación con las otras dos divinas Personas. Y por más que Éstas no estén sacramentadas, como tampoco fueron encarnadas, empero se hallan donde está Jesucristo de modo especial y misterioso, no á la manera que por inmensidad se hallan en todas partes, llenándolo todo, sino por modo de acompañamiento, pues siendo uno mismo é idéntico Ser con la naturaleza Divina de Jesucristo, necesariamente se hallan donde Jesucristo está. Ante los ojos de la fe, por consiguiente, ¡qué hermoso aparece el Redentor, considerado como Dios! El trono del tabernáculo donde descansa Jesucristo es también el trono espléndido de toda la Trinidad Beatísima que, aunque infinita é inmensa, aparece allí limitada y reducida. ¡Bien se ve que la humillación sufrida por el Verbo de Dios al encarnarse, alcanzó también al Padre y al Santo Espíritu! La mesa donde se contienen las riquezas divinas aparejadas en el Sacramento, ha sido dispuesta, no sólo por Jesucristo, causa de nuestra santificación, sino también por el Padre y el Santo Espíritu que cooperan á derramarlas en beneficio de los hombres. Es que la obra de la Encarnación como la obra de la Eucaristía, son obras de amor, y con

amor contribuyó toda la Trinidad Augusta. De hoy más podemos dirigirnos en nuestras súplicas y en nuestras amarguras, no sólo á Jesucristo Sacramentado, sino también al Padre y al Espíritu Santo que le asisten.

Mas, así como en el Sacramento del amor resplandece toda la Santísima Trinidad, de un modo particular brilla la Divina Persona de Jesucristo. También desde este punto de vista es hermosísimo el Salvador. No, no se le infiere injuria á la santa Trinidad porque los hombres rindamos nuestras adoraciones y tributemos nuestros cultos á la Divina Persona de Jesucristo; pues no por desprecio, antes bien por agradecimiento al Salvador, causa de nuestra salud, le adoramos á Él expresamente, confundido, digámoslo así, en cuanto Dios, con las otras dos divinas Personas. ¡Qué esplendor, qué gloria aparece en Jesucristo Sacramentado, realizada por el Padre y el Espíritu Santo, y tributadas por sus hijos! Los ángeles encogen sus etéreas alas, y, bajando su frente, adoran á Jesucristo, su Cabeza y su Príncipe.

9. Pero, donde aparece en toda su grandeza y majestad la hermosura de Jesucristo es en el triple Misterio de su Transfiguración en el Tabor, de su Resurrección del sepulcro y de su Ascensión á los cielos: misterios que, en efecto, subsisten en Jesucristo velado con las apariencias de pan, y son una prueba más de su radiante y mágica belleza. Es necesario insistir algo sobre ellos. El profeta había cantado (1) al son de los áureos instrumentos la profecía de la Transfiguración del Salvador; le había visto en espíritu abandonar por breves momentos las vestiduras humanas y reemplazarlas por la gloria divina de la que se rodeó misteriosamente en el Tabor. Jesucristo, en efecto, asociándose dos de sus más caros discípulos, sube al referido monte y, elevados sus ojos al cielo, en uno de esos éxtasis amorosos propios y exclusivos de la Sagrada Humanidad de Jesucristo, deja la figura hermosa de una Virgen pura, suelta el humano ropaje con que le había vestido su Madre santa

(1) Ps. 103.

y se manifiesta con la gloria de su Eterno Padre; y aquel Señor que fué visto pocos momentos antes aparecer como Hombre, resplandece entonces con la gloria exclusiva de Dios; los discípulos cayeron de rodillas sobre sus pies, cegados con la brillante luz que despedía el rostro y el cuerpo del Salvador; la hermosura visible de Jesucristo en aquel solemne acto era tanta que S. Pedro pidió con instancia quedarse para siempre de aquel modo con el Salvador, y el mismo Eterno Padre, con el gozo que le proporcionaba la vista bellísima de su Hijo, no pudo por menos de exclamar con voz sensible: «Éste es mi Hijo muy amado en quien yo he puesto mis complacencias todas».

Este misterioso cambio, empero, de la gloria exterior de Jesucristo no quedó en el Tabor; se extendió igualmente al Sacramento eucarístico. Es verdad que nuestros mortales ojos no pueden penetrar su finita visual en la gloria que circunda á Jesús Sacramentado; pero la fe nos asegura y el testimonio de muchos siervos de Dios acredita que el Salvador reside en el Sacramento, no propiamente como aparecía á los hombres en su peregrinación mortal, sino vestido con el ropaje de la Transfiguración, adornado con la gloria del Tabor; y si Dios N. S. levantara un poco á nuestras miradas los cendales eucarísticos, la luz que despediría la hermosura de Cristo Sacramentado sería tal que cegaría nuestra vista, y nosotros, á imitación de los dos favorecidos apóstoles, caeríamos sobre nuestras plantas, heridos con los vivísimos resplandores de la gloria divina.

Jesucristo aparece como Dios no sólo en el Tabor, sino también en su gloriosa Resurrección. Este consolador Misterio nos enseña que el Salvador, despojado de sus fuertes ligaduras, de la fealdad de sus grandes llagas y de la desnudez de su amaratado cuerpo; como el puro rayo de luz hiere el cristal y penetra íntegro por él sin romperlo, así Jesucristo hirió suavemente la pesada losa del sepulcro, y abriéndose paso por entre ella, salió íntegro al exterior, y aún mejor que el rayo del sol, pues su divino Cuerpo apareció adornado con las dotes de gloria de que son objeto

los bienaventurados. ¡Qué bello se mostró el Vencedor de la muerte al despertar del alba, cuando la naturaleza se levanta vigorosa de su pesado letargo, al sonreír de las flores, al gorgear del pajarillo, al despedir el sol sus tibios resplandores! Las bellas claridades de la luna no podrán compararse con los niveos atavíos de que se adornara el Redentor; y esta Divina Humanidad de Jesucristo, al encogerse, por decirlo así, en la santa Hostia, ¿creéis por ventura que se desprendió de estas dotes de inmortal gloria? Creéis que adoptó de nuevo en el Sacramento la figura peregrina de su mortalidad? De ninguna manera. Jesucristo, dice el Apóstol, resucita para no más morir, y esa misma gloria de la que se rodeó en su misteriosa Resurrección es la misma que veda á nuestros castigados ojos observarlo en el Sacramento, donde, como expresé antes, se manifiesta con toda la hermosura del Tabor, y más que con esta hermosura, con la belleza inmortal de su Resurrección.

Empero todavía nos falta estudiar la hechicera belleza de Jesucristo Sacramentado, considerado como Dios, por el poderoso motivo de su Ascensión al empíreo. Persuadidos podemos estar que el Salvador en la Divina Eucaristía no subsiste solamente bello como en el Tabor, ni glorioso como al levantarse del sepulcro, sino inmortal como en su Ascensión á los cielos. Aquí es donde Jesús terminó la brillante carrera sobre este mundo; aquí acabó de coronarse del resplandor de la gloria del Padre, de esa gloria, de esa hermosura, eterna, inmensa, infinita. Jesucristo por su propia virtud se levanta del suelo para subir á la gloria, ceñido con todos los laureles de Conquistador, con los trofeos de Redentor y con la belleza del Ser divino; hiende los aires, penetra por las nubes, desaparece de nuestras diminutas pupilas para no verle más... pero ¿qué digo? si las lágrimas asomaron en este momento á nuestros ojos, bien podemos enjuagarlas, pues Jesucristo, si ha subido al cielo, se ha quedado también sacramentado en nuestra compañía, no de otra manera que como le vimos elevarse á las célicas regiones, tan bello, tan majestuoso, tan radiante de gloria y esplen-

dor. ¡Oh fe santa, que tales misterios nos haces admirar con una convicción profunda! Bendita eres, pues, desterrados en este mísero valle sembrado de espinas, creemos que ahí, tras los sutiles pabellones eucarísticos, se muestra Jesucristo, vivo, glorioso é inmortal como lo está á la diestra del Padre.

PARTE 2.^a

10. Acabamos de observar cual sea la hermosura de Jesucristo Sacramentado, considerado como Dios. En esta segunda parte es nuestro deber examinar esta misma hermosura que posee como Hombre. Sólo el arriano, el apolinar y el monotelita rechazaron las facultades racionales del Salvador; para estos repugnantes seres, el Verbo divino en su Encarnación no había tomado un alma semejante á la nuestra; mas el cristiano, que todavía no se ha separado de los caminos que le trazara la Verdad eterna, sabe que Jesucristo posee un alma racional, perfectísima. Admirar la belleza de esta alma es nuestra obligación; mas ¿quién podrá penetrar en las interioridades del Hombre Dios? Hable la fe, hablen los pasajes del Evangelio, y acordes nos dirán que Dios, para disponer un alma que fuera digna de su Verbo, tuvo necesidad de suspender el decreto fatal que fulminara en el paraíso contra nuestros primeros padres. El viejo Adán fué creado en rectitud; su alma era pura, santa, perfecta, aunque no impecable; ella se sobreponía majestuosa á las pasiones; tenía supremo dominio sobre todo el universo que la obedecía humilde y rendido; hablaba familiarmente con el divino Ser que la creara, y á su voz los mismos cortesanos angélicos bajaban del Edén para deleitarla. ¡Qué elevación de ideas, qué sublimidad de pensamientos, qué rectitud en el obrar! Mas este sencillo bosquejo del alma del viejo Adán no podía en manera alguna ser la norma del alma del Salvador que había de venir, porque esta alma debía por hipóstasis estar unida al Verbo divino, y el Verbo divino es infinitamente perfecto, infinitamente santo; por consiguiente, el racional espíritu que á dicho Verbo debiera

asociarse, á más de no estar contaminado con la sombra de la imperfección, como el del viejo Adán, debería gozar de particular prerrogativa que, aunque finita, tocase los límites de lo infinito, ya que sus operaciones habían de ser humano-divinas. El espíritu de Cristo, considerado como tal por la hipóstasis con el Verbo, es superior en categoría á la substancia espiritual de los serafines, categoría principal de la corte celeste. Ahondemos más en nuestras religiosas meditaciones y estudiemos las potencias del espíritu de Jesucristo. La hermosura de ellas es tal que la Esposa enamorada de los Cánticos, al contemplar las perfecciones de Jesucristo ha dicho que «todo en Él es deseable» (1).

11. En efecto: el entendimiento humano de Jesucristo es perfectísimo. Desde el primer instante de su pura concepción su alma gozó de la ciencia beatífica, según la cual ve y conoce clara y distintamente la Esencia divina, no como aquella se ve á sí misma, según pretendía Agustín de Roma, (2) pues es incomprendible la divina Esencia, sino intuitivamente. El alma del Hombre Dios está siempre en comunicación íntima con toda la Trinidad Augusta, conoce los secretos de la divinidad (3), como también conoce detalladamente los presentes, los pasados, los futuros y los secretos de los corazones, aunque no conoce actualmente todos los posibles. Y ¿cómo no debía realizarse esto, siendo así que Jesucristo es cabeza de los ángeles y de los hombres y Señor de todos? El divino Verbo infundió en el alma á sí unida ciencia infusa: «en Jesucristo, dice el Apóstol, se hallan escondidos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia (4);» y á más de esta divina ciencia, adquirió el Salvador en el decurso de sus días otra ciencia que podíamos llamar humana, según el evangelista decía de Él que crecía en edad y sabiduría (5).

12. Al paso que el entendimiento de Jesucristo es per-

(1) Cant. V, 16.

(2) Conc. Basilea, sess. 22.

(3) Fulgen., ad quæst. 3 Ferrandi diaconi.

(4) Coloss. II, 3.

(5) Luc. II, 52.

fectísimo, también lo es su voluntad. He dicho antes que en el Hombre Dios hay dos operaciones, una divina y otra humana. Como tiene entendimiento divino-humano, así posee su voluntad. No digamos una palabra de la voluntad que en Él resplandece en cuanto Dios; de ella hemos consignado alguna cosa al hablar de las perfecciones divinas; rastreemos, sí, algo de su voluntad humana, de esa voluntad propia de su alma racional. ¡Ah! ¡qué bello es Jesucristo desde este punto de vista! Como Dios no quiere más que el bien; pero como hombre, á más de no querer otra cosa que el bien de los mortales, ha impedido por medio de su copiosa Redención el daño péfido, la esclavitud ignominiosa, la muerte eterna de los escogidos; y aun ahora, por medio de sus relevantes é infinitos méritos, lo impide todas las veces que puede sin atajar el libre albedrío. ¡Cuánto nos ama Jesucristo! Sus trabajos, sus martirios, su muerte y sus obras hablan en favor de su voluntad; por lo cual aparecen aquí como por encanto nuevas regiones, desde las cuales descubrimos nuevos coloridos de la hermosura de Cristo Sacramentado. ¿Cuál es su voluntad humana sino la de amarnos, y como prueba de este amor se ha quedado con nosotros hasta la consumación de los siglos? ¡Católico, que esto oyes! ¿no sientes en tu alma un movimiento de expansión? ¿no descubres una ola de agradecimiento que, llegando hasta Jesucristo Sacramentado, le inunde con tus gratitudes por la buena voluntad que en la Hostia nos demuestra? La voluntad de Jesucristo es que todos los hombres lleguen al conocimiento de la verdad y se salven; y con esto queda descornado todo el velo que exhibe la gracia y la belleza del Salvador.

Pero nos consta, además, que Jesucristo, considerado como hombre, no carece de memoria, ya que su alma es espíritu racional perfecto al que no puede faltar dicha potencia. ¡Ah! Jesucristo Sacramentado recuerda los ultrajes á Él inferidos, como asimismo los méritos alcanzados por los hombres; recuerda nuestras peticiones y las despacha favorablemente; recuerda nuestras amarguras y acude solícito en nuestro consuelo; recuerda que nos ha prometido

estar en nuestra compañía y no se olvida jamás de continuar asistiéndonos corporalmente. Memoria feliz, memoria perfecta, memoria típica del ser humano que nos patentiza la que podría éste tener si no hubiera prevaricado.

13. La hermosura, no obstante, del alma de Jesucristo se explica, asimismo, por las dotes de que estuvo sobreabundantemente adornada. Los dos capitales defectos del racional espíritu son la ignorancia y el pecado; pero así como en Jesucristo hubo ciencia perfectísima, también careció absolutamente de mancha. Por esta razón, el apóstol S. Pedro escribía: «Jesucristo no cometió pecado ni fué hallado engaño en su boca» (1). Ciertamente, el Cristo que debía venir á librar del pecado al hombre caído, el Cristo que debía ofrecer un sacrificio cruento por salvar á la humanidad doliente, el Cristo que debía ser el tipo y la cabeza de los elegidos, necesariamente debía estar exento de mancha. He aquí por qué el Salvador, aun considerado como Hombre, fué absolutamente impecable, y lo fué precisamente por la unión hipostática de la naturaleza humana con el divino Verbo. Ancho campo presenta este pensamiento solidísimo para una larga y profunda meditación cristiana. Jesucristo impecable por librar del pecado al hombre; Jesucristo impecable para ser su Salvador; Jesucristo impecable para ser su norma de vida. ¡Qué hermoso es Jesucristo! En el Sacramento del Altar es donde continúa prácticamente todos estos divinos ministerios: es Mediador, es Sacrificio, es Espejo del hombre. ¡Cuán puro se nos presenta, pues, el Salvador en la Santa Hostia, y cuánta verdad es que los fieles podríamos repetir con la Esposa de los Cánticos: «Mi amado es sobremanera cándido, sobremanera hermoso, sobremanera gracioso (2)»! Ni la blancura de la azucena, ni la fragancia del lirio pueden compararse, por vía de emblema, con la inmaculada pureza de Jesucristo Sacramentado.

14. Unida á su total impecabilidad, se halla su gracia. ¿Quién podrá medir la anchura, la profundidad, la inmensi-

(1) Epist. I, II, 22.

(2) Cant. I, V.

dad y la altura de la gracia inherente á Jesucristo? Aquí no desempeño yo otro papel que el de predicador de la fe, mostrándoo la según ella misma se exhibe. En Jesucristo hay gracia de unión, por la cual la Humanidad del Salvador es santificada con perfección substancial, efecto de la Unión hipostática con el Verbo que le comunica el Ser divino. En Jesucristo hay gracia habitual, por la que el Santo Espíritu se derramó totalmente en el Salvador, comunicándole sus divinos carismas para hacerle santo con santidad mayor que la que poseyó ninguna pura criatura. En Jesucristo hay gracia actual, por la que Dios concurre eficazmente á hacer perfecto al Redentor. En Jesucristo, en una palabra, se hallan todas las gracias, ya que gozó de la gracia de la sabiduría y de la ciencia, de la fe y de la sanidad, de las virtudes y de la profecía, de la discreción de espíritus y de todo género de lenguas y de interpretación de palabras (1). Jesucristo, finalmente, posee todos los dones del Espíritu Santo, todas las virtudes, tanto infusas como adquiridas, y mereció en todas ellas, ya que su vida no fué más que un continuo acto meritorio que debía realizar, no por Él, sino por los hombres á quienes había venido á redimir.

15. En efecto: al hablar del mérito de Jesucristo sólo es para referirme al mérito de condigno, ó sea aquél que se debe al premio por extricta justicia. Si consideramos desde este punto de vista los actos meritorios del Salvador, ¡qué ideas más sublimes no se agolpan á la imaginación, viendo ésta que la Humanidad Sacratísima de Jesús, por estar unida al Verbo, merecía en todos sus actos hasta en sus más remotos pensamientos desde el instante primero de su concepción bienaventurada! Y si es cierto que nuestro Señor después de su muerte no pudo merecer más, para asemejarse aún en esto á nosotros, empero también es cierto que los frutos de sus merecimientos divinos los almacenó, por decirlo así, en la Augusta Eucaristía, la cual, siendo perpe-

(1) I. Ad Cor., cap. 12.

tuamente inexhausta, tendrá siempre que proporcionarnos algunos de los relevantes méritos del Redentor: para sí mereció ciertamente Jesucristo la exaltación y gloria de su nombre; para los ángeles y los santos, ciertas ilustraciones y gozos eternos, aunque accidentales; y para nosotros, todos los dones de gracia y de gloria.

¿Qué podíamos consignar ahora acerca de su satisfacción, de esa satisfacción copiosa, sobreabundante é infinita, de la que dice el Apóstol que Jesucristo mereció no sólo por nuestros pecados si que también por los pecados de todo el mundo? (1) ¿Qué podíamos añadir acerca de los deseos con que satisfizo por los hombres? Díganlo, sí, díganlo los trofeos insignes de su inmortal victoria; dígalo la sed incesante que padecía por ser bautizado con un bautismo de sangre; (2) díganlo, en fin, los profetas que anunciaron estas divinas satisfacciones. Sin embargo; la satisfacción de Cristo, por ser infinita, está vinculada en los Santos Sacramentos, principalmente en el de la Eucaristía, á fin de aplicar los méritos y satisfacciones obtenidos en su Pasión; que no es, no, como algunos desdichados pudieron pensar, un Sacramento *ad honorem*, sino un misterio inefable donde, almacenadas las gracias y méritos del Salvador, se aplican largamente á los cristianos que voluntariamente las apetecen y reciben con entrañas de puro amor. El alma de Jesucristo, unida hipostáticamente al Verbo en el Santísimo Sacramento, es el espectáculo más conmovedor y sublime que darse puede. Miradla con los ojos claros de la fe conocer distintamente los secretos de Dios y los secretos de los hombres, amar intensamente á su Padre eterno y á sus hijos mortales, recordar con fruición los favores hechos á sí propio por la Divinidad y los que Él ha dispensado á los hombres. Miradla, y conoceréis cuán bella es su impecabilidad, cuán inmaculada su santidad, cuán inmensa su gracia, cuán grandes sus dones, cuán heroicas sus virtudes, cuán copiosos sus méritos,

(1) II. Cor., V.

(2) Luc. XII, 50.

cuán infinita su satisfacción. Volvedla á mirar, y reconoceréis en Ella la misma expresión de Dios con toda su grandeza, con toda su gloria. ¡Qué hermosa, qué mágica, qué hechicera es el alma de Jesucristo en el Santísimo Sacramento! Tanta belleza ¿no nos cautivará? ¿no nos aprisionará en sus ligeras redes?

16. Todavía, empero, no hemos concluído; réstanos estudiar la hermosura de su Divino Cuerpo. Substancia perfecta, tomada de la sangre de María y engendada en su mismo virginal seno, el Cuerpo purísimo del Salvador no fué un cuerpo fantástico, como pretendía Marción, ni un cuerpo bajado del cielo, según opinaba Valentino, sino un cuerpo real semejante al nuestro, pero perfecto y bellísimo. Y á la verdad: el Ser que debía presentarse en el mundo como tipo y modelo de la humanidad debería ser perfecto aún en su forma exterior. Como su alma, así su cuerpo, sus palabras, sus gestos, sus ademanes; todo su porte convenía necesariamente que estuviese armonizado con la perfección. Además, si como enseña el sagrado Texto, Dios hizo al primer hombre recto, y esta rectitud no consistía únicamente en la rectitud del espíritu, sino también en la rectitud del cuerpo: ¿cómo N. Señor Jesucristo, segundo Adán que vino á restablecer al Adán primero, no debería ser perfectísimo en su compuesto? El cuerpo que encerraba un alma perfectísima no podía ser en manera alguna imperfecto. La concha que en su interior contenía perla tan preciosa, no debía tener fealdad alguna. La Madre Virgen, á quien el mismo Dios la llama toda pura, toda hermosa, única perfecta, sin mancha ni imperfección, y sobre la cual se derramaron á torrentes las gracias del Altísimo, no podía producir un Hijo impuro, deforme, imperfecto, sino que, tomando éste los rasgos característicos de su bella Genitora, necesariamente aparecer debía todo puro, todo hermoso, único perfecto, sin mancha ni imperfección alguna.

17. Ved ahí por qué la belleza del divino Salvador es anunciada por Salomón como el vapor de la virtud de Dios, la efusión purísima de la claridad del Omnipotente, el brillo

de la luz eterna, el espejo sin mancha de la majestad de Dios y la imagen de su bondad. Él es más hermoso que el sol (1), y la Esposa de los sagrados Cánticos describe á grandes rasgos su bella figura diciendo: «Mi amado es blanco y rubio, escogido entre millares. Su cabeza es oro finísimo y sus cabellos como renuevos de palmas; sus ojos como blancas palomas que flotan sobre las corrientes de las aguas, y sus mejillas como eras de aromas plantados por lindos perfumes. Sus labios, lirios que destilan la mirra más pura, y sus manos torneadas de oro, llenas de jacintos... Su garganta suavísima, y todo Él deseable (2). Añadamos á esta idílica descripción la que misteriosamente delinea S. Juan en su Apocalipsis: «Vi el cielo abierto, dice, y pareció un caballo blanco y el que sobre él sentado estaba era llamado Fiel y Veraz. Sus ojos eran como de llama de fuego, y orlaban su cabeza muchas coronas. Vestía una ropa teñida en sangre, y su nombre es llamado Verbo de Dios. La Jerusalén celeste que Él habita no necesita de claridad, no necesita de sol, porque su sol es el Cordero que con sus divinas claridades ilumina y embellece aquella ciudad de los santos» (3). Los evangelistas y las almas puras vienen á dar la última pincelada á este cuadro, y aquéllos aseguran que las facciones del Salvador, su porte, sus obras eran tan bellas y divinas que todas las gentes le seguían do quiera Él caminaba; (4) y las almas puras que le contemplaron repetidas veces en el Sacramento del amor y quedaron arrobadas á vista de su hermosísimo rostro, manifestaron que su belleza y su gloria eran tan inmensas que á no ser por especial milagro, la criatura agraciada con estos sobrenaturales espectáculos moriría á fuerza del placer que le causara la vista de Jesucristo. El mismo Dios, por boca del profeta coronado, anunció que Jesucristo es el más hermoso entre los hijos de los hombres, (5) afirmación que por ser divina es infalible y

(1) Sap. VII, 25, 26, 29.

(2) Cant. V.

(3) Apoc. XIX.

(4) Joan. XII, 29.

(5) Ps. XLIV.

que no deja abrigar sospecha alguna de cuales sean las excelencias estéticas del Salvador sobre todos los seres racionales. Es verdad que puede conciliarse perfectamente un alma pura en un cuerpo menos bello, y hasta en un cuerpo deforme; pero esta regla no pudo tener lugar en Jesucristo que tocó los límites de la perfección en sumo grado.

18. La tradición, de acuerdo con el arte cristiano, iniciaron en el siglo II la famosa controversia respecto á la belleza ó fealdad del Salvador, dividiéndose los autores, mas inclinándose la inmensa mayoría de los mismos á favor de la belleza. Debido sin duda al horror que inspiraba á los primeros fieles la idolatría, y llevados también del secreto de los misterios, se abstuvieron de pintar ó modelar desde un principio, cual hubiera convenido, la peregrina imagen del Hombre Dios; pero, pasados los primeros fervores, comienzan los santos Padres y los artistas á ocuparse de un asunto tan digno y consolador. Respetaré siempre la opinión de los que aseguraron que N. Señor, deseando ajustarse en todo á la humillación de que vino revestido al mundo, tomó formas, no sólo vulgares, sino feas; es esta una opinión cuya fuerza sólo se apoya en razones de congruencia. Sin embargo, Orígenes dice textualmente, que «la expresión del rostro de Cristo era noble y celestial (1).» S. Jerónimo añade que «el esplendor y la majestad de la divinidad, ocultos bajo la cubierta de su carne, se irradiaban en su humano rostro, dándole un encanto que atraía y subyugaba á todos los que tenían la dicha de contemplarlo (2).» Y S. Gregorio de Nisa, S. Ambrosio, el Crisóstomo, S. Agustín y otros, enseñan que «el Salvador encantaba por los rasgos de su rostro, cuanto arrastraba por la fuerza de su palabra (3).»

Los mismos artistas primitivos, por más que reprodujeron el tipo exterior del Salvador de varias formas, empero todas ellas, á excepción de la del Buen Pastor, pueden

(1) Contra Celso, VI.

(2) In Math. I, 9.

(3) Véase Molan. Hist. SS. imag., pág. 403 y sig.

reducirse á dos capitales. Por la primera representan al Señor imberbe, sentado entre sus discípulos, ó entre los doctores de la ley. En este caso aparece Jesús como joven, de ojos tiernos y expresión animada y embelesadora. Lleva poblada la cabeza con abundante y rizado cabello, y va vestido de una blanca túnica adornada con dos bandas de púrpura colocadas verticalmente por delante. Sus pies están descalzos: tal es el importante fresco del cementerio de Sta. Inés (1). De la segunda forma aparece regularmente de pie, con ojos salientes y rasgados, frente espaciosa, cubierta algún tanto por cabellos ondulados que, divididos en lo alto de la frente, cuelgan hasta poco más abajo de los hombros, estando rizados en los extremos. Lleva barba suficientemente poblada, con lo cual el rostro ofrece un aspecto entre grave y dulcemente melancólico. Va vestido de la blanca túnica, y envuelto con un manto también blanco. Lleva sandalias en los pies: tal es un retrato en marfil del Vaticano (2).

Las demás representaciones milagrosas, no desaprobadas, del Salvador convienen en casi todos sus detalles con los expresados, pero dan aún al rostro del Hombre Dios una expresión más viva, dulce y encantadora, cautivando su rara belleza. Podemos concluir, por consiguiente, que la hermosura de Jesucristo es una hermosura peregrina que por sus dotes perfectas no sólo atraía simplemente las miradas, sino que fascinaba las muchedumbres.

19. Mas, si Jesucristo es hermosísimo en su Persona Divina, también lo es en todas sus obras, principalmente en una que es su mayor sello. De ésta dice el profeta Zacarías (3): ¿Cuál es el bien de Él y cuál su hermosura sino el trigo de los escogidos y el vino que engendra vírgenes? Ved aquí, pues, á la santa Eucaristía, constituida según el sagrado texto en hermosura de Jesucristo, y ved también cómo Jesucristo se manifiesta hermosísimo en la Eucaristía

(1) Bosio. Roma sot., pag. 453.

(2) Martigny—art. Jesucristo, III.

(3) Zach. IX. 17.

santa. Nos era necesaria absolutamente la contemplación de la belleza del Salvador para ser llevados á Él; mas he ahí que no podíamos contemplar esta hermosura sino por medio del Misterio de los altares, porque á no ser por Él, escapado Jesucristo á nuestras cortas miradas, no podíamos contemplar su belleza desde este valle de miserias. Cifra perfectísima, geroglífico ingenioso, suma estética, compendio divino: la Santa Eucaristía, en la que se contiene Jesucristo realmente con sus dones, con sus atributos, con sus perfecciones, nos muestra la gracia del Salvador con todos sus coloridos, para que nosotros, aficionándonos á Ella, nos deleitemos en Jesucristo y no permitamos separarnos de su grata compañía.

«Esta presencia real de lo *Bello* en el Catolicismo, ha dicho un eminente autor moderno (1), es una fuente de poesía, de luz y de santidad. Porque por su gracia, sus efectos en nosotros son tan reales como su presencia. Quien conoce la poesía, quien ha sentido indecibles dulzuras en las emociones de la naturaleza y del arte, la reconoce en la ambrosía del amor divino que se llama unción y que el alma unida á lo Bello eucarístico saborea en el misterio de su comunión... Tan sólo diré lo que reluce, lo que resplandece en las facciones, en la actitud, en la mirada, en las palabras, en todos los movimientos y actos del alma al salir de este *Banquete* con lo bello infinito: es la santidad del Bien, el esplendor de lo Verdadero, es el encanto de lo Bello, es la trinidad de las gracias celestes en la unidad del amor divino; es la Eucaristía, en una palabra, que irradia y se extiende sobre cuanto la rodea; que embellece, que poetiza todas las cosas, aún las más vulgares y viles sin necesitar á su vez de ser poetizada; que se basta plenamente; por mejor decir; que obra en razón del desprendimiento de todas las cosas creadas ¡tan real, sobrenatural y divino es su fondo!»

• **20.** No me doy por victorioso con la descripción y reflexiones que os acabo de hacer respecto del asunto que

(1) Augusto Nicolás, tomo IV, pag. 375.

nos ocupa. Lo que no pudo crear la inspirada mente de los Santos Padres de la Iglesia; lo que no pudo recabar la pluma de oro de los doctores católicos; lo que no pudo perfeccionar la lengua santificada de los grandes pregoneros de la Religión Católica ¿podré yo triste mortal que no he hecho más que recoger las migajas que aquellos doctos y celosos varones dejaron caer? Empero me alienta mi buen deseo de haberos presentado al Rey inmortal de los siglos sacramentado, en su eminente hermosura como Dios y en su belleza excelentísima como hombre; haciéndoos ver por detrás de las radiantes celosías de la fe las íntimas relaciones existentes entre Jesucristo Sacramentado y el Padre y el Santo Espíritu; haciéndoos notar las excelencias supremas del alma de Jesucristo Sacramentado, sus elevadas potencias, sus magníficas dotes, sus divinos dones, sus incomparables virtudes, su infinito mérito, su satisfacción copiosa; haciéndoos, finalmente, admirar la gracia de su santo Cuerpo y sus excepcionales atractivos. ¿Qué más podré yo desear? Las deficiencias que en esta borrosa pintura notéis, atribuídlas á mis cortas luces; pero yo os pido con todas las fuerzas de mi alma que me dispenséis un favor, y es que penséis de Jesús Sacramentado todo lo más alto, lo más perfecto, lo más sublime que podáis imaginar, y que después de habérselo imaginado tan inefablemente bello, digáis para vuestro corazón: Jesucristo Sacramentado es todavía más hermoso.

Ahora sólo me resta estimularos á que os prendáis de la belleza del Sacramento Santísimo. Si Jesucristo exhibe su divina hermosura en este Sacramento Altísimo, ¿no os aficionareis á Él? Si os enamora la exacta fotografía de una persona graciosa, á quien quizá el mundo en su incalificable vanidad haya celebrado su apoteosis, ¿no os aprisionaría más fuertemente la propia persona? Pues he aquí al Sacramento admirable de nuestros altares constituido en fotografía perfecta de la hermosura de Jesucristo. ¿No os aprisionará? Y si yo añadiera que tras los místicos velos de este Sacramento reside la misma sublime Persona de Jesucristo, ¿no os arrastrará la curiosidad á separar con la fe dichos

místicos velos para contemplar las excelencias del Salvador? Los trajes de la hermosa Judit cautivaron de tal modo al general Holofernes que éste prendió fuertemente su corazón en el corazón de aquella providencial heroína. Pues he ahí á la Divina Eucaristía constituida en vestidura exterior de la hermosísima Persona de Jesucristo. ¿No os cautivará? y despues que Ella os haya cautivado ¿no prenderéis vuestro corazón en el Divino Corazón de Jesús? Sí; prendedlo, y una de sus abrasadoras llamas consuma las imperfecciones del vuestro para que seáis santos.

Dulcísimo Señor, prisionero secular en el Sacramento de los tabernáculos sagrados; nuestros ojos se dejan llevar desgraciadamente de las hermosuras terrenas, falaces, quizá de muerte; haced, pues, que los volvamos sólo á Vos Sacramento, para que estén día y noche contemplando vuestra rica hermosura en el suelo á fin de que la contemplen más tarde sin celajes en el cielo. Amén.



DISCURSO X

Una noche al calor de Jesucristo Sacramentado.

Belleza y conveniencias de la Adoración Nocturna al Santísimo Sacramento del Altar.

In noctibus extollite manus vestras in sancto, et benedicite Dominum.

Por las noches, tended vuestras manos hacia el santuario, y bendecid al Señor.

Ps. CXXXIII, 2.

1. Es una ley constante, demostrada por la eterna Verdad y evidenciada por la experiencia de todos los siglos, que existe oposición fortísima entre Dios y Belial, entre Cristo y Belcebú; y, asimismo, por participación directa, entre los hijos de la luz y los de las tinieblas, entre los buenos y los malos cristianos. ¿No os habéis fijado alguna vez en las obras de ambos? ¿No habéis formado exacto paralelo entre las virtudes de los primeros y los vicios de los segundos? La noche, esa ave mensajera que en sus negras alas lleva la triste obscuridad, el sepulcral silencio y la temporal quietud para envolver en sus marcadas sombras á la creación entera, es la favorable ocasión de que los mundanos se sirven para satisfacer sus pasiones, y la coyuntura propicia á favor de los buenos cristianos para cumplir con sus respectivos deberes.

Trasladaos por la noche á una de las calles más céntricas

místicos velos para contemplar las excelencias del Salvador? Los trajes de la hermosa Judit cautivaron de tal modo al general Holofernes que éste prendió fuertemente su corazón en el corazón de aquella providencial heroína. Pues he ahí á la Divina Eucaristía constituida en vestidura exterior de la hermosísima Persona de Jesucristo. ¿No os cautivará? y despues que Ella os haya cautivado ¿no prenderéis vuestro corazón en el Divino Corazón de Jesús? Sí; prendedlo, y una de sus abrasadoras llamas consuma las imperfecciones del vuestro para que seáis santos.

Dulcísimo Señor, prisionero secular en el Sacramento de los tabernáculos sagrados; nuestros ojos se dejan llevar desgraciadamente de las hermosuras terrenas, falaces, quizá de muerte; haced, pues, que los volvamos sólo á Vos Sacramento, para que estén día y noche contemplando vuestra rica hermosura en el suelo á fin de que la contemplen más tarde sin celajes en el cielo. Amén.



DISCURSO X

Una noche al calor de Jesucristo Sacramentado.

Belleza y conveniencias de la Adoración Nocturna al Santísimo Sacramento del Altar.

In noctibus extollite manus vestras in sancto, et benedicite Dominum.

Por las noches, tended vuestras manos hacia el santuario, y bendecid al Señor.

Ps. CXXXIII, 2.

1. Es una ley constante, demostrada por la eterna Verdad y evidenciada por la experiencia de todos los siglos, que existe oposición fortísima entre Dios y Belial, entre Cristo y Belcebú; y, asimismo, por participación directa, entre los hijos de la luz y los de las tinieblas, entre los buenos y los malos cristianos. ¿No os habéis fijado alguna vez en las obras de ambos? ¿No habéis formado exacto paralelo entre las virtudes de los primeros y los vicios de los segundos? La noche, esa ave mensajera que en sus negras alas lleva la triste obscuridad, el sepulcral silencio y la temporal quietud para envolver en sus marcadas sombras á la creación entera, es la favorable ocasión de que los mundanos se sirven para satisfacer sus pasiones, y la coyuntura propicia á favor de los buenos cristianos para cumplir con sus respectivos deberes.

Trasladaos por la noche á una de las calles más céntricas

de la ciudad, y paseaos en silencio por sus aceras. ¿Qué véis? ¿Qué notáis? Grupos de hombres que se dirigen casi maquinalmente al domicilio de un amigo, conocido por su dinero ó por sus simpatías, donde á la luz del cigarro y al calor de la dorada copa invierten miserablemente el tiempo en la crítica burlona, en la murmuración indigna y en la calumnia grosera; individuos que, después de haber satisfecho el apetito de la gula, se entran en los artísticos salones de los cafés, donde, al sabor del haba colonial, conversan, peroran, disputan, sin más fruto que el del pecado; señores de ambos sexos que, bien almidonados y oliendo á lascivos perfumes, ocupan las butacas de los teatros, donde las representaciones inmorales sugestionan sus bajas pasiones; hombres de mirada siniestra que, llenos sus bolsillos de dinero, penetran en los viles garitos donde pasan los días dando sus haciendas é intereses al azar, y blasfemando de todo lo sagrado; personas infames que, caldeadas en el horno de la concupiscencia, caen en brazos de las perversas hijas de Belial, á quienes entregan su sueldo, su honra, su salud y hasta su vida; seres repugnantes que, persuadidos erradamente de la necesidad y conveniencia de gozar en este mundo, se aficionan á toda suerte de placeres, y pasan las nocturnas horas en medio de sensual sibaritismo, sin poder aprovechar aún para sí propios; entes, finalmente, perversos, poseídos de luciferina ciencia que, no bastando ellos en la maldad, trabajan por seducir á sus semejantes, aherrojándolos en *clubs* antisociales y en *tenidas* antirreligiosas, donde beben la iniquidad á costa de sus propios intereses, y de donde salen hambrientos de trastornar los cimientos sociales. He aquí el empleo que los mundanos hacen de la noche, perdiendo miserablemente las horas que deberían consagrar á sus familias, derrochando sus intereses que deberían utilizar en fines provechosos, dejando escapar la honra que deberían guardar en beneficio de todos, y aniquilando su existencia que deberían conservar para la virtud y el trabajo.

No, empero, así los buenos cristianos, quienes, terminadas las horas de labor, y llevando tranquila su conciencia, pene-

tran con la satisfacción de un santo en sus casas, donde, ofreciendo sus mejillas sonrosadas á su esposa é hijos, permiten que en ellas impriman ósculo de paz, el cual devuelven. Ved cómo á los tibios resplandores de humilde lámpara rezan devotamente el rosario á la Madre de Dios, dando gracias al Omnipotente por los beneficios á ellos dispensados durante el día, y solicitando nuevas mercedes espirituales y temporales para la noche. Ved cómo, sentados á la mesa y pidiendo la bendición al cielo, cenan frugalmente, tranquilos, sosegados, razonando con honestidad y terminando la parca cena con la acción de gracias. Ved cómo, después de pasado breve rato en conferencias doméstico-morales, se disponen para el descanso, al cual miran como imagen de la muerte, no entregándose jamás á él sin haberse encomendado antes al Señor, á la Virgen y á los santos. Observad cómo, poseídos de la serenidad del alma justa, duermen el sueño reparador, en el que invierten tan sólo las horas precisas para el descanso. Observad, en fin, cómo al despertar de la aurora, entre los himnos que la creación dirige al Creador, mezclan ellos el suyo, y habiendo visitado el Sacramento Santísimo, y asistido al Sacrificio incruento, entran de nuevo en el ejercicio peculiar de sus labores, fuente de honradez y semilla de virtudes.

2. Mas he ahí que Jesucristo Sacramentado á quien estos cristianos aman, si es verdad que tal método de vida ó muy parecido exige, no se da por satisfecho. Jesucristo se encuentra en los tabernáculos solo, olvidado, despreciado y escarnecido; esta triste soledad de Jesús aumenta realmente por las noches á proporción que las almas cristianas abandonan los lugares santos para morar en el retiro de sus casas; y Jesús ha querido quedarse constantemente con nosotros para sernos útil; no es razón, pues, que por las noches pase en angustiada soledad su residencia, y he ahí por qué exige algo más; he ahí por qué pide de los fieles un acto de abnegación, un acto de sacrificio; no un acto de heroísmo, por más que bien pudiera ordenarlo. Y esta clase de sacrificio consiste únicamente en que neguemos por algunas

horas el sueño á nuestros ojos á fin de que los abramos á la presencia de Jesucristo oculto en el Sacramento, y en que nos desprendamos de alguna moneda que, como la viuda del Evangelio, arrojemos en el cepillo del santuario para invertirla en el culto nocturno de nuestro amado Salvador. Esto es lo que Jesús exige de los buenos cristianos, debiendo obligarnos á sus deseos, tanto más cuanto que, puestos en práctica se convertirán en poderoso imán que atraerá poderosamente las almas heladas en derredor de la Hostia santa para que, calentadas con sus divinos rayos de amor, quemén la escoria de los pecados y purifiquen las virtudes gastadas, de suerte que los católicos se junten en unidad de espíritu el cual produzca el vínculo de la paz cristiana.

Deseando manifestaros lo grato que debe ser á Dios y á los católicos, y lo provechoso que es á la sociedad semejante género de sacrificios, adopto por tema el siguiente: *La adoración á Jesucristo Sacramentado durante la noche es la obra eucarística más simpática de las conocidas y una de las necesidades imperiosas de los actuales tiempos.*

Esta hermosa proposición y su completo desarrollo será el objeto que me propongo.

PARTE 1.^a

3. Cuando la creación entera de común acuerdo eleva durante la noche un himno de gratitud al Hacedor Supremo, justo, muy justo será que nosotros, hijos de Dios, mucho más nobles que las criaturas insensibles, nos asociemos en espíritu á aquella y cantemos también, fervorosos, plegarias mil á nuestro Dios Sacramentado. Observad por un momento lo que es y significa la noche, las maravillas que contiene, los misterios que encierra y las provechosas lecciones que enseña, y luego me responderéis que es imprescindible para un ser racional alabar por la noche al Creador y pasar gustosos unas horas al pie del Sagrario, cortejando á este mismo Creador anonadado en el Sacramento. Después que los últimos rayos del sol se pierden en el Oeste para dar lugar al crepúsculo vespertino; cuando las vagas

sombras empiezan á cubrir la superficie de la tierra, y las parleras aves emiten su postrer gorjeo, despidiéndose del día, y el cáliz de las flores se inclina sobre sí mismo para ocultar sus pistilos, y el labrador, desunciendo sus yuntas y recogiendo sus agrícolas instrumentos, abandona sus labores para retirarse á su casa: entonces comienzan á aparecer débiles puntos luminosos en el espacio, y creciendo las sombras, y extendiéndose como enlutado manto sobre nuestro globo, realzan la claridad de la luna y la brillantez de las estrellas que, á falta de trinos de jilgueros, y de esencias de flores, y de coplas rústicas del campesino, cantan al Ser supremo ese mudo pero elocuente himno que arrebató nuestro espíritu. ¡Qué grandioso, qué imponente es el firmamento en noche serena, cuando la creación reposa tranquila en su propio regazo, y un silencio sepulcral lo llena todo, á no ser el blando susurro del viento que mece las copas de los árboles, el murmurio de las corrientes cristalinas que se deslizan entre infinitas pedrezuelas, ó el brusco paso del ave de rapiña interrumpido por feo graznido! ¡Qué magnífico no es el firmamento contemplado atentamente por el hombre! La dulce obscuridad que nos envuelve hace resaltar mejor las preciosas tintas que en el terso lienzo del sidéreo cielo colocó la bella mano del Eterno.

En efecto: cuando todos esos millones de puntos luminosos con multicolor centelleo, conocidos por estrellas, guardan entre sí mismos ese movimiento de progresión en derredor de su propio sistema, sin chocar, sin confundirse ni desplomarse; cuando todas esas admirables constelaciones se agrupan entre sí mismas para pintarnos diversas bellas figuras; cuando todas esas manchas blanquecinas, llamadas nebulosas, se ordenan en larga procesión que cruza los espacios sin descanso; cuando todos esos inmensos mundos, denominados planetas, con luz multicolor, se empeñan por girar variada y ordenadamente en derredor del sol, arrasando en pos de sí á los satélites que á su vez se aunan por describir órbitas curvilíneas en derredor de los planetas y del astro solar; cuando todos esos cuerpos celestes acom-

pañados de ráfagas luminosas se esfuerzan por abrillantar la órbita que pausadamente recorren; cuando las fugaces estrellas aparecen y reaparecen para presentar el cuadro sidéreo más sorprendente; cuando esa lámpara colgante con su luz de bruñida plata preside la noche, y marcha impávida y serena desafiando los vientos y las nubes y señalando el camino al viajero; cuando todos esos meteoros luminosos nocturnos que rompen la monotonía de la noche con vivísimos resplandores, sobre todo la aurora boreal, meteoro nocturno el más sorprendente, que comunica á las nubes extraordinaria luz, la cual se extiende hasta cerca del cenit, semejando á la claridad del alba; cuando todas estas maravillas divinas, repito, se congregan, se combinan y se exhiben en el firmamento para en medio de la noche elevar silenciosas á Dios el himno más precioso que el universo entona, justo, muy justo es que el hombre, redimido con la sangre del Hijo de Dios, eleve también á este Hijo de Dios Sacramentado, en medio de la noche, y en el silencio del santuario, la plegaria más fervorosa del corazón. Y no importa, no, que en esas horas nocturnas, el viento tempestuoso silbe fuertemente, ni que el frío glacial ostente sus desnudeces, ni que el agua caiga á torrentes, ni que el relámpago deslumbre horriblemente, ni que el trueno augure la tempestad vecina. No; no importa todo esto, porque en las furiosas tempestades y tormentas los diversos meteoros se congregan también para manifestar elocuentemente la grandeza del Inmenso. Sus efectos combinados no son más que grandioso poema que elevan al Creador; por esta razón, si las criaturas inanimadas salen de vez en cuando de sus prisiones y se exhiben durante la noche en el santuario del universo para bendecir al Altísimo, ¿no será justo que el hombre, para quien todas esas creaciones fueron hechas, salga de su casa á la misma hora y, uniéndose á ellas, publique en el santuario del templo las misericordias de ese Dios Sacramentado?

¶. Así lo efectuaron devotamente los patriarcas y los profetas de la Ley antigua. Compenetrados hasta sus fibras

más delicadas de aquel mandato que el Omnipotente les había gravemente impuesto: «Estaréis día y noche junto al tabernáculo (1),» lo ponían en pronta y perfecta ejecución, como que amaban y temían á su Señor. Mientras los hijos de Israel, errantes por el desierto, peregrinaban bajo la tutela inmediata del Altísimo, el Arca santa, salvaguardia poderosa de los mismos, era circundada por la noche con una columna alta de fuego, así como durante el día era rodeada y precedida por hermosa columna de blanca nube. Aquella columna de vivísimo fuego no hacía resaltar de valde ó por necia casualidad la gloria de Dios, presente de especial modo en el Arca. El Eterno la había puesto allí en aquella circunstancia, para manifestar al pueblo hebreo que si debía velar y orar durante el día, eso mismo debería practicar durante la noche, pues el Omnipotente idéntica gloria y las propias maravillas obraba en favor de su pueblo tanto por el día como por la noche. He ahí por qué el santo Jehová ordenaba á sus hijos quemasen hostias en su altar durante las nocturnas horas (2), no precisamente porque guardasen con materialidad estas hermosas ceremonias, sino por el fin principal de que el pueblo israelita orase é hiciese la corte á Dios, aún en las altas horas de la noche. Convencido de este soberano mandato, el real profeta se levantaba á media noche para cantar las alabanzas divinas (3), y él mismo asegura que se acordaba en las horas nocturnas del nombre de Dios (4), y que meditaba su ley santa en todas horas (5). La noche adoratoria era para David su luz y sus delicias (6), de tal suerte que esas horas sombrías venían á transformarse para él en horas de claridades tan bellas como las claridades de apacible mañana (7). Por esta razón aconsejaba á los demás con todas las fuerzas de su celoso espíritu tendiésemos por las noches nuestras manos

(1) Levit. VIII, 35.

(2) Levit. VI, 9.

(3) Ps. CXVIII, 62.

(4) Ps. CXVIII, 55.

(5) Ps. LXXXVII, 2.

(6) Ps. CXXXVIII, 11.

(7) Ps. CXXXVIII, 11 y 12.

hacia el santuario (1), y que bendijésemos en esos momentos al Señor. ¡Tanto era el fruto práctico que obtenía, y la consolación dulce que experimentaba cuando oraba al Señor por la noche! El profeta Isaías aspiraba unirse á su Dios en las nocturnas horas (2), y el vate de las lamentaciones gemía de noche ante la Majestad divina por los pecados de la reina de las naciones (3). Esto mismo practicaron otros profetas de la Ley antigua, no distinguiendo del día á la noche para los asuntos de la deprecación (4).

Y porque los santos anteriores á la venida de Jesucristo N. Señor velaban ante el altar de los holocaustos durante la noche, y porque todos ellos pasaban repetidas noches suplicando al Dios de las alturas, he ahí por qué este soberano Rey de los siglos les favoreciese y les hiciese copartícipes de sus divinos secretos. Por la noche apareció el Excelso á Abraham para afianzarle su dignidad de Patriarca (5); por la noche favoreció á Jacob con la visión de la celestial escala (6); por la noche habló tres veces á Samuel para intimarle los castigos fulminados contra la casa de Helí (7); por la noche visitó á David para derramarle consolaciones divinas; por la noche (8) conferenció con Salomón para prometer mil bendiciones y gracias á los que frecuentaren el templo por aquél fabricado; por la noche se mostró á Daniel para otorgarle sabiduría y ciencia profética (9); por la noche se manifestó á Zacarías (10) para escuchar su oración y perdonar por ella al pueblo de Dios; por la noche oyó la súplica de Judas Macabeo, quien, ordenando á sus huestes que permanecieran en oración durante tres noches consecutivas, triunfó de los enemigos (11). ¡Ah! digámoslo

(1) Ps. CXXXIII, 2.

(2) Isai. XXVI, 9.

(3) Threnos.

(4) Daniel é Isaías.

(5) Genes. XV, 5 y XXII, 17.

(6) Genes. XXVIII, 12.

(7) I Reg.

(8) II Paralip. VII, 12.

(9) Dan. II, 19.

(10) Zachar. I, 8.

(11) II Machab. XIII, 10.

de una vez: por la noche se realizaron las creaciones más asombrosas; prodigios como el de la Anunciación del Angel á la Virgen María y Encarnación del Hijo de Dios; prodigios como la Natividad del Salvador; prodigios como la Institución del Santísimo Sacramento; razón poderosísima, y dicho sea de paso, para que los fieles cristianos veneren este misterio adorable por las noches como le veneramos á la luz del día.

5. El Dios Hombre había instituido el más bello de los Sacramentos en la noche de la cena, y tanto los apóstoles como los primeros cristianos debieron tener una devoción especial á esta noche, ya que la abrigaban íntimamente para con el Misterio que había sido instituido en ella. Las Actas de los apóstoles (1) reseñan detalladamente la memorable noche en que S. Pablo celebró el augusto Sacrificio del Altar y dirigió la divina palabra hasta venida el alba á una numerosísima concurrencia.

Era llegada la época de los mártires en que la Iglesia debía mandar todos los días flores al cielo, y los cristianos, que en manera alguna podían omitir la celebración de los sagrados Misterios, se reunían secretamente por la noche á fin de solemnizarlos. Yo no puedo menos de ofrecer algún hermoso detalle sobre el particular, ya que de tanto consuelo y estímulo debe ser para nosotros recordar las antiguas prácticas eucarísticas. Pero debo ser breve porque los límites del presente discurso me impiden otra cosa. Trasladados ahora por un momento á las necrópolis cristianas, á las interminables catacumbas de Roma; lo que en ellas pasaba eso mismo con poca diferencia sucedía en las de África y España. Allí se exhiben todavía los lugares donde se celebraban solemnemente los sagrados Misterios, donde los Papas efectuaban las ordenaciones eclesiásticas, donde todo un pueblo, el pueblo cristiano, que de libertad carecía para tener sus religiosas funciones en templos públicos, celebraba las mismas funciones durante la noche en esos se-

(1) Act. XX, 7.

pulcros tenebrosos. El diácono señalaba á los fieles el día y la hora en que deberían tener lugar las asambleas, que solían ser celebradas la víspera de las grandes solemnidades y después del crepúsculo vespertino. Mas, no creáis, no, que aquellos oscuros calabozos, excavados en la toba granular, eran testigos mudos de los cánticos sagrados, por el espacio de dos ó tres horas solamente: era la noche entera la que aquellos adalides del Cristianismo se pasaban en oración, y en el canto de los salmos, y en la asistencia al santo Sacrificio y al sermón, y en la recepción de los divinos sacramentos. De aquí el nombre de vigiliás que se daba á dichas eucarísticas funciones, cuyo uso práctico ha llegado hasta nosotros por medio de la Adoración Nocturna.

Esto que tenía lugar en las memorables catacumbas, se realizaba, asimismo, en las casas particulares destinadas al servicio divino; y más de una vez los emisarios de los prefectos romanos apresaron á nuestros cristianos por la noche, en el acto de solemnizar sus augustas funciones. También tenía efecto en las cárceles donde, aherrojados en duras prisiones, moraban los santos confesores. ¡Qué diálogos tan tiernos y edificantes eran pronunciados entre los futuros mártires de dos estancias diversas de la cárcel! ¡Qué actos eucarísticos tan ribeteados de fervor purísimo se celebraban en aquellos oscuros calabozos! Otro tanto se verificaba en la celda del enfermo á donde concurrían el sacerdote y los fieles para celebrar los misterios eucarísticos por el doliente; como también en los áridos desiertos donde los anacoretas maceraban sus cuerpos y entonaban á Jesucristo miles de cánticos: prácticas cristianas que se celebraban con majestad, esplendor y profusión por la noche, mientras el pueblo sibarítico romano se mecía en blandas plumas ó apuraba el cáliz de los sensuales deleites. Los que buscan remotos principios en todas las instituciones, bien pueden apellidar á las prácticas mencionadas el génesis de la Institución Adoradora á Jesús Sacramentado, por los muchos puntos de contacto que con ellas tienen.

6. Y no creáis que con el decurso del tiempo, á la ma-

nera que se perdieron en el olvido varias de las prácticas antiguas, ésta de que nos ocupamos dejó de tener existencia. Lo que como solemnidad pública no pudo arraigar por más tiempo en las catedrales y demás templos, halló favorable acogida en el corazón de los siervos de Dios y en las instituciones colectivas que fundaron. Un S. Francisco de Asís que, en alas de su fervor, y postrado ante la augusta Majestad del Sacramento, pasaba las noches enteras repitiendo entre raudales de dulzura: Dios mío y todas mis cosas. Un Sto. Domingo de Guzmán que, llevado de impulsos divinos, permanecía arrodillado toda la noche como inmóvil estatua ante el Sagrario, arrimando su cabeza á la fría grada cuando el sueño invenciblemente de él se apoderaba. Un S. Wenceslao, duque de Bohemia que, inflamado en santa caridad, salía secretamente de su casa para estarse fijo de noche en los umbrales de los templos, acechando por la cerradura ó por los resquicios de la puerta el santo Tabernáculo, nido de sus castos amores. Un S. Pascual Bailón que, á fuer de enamorado, entretenía las nocturnas horas hablando con Jesús prisionero en la Hostia. Un S. Pedro de Alcántara que descansaba sólo al día hora y media, y lo restante lo pasaba en el templo en amoroso éxtasis, fundiendo su espíritu en el espíritu del Señor Sacramentado. Una condesa de Feria que, no pudiendo separarse ni un momento de su Amado, ordenó fabricar una reducida tribuna para arrobarse de día y de noche ante los bellos encantos de la santa Eucaristía. Pero, ¡qué! no prosigamos en la acumulación de pruebas, ya que, sin temor de equivocarme, puedo asegurar que no ha habido siervo de Dios que toda ó parte de la noche no la haya gastado junto al calor del Sagrario.

He dicho que las instituciones colectivas, erigidas por los santos, participaron naturalmente del celo y del espíritu de su bienaventurado fundador. Un hecho á todas luces palpable demostrará mi aserción. Me refiero al canto de los maitines á media noche, llevado á cabo por las órdenes monásticas y por casi todas las mendicantes. ¡Qué acto tan solemne y conmovedor, y de consecuencias tan provecho-

sas! En esos monasterios y conventos solitarios, levantados en el monte, en el campo, ó en la ciudad, á la manera que el blanco y fragante lirio se alza entre las punzantes espinas..., á media noche..., cuando los hombres, cansados de sus trabajos manuales ó de las fatigas del placer, yacen tendidos..., en medio de quietud sepulcral...: voces angelicales, acompañadas de las armonías del órgano, se dirigen del coro al tabernáculo; los espíritus angélicos durante el canónico oficio no hacen más que pasear el silencioso templo, llevando del coro al sagrario las oraciones, y devolviendo del sagrario al coro las bendiciones y mercedes otorgadas por Jesús Sacramentado. Y todas estas bellas solemnidades, á pesar de la fiera revolucionaria que, embriagada de odio, clama el *tolle tolle* de los conventos, son presenciadas hoy todavía, y si se quiere con mayor entusiasmo que antes: me refiero á las comunidades religiosas dedicadas á venerar la augusta Eucaristía, que, entre nubes de incienso, luces ordenadas, cánticos eucarísticos y armonías arrobadoras, elevan al Dios de la Hostia las plegarias y los afectos del corazón.

3. Unos y otros, tanto la actitud de los santos de la ley antigua, como la de los primitivos cristianos, tanto las prácticas de los siervos de Dios, como la de las comunidades religiosas, suspiraron por la feliz, por la hermosísima idea de las Vigilias de Adoración Nocturna á Jesucristo Sacramentado. Aquí hemos llegado ya al punto más esencial del discurso.

¿Qué es la Adoración Nocturna, qué pretende, qué espera, qué consigue? No creáis que vengo á enunciar un tratado sobre la Adoración; vengo, sí, á poner de relieve cuáles son sus noches, como os he presentado las noches de los patriarcas y profetas, las noches de los primeros fieles y siervos de Dios. No son las Vigilias de Adoración meras recreaciones devotas en que los socios van á pasar el rato con la recitación de algunas preces; no son las Vigilias de Adoración un nuevo modo de liturgia en el que ha de predominar la autoridad seglar con detrimento de las leyes canónicas establecidas; no son las Vigilias de Adoración un modo

lujoso de cortejar al Sacramento del Altar; no son las Vigilias de Adoración nada de todo esto. Son estas Vigilias, medios poderosísimos para purificar las conciencias; que para el efecto se ordena la recepción mensual nocturna de los santos sacramentos. Son estas Vigilias arte magnético para enfervorizar los corazones y matar su dureza, que para el efecto se determina la exposición litúrgica del Santo Sacramento, y la recitación grave y pausada de su bello Oficio canónico ante la divina presencia. Son estas Vigilias el espíritu del Cristianismo en acción práctica, espíritu humilde, sumiso, caritativo; que para el efecto se manda que, en lo que respecta al objeto y fin de la Adoración, sean los socios en todas sus cosas y personas obedientes y sujetos á la eclesiástica autoridad. Son estas Vigilias fuente de riquezas espirituales y sociales, pues sabe y puede atraer las almas á Cristo, y conservarlas en unión de perfecto amor. Todo esto son las Vigilias de Adoración Nocturna al Sacramento del altar.

¿Qué diré de su prudente y sabia y perfecta organización, de su acertada y puntual y fervorosa acción, de sus útiles y santos y admirables resultados? Una Vigilia de Adoración Nocturna es el espectáculo más conmovedor que pueda apetecer un fervoroso católico y pueda hallar un ciudadano. Imitadores perfectos de los primitivos fieles, los socios de la Adoración Nocturna pasan las horas de la noche con todo orden y religiosidad, adorando rendidamente al Santísimo Sacramento, orando y suplicando humildemente, cantando con alegría, lavando sus manchas en el Sacramento de la Penitencia, y santificando su corazón con el Sacramento del amor. ¡Qué momentos tan preciosos los que se suceden en una Vigilia de Adoración: hombres de distinta edad, de diversa condición, de diferente oficio, congregados bajo bóvedas sagradas, calentados con un solo fuego, con el fuego del Altar, y fundidos en el Dios á quien adoran! ¡Qué unión tan perfecta! Nos parecería estar trasladados á la gloriosa época de los ágapes cristianos.

Su fin es adorar á Jesucristo en el Sacramento; es reparar las ofensas á Él inferidas; es acompañar al Dios prisionero en su soledad; es orar por sí y por los demás, por amigos y enemigos, por deudos y extraños, por todos; es unirse á Jesucristo; es amar; es dar gloria á su Majestad divina; es, en una palabra, ser mejores ciudadanos y cristianos más prácticos. ¡Ah! ¿por ventura en alguna institución humana búscanse fines más altos y más útiles?

Peró, ¿qué es lo que espera? La esperanza de la tranquilidad del espíritu, la esperanza de la satisfacción del corazón por haber cumplido con el deber respectivo, son en esta vida la más completa felicidad que se pueda desear. La esperanza de la final perseverancia, la esperanza de la gloria venidera, son también las únicas esperanzas satisfactorias en lo que respecta á la vida futura, y es cierto que tales hermosas esperanzas, coronas laureadas merecidas por los fervorosos Adoradores Nocturnos, pueden éstos con justicia abrigarlas, pues el Dios Sacramentado á quien aman no puede faltar tampoco á sus promesas magníficas.

¿Lo conseguirán? Y, ¿cómo no? ¿Acaso no vemos todos los días en los Adoradores de buena fe una conciencia recta, un espíritu recogido, una caridad cristiana, un fervor laudable? ¿No contemplamos con gusto ese compacto núcleo de católicos, formado á expensas de esta bella institución eucarística? ¡Ah! los que trabajan en este mundo por la gloria de Dios y por el bien de los hombres, no pueden por menos de gozar del incoado premio en este destierro, para disfrutarle por completo hasta la saciedad, en la verdadera y única ciudad libre del cielo.

PARTE 2.^a

Al terminar la primera parte sólo me falta recoger la conclusión precisa, que es el primer punto del tema propuesto. Creo, pues, que habréis podido juzgar de mis anteriores razonamientos, luego que hayáis meditado sobre los altos fines de la Adoración Nocturna y sobre su esencia y fines elevados, tener derecho para afirmar con toda libertad que

esta obra eucarística es la más simpática de todas las conocidas. Entremos ahora en la parte segunda, en la cual prometo ser breve.

8. Dije que la Adoración á Jesucristo Sacramentado durante la noche es una de las imperiosas necesidades de los actuales tiempos. En primer lugar porque repara de un modo especial los agravios inferidos al Salvador en el Sacramento. Mirad cómo está el mundo; reparad cómo se halla alejado constantemente de la Iglesia; contad, en consecuencia, su mala fe, sus injusticias, sus crímenes. Lo estamos diciendo todos los días y á todas horas; es el tema ordinario de los políticos y de los campesinos, de los sabios y de los ignorantes, de los hombres de toda clase y condición. Nos hallamos mal, se dice; esto se va, se cae, se derrumba, se precipita, se hunde. Creemos que á nuestras puertas se halla ya el cataclismo universal, la muerte, el caos; y todas estas desgracias no obedecen ciertamente más que al pecado. ¡Ah! tanto daño, tanta maldad como se comete en el día necesita de grande reparación. Jesucristo, en el más hermoso de sus misterios es insultado, escarnecido, profanado, sacrílegamente tratado. Y estos repetidos crímenes perpetrados por toda clase de individuos quedan impunes en su mayor parte, y, aunque no quedaran, su gravedad sube al cielo y en el cielo piden terrible venganza contra sus perpetradores y contra sus cómplices... Y ¿no habrá quien se coloque al lado del altar y llore con el Salvador tanta desgracia? Y no habrá quien, además, desarme su irritado brazo ofreciéndose á sí propio en sacrificio para calmar la justa cólera divina? Y no habrá quien, imitando á los sacerdotes levíticos, puesto entre el vestíbulo y el tabernáculo, gima y ruegue por los desdichados?

Para todos estos altos fines se necesita estar exento de la levadura del egoísmo; el reparador es y debe ser hombre de sacrificio; se ha de sobreponer á sus comodidades, á sus intereses y á sus placeres, y este hombre lo encontramos en el Adorador Nocturno que, abandonando hasta las recreaciones lícitas, los intereses y las comodidades, se sa-

crifica en su persona, pasando por lo menos una noche mensualmente al lado de Jesús, llorando con Él y rogando por los demás, y sacrifica al propio tiempo sus intereses, alargando una limosna para sostener el placentero culto de la Adoración. La reparación de las ofensas inferidas al Dios de los altares es necesaria en cuanto que por ella se logra la conservación del mundo, y este fin lo llenan perfectamente las Vigilias de la Nocturna Adoración. Ella es, pues, necesaria actualmente.

9. También lo es en cuanto que por razón del abandono en que los cristianos han dejado al Divino Jesús Sacramentado, los Adoradores le acompañan en su triste soledad. El Salvador vino en busca de los hombres para romper las pesadas cadenas que les aprisionaban, y es cierto que los hombres, en formidables masas, seguían sus adorables pisadas; pero hoy los hombres en general han desertado ignominiosamente de su amable compañía y no aprecian á Jesús; son traidores á su Causa, á su Capitán, á su Rey. Ved ahí que Jesucristo Sacramentado llama á las ovejas descarriadas, y estas descarriadas ovejas desoyen su voz; muéstralas su Divino Corazón para que en retorno le alarguen el suyo, y ellas, con sarcástica risa, le vuelven las espaldas; invítalas á que busquen consuelo en su amor sacramentado, y ellas, con infernal desprecio, procuran los goces en los ilícitos placeres; convidalas á un rato de santa conversación en la soledad del sagrario, y ellas, encogiéndose de hombros, prefieren los opíparos banquetes humanos ó las cebollas podridas del moderno Egipto. ¡Oh desorden lamentable de la inteligencia humana! ¡Oh corrupción completa del humano corazón! Aquélla en medio de la luz no ve; éste en medio del bien no goza.

Recorred ahora todos los países del mundo, penetrad en las glaciales regiones del Norte y en los abrasadores arenales del Sahara; echad una ojeada sobre los civilizados y sobre los bárbaros, contad todos los individuos, y decidme si hay tan sólo alguno que no haya recibido de Jesucristo la gracia general, los frutos de su pasión y muerte. Por todos

los hombres murió el Salvador; todos ellos son deudores á un don tan inmerecido, y no obstante, semejantes á los nueve leprosos que no rindieron las gracias á Jesucristo, después que les hubo curado, ¡cuán pocos son los que se acercan al templo para agradecerle sus dones! ¡cuán pocos los que lucran ese perpetuo y santo jubileo que el Dios Hombre en el Sacramento de los amores ha fijado para bien de sus hermanos!

Se visita á los amigos, á los extraños, y hasta á los enemigos, cuando la conveniencia lo exige; sólo Jesús Sacramentado, nuestro mejor amigo, nuestro Señor y nuestro Padre es olvidado. Se procura la compañía de personas jóvenes, de personas graciosas, de personas hacendadas é influyentes: sólo Jesús Sacramentado, el joven eternamente por esencia, puesto que jamás envejece; el más gracioso, ya que la gracia universal se halla difundida en sus labios; el más rico y el más influyente, puesto que lo puede todo, es olvidado, es abandonado. Se procura verlo todo, conocerlo todo, participar y gozar de todo: sólo Jesús Sacramentado, el mayor Bien, la única esencial Belleza, la óptima delicia, es rehusado.

Y, ¡qué soledad! No es la soledad de la viuda la más triste, ya que se halla quizá rodeada todavía de amables hijos y de cariñosa familia que enjugarán sus lágrimas; no es la soledad del huérfano la más amarga, porque sin duda se encuentra asistido de reconocidos deudos que le ayudarán en sus trabajos; no es la soledad del amigo la más cruel, porque otros amigos encontrará que compadecerán su desgracia. Pero la soledad de Jesucristo Sacramentado es la más triste, porque tiene hijos que le son ingratos; es la más amarga, porque tiene hermanos que le desprecian; es la más cruel, porque tiene amigos que le insultan ó le han olvidado. ¡Ah! mientras se pasa una hora en casa del amigo desvalido, mientras se desliza insensiblemente una tarde ó una noche en el café, en el sarao, en el teatro; mientras se multiplican los días sentados en infernal garito, jugándose los intereses y el honor, no se puede estar una noche, una

tarde, una hora, un momento en el templo acompañando al amante Jesús. ¡Qué inconsecuencias tan deplorables!

Pero, ¿qué digo? El socio de la Adoración Nocturna es el valiente cruzado que toma las armas del sacrificio, y, escupiendo en el rostro á los seguidores del mundo, entra de noche en el templo cuando Jesús está más solo; y constituido en temible soldado de guardia, vela con Jesús, acompaña á Jesús y ruega por los que no le acompañan en su penosa soledad. Este socio logra enjugar ciertamente, por medio de sus actos eucarísticos, las ardientes lágrimas del Salvador, el cual, serenado, promete nuevas bendiciones á los hombres. Vedles, sí, vedles de rodillas sobre el modesto reclinatorio, ante la augusta Majestad del Sacramento santo, orar y conversar largo rato con esa Majestad divina. Á los adoradores no les dirá el buen Jesús lo que á los apóstoles dijo la noche de su Pasión. ¿No habéis podido velar tan sólo una hora conmigo? porque ellos velan y le acompañan largas horas. Contempladles otra vez, y fijaos en sus alegres rostros; esos encendidos rayos que parten de la Hostia inmaculada, han llegado hasta ellos y les han herido; sus frentes serenas y brillantes reverberan el brillo de los resplandores sacramentales. ¡Ah! cuán grande es el hombre cuando se acerca á Dios! ¡cómo se endiosa en contacto con la Divinidad envuelta en los accidentes eucarísticos!

10. Por todos estos poderosos motivos las Vigilias de la Adoración Nocturna se vuelven hoy necesarias. Pero aun hay más; no sólo son necesarias por lo que acabo de exponer, sino muy en especial porque constituyen un divino resorte para atraer los católicos á Jesucristo, y un maravilloso medio para que, una vez atraídos, se unan en estrecho é indisoluble lazo. Con efecto: todos sentís hoy una frialdad grande en medio del Catolicismo, frialdad que, extendiéndose desgraciadamente á las extremidades del místico cuerpo de Jesucristo, retarda la circulación de la sangre divina, la impide y haciendo imposible en él la vida, paraliza sus necesarios movimientos. Todos sabéis también que esta frialdad de muerte consiste entre católicos en

la falta de la caridad cristiana, de la cual decía el Apóstol (1) que es paciente y benigna, que no se incomoda por nada y que pasa por todo. Este resfriamiento grave, esta falta de energía, ha producido la desunión de los hijos de Dios, ha roto la túnica inconsútil de Jesucristo; y como todo reino dividido entre sí quedará destruído, según la infalible sentencia del Salvador, (2) los católicos así divididos, si el Señor no lo remedia, y si los llamados á trabajar se duermen en la viña, indudable, necesariamente perecerán. Creedlo: es un pesimismo que me hace desconfiar de la solución del más terrible á la par que trascendental problema entre los católicos y las sociedades cristianas. Se anuncia, se escribe en revistas, en folletos, en diarios; se predica desde el púlpito y desde las columnas de las pastorales dónde está la solución, qué medios deberán emplearse para entendernos mutuamente; pero la unión parece que tanto más se aleja, cuanto con mayor ahinco se busca. ¡Ah, hermanos! Estamos abocados á una descomunal caída en horrible é inmenso precipicio. La solución se sabe donde está; pero, digámoslo francamente: sea por lo que fuere, por las pasiones humanas demasiado hondamente arraigadas en el corazón, no se la quiere; hasta se le dan las espaldas; se tropieza con ella, y es tanta nuestra ceguedad, que en lugar de asirnos á ella nos precipitamos y caemos. Lo he dicho ya otras veces; la solución de la Unión católica está en el amor, está en la caridad de unos con otros, caridad que se ha de fundar precisamente en Jesucristo y ha de partir necesariamente de Él para que, derramándose cual óleo suave en los demás, regrese á su divina fuente. Mientras no haya caridad, mientras no exista sacrificio y sus anejos, la compasión, la paciencia y la humildad mutua, nada habrá; confusión y sólo confusión, caos, y encima el eterno y formidable castigo.

Mas, animaos, pequeña grey; sós ¡oh Nocturna Adoración! el exiguo grano de simiente que, plantado junto á las

(1) I Cor. XIII, 4.

(2) Math. XII, 25.

corrientes divinas del Sacramento, os habéis convertido en pequeño arbusto; pero ¡oh santa esperanza! mañana creceréis y llegaréis á ser frondoso y corpulento árbol, bajo cuyas extensas ramas se cobijarán muchas almas sedientas de caridad, que serán como los portaestandartes de la Unidad Católica. Sí; las Vigilias de Adoración Nocturna poseen cierta especial virtud para trocar los corazones indiferentes, indecisos, mustios y apagados. El curioso que de buena fe asiste á una Vigilia de Adoración, siente con alegría levantarse en su alma una ola de interés y de entusiasmo, ola que al crecer se transforma en deseo vivísimo de asistir á una nueva Vigilia, y dicha ola crece todavía más, y llega á inundar el corazón, de gozo y de amor á Jesucristo; y cuando lo ha inundado del todo, el adorador siente que su corazón se inclina hacia el de su compañero; las relaciones se estrechan; los corazones se tocan; las almas llegan á juntarse. Bendita seas, oh santa Adoración Nocturna, que tantos bienes derramas y que sabes así disponer los ánimos, para realizar una sólida y compacta y numerosa Unión. Gozaos, hermanos; gocémonos todos, y esperemos, ya que la Adoración es la blanca nubecilla que Elías vislumbró en Horeb, la cual, creciendo á prisa, empañó el firmamento de nubes de agua, que enviaron á la tierra el potable y deseado líquido.

11. He ahí por qué la referida Obra eucarística se hace tan necesaria en los actuales momentos, ya que tan precisa es hoy la unión de los católicos para obtener el triunfo del Catolicismo. Hay otro motivo, empero, que la vuelve indispensable, pues ella engendra y fomenta la piedad, base de la humildad y caridad evangélicas. Es triste proferirlo, pero ante una realidad demasiado lúgubre, la claridad se impone. En efecto, la inmensa mayoría de los cristianos desconoce la verdadera y sólida piedad, esa piedad hermana de la legítima devoción: alta llama que alimenta y aviva el fuego del amor y de la justicia en el corazón humano; esa piedad, repito, es desconocida de la mayor parte de los cristianos. Asisten al sagrado templo, es cierto, pero sin devo-

ción; oyen la divina Misa, es verdad, mas sin atención; rezan el santo rosario, es positivo, pero sin fervor; reciben los sacramentos santos, mas por rutina; cumplen con la Iglesia sólo por el qué dirán. ¡Oh Dios mío! ¡cuánta miseria hay en Israel! Vuestras manos quisieran arrancarla, pero los tibios, los relajados cristianos detienen vuestro brazo. Si el combustible es indispensable para que haya fuego, y si éste es necesario para calentar las viandas y hasta para derretir y fundir los duros metales, el combustible sagrado es el corazón del adorador de Jesús Sacramentado, y el fuego divino es esa misma Hostia veneranda que calienta aquel corazón, y puede derretir esas almas metalizadas del día, y fundirlas poderosamente en el espíritu del Señor. De aquí podréis inferir cuán conveniente, cuán precisa es en los actuales tiempos la Nocturna Adoración, que prepara buen combustible en los corazones de sus socios para que la llama que parte con fuerza del Sacramento del amor, prenda en ellos y ardan continuamente en santos deseos de servir al Señor, y de ser excelentes ciudadanos. Solamente la piedad, fruto de la acción divino-eucarística, puede acercarnos á Dios para imprimir en su divina frente, como la Sagrada Esposa de los Cánticos, fuerte ósculo de paz; solamente la piedad en acción puede engendrar la humildad, base y fundamento de toda virtud, y obtener la caridad seráfica que, siendo la meta de la perfección cristiana, nos hace felices con la felicidad de que en esta vida somos capaces; y esta hermosa gracia de la piedad debemos buscarla en la acción práctica de la Nocturna Adoración á la que Jesucristo Sacramentado comunica sus pingües tesoros.

12. En conclusión, debemos trabajar todos para que se difunda por todas partes esta gran Obra eucarística, y para que los hombres, principalmente los indevotos y los fríos en el servicio divino, ingresen en ella y gusten de sus finas delicias, ya que, según he probado, *Ella es la Obra más simpática de las conocidas*, porque resume en sí misma el encantador poema que la creación dirige de noche á su Hacedor; porque es perfecto eco de los trabajos nocturnos que

practicaban los antiguos patriarcas y profetas en sus elevaciones al Eterno; porque continúa admirablemente la sublime tradición de los primitivos fieles en las catacumbas, en los templos y en los domicilios privados; y porque es fidelísima copia del fervor de los siervos de Dios en su amor nocturno al Sacramento Eucarístico. He probado también que ella, por cuanto repara las ofensas inferidas á la Majestad del Dios Sacramentado con sus deprecaciones y asistencia al altar; por cuanto le hace grata compañía en esas horas solitarias en que pocos son los que de Jesús se acuerdan; por cuanto atrae y une á los católicos entre sí con su virtud especial; y por cuanto engendra y fomenta la piedad, medio poderosísimo para obtener la caridad, *es una de las necesidades más apremiantes de los tiempos actuales.*

Ahora, elevándoos dignamente sobre vosotros mismos, juzgad cual será la institución adoradora; y los que de ella forméis parte, alegraos, regocijaos, porque pertenecéis al ejército del Dios de las victorias, y porque, santificando vuestras almas, desempeñáis noble y altísima misión en este mundo, cual es la de dar en rostro á los impíos de que aun hay fe y amor sólido en Israel, y la de conquistar con vuestro celo almas á Jesús, la de sumar reclutas al real servicio divino. Creedlo: todo lo vence el amor, y vosotros venceréis vuestras pasiones, vuestros vicios, si alguno los tiene, y venceréis, asimismo, al mundo con sus vanidades. Pero no declinéis del camino por donde andáis; porque entonces vuestros pasos se dirigirán á otro camino de perdición. Los que todavía no tenéis la inmerecida honra de pertenecer á ese dichoso cuerpo de guardia sacramental, envidiad la suerte de los anteriores y daos prisa por ingresar en sus filas. Dios os bendecirá; Dios os protegerá; ese Dios de quien soís y á quien deseáis amar os hará dichosos aun en este mundo. Trabajad por buscar el reino de Dios y su justicia, tomando por norte el amor á Cristo su Divino Hijo sacramentado, y veréis como todo lo demás os vendrá como por la mano (1).

(1) Math. VI. 33.

Omnipotente Señor, que veláis día y noche en ese dichoso tabernáculo: que nosotros, á fuer de agradecidos amigos, sintamos la fuerza divina necesaria para acompañaros en esas horas de soledad espantosa: que no seamos tibios y remisos en tu grato servicio: que te amemos, y honremos, y publiquemos tus eternas alabanzas en esta vida, para honrarte y amarte y hacerte feliz compañía en la eternidad de los bienaventurados. Amén.

mia contra el Sacramento hubiera constituido suficiente delito para que nuestros valientes antecesores hubiese dado cuenta en el acto del desgraciado que la profiriera. Es que por medio de esta dulce frase los demonios huyen, se esfuerza el ánimo, se robustece la fe, se anima la esperanza y la caridad hierve en santos fervores. ¡Ah! pronunciémosla con fervor: Sea bendito en todo momento el Sacramento Santísimo.

Tan sabia, tan magnífica como se ha mostrado siempre la Iglesia en todas sus producciones, en sus instituciones todas, nunca se la ha visto resplandecer tanto en aquellos respetables atributos como cuando se ha tratado de las instituciones y producciones eucarísticas. Aquí es donde la predilecta de Jesucristo, fundiendo totalmente su espíritu en el de su divino Esposo, á la manera que Ntro. Señor, para realizar el milagro del Sacramento de los altares, derramó todas las riquezas de su mano y agotó su inmenso poderío y su infinita ciencia y su excesivo amor, así la Iglesia santa, para llevar á cabo las obras eucarísticas, esas obras con que honramos debidamente á Jesús sacramentado, hizo un supremo esfuerzo, y en el torrente de gracias que la inundaban se salió por decirlo así, fuera de sí misma, y, rebosando de santo celo, dió la última pincelada á aquellas venerandas instituciones.

2. Hay en cada uno de nosotros, en nuestro temperamento, en nuestra manera particular de ser, un resorte en movimiento continuo. Es aquella inclinación natural ó simpatía que sentimos hacia alguna cosa ó profesión, etc., ó también hacia alguna persona ó á alguna de sus especiales cualidades. Cuando de ella nos hablan, ó siempre que la consideramos, un vivo interés despiértase de repente en nuestro espíritu, y al alegrarnos, al gozarnos interiormente en ella, nos estimulamos á trabajar por la misma sin descanso, por más que aunque nos interese por otras personas ú objetos no lo verificamos con tanto entusiasmo. Esto mismo sucede á la Iglesia de Jesucristo. Su resorte en continuo movimiento que declara su particular constitución, es Jesucris-

DISCURSO XI

*Promover y difundir el culto de la Divina Eucaristía
es la necesidad absoluta de nuestros tiempos
y la señal inequívoca de nuestra
predestinación.*

*Benedictus et laudatus sit in omni momento
Sanctissimo ac divinissimo Sacramento.*

Bendito y alabado sea en todo momento
El Santísimo y divinísimo Sacramento.

(ALABANZA TRADICIONAL DE LOS CATÓLICOS
Á JESUCRISTO SACRAMENTADO).

1. Bellas y sublimes palabras las que acabáis de oír, deben ocupar seriamente vuestra atención. Con esta frase la Esposa del Cordero, acompañada de miles angelicales voces y de millones de contritos corazones, ha comenzado y terminado en todos los siglos sus religiosos actos. Con esta frase se han saludado siempre mutuamente los religiosos y se ha pedido alguna gracia en las porterías de los conventos. Con esta frase nuestros padres, al compás de musicales instrumentos, cantaban al Dios de la Hostia endechas terminísimas. Esta frase pronunciaba en voz alta el simpático vigilante al pregonar por las noches la hora por el reloj marcada, y repetían nuestros ascendientes al llamar á una puerta ó al entrar en una casa. Esta frase era el motivo poderoso para descubrirse públicamente ó para arrodillarse en el suelo. Esta frase era la señal de alarma para entrar en reñido combate, y la que repetían entre aplausos y vítores nuestros cruzados al empezar las luchas religiosas. Una blasfe-

to Sacramentado. Hacia Él tiene tal propensión natural, y por Él guarda profundas simpatías tales, que siempre que de Él se trata es asaltada al momento por el interés de su gloria. Es que, digámoslo francamente, Jesucristo Sacramentado es su principio, su vida, su norte y su fin. Para Él tiene objeto y misión en este mundo; en consecuencia, todo lo demás, por santo y sagrado, por bello y sublime, por útil y necesario que le sea, todo se subordina á Jesucristo Sacramentado. Porque es principio de la Iglesia y de sus formas, todo se le ha de sujetar; porque es su vida, nadie ni nada puede substraerse á su influencia; porque es su norte, todas las cosas han de recibir de Él su dirección; porque es su fin, todo necesita propender á Él. Ciertamente, en la Iglesia todo gira en derredor de Jesucristo Sacramentado, como los planetas giran en derredor de sol; todo necesita á Jesucristo Sacramentado, como á los puntos de la circunferencia precisa su centro. He ahí por qué con grande aplauso ha dicho León XIII (1) que todas las otras formas de piedad, cualesquiera que ellas sean, tienen en la Eucaristía su objeto y su fin; y he ahí por qué imprescindiblemente la Iglesia se estimule, se entusiasme, trabaje más por las obras é instituciones eucarísticas que por las demás.

Estos precedentes sentados, vengamos á la proposición, lógicamente de ellos deducida, que formará el objeto de este discurso, á saber: *Promover y difundir el culto de la Divina Eucaristía es la necesidad absoluta de nuestros tiempos: 1.ª parte; y la señal inequívoca de nuestra predestinación: parte 2.ª.*

PARTE 1.ª

3. Para desarrollar cual cumple el primer término de la proposición enunciada, debo recordaros que la Santa Eucaristía es el Sacramento de la Fe: *Mysterium fidei*. Estas palabras que la Iglesia pone en boca del sacerdote todos los días, al recitar la augusta forma de la consagración, no

(1) Encíclica sobre la Eucaristía.

sólo son el compendio de todo el dogma eucarístico, sino de todo el dogma cristiano. Misterio de la Fe: por él creemos que el cuerpo de N. Señor Jesucristo se halla verdaderamente bajo los accidentes del pan consagrado, y que así mismo su divina sangre se contiene realmente bajo los accidentes del vino, sin confusión, sin mezcla con los accidentes, como suelen estarlo las substancias, sino por modo maravilloso; por él creemos que en ese divino Sacramento, juntamente con el Cuerpo del Salvador, se halla su benditísima alma tan gloriosa y tan glorificada como lo está en el cielo; por él creemos que en ese mismo bello Sacramento, juntamente con la adorable Persona del Salvador, se halla unida hipostáticamente la Divinidad, puesto que dicha sagrada Persona es divina; por él creemos que juntamente con la divina Persona del Salvador subsisten el Padre y el Espíritu Santo, personas divino-distintas de la de Jesucristo, pero unas con Él en cuanto á la esencia divina; por él creemos que la Iglesia y los sacramentos, ordenados están para y con su respecto; por él, en fin, creemos todo el dogma católico, y sin su creencia todo se marchita, se desvirtúa, se torna al caos. Ved, pues, lo que es el Misterio de la fe. Quien cree en él, forzosamente ha de creer rendidamente cuanto propone la Iglesia Católica á nuestra fe, ¿cuántos, por consiguiente, no han de ser nuestros esfuerzos porque se conozca, porque se crea, porque se adore, porque se reciba este hermoso Sacramento? ¡Ah! Su devota adoración y, sobre todo, su digna recepción estimula la razón en obsequio de la fe, que la torna humilde, sencilla y fuerte contra las tentaciones de incredulidad. Cuanto más se vea, y se adore, y se reciba este santo Misterio, tanto más se le reconoce, tanto más se cree en él, tanto más se le ama. He ahí por qué es una necesidad absoluta en nuestros tiempos promover el culto de la Divina Eucaristía, puesto que es un medio para reanimar y hasta para recobrar la fe.

Con efecto: en este siglo de tanto indiferentismo, de tanta incredulidad, de tanto egoísmo, de tanta decepción, en que por lo general se cree en todo menos en lo que ra-

cionalmente debe creerse, al modo que en tiempo de los césares romanos se adoraban todos los dioses menos el Dios verdadero; en este siglo de tanta frialdad en la fe, nada tan á propósito para levantar y reanimar á la primera teologal virtud que mostrar á los frios en el Catolicismo esa bella Hostia de los altares; nada tan conducente como acercarlos á Ella; sus rayos divinos tocarán necesariamente sus tenebrosas frentes; herirán de muerte la incredulidad en ellas anidada, y esas almas verán la luz del cielo al propio tiempo que desaparezcan las nieblas de sus viejos errores. Creedlo; hoy se necesita más que nunca la acción de Jesucristo Sacramentado, sobre el individuo, sobre la familia y, muy en especial, sobre la sociedad; es menester sacar del templo la Divina Hostia, y avanzar sobre las gentes del siglo para conquistar palmo á palmo el terreno que nuestra falta de iniciativa y nuestra cobardía ó insidia, ha perdido para nuestra desgracia; es preciso pasearla en triunfo, para que los hombres vean y crean que Jesucristo reina desde una Hostia sobre el mundo, y se acerquen y unan á Él para sumar sus ejércitos, antes pujantes y victoriosos, hoy reducidos y cobardes.

■. Asimismo, indispensable es difundir su adoración y su culto, porque la Divina Eucaristía es un medio aptísimo para recobrar la esperanza debilitada ó perdida. Nuestro siglo, así como abunda demasiado en incrédulos, abunda otro tanto en desesperados; faltando la fe, base del edificio cristiano, se ha derrocado necesariamente la esperanza; y he ahí que, por más que afirmen lo contrario, se ven sumidos en espantosa desesperación. Al abandonar á Dios, les abandonó también la gracia divina, y no es extraño que de vez en cuando se lamenten que los negocios, los intereses, la familia, la fortuna, los honores y hasta los goces de este mundo se escapen de sus manos, ya que esta precipitada fuga no es más que un justo y merecido castigo del pecado contra la esperanza. Sí; hay católicos disipados que viven balanceándose entre el pecado venial y el mortal, y llegan á dudar prácticamente de la amistad que con Dios puedan tener, y de si les sobrevendrá una muerte repentina é impeni-

tente: éstos se hallan al borde del hondo precipicio de la desesperación. Hay católicos relajados cuyo indigno proceder es un continuo pecado grave, y creen positivamente, ó que Dios les ha abandonado á sus propias fuerzas, ó que ellos no pueden sacudir el sueño de muerte para entrar en una resurrección santa: éstos se encuentran en el fondo de la desesperación misma. Hay católicos apóstatas que, después de su venal apostasía, jamás han esperado en Dios y en su gloria, porque procuraron ahogar los sentimientos que periódicamente en su alma surgían á su favor: éstos excusa decir que se hallan bajo el peso de terrible desesperación. Hay, finalmente, católicos malvados cuya ignominiosa profesión consiste en hacer cruda guerra al cielo reclutando hombres para el infierno; su ceguedad es tanta que apartan la luz para no ver; en continua y amarga lucha consigo mismos se ven despreciados de los hombres y abandonados de Jesucristo. Decid, pues, á todos estos desdichados católicos, decidles que acudan á la Iglesia con el auxilio de las obras eucarísticas; y por estas obras eucarísticas entiendo, no solamente las puramente tales, sino las socialmente eucarísticas, que son las caritativo-sociales; llevadles vosotros mismos de la mano á las gradas del altar santo; mostradles el tabernáculo y la Hostia bellísima que encierra, y no temáis declararles que Ella es la prenda invaluable y segura de nuestra santificación, de nuestra resurrección y salvación; decidles más: decidles que Jesucristo, por asegurar su formal promesa de conducirnos un día á la eternidad feliz, ha querido quedársenos en rehenes á fin de que, viéndole y poseyéndole nosotros continuamente, nos persuadamos que el que se nos dió todo en este suelo, también, según lo ha prometido, se nos dará todo en el cielo. Añadidles, finalmente, que ese mismo Dios Sacramentado ha de ser la herencia eterna del paraíso prometido á los que creen, y esperan en Él y le aman; que Él desea salvarlos y hasta les convida con su amor, diciéndoles: Venid á mí cuantos andáis trabajados y cargados que yo os aliviaré (1) ¡Ah! ¿Existe alguna invi-

(1) Math. XI. 28.

tación tan afectuosa á la que los hombres desesperados puedan resistir? Si, pues, mediante Jesús Sacramentado se recobra la esperanza, justo, conveniente, imprescindible será que se propague su culto y se obtenga la satisfacción de una de las mayores necesidades actuales.

5. Al hablar de la esperanza, surge inmediatamente en nosotros la grata idea de la caridad. Todo el mundo presume entender la ciencia del amor, pero muy pocos son los que prácticamente la entienden. Yo no diré lo que es y lo que no es el amor; creo, en verdad, que todos sabéis lo que es, por eso huelga explicarlo; pero sí añadiré que el egoísmo es un vicio diametralmente opuesto al amor cristiano, el cual se reduce á querer y no querer para los demás lo que queremos y no queremos respectivamente para nosotros mismos; sí añadiré que el egoísmo ha sentado sus reales en ambos hemisferios, usurpando sus funciones al amor cristiano, y que, á excepeón de contadas personas, el egoísmo es el que impera en las conciencias y en las sociedades. Semillero de infinitos males y sentina de asquerosos vicios, el egoísmo, produciendo amargos frutos, tras el recelo, nos ha ofrecido la discordia; tras la discordia, la desunión; tras la desunión, el partido; tras el partido, el odio; tras el odio, la rebelión; tras la rebelión, la revolución; y tras la revolución, la anarquía. Cuanto más baja el amor cristiano, tanto más sube el odio pagano; cuanto más disminuye la caridad de Jesucristo, tanto más crece el egoísmo de Satanás.

Pero sépase infaliblemente que el amor de Jesucristo ha disminuído á proporción que los hombres se han alejado de la Fuente del amor. Á medida que los cristianos se han separado del altar, á esa misma medida resfriaron su corazón; y á proporción que les faltó la caridad de Cristo, abundaron en luciferina envidia. He ahí por qué hoy urge sobremanera arrancar del corazón de los hombres la envidia que les carcome y el egoísmo que les mata; y si la causa de estos trístimos males consistió en que se apartaron de Jesucristo Sacramentado, el remedio único estriba en que se acerquen de nuevo á Él, á esa fuente de vida y de resurrección glo-

riosas, que transforma en hombres divinos á los hombres mundanos, y que esparce por todas las sociedades la paz y la tranquilidad públicas, estableciéndola antes en el corazón de los particulares.

Para el efecto precisa que tomen rápido vuelo las obras eucarísticas que tienden directamente, no sólo á tributar culto digno á Jesucristo Sacramentado, si que también á restar almas á Lucifer para sumarlas á Dios en el bello Misterio de su amor; no sólo á publicar debida y solemnemente las alabanzas del más alto de los Sacramentos, si que también á publicarlas con la misma solemnidad, pero con el mayor número posible de fervorosos católicos, atraídos á la Divina Eucaristía, como abejas al colmenar, por los propagadores del culto á Jesucristo Sacramentado. Después de todas estas reflexiones, ¿será inútil afirmar que es una necesidad de los actuales tiempos la difusión de los trabajos eucarísticos?

6. Hay una voz sabia, majestuosa, universal é infalible que corrobora todas mis aserciones, á la cual indispensable es oír. Esta voz es de León XIII: «Todavía hay muchos progresos que realizar (dice) y muchas instituciones que establecer, para que este don, más que ninguno divino, se vea rodeado del mayor esplendor y honra por los mismos que cumplen los deberes de la Religión cristiana, á fin de que tan alto Misterio reciba todo el honor de que es digno. Por lo cual deben desarrollarse más y más las obras eucarísticas que ya existen, y renovarse aquéllas otras que hayan perecido, como las Cofradías del Santísimo Sacramento, el Jubileo de las Cuarenta Horas, las solemnes procesiones con el Santísimo, las piadosas genuflexiones delante de los Sagrarios, y demás prácticas de la misma índole santas y saludables, añadiéndose cuánto importa emprender aquéllas otras que sugiera en este particular una discreta devoción. Pero sobre todo es necesario que se renueve en todas las naciones católicas la frecuencia de la Sagrada Comunión. *Los sacerdotes, empero, á quienes Cristo confió la misión de consagrar y distribuir su Cuerpo y su Sangre,*

nada podrán hacer más acomodado á su obligación de agradecer tan insigne favor que proponer por todos los medios á su alcance la gloria eucarística de Cristo, y conforme á los deseos de su Sagrado Corazón, convidar y atraer á las almas á refrigerarse en el manantial saludable de tan gran Sacramento y de tan gran Sacrificio».

7. ¿Habéis oído? ¿Os habéis penetrado del espíritu de la doctrina eucarística de León XIII? Antes que estas frases, llenas de autoridad y de unción, fuesen escritas, hombres amantes de Jesús Sacramentado, poseídos de lo necesarias que son las obras eucarísticas en los tiempos actuales para atraer las ovejas cristianas al divino redil, tendieron una mano sobre el altar y otra sobre el pueblo para recoger las gracias inmensas del Sacramento con aquélla y distribuirlas con ésta á los cristianos, sedientos de las mismas. Yo no haré más que echar una simple ojeada sobre las hermosas y consoladoras páginas de la Historia contemporáneo-eucarística para daros á conocer muy en general y á vista de águila los trabajos de esos hombres de ambos sexos, venerados unos por la Iglesia y venerandos otros por los devotos del Sacramento. Contad, contad si podéis los magníficos templos y los suntuosos sagrarios erigidos recientemente á honor del Misterio de los amores. La iglesia carmelitana de Milán os dará un ejemplo de ello. Enumerad las congregaciones religiosas de ambos sexos fundadas para dar culto al Santísimo Sacramento, y cuyos fundadores se llaman Antonio Le-Quién, Catalina de Bar y el cardenal Parochi. Reseñad las Hermandades y Cofradías sacramentales, como la del Sacramento y Divina Pastora, la del Sacramento y Ánimas, el Apostolado de la Oración, las famosas Vigilias de Adoración Nocturna, la Corte de Jesús Sacramentado, la Guardia de Honor al Sagrado Corazón de Jesús, la Asociación de Señoras para velar al Santísimo, la de solteros para desagraviar á Jesús, las Cuarenta Horas, la Congregación de la Vela etc. etc. Describid las obras eucarístico-materiales, como la Obra Expiatoria de la Misa, la de Iglesias y Sagrarios pobres, la de Lámparas al Santísimo, el Comité de las

Obras eucarísticas, la Sociedad de Fastos eucarísticos, la Santa Liga, etc. etc. Ponderad las obras eucarístico-caritativas que, aunque pocas, alivian á los necesitados de este mundo y del otro. Computad esos célebres Congresos eucarísticos internacionales y nacionales: Lille, Avignón, Lieja, Friburgo, Tolosa, París, Amberes, Jerusalén, Reims, Paray-Le-Monial, Bruselas, Lourdes, Angers, Namur, Angulema y Roma, y los de Valencia y Lugo. Enumerad las hojas, y folletos, y revistas eucarísticos, descriptas en el tomo V de esta ENCICLOPEDIA (1), y decidme luego si las obras eucarísticas no han tomado rápido incremento, si no existe una verdadera reacción en el campo cristiano para amar á Jesucristo Sacramentado, y sobre todo si es cierto que hoy no se hacen indispensables estos religiosos y sociales trabajos para conducir las almas á Dios.

8. Después de estas observaciones, añadidme también si no es evidente, con toda la posible evidencia, que los católicos debamos trabajar en este sentido. Es un error de consecuencias funestísimas afirmar que los trabajos religiosos incumben únicamente á los Ministros del Excelso. Es cierto que á los sacerdotes pertenece iniciar y dirigir con todo esfuerzo el negocio de la salvación de las almas, la tranquilidad de las familias y la moralidad de los pueblos; pero también es cierto, sin género de duda, que á los católicos seculares pertenece, sin dispensa y en la medida de sus fuerzas, la cooperación á los trabajos de los Ministros del Señor. Querer que las Antorchas de Israel ardan en lo alto del esbelto candelero de la Iglesia, agitando al propio tiempo fuerte viento en su derredor, ó sin prodigarles una atmósfera pura, es querer que se apaguen, es apetecer un imposible. Hay católicos seculares que agitan aquel maléfico viento, estorbando los planes de los sacerdotes, ó dejando de prodigarles esa atmósfera pura, no prestándoles el apoyo y el concurso necesarios para que luzcan en medio de la congregación de los fieles; y esos católicos seculares no pueden estar, no

(1) Cap. X y XIV.

están en buena conciencia, puesto que desdeñan la Obra de Dios, que es la salvación de las almas, ó la impiden directa ó indirectamente. He ahí por qué se hace precisa la intervención de todos los católicos en el asunto religioso, apoyándose unos á los otros para entrar en el cielo, y prestando apoyo á los Directores de las almas para que inicien y desarrollen hermosos pensamientos con que se conquisten las conciencias para Dios. Si recordáis aquel breve pero terrible precepto del Eclesiástico (1): «El Señor requirió á cada uno de los hombres acerca de su prójimo», temblaríamos ante la obligación que impone, pues cada uno de nosotros dará cuenta al Juez Eterno de la conducta y de la salvación de aquéllos que buenamente pudimos conducir al corazón de Jesucristo y no condujimos, de aquéllos á quienes pudimos salvar y no salvamos. Hagamos por llevar almas al Sacramento del Altar, promoviendo y difundiendo el culto de la Divina Eucaristía que, una vez allí apresadas por Jesucristo Sacramentado, poco nos quedará por hacer sino es perseverar en ese mismo santo y honroso ejercicio, santificando nuestras propias conciencias.

PARTE 2.^a

9. Acabamos de probar cuán necesaria es en nuestros actuales tiempos la difusión y propagación del culto eucarístico; ahora debe sernos grato estudiar si este bello trabajo es una señal inequívoca de nuestra predestinación. Y lo es en primer lugar, porque con estas halagüeñas labores de que os estoy hablando se ejercita el celo por la gloria de Dios. Con efecto: entre todas las cristianas virtudes, después de la caridad seráfica, ocupa lugar preferente la virtud del celo y ocuparía el lugar primero á no ser porque el verdadero celo es efecto de la caridad y debe estar informado por ella. Jesucristo, Señor nuestro, antes que publicara desde la cumbre del monte aquella hermosa felicidad: «Bienaventurados los que han hambre y sed de justicia porque ellos

(1) Eccli., XVII, 12.

serán hartos,» tuvo con perfección esta hambre y sed por la gloria de su Eterno Padre. ¿Con qué vehemencia, con qué interés, con qué constancia no defendió sus negocios? «Mi comida, dijo, es hacer la voluntad de mi Padre;» y un momento en que los judíos osaron profanar la casa de Dios, armado con vengador azote, los arrojó de allí con ignominia. Jesucristo desde la mísera cuna hasta la infame cruz, desde la prisión en el seno materno hasta el lóbrego sepulcro, no hizo más que cumplir ajustadamente los deseos de su Padre y promover su gloria. «No busco yo, dice, mi propia gloria sino la gloria del que me envió á vosotros.» He ahí, pues, trazado el camino para que por él ande sin tropiezos el cristiano, el seguidor de Jesucristo. Al buscar la gloria de Dios y no la suya, se niega á sí mismo, se levanta sobre su propia miseria y se identifica con el mismo Jesucristo, cuya vida no fué más que un constante ejercicio de celo; y he ahí entonces al cristiano salvado, puesto que ha guardado fielmente los mandatos del Señor.

Ahora, aplicad todos estos antecedentes á los católicos que se ejercitan en las obras eucarísticas, y decidme luego si con ellas no practican la virtud del celo, buscando por todas partes la gloria de Dios en su Divino Hijo Sacramentado. Sólo Dios puede escoger á un hombre para que trabaje con fruto en su servicio. Cuando éste prepara el terreno, desbrozándolo y desmenuzándolo, y luego arroja en él la semilla adecuada, Jesucristo fertiliza aquel campo, enviando la copiosa lluvia de sus gracias; y esto, ¿no es acaso una garantía de elección que Dios hace de ese individuo para el cielo? Me refiero al católico que obra de buena fe, con sana intención, sin idea de lucro, ni esperanza de retribución humana: éste sin duda, al obrar así, posee en sus labores eucarísticas una señal indefectible de predestinación.

10. Pero con esta clase de trabajos se ejercita además el celo por la salvación de las almas, que es otra señal inequívoca de nuestra elección á la gloria. Veámoslo: entre todas las cosas divinas, ninguna más divina, afirma el Areopagita, que consagrarse con amor á la salvación de las al-

mas. Y el Crisóstomo, severo con todas las virtudes menos con las que de la caridad proceden, añade: ¿Qué importa que hayas padecido hambre y que sea ceniza tu alimento? Ayuna, ora, que estas obras son poca cosa si no eres útil á tu prójimo. Procurar lo que pueda ser favorable á nuestros hermanos es la regla verdadera de la caridad, su señal más segura y el colmo de la perfección. Á todas estas respetables autoridades pone el sello el Espíritu Santo por boca de Santiago, glorificando en cierto modo, aun en este mundo, al que es celoso por la salvación de las almas. «Aquél, dice, que convertirá á un pecador apartándolo de sus extravíos, salvará su alma de la muerte, y cubrirá la multitud de sus pecados». ¿No es ésta, acaso, una verdadera garantía de la salvación del que se ocupa en las obras del cielo? ¡Ah! Si Jesucristo, Señor nuestro, después de buscar en este mundo la gloria de su Padre anhelaba por la conversión de los pecadores, justo será que el discípulo de Jesucristo imite á su Divino Maestro, rescatando almas del infierno. Si hoy existen hombres perversos, que, no ya por lucro ó por interés, sino por mero fanatismo, se ocupan en pervertir á otros hombres de alguna conciencia, justo será que el amante de Jesucristo, imitando sólo en la forma el trabajo de aquellos impíos, haga por convertir del mal al bien á los pecadores, del vicio á la virtud á los viciosos y del error á la verdad á los incrédulos.

Mas, si por base de todas sus operaciones caritativas toma por modelo á Jesucristo en el Sacramento del amor; si se esfuerza por conducir á Él corazones relajados ó disipados; si con este amor divino vuela sin descanso y temor á todas partes donde haya un alma que poder conducir al redil de Jesucristo; si por todas estas obras sólo espera la recompensa eterna del cielo, ¡ah! entonces, en sí mismo, en sus propias obras posee una señal inequívoca de predestinación al cielo.

III. Ésta debe ser, por consiguiente, nuestra acción: acción de piedad eucarística, acción de amor fraternal. Ya nos dirijamos á Dios, ya volvamos los ojos á nosotros mismos,

ya los tendamos hacia los demás, nuestro norte y nuestro centro debe ser Jesucristo Sacramentado. Que todas nuestras operaciones tomen un tinte amoroso eucarístico, á fin de que, recibiendo de Cristo en el Sacramento la virtud de las mismas, y extendiéndolas en nuestros prójimos, la recojamos después, no para deleitarnos en ella, sino para devolverla al mismo Salvador. ¡Cuán triste y doloroso es que haya hombres que se sacrifiquen inútilmente por sus semejantes, con humanitarias miras solamente; que descuiden su persona por atender á los obsequios ó á las etiquetas sociales de sus amigos, y que haya tan pocos católicos que practiquen la virtud del sacrificio por sus hermanos, únicamente con miras divinas para ganarlos á Jesucristo! Sean nuestras obras informadas por la caridad, dirigidas por la caridad y por la caridad terminadas; mas esta caridad debe partir de Jesucristo Sacramentado, foco de amor, arsenal de las virtudes y centro del Cristianismo; debe promediarse en Jesucristo Sacramentado, luz de las almas, camino del cielo y vida de la Iglesia; debe terminarse en Jesucristo Sacramentado, recompensa grande, fin de nuestras aspiraciones y gloria del Padre; porque debemos tener siempre presente que amando á Jesucristo en su Misterio del altar, y trabajando para su gloria, lo hemos hecho todo, hemos cumplido con la misión de católicos, puesto que, como afirma León XIII (1), á la Eucaristía ha de mirársele en todas ocasiones como centro de la vida cristiana, ya que Ella constituye el alma y la gloria de la Iglesia.

No otra cosa me resta ya que exhortaros. Por las benignas entrañas del Salvador, venerad con sumo respeto, adorad con humildad profunda, amad con amor inmenso, celad constantemente al Santísimo Sacramento del Altar, á fin de que Él dirija todas nuestras operaciones, y el mundo se convierta á Él; y de todos los hombres y de todas las cosas resulte esa bella y santa gloria que los cristianos le hemos incoado en la tierra, para proseguirla sin fin en compañía de los ángeles en el cielo. Amén.

(1) Encíclica sobre la Eucaristía.



DISCURSO XII

*Para el cristiano son suyas todas las cosas, porque
en modo especial pertenece á Jesucristo
Sacramentado.*

Se desvanecen los errores socialistas y comunistas.

*Omnia vestra sunt; Vos autem Christi; Chris-
tus autem Dei.*

I. COR., III, 22 y 23.

Todas las cosas son vuestras; mas vosotros sois
de Cristo y Cristo es de Dios.

I. Tendencia del humano espíritu ha sido en todo tiempo escuchar á los hombres grandes, admirarles, seguirles y hasta en cierto modo endiosarles. Mas el tino de ese mismo espíritu consiste en acertar sobre esos hombres en cuestión, y no ir más allá de lo que en buena lógica tributárseles debe. En efecto: la carencia de estos principios solidísimos ha conseguido muchas veces que el individuo y la sociedad hayan dado oídos á seres perversos cuyo objeto consistió únicamente en la explotación de los ignorantes ó dormidos, para fines insanos, y les hayan encumbrado á un grado de apoteosis que pasma pensarlos. Los heresiarcas de todos los tiempos son un triste ejemplo de esta realidad.

He ahí por qué el Apóstol, lleno de santo celo, reprende con dureza á los corintios, ya que éstos, juzgando carnalmente, atribuían á ciertos personajes dignísimos prerrogativas que sólo á Dios competen. «Yo ciertamente soy de Pa-

blo... yo de Apolo,» decían aquellos insensatos. «Pues, quién es Apolo y quién es Pablo, arguye el Doctor de las gentes? No son ministros del Altísimo? Nada es el que planta, ni el que riega, sino Dios quien da el crecimiento (1)». Con mayor razón podíamos nosotros censurar á la sociedad contemporánea que, habiendo roto la unidad tradicional católica, se ha fraccionado en incontables sectas político-religiosas, atribuyendo á las entidades que las dirigen honores divinos. En la conciencia pública se halla la realidad de este criminal fraccionamiento que, reconociendo por origen la soberbia, sólo aspira á la independencia general, esclavizando al propio tiempo cuanto encuentra á su paso. Yo ciertamente soy de don Fulano, representante del partido A., yo de don Zutano, presidente del partido B., yo de don Mengano, jefe de la fracción C. Así hablan en general los hombres del día. Pero ¿quiénes son, pregunto, esos señores *semidivinos* para que reconozcáis en ellos honores tan supremos y que atéis á sus ideales y á sus prácticas, no sólo vuestros intereses, vuestra libertad, vuestro honor público y privado, si que también vuestra conciencia? De vía ordinaria no os pide Dios tanto para sí. Á medida que sumáis para dichos señores prerrogativas tantas, restáis al Ser divino los honores supremos debidos á Él solo; y esto, ciertamente es una aberración de las más espantosas en que ha incurrido el mundo. No; no somos, ni debemos ser de don Fulano ó de don Mengano; no somos, ni debemos ser del partido representado por ellos en el sentido que en general se atribuye á este asunto; podemos y debemos apoyar la verdad, la justicia y el orden donde se encuentren, si es que el orden, la justicia y la verdad son absolutos, esto es: cuando no han de lesionar sagrados intereses de particulares ó colectividades, y son además para el bien común. No; no somos de nadie en el sentido expresado. ¿Sabéis de quién somos? Pues somos de Dios; somos de su Hijo Jesucristo, el Hombre Dios; y he aquí probada una vez más la alteza, la gran-

(1) I Cor., III, 4, 5, 7.

diosidad y la independencia del Catolicismo, que reconoce por Jefe absoluto é incondicional á solo Dios, nuestro Creador; y no se arrastra vilmente por el suelo, y no se enrosca astutamente á las entidades personales de valer para chuparles su sangre, como lo ejecutan las sectas y los partidos políticos.

2. Y porque somos de Jesucristo, he ahí por qué en la acción social debe el católico atenerse exclusivamente á las enseñanzas de la Iglesia, cuyos órganos son el Papa y los obispos, prefiriendo arrostrar cualesquier males antes que separarse de ellas. Yo bien se que en la defensa de todo Estado católico interviene un doble elemento, el elemento religioso y el civil; y que ambos tienen el doble derecho y el doble deber de defenderse, ora dentro de su esfera de acción respectiva, ora mutuamente; pero nadie podrá negarme que el elemento civil, al prestar su valioso concurso al elemento religioso debe subordinarse á él, por cuanto que si el Estado es y debe seguir siendo católico, en tanto lo será en cuanto de este elemento reciba influencia y dirección el elemento civil. Obrar de otro modo, puede que dicho Estado fuese otra cosa cualquiera, mas nunca sería Estado católico. Ahora bien: es de fe (1) que en el movimiento católico, en la acción social cristiana, debemos dejarnos regir por el Papa y los obispos, quienes son los fieles transmisores de las órdenes terminantes de Jesucristo. No oírles, no obedecerles, y, lo que sería más fatal aún, separarse de sus dictámenes, sería no sólo cismático, mas también práctica herejía. En la duda de si el Papa y los obispos han decidido sobre un asunto concreto cristiano-social debe consultárseles y atenerse en todo caso á su respuesta. De este modo, las diversas fracciones católico-políticas que, aun cuando en punto al dogma están acordes, no lo están en la elección de medios, vendrían á fundirse en un credo práctico que, como soldados de diferentes compañías, pelearían todos unidos, formando po-

(1) Véase mi Opúsculo: *Los Católicos Españoles*.—Ensayo sobre sus derechos y deberes en las actuales circunstancias.

deroso ejército bajo la inmaculada bandera de Jesucristo.

Vosotros sois de Cristo, ha dicho el Apóstol. Sí; el cristiano es de Jesucristo. Éste es su Jefe, su Caudillo y su Rey. ¡Atrás todos esos temerarios que intentan usurpar los honores á Dios, y arrancar al cristiano sus derechos sagrados! Somos de Jesucristo: *Vos autem Christi*; y á medida que somos de Jesucristo nos pertenecen todas las cosas: *Omnia vestra sunt*.—*Mas para el cristiano son suyas todas las cosas, porque en modo especial pertenece á Cristo Sacramentado*.—He aquí enunciado el tema del presente discurso. Está basado en las hermosas palabras del Apóstol: «Todas las cosas son vuestras; mas vosotros sois de Cristo y Cristo es de Dios». Entremos, pues, en el fondo de este asunto importantísimo.

PARTE 1.^a

3. El curioso naturalista que observa los fenómenos del universo, como el sabio filósofo que investiga sus secretos más recónditos, hallan siempre una armonía tan admirable en todos sus grandes efectos que, anonadados ante su belleza, confiesan el orden supremo que los preside. Es que el Autor de la creación, como único y sapientísimo, creó las causas para que surtiesen debidos efectos; combinó á éstos entre sí para que entre los mismos, no sólo no existiesen dificultades, pero ni rozamientos levísimos, con objeto de que tendiesen al fin superior é inefable que se propusiera. Nosotros observamos que, pasada la noche con sus negros horrores, sigue el día con sus cambiantes de luz y calor, á fin de que los seres adquieran nueva fuerza, vida y belleza; porque si los seres vegetaran en interminable día llegarían sin remedio á agostarse; y he ahí por qué á los calores del día sucede nueva y periódicamente la frescura de la noche que los contrarresta insensiblemente. Renovación grata á la naturaleza, que la desea, porque siente su necesidad. Nosotros observamos, que el cambio de las estaciones, la fuerza de atracción y repulsión de los cuerpos celestes en el espacio, la aparición y desaparición de las estrellas, satéli-

tes y cometas, su movimiento admirable, el eclipse de los astros, el movimiento de la tierra, el flujo y reflujo del mar, la producción natural del suelo, la reproducción de las plantas, se efectúa normal, periódica, matemática y pacíficamente, sin obstáculos, sin rozamientos, bella y maravillosamente; y observamos todavía más: que tanto estos fenómenos, como las revoluciones atmosféricas y sus grandiosos meteoros, que no se manifiestan en el espacio periódica y matemáticamente, tienden á un fin, necesario al universo, hermosísimo, lleno de encantos, para atender á los demás fines secundarios que el Eterno se propusiera al crear el universo. ¡Ah! Todo lo que es ajeno al hombre está fundado en medio del orden más sorprendente.

Dios; el Cristo; los hombres; las cosas creadas. Dios: Padre del Cristo; el Cristo: Padre de los hombres; los hombres: dueños de las cosas creadas. Dios, creando el universo en atención y por causa del Cristo; el Cristo en cuanto Dios, trabajando juntamente con su Padre en la magna empresa de la Creación, en atención y por causa de los hombres; los hombres, esforzándose por explotar esta creación para su bien y regalo; la creación, contribuyendo á los duros afanes del hombre y ofreciendo generosamente sus ricas producciones. ¡Qué orden tan asombroso! He ahí por qué, habiendo sido creado el universo para el hombre, necesariamente el hombre debe ser creado para Jesucristo, como Jesucristo haya sido engendrado misteriosamente para gloria del Altísimo. Y puesto que el universo es del hombre, precisa que el hombre sea de Jesucristo, como Jesucristo es de Dios. La armonía de lo existente entre sí mismo, ni puede ser más real, ni más bella. El hombre reflexivo acata y adora al Ser Supremo, besando su Mano creadora.

4. En efecto; somos de Jesucristo, porque Jesucristo es de Dios. Engendrado y no hecho; consubstancial al Padre: Jesucristo es también Padre de los hombres. Sometidas todas las cosas bajo el rico escabel de sus divinos pies: Jesucristo es nuestro Rey y Señor. Esplendor de la luz eterna y espejo sin mancha: Jesucristo es nuestro modelo. Perforado

en sus puras carnes y acardenalado sin cuento: Jesucristo es nuestro Redentor.

Somos de Jesucristo porque Jesucristo es de Dios; y así como Dios posee dominio absoluto sobre su Unigénito, el Unigénito posee este mismo dominio sobre nosotros. La extremada obediencia al Padre que Jesucristo mostrara en su Pasión, es la perfecta obediencia que nosotros debemos mostrar á Jesucristo.

Somos de Jesucristo porque Jesucristo es de Dios; y así como Dios nada efectúa sin la cooperación personal de Jesucristo, así el hombre nada puede hacer en todo orden sin la cooperación del Hombre Dios.

Somos de Jesucristo porque Jesucristo es de Dios; y así como Dios no quiso salvar al mundo sin que su Hijo Divino se ofreciera á salvarlo, así Jesucristo, después que libró al mundo del pecado y de la muerte eterna, en general no quiere eximir de estos terribles males á los particulares, sin que los hombres nos ofrezcamos á librarles.

Somos de Jesucristo porque Jesucristo es de Dios; todo de Dios, sin género de independencia, con humildad inefable, así el hombre debe ser todo de Jesucristo.

5. Por esta sola razón todas las cosas están al servicio nuestro. El que engendró á Jesucristo con feliz dependencia de sí, creó también á los hombres para que estuviesen subordinados á su Divino Hijo; y en retribución de la dependencia que con Él tuvieron, determinó que todas las cosas del universo estuviesen sujetas al hombre *ordenadamente*. Sí; ordenadamente; porque, en efecto, si todas las cosas del mundo son nuestras, no lo son como creía Jacobo Rousseau, el cual afirmaba que, habiendo el hombre nacido bueno y pervertido la sociedad, debía ésta ser rehecha y restaurada: en consecuencia, el Estado debía abolir los privilegios y repartir con igualdad la propiedad del suelo; no lo son como quería el abate Mably, quien proponía que el Estado se apoderase de todas las riquezas para distribuir las con igualdad; no lo son como deseaba el conde Saint Simón que, sentando por principio que el trabajo es la única fuente de todo valor y

de toda riqueza, deducía que el trabajador ó el obrero debía ocupar el primer puesto en la sociedad; no lo son en la forma que enseñaba Aman Bazard, á saber: que el Estado debe incautarse de todas las herencias para repartirlas entre los obreros; no lo son como escribía Carlos Fourier, quien soñó que los propietarios podrían juntar sus bienes sin perder su derecho de propiedad, para instalar una industria común, á fin de que cada cual se ocupase en lo que mejor le agradare ó conviniere; no lo son según el ideal de la creación y desarrollo de las asociaciones obreras de producción, independientes y ayudadas por el Estado, como pretendía Lassalle; no lo son, finalmente, según fantasearon tantos apóstoles dementes del socialismo y comunismo antiguo y contemporáneo, ya que todo este bonito edificio en la apariencia, está cimentado sobre el aire.

6. ¿Qué no? ¿Es por ventura evidente que el hombre haya nacido bueno, ante el sinnúmero de bajas pasiones que en todo tiempo le oprimen y arrastran al crimen? ¿Podría la sociedad haber pervertido al hombre, si la sociedad no se resintiese del mismo defecto que el individuo? Luego no en aquélla, sino en el número de particulares anida el mal.— ¿Es por ventura evidente que el Estado pueda de derecho abolir todos los privilegios, y distribuir las fincas y las riquezas y las herencias, siendo como son estas herencias y riquezas y fincas y privilegios anteriores al Estado? Si la desigualdad natural es un hecho incontrovertible, ¿cómo puede un advenedizo, como es el Estado, violentar esta desigualdad para amoldarla á un mero capricho, digo, á un imposible?— ¿Es por ventura evidente que el trabajo sea la única fuente de la producción y de la riqueza, frente al capital, medio imprescindible para el desarrollo y perfeccionamiento de las mismas y sostenimiento de los obreros?— ¿Pueden, por ventura, los propietarios, crear una industria común para que cada cual pueda ejercitarse en una profesión cualquiera, partiendo del odio recíproco entre el obrero y el propietario? ¿Qué autoridad podría sufrir tantos caprichos de los obreros?— ¿Pueden siquiera las soñadas aso-

ciaciones de producción, sostenidas y patrocinadas por el Estado, redimir á un pueblo del hambre y de la esclavitud, si no existen vínculos de obediencia, de respeto y amor hacia la entidad que representa al Estado? Todos los cañones armados no serían suficientes para contener á un enjambre de vivientes que disputasen al Estado la ciencia, la prudencia y la autoridad. Luego las cosas de la tierra no son ni pueden ser de todos en el sentido que les dan los socialistas y comunistas de nuestros tiempos.

Hemos discurrido por un momento sin tener en cuenta la Ley divina; los argumentos anteriores puede forjarlos cualquiera algo versado en filosofía y ciencias naturales, que si nos detuviéramos en recalcar la Ley del cielo, veríamos cuán terminante es contra las locuras de los libertarios.

7. No; el Apóstol, al afirmarnos que todas las cosas son de todos, pensó dar al asunto el sentido cristiano que le preside: *Omnia vestra sunt*. Sea X, sea B; sea el rey ó el plebeyo, todos estamos en el mundo para servirnos mutuamente en Jesucristo. *Omnia vestra sunt*. Todas las obras de la naturaleza son nuestras, en cuanto de ellas en general nos servimos para nuestro mantenimiento y decoro; siendo en especial nuestro, aquello que no es de nadie y que hemos ocupado con nuestro trabajo. *Omnia vestra sunt*. La vida es nuestra, si sabemos usar cristianamente de ella; la muerte es nuestra, si terminamos santamente el curso de la vida; la eternidad es nuestra, muriendo en Jesucristo. Esto es ser todo nuestro; lo demás será todo lo que se quiera, menos la hermosa realidad.

PARTE 2.^a

8. Y al llegar á esta segunda parte, dispensándome la digresión anterior, necesaria en unos tiempos como los presentes, debo repetir que si son nuestras todas las cosas, lo son porque somos enteramente de Jesucristo. Aquí entro á considerar al Hijo de Dios en su más bello Misterio del Amor. Son nuestras todas las cosas y nosotros somos de Jesucristo Sacramentado, ya que Jesucristo en el Sacramen-

to es también de Dios. La Eucaristía, bajo este nuevo respecto es el centro á donde converge todo lo existente. Converge Dios; converge el hombre; converge la creación entera. Converge Dios, irradiando sobre su Hijo sacramentado los eternos esplendores, señalándolo en todo momento como á Hijo amadísimo en quien tiene sus agrados, y abriéndolo con los infinitos portentos que en su obsequio obra cada día. Converge el hombre, recibiendo del Sacramento la vida y la inspiración, el consuelo y la dicha, el fervor y la pureza; y el sacerdote que le ofrece en sacrificio, como el simple fiel que devoto á él asiste; y el sabio que estudia el dogma del Altar, como el poeta que le ordena rimados versos; y el artista que modela pasajes eucarísticos, como el músico que en su obsequio hace vibrar el instrumento; y la virgen que diariamente come el Pan sagrado, como el campesino creyente que le recibe con menos frecuencia, pero con no menos fe: todos, todos convergen á Jesucristo Sacramentado. Converge también la creación entera. Lo he probado ya en el tomo II de esta Obra: la ciencia y el arte, la industria y el progreso, hasta la humilde flor del campo, vestida de carmín y exhalando esencias puras, todo converge al Sacramento. ¡Qué consonancias tan perfectas entre el Criador y la criatura! Mas, ¡qué inmensos horizontes no se descubren á la vista del cristiano que sabe examinar tanto portento!

9. Jesucristo en el Sacramento tiene perfecto derecho á que seamos todos suyos por razones poderosísimas. El hijo no es de la madre, únicamente por ser concebido por ella, sino también por ser nutrido de su substancia. La nodriza es verdadera madre; el hijo á quien lactara le pertenece en cierto modo, y añadido en cierto modo, pues le pertenecería aún más si en efecto perdiera á su madre legítima. Ahora bien: el cristiano, ¿no se nutre de la substancia purísima de Jesucristo? ¿no chupamos, en frase del Apóstol S. Pedro, la leche riquísima cuando nos acercamos al altar santo? Jesucristo Sacramentado es, permítaseme la frase, verdadera nodriza común de sus redimidos, aquilatando su oficio el

amor acendrado con que lo desempeña. «Mi carne es verdadera comida y mi sangre verdadera bebida». Por consiguiente, somos de Jesucristo Sacramentado.

En general pertenecemos á aquél que nos sustenta. El siervo, el obrero, mientras reciban del amo ó patrono el sustento, le pertenecen; sin perder su libertad están incondicionalmente á sus órdenes. ¿Y qué es lo que hace el cristiano durante toda su vida sino recibir de Jesucristo el mantenimiento del alma, el Pan de los fuertes? Luego, aun sin perder nuestra preciosa libertad para desenvolvemos dentro de la esfera del bien, pertenecemos á Jesucristo Sacramentado; debemos estar incondicionalmente á sus órdenes. El sacrificio corporal ó moral que el patrono impone al obrero, no lo exige Jesucristo de nosotros; podemos ser suyos sin que nos cueste tanto; basta que tengamos voluntad decidida para practicar lo que Él nos manda.

Nos llamamos de aquél que nos favorece con sus socorros, con su apoyo y hasta con sus ofrecimientos. Nos avergonzaríamos en extremo de no saber ser suyos en los momentos precisos ú oportunos. Pero Jesucristo Sacramentado, juntamente con su Carne y Sangre, nos da toda clase de bienes del cielo, la tranquilidad y serenidad del espíritu para mejor obrar, el gozo del alma que vale más que todos los tesoros de la tierra, y con estos dones nos ofrece también lo indispensable para el sostenimiento de las cargas de esta vida, pues nadie que en verdad ame á Jesucristo, perece.

Somos de aquél, finalmente, que cambia con nosotros sus impresiones, los secretos de su corazón, las amarguras de su alma; somos realmente de nuestros verdaderos amigos. ¿Y quién mejor amigo que Jesucristo Sacramentado, el cual está dispuesto á todas horas en el Sagrario para ser nuestro confidente, serenar las tempestades de nuestro espíritu, aliviarnos de sus penosas cargas, levantarle de su abatimiento y devolverle el gozo primitivo? *En adelante seréis mis amigos, dice. Soy el pan que sustenta el corazón del hombre, y el vino que alegra su espíritu.*

10. Con pertenecer á Jesucristo Sacramentado, se nos siguen copiosos bienes y privilegios honrosísimos. ¿Cuáles sean éstos? En primer lugar somos sus hijos y, en calidad de hijos, sus herederos. ¡Cuán grande es el Hombre Dios, considerado desde este punto de vista! Padre de todos los cristianos, para significar gráficamente esta ternísima condición suya, instituye el Sacramento Santísimo, en el que todos los fieles caben, ya que por un lado es pozo sin fondo de aguas vivas, y por otro Manjar único que se da á todos sin división, ni disminución levísima. El cielo, que es suyo, que creó para su gloria, con todo su bello contenido, especialmente Él, que le alumbra y alegra, es la herencia eterna que ha de caber á sus fieles discípulos, la que dará á todos igualmente entera sin disminución de goces. En prueba de una realidad semejante se nos otorga en el Sacramento como prenda de la gloria venidera (1). ¡Qué bellezas!

Y porque le pertenecemos, no sólo somos sus hijos, si que también sus caros amigos. ¡Amigos de Jesucristo! ¡Amigos de Dios! El católico que en presencia de estas sencillas reflexiones no se siente grande, más grande que sus pasiones, mucho más grande que las humanas miserias, puede creer que ó ha perdido la fe ó desconoce por completo su Religión. No hay mejor amigo que el que da su sangre por la de sus amigos, (2) y Jesucristo la dió una vez en la cruz, y desde el Sacramento nos brinda con la misma todos los días. ¡Ah! nosotros seremos sus amigos si practicásemos lo que Él nos ha mandado (3). ¡Cuánto se afana, cuánto se humilla hasta lo increíble el hombre pequeño por hacerse amigo de algún poderoso, de algún influyente, que quizá podrá ser al propio tiempo un malvado, un mal amigo! Y para conservar esa amistad efímera, lograda á cambio de tantas fatigas, ¡cuánto no se sufre, cuánto no se sacrifica! Sin duda no nos pide tanta humillación Jesucristo Sacramentado, para que nos constituamos sus amigos. Recíbidle y

(1) Oficio del Corpus.

(2) I, Joan. III, 16.

(3) Joan. XV, 14.

sedle fieles en vuestras bautismales promesas, que esto os basta.

Pero, ¿qué más? Con pertenecer á Jesucristo Sacramentado estamos identificados con Él. Al llegar á este lugar crece la admiración, el espíritu se pasma, reconociendo que sólo el Hombre Dios puede obrar maravilla semejante. «Si quieres vivir, oh cristiano, del espíritu de Cristo, ha dicho el Agustino, hazte cuerpo de Cristo». Mas ¿cómo? «Llégate; cree; incorpórate para que seas vivificado» (1). Luego por el mero hecho de participar debidamente de Jesucristo Sacramentado recibimos su vida y nos identificamos con Él. *Unum corpus multi sumus*. Entre todos los cristianos que recibimos el Sacramento formamos un solo cuerpo con Jesucristo, pero un cuerpo viviente, purificado, santificado, excelso, divino. ¡Oh *vinculum unitatis!* exclama el Agustino. Jesucristo pudo haber fundado su Iglesia para que los alistados en ella formasen un solo cuerpo con la propia Iglesia, aunque independientemente de Él; mas no, esto era muy poco para su amor. El vínculo de unidad pensó establecerlo entre Él mismo sacramentado y los que perteneciesen á la Iglesia, á fin de que, viviendo en apretado lazo, recibieran los cristianos mayor influencia, mayor defensa.

11. Ved aquí cuáles sean los copiosos frutos y los privilegios honrosísimos que se nos siguen de pertenecer á Jesucristo Sacramentado. Y puesto que debemos pertenecerle para siempre, ¿por qué nos desviamos del Sagrario para buscar apoyo y protección en otra parte? ¿Acaso la influencia de los hombres es más eficaz que la de Jesucristo? La única liga que el católico debe establecer en esta vida es con Jesucristo Sacramentado; y en Jesucristo Sacramentado podrá, si preciso fuere, formarla también con los hombres probos para nobles y ortodoxos fines. Lejos, pues, del cristiano, todo pacto político, insano y degradante. Repito; no somos de los hombres, ni para los hombres; ¿á qué vienen, pues, esos compromisos políticos humillantes, repulsivos, antica-

(1) Tract. 26 in Joan., post med.

tólicos y por consiguiente antipatrióticos, ya que, en verdad, al menos en nuestra Patria, toda acción anticatólica es antipatriótica? Es menester despertar, y persuadirse á fondo de lo que es nuestra profesión cristiana, de su sublimidad é independencia mundana. En este sentido el Catolicismo es el más liberal que pueda conocerse. Permanezcamos atados á la Ley de Jesucristo; seamos suyos; y todo lo demás se nos dará por añadidura.

¡Gran Dios, que con mirada penetrante velas desde el Sagrario sobre nosotros! Que el que esté separado de Vos se una á Vos en espíritu y verdad. Que el que con Vos esté unido jamás de Vos se separe, para que así luchemos temporalmente contra nuestros adversarios, con la esperanza de obtener en el cielo la más completa de las victorias. Amén.



DISCURSO XIII

*La conducción solemne del
Santísimo Sacramento por la vía pública,
es el triunfo del Catolicismo sobre
la impiedad.*

*Ambulabo inter vos et ero Deus vester.
Andaré entre vosotros y seré vuestro Dios.
LEVIT. XXVI, 12.*

1. «Salta de gozo, y entona preciosos himnos de alabanza, casa de Sión; canta Israel: alégrate y regocíjate de todo corazón, hija de Jerusalén, puesto que se muestra grande en medio de ti el Santo de Israel: Él te salvará; se gozará sobre ti con alegría, callará por su amor y se regocijará sobre ti con loor». Con estas festivas demostraciones de entusiasmo y sumergidos en éxtasis divino, se expresaban Isaías (1) y Sofonías (2), aludiendo á la Iglesia santa que había de poseer dentro de sus inmensos muros al Hombre Dios Sacramentado. Desde su pobre y desmantelada vivienda, como quien observa por detrás de límpidos cristales, columbraban aquellos vates, la Encarnación del Verbo y su presencia sacramental en la Iglesia; y al divisar misterios tan portentosos como en Ella realizarse debieran, y al rastrear la inefable gloria que por ellos debía caberla y el gozo supremo que colmarla debería, prorrumpen en frases

(1) Isai. XII, 6.

(2) Soph. III, 14.

tólicos y por consiguiente antipatrióticos, ya que, en verdad, al menos en nuestra Patria, toda acción anticatólica es antipatriótica? Es menester despertar, y persuadirse á fondo de lo que es nuestra profesión cristiana, de su sublimidad é independencia mundana. En este sentido el Catolicismo es el más liberal que pueda conocerse. Permanezcamos atados á la Ley de Jesucristo; seamos suyos; y todo lo demás se nos dará por añadidura.

¡Gran Dios, que con mirada penetrante velas desde el Sagrario sobre nosotros! Que el que esté separado de Vos se una á Vos en espíritu y verdad. Que el que con Vos esté unido jamás de Vos se separe, para que así luchemos temporalmente contra nuestros adversarios, con la esperanza de obtener en el cielo la más completa de las victorias. Amén.



DISCURSO XIII

*La conducción solemne del
Santísimo Sacramento por la vía pública,
es el triunfo del Catolicismo sobre
la impiedad.*

*Ambulabo inter vos et ero Deus vester.
Andaré entre vosotros y seré vuestro Dios.
LEVIT. XXVI, 12.*

1. «Salta de gozo, y entona preciosos himnos de alabanza, casa de Sión; canta Israel: alégrate y regocíjate de todo corazón, hija de Jerusalén, puesto que se muestra grande en medio de ti el Santo de Israel: Él te salvará; se gozará sobre ti con alegría, callará por su amor y se regocijará sobre ti con loor». Con estas festivas demostraciones de entusiasmo y sumergidos en éxtasis divino, se expresaban Isaías (1) y Sofonías (2), aludiendo á la Iglesia santa que había de poseer dentro de sus inmensos muros al Hombre Dios Sacramentado. Desde su pobre y desmantelada vivienda, como quien observa por detrás de límpidos cristales, columbraban aquellos vates, la Encarnación del Verbo y su presencia sacramental en la Iglesia; y al divisar misterios tan portentosos como en Ella realizarse debieran, y al rastrear la inefable gloria que por ellos debía caberla y el gozo supremo que colmarla debería, prorrumphen en frases

(1) Isai. XII, 6.

(2) Soph. III, 14.

entusiastas, felicitándola por su gloriosa ventura. Pero, semejante enhorabuena, por más que, en general, se la desean para todo tiempo, no obstante, se la prometen en particular para un día hermoso, lleno de gloria como el sol, y más brillante que los claros resplandores de la luna; y ese día magnífico es el consagrado á honrar, no sólo la memoria de la institución del augusto Sacramento, sino principalmente el destinado para solemnizar el triunfo completo de un Dios amoroso sobre sus enemigos; para conmemorar las bodas del Criador con las criaturas; para hacer reconocer á los hombres su Dios, á los cristianos su Salvador y á los católicos su Jefe y su Pastor.

2. Y este tan venturoso día, y este su objeto tan excelso lo celebraron los profetas con públicos pregones, invitando á la recepción del eterno Deseado; y lo aplaudieron las sibilas al son de sus alegres panderos, felicitándose por la venida futura del Mesías que daría sus puras carnes á los hombres; y lo encomió el salmista á los dulces acordes de su arpa, declarando que los tabernáculos de Jesucristo habían de ser amables; y lo desearon los apóstoles y los santos padres en sus devotas meditaciones, al notar que el culto eucarístico debía ser más público; y lo apetecieron los fieles todos para hundir en el polvo del olvido á los herejes: deseos y suspiros que fueron por fin realizados, contemplando la universal Iglesia, cómo un Pontífice romano ordena que el jueves siguiente á la fiesta de la Trinidad Santísima sea el designado para que el Hombre Dios del Sacramento fuese exaltado con magnificencia, adorado con humildad, pregonado con fe y paseado en triunfo por las calles con febril entusiasmo.

3. Dos poderosas razones asistían á la Esposa del Inmaculado Cordero para solemnizar de un modo extraordinario el Misterio augusto del Altar. Recordad, siquiera por un momento la sangrienta tragedia del Calvario, y el sentimiento inundará vuestro pecho, y las lágrimas asomarán á vuestros ojos: lágrimas y sentimiento que también experimentaba la Iglesia el Jueves santo, día fijado para honrar la me-

moria de la Eucaristía y recordar los tormentos que en la Cruz sufriera el Redentor. Lo primero exigía expansión y alegría; lo segundo pedía soledad y tristeza; sentimientos que por contrarios se repelen los unos á los otros. Era indispensable, por consiguiente, dar lugar á cada uno de ellos en día señalado, para que así la tristeza como el gozo, así el retiro como el entusiasmo fuesen independientes y completos; razón por la cual, la festividad alegre del Cuerpo del Señor debió trasladarse á otro señalado día.

4. Y, ¿cuál mejor sino uno escogido entre los que la naturaleza misma proporciona en una de sus risueñas estaciones? Ataviada de hermosas galas se esfuerza en el mes del Corpus por ofrecer á nuestros ojos un cuadro cuyas marcadas tintas, bello ropaje y deslumbrador aspecto aventaja á todos los demás tiempos del año. ¿Véis cómo las matizadas flores abren su hermoso cáliz y envían sus pintados estambres y afiligranados pistilos á dar un saludo al Rey del universo y cuyas variadas corolas parecen inclinarse á fin de adorar en este día al Creador oculto en el Sacramento? ¿Véis las humildes hierbecillas cuyos verdes tallos y alanceadas hojas se agitan, mecidas por el aura matinal para testificar su inefable gozo por el más Bello de los nacidos? ¿Véis esos corpulentos arbustos llenos de vigor, elevarse hacia regiones superiores y extender sus bulliciosas ramas como quien reposar no puede hasta demostrar el cariño que profesa á tan buen Padre? ¿No aspiráis los embriagadores perfumes de la flor? Fijaos en los aterciopelados claveles, en los irisados lirios, en las nevadas azucenas, en las blancas rosas, en los delicados pensamientos, en el verde laurel, y notaréis que por todas partes despiden aromas embriagadores, para embalsamar con ellos el inmenso trono de la Eucaristía. ¿Qué diré de los infinitos y pintados pajarillos que con sus melodiosos arpegios cantan las bellezas de la Hostia inmaculada? El alba sonrosada con su grata frescura y con los primeros efluvios de la mañana invita á que abandonemos el lecho del nocturno descanso para entonar férvido himno de gratitud á Jesucristo Sacramentado. El ru-

bicundo astro que preside el día, extendiendo sus dorados cabellos sobre las crestas de las más altas montañas, primero, y sobre los poblados valles después no parece sino que intente abrasar á los cristianos en amor para con ese Sacramento de caridad inextinguible. Sí; toda la creación convida á que solemnecemos hoy las ricas bodas del immaculado Cordero. La naturaleza con sus infinitos primores y la Iglesia con su bello aparato y entusiasmo conmovedor. He ahí las dos razones que movieron á la Esposa de Jesucristo para establecer la Fiesta del Corpus en tal tiempo.

Estudiemos, por consiguiente, *la Dignidad de esta solemne Fiesta; y de qué manera es celebrada por la Iglesia de Dios*; dos partes en que he distribuído el presente discurso. Su desarrollo nos hará ver el triunfo completo del Catolicismo sobre la impiedad.

PARTE 1.^a

La excelencia de un objeto no se toma del aprecio en que se le tenga, sino del mérito intrínseco que posee respecto del que gozan los demás. Tanto más digno ha de ser dicho mérito, cuanto que, sin quebrantar el orden debido, sea mayor; y añadido, sin quebrantar el orden debido, porque el que corresponde á las facultades personales ó reales es que obtenga primer lugar el orden sobrenatural, luego el espiritual y finalmente el material. Ahora bien: siendo la Festividad del Corpus por su objeto, no conmemoración de un Misterio que ya pasó, como el de la Encarnación del Verbo, ni memoria de un Arcano como el de la Trinidad Santísima, que aunque no pasó, porque es eterno, empero no le poseemos sensiblemente bajo nuestra custodia; luego la Fiesta del Corpus, celebración de un Sacramento actual y sensible para nosotros, debe ser la más digna, la más excelente de todas las que celebra la Iglesia Católica.

5. En efecto: esta memorable Fiesta es la más digna y en consecuencia la más solemne de todas las festividades, porque fué anunciada por el Eterno á Moisés y simbolizada en la fiesta de los Tabernáculos, festividad la más solemne

de todas las que celebraba el pueblo israelítico. Jehová había ordenado que Israel solemnizase tres fiestas principales: Pascua, Pentecostés y los Tabernáculos. La primera era celebrada con graves penitencias y mortificaciones, y en premio de la segunda no otorgaba el Señor los frutos y las bendiciones que prometió conceder cuando se celebrase la festividad de los Tabernáculos. Para esta solemnidad reservaba el Altísimo sus concesiones y sus gracias, y también para ésta exigía de su pueblo tantos preparativos, tanto religioso entusiasmo, virtudes tantas. No se limitaba la festividad de los Tabernáculos al espacio reducido de veinticuatro horas, sino que se extendía después á siete días consecutivos durante los cuales era preciso celebrar espléndidos banquetes de los que formarían parte, poseídos de moderado regocijo, toda la familia, los levitas, los huérfanos, los extranjeros, los pupilos, las viudas y los esclavos (1). En esta fraternal compañía, como si todos los mencionados individuos perteneciesen á una gran familia, no debería haber diferencia ninguna entre el noble y el plebeyo, el rico y el pobre, el señor y el esclavo; antes bien, ligados todos con espiritual vínculo, y poseyendo un mismo corazón, deberían alegrarse y bendecir al Señor que tan amoroso se les mostraba.

Semejantes disposiciones, empero, guardan una perfecta analogía con las que la Iglesia, guiada con la luz del Espíritu Santo, ha ordenado para la solemne celebración de la festividad del Corpus. Ciertamente esta Fiesta no se circunscribe á solas veinticuatro horas; tiene de duración ocho días consecutivos, y en estos festivos días es intención de Jesucristo y consejo de la Iglesia que celebremos espléndidos banquetes eucarísticos á los cuales concurramos sin distinción toda clase de cristianos, desde el soberano más alto de la tierra que se sienta sobre áureo trono hasta el humilde súbdito que vive en choza miserable; desde el sabio que discurre sobre los problemas más intrincados hasta el rústi-

(1) Deut. XVI, 14.

co que encorva su cuerpo sobre sí mismo bajo el peso del azadón. Jesucristo se nos da en estos días solemnes sin distinción, es verdad, pero con no menos amor; ha reservado para estos días los frutos de su bendición copiosa, y si para otras festividades exige de nosotros graves penitencias y pesadas mortificaciones, para la fiesta de su Cuerpo y Sangre, pide regocijo inusitado y expansión santa. He ahí cómo esta festividad por ser exacto cumplimiento de la de los Tabernáculos es, todavía mejor que ésta, la más excelente de todas las eclesiásticas festividades.

6. Pero también lo es porque Jesucristo nos profesa en estos días un amor particularísimo, efecto de la pública exaltación que hacemos de su Sagrada Persona. Al pretender el Salvador mostrarnos las riquezas de su amor infinito no se contenta, no, con permanecer reservado en los sagrarios, ni con estar expuesto á la pública adoración de los fieles, sino que, en alas de su excesiva caridad, sale del templo, llevado en hombros ó en manos de sus ministros sagrados, para tener el placer inmenso de visitar á sus amados hijos y recrearse como buen Padre en sus obras. Mas, ¿quién oyó, ni quién vió jamás cosa semejante (1)? ¡Qué todo un Dios del cielo, baje á la tierra y pasee por las calles de los mortales...! Al dejar correr los ojos del alma sobre el bello rostro del Salvador, velado por las especies eucarísticas, no se puede por menos de exclamar con ese entusiasmo interno profundamente religioso: «Salid, hijas de Sión, y ved al Rey Salomón con la diadema que le ciñó su madre en el día de su desposorio, día de la alegría de su corazón» (2). Dejad, cristianos, dejad vuestras haciendas, vuestras labores, vuestros negocios, y salid de vuestras casas á contemplar al Rey de la gloria que pasea triunfante por nuestras calles. Su rostro despide rayos de luz que se sintetizan en la Verdad, pues Él es la Verdad; arroja chispas de ardoroso fuego que se sintetizan en el amor, pues Él es el amor. Fijaos en su real diadema cuajada de punzantes espi-

(1) Isai. LXVI, 8.

(2) Cant. III, 11.

nas, que colocó su Eterno Padre en el día de su Pasión amarga; Él ha trocado esa corona de angustia por una corona de gloria, con la cual espera ceñir nuestra frente si nos hacemos acreedores. Hoy, día del Señor, es el día de la alegría de su corazón, puesto que sale del templo, no con el brazo airado, como se mostraba desde las altas cumbres del Sina, sino lleno de mansedumbre para que se cumplan aquellas frases del profeta (1): Decid á la hija de Sión: «He ahí que tu rey viene á ti lleno de mansedumbre.» Hoy aparece Jesucristo más simpático, si cabe la frase, que nunca, entre las nubes de vaporoso incienso, los devotos himnos litúrgicos, las centenas de hermosas luces y el cortejo de millares de súbditos leales. ¡Oh Señor! Cumplisteis por fin en el día de hoy, mejor que en ningún otro día, la palabra dada á los patriarcas y profetas y justos de la ley antigua, cuando les asegurasteis: «Pondré mi tabernáculo en medio de vosotros y no os desecharé; andaré entre vosotros; seré vuestro Dios y vosotros seréis mi pueblo.» Por eso os damos infinitas gracias y os proclamamos Rey universal en nuestro corazón y en el templo, en nuestro domicilio particular y en la vía pública, ante los pequeños y ante los grandes, en presencia de los católicos y de los herejes, á la faz del mundo entero, y queremos que vuestro Reinado se extienda por todas partes y por todos los siglos.

7. Un buen cristiano debe manifestar en el día del Corpus sentimientos extraordinarios de fervor. Los siervos de Dios lo celebraron con más gozo, con más suntuosidad que las demás festividades. S. Francisco de Sales quedaba dulcemente extático ante la contemplación de las finezas que el Dios del Sagrario derrama en este día á los hombres. S. Pío V no permitía que, en el Vaticano, ningún sacerdote llevase en este día la Sagrada Custodia; él mismo la conducía con entusiasmo. El beato Nicolás Factor parecía morir de alegría, y un arrobamiento sucedía á otro; nadie podía distraerle de la atención fija que tenía en dicha fiesta al Sacramento. El

(1) Math. XXI, 5.

co que encorva su cuerpo sobre sí mismo bajo el peso del azadón. Jesucristo se nos da en estos días solemnes sin distinción, es verdad, pero con no menos amor; ha reservado para estos días los frutos de su bendición copiosa, y si para otras festividades exige de nosotros graves penitencias y pesadas mortificaciones, para la fiesta de su Cuerpo y Sangre, pide regocijo inusitado y expansión santa. He ahí cómo esta festividad por ser exacto cumplimiento de la de los Tabernáculos es, todavía mejor que ésta, la más excelente de todas las eclesiásticas festividades.

6. Pero también lo es porque Jesucristo nos profesa en estos días un amor particularísimo, efecto de la pública exaltación que hacemos de su Sagrada Persona. Al pretender el Salvador mostrarnos las riquezas de su amor infinito no se contenta, no, con permanecer reservado en los sagrarios, ni con estar expuesto á la pública adoración de los fieles, sino que, en alas de su excesiva caridad, sale del templo, llevado en hombros ó en manos de sus ministros sagrados, para tener el placer inmenso de visitar á sus amados hijos y recrearse como buen Padre en sus obras. Mas, ¿quién oyó, ni quién vió jamás cosa semejante (1)? ¡Qué todo un Dios del cielo, baje á la tierra y pasee por las calles de los mortales...! Al dejar correr los ojos del alma sobre el bello rostro del Salvador, velado por las especies eucarísticas, no se puede por menos de exclamar con ese entusiasmo interno profundamente religioso: «Salid, hijas de Sión, y ved al Rey Salomón con la diadema que le ciñó su madre en el día de su desposorio, día de la alegría de su corazón» (2). Dejad, cristianos, dejad vuestras haciendas, vuestras labores, vuestros negocios, y salid de vuestras casas á contemplar al Rey de la gloria que pasea triunfante por nuestras calles. Su rostro despide rayos de luz que se sintetizan en la Verdad, pues Él es la Verdad; arroja chispas de ardoroso fuego que se sintetizan en el amor, pues Él es el amor. Fijaos en su real diadema cuajada de punzantes espi-

(1) Isai. LXVI, 8.

(2) Cant. III, 11.

nas, que colocó su Eterno Padre en el día de su Pasión amarga; Él ha trocado esa corona de angustia por una corona de gloria, con la cual espera ceñir nuestra frente si nos hacemos acreedores. Hoy, día del Señor, es el día de la alegría de su corazón, puesto que sale del templo, no con el brazo airado, como se mostraba desde las altas cumbres del Sina, sino lleno de mansedumbre para que se cumplan aquellas frases del profeta (1): Decid á la hija de Sión: «He ahí que tu rey viene á ti lleno de mansedumbre.» Hoy aparece Jesucristo más simpático, si cabe la frase, que nunca, entre las nubes de vaporoso incienso, los devotos himnos litúrgicos, las centenas de hermosas luces y el cortejo de millares de súbditos leales. ¡Oh Señor! Cumplisteis por fin en el día de hoy, mejor que en ningún otro día, la palabra dada á los patriarcas y profetas y justos de la ley antigua, cuando les asegurasteis: «Pondré mi tabernáculo en medio de vosotros y no os desecharé; andaré entre vosotros; seré vuestro Dios y vosotros seréis mi pueblo.» Por eso os damos infinitas gracias y os proclamamos Rey universal en nuestro corazón y en el templo, en nuestro domicilio particular y en la vía pública, ante los pequeños y ante los grandes, en presencia de los católicos y de los herejes, á la faz del mundo entero, y queremos que vuestro Reinado se extienda por todas partes y por todos los siglos.

7. Un buen cristiano debe manifestar en el día del Corpus sentimientos extraordinarios de fervor. Los siervos de Dios lo celebraron con más gozo, con más suntuosidad que las demás festividades. S. Francisco de Sales quedaba dulcemente extático ante la contemplación de las finezas que el Dios del Sagrario derrama en este día á los hombres. S. Pío V no permitía que, en el Vaticano, ningún sacerdote llevase en este día la Sagrada Custodia; él mismo la conducía con entusiasmo. El beato Nicolás Factor parecía morir de alegría, y un arrobamiento sucedía á otro; nadie podía distraerle de la atención fija que tenía en dicha fiesta al Sacramento. El

(1) Math. XXI, 5.

bienaventurado Bernardo Corleón no cesaba en este día de predicar el gozo y el contento á los hombres; se entusiasmaba de tal manera ante la Sagrada Custodia que prorrum-pía unas veces en agradables cánticos y otras en acompasadas danzas y ademanes cariñosos hacia Jesús Sacramentado. Quien ama á Jesucristo entiende semejante manera de proceder.

S. La Iglesia Nuestra Madre, inspirada sabiamente por el Santo Espíritu, determinó celebrar esta festividad con extraordinaria pompa y magnificencia. El Jueves Santo era en la venerable antigüedad la fiesta mayor del año, precisamente porque se recordaba la institución del Sacramento Santísimo, el mayor y más excelente de todos los Misterios. He ahí por qué era celebrada con inusitada pompa y extraordinaria alegría, al menos por la mañana, de lo cual subsisten todavía en nuestra liturgia vestigios saludables; y épocas hubo en que el ayuno no obligaba; pero Urbano IV, al segregar la fiesta de la institución del Cuerpo del Señor de la del Jueves Santo; ó para decirlo con más propiedad, al establecer otra fiesta en que se celebrase no sólo la referida institución, sino más particularmente el triunfo de la Santa Eucaristía, prescribió que la festiva pompa del Jueves de la semana mayor quedase trasladada al jueves siguiente de la fiesta de la Trinidad augusta.

Quiso ciertamente el Papa mencionado que ya que instituía la fiesta del Santísimo Sacramento, fuese solemnizada con todo el aparato posible, á fin de (son palabras suyas) «adorar, venerar, glorificar y honrar con singulares alabanzas y engrandecer con públicos pregones el venerable Sacramento». Y al conceder variedad de indulgencias á cuantos fieles asistiesen á la festividad del Corpus; y al decretar que esta festividad fuese solemnizada con octava y procesión general á la que asistir debieran el Clero secular y regular y los fieles no impedidos; y al insistir en que esta procesión resultase lo más brillante posible, manifestó que esta solemnidad es la mayor y la más digna de todas las de la Iglesia. Más tarde, el Concilio de Trento, en honra y

veneración del Sacramento Santísimo, declaró que la dedicación de un día particular anual para celebrar el Triunfo de Jesucristo Sacramentado, y sobre todo, la práctica de llevarle con reverencia y honor por las calles, es una costumbre laudable y santa. Y esta religiosa costumbre, confirmada por un ecuménico Concilio; ratificada por mil decretos pontificios y episcopales; sublimada con estatutos regulares y eclesiásticos; acatada por innumerables leyes civiles; respetada de los mismos infieles; enaltecida con la puntual asistencia de las corporaciones, y universidades, y academias, y gremios; reverenciada por centenares de asociaciones, y cofradías, y obras sacramentales; santificada por hombres y mujeres venerables; deificada por todo género de clásicos artistas, y venerada con aplauso y honor de todo el pueblo católico, hácenos creer hasta la evidencia que su magnificencia es incomparable, que su dignidad es relativamente infinita.

PARTE 2.^a

9. Mas todo el esmero de la santa Iglesia, en estos días, consiste en rendir cultos de adoración y de agradecimiento á Jesucristo Sacramentado. Los esplendores de la Esposa del Cordero proceden de la inextinguible luz que el Sagrario despide; sus poderosas fuerzas las adquiere al pie del altar; su vida, no hay duda que es el Sacramento Santísimo: luego su reconocimiento á Jesucristo Sacramentado debe ser notorio, público y solemne. Ante todo, el Salvador merece una adoración absoluta. «Venid, postrémonos ante el Señor y adorémosle, porque Él es nuestro Dios y Señor». Estas palabras, que pronunciara el vate coronado, debieran estar grabadas en nuestra mente para traducirlas á la práctica cuando menester sea; están de común acuerdo con las que escribió el desterrado de Patmos, al contemplar en el cielo al Cordero sacrificado, y que certificó haber oído de boca de angélicos espíritus: «Digno es el Cordero que se sacrificó de recibir el poder, la bendición, la divinidad, la sabiduría, la fortaleza, el honor y la gloria (1)». En efecto,

(1) Apoc. V. 12.

colocado este precioso Cordero en medio del Edén celeste, rodeado de infinidad de espíritus, y cortejado por ejércitos de santos, es reverenciado también por veinticuatro ancianos que, vestidos de blancas túnicas, y ceñidos de áureas diademas, cantan sin cesar, al propio tiempo que arrojan las regias coronas á los pies del invicto Cordero: «Digno eres de recibir el honor, la adoración y la bendición del mundo entero, porque Tú nos redimiste con tu sangre». Los veinticuatro ancianos y millares de voces celestes y la creación entera responde á una voz, diciendo *Amén*, y nuestra lengua y nuestro corazón, al unísono del divino canto, debe responder asimismo con un fervoroso *Amén*, que éste es el asentimiento del alma á la adoración que debe tributar á Jesucristo Sacramentado.

Preciso es, por lo tanto, que demos particular adoración al Sacramento del Altar, diversa de la que tributamos á la Virgen Santísima y á los santos, ya que en este Divino Misterio está realmente presente Jesucristo, Dios y Hombre; y asimismo porque la Divinidad se halla con nosotros del modo más próximo posible. Un monarca es igualmente reverenciado en todos sus dominios; pero nadie pondrá en duda que lo es más cuando está en nuestra presencia: de idéntica manera, el Hijo de Dios es igualmente adorable en todos los lugares, ya que todos son del dominio del Altísimo; pero es más adorable cuando nos presentamos ante su personal acatamiento.

Hay otra poderosísima razón por la cual Jesucristo Sacramentado merece adoración particular. Es la profunda humillación que ha sufrido al ponerse en el Misterio del Altar. No es posible que el hombre se forme una idea, siquiera adecuada, de la humildad que Jesús manifiesta en el Sagrario. Se nos muestra bajo las modestas apariencias de pan y vino; se nos entrega como manjar ordinario; se da á los santos como á los pecadores, á los ilustrados como á los rústicos; se aprisiona día y noche en la lobreguez del Sagrario... ¡Ah! ¿Quién puede explicar con palabras suficientes la humildad de Jesucristo en el Sacramento? Pero bien;

el Apóstol enseña (1) que por razón de que el Salvador se anonadó hasta el polvo, tomando la forma de esclavo, y apareciendo poco menos que con figura de hombre (2), su Eterno Padre le ensalzó sobre todas las criaturas y le otorgó un nombre sobre todo nombre, á fin de que todas las criaturas que existen en el cielo y en la tierra y en los avernos *doblen la rodilla al nombre de Jesús*, y confiese toda lengua que Nuestro Señor Jesucristo está en la gloria de Dios Padre. Esto dice el Apóstol, y lo escribe exacta y admirablemente, ocupándose de sólo el augustísimo nombre de Jesús; mas, ¿qué dijera si se tratara no ya del nombre sino de su Persona divina? ¿Qué clase de adoración merecería entonces? Ahora bien; tomando yo las palabras de S. Pablo por base de mi argumento, pregunto: Si Cristo, Señor Nuestro, porque se humilló tomando la forma de siervo, merece que todo lo existente doble su rodilla y exalte su nombre, ¿qué género de adoración merecerá por haberse humillado, abatido y en cierto modo aniquilado en el Misterio de los altares?

Jesucristo en el Sacramento merece, en consecuencia, una adoración particularísima, según advierte el Tridentino, y esta particularísima adoración consiste en humillarnos hasta el polvo y reconocer las excelencias del Salvador; que es aquello mismo que el Redentor dijo, que debíamos adorar al Padre en espíritu y en verdad; y esta especial adoración debemos rendir al Sacramento Santísimo muy especialmente en la festividad y octava del Corpus, tiempo en que hemos de manifestar nuestras particulares simpatías por la Hostia inmaculada. No importa, no, que no veamos en esa Hostia sagrada á Jesús, resplandeciente como en la gloria; no importa, no, que no oigamos las voces dulcísimas de los angélicos coros; no importa, no, que no presenciemos las adoraciones que le rinden los bienaventurados. La fe nos basta para adorar al Señor como conviene, y esta adoración rendi-

(1) Philip., II, 7.

(2) Isai., LIII, 2.

da, y esta adoración pública se la tributa en estos días la naturaleza y la Iglesia Católica.

10. Sí; desde el variado canto de los mirlos en los altos pinares y el inimitable gorjeo de los ruiseñores en las frondosas alamedas, hasta el monótono chirrido del gorrión en los sembrados y el cansado piar de la golondrina en los huecos de la pared; desde el arbusto respetable que crece en encumbrado monte, hasta la florecilla humilde que brota en el campo; desde el caudaloso río que serpentea manso por las frondosas riberas, hasta el pequeño arroyuelo que se desliza blandamente entre lechos de fina arena y verde musgo; desde el dorado grano que se exhibe orgulloso en los inmensos sembrados, hasta el fruto multicolor y delicado que en racimos cuelga de los árboles frutales, todo, todo dice con su muda lengua, pero con voz expresiva, invitando en el día de hoy á los hombres: *Benedicid al Señor del Sacramento.*

11. Y á las voces múltiples y sonoras de la naturaleza se mezclan las de la Iglesia santa, que en este día auna sus facultades, redobra sus esfuerzos y amontona sus riquezas para ofrecerlas al Dios de la Eucaristía. Desde las vísperas, y acompañada del festivo voltear de los sagrados broncees y de los dulces acordes arrancados al órgano, comienza á festejar á su Criador, presente en el Altar en medio de numerosas y variadas luces, de nubes de aromático incienso y bajo dosel primoroso. En el propio día del Corpus, ayudada de los fieles que, gozosos desde la víspera, han dispuesto las calles y las fachadas de sus casas con arcos de verde arrayán, hermosas colgaduras y demás invenciones artísticas, celebra con inusitada pompa el augusto Sacrificio de los altares. Luego se dispone para conducir solemnemente á Jesucristo por las calles y plazas que en pocos momentos van á ser transformadas en espectáculo paradisiaco. ¡Qué concurrencia, qué animación! Toda clase de autoridades, y gremios, y asociaciones, ostentando sus majestuosos uniformes y llevando en la mano una vela encendida, aguardan con ansiedad y con no menos silencio el trofeo glorioso de

la Redención. Tras él desfilan de dos en dos los acompañantes con gravedad, respeto y devoción, rompiendo tan bella monotonía las imágenes lujosamente adornadas y los hermosos niños elegantemente vestidos, que ostentan en sus manos bandejas de olorosas flores. Descúbrese en último lugar el respetable Clero con sus ricas vestiduras sagradas, que trae por dignísimo Presidente al Rey inmortal de los siglos sacramentado, llevado en manos del celebrante, bajo palio de bruñida plata y rodeado de amantes hijos y defensores centinelas, que se esmeran aquéllos por colmarle de alabanzas y éstos por hacer la corte militar. Si á esto se añade el canto litúrgico y las melodías musicales, las nubes de grato perfume y el clamoreo de las campanas, el estruendo del cañón y las adoraciones del pueblo, ¡ah! entonces, ante el sorprendente y grandioso cuadro, el espíritu se humilla, el corazón se dilata, y el ser humano prorrumpe en tiernos actos de amor hacia Jesucristo Sacramentado.

¡Qué espectáculo! El Dios, que, justamente irritado, hizo perecer en universal cataclismo al género humano, salvando tan sólo á ocho personas; el Dios, que, lleno de santo furor, abrasó en un momento á cuatro nefandas á la par que hermosas ciudades de Pentápolis; el Dios, que, vengando su honor, desoló en breves instantes las sólidas murallas de Jericó; el Dios que manda á los vientos y á los mares y obedecen al momento: ese mismo Dios Omnipotente, con mansedumbre incomparable, se deja llevar, aprisionado con cadenas de amor, por la vía pública á fin de bendecir á sus hijos. ¡Bendito sea infinitamente el Señor que tales privilegios concede al hombre!

12. Pero el triunfo de Jesucristo sobre sus enemigos es completo: los que negaban su presencia sacramental se ven hoy confundidos; los que dudaban del Misterio del amor han corroborado su fe á la vista de la procesión del Corpus; los que blasfemaban del Sacramento eucarístico se han horrorizado ante sus mismas blasfemias. Jesucristo se pasea triunfante por las calles de las ciudades, aclamado por las muchedumbres que le adoran. Asociémonos á la triunfal ca-

rrera del Salvador. Purificados de nuestras culpas, no deberemos dejar pasar estas solemnes fiestas sin acercarnos siquiera una vez á participar de sus bodas eucarísticas. Sentados á la Mesa del Cordero, victoreémosle por nuestro caudillo: que Él sea nuestra luz, nuestra esperanza, nuestro amor y nuestra vida. No desertemos jamás de sus filas: ellas son nuestro poder. Que su bandera sea nuestra divisa, para que, envueltos con ella, podamos librarnos de los envenenados dardos de nuestros enemigos.

¡Dulce Jesús Sacramentado, sol de la Iglesia é imán del alma! Postrados á vuestros pies y con la frente pegada en el polvo, os adoramos rendidamente como á Dios y Señor nuestro. Váis á salir del augusto templo para visitarnos. Entonces, Señor, bendecid nuestras casas que son vuestras; bendecid sus moradores que os aman; bendecid sus obras. Que esta bendición sea eficaz para que no caigamos en la culpa, para que adelantemos en el camino del bien, y para que, en último término, nos llevéis un día á vuestras eternas mansiones, donde os veamos sin celajes y gocemos de vuestra divina presencia. Amén.

SECCIÓN II

EXCELENCIAS Y OFICIOS DE LA SANTA EUCARISTÍA CONSIDERADA COMO SACRAMENTO

Asuntos predicables y de amena lectura, en forma de discursos.

I

*Jesucristo en el Santísimo Sacramento
es nuestro Padre.*

*Et vocabitur nomen ejus Pater futuri seculi.
Será llamado Padre del siglo venidero.*

ISAÍ. IX, 6.

1. Con un epíteto digno de la grandeza y de la bondad del Altísimo designó el Profeta de los Misterios al Deseado de las naciones: «Su nombre ha de ser, dijo, Padre del siglo venidero (1)». Mas pregunto: ¿Acaso, el Hijo de Dios, antes de asumir la naturaleza humana no era Padre de los hombres? Y si lo era, ¿por qué razón, Isaías denomina al futuro Salvador con la bella frase mencionada, como si antes de encarnarse en el seno de humilde Virgen no lo fuese? ¿Qué misterio es éste? La fe nos dicta que Dios formó al hombre, y que le crió sobre la tierra; y por este doble motivo, juntamente con otros que no son del caso referir, el Hijo de Dios, asociado á las restantes Divinas Personas, es en

(1) Loc. cit.

rrera del Salvador. Purificados de nuestras culpas, no deberemos dejar pasar estas solemnes fiestas sin acercarnos siquiera una vez á participar de sus bodas eucarísticas. Sentados á la Mesa del Cordero, victoreémosle por nuestro caudillo: que Él sea nuestra luz, nuestra esperanza, nuestro amor y nuestra vida. No desertemos jamás de sus filas: ellas son nuestro poder. Que su bandera sea nuestra divisa, para que, envueltos con ella, podamos librarnos de los envenenados dardos de nuestros enemigos.

¡Dulce Jesús Sacramentado, sol de la Iglesia é imán del alma! Postrados á vuestros pies y con la frente pegada en el polvo, os adoramos rendidamente como á Dios y Señor nuestro. Váis á salir del augusto templo para visitarnos. Entonces, Señor, bendecid nuestras casas que son vuestras; bendecid sus moradores que os aman; bendecid sus obras. Que esta bendición sea eficaz para que no caigamos en la culpa, para que adelantemos en el camino del bien, y para que, en último término, nos llevéis un día á vuestras eternas mansiones, donde os veamos sin celajes y gocemos de vuestra divina presencia. Amén.

SECCIÓN II

EXCELENCIAS Y OFICIOS DE LA SANTA EUCARISTÍA CONSIDERADA COMO SACRAMENTO

Asuntos predicables y de amena lectura, en forma de discursos.

I

*Jesucristo en el Santísimo Sacramento
es nuestro Padre.*

*Et vocabitur nomen ejus Pater futuri seculi.
Será llamado Padre del siglo venidero.*

ISAÍ. IX, 6.

1. Con un epíteto digno de la grandeza y de la bondad del Altísimo designó el Profeta de los Misterios al Deseado de las naciones: «Su nombre ha de ser, dijo, Padre del siglo venidero (1)». Mas pregunto: ¿Acaso, el Hijo de Dios, antes de asumir la naturaleza humana no era Padre de los hombres? Y si lo era, ¿por qué razón, Isaías denomina al futuro Salvador con la bella frase mencionada, como si antes de encarnarse en el seno de humilde Virgen no lo fuese? ¿Qué misterio es éste? La fe nos dicta que Dios formó al hombre, y que le crió sobre la tierra; y por este doble motivo, juntamente con otros que no son del caso referir, el Hijo de Dios, asociado á las restantes Divinas Personas, es en

(1) Loc. cit.

verdad Padre de los hombres. Mas es lo cierto que la Augusta Trinidad no ejercía con los descendientes de Adán todos los cargos de un amoroso Padre; se había reservado algunos para el tiempo de la Encarnación del Verbo; tales ministerios debía desempeñarlos particularmente este Hijo de Dios Redentor, trabajando constante, sudando copiosa y sufriendo amargamente por sus hijos á fin de conducirlos por su misma mano al puerto de la salvación eterna. Jesucristo, empero, había de morir, porque era mortal, y murió ciertamente en afrentoso patíbulo, y estos ministerios personales cesarían con su muerte; previsto lo cual por el Salvador, con esa penetrante mirada que alcanza á todos los siglos y á todos los seres, buscó un medio adecuado para perpetuarlos también personalmente; y ved ahí por qué con ese medio enteramente divino, y maravilloso en extremo, pudo extender felizmente en los hombres y á favor de las generaciones todos los bellos oficios que ejecutara en su vida mortal y perpetuarlos hasta el fin de los siglos. El principal, por consiguiente, de estos ministerios que Jesús nos dispensa desde el adorable Sacramento es el de *Padre*. Para el Salvador este divino ministerio es una gloria eterna y una satisfacción completa; para los cristianos constituye una gracia imponderable y un provecho inmenso.

Aquél, empero, podrá llamarse con propiedad verdadero y solícito padre que ha engendrado á su hijo y que le mantiene, educa y socorre en sus necesidades. Sentadas estas bases, estudiemos si Jesucristo Sacramentado ejerce para con los cristianos, sus hijos, tan elevados y piadosos oficios.

§. I.—*Un legítimo padre debe haber engendrado á su hijo.*

2. Desde este punto de vista, el Hombre Dios Sacramentado puede considerarse tres veces padre del cristiano. En efecto: no podemos negar que Jesucristo, en el Sacramento del amor, así como es verdadero hombre es también verdadero Dios, y en concepto de tal infundió al primer Adán en el paraíso, el soplo de la vida, esa alma espiritual,

obra inmortal de la Divinidad y reflejo permanente de la Trinidad indivisa; mas semejante prodigio constituye un verdadero y propio engendramiento. Á la verdad, esta palabra, sin separarse de su literal sentido, tiene dos acepciones diferentes, á saber: la generación de la carne, y asimismo la producción ó creación del nobilísimo espíritu del hombre. Por manera que, si con razón damos el nombre de padre al que suministró la materia del humano compuesto, con mayor causa debemos atribuirlo á quien produce de la nada el espíritu, y le infunde maravillosamente en la materia corpórea. Si algún motivo existiera para dejar de dar el nombre de padre al autor terreno de nuestros días, no lo habría jamás para dejar de aplicarlo al Autor celestial por quien únicamente poseemos la vida físico-espiritual que armonizada llevamos.

3. En el heroico y sublime acto de la humana Redención es cuando Jesucristo arrojó en nuestras almas la semilla de la vida eterna para que mediante nuestra personal cooperación germinara, se desarrollara y produjera el debido fruto de la cooperación á la gracia divina. Nadie podrá poner en duda la legitimidad de este sublime engendro. Cristo, en efecto, satisfizo propia, verdadera y con solos sus infinitos méritos por los hombres; pero aquéllos no se nos aplican, sino mediante nuestra espontánea cooperación. Entonces puede decirse que es cuando el Salvador engendra en el alma la gracia santificante que nos hace merecedores de la vida eterna. Mas advierto que es Jesucristo Sacramentado quien en ocasión semejante nos ha dispensado los oficios de legítimo padre, porque el Salvador, antes que subiese al Gólgota y se abrazase gustosamente al Madero santo para pagar nuestra inmensa deuda, instituyó el adorable Sacramento del Altar; en Él concentró todo su infinito amor, y á la manera que el sol no puede aprisionar sus fecundos rayos en el disco, sino que les ha de permitir obrar con natural libertad para que bañen con su fecundante luz la tierra y devuelvan las energías á los seres, así también el Sol de las eternidades no pudo aprisionar los raudales de su

amor en el disco santo de la Hostia inmaculada, sino que hubo de permitir se derramasen hasta la Cruz del Calvario, desde donde la luz apareció á los hijos de Adán, devolviendo á los mismos las potentes energías perdidas por la culpa. El amor celestial, que rebosaba en el divino vaso del Sacramento, fué el mismo que llegó hasta la cruz; de ahí que la caridad que se hacía visible al mundo en la Cruz partía del Cenáculo. Por eso no titubeo en afirmar que el amor de Jesucristo Sacramentado fué el que nos engendró la vida de la gracia divina al terminarse aquel amor, como en escena, en el Gólgota. De conformidad con este pensamiento escriben los evangelistas aquellas sublimes palabras del Salvador, pronunciadas momentos antes de instituir la Sagrada Eucaristía: «Con intenso deseo he apetecido comer esta Pascua (la de su Cuerpo y Sangre) con vosotros antes que padezca» (1); las cuales palabras, dice S. Lorenzo Justiniano, son voces con que nos demostraba Jesús el ardiente amor que abrigaba su Corazón sagrado en darse á los hombres sacramentado antes de morir (2).

1. La tercera vez por la cual Jesucristo engendra la vida de su gracia en el cristiano, es en el acto de la percepción santa de su Cuerpo y Sangre; acción que puede considerarse en dos aspectos diferentes: primero, en cuanto á la Divina Comida que se recibe; y segundo, en cuanto á la gracia que por Ella se concede. Por el primero, es evidente que Cristo, Señor nuestro, se une de tal modo á nosotros que, en bella frase de Tertuliano, (3) nuestra carne se sustenta de su carne y nuestra alma se engrasa de su divinidad; y en sentir de S. Cirilo, (4) nosotros nos unimos á Jesucristo Sacramentado, no de otra manera que se unen entre sí dos gotas de cera líquida. Enseña el santo Concilio Florentino (5) que el Divino Manjar obra en el alma lo que el manjar terreno en el cuerpo; y á la manera que al comer una

(1) Luc. XXII. 15.

(2) Serm. Corporis Christi.

(3) Lib. de Resurrect. corp., cap. 8.

(4) Lib. 4 in Joan., cap. 17.

(5) Decret. ad Armenios.

vianda nos asimilamos sus alimenticias propiedades, de tal suerte que nuestra carne y nuestra sangre aumentan en peso, fuerza y riqueza, efecto natural de la unión íntima de ambas materias, así, cuando recibimos á Jesucristo Sacramentado, somos hechos concorpóreos con Él. Jesucristo, en efecto, nos atrae, nos une á sí, nos muda enteramente, nos devuelve endiosados.

De esta unión divina, de esta unión inexplicable brota la fuente de mercedes especiales que el Salvador derrama sobre los comulgantes. En este momento es cuando el Dios Hombre sacramentado actúa como legítimo Padre al engendrarnos de nuevo su gracia divina y el don propio del Sacramento; nos transforma en nuevos seres, nos rejuvenece á las miradas celestiales, nos sella con la fuerte impresión que recibimos del Sacramento al otorgarnos el carácter de hijos predilectos suyos.

§. II.

5. Dije en un principio que *el verdadero y solícito padre mantiene de sus bienes á sus amados hijos*; y nadie mejor que el Divino Señor en el Sacramento practica este dulce ministerio, al tratarse de sus propios hijos adquiridos con el precio inestimable de su sangre. Jesucristo, en efecto, sustenta, no ya de lo suyo, no ya de los bienes del universo, sino de sí mismo á sus redimidos; «no al modo, añade el Crisóstomo, que muchas madres que entregan sus hijos á las nodrizas, antes bien nos abreva con su sangre y nos engorda con sus divinas carnes (1)». Esto es tanto más cierto cuanto que la misma Verdad infalible lo ha declarado: «El que me come á mí, vivirá por mí (2)». La vida espiritual, la vida divina del alma cristiana no se debe con toda propiedad á las buenas obras particulares y exclusivas del individuo, porque éste, sin el auxilio divino, ninguna obra puede practicar en orden á la salvación; ni aun á la misma gracia de Dios en sí misma considerada, sino que debe atri-

(1) Hom. 60 ad pop. Antioch.

(2) Joan. VI. 58.

buirse infalible y peculiarmente á la acción de la Comida eucarística; no porque la gracia del Altísimo no transforme á los hijos de ira en hijos de Dios, sino porque es voluntad del Omnipotente que, así como en la Iglesia todo se ordena á la Santa Eucaristía, así también, para la virtud y el progreso en el bien de esta misma Iglesia, proceda todo inmediata ó mediatamente de la Eucaristía. Si pretendéis que la gracia de Dios, simplemente considerada, sustente la vida espiritual del católico, yo, sin dejar de concederlo, iré más adelante, y, asiéndome á las palabras del Salvador, diré que por la recepción de su Cuerpo y Sangre algo más que con su gracia sola pretende otorgarnos, puesto que viviremos por Él, llevando una vida semejante á la suya; porque á la manera que Jesucristo y el Padre son por naturaleza divina un mismo ser, así Jesucristo y el alma del comulgante son también un mismo ser por la unión estrecha, altísima, indecible y divina, resultante de la percepción de su Cuerpo y Sangre. Jesucristo, por medio de su gracia, nos concede la justificación: por medio de su Cuerpo y Sangre, nos otorga su vida íntima; debido á la primera nos regala su santidad; en atención á los segundos nos levanta á una perfección altísima; por aquélla nos da el carácter de hijos suyos: con su Cuerpo y Sangre nos endiosa. Por medio de la Eucaristía somos asociados á la vida de Dios.

6. Pero bien: Jesucristo, en cuanto Dios, nos ha dado el ser racional; en cuanto Dios Hombre, la vida de la gracia divina; en cuanto Dios Hombre Sacramentado, su propia vida. Las riquezas invaluablemente escondidas en el pecho de Jesús sacramentado, esas mismas son las que se participan al cristiano comulgante. ¡Admirable dignación del Omnipotente! ¿Quién había de creer estas cosas si la misma Verdad no las asegurara? Quién había de persuadirse que la vida de Dios iba á ser la vida del cristiano? No estamos convidados á un regio convite, cual el opíparo de Asuero; ni invitados á comer diariamente, como Miphiboseth á la mesa de David: estos banquetes, á la verdad, eran muy pobres; no se consideraban dignos de la grandeza de un Dios. Je-

sucristo fué más adelante; su amor tocó los límites de lo infinito, si así es permitido expresarse; y, arrojando en la sociedad cristiana el resto de sus riquezas, quiere sustentar á su pueblo, no con carnes ajenas sino con la suya propia: su mismo espíritu, sus propias excelencias son las que animan y adornan respectivamente nuestro débil espíritu, nuestras sucias miserias.

7. Que esto sea así, lo manifiestan palpablemente aquellas palabras de la oración dominical: «El pan nuestro de cada día, dánosle hoy». El divino Salvador, por estos preciosos vocablos, no nos estimuló únicamente á que solicitásemos de su Providencia el pan material con que sustentamos nuestros cuerpos, sino más principalmente el Pan sobresubstancial de su Cuerpo y Sangre á fin de que fuese nuestro espiritual alimento. Ved ahí por qué en S. Mateo (1) se lee: *panem nostrum supersubstantialem*, esto es: el Pan santo de la Eucaristía, según lo entienden muchos expositores. Nuestro Padre S. Francisco (2), con aquella elevación de ideas y aquel purísimo fervor que le caracterizaba, dice también que por las palabras referidas solicitamos del Eterno Padre á su muy amado Hijo, Nuestro Señor Jesucristo, y decimos, «dánosle hoy», en memoria, inteligencia y reverencia del amor que nos tuvo y de las cosas que por nosotros pronunció, hizo y padeció en su mortal vida. Ahora bien; ¿qué es lo que nos revelan estas consoladoras sollicitaciones que el divino Salvador nos manda practicar diariamente? Pues declaran altamente que Jesucristo quiere verse como forzado por nosotros para darnos ese Pan sobresubstancial con el cual pretende alimentar nuestro espíritu y sustentar las fuerzas de nuestro corazón. Mas no está aquí todo.

§. III.—*El verdadero padre educa y socorre también á sus hijos.*

8. Con sollicitud infatigable, pero con grande amargura de su divino Corazón, practica Jesús Sacramentado este mi-

(1) Cap. VI, 11.

(2) Exposit. super orat. Domin., oppusc.

nisterio, ya que á pesar de tantas amonestaciones y ejemplos como nos da desde el Sagrario, los cristianos no queremos oír sus dulces advertencias, ni seguir las seguras huellas que nos ha marcado en el Evangelio. Oculto en la Hostia santa, y prisionero en el Tabernáculo, Jesucristo rige al mundo y gobierna á cada uno de los hombres, ofreciéndonos esa educación privado-social que anhelamos, con las suaves enseñanzas que emanan de la cátedra eucarística. El verdadero colegio es el santuario; el director, Jesucristo; los libros, sus virtudes; los demás medios pedagógicos, sus gracias. Como en todas partes y en todo tiempo, lo que falta es una buena voluntad que se sujete á la del director, un buen temple que se amolde á las exigencias del jefe del colegio. ¿Qué no pudiéramos aprender si atentos escucháramos esas lecciones prácticas de humildad, paciencia, pureza, obediencia, pobreza, caridad, silencio y perseverancia que el divino Director nos ofrece desde el santo Tabernáculo? Pero, desgraciadamente, tan buen Padre no es generalmente correspondido. Las ingraticudes llueven de continuo sobre Él, y las indiferencias y desprecios se amontonan sobre su amante Corazón. ¿Qué extraño es, pues, que el Señor se queje de tan incalificable conducta, y dé á conocer su amarga pena con estos siguientes términos: «Singularmente quiero que entiendas (dice la Virgen Santísima á la M. Agreda) la indignación del Omnipotente Dios contra los que atrevidos y con loca osadía reciben indignamente estos sagrados sacramentos, en especial el augustísimo del Altar? ¡Oh alma, y cuánto pesa esta culpa en la estimación del Señor y de los santos! Y no sólo recibirle indignamente, pero las irreverencias que se cometen en las iglesias y en su real presencia.... Has de saber que el juicio de éstos será formidable y sin misericordia, como de siervos malos é infieles condenados por su misma boca». Temamos las amenazas del Altísimo, y, atentos á sus enseñanzas, llevémoslas al terreno de la práctica, y no olvidemos asimismo que también el Salvador en el Sacramento socorre las necesidades de sus hijos.

9. Jesús, en efecto, oye las súplicas de las almas por pecadoras que sean; porque la oración, en sentir de S. Bernardo, jamás es desoída; antes bien, penetrando las nubes, llega al trono del mismo Dios, donde es recogida por los ángeles y presentada al Excelso. Y si la oración dirigida al cielo se alcanza, ¿cómo no se obtendrá si la elevamos al Sagrario, sola ó mezclada con las plegarias de los fieles, privadamente, ó asociándose á los himnos litúrgicos, entre las nubes de perfumado incienso que la Iglesia oficialmente eleva al Dios Hombre Sacramentado? ¡Ah! Jesucristo está en el Tabernáculo dispuesto á favorecernos; y el venerable P. Baltasar Álvarez le vió con las manos llenas de gracias, buscando á quien dispensarlas; y el beato Enrique Susón no titubea en afirmar que el Salvador en la Eucaristía oye más que en otras partes las oraciones de los fieles.

Y estas consoladoras ideas no pueden en manera alguna llamar la atención del cristiano, si tiene en cuenta que el Omnipotente dijo al más grande de los reyes que Él había escogido el lugar del templo jerosolimitano para tener fijos en él sus ojos y su corazón en todo tiempo, á fin de oír desde el mismo lugar las fervorosas plegarias de los fieles y despacharlas satisfactoriamente (1); lo cual con doble razón practica el Señor desde los altares de nuestros templos; pues en realidad, su corazón, sus ojos y su divinidad se hallan verdadera y sacramentalmente presentes en ellos. Por esta razón poderosísima debemos llegarnos con absoluta confianza al Sagrario para suplicar con fervor, esperar con fe y recibir con agradecimiento.

Mas, no creáis que Jesucristo en el más amoroso de sus Misterios socorre tan solamente las necesidades espirituales de sus hijos. El siguiente suceso pondrá en evidencia que asimismo socorre otro orden de necesidades. En efecto: debía Sto. Tomás de Aquino defender con precisión, en la Universidad de París, cierta cuestión ardua acerca de los accidentes de pan y vino que permanecen después de la

(1) Lib. II Paralip., cap. VII.

consagración. Escribió su opinión en un papel y lo presentó en el altar del Sacramento, suplicando al Señor se dignase confirmar su parecer si era verdadero. Entonces, Jesucristo se le mostró visible en el altar y le dirigió estas textuales palabras: «Bien escrito está esto, Tomás. ¿Qué merced quieres te conceda?—Sólo tu amor, respondió el angélico» (1).

10. Que Jesús nos defiende de los peligros inminentes, es certísimo, pues un padre tan bondadoso como Él, ¿no nos librará de nuestros enemigos? Sé de cierta persona, y no creo mienta en lo que afirmo, que á más de haber alcanzado muchas gracias del Sacramento Santísimo ha sido defendida, con el poderoso auxilio de este Santo Misterio, de varios fatales accidentes de la vida. Sor Micaela Desmairies, llamada Madre Sacramento, (2) solía decir: «Jamás pedí cosa al Santísimo Sacramento que no me fuese concedida, y encargo á mis hijas sigan mi ejemplo en todas ocasiones y verán lo que es Dios para sus esclavas». He ahí en consecuencia, por cuantos títulos merece Jesús Sacramentado el nombre de Padre.

11. Pero el Divino Salvador desea con instancia le tengamos por bondadoso Padre. Ved por qué nos repite con ternura: «Hijo mío; dame tu corazón» (3); y en el salmo 88 espera le llamemos Padre, por estas palabras: «Él me invocará diciendo: Tú eres mi Padre, Dios mío y amparador de mi salud» (4); y, como dando la razón de semejante exigencia, añade: «¿Acaso no soy yo tu Padre que te poseí, te hice y te crié?» (5) Reflexionad ahora por qué Cristo Señor Nuestro, al enseñarnos á orar, decía: Así os expresaréis al dirigiros á vuestro Dios: «Padre nuestro que estás en los cielos, etc». (6) ¡Ah! es que nuestro amoroso Jesús, no sólo exige le llamemos Padre, sino que gusta sobremanera le ca-

(1) Flos Sanctor., in vita ejus.
 (2) Aviso sacado de sus escritos.
 (3) Prov. XXIII, 26.
 (4) V. 27.
 (5) Cap. XXVII, 6.
 (6) Math. VI, 9.

lifique con semejante nombre, pues por él damos á conocer que efectivamente Jesucristo nos ama como á verdaderos hijos. Todos estos mencionados conceptos, á la verdad, deben ser de inmenso consuelo para los que estamos justamente condenados á comer el pan de la tribulación, amasado con las lágrimas del sufrimiento. Pero en medio de todo, podemos levantar la vista al Sacramento de los amores, y, llamándole Padre, esperar en silencio y con la más completa confianza que nos oirá, ya que nuestro Dios ha dicho: «Porque en mí esperó le libraré, le protegeré porque conoció mi nombre. Clamará á mí y yo le oiré; con él estoy en la tribulación, le libraré de ella y le glorificaré» (1). Entonces, nuestras lágrimas serán bienaventuradas ya que han sido bendecidas y santificadas por la mano del Señor Sacramentado, quien, al consolarnos, puede decirse que por sí propio las ha enjugado.

12. El extático Nicolás Factor, abrasado en las llamas puras del amor al Sacramento, había inventado una religiosa frase para cada letra del alfabeto, y en sus ascensiones espirituales, al llegar á la letra P, solía decir refiriéndose á Jesús Sacramentado: «Padre mío piadosísimo y Señor omnipotente» (2); de este modo mantenía en su alma dulces consideraciones sobre la fineza suma del amor de Jesucristo. San Leonardo de Porto Mauricio, al ocuparse de la recepción eucarística, se expresaba de esta manera: «Tu buen Jesús es tu Padre; te ama muchísimo; quiere llenarte de gracias, Él es fiel y ha prometido oírte, y no pudiendo faltar á su palabra, debe concederte todas las gracias; luego para enriquecerte no es menester hacer otra cosa que buscar las mercedes y vivamente esperarlas» (3). Finalmente, el devoto sacerdote José Cayetano Montuori, autor de *Las glorias de Jesús*, añadía: «Padre es Jesús y Padre afectuosísimo que nos infundió nueva vida, que nos enseñó y alimentó, que nos hizo dichosas las vidas del entendimiento y del corazón y del

(1) Ps. XC, 14 y 15.
 (2) In ejus vita.
 (3) Tesoro Escondido.

cielo con el sacrificio de su sangre, con el ejemplo de sus virtudes, con la doctrina de sus palabras, y con la institución de los Sacramentos» (1).

Al terminar, no puedo por menos de tributar infinitas gracias al Hombre-Dios Sacramentado, ya que nos reconoce por hijos suyos. Nuestro deber es serle en todo momento agradecidos, sumisos y amantes.

ALERE FLAMMAM
VERITATIS EJEMPLO

Á fin de que podamos admirar una vez más el sublime ministerio de Padre que Jesús desempeña desde la Sagrada Eucaristía, y cómo libra de peligros inminentes á sus devotos, bueno será que refiera un suceso acaecido en Harlinge de Frigia por los años de 1567. (2) Siete criminales habían sido sentenciados á la horrible pena de horca. Era llegada la hora de cumplirse la fatal sentencia, y de los siete delincuentes sólo uno quiso confesarse con un padre franciscano, y recibir de sus manos la Sagrada Comunión. Efectivamente, recibió el Pan de los ángeles con devoción muchísima, encomendándose de veras al Santísimo Sacramento. Ahorcados todos los malhechores, creyó el Corregidor que el que había recibido los santos sacramentos estaba aún vivo; por cuya razón ordenó al verdugo apretase más el lazo. Así se hizo, colocándose el ejecutor sobre los hombros del infeliz; pero en el momento se rompió la cuerda, y el desgraciado, al caer al suelo, comenzó á pedir indulgencia á Dios y al juez. Éste, considerando que, según el juicio humano, no era posible que el reo tuviese vida cuando los demás eran difuntos, y que la sogá se rompiese siendo muy consistente, atribuyó el hecho á verdadero milagro del Santísimo Sacramento, por lo cual absolvió de la merecida pena al delincuente.

(1) §. VIII.

(2) Surio, en el coment. del año 1567.

II

*Jesucristo en el Santísimo Sacramento
es nuestro Rey.*

Dicite filia Sion: Ecco rex tuus venit tibi mansuetus.

Decid á la hija de Sión: He aquí que tu rey viene manso á tí.

MATH. XXI, 5.

1. ¿Qué concepto formaríamos de un poderoso monarca que por amor á sus indigentes súbditos se despojase de su purpúreo manto y real corona, y, vestido de humilde paisano, se entrase en la modesta casa del obrero y en la mugrienta guardilla del miserable, con el fin de socorrer sus necesidades y remediar sus miserias? ¿No le aclamaríamos por un príncipe justo y santo? ¿Cómo calificaríamos á otro soberano que, viendo el erario vacío por haberlo dispensado á sus pobres súbditos, y encontrándose sumamente rico, se desprendiese de sus lujosos vestidos y fastuosos muebles, y, vendiéndolos, cediese el precio á los desgraciados y hasta partiese el pan de su boca por ministrarlo al necesitado? ¿No le juzgaríamos de egregio héroe y le colmaríamos de aplausos? Mas, ¿qué diríamos, finalmente, de un rey que, apelando á los medios anteriores, y viéndolos insuficientes, llegase á decir á sus vasallos: Venid, cortad mis carnes, repartiós las, y comed de ellas; al menos haré cuanto pueda por vosotros y moriré gozoso, pues mi sangre será la semilla de vuestra resurrección y de vuestra vida...? ¿No quedaría-

cielo con el sacrificio de su sangre, con el ejemplo de sus virtudes, con la doctrina de sus palabras, y con la institución de los Sacramentos» (1).

Al terminar, no puedo por menos de tributar infinitas gracias al Hombre-Dios Sacramentado, ya que nos reconoce por hijos suyos. Nuestro deber es serle en todo momento agradecidos, sumisos y amantes.

ALERE FLAMMAM
VERITATIS EJEMPLO

Á fin de que podamos admirar una vez más el sublime ministerio de Padre que Jesús desempeña desde la Sagrada Eucaristía, y cómo libra de peligros inminentes á sus devotos, bueno será que refiera un suceso acaecido en Harlinge de Frigia por los años de 1567. (2) Siete criminales habían sido sentenciados á la horrible pena de horca. Era llegada la hora de cumplirse la fatal sentencia, y de los siete delincuentes sólo uno quiso confesarse con un padre franciscano, y recibir de sus manos la Sagrada Comunión. Efectivamente, recibió el Pan de los ángeles con devoción muchísima, encomendándose de veras al Santísimo Sacramento. Ahorcados todos los malhechores, creyó el Corregidor que el que había recibido los santos sacramentos estaba aún vivo; por cuya razón ordenó al verdugo apretase más el lazo. Así se hizo, colocándose el ejecutor sobre los hombros del infeliz; pero en el momento se rompió la cuerda, y el desgraciado, al caer al suelo, comenzó á pedir indulgencia á Dios y al juez. Éste, considerando que, según el juicio humano, no era posible que el reo tuviese vida cuando los demás eran difuntos, y que la sogá se rompiese siendo muy consistente, atribuyó el hecho á verdadero milagro del Santísimo Sacramento, por lo cual absolvió de la merecida pena al delincuente.

(1) §. VIII.

(2) Surio, en el coment. del año 1567.

II

*Jesucristo en el Santísimo Sacramento
es nuestro Rey.*

Dicite filia Sion: Ecco rex tuus venit tibi mansuetus.

Decid á la hija de Sión: He aquí que tu rey viene manso á tí.

MATH. XXI, 5.

1. ¿Qué concepto formaríamos de un poderoso monarca que por amor á sus indigentes súbditos se despojase de su purpúreo manto y real corona, y, vestido de humilde paisano, se entrase en la modesta casa del obrero y en la mugrienta guardilla del miserable, con el fin de socorrer sus necesidades y remediar sus miserias? ¿No le aclamaríamos por un príncipe justo y santo? ¿Cómo calificaríamos á otro soberano que, viendo el erario vacío por haberlo dispensado á sus pobres súbditos, y encontrándose sumamente rico, se desprendiese de sus lujosos vestidos y fastuosos muebles, y, vendiéndolos, cediese el precio á los desgraciados y hasta partiese el pan de su boca por ministrarlo al necesitado? ¿No le juzgaríamos de egregio héroe y le colmaríamos de aplausos? Mas, ¿qué diríamos, finalmente, de un rey que, apelando á los medios anteriores, y viéndolos insuficientes, llegase á decir á sus vasallos: Venid, cortad mis carnes, repartiós las, y comed de ellas; al menos haré cuanto pueda por vosotros y moriré gozoso, pues mi sangre será la semilla de vuestra resurrección y de vuestra vida...? ¿No quedaría-

mos atónitos ante un espectáculo semejante, y diríamos que el hecho ó era fabuloso, ó que su protagonista se había enloquecido por sus amigos? Su magnanimidad, ¿no merecería la divinización?

2. Lo que no es factible en ningún ser humano lo ha sido en Jesucristo, Rey de las eternidades, que por afecto á los hombres, sus vasallos, realizó prodigios de amor tan grandes que, á no dictárnoslos la Fe de la Iglesia Católica, creyéramos fuesen caprichosa fábula forjada en el cerebro humano, mejor que invenciones del amor divino. Sí, por cierto; Jesucristo es el soberano por excelencia que, despojándose de sus vestiduras reales, entró en el mundo para conversar con el pobre, socorrer al necesitado y ayudar al desvalido. Jesucristo Sacramentado es el magnánimo príncipe que cedió sus bienes en beneficio de sus indigentes súbditos, llegando hasta darles la última gota de su divina sangre vertida en el madero de la Cruz. Jesucristo Sacramentado es el rey héroe, el rey divino que, anhelando enriquecer á sus amigos, y conociendo que le faltaba un medio les dijo un día: Venid, comed de mi pan y bebed de mi vino que os he preparado (1). Mas, ¿cuál es ese pan y ese vino sino su Cuerpo y Sangre? ¡Ah! Jesucristo nos lo ha dado todo; ha querido morir y que comiésemos su carne y bebiésemos su sangre, para que aquélla y ésta fuesen nuestra resurrección y nuestra vida ¿Qué más pudo hacer un monarca por sus vasallos? Verdaderamente el Salvador en la Santa Eucaristía es el Dominador supremo tan poderoso como humilde, tan sabio como sencillo, tan justo como compasivo. ¿Qué encomios podremos por consiguiente emplear en su alabanza? Si el hablar de Jesucristo Sacramentado, considerado como Rey, constituye un acto de reconocimiento á su Majestad divina, estudiemos:

I. *Que Dios Padre estableció desde la eternidad á su Hijo Jesucristo por Rey de todos los pueblos.*

II. *Que Jesucristo es Rey en el Sacramento del Amor; y que su reinado es de reparación.*

(1) Prov. IX, 5.

§. I.

Era necesario que Dios fuese reconocido y adorado; era preciso que el hombre fuese redimido y perdonado; era indispensable que Dios y el hombre se uniesen con estrecho vínculo de perfecto amor para satisfacer las naturales aspiraciones de ambos. Mas, á fin de que todas estas legítimas exigencias su realización tuvieran, era también imprescindible que el Eterno Padre adornara las sienes purísimas de su amado Hijo con una diadema inmortal.

3. Desde el principio del mundo comenzaron los descendientes del primer padre á desviarse de los caminos del Señor y á negarle el culto latréutico que se merece; no se nos olvida que en el transcurso de los tiempos y antes que Dios confundiera en Babel el insensato orgullo humano, toda carne había corrompido sus veredas; (1) tampoco ignoramos que, pasados algunos siglos, en frase del profeta coronado, apenas había un hombre que el bien practicase; (2) la idea de la Divinidad fué alterada; los preceptos más sagrados conculcados; las obras de los hombres detestables; sus horrendos crímenes clamaban venganza al cielo; el reinado floreciente del Excelso había sido arrancado del mundo, merced á los impuros ardides del infernal espíritu y á la malicia sin igual de los hombres que los habían secundado. Era, por lo tanto, preciso que el Omnipotente, si deseaba reinar sobre las conciencias de los hombres, sobre la conducta de los pueblos, y sobre el proceder de las naciones, hiciese un titánico esfuerzo y ungiere á su Eterno Hijo, para que, viniendo á los hombres, ganase con sus propios méritos el cetro de la humanidad; y ved ahí que cierto día, en la eternidad misma, Dios Padre dirige á su Unigénito estas amorosas frases: «Pídeme y te daré el reinado de todas las naciones y una herencia tan dilatada que no tenga términos ni fronteras. Á los que se opon-

(1) Genes. VI, 12.

(2) Ps. XIII, 3.

gan á tu principado los desmenuzarás como se desmenuza el frágil barro» (1). Y cuando el Verbo divino hubo tomado carne humana y sembrado la doctrina de su Padre, y confirmádola con sus heróicas virtudes, su vida inmaculada y sus estupendos milagros, entonces, cambiando de faz los hombres, prosternados en el suelo, reconocen al Dios de los ejércitos y le tributan honores debidos; entonces aclaman por universal y absoluto Monarca al que tanta luz había difundido y amor tanto les había mostrado.

4. Pero el hombre necesitaba también ser redimido; le era forzoso escapar de las garras de Lucifer si pretendía conseguir su fin último; y nadie podía arrancarle de aquellas duras prisiones á excepción del Hijo de Dios; mas cuando este trascendental objeto hubiese logrado, después de haber sufrido los trabajos anejos al pobre y al desvalido, por espacio de treinta años consecutivos; luego de haber pasado tres años más de sudores y fatigas, de hambre y sed, de predicación y oración, de injurias y calumnias, de bondad y amor, de tormentos y afrentosa muerte, entonces, el hombre, por quien Jesucristo había tolerado con la más invicta paciencia, con la más perfecta alegría y hasta con el deseo más ilimitado penalidades tantas, siéndole agradecido, se humilla á sus pies y, después de haberle adorado con fe rendida, le levanta sobre sus hombros y le proclama justamente envanecido por su Rey.

Y para que comprendáis que el Padre es quien enviaba su Hijo al mundo á fin de que fuese reconocido por Monarca suyo, cierta ocasión, hallándose el Redentor humanado en el Cenáculo dirige á su eterno Genitor estas palabras: «Glorifica á tu Hijo, ya que le has dado poder sobre todo el linaje humano» (2); y el Altísimo, accediendo á esta justa petición, le corona de inmarcesible gloria, siendo entonces Jesucristo Señor Nuestro proclamado solemnemente por Soberano de todas las gentes. De suerte que, si el Padre pensó colocar sobre los divinos hombros de su bendito Hijo la real

(1) Ps. II. 8 y 9.

(2) Joan. XVII.

púrpura, y sobre sus venerables manos el cetro de la universal dominación, para que debajo de aquélla cobijarse pudiera la humanidad doliente y tras de éste anduviese obediente el pueblo escogido, asimismo, el Hijo de Dios lucró por méritos propios esa divina é inmensa realeza, viniendo á ser por doble causa Rey de los hombres y de los pueblos.

5. Otro motivo existía, siquiera más poderoso que los dos anteriores, puesto que impelía con fuerza inmensa á que el Mesías prometido en la Ley fuese constituido de parte del Padre por Monarca de los hombres. Dios, en efecto, tiende naturalmente á unirse con el hombre, y éste, por una fuerza secreta, poderosa é irresistible, tiende también á unirse y hasta fundirse, si la frase me es permitida, con el Ser por excelencia bueno. Por manera que como todos los racionales tengan aspiraciones semejantes, y el Hijo del Eterno sea, en este caso, el objeto y la fuerza atractibles, resulta que para que esta unión se verifique es preciso que la humanidad entregue la primacía, conceda los derechos, mejor dicho, reconozca los títulos que posee este Hijo de Dios hecho Hombre para reinar sobre ella, que en este concepto, y no en otro, podrá el Criador unirse á la criatura.

6. Todo esto supuesto y probado, exige ahora una reflexión que complementa las tres primeras ideas que señalé en el principio. ¿Os habéis fijado, con esa detención que marca la Fe, en la Hostia inmaculada que preside y da vida á nuestros altares? Habéis investigado las riquezas de Jesús Sacramentado? Si necesario era, y será siempre, que Dios sea reconocido y adorado cual cumple; y si Jesucristo, al venir al mundo, recobró para su Padre los títulos y los derechos de Creador y Señor, y el mundo, á su vez, comenzó á reconocer y adorar en espíritu y verdad al Padre por medio del Hijo: ¿dónde, pregunto, es este Hijo adorado y reconocido mejor y con más propiedad que en el Sacramento de nuestros altares? Más aún; si algo adoramos con culto absoluto de latría con el cual tributar debemos al Omnipotente los homenajes debidos sólo á Dios, es el Santísimo Sacramento: misterio en el que se contiene real y verdadera-

mente Nuestro Señor Jesucristo, y en donde por acompañamiento se hallan también realmente presentes el Padre y el Espíritu Santo. Ahí, pues, en este Sacramento, aprendemos á adorar á Dios; le adoramos, y nos estimulamos fervientemente á reconocer sus derechos.

Si preciso era que el hombre fuese redimido, y si Jesucristo, en efecto, le sacó de la cautividad diabólica; ahí, en el Sacramento y en el Sacrificio eucarísticos, está realmente Jesús prosiguiendo su Obra redentora, y aplicando los méritos que lucrara en el Calvario.

Si indispensable era, finalmente, que Dios y el hombre se unieran con estrecho y perdurable vínculo; y si, en efecto, Dios se une al hombre realmente por su gracia santificante, ahí en el Sacramento del amor se verifica misteriosamente esa unión tan deseada, tan íntima y perfecta, por la cual Jesucristo atrae al hombre y le colma de todas sus propiedades divinas, y el hombre, á su vez, se mezcla, se incorpora con Jesús, y se endiosa, en una palabra. Luego si el Hijo de Dios merece ser Rey de los hombres y de los pueblos por los títulos de Dios y Señor y Redentor, este mismo Hijo de Dios viene á completar en el Sacramento los propios ministerios: luego en el Sacramento es Rey.

3. Semejante reinado fué vaticinado por los profetas y consignado en el Evangelio. David (1) se remonta en espíritu á los tiempos del Salvador, y, hablando con Él, consigna estas memorables palabras: «Tú eres nuestro Rey antes de los siglos, que pusiste por obra la salud en medio de la tierra». El divino Sacramento, en efecto, ha dado la salud y la fortaleza á toda la tierra, porque ésta ha probado el Manjar exquisito de los ángeles. En otros lugares, el profeta coronado manifiesta que el reino (2) es del Señor, y que este reino ha de durar mientras existan los siglos (3). Isaías apellida á Jesucristo, Príncipe de la Paz y Cordero dominador de la tierra (4); le llama asimismo Fuerte, porque es Rey

(1) Ps. LXXIII, 12.

(2) Ps. XXI, 29.

(3) Ps. CXLIV, 13.

(4) Isai. IX, 6.

á quien no podrán resistir los príncipes temporales. Daniel (1) asegura que el Padre Eterno dió al Unigénito la potestad y la honra del reino; que todos los pueblos y tribus y lenguas le servirán á Él, y que su poder será un poder que jamás será destruído.

Éste es aquel Señor á quien las Sagradas Letras denominan Rey de reyes y Señor de los que dominan, ante el cual todos los poderes del cielo, de la tierra y del averno deben precisamente doblar la rodilla. Éste es aquel Príncipe eterno á quien se debe adoración por reunir juntamente con el de Rey el título de Dios. Estando aun recostado en el pesebre, tiritando de frío, fué adorado por tres monarcas sabios del Oriente, quienes le ofrecieron oro é incienso en testificación de su realeza divina. Á los doce años de edad, cuando reputado era por el hijo del artesano, le vemos disputar, cual sabio Legislador, con los soberbios doctores de la sinagoga. El domingo antes de su Pasión le observamos entrar en triunfo y radiante de luz sobre humilde jumento en la ciudad deicida, á cuyo sublime espectáculo, el pueblo, creyendo en verdad era su Libertador y su Rey, se agolpa entusiasta en las calles y plazas, y, llevando en sus manos palmas y ramos en señal de alegría, grita fuera de sí: «Hosanna, hosanna al Hijo de David». El mismo Redentor contesta afirmativamente á la pregunta que le dirigió el inicuo Pilato, sobre ¿si era Rey?, y añadía (2): «Yo para esto he nacido» como si dijera: Yo he nacido con la realeza que he heredado de mi celestial Padre, y para esto he venido al mundo, para ser constituído Príncipe de las almas y de las sociedades cristianas; mas, asimismo he venido para dar testimonio á la verdad. Esta principal virtud acompañada de otra no menos principal, la justicia, deben estar siempre en posesión de los soberanos, y Nuestro Señor Jesucristo vino al mundo para enseñar y hacer cumplir la verdad y la justicia como que era Príncipe y Legislador de la Ley santísima. Pilato mismo, una vez difunto el Salvador, man-

(1) Dan., III, 100.

(2) Joan. cap. XVIII, 37.

dó fijar providencialmente en lo alto de la santa Cruz, con gruesos caracteres hebreos, griegos y latinos esta inscripción famosísima:—Jesús Nazareno, Rey de los judíos;—(1) y como los deicidas instasen al presidente de la Judea para que la mandase retirar y en su lugar pusiese: Yo he dicho; rey soy de los judíos. Pilato respondió proféticamente: «Lo que escribí, queda escrito» dando á entender, aunque no lo creyera, que Jesucristo era Rey.

8. El sagrado Evangelio nos ofrece positivos testimonios de que el Jesús que había de quedarse sacramentado entre los hombres, era Rey. Natanael se dirige á Nuestro Señor y le dice terminantemente: «Maestro, tú eres el Hijo de Dios; tú eres el Rey de Israel» (2); y el mismo Salvador, en momentos solemnes afirmó de sí propio: «Se me ha dado toda potestad en el cielo y en la tierra» (3). ¡Ah! quien posee universal potestad sobre todos los seres es supremo rey. Y con efecto, el Salvador, á más de poseer por herencia el poderío universal sobre las almas y los cuerpos, á más de ser dueño de todos los hombres, sobre los cuales no solamente ejerce jurisdicción completa, sino que vela con altísima providencia sobre los actos de ellos, desempeña en el mundo el ministerio de soberano; y ved ahí por qué los pueblos en seguimiento de su sagrada Persona intentaron proclamarle por su Rey.

§. II.

9. En el Sacramento continúa su acción real.

Enseña con grande acierto el cardenal Sanz y Forés (4), que la vida del Sacramento es la misma vida de Jesús en la tierra, perpetuada para dar cumplimiento á los decretos eternos de levantar al hombre del abatimiento y degradación en que el pecado le había sumido, á fin de comunicarle la vida sobrenatural, y elevarle hasta Dios mismo. Luego, si mientras peregrinó entre los hombres fué rey, tam-

(1) Joan. XIX. 19.

(2) Joan. I. 49.

(3) Math. XXVIII, 18.

(4) Sermón predicado en Valencia el 25 Noviembre de 1893.

bién lo es en la Divina Eucaristía. En Ésta, empero, resplandece el amor y la justicia en grado superlativo, á la manera que estas mismas virtudes deben brillar en un monarca temporal. Mas no es necesario averiguar en este lugar si Jesucristo Sacramentado ama con verdad á los cristianos, porque todo este Tratado no es sino una demostración evidente de la extremada caridad que profesa á sus hijos. «Les amó hasta el fin,» (1) dice el evangelista, y en esta lacónica frase compendió admirablemente el discípulo Amado todo cuanto pudiera decirse acerca del amor de Jesucristo á los hombres. Su amor no ha tenido límites, pues en el Sacramento, el Salvador derramó todas las riquezas de su infinita caridad (2). Pero es que Nuestro Señor, en este Misterio venerable, hace brillar de un modo muy patente la virtud cardinal de la justicia, ya que á esto mismo se refiere el vate coronado cuando dice (3): «Justo eres, Señor, y justos son también tus juicios». Él, en efecto, es justo por esencia; y por más que tras los niveos cendales de los velos eucarísticos oculta el esencial atributo á que me refiero, empero lo exterioriza de tal suerte que declara ser su voluntad soberana le reciban sacramentado tan solamente pechos amantes, amenazando con terribles castigos, y sobre todo con pena eterna, á los que profanaren las santas Hostias ó las recibieren indignamente.

10. Desde el sublime trono del Tabernáculo, nuestro amable Jesús ve y rige al orbe, dándole justamente lo que le conviene; y pudiendo en todas ocasiones castigar ejemplarmente á tantos malos cristianos y profanadores de su Misterio de Amor, guarda silencio y tolera millares de agravios pesados con el fin de esperar al pecador, y aun le ofrece dulcemente su fina amistad, por más que esta nueva prueba de inmenso cariño le reporte infinitas ingratitudes. Con semejante comportamiento ofrece una lección admirable á la justicia terrena, que ni sabe esperar al delincuente para

(1) Joan: XIII, 1.

(2) Conc. Trid.

(3) Ps. CXVIII. 137.

que se arrepienta, ni compadecerse de él cuando le consta haberse totalmente arrepentido. Cristo Sacramentado nos enseña, además, que compadezcamos á nuestros enemigos, que les suframos con heróico silencio, y que jamás queramos vengarnos de aquéllos, cuyos crímenes, quizá ocultamos en el fondo de nuestra alma, no sea que el Redentor nos aplique algún día lo que respondió á los malvados que intentaron apedrear á la adúltera del Evangelio: «El que de vosotros no esté manchado con el mismo crimen, sea el primero en arrojarle piedras» (1). ¡Oh, si nosotros en general, y muy particularmente aquéllos á quienes compete hacer justicia, nos mirásemos en la sabia conducta de este Rey justísimo, cómo sabríamos perdonar, ó al menos aplicar una pena menos dura á nuestros ofensores que la que merecen! Y no es que profese la máxima de que deba abolirse el Código penal, ya que esto sería un absurdo, porque ciertamente, en la sociedad deben castigarse ejemplarmente los delitos y las faltas; pero sí opino que los códigos como las leyes deben estar impregnados del compasivo espíritu de Jesucristo, quien, como Legislador supremo, ha promulgado su celestial doctrina, para que las naciones cristianas copien de Ella su proceder privado y su conducta pública; y la Doctrina de Jesucristo, en esta parte, consiste en que no tanto se procure el castigo como la enmienda del culpable.

II. Pero todavía hay más: existe una virtud hermosa, tan hermosa que el monarca que llegue felizmente á poseerla, se hace por demás amable á sus vasallos. Es la mansedumbre; prerrogativa excelente que se arraiga, no en el temperamento, sino en el corazón, y que tan desviada está de la debilidad que envilece como de la cólera que irrita; que sabe predicar la verdad y tronar contra los vicios, como sufre paciente las decepciones de los hombres, y en lugar de perseguirlos les arroja el suave anzuelo de la caridad constante para atraerlos al seno de la paz. Jesucristo había llamado bienaventurados á los que poseyesen esta dulce vir-

(1) Joan. VIII, 7.

tud que tiene la habilidad suma de conquistar los corazones, las familias y las sociedades; pero nadie como Jesucristo, mientras peregrinaba sobre la tierra como ahora que peregrina misteriosamente en el mundo del Sacramento eucarístico, ha poseído en grado infinito esta virtud. Jesucristo había prometido la posesión de la tierra á los que se hiciesen dueños de la mansedumbre; pero ninguno como Jesucristo la ha poseído al ser dueño de sí mismo y de todo lo demás, pues esta bella propiedad tiene la mansedumbre: la de robar dulcemente los espíritus para Dios. Jesucristo había dicho á la hija de Sión: «He ahí que tu rey viene á ti lleno de mansedumbre;» y si efectivamente el Salvador cumplió á la letra estas palabras, bendiciendo á los que le maldecían, sufriendo á los que le insultaban, callando ante los tormentos y rogando por los que le perseguían, también es cierto que ahora en la Divina Eucaristía, prosiguiendo su Obra redentora, bendice, sufre, calla, ruega y todavía ama á sus enemigos. No es fácil que un monarca temporal se revista de una virtud semejante; Jesucristo Sacramentado, empero, la posee á todas horas. Y he ahí por qué debiéramos acercarnos al tabernáculo, no ya con mayor confianza que si nos llegáramos á la presencia de un monarca terreno, sino con un amor especialísimo cual le tuvieron los amantes de Cristo Sacramentado, pudiendo estar seguros de que obtendríamos nuestras justas peticiones. Además, el reinado del Salvador en la Santa Eucaristía, es precisamente de reparación.

12. Para que os convenzáis de esta importante verdad, no tenéis más que dar una simple ojeada al santo Evangelio, y él os manifestará elocuentemente que Jesucristo vino al mundo para cargar con los pecados de todos los hombres, sufrir por ellos y expiarlos satisfactoriamente. Su reinado es de absoluta reparación. Pero he ahí que no se contentó con esto sólo; no le satisfizo reparar por una sola vez los crímenes de los hombres; anhelaba á que esta clase de reparación se perpetuase por muchos siglos, á fin de que los mortales pudiesen percibir á todas horas los frutos de aquella expiación cruenta; y considerad que el producto, por de-

cirlo así, de los sublimes anhelos de la Omnipotencia divina, fué el Sacramento de los altares, en el cual, quedándose el mismo Jesucristo realmente, continúa la misma vida de reparación que comenzara en el pesebre de Belén. Ahora comprenderéis una vez más aquel pensamiento de los santos padres y doctores de la Iglesia que denominan á este bello Sacramento, «extensión de la Encarnación».

13. Un eminente purpurado español (1) ha demostrado con sabiduría este asunto, objeto del punto último. Sienta que la reparación nace del amor, y como el reino de Jesucristo es por excelencia reino de amor, deduce consiguientemente que el reino del Salvador es reino de reparación. Por cierto; el sentimiento de reparación nace del amor, porque el amor tiende á unir y á fundir las voluntades del amante y del amado; por manera que la voluntad del amante debe ser la del amado; los goces y las penas del amante debe experimentarlos también el amado, de otra suerte no podría existir una amistad verdadera. Ved por qué habiéndonos amado tanto Jesucristo se haya entregado á expiar nuestras culpas y á sufrir con nosotros, ya que nosotros gemíamos bajo el ominoso yugo del pecado. Pero ved también que el reino de Jesucristo es esencialmente reino de amor, en razón de que por amor el Hijo de Dios fué enviado del Padre; por amor se realizó la Encarnación; por amor experimentó Jesús los tormentos y la muerte, y por amor instituyó la Santísima Eucaristía, donde cifró su caridad infinita. En consecuencia, el reinado de Jesucristo Sacramentado es de reparación.

¿Queremos, por ventura, que este reino de Jesucristo venga á nosotros, esté en nosotros, según nos lo manda pedir el Señor? Comencemos, pues, por imitar la vida del Salvador en el Sacramento; expiemos con Jesús; reparemos con Jesús. Perdonemos de corazón á nuestros enemigos; suframos con los trabajados; gocémonos inocentemente con los que disfrutan; esmerémonos por propagar la Doctrina del

(1) Emmo. Sr. D. Salvador Casañas Pagés.

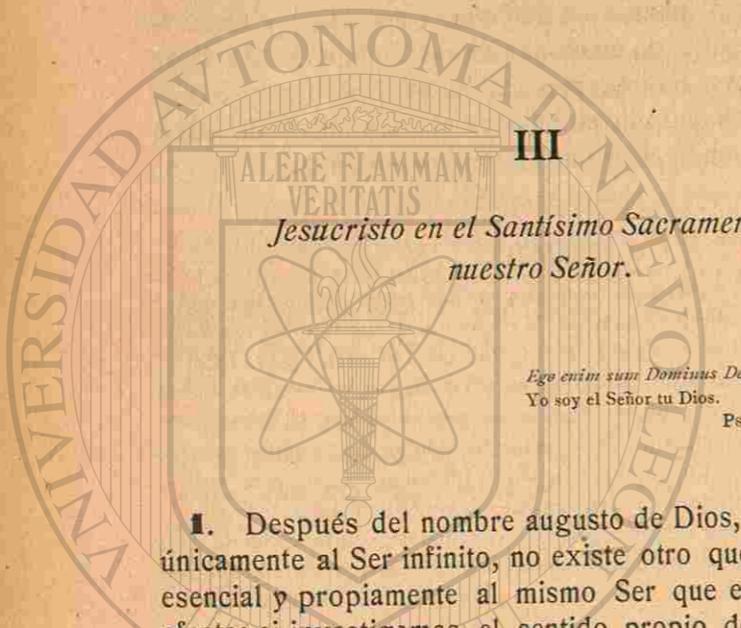
cielo, por llevar una vida pura, mortificada y pobre; demos el ejemplo de Jesucristo; socorramos al necesitado; amparemos al desvalido, y oigamos con paciencia y espíritu de mansedumbre al que lo solicite: seguros estaremos de secundar los sabios planes del Salvador eucarístico y de restaurar en la medida de nuestras fuerzas el imperio de Dios en el mundo. Así cumpliremos con nuestros deberes de cristiano y de ciudadano; llevaremos en el suelo una vida pacífica y después en el cielo una eterna recompensa.

EJEMPLO

Las historias eclesiásticas ostentan en sus brillantes páginas maravillosos hechos que confirman altamente la realeza de Jesucristo Sacramentado. Con defica inspiración cantó el Angélico (1): *Oh salutaris Hostia; bella premunt hostilia; da robur fer auxilium.* ¡Hostia de salud! dadnos protección contra los enemigos que nos apremian. Efectivamente, Jesucristo en el Santísimo Sacramento ha sido en las reñidas batallas invencible monarca. Cuando los cristianos, imitando la conducta de los hijos de Israel, condujeron al campamento la verdadera Arca de la Alianza que oculta al mejor de los reyes, experimentaron, con la influencia de este divino Rey, esa energía, intrepidez y heroicidad de que sólo son capaces los genios valientes. Jesucristo no sólo pelea por los fieles si que también les devuelve ganado el combate. Testimonio de esta verdad son algunas páginas del Tratado I de esta Obra. Aquí, referiré el siguiente que corroborará el precedente asunto. Refiere Alonso Chacón, (2) al año 848, que habiendo los turcos preparado una formidable escuadra junto á Cerdeña, con objeto de atacar á los romanos, el Pontífice León IV, en previsión de lo que pudiera ocurrir, mandó disponer algunas flotas de católicos que resultaron muy desiguales á las de aquellos bárbaros. El Papa, antes que partiesen los soldados les visitó, celebró la Santa Misa y les dispensó el Pan de los fuertes. Confiados todos en el Santísimo Sacramento, se dieron á la vela y afrontaron, al cabo de tres días, con los enemigos. Entonces, llevados de la energía del Dios de las victorias, se trabó la desesperada lucha y, gracias al Divino Rey, apresaron á los turcos, después de haberles causado infinidad de desgracias.

(1) Himno de Laudes del Oficio del Corpus.

(2) De vitis Pontif.



III

Jesucristo en el Santísimo Sacramento es nuestro Señor.

*Ego enim sum Dominus Deus tuus.
Yo soy el Señor tu Dios.
Ps. LXXX, 11.*

1. Después del nombre augusto de Dios, que conviene únicamente al Ser infinito, no existe otro que corresponda esencial y propiamente al mismo Ser que el de Señor. En efecto: si investigamos el sentido propio de esta palabra observaremos que significa lo mismo que ser superior á otros, ó tener dominio sobre algunos. Nuestros diccionarios le dan el equivalente de «Dueño.» Ahora bien; si sólo Dios, absolutamente hablando, tiene perfecto dominio sobre todas las personas y cosas creadas; si sólo Dios, con exclusión de otro, es el Ser supremo, superior á todos los seres, claro es que sólo á Él convendrá con la mayor propiedad el epíteto de Señor.

Por cierto; allá en el cielo, los angélicos espíritus, formados en dos nutridos coros, uno en frente del otro, y pulsando sus doradas liras, cantan por eternidades al Ser supremo el divino Trisagio en el cual repiten, llenos de santo alborozo, este bello nombre; los regios ancianos, vestidos de blancas túnicas, deponen, al oírle, sus aureas coronas; y toda la corte celeste, entre aplausos mil, inclina reverente-

mente su frente al escuchar las bendiciones, los loores y alabanzas que se dan al Señor de los ejércitos.

Preciso nos es, para acompañar en espíritu á los moradores del empiro, que estudiemos el hermoso nombre que nos ocupa, é indaguemos si, *con motivo de haberse encarnado el Verbo divino, corresponde este apelativo á Jesucristo Sacramentado*, examinando en segundo lugar de qué modo el Cordero Divino ejerce el ministerio de Señor en la S. Eucaristía.

§. I.

2. Deseaba el Eterno que el pueblo hebreo saliese de la feroz tiranía de Faraón, para que le adorase en el lugar que le había señalado, y se valió al efecto del intrépido Moisés, quien fué enviado al monarca egipcio con la legación referida. El caudillo de Israel que, dispuesto á ejecutar con prontitud las órdenes divinas, ignoraba el nombre propio del que le enviaba, se atreve con actitud humilde á preguntar á Dios: «Si acaso me interrogan cuál es vuestro nombre, qué tengo de responder?» «Yo soy el que soy,» añadió el Eterno. «Así dirás á los hijos de Israel:... El Señor Dios de vuestros padres, el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob me ha enviado á vosotros,» y prosigue: «Este nombre tengo yo eternamente, y con el mismo nombre se hará memoria de mí en todas las generaciones» (1). Por manera que el Ser supremo antepone el título excelso de Señor al de Dios, ya que aquél declara efectivamente la excelencia, la dignidad, el imperio y el poder de ese Ser supremo á quien rendidamente adoramos. Se denomina Señor por su grandeza, y Dios porque sólo á Él debemos adorar.

Si yo intentara hacer mención del número de veces y de las memorables ocasiones que el Altísimo se da á conocer en las Sagradas Escrituras con el apelativo de Señor, sería asunto más que ímprobo, pues baste decir que todas sus bellas páginas, desde el principio hasta el fin de ese divino

(1) Exod. III, 15.
Tomo VI

Libro, denominan á Dios con ese hermoso título. Moisés, Josué, David, todos los patriarcas y profetas del Testamento Viejo, siempre que hablaron con Dios ó contaron alguna de sus infinitas grandezas le llamaron Señor. Faraón empleó, asimismo, este sobrenombre al decir á Moisés: *Id y sacrificad al Señor* (1). Cuando el Eterno promulgó el decálogo se expresó de esta manera: «Yo soy el Señor tu Dios que te saqué de la tierra de Egipto» (2); y el arcángel, al anunciar á la Santísima Virgen el Misterio de la Encarnación no la dijo: Dios es contigo, sino: el Señor es contigo. (3).

3. El nuevo Testamento, á más de abundar en autoridades que corroboran el asunto presente, las refiere al Verbo encarnado, en sus diferentes manifestaciones evangélicas. Así es que la propia Madre de Dios, en su visita á Sta. Isabel, oye que ésta la dice en tono profético: «¿De dónde á mí que venga la Madre del Señor (4);» S. Juan Bautista no hacía otra cosa que exclamar en su predicación: Preparad los caminos del Señor; (5) y el Ángel, al anunciar á los pastores el nacimiento del esperado Mesías, les dice: Os ha nacido el Salvador, que es el Cristo Señor (6). S. Pedro en el Tabor, Marta en su propia casa, el Centurión en el Calvario, y los apóstoles en todas partes, conocen á Jesucristo por el apelativo de Señor.

Ahora, refiriéndonos al immaculado Cordero Sacramentado: ¿quién duda que no es el mismo Jesucristo que visitó la tierra y la enriqueció con su sangre (7)? Ved ahí por qué el Apóstol, hablando precisamente del Cuerpo y Sangre de Jesucristo, los apellida Cuerpo y Sangre del Señor. Ved ahí por qué la Iglesia santa en sus continuas oraciones, y los santos Padres en sus notables homilias conocen á Jesucristo por el sobrenombre de Señor. ¿Qué más? los fieles al hablar en particular del Santísimo Sacramento y de su fiesta,

- (1) Exód. X, 24.
- (2) Exód. XX, 2.
- (3) Luc. I, 28.
- (4) Luc. I, 43.
- (5) Luc. III, 4.
- (6) Luc. II, 11.
- (7) Ps. LXIV., 10.

no los conocen con otra denominación que «el Señor, y la Fiesta del Señor».

4. En efecto: Jesucristo Sacramentado es Señor de todos los hombres por ser su Creador. No hay otro Dios fuera del Ser supremo; (1) Él ha sacado todos los seres del caos; les ha dado vida; suyos son sin disputa. Y así como es Señor de los hombres por este motivo, también es Señor de los cristianos por ser su Redentor. ¿Qué esclavo no deberá llamar señor al que le compró y le puso en libertad? Pues Jesucristo nos compró á todos con el precio de su divina Sangre. Esclavos de Satanás por el pecado, gemíamos bajo su repugnante férula, amarrados al potro de inmundos vicios; Jesucristo arrancó de manos del infernal Dragón el poder usurpado, y, desatando nuestras fuertes ligaduras, nos favoreció con la hermosa libertad. Cristo nos dió la vida, y una vida mejor que la que gozábamos antes de caer en las garras de Lucifer; nuestra vida es la vida de hijos de Dios, pues tales somos con la adquisición que de nosotros ha hecho el Hombre Dios. Por eso somos los cristianos siervos del Señor. Finalmente, si Jesucristo es Señor nuestro por ser nuestro Redentor, asimismo lo es por ser nuestra Vida. ¡Ah! Todos los días morimos al separarnos del Salvador por el pecado grave, y Jesucristo Sacramentado nos devuelve mil veces la vida perdida, por medio del Misterio de los altares; pues si en la Cruz nos rescató de la muerte con su preciosísima sangre, en el Altar se nos aplican los méritos de la Cruz, y cada vez que celebramos ú oímos la Santa Misa, Cristo nos rescata de nuevo; obra en nosotros la resurrección de nuestras almas, al darnos dolor de nuestras culpas y propósito y valor para confesarlas en el Tribunal de la Penitencia. Con toda verdad, el Divino Salvador es nuestro Señor amoroso en el Misterio del Altar ya que tantos bienes nos ha granjeado.

§. II.

5. Al persuadirnos de esta gran verdad necesitamos

- (1) Ps. XVII, 32.

profundizar todavía más nuestras meditaciones eucarísticas, á fin de poder conocer el modo sublime de que se vale Jesucristo en el Sacramento para ser nuestro buen Señor. La humildad es la firme base sobre la que se cimenta el señoría de Jesucristo. Ella, es verdad, obra milagros; pero estos milagros en el Salvador despiden unos fulgores tales, que los distinguen necesariamente de todos los demás. Jesucristo Sacramentado es absolutamente libre, pero no obstante se ha hecho esclavo del hombre; es dueño de los cielos y la tierra, y sin embargo se ha quedado en rehenes, aprisionado en el Tabernáculo; es poderoso, empero se muestra inofensivo é impotente; es santo, mas quiere morar entre los pecadores; es sabio, y guarda sepulcral silencio en el sagrario; es dueño de todos los seres, y desea ser mandado de los hombres; es eterno, y se encarna temporalmente en las puras entrañas de una Virgen; es inmenso, y se contiene en pequeña Hostia; es infinito, y queda como aniquilado en el Sacramento; es creador, y, á pesar de todo, gusta que el sacerdote le cree misteriosamente. Todo lo produce, y ¿quién lo creyera, si Jesucristo no lo hubiese ejecutado? se ha convertido en mantenimiento de la criatura. ¿Existe por ventura alguna cosa que sea más ordinaria que las que nos sirven de usual alimento? Sin embargo, ahí tenéis á Jesús Sacramentado que, aunque magnífico y sublime, determinó presentarse á los hombres en forma de comida, pero de comida celestial que sirviese para sustento del espíritu humano, lo cual no impide que aunque los efectos de la S. Eucaristía sean espirituales, empero las especies eucarísticas, como accidentes inmediatos, experimentan aquellas alteraciones y transformaciones á que están sujetas como tales; Jesucristo, empero, como reside en la Eucaristía á modo de substancia, queda intacto y hermosísimo como le ven los bienaventurados en el cielo. Pero bien; este acto de humildad tan grande, tan heróico, tan sublime que realiza Jesucristo en el Sacramento, constituye el sistema que Él ha inventado para ejercer su ministerio de Señor respecto de nosotros; sistema bello, sistema admirable que contrasta enormemen-

te con el sistema seguido por los que pretenden llamarse señores de la tierra.

6. En general, estos pretendidos señores desprecian la humildad, y al no basarse en el sólido cimiento de Jesucristo, su fábrica es vanísima; está á merced de los huracanados vientos del orgullo, de la soberbia, de la seducción, del dinero, del placer y del honor supuesto, que casi siempre se apoderan funestamente de individuos tales para dar con ellos en el precipicio. Se creen grandes con sus coches, sus vestidos, su mueblaje, sus títulos, su representación social, su hermosura; y efectivamente, por más que todas estas cosas no sean más que despreciables fruslerías, complicados juegos de adultos, vanidad suma que el cierzo de la desgracia arrebatada, que el sepulcro consume, y de los cuales, el mundo se ríe sin compasión, es cierto que pueden ser señores de tanta necesidad, pero no lo son de lo que deben ser; pues el hombre, en tanto es grande, en tanto es verdadero señor en cuanto lo es de sí mismo, en cuanto lo es de sus pasiones. Y para ser señores de sí propios, el fundamento es Jesucristo Sacramentado, en la humildad que en la Santa Eucaristía demuestra; es esta preciosa virtud que hace á los individuos, pequeños en la acepción de los ignorantes, pero grandes en la de los cuerdos, y héroes ante Dios.

Pero hay más todavía; los señores modernos, salvo raras y honrosas excepciones, pretenden ser y llamarse señores de sus criados, á los cuales tratan con odiosa altanería, y á veces con despotismo insoportable. Yo bien sé que el dueño ó el amo de una casa merece una atención diferente que la que merece el criado; sé que debe colocarse á cierta prudente distancia de su servidumbre; sé que ésta debe obedecer, respetar y honrar á su amo; mas también sé que entre cristianos no hay categorías de señores y siervos, porque Jesucristo nos dió á todos el título de hijos adoptivos suyos; también sé que está reprobado por Dios el orgullo, el fausto, el desprecio de los demás, la injuria y el mal tratamiento; también sé que se nos ha prescripto la humildad, la

generosidad, la magnanimidad, la paciencia y el amor al prójimo. Finalmente, sé que Jesucristo reprobó la conducta de los reyes gentílicos, porque se enseñoreaban de sus pueblos, (1) gobernándolos con dureza y con el placer que produce la dominación, y que por esta razón ordenó á sus discípulos seguir el sistema contrario, esto es: que el que entre nosotros quiera ser mayor, sea en efecto siervo, á imitación del Señor que, siendo Dios y Dominador de todo lo criado, no vino para ser servido, sino para servir y para dar su vida por los hombres (2). Por seguir máximas opuestas, fruto corrompido del sensualismo mundanal, han caído en lamentable ceguera la mayor parte de los que pretenden llamarse señores de la tierra; y al resfriar su amor para con los criados, llámense dependientes ú operarios, éstos han llegado también á perder su paciencia. No queremos sufrir, dicen, tanta tiranía, tanto desprecio; y se levantan contra sus amos, dueños ó patronos, pretendiendo nivelarse con ellos para ser asimismo señores de otros; y lo que no consiguen con la fuerza de la razón lo quieren conseguir con la razón de la fuerza; y ved ahí explicada también la causa del mal-estar y del desorden de nuestros tiempos. Si los amos se humillaran más, no se elevarían tanto los criados; si los patronos bajaran un poco la cerviz, los obreros levantarían menos la suya. ¡Ah! es que para que exista la nivelación de clases deseada, sin quebrantar los principios de autoridad, de propiedad y de servidumbre, se hace absolutamente indispensable seguir estas máximas cristianas.

2. ¿Y quién no las seguirá, viendo á nuestro Señor Jesucristo que se nos propone por modelo? Hoy que tan necesaria se hace la virtud de la humildad para pacificar todos los órdenes sociales; hoy que hace falta tanto en el gobernado como en el gobernante, en el obrero como en el patrono, en el hijo como en el padre, en el discípulo como en el profesor, en el fiel como en el sacerdote; hoy en que peligra el orden y el verdadero progreso social por falta de esta vir-

(1) Math. XX, 25.

(2) Math. XX 27, 28.

tud sublime ¿por qué no la copiamos de Jesucristo Sacramentado en quien heroicamente resplandece? Jesucristo, siendo Señor, se ha humillado doblemente para que sus discípulos aprendiesen también á humillarse. En todos los pasos, en todos los momentos de su encarnación, natividad, vida, pasión, muerte y resurrección, y muy en particular, en todos los momentos, en todas las circunstancias de su Vida sacramental, de su Vida eucarística, brilló y brilla aún con esos fulgores que deslumbran al racionalista é iluminan al creyente. Por medio de su Vida pasible se constituyó siervo nuestro durante treinta y tres años; por medio de su Vida eucarística se constituye perennemente nuestro siervo. Un esclavo no se halla tan sujeto á su dueño, como Jesucristo Sacramentado lo está á los hombres. Como el esclavo, el Salvador recibe paciente y silencioso amores y desatenciones, consuelos y pesares, finezas y descortesías, dulces besos y golpes horribles; pero á diferencia del esclavo recibe todo esto, no por espacio de cuarenta ó sesenta años, sino por espacio de muchos siglos, no de un dueño ó tirano, sino de millares de ellos. ¡Cuán divina es la humildad de Jesús y qué sabio su heroico ejemplo!

Aprendamos del Salvador, no sólo á no dejarnos llevar del aire viciado del orgullo y de la ambición, sino á amar sus prácticas humildes para imitarlas en la vida tanto pública como privada. Que sea Jesucristo Sacramentado nuestro único Señor, y dejémonos de pretender este título para nosotros, porque á un cristiano, ni le debe honrar este título ni mucho menos sus efectos. No importa que el mundo no se acuerde de nosotros y que nos llame locos, porque ciertamente el mundo con sus familiares van uncidos al carro del frenesí; la locura verdad es su gran patrimonio; en ella viven y se deleitan; al término de sus días proferirán horriblemente aquel pavoroso *Erravínus*, que, cual terrible lema, se halla con negros caracteres escrito en el dintel del infierno; pero, entonces.... no habrá remedio. Jesucristo Sacramentado sea ahora y siempre nuestro Señor y nuestro modelo, cuyo nombre sea eternamente santo.

EJEMPLO

El estupendo prodigio que voy á referir confirma elocuentemente la doctrina que precede. Cierta hereje albigense de la provincia de Narbona (Francia) persuadió á un simple pescador á que, si deseaba salir ganancioso en su oficio, se procurase una Hostia consagrada y la arrojase á un pescado. El infeliz lo efectuó así, no sin gravísimo remordimiento, aprovechando la circunstancia de haber comulgado; y pasados que fueron veinte años, al contemplar un día la procesión solemne del Santísimo Sacramento, el Dios misericordioso se movió á compasión de su propio ofensor y le concedió el arrepentimiento de sus culpas. Confesóse inmediatamente con mucho dolor, mas el confesor le declaró que mientras el Sr. Obispo no facultase, no podía absolverle. El mismo sacerdote se personó ante su Ordinario y le pidió esta gracia. Antes, empero, que fuese concedida, ocurrió la solemnidad Pascual, y, deseando con grandes ansias recibir al Señor, visitó de nuevo á su confesor quien le disuadió de su buen propósito hasta que llegase la autorización solicitada. Entristecido el pescador, y reflexionando que su criminal proceder había sido el causante de la negativa, pensó dirigirse á aquel lugar del río donde había arrojado la Sta. Hostia, y, al llegar allí, notó con pasmo que de la orilla contraria venia con dirección á sí un enorme pez llevando en su boca una Sagrada Forma. Aturdido el pescador, corrió á notificar el caso al párroco, y ambos se personaron en el lugar del prodigio, pero nada observaron en el momento: á pocos minutos se repitió el milagroso espectáculo, y el pez, llegándose á la orilla, se dejó coger mansamente del ministro de Dios. Éste depositó con reverencia el Santísimo en un copón, y tomando al pez lo llevó consigo para testimonio del portento. He ahí cómo esta irracional criatura, no sin particular providencia divina, reconoció la Majestad de Jesús que en la Santísima Eucaristía se nos muestra Señor de todos los vivientes.



IV

*Jesucristo en el Santísimo Sacramento
es nuestro Hermano.*

Non confunditur eos fratres vocare.

HEB. II, 11.

No tuvo rubor de llamarles hermanos.

1. Esta es la cariñosa frase que el Apóstol emplea para formar el más sublime panegírico de la fraternidad existente entre el Salvador y sus discípulos. Al ocuparse de la esfera altísima á que había llegado el hombre mediante la Encarnación del Hijo de Dios, y haciéndose eco de las palabras que el real vate pronunciara, asegura que Jesucristo hizo al cristiano un poco menor que los ángeles, que á semejanza del primer racional le colmó de inmortal gloria y de honor inmerecido, y que le otorgó perfecto dominio, aunque temporal y como sujeto á responsable y severa mayordomía, de todas las cosas. Jesucristo, empero, ha sido entre los fieles el primero á quien correspondió por divina procedencia la dotación de semejantes bienes; y Él, por esta igualdad de herencia, quiso declarar de una manera solemne que sus discípulos, á más de hijos, eran sus hermanos. Ved ahí por qué el Apóstol manifiesta que el que santifica, que es el Hijo de Dios, y que los santificados, que somos nosotros, procedemos de un mismo tronco, aunque no por naturaleza, sino por adopción, y participamos de igua-

EJEMPLO

El estupendo prodigio que voy á referir confirma elocuentemente la doctrina que precede. Cierta hereje albigense de la provincia de Narbona (Francia) persuadió á un simple pescador á que, si deseaba salir ganancioso en su oficio, se procurase una Hostia consagrada y la arrojase á un pescado. El infeliz lo efectuó así, no sin gravísimo remordimiento, aprovechando la circunstancia de haber comulgado; y pasados que fueron veinte años, al contemplar un día la procesión solemne del Santísimo Sacramento, el Dios misericordioso se movió á compasión de su propio ofensor y le concedió el arrepentimiento de sus culpas. Confesóse inmediatamente con mucho dolor, mas el confesor le declaró que mientras el Sr. Obispo no facultase, no podía absolverle. El mismo sacerdote se personó ante su Ordinario y le pidió esta gracia. Antes, empero, que fuese concedida, ocurrió la solemnidad Pascual, y, deseando con grandes ansias recibir al Señor, visitó de nuevo á su confesor quien le disuadió de su buen propósito hasta que llegase la autorización solicitada. Entristecido el pescador, y reflexionando que su criminal proceder había sido el causante de la negativa, pensó dirigirse á aquel lugar del río donde había arrojado la Sta. Hostia, y, al llegar allí, notó con pasmo que de la orilla contraria venia con dirección á sí un enorme pez llevando en su boca una Sagrada Forma. Aturdido el pescador, corrió á notificar el caso al párroco, y ambos se personaron en el lugar del prodigio, pero nada observaron en el momento: á pocos minutos se repitió el milagroso espectáculo, y el pez, llegándose á la orilla, se dejó coger mansamente del ministro de Dios. Éste depositó con reverencia el Santísimo en un copón, y tomando al pez lo llevó consigo para testimonio del portento. He ahí cómo esta irracional criatura, no sin particular providencia divina, reconoció la Majestad de Jesús que en la Santísima Eucaristía se nos muestra Señor de todos los vivientes.



IV

*Jesucristo en el Santísimo Sacramento
es nuestro Hermano.*

Non confunditur eos fratres vocare.

HEB. II, 11.

No tuvo rubor de llamarles hermanos.

1. Esta es la cariñosa frase que el Apóstol emplea para formar el más sublime panegírico de la fraternidad existente entre el Salvador y sus discípulos. Al ocuparse de la esfera altísima á que había llegado el hombre mediante la Encarnación del Hijo de Dios, y haciéndose eco de las palabras que el real vate pronunciara, asegura que Jesucristo hizo al cristiano un poco menor que los ángeles, que á semejanza del primer racional le colmó de inmortal gloria y de honor inmerecido, y que le otorgó perfecto dominio, aunque temporal y como sujeto á responsable y severa mayordomía, de todas las cosas. Jesucristo, empero, ha sido entre los fieles el primero á quien correspondió por divina procedencia la dotación de semejantes bienes; y Él, por esta igualdad de herencia, quiso declarar de una manera solemne que sus discípulos, á más de hijos, eran sus hermanos. Ved ahí por qué el Apóstol manifiesta que el que santifica, que es el Hijo de Dios, y que los santificados, que somos nosotros, procedemos de un mismo tronco, aunque no por naturaleza, sino por adopción, y participamos de igua-

les gracias é idénticas mercedes; y debido á esto, Jesucristo, aunque más noble y de categoría distinta, no tuvo reparo de llamarnos sus hermanos. ¡Admirable dignación del Hombre Dios! Un ser divino llegar á familiarizarse con el ente mezquino; el Criador con la criatura, el Maestro con el discípulo, el Padre con el hijo; pero más que todo esto, llevar su bondad al extremo de constituirse hermano suyo. ¡Cuántas son las invenciones del amor!

No obstante, donde el Redentor demuestra mejor que en ninguna parte esta predilección por la criatura, es en el Sacramento del Altar, vínculo de caridad, cifra de humildad, prodigio de igualdad y sello de la fraternidad más asombrosa; porque en este Sacramento bellísimo, Jesucristo nos ama infinitamente, se humilla profundamente, se iguala y hasta se rebaja á nosotros y establece con los cristianos el pacto de cariñoso hermano, mejor que el pacto que estableciera el Eterno con los israelitas para ser su Dios, y ellos su pueblo. En este augusto Sacramento practica Jesucristo de un modo especialísimo el consolador ministerio de hermano nuestro, y pudiéramos afirmar que le perfecciona de un modo inefable. Por esta razón me creo obligado á tratar en el presente discurso que *Jesucristo en la Santa Eucaristía es nuestro hermano*: 1.º Porque fué voluntad del Eterno Padre; 2.º Porque el mismo Jesús desea ser hermano nuestro.

§. I.

2. Rasgo de magnanimidad admirable fué en Faraón, rey de Egipto, que se asociase en el reino á José, ente desgraciado, que había sido condenado sin culpa á duro encarcélamiento; pero fué también un exceso de la bondad divina que el hombre, infeliz criatura, que por su pecado estaba sumido en la mayor pobreza, llegase á participar de la herencia que correspondía al Hombre Dios. El Eterno había condescendido á la reiterada petición de su Hijo, y éste había solicitado ser hermano de aquéllos á quienes iba á librar de las garras de Lucifer, para dividir con ellos la herencia inmensa que por sus divinos títulos le correspondía.

Á este fin dirígese á su Genitor y le dice humildemente: «Voy á anunciar tu nombre á mis hermanos». Semejante condescendencia con la súplica del Unigénito no era más que la consecuencia feliz de un deseo del Eterno manifestado á Noé, después que hubo concedido la paz á los hombres: «Yo estableceré, dijo, mi pacto con vosotros y con vuestro linaje después de vosotros» (1). Y con efecto, llegó la hora marcada en el reloj de las eternidades, y el Verbo tomó nuestra carne, recibió nuestra sangre, adquirió nuestra figura, cargó con nuestras miserias, á excepción del pecado, se hizo hombre, fué hermano nuestro. Ved, pues, al Hijo de Dios que, sin dejar de ser el Ser divino, adquiere nuestra débil naturaleza y nos eleva, por esta identidad con el humano ser, á la sublime categoría de hermanos suyos, y, por consecuencia necesaria, también á la elevada esfera de hijos del Altísimo. ¡Qué merced tan estupenda! El hombre no pensara jamás que Dios, aun con su infinita sabiduría, inventara manifestación semejante. Á nadie, por consiguiente, debe extrañar ya que Jesucristo no haya tenido rubor de llamarse hermano nuestro, y que en el Evangelio haya denominado varias veces hermanos á sus discípulos y, con ellos, á todos los que con el tiempo deberían serlo. Nadie se maraville tampoco de que S. Pablo asegure que Jesucristo y sus discípulos somos unos, ya que el mismo Señor había alcanzado del Padre esta gran merced en la noche de la institución eucarística, y que, al participar de una propia naturaleza, participamos asimismo de unas mismas gracias y adquiriremos idénticos premios (2).

3. El mismo Señor se ha sacramentado en los altares por fraternizar amistosamente con nosotros. Luego en la Sta. Eucaristía poseemos un hermano. ¡Pero qué hermano! ¡Ah! revestido de los más amplios poderes tanto celestiales como terrenales, con los cuales nos puede hacer enteramente felices, abundando en mansedumbre y amor, hermoso más que los soles primaverales, simpático y gracioso hasta el

(1) Genes. IX. 9.

(2) Ephes. II. 5 y 6.

extremo, Jesucristo busca nuestro bien y nuestra dicha, al buscar nuestra compañía fraternal.

Durante su mortal carrera, en la que dejó impresas las sagradas huellas de sus trabajos y de su pasión, Jesús fué hermano nuestro, y de hecho practicó para con nuestros padres este consolador ministerio; pero se elevó por los aires para permanecer sentado á la diestra de su Padre; y á partir de este momento, si es cierto que podíamos consolarnos en que teníamos en el cielo á nuestro divino Hermano, que trabajaría á favor nuestro, pero no podíamos gozar de su presencia mientras estuviéramos en el destierro presente; nuestro desconsuelo sería inmenso, nuestra desgracia irremediable. Mas, la Santa Eucaristía fué el gran medio que Dios escogió para estar en la tierra sin faltar en el cielo, para conversar con sus hermanos mortales, sin dejar la compañía de los bienaventurados; para continuar, en una palabra, su Obra redentora, sin apartarse de su Obra inmortal y gloriosa. «Me voy y me quedo (1),» dijo cierto día á sus discípulos. Me voy al Padre, que está en el cielo, para recibir de sus manos la inmortal corona debida á mis trabajos, y me quedo con vosotros en el Sacramento adorable para ser vuestro mejor hermano. Me voy porque debo irme; pero me quedo entre vosotros, porque os amo entrañablemente.

§. II.

1. Celebra la Sagrada Escritura el grande amor que David profesaba á Jonathás, (2) y menciona que sus almas estaban como pegadas entre sí, para declarar la identidad y reciprocidad de las ideas y sentimientos de ambos príncipes; pero celebra todavía más el infinito amor que Jesucristo profesa á los cristianos, al decir que, como amase á los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo de ofrecérseles en Manjar de sus almas (3), á fin de que las ideas y los sen-

(1) Joan. XVI.

(2) I Reg. XVIII, 1

(3) Joan. XIII, 1.

timientos de Jesús y los nuestros fuesen idénticos y recíprocos. El Hijo de Dios, en efecto, no sólo ha querido ser hermano nuestro, porque tal ha sido la voluntad expresa de su Padre, sino que Él mismo se adelanta á cumplirla, estableciendo esas relaciones eucarísticas tan íntimas, de cuyas sagradas leyes no podemos evadirnos.

El Cantar de los Cantares, ese epitalamio divino que nos refiere idílicamente las tiernas bodas de Jesucristo con el alma santa, tiene una bella página en la que se patentiza admirablemente la dulce fraternidad que existe entre Jesús Sacramentado y nosotros. Accediendo el Señor á los amorosos y reiterados deseos del alma devota, la responde (1): «Iré al huerto, hermana mía, y celebraremos el festín;» y como si la mesa estuviese ya dispuesta y sus hermanos, sentados á ella, exclama de súbito: «Comed, amigos; bebed y embriagaos, los muy amados.» De suerte que para celebrar este festín eucarístico, nos convida á todos los cristianos y nos da el cariñoso nombre de hermanos.

5. Y si es hermano nuestro desde el adorable Sacramento de los altares, lo es de un modo especial cuando en espiritual refección viene á nuestras almas. Cuando desea entrar en ellas, añade (2): «Abridme, hermanas mías, pues apetezco descansar en vuestro corazón.» Jesucristo, en efecto, entra en el alma y la comunica su carne y su sangre y su espíritu y su divinidad; con esta sublime comunicación, con esta estrecha junta de propiedades y caracteres, venimos á ser unos con Jesucristo, una misma cosa con Él; y si es evidente que los hermanos verdaderos participan de una misma materia, y por esa razón tienen el nombre de tales, también lo es que el cristiano, por la Comunión con el Cuerpo de Cristo, es uno con su espíritu, y por este motivo, todavía más poderoso que el anterior, se dice con razón hermano del Salvador. ¿Tendría, por consiguiente, motivo el Apóstol para afirmar, en tono absoluto, que todos los que participamos de un mismo sagrado Pan somos unos, constituí-

(1) Cant. V, 1.

(2) Cant. V, 2.

mos un solo cuerpo, y poseemos una misma vida, la vida de Jesucristo? ¡Ah! qué grande es el hombre cuando se aproxima á Dios; qué sublime cuando se une á Él; qué feliz cuando lleva su misma vida! Ni era posible que el cristiano subiese á un nivel más alto, ni que Dios pudiera levantarle más. ¡Tan profundo es el Misterio que encierra el hecho de la fraternidad eucarística!

G. Si ahora, lanzando rápida ojeada á las virtudes y propiedades que distinguen á los hermanos, según la carne, las aplicamos á Jesucristo Sacramentado, resultará de nuestras observaciones que también Jesucristo las posee, y que por este nuevo motivo puede llamarse Hermano nuestro. Los hermanos en el cuerpo son verdaderos amigos: para ellos, sobre todo para los que viven todavía bajo la patria potestad, no hay mío ni tuyo; trabajan, no para sí propios, sino para la familia doméstica; se ayudan, se socorren, se defienden, se aman mutuamente; obedientes al mandato paternal, nada ejecutan que sea desagradable á sus genitores. Pero, ¿quién más amigo nuestro que Jesucristo Sacramentado? (1). Ya no os llamaré siervos míos, dice cierto día refiriéndose á sus discípulos, sino que os llamaré amigos, porque el siervo no conoce las interioridades de su señor, pero yo os daré aquel nombre y os trataré así, porque os he comunicado las obras de mi Eterno Padre. ¿Quién es menos de sí y todo de todos sino Jesucristo, del cual ha dicho el Apóstol (2), que es rico para todos los que le invocan y todo para todos? ¿Quién nos ha otorgado todas sus infinitas riquezas sino Jesucristo, con el cual, después de habérsenos todo dado, nos han venido todos los bienes (3)? ¿Quién nos ayuda y nos socorre sino Jesucristo, del cual los salmos poéticos no hacen otra cosa que publicar su misericordia auxiliadora? ¿Quién nos defiende sino Jesucristo á quien el regio vate atribuye en espíritu que es defensor de su vida (4)? ¿Quién nos ama sino Jesucristo con el mismo amor

(1) Joan. XV, 15.

(2) Rom. X, 12.—Ephes. IV, 6.

(3) Rom. VIII, 32.

(4) Ps. XCIII, 18.

infinito con que le ama su Padre (1)? ¿Quién es, finalmente, tan obediente á la voz de su Genitor sino Jesucristo, que humilde, bajó la cabeza al mandato paterno hasta morir en una cruz (2)? Y después de todo esto, ¿podremos negar á Jesucristo el título de hermano nuestro?

Empero hay más todavía. Los hermanos según el cuerpo se parecen físicamente; en general, son el retrato más ó menos exacto de sus padres; pero Jesucristo Sacramentado, figura de la substancia de su Eterno Padre y Dios como Él, ha querido semejarse exactamente á nosotros; rebajándose hasta tomar nuestra humana substancia con las anejas miserias físicas, y aún las pasiones, á fin de que nosotros, viéndonos en Jesucristo, aspirásemos á llevar una vida pura como la suya para que asimismo fuésemos, si no figura de la substancia del Padre, al menos figura de sus dones y de su amor.

H. Últimamente os llamo la atención sobre el deseo constante de los buenos hermanos; podríamos decir que constituye una tendencia, innata á la naturaleza, pero que no es más que efecto del amor agradecido. Los buenos hijos, en efecto, quieren parecerse, y hasta hacen alarde de semejarse á sus padres, no sólo en las cualidades físicas, sino también en los dotes morales; en este justo prurito, llamémoslo así, cifran gran parte de su satisfacción; y los hijos que no han adquirido por herencia las cualidades referidas, procuran copiarlas de sus padres. Mas, pregunto ahora: ¿nos parecemos nosotros á Jesucristo Sacramentado?; nuestro espíritu se identifica con el suyo? ¡Qué distancia tan infinita! Jesucristo es amor por esencia; nosotros somos fríos ó indiferentes para con Él. Jesucristo nos busca para estrecharnos su mano; nosotros huímos de su presencia. Jesucristo, pureza sin mancha; nosotros atestados de imperfecciones y quizá de enormes vicios. Mas ¿para qué proseguir formando interminable letanía de nuestras deformidades, que contrastan evidentemente con las bellas cualidades del Sal-

(1) Joan. XV, 9.

(2) Philip. II, 8.

vador? Ciertamente que hemos sido creados á semejanza de la Divinidad, ¿pero en qué lugar de nuestro ser encontramos esta noble y espiritual figura de Dios? Evidentemente que fuimos hechos un poco menor que los ángeles; mas ¿no nos hemos rebajado hasta nivelarnos con los insipientes jumentos, al entrar en el horroroso campo de los criminales desórdenes? En verdad que Jesucristo elevó nuestra naturaleza hasta la categoría divina; mas yo busco la divina nobleza en la mayor parte de los cristianos, y ni aun siquiera puedo rastrearla. Seguramente que el Salvador nos ha comunicado su propia Vida hasta llegar á endiosarnos; pero, ¿es ésta la vida que respira la sociedad actual? Nunca como hoy, si exceptuamos la funesta época del gentilismo, se ha hallado la sociedad tan egoísta y sensual, tan dura y corrompida, tan indiferente y atea. El pagano, el francmasón y el protestante que examinan ante la luz de la razón y desde el punto de vista religioso nuestras sociedades cristianas actuales, no podrán afirmar jamás que respiran la Vida de Jesucristo, que palpitan en un ambiente cristiano, que se dejan guiar de sus máximas y consejos. No, nada de eso podrán afirmar; lo que sí dirán, y no se habrán equivocado, es que estas sociedades infelices, desertando de la bandera católica, han ido á engrosar las filas del ejército de Lucifer; lo que sí dirán, y no se habrán equivocado, es que estas sociedades han reaccionado veinte siglos y se han vuelto enteramente paganas. Y eso que hoy se maldice de la reacción; pero es la manera de entender las cosas. No se quiere la reacción en sentido cristiano, mas se la quiere y se la busca en sentido pagano.

Y dejando aparte esta gravísima falta de similitud entre los cristianos del día (hablo en general) y Jesucristo, debo recordar que una de las virtudes naturales, que arraigadas están en el corazón de los hermanos según la carne, es el apoyo, la protección y la defensa mutua; y acerca de este punto no puedo menos de hacer una sencilla reflexión. Jesucristo, ciertamente nos apoya ante su Padre; nos protege en todas las adversidades y nos defiende de nuestros encar-

nizados enemigos. Esto lo hemos visto en los capítulos anteriores y lo veremos mejor todavía en los siguientes. Mas, ¿apoyamos nosotros la causa de Jesucristo? Protejemos su ministerio divino? Defendemos con todas nuestras fuerzas su reino, ese reino mixto, espiritual-temporal de su Iglesia? Ved aquí enunciados tres puntos capitales que deben ser objeto de nuestro diurno examen, pues á su fiel práctica va unida íntimamente nuestra salvación eterna.

¿Apoyamos nosotros la causa de Jesucristo? Yo no voy á hacer aquí un largo discurso como pediría esta trascendental cuestión; pero en atención al asunto presente debo declarar, sin temor de ser desmentido, que la causa de Jesucristo en general ha sido abandonada por los católicos; que está poco menos que en el aire; y que, así como vemos á Jesucristo Sacramentado solitario en los templos, porque son contadas las personas que asisten á su divina presencia, también notamos que su causa está sola: si ésta no estuviera sola, tampoco lo estaría Jesús Sacramentado. El ejército del Salvador se compone de algunos pocos batallones de valientes, que todavía no han desertado de sus aguerridas filas, porque la inmensa mayoría de soldados católicos se afiliaron al ejército del error; sumaron sus fuerzas con las fuerzas del espíritu del mal; en lugar de apoyar á Jesucristo le atacan por muchas partes. No son sus verdaderos hermanos.

¿Protejemos el ministerio divino de Jesucristo? Mientras se protejen candidatos heréticos, mientras se favorece el lujo y la molicie, mientras se ayuda á corromperlo todo, ¿qué se hace por secundar los planes del Soberano Pontífice y de los obispos? Qué se hace por socorrer la pobreza de las iglesias y por adornar el trono material del Sacramento Santísimo? Qué se hace por purificar esa pestilencial atmósfera, que hoy se masca, á fin de atraer las almas al redil del Buen Pastor? Importa muchísimo gastar el dinero en locas vanidades; pero nada importa atender al servicio del Altar y al socorro de los pobres. Importa muchísimo emplear la influencia para satisfacer ambiciones ó ejecutar desvaríos; pero nada importa emplearla en la satisfacción

de las nobles aspiraciones del alma. Importa muchísimo consumir la salud por adquirir un empleo, un destino, el aura popular; pero nada importa tomarse una incomodidad por conquistar un alma á Jesucristo, por conquistar el cielo.

Y así como todos los que esto ejecutan no pueden llamarse hermanos de Jesucristo Sacramentado, tampoco lo son los que, debiendo, no defienden, no extienden el reino del Salvador. Veréis que los pecadores, abusando de los dones de Dios, blasfeman, profanan los templos y días de fiesta, cometen sacrilegios; notaréis que los incrédulos hacen irrisión de las cosas santas; observaréis que los herejarcas, cuyo número es infinito, predicán á mansalva doctrinas erróneas, fomentan el libertinaje y suman las fuerzas católicas á su infernal partido. Y para evitar tantos males, ¿qué hacen los que pretenden llamarse hermanos del Salvador? ¡Ah! ó están dormidos en el campo de trigo, dejando que crezca la cizaña, ó se convierten en instrumentos del infierno para matar al Hijo del Padre de familias.

Jesucristo Sacramentado tiene sed de almas, ¿y quién le ayuda á apagar esta ardiente sed?; quiere se extienda su Evangelio, y ¿quién se toma la incomodidad de propagarlo? desea le recibamos en nuestro corazón, y ¿quién comulga con frecuencia? ¡Ah! tampoco son hermanos del Señor los que esto no practican.

Pero no sigamos siendo verdugos de Jesucristo. Oigamos sus consejos; sigamos sus máximas. De este modo nos atraeremos las bendiciones del Sagrario, que son las bendiciones del cielo; y, atravesando con ellas felizmente este triste destierro, podremos llegar un día á conseguir el premio de nuestras virtudes en la gloria.

DIRECCIÓN EJEMPLO

El siguiente suceso comprobará una vez más cuán consolador es el ministerio de Hermano que Jesucristo Sacramentado desempeña para con aquellas almas que sinceramente le aman.

El beato Fr. Diego de Cádiz poseía en el Santísimo Sacramento del Altar su más regalado paraíso. Cierta día, que celebraba el agosto Sa-

crificio de la Misa, se le apareció el Salvador en forma humana, y, como amante hermano que estrecha su pecho contra el de su hermano, le dió un tierno abrazo, diciéndole al propio tiempo estas consoladoras palabras: «Fr. Diego mío!» En otra ocasión el mismo siervo de Dios se hallaba en la iglesia de Andújar, arrobado en dulce coloquio con Jesucristo Sacramentado, cuando le pareció que el Señor le decía: «Ven acá, Diego mío» y le estrechó de nuevo contra su Corazón divino. En la última enfermedad decía á los médicos que le visitaban: «No se cansen, que la última enfermedad nadie la cura; es mejor que me prepare para que reciba á mi Dios Sacramentado.» Con estas felices disposiciones, después de recibida la Sagrada Hostia, y abrazado al santo Crucifijo, dió su alma al Criador el bendito varón que se había portado durante su vida cual perfecto hermano de Jesucristo en el más bello de sus misterios (1).

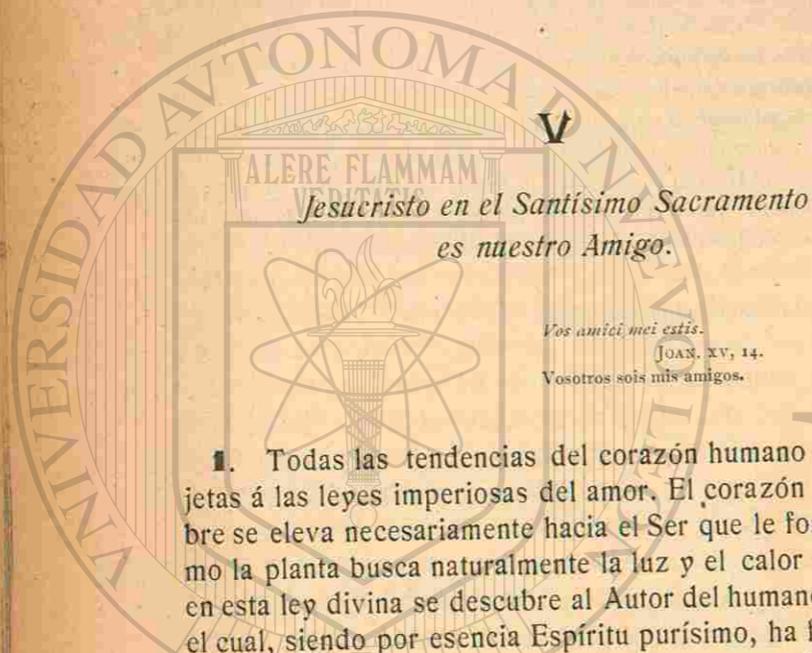
(1) Revista Franciscana, año 1895.

2. Pero observad las condiciones morales del corazón humano, y veréis que su característica es la volubilidad. Una hoja desprendida del árbol y que, azotada por el viento, recorre distintos lugares, tomando diversas direcciones: he aquí simbolizado el corazón del hombre, que no halla reposo en parte ninguna. Le veréis, cual abeja solícita que chupa de todas las flores, volar de amistad en amistad, cebando su corazón, hoy en un objeto bello, mañana en otro caprichoso, no logrando jamás ver satisfechas sus aspiraciones amorosas, porque encuentra en todos los seres un vacío inmenso que no puede llenar su espíritu. En estas soledades misteriosas del alma, el hombre eleva su vista al cielo, entrega su corazón á Dios, ó clavándola en la tierra se desespera entre mil remordimientos que le atormentan. Con alta sabiduría dijo el Agustino, que el Eterno crió el humano corazón para sí, y que este corazón peregrino estará siempre inquieto mientras en su Autor no descanse.

Por cierto, el Altísimo fijó una ley en nuestra alma, y fué la del amor hacia su Majestad divina. Para que la cumpliera con toda perfección, Él mismo quiso ser su modelo mientras estuvo en el mundo; mas el hombre olvida muy presto los beneficios, y ved por qué el Salvador, con el fin de que aquél tuviese siempre presente la amistad que le profesara, determinó quedarse sacramentado, en cuyo bello Misterio le patentiza á todas horas su infinito amor. A este asunto responde el presente discurso, en el cual estudiaremos: 1.º *Que Jesucristo Sacramentado es realmente nuestro amigo.* 2.º *De qué manera se concibe su amistad eucarística.*

§. I.

Nada más consolador, nada más dulce, nada más satisfactorio para un cristiano que ser amigo íntimo de su Redentor. Y sin embargo, lo que no pudiera ser, y que nos llenaría de asombro si lo fuera, existe realmente. Desde las eternidades, el Supremo Ser abrigó la peregrina idea de estrecharse cada vez más con la hechura de sus manos. Este pensamiento que ya desarrollé en el Primer Tratado, al ocu-



V
*Jesucristo en el Santísimo Sacramento
es nuestro Amigo.*

Vos amici mei estis.
JOAN. XV, 14.
Vosotros sois mis amigos.

1. Todas las tendencias del corazón humano están sujetas á las leyes imperiosas del amor. El corazón del hombre se eleva necesariamente hacia el Ser que le formara, como la planta busca naturalmente la luz y el calor del sol; y en esta ley divina se descubre al Autor del humano corazón, el cual, siendo por esencia Espíritu purísimo, ha formado al hombre por el amor, le conserva por el amor y le aguarda para que le devuelva este mismo amor. Ved por qué razón el corazón humano se halla sujeto á las leyes imperiosas del amor, y con ellas tiene que vivir, y por ellas tiene que regirse, y á la perfección de las mismas debe aspirar siempre, á no ser que obcecado en el error, á no ser que hundido en el mal se reduzca á llevar la vida de los irracionales. Por eso el hombre ha de amar por precisión en todo tiempo; quien dejara de amar dejaría también de tener vida. No hemos de creer á esos desgraciados seres que afirman y hasta juran que no aman, porque yo les pongo en esta disyuntiva: si no aman lo que deben amar, ó se entretienen en objetos indignos de la racional criatura, que al cabo aman la espiritualidad envuelta en el fondo de la materia, ó esos hombres han perdido el juicio, se han desesperado.

parme de la Eucaristía y las Ciencias, debo reproducirle en este lugar, siquiera bajo otra forma, y someramente, para hacer ver que el Altísimo, desde la creación del hombre, tendió á comunicarse, á trabar amistad con él, llevándolo á feliz cumplimiento al quedar entre nosotros sacramentado.

3. Antes que Adán rompiera las relaciones con Dios, este Ser por esencia se comunicaba tan familiarmente con aquél, que el paraíso de las terrestres delicias estaba constituido como inmenso hogar doméstico en el que Dios era el Jefe y el Padre de la primera familia humana. El pecado, empero, cual valla formidable, se interpuso entre el cielo y la tierra, entre Dios y el hombre; y, á partir de este momento, el Eterno se negó á emitir sus divinos oráculos. Los hijos de Adán, á la verdad, sentían la ausencia del Dios ofendido, quien, á su vez, hallándose tan distante del ser racional, veía la necesidad de acortar las distancias para entablar nuevas relaciones.

Al efecto, durante la ley natural no escrita empieza el Eterno á comunicarse con los hombres mediante los patriarcas mosaicos; pero en estas comunicaciones se ostenta con toda la severidad de un Juez inflexible, en medio del fragor del trueno y del fulgor del relámpago y de la nube espesísima, no perdonando á quien prevaricase, ni una vez sola. El pueblo escogido, en consecuencia, temía mucho más que amaba al Señor, y había adelantado muy poco en las relaciones amorosas con Dios. Pero es dada la ley escrita, y estas deseadas relaciones se estrechan; el Eterno derrama inmensos beneficios sobre su pueblo elegido, obra en su favor reiterados prodigios, le ensalza sobre las demás gentes de la tierra; y éste, como dádivas quebrantan peñas, aunque de cerviz dura, abre sus ojos, se ve llamado por su divino Protector y se acerca un paso más hacia Él. No queda todavía contento el Altísimo, y ensaya un modo especial de estar más cerca de su racional criatura; manda al efecto sea construída el Arca de la Alianza, para que en este áureo depósito brille de un modo particular su omnipotencia y su gloria, y pueda desde este sagrado tabernáculo

responder á las súplicas de su amado pueblo, recibir sus profundas adoraciones, y defenderle con su augusta protección. Á partir de esta feliz época, son suscitados Moisés, Samuel y David que, amaestrados en la casa del Señor, y distinguiéndose en la virtud del amor divino, abren la escuela de esta virtud y comienza Dios á ser amado fervorosamente por los discípulos de aquéllos. El ensayo, empero, á que me he referido, debía terminarse en hechos reales, y entonces los profetas se encargan de pregonarlos; mas estas promesas debían cumplirse, y en efecto, al llegar los tiempos señalados, el Verbo del Padre da un gigantesco paso hacia la tierra, se asocia á la naturaleza humana, y se une á ella con esos sagrados vínculos hipostáticos que constituyen el hermoso Misterio de la Encarnación del Hijo de Dios. Salió á la luz como la flor brota de la planta sin perjudicarla, y conversó familiarmente con sus hermanos. Sus fervorosas ansias de estrecho vínculo se habían cumplido. Pero ¿estaba todo consumado? El Verbo del Padre, por la Encarnación, se había unido íntimamente á una sola humana naturaleza. Ésta, en general, había ascendido á las sobrenaturales comunicaciones con Dios; pero los individuos, considerados en particular, se unían tan sólo por medio de su gracia al Hijo de Dios, quien, en fuerza de su tendencia unitiva aspiraba sin duda al nexa individual; he ahí por qué faltaba todavía al Hijo del Padre inventar un nuevo Misterio para realizar en todos progresos aquel perfecto nudo. Un paso más y era el último que podía dar la Divinidad; agotando los recursos de la sabiduría, de la omnipotencia y de la santidad infinitas, Jesucristo se da á sí mismo en comida y bebida á los cristianos, entra y se une á ellos con estrechos, con íntimos, con sublimes lazos de amor, y el cristiano á su vez penetra en el santuario de la Divinidad y funde su espíritu con el de Jesucristo al participar del Hombre Dios y al aplicar á sí los sublimes efectos del Sacramento. Ya no puede el Altísimo estar unido más íntimamente al hombre, ni éste á su vez estar más estrechamente ligado con Dios. De este rasgo de infinito amor

surgió en el hombre el deseo de amar al Inmenso, y el Sacramento eucarístico, al estar en contacto con aquél, produjo la mágica chispa que encendió al pecho cristiano en llamas vividas de caridad divina. En adelante podemos afirmar que la mutua correspondencia amorosa entre el Criador y la criatura racional ha quedado perpetuamente establecida.

Ahora comprenderéis el por qué de las bellas invenciones y de los repetidos milagros que obró el Altísimo en el decurso de los tiempos para unirse con perfección al hombre. ¿Sabéis qué fin se propuso? Podréis fácilmente adivinarlo. No fué otro que el de ser amigo íntimo del cristiano.

Detengámonos ahora, siquiera sea por un momento, en este bello pensamiento del Cristianismo, y notaremos que Jesucristo Sacramentado, no sólo es nuestro amigo, sino grande amigo y el más fino y constante de nuestros amigos.

La amistad de Jesús es, en efecto, enteramente nueva, que por eso radica en una doble fineza: 1.^a La de tenerle Sacramentado en nuestros altares para regalarnos con su presencia, para escucharnos y satisfacer nuestros deseos; y 2.^a la de poseerle en nuestro corazón cuando le recibimos sacramentalmente; entonces se consuma en nosotros la tierna amistad del Salvador.

1. Observemos, empero, cómo el mismo Salvador nos llama amigos: «En adelante no os llamaré más siervos sino amigos, porque el siervo no conoce lo que obra su Señor» (1). Por estas amorosas afirmaciones el hombre, ser vilísimo é inconstante, es levantado á la sublime categoría de amigo de Dios. Pretende el Salvador que el cristiano entre á formar parte de las confidencias divinas, y por este motivo daba gracias á su Eterno Padre cuando le decía: «Bendígotte, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste los elevados misterios á los prudentes del siglo y los declaraste á los humildes» (2). Y efectivamente, lo que Dios ocultó al soberbio rey Acab, lo reveló al humilde profeta Elías; lo que no manifestó al ingrato Saúl, lo patentizó

(1) Joan. XV, 15.

(2) Math. XI, 25.

al fidelísimo Samuel; de la propia manera, lo que el Hijo del Altísimo negó á los Césares, á los Herodes, á los pontífices y á los doctores de la ley mosaica, lo concedió espléndidamente á los pobres, á los pescadores, á S. Pedro y compañeros en el apostolado y á todos los discípulos de la cruz, que unieron la humildad con la obediencia á Jesucristo. De entonces más, la cristiandad, formada por esos discípulos fervorosos, conocerá los caminos del Señor, se hará eco de la sabiduría divina, y la Iglesia de Cristo, apareciendo humilde, será sabia; los grandes genios lucirán en su escuela; y en su derredor se congregarán las gentes para escuchar sus atinados consejos; la impiedad misma tendrá que valerse de sus enseñanzas, aun para cometer desaciertos ruidosos. Todo el mundo la alabará y aplaudirá su ciencia, porque es la ciencia divina comunicada por el Hijo de Dios al constituirla amiga suya.

El cristiano puede estar santamente enorgullecido con la dignidad á que ha sido elevado por Jesucristo. ¿Qué monarca del siglo ha dicho jamás á sus vasallos: Vosotros sois mis amigos? Y si lo que hubiera declarado un príncipe á un vasallo suyo, sobre este respecto, hubiera sido suficiente para que el súbdito se creyera feliz, ¿qué dichosos no podremos considerarnos los cristianos al oír de boca del Salvador las palabras con que nos confiere semejante gracia? ¡Ah! el Santísimo Sacramento del Altar es el gran Diploma en el que se certifica nuestra amistad con Jesucristo; y este honroso Diploma lo poseemos nosotros en todas partes y lo podemos exhibir á nuestros amigos y enemigos, á quienes podemos asegurar, sin temor de equivocarnos, que Jesucristo, el Rey de cielo y tierra, es nuestro mayor amigo. ¡Oh palabra eternamente feliz que dilatas el corazón y le llenas de celestial ambrosía; que nos transformas de viles esclavos en señores del mundo por la confidencia que tenemos con Jesucristo Sacramentado!

Y para ser amigos del mayor de los príncipes, no creáis que se necesitan muchos títulos, ni titánicos esfuerzos, no; para ser amigos del Salvador basta que guardemos sus pre-

ceptos. «Sois mis amigos, añade Jesús, si hicieréis lo que os mando (1).» Él mismo, desde la Sagrada Eucaristía, nos amonesta y hasta nos intima que cumplamos nuestros deberes, que no son otra cosa que sus preceptos divinos, para ser de esa manera sus amigos.

Ahora nos resta examinar, si efectivamente Jesucristo se conduce en este Venerable Sacramento como fino amigo del hombre; y si su divina amistad es mejor y más duradera que la de los amigos del mundo.

§. II.

«No es Dios como el hombre que miente, ni como el hijo del hombre que muda á cada instante,» dicen con palabras expresas las Sagradas Letras; y ciertamente, Jesucristo se ha constituido en el Santísimo Sacramento amigo nuestro, según Él lo prometiera, y su palabra infalible jamás puede faltar. Antes los cielos y la tierra pasarán que dejarán de cumplirse al pie de la letra todas las promesas divinas (2). De conformidad con esta sublime profecía, los sucesos todos predichos por el Altísimo han sido confirmados por el tiempo, precisamente en el momento prefijado, según contestes están las historias. En este concepto, Jesucristo declaró que es amigo íntimo de sus discípulos, amistad que ciertamente se exterioriza, se sensibiliza, por decirlo así, en la Sagrada Eucaristía; luego su promesa no puede faltar.

5. Mas, esta dulce amistad del Salvador es fiel, constante, y está llena de dulzuras y consuelos inefables. Que sea fiel, lo comprueba el que jamás haya despedido de su presencia á ningún alma, á no ser que ésta, por culpas graves y propias, se haya hecho indigna de la amistad del Salvador. Por el contrario, á todos los hombres convida para recrearles con su presencia sacramental y hacerles partícipes de su Cuerpo y Sangre. Llama á los fervorosos y les

(1) Joan. XV, 14.

(2) Marc. XIII, 31.

dice (1): «Amados míos: embriagaos con mi sangre divina». Se dirige á los justos y añade (2): «Hartaos de mis sagradas carnes». Invita á los tibios y negligentes y les habla de esta manera (3): «Dadme, hijos míos, vuestro corazón». Convoa, asimismo, á los pecadores y les consuela en estos términos (4): «Venid á mí, todos los que estáis abrumados con el peso de vuestros trabajos, que yo os aliviaré.» Por todos los hombres, hace Jesucristo oración á su Eterno Padre á fin de que todos seamos unos en el amor. «Á pesar, dice un celebrado autor, (5) de que Jesucristo se hallaba bajo la presión de dos ideas contrarias, la del odio que sus enemigos le tienen y la del amor que á todos profesa, instituyó empero este Santísimo Sacramento y se constituyó nuestro amigo. Veía nuestro amante Salvador la animadversión de los escribas y fariseos; conocía á los herejes que habían de blasfemar de su Misterio inefable; no ignoraba las profanaciones y sacrilegios; tampoco desconocía la inmensa multitud de perversos cristianos que con irreverencias ultrajarían su Cuerpo y Sangre, y no obstante instituye la Divina Eucaristía y se hace en Ella amigo de tantos desgraciados, sólo porque lo había prometido.» Será, por lo tanto, fiel la amistad de Jesús Sacramentado? Él ve, además, que aquellos á quienes regala con su Carne y Sangre, que los mismos á quienes consuela con inefables delicias le vuelven repetidas veces las espaldas; sin embargo, el Salvador se mantiene siempre amante, siempre dispuesto á recibir con ilimitada ternura semejantes ingratos. ¡Ah! es que su amistad no puede ser más fidelísima.

Como tampoco puede ser más constante de lo que es; y esta proposición no viene á ser otra cosa que como perfecto corolario de la anterior. Jesucristo Sacramentado, en efecto, es amigo nuestro, pero amigo perpetuo; se ha dignado estar con nosotros hasta el fin de los tiempos; por su parte

(1) Cant. V, 1.

(2) Id.

(3) Prov. XXIII, 26.

(4) Math. XI, 28.

(5) Yagüe. Cátedra Sagrada. tom. VI, pag. 20.

nunca ha faltado ni faltará jamás al amor prometido; ni aun con nuestra muerte termina su amistad fidelísima; lo que siente amargamente es que nos separemos de su lado.

6. Su constante amistad está asimismo llena de consuelos y dulzuras inefables. ¡Qué felicidad no experimenta un corazón ante Jesucristo Sacramentado! Si no hay momentos en la vida más dichosos que los que se invierten conversando con un fiel amigo; ¡qué tranquilidad, qué gozo, qué placer tan dulce no hallará el alma humana en la presencia del Salvador, el mejor, el más fino, el más fiel y el más constante amigo! Entretenidos con Él, se deslizan sin sentirse las horas, las mañanas y hasta los días enteros, arrobados en los goces místicos del Salvador; y es que su grata conversación no es molesta, no es larga, no es amarga, sino muy suave, muy dulce, llena de toda consolación y de toda alegría. ¡Ah! y en medio de esta abundancia de castos placeres, y en medio de esta acumulación de puros goces: ¡qué elevación de miras, qué nobleza de sentimientos, qué grandeza de propósitos no se tienen ante Jesús! Que hablen los santos por mí, pues ellos conocen mucho mejor que yo las dulzuras que se perciben ante la Divina Eucaristía. Comprendiendo S. Agustín que Jesucristo es el verdadero amigo y que en Él y no en otros se halla el verdadero y el único consuelo, exclama «¡Oh locos del mundo! ¿Dónde vais para contentar vuestro corazón? Venid á Jesús, pues Él sólo puede daros el consuelo que buscáis; anhelad por este Bien en el cual están los bienes todos;» y S. Alfonso M.^a de Liguorio, (1) comentando estas frases del Águila de Hipona, ha solido decir: «Si quieres hallar pronto á tu verdadero amigo, aquí está, cerca de ti; dile lo que quieras, pues está en el Sagrario para consolarte, para oírte y para despachar tus ruegos». «Este altísimo Señor, prosigue Sta. Teresa, oculta su Majestad en el Sacramento para que vayamos con más confianza á pedirle cuanto necesitamos.»

7. Al dar á conocer el citado S. Alfonso la amistad que

(1) Visitas al Santísimo. Visita 10.

nos profesa Jesucristo en el Sacramento y el deber de nuestra gratitud, añade que los amantes no tienen mayor contento que estar con la persona que aman. Si amamos, pues, de veras á Jesucristo, debemos estar contentísimos de hallarnos en la presencia del Venerable Sacramento, ya que estamos en la presencia del Hombre Dios. Allí nos ve, nos oye; y nosotros ¿no le diremos alguna cosa? Á lo menos, dice, gocémonos de su gloria y agradezcamos su compañía; deseemos que todos amen á Jesús Sacramentado y le consagren sus corazones: por nuestra parte consagrémosle todos nuestros afectos, de suerte que Jesús sea en adelante nuestro único deseo y el objeto de nuestro amor (1).

Decía el extático S. Pedro de Alcántara (2) que para que la Iglesia no quedase sola, Jesucristo la dejó por amable compañía el Santísimo Sacramento. En vista de esto, ¿qué añadiremos nosotros de tan grata compañía? ¿No es acaso Jesús nuestro mejor amigo? ¿Á qué fin buscar otros amigos, enemigos de Jesús, que por eso mismo se vuelven también enemigos nuestros? ¿Á qué recrearnos con los amigos mundanos? Fuera, por tanto, de nosotros todo aquello que no sea amor de Cristo Sacramentado; demos nuestro corazón al amigo más cariñoso y más amante que existe; «su amor graciosísimo, como asegura tiernamente el V. Tomás de Kempis, es más suave que todas las florecitas, más cándido que todas las azucenas, y más hermoso que las más brillantes piedras preciosas, pues nada hay en las criaturas preferible á su amor, y así por su amor todo se ha de menospreciar.» Amante íntimo y amigo fidelísimo que nunca abandona al que le ama sino que se une gustosamente con él.

8. ¿Queréis saber hasta dónde llega la fuerza del amor que Jesucristo manifiesta al hombre por medio de su amistad? Recordad la dolorosa escena habida en Gethsemani, la noche de la Pasión. Judas, apóstol del Salvador, uno de sus más caros discípulos, arrastrado por la negra codicia de riquezas, intenta vender á su propio Maestro; quiere poner

(1) Visita 17.

(2) Meditaciones.

en ejecución sus malvados propósitos; y en el momento de llevarlos á la práctica, después que lo ha entregado en manos de verdugos desapiadados, el Salvador, mirándole con rostro apacible, le da todavía el calificativo inmerecido de *Amigo suyo*. ¡Oh caridad infinita que superas todas las dificultades de la vida! Aun á tus mismos enemigos, aun á tus propios verdugos tratas dulcemente de amigos. Si Judas se hubiera arrepentido de su horrible crimen, Jesucristo le hubiera admitido todavía en su compañía. Por lo mismo, el cristiano que ultraja vilmente al Señor, y después solicita como S. Pedro el perdón, entra de nuevo á ser familiar de Jesús. ¡Cuán grande, cuán inmenso se manifiesta en este pasaje del Evangelio el Hijo de Dios!

9. Los que han sido verdaderos amigos de Jesucristo Sacramentado, han encontrado en Él la suma de todos los bienes. El V. P. Francisco Olimpo, de la Orden de S. Cayetano, aseguraba no haber cosa ninguna en la tierra que encienda más vivamente los corazones de los hombres en el fuego del divino amor, que el Santísimo Sacramento (1). S. Miguel de los Santos, trinitario, casi siempre que se encontraba ante la Hostia inmaculada, quedaba arrobado; y deseando amar cada vez más á su celestial Amigo, en ocasión que pedía á Dios cambiase su corazón por otro más encendido, accedió el Señor á sus fervorosos deseos, trocándole el corazón por el suyo propio, después de lo cual, eran tan fuertes las llamaradas de amor divino que, para templarlas, aun en lo más crudo del invierno, tenía que salir á la huerta y aplicar al pecho el agua fría. S. Diego de Alcalá se deshacía en lágrimas cada vez que exponían á Su Divina Majestad en el Altar y no podía visitarle á causa de estar ocupado en la cocina de su convento; pero el Divino Amigo le consolaba y satisfacía plenamente sus ansias, obrando el estupendo milagro de que todas las paredes y tabiques dieran paso libre á las miradas del santo franciscano, con objeto de que pudiera contemplar en el Viril al mejor de los amigos.

(1) Vida del Santo por el P. Ribadeneira.

De este modo, Jesucristo Sacramentado recompensa el amor que le han profesado sus amantes; de esta manera y otras semejantes corresponde el Salvador á sus amigos. Bien es verdad que éstos daban pruebas evidentes de un verdadero y fino amor al Santísimo Sacramento. Sta. Brígida besaba las huellas que dejaban los sacerdotes cuando llevaban el Santo Viático á los enfermos. El beato Nicolás Factor, al hablar del misterio eucarístico, se descubría enteramente la cabeza y se ponía en reverente postura. El beato Bernardo Corleón nunca se apartaba de la presencia del Sacramento, cuando estaba expuesto, á no ser que la obediencia dispusiese otra cosa. Finalmente, á S. Luis Gonzaga se le prohibió detenerse ante Jesucristo Sacramentado, porque cuando se hallaba en su Divina presencia, hondamente se extasiaba; y él mismo, al verse tan dulcemente atraído hacia el Dios de los altares, pero anhelando cumplir la obediencia, al pasar por donde el Sacramento estaba huía con violencia, exclamando al propio tiempo con hondo suspiro: Apártate de mí, Señor, apártate de mí.

10. Al encontrar en los amigos de Jesucristo Sacramentado, felicidad tanta, ¿quién no se moverá á imitarles, ó al menos á desear adquirir su amor? La generalidad de los hombres pierden miserablemente el tiempo entregándose á ilícitos ó ridículos amores, que jamás sacian el corazón, que siempre terminan por causar algún serio disgusto, cuando no mayores estragos. ¡Lástima inmensa que nuestro corazón, que por sí mismo propende á fijarse en el Ser divino para amarle de veras, se entregue á los necios amores de objetos extraños, caducos y miserables, indignos siempre del hombre, cuando no van bien ordenados! No deberíamos olvidar que el corazón humano, tanto más lejos de Dios está, cuanto más cerca se halle de las criaturas, y tanto menos amará al supremo Bien, cuanto más ame los bienes perecederos.

No seamos de los infelices que malgastan el tiempo, amándolo todo, menos á Jesucristo. Corramos al tabernáculo y conversemos con Jesús; nuestra felicidad será com-

pleta; al menos tendremos la inefable dicha de conocer que amamos á Dios, pues, como asegura S. Alfonso de Ligorio, los hombres no van á conversar con Jesucristo porque no le aman. ¿Hemos de tener gusto de pasar un rato con un pariente, con un conocido, con un amigo, y nos ha de disgustar la dulce conversacion de Jesús Sacramentado? Seamos cuerdos y pensemos alguna vez sobre nuestra mejor conveniencia. Nuestra felicidad ha de ser Jesús; amemos, pues, á Jesús, y trabajemos por ser sus más leales amigos.

EJEMPLO

Era todavía niño y pastorcito S. Pascual Bailón, cuando, con ocasión de cierta festividad, penetró en el templo acompañado de su madre. Se celebraba función solemne al Santísimo Sacramento; y Pascual, que tenía ya sobradas pruebas de la fina amistad que le profesaba el Salvador (radiante aquel día en el Ostensorio) con admirable candidez, dijo á su genitora:—Madre, aquello del altar es mío.—Hízole ésta guardar silencio, pero el santo niño repetía con importunidad las mismas palabras hasta llegar á decir:—Yo lo quiero, yo lo quiero.—Al terminar la solemnidad notó él que los sacerdotes llevaban procesionalmente el Sacramento al Sagrario, y se deslizó, por permisión divina, de entre las manos de su madre, escondiéndose en uno de los rincones cercanos á aquel lugar. Poco después quedóse solo, y, cuando comprendió que, á excepción de Dios, ningún ser humano le podía ver, abrió con destreza el tabernáculo, cogió el Ostensorio en el que se guardaba la Santa Hostia, y acomodándolo debajo de la manta que llevaba colgada del hombro, salió de la iglesia con toda cautela, pero con igual serenidad y devoción, dirigiéndose al hato, donde, escogiendo la piedra más blanca que pudo hallar á la mano, depositó reverentemente sobre ella el Santísimo Sacramento. Una vez que vió logradas sus aspiraciones santas, dejóse llevar de los incendios purísimos de su corazón amante, y comenzó á danzar inocentemente ante la Majestad augusta de Jesucristo. Allí derretía su alma inundada en puro gozo y no sintiera más que le despojasen de aquel tesoro riquísimo. Al propio tiempo, cundió en el pueblo la triste noticia de que había sido robado el Ostensorio con la Sagrada Hostia; y uno de los rústicos, que no ignoraba el pretendido sacrilegio y que se hallaba muy cerca del hato del santo pastor, al observar el espectáculo referido se acercó curioso y reconoció el Ostensorio. Inmediatamente dió aviso al párroco, quien juntamente con el clero y autoridades se dirigieron al lugar del suceso. Naturalmente el ministro del Altísimo quiso reprender ásperamente al bienaventurado pastorcillo: mas, al pretender llevarse el

Ostensorio, conoció que Dios no lo permitía, puesto que estaba fuertemente asido á la piedra que servía de altar. Entonces el santo niño, sin inmutarse, y con la candidez angelical que le distinguía, dijo al sacerdote:—Para que V. vea que esto es mío, no se lo llevará V. hasta que yo mismo se lo entregue.—Por cierto, fué necesario que el devoto pastorcito entregase el Sacramento al párroco, quien, con toda la solemnidad posible, lo condujo á la iglesia entre los aplausos de los fieles y el festivo clamoreo de los sagrados bronce, mientras que el santo niño no hacía otra cosa que dar saltos de alegría y de indecible entusiasmo ante Jesús Sacramentado, cual otro rey David lo efectuó ante el Arca de la Alianza.

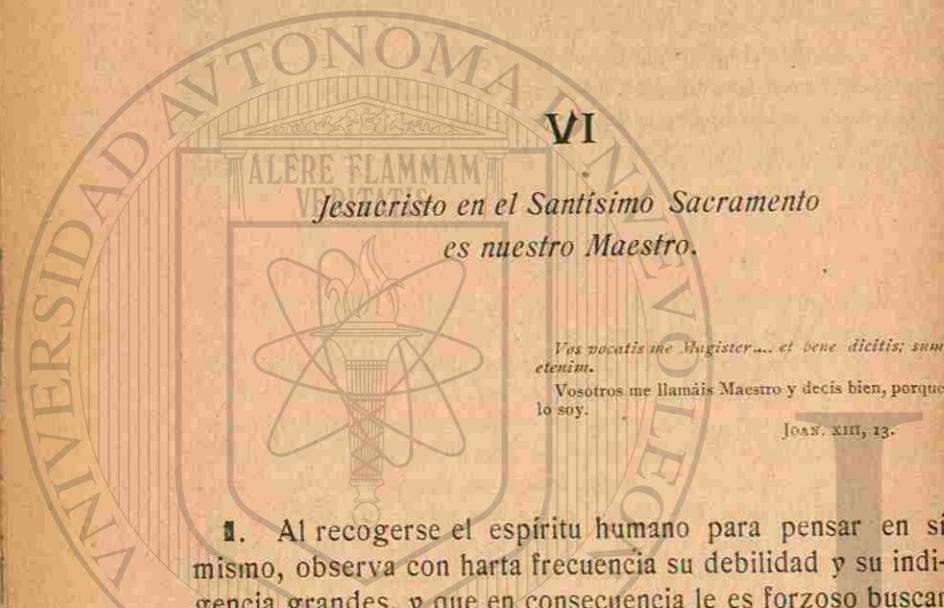
los abismos de la desesperación y de la muerte anímica, tanto más cuanto que estas últimas ciencias son más difíciles, más útiles y necesarias al hombre. Con efecto, las ciencias en general ilustran la inteligencia; las artes, la fantasía; y los oficios, agilidad y destreza á la mano; pero la ciencia de la virtud sujeta el entendimiento á más de iluminarle; purifica la fantasía á más de embellecerla; y sobre todo forma el corazón, parte esencial de nuestro ser, difícil de educar por las contrariedades con las que ha de luchar secularmente, pero necesario, si aspiramos á conseguir nuestro fin.

2. Cuán nobilísimo y elevado deba ser el estudio de la gran ciencia del corazón lo conoceremos por su objeto y por su fin. El objeto es sujetar el corazón á la recta razón según Dios; es obtener un ser racional conforme al primer modelo. El fin es Dios mismo; mientras que el objeto de las ciencias que pertenecen al orden de la inteligencia consiste meramente en ilustrar á ésta en la materia de que se ocupan y el fin estriba en la tierra; porque ó es un gusto loable, ó un capricho vano, ó un interés vil, ó conveniencia propia: fines bastante rastreros.

Es, por lo tanto, el estudio del corazón humano el más importante y al propio tiempo el más difícil, necesitándose, por consiguiente, maestros más ilustrados que los que exigen las demás ciencias; y, siendo aquel estudio asimismo más necesario, de ahí que sus maestros deban ser más apreciados. Hay un maestro, empero, que no son los libros, ni los ministros sagrados, ni los doctores católicos; un maestro que enseña é ilustra el entendimiento, mueve y enfervoriza el corazón, presta capacidad á la inteligencia, recuerdo á la memoria y fuerza á la voluntad: es Jesucristo Sacramentado. Veamos si *Nuestro Señor en el Sacramento es nuestro buen Maestro*; é indaguemos al propio tiempo los *modos de que se vale para enseñar á los hombres*.

§. I.

3. Repasando las bellas páginas del Evangelio observo que el adorable Salvador, al propio tiempo que difundía



Jesucristo en el Santísimo Sacramento es nuestro Maestro.

Vos vocatis me Magister... et bene dicitis; sum enim.
Vosotros me llamáis Maestro y decís bien, porque lo soy.

JOAN. XIII, 13.

1. Al recogerse el espíritu humano para pensar en sí mismo, observa con harta frecuencia su debilidad y su indigencia grandes, y que en consecuencia le es forzoso buscar una luz más potente que la suya propia que le señale el sendero por donde deba caminar, con objeto de que no tropiece en las nebulosidades de la vida presente. Á no ser que el orgullo, innato á nuestra corrompida naturaleza, se levante ofuscado por encima de las reflexiones naturales que nuestras potencias forman y las atropelle irracionalmente, el hombre deberá confesar con ingenuidad que es pobre de inteligencia; que sabe muy poco, y que por lo tanto necesita de un guía.

Al modo, empero, que existen diversos órdenes de ciencias y de artes, asimismo debe haber respectivamente maestros que correspondan á ellas; y no sólo merecerá el calificativo honroso de maestro el que explica plausiblemente asignaturas científicas, artísticas ó industriales, sino también el que muestra sabiamente los senderos de la virtud y de la perfección del alma, los escollos del error y del vicio,

con su palabra la Verdad incorruptible, la propagaba asimismo con el ejemplo. Si por las obras se viene en conocimiento de su autor, la ley evangélica emite luz suficiente para que distingamos á su Autor divino. En efecto, la ley evangélica es una ley razonable; en ella nada se opone al espíritu del hombre; por el contrario, le eleva, le engrandece y le sublima. Es una ley suavísima: mi yugo, ha dicho el Salvador, es suave y mi carga ligera (1). Es una ley altísima; no se confunde con la carne y con la sangre; no aspira á los goces de los sentidos; despierta los placeres más puros. Es una ley prodigiosa: al practicarla el hombre se siente superior á sí mismo y con bastantes fuerzas para ahogar los gritos de las pasiones más violentas. Es una ley simpática, que purifica el espíritu y le une á Dios. Es una ley universal, que abraza todos los pueblos y razas, que se ocupa de todos los objetos del hombre, que atiende á todos los intereses de la humanidad, que remedia todas sus miserias. Es una ley inmortal y eterna, que durará por todos los siglos. Es, finalmente, una ley divina: sus palabras revelan la autoridad omnipotente de su Autor, y ni aun una tilde carece de expresión: en ella todo es preciso, todo justo, todo santo.

1. Esta es la sabia, la hermosa ley, más hermosa que todas las teorías utilitarias de los demagogos modernos, más sabia que las doctrinas de los griegos filósofos y reformadores de todos los tiempos. Jesucristo no se contentó con promulgarla sencillamente, si que también se propuso enseñarla con la palabra y con las obras: poderosas y brillantes alas con las que el hombre puede volar hasta el mismo seno de la Divinidad. Vemos, en efecto, á Jesucristo, que á los doce años de edad, cuando todavía era ignorado del mundo sabio, se halla sentado en el templo, rebatiendo con elocuencia los efimeros argumentos de los doctores, y dando lecciones de su ley santa á los magistrados, los cuales, al ver sabiduría tanta en el divino infante, se maravillan, diciendo:

(1) Math. XI, 30.

¿no es éste, por ventura el hijo del carpintero? (1). En semejante actitud le descubrimos cincelado en las criptas romanas de S. Calixto y Sta. Inés. Vémosle en el áspero desierto rechazar briosamente al demonio con admirables razones, que desconciertan al malvado espíritu, desbaratan sus astutos planes y le precipitan en las infernales cavernas. Vémosle predicar mansamente por las calles de Judea y Samaria, enseñando su ley santa á un concurso numeroso que le sigue, ávido de la dulzura de sus palabras y de la grandeza de sus prodigios. Vémosle contestar sabiamente á los pontífices y á los jueces. Vémosle asombrar á sus discípulos, confundir á los judíos, maravillar á los fariseos, desbaratar los sofismas de sus enemigos, abrirse paso por entre las muchedumbres. Vémosle, finalmente, ser aclamado de todos por Maestro.

5. Este bello título le da el joven que deseaba ser su más ferviente discípulo; con él le nombra el traidor apóstol en el acto de entregarlo á las iras judáicas: Maestro le dice María Magdalena cuando le vió resucitado, y por tal le conocen sus discípulos y todo el pueblo. El mismo Salvador se impuso á sí propio aquel simpático calificativo en tres distintas ocasiones. Cuando ordenó á dos de los apóstoles que fuesen á Jerusalén para que dispusiesen la Pascua, les habla de esta manera: Así diréis al Padre de familias: El Maestro te dice, etc. (2). Á continuación del lavatorio de los pies, conversando Jesús con los doce, añade: Vosotros me llamáis Maestro y decís bien, porque efectivamente lo soy (3). En una tercera ocasión se llama prácticamente Maestro, al declarar á los suyos: Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón (4). Luego, la consecuencia natural que se desprende de todos estos principios es que nosotros somos discípulos de Jesús, quien, no sólo con la palabra, sino principalmente con el ejemplo, se mostró siempre perfecto Maestro del hombre.

(1) Math. XIII, 55.
 (2) Math. XXVI, 18.
 (3) Joan. XIII, 13.
 (4) Math. XI, 29.

6. Mas, pregunto: ¿este ministerio divino del cual nos ocupamos, lo ejercitará ahora Nuestro Señor Jesucristo en el Santísimo Sacramento? Indudablemente que sí; mientras peregrinó en este mundo fué nuestro maestro temporal, pero ahora en la Santa Eucaristía es nuestro maestro perpetuo; aquellos oficios en que su gran bondad se ejercitaba entonces para nuestro bien, estos mismos desempeña al presente oculto en el Sagrario. De un modo tanto más gustoso, si cabe la frase, ejecuta el Señor eucarístico el ministerio de Maestro, cuanto que en el Sacramento, viendo cumplidas y satisfechas sus infinitas ansias de rescatar al hombre del pecado, aplica los sudores empleados durante su veloz carrera mortal y se constituye por este doble motivo en Maestro perpetuo de los cristianos.

§. II.

Veamos de qué manera enseña Jesús en la Eucaristía.

1. Es una gran verdad que el divino Salvador, guardando silencio en el Sacramento, habla elocuentemente al corazón cristiano; y ese mismo sepulcral silencio se transforma en argentina lengua que enseña lecciones provechosas á todos los que desean servirse de ellas. *Discite a me.* Aprended de mí, dice la Majestad del Señor oculto en la Hostia santa y envuelto en el profundo silencio y las místicas sombras del templo; y el cristiano devoto que se aproxima al Tabernáculo para contemplar de cerca á su Dios, aprende la reverencia, el respeto y el temor debido á las cosas santas y á sus prójimos. *Discite a me.* Aprended de mí, repite incesantemente el Señor tras los blancos velos de los eucarísticos cendales; y el cristiano devoto que admira la bella Hostia, perla preciosa engastada en el relicario de la custodia, aprende la inocencia, la castidad y la pureza en pensamientos palabras y acciones. *Discite a me.* Aprended de mí, añade Jesucristo, mostrando su Corazón, encendido en llamas divinas, que saltan á los ojos de la fe católica; y el cristiano devoto que observa á su Dios abrasado en caridad infinita, cuyas voraces chispas llegan hasta él y le queman, aprende á amar á su Dios y á sus hermanos. *Discite a me.*

Aprended de mí, grita en todo momento el Redentor, desde el fondo del vaso sagrado que le aprisiona; y el cristiano devoto que oye los clamores divinos, y que no ignora que su Señor descansa sobre humilde peana, aprende á estrecharse con la pobreza, á buscar la humildad y á no despreciar al indigente. *Discite a me.* Aprended de mí, repite Jesús entre mil angustias que le oprimen, causadas por los profanadores de la Eucaristía y por los ingratos á su amor; y el cristiano devoto que lee tanta paciencia, tanto sufrimiento, resignación tanta en Cristo Sacramentado, aprende á sufrir con su Maestro y á no despreciar las ocasiones del martirio. *Discite a me.* Aprended de mí, clama el Señor, amarrado al tabernáculo con las fuertes ligaduras de los sacramentales accidentes; y el cristiano devoto que contempla á todo un Dios libre y omnipotente, sujeto á la voluntad de sus ministros y de sus fieles en general, aprende á ser obediente á los superiores, respetuoso para con los iguales y afable para con los inferiores. *Discite a me.* Aprended de mí, dice en voz apagada el Salvador por haber gritado tanto tiempo, tantos años y tantos siglos desde las mansiones eucarísticas; y el cristiano devoto que admira la constancia y la fidelidad de su Dios á las promesas hechas, aprende naturalmente á perseverar en la práctica del bien, siendo fiel á Jesucristo y constante en el amar ordenadamente. Sí; desde el Sacramento, Jesucristo enseña á los hombres la doctrina celestial y la ciencia de la virtud que conduce á la gloria imperecedera. El católico que cree profundamente, oye en el templo la voz de Jesucristo, porque todo, absolutamente todo está claro y patente á los ojos de la fe; lo que falta casi siempre es inclinarse, humildes, el ánimo ante las imposiciones de la fe; lo que falta es doblegar la cerviz de la voluntad ante las enseñanzas de Jesucristo Sacramentado para practicar lo que se oye; porque no basta, no, escuchar atentos la sublime lección, es menester aprenderla; no basta aprenderla de memoria y con deseos de llevarla al terreno de la práctica, es necesario ponerla en ejecución pronta y ordenada.

¡Cuán hermosa es la Santa Eucaristía considerada desde este punto de vista! ¡Qué de bienes inmensos no acarrea al alma que posee una fe viva y un deseo sincero de aprovechar en el negocio de virtud! Esas inspiraciones altas que se reciben como suave y fresco rocío llovido del cielo; esas gruesas lágrimas que asoman á los ojos cual puros brillantes fundidos al calor de la contrición dolorosa; esos suspiros tiernos, ayes consoladores del alma, exhalados á fuerza del fervor interno; esas resoluciones firmes de no pecar y de emprender mejor el camino del bien, formadas á impulsos de los reiterados estímulos de Jesucristo: ¿qué son sino bellos efectos del amor de Jesucristo, manifestado en la Hostia santa, en su ministerio de Maestro? ¿Qué son sino lecciones estudiadas y aprendidas al calor del Sacramento por las influencias del mismo? ¡Ah! ¡qué magnífico se muestra nuestro Dios en los altares!

8. Delante del Sacramento eucarístico, bebe el alma, como en la fuente, los tesoros celestiales. Si Jesús es rico, é infinito en sabiduría, ¿qué luces tan purísimas no derramará sobre el cristiano que se acerca á recibirlas? Decía el dulcísimo S. Francisco de Sales, que no hay sermón más provechoso que el que se estudia y se previene delante del Pan eucarístico; por eso el eximio doctor P. Suárez acostumbraba decir que el día que dejaba de recibir en la Misa la Sagrada Eucaristía, se le secaba tanto el ánimo como la pluma; y del angélico Santo Tomás se sabe que gobernaba su pluma á las luces del Sacramento Santísimo. Es cierto que muchos devotos de la Eucaristía estudiaron las lecciones que debían dar en cátedra ante la Hostia inmaculada, y las aprendieron más pronto. Me consta de dos religiosos que estudiaban de este modo, á la luz de la lámpara del Sagrario, y se sabían perfectamente las lecciones. ¡Acercaos, espíritus indiferentes, acercaos al Sacramento del Altar, si queréis palpar con las manos de la realidad estas consoladoras verdades! y basta lo expuesto para saber de qué manera Jesucristo enseña ordinariamente en el Sacramento.

9. Mas, posee también otro método de dar lecciones: es

especial y extraordinario, y como tal, conseguido únicamente por almas privilegiadas. La vida y el consuelo de estas almas fué Jesucristo Sacramentado, por cuya razón el Salvador, á fuer de agradecido, las favoreció de un modo singular, enseñándolas sensiblemente desde la Eucaristía, del propio modo que un maestro daría lecciones á su discípulo favorecido. Lo más singular del caso ha sido que ciertas personas santas, rudas en las ciencias humanas, merced á las lecciones de la Divina Eucaristía, supieron responder satisfactoriamente á intrincadas cuestiones filosóficas y teológicas, y desbaratar sabiamente los argumentos que, peritos en el asunto, les opusieron. De Sta. Catalina de Bolonia (1) se refiere que, habiendo permitido el Señor le asaltasen algunas terribles dudas sobre la real existencia del Dios Hombre en la Eucaristía, un día en que comulgó con más fervor que otras veces, se le disiparon en tal manera que su entendimiento quedó lleno de sabiduría admirable. «Visitó Dios mi entendimiento, (son palabras de la santa) estando en oración una mañana y, hablándome intelectualmente, me manifestó con claridad cómo en la Hostia consagrada está la Humanidad y Divinidad de Cristo y también cómo era posible que debajo de la corta especie de pan estuviese todo Dios Hombre; asimismo me dió el conocimiento de lo que pertenece á la fe de este Misterio, explicando las dudas y cuestiones pasadas que se ofrecieron al discurso y las que podían ofrecerse, desatándolas y aclarándolas con ejemplos patentes y naturales. También entendí el modo como fué posible que Jesucristo Hijo de Dios encarnase por el Espíritu Santo y naciese de la Virgen María, sin corrupción ni detrimento de su purísima virginidad, y me fué dada clara y demostrativa inteligencia y conocimiento de la Divina Esencia y otras cosas notables, que no refiero por mi corta memoria y porque no soy capaz de explicarlas.»

Otros bienaventurados recibieron mercedes semejantes. La beata Eustoquia, franciscana, (2) debido al amor intenso

(1) Crónica Seráfica por Gonzaga.

(2) González, Crónica Seráfica.

que profesaba á Jesucristo Sacramentado, fué favorecida con el don de discernir sobre quien estaba ó no en pecado grave; y el agustino S. Juan de Sahagún, (1) al quedar arrobado en la presencia del Sacramento, recibía del Altísimo la merced de aprender de memoria los sermones que debía predicar, y el conocimiento de algunos misterios del Catolicismo.

10. Es, por lo tanto, Jesucristo Sacramentado sapientísimo Maestro que distribuye la ciencia á sus amantes, según le place. Y, ¿no nos moverá esta consideración á profesar ferviente amor á Jesús? Por cierto, no son los libros absolutamente los que enseñan; no son los maestros y catedráticos los que exclusivamente explican la ciencia; no son las inteligencias humanas las que, abandonadas á sí propias, aprenden; existe acerca de este punto un mecanismo de leyes admirables regidas por sólo Dios sin el cual no puede haber sabiduría, que así deba llamarse, y fuera del cual toda ciencia es vana. Y por más que la capacidad intelectual únicamente Dios puede otorgarla al concedernos las dotes del alma; y los estudios adquiridos reconozcan por base la capacidad mencionada; si el hombre científico no teme á su Criador, en cuyo temor se sintetizan el principio, (2) la raíz, (3) la plenitud (4) y la corona (5) de la sabiduría, no podrá jamás denominarse sabio; porque cierto es que no hay sabiduría, no hay prudencia, no hay consejo contra el Señor (6); sus brillantes estudios constituirán una necedad inmensa, (7) y será abominable ante los ojos del que pesa la misma sabiduría en la delicada balanza de su ciencia infinita.

¡Ah! cuán cierto es que lo que es necedad ante el ojo humano, que mira tras el obscuro prisma de la pasión, es al propio tiempo gran sabiduría ante Dios (8)! ¡Cuántas veces

(1) In vita ejus.

(2) Prov. IX, 10.

(3) Eccli I, 6.

(4) Id. 20.

(5) Id. 22.

(6) Prov. XXI, 30.

(7) I Cor. III, 19.

(8) I Cor. I, 20.

el Señor, por dar en rostro á los hombres hinchados con su ciencia, ha otorgado desde la cátedra misteriosa del Sacramento la doble ala de la inteligencia una ciencia infusa juntamente con una sabiduría humilde á algunos de sus fieles siervos! Dígalo S. Pascual Bailón, que respondía sabiamente á las más graves dificultades que algunos oponían al dogma católico; dígalo el beato lego Andrés Hibernón, admiración de los más sabios, que predicaba á los moros con aplauso de los hombres de ciencia; y ¿cuántos otros siervos de Dios, merced á la sabiduría adquirida en la cátedra del Amor, no han intervenido en los gravísimos asuntos de la Iglesia y del Estado, habiendo los más sabios inclinado ante ellos su frente? Un beato lego Gil de Asís á quien consultaron los P. P. Dominicos sobre la pureza de María; un beato Carlos de Setia, religioso casi rudo, á quien pidieron consejo más de una vez los cardenales y aún el mismo Papa; un beato Humilde de Bisiniano, también lego, que fué llamado á Roma por Gregorio XV á emitir su opinión sobre graves asuntos; y un S. Diego de Alcalá, que tanto influyó en la prosperidad de la islas Canarias, haciéndose acreedor á los aplausos de los hombres más eruditos de su tiempo.

11. Mas todos estos religiosos fueron discípulos formados en las escuelas de Jesucristo Sacramentado; y aunque es cierto que no á todos los devotos del Sacramento se les otorga la sabiduría de la misma manera y en el mismo grado, también es cierto que todos aprenden las enseñanzas celestiales en esa Central Universidad de las ciencias divinas.

Ahora deseo que fijéis vuestra atención en esa generación de pocos años que, ávida de obtener un título académico, cursa en nuestras literarias universidades é institutos de segunda enseñanza, donde, si no se la arranca la fe y se la seca la esperanza, no se la facilita al menos que de vez en cuando eleve sus miradas al santuario eucarístico para que, restaurando las fuerzas perdidas, vigorice la juvenil inteligencia, fortalezca la briosa memoria y encamine la inconstante voluntad hacia el Bien eterno, donde todas las hu-

manas aspiraciones residir debieran. ¿Qué diremos de ciertos profesores que no conocen de Religión más que el nombre y que, contentándose con explicar friamente á sus discípulos lecciones de la asignatura respectiva, nada les hablan del Autor de lo existente, á quien todas las cosas referirse deben, ni una palabra de consuelo, ni una frase que llegue hasta los pliegues más menudos del espíritu? Y, ¿qué anatemas no fulminaremos contra aquellos catedráticos librepensadores, charlatanes togados, cuyo único afán consiste en arrancar las sanas creencias á los estudiantes, creando una generación gárrula, homicida de las almas? Pues bien; todos esos niños, todos esos jóvenes educados en esas láicas escuelas, observables de cerca, estudiadles detenidamente; poco saben, porque poca ciencia sólida aprendieron; nada saben de lo que debieran saber; porque, ¿qué importan unos pocos conocimientos físicos y mecánicos, qué significan unas cuantas instrucciones naturales y artísticas si nada se ha oído, si nada se sabe de verdadera filosofía, del fin del hombre y de los medios que deben emplearse para conseguirlo, asuntos en que esencialmente estriba aquella hermosa ciencia? ¡Ah! de unos maestros mercenarios, comerciantes científicos, han de salir necesariamente discípulos también mercenarios, que venderán su palabra al mejor postor como vendieron su conciencia á Lucifer.

¡Cuán diferente sería su suerte, si, oyendo á profesores amaestrados en la Fe y en la caridad de Jesucristo, hubieran aprendido periódicamente la doctrina purísima que enseña el Salvador desde la Eucaristía! ¡Ah! La cátedra sin Dios corrompe y mata, pero la cátedra donde brilla la antorcha del Sacramento purifica y salva. El alumno que se inspira en Jesucristo Sacramentado, á más de aprender sólidamente las ciencias humanas, alcanzará también la perfección de las divinas, y sabrá ser útil á sí propio y á la sociedad que le rodea.

12. Confesemos, por lo tanto, ingenuamente que el adorable Redentor en la Eucaristía es Maestro sapientísimo que difunde las luces de la verdadera ciencia á quien las solici-

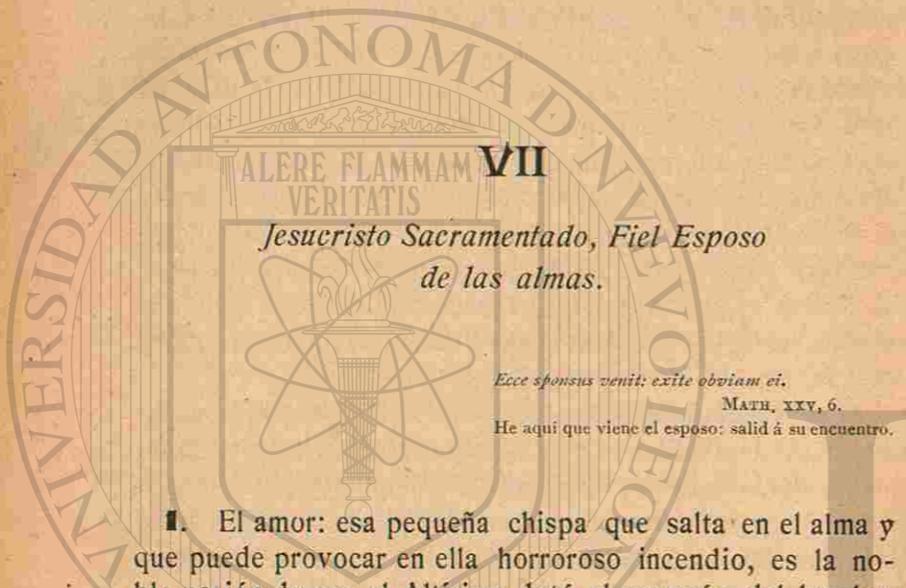
ta. Vayamos al altar del Tabernáculo y quedémonos allí largos ratos, según lo permitan nuestras ocupaciones, y pidamos al Señor con el profeta rey: «Dadme, oh Dios, inteligencia y escudriñaré tu ley y la guardaré con todo mi corazón». «Enséñame la bondad, la disciplina y la ciencia (1);» y entre las espirales del incienso, las litúrgicas oraciones y las melodías dulcísonas del órgano, oiremos la voz de Jesucristo que habla á nuestra inteligencia y repercute en nuestro corazón para que aprendamos, y practiquemos lo aprendido. Entonces conoceremos lo que vale esa Cátedra de Verdad para los usos múltiples de la vida; nuestras operaciones serán acertadas, porque se aconsejaron en el Divino Profesor que las preside, y nuestro gozo será grande al ver que tenemos relaciones estrechas con la Inteligencia despejada, con el Ente sapientísimo.

Aprovechémonos de las lecciones de Cristo Sacramentado; seamos humildes y, postrándonos con fe viva y reverencia profunda ante la Majestad del Sacramento, solicitemos del Señor que ilustre nuestro entendimiento, vigorice nuestra memoria é inflame nuestra voluntad, á fin de que nuestras potencias sirvan con perfección á su Autor en este suelo, para recibir la recompensa eterna en el cielo.

EJEMPLO

Según he explicado en el precedente discurso, Jesucristo Sacramentado ha dado verbalmente lecciones á muchos siervos suyos. Con efecto: S. Francisco de Borja, merced á las enseñanzas eucarísticas, conocía infaliblemente en qué iglesias y en cuál lugar de éstas se hallaba reservada la Santa Eucaristía; de tal modo que, al pasar por delante de los templos se arrodillaba ó no según estaba ó no reservado el Sacramento. Asimismo, el beato Nicolás Factor sabía perfectamente quiénes eran los que se hallaban en gracia de Dios ó en pecado mortal, por cuya razón amonestaba seriamente para que se confesasen á los que se encontraban en este último estado, prometiéndoles que de allí á pocos días morirían, como sucedió, en efecto.

(1) Ps. CXVIII, 34 y 66.



VII
*Jesucristo Sacramentado, Fiel Esposo
 de las almas.*

Ecce sponsus venit: exite obviam ei.
 MATH. XXV, 6.
 He aquí que viene el esposo: salid á su encuentro.

1. El amor: esa pequeña chispa que salta en el alma y que puede provocar en ella horroroso incendio, es la noble pasión de que el Altísimo dotó al corazón del hombre al crearle. Esta bella pasión, antes del primer pecado, se elevaba hacia su autor cual varita de oloroso incienso, derramando por todas partes fragancias suavísimas, y embalsamando con sus gratos perfumes el trono del Hacedor Supremo. Era entonces, no volcán que vomita ardiente lava y carboniza los objetos que en derredor suyo encuentra, sino lluvia benéfica que templó los ardores, reduciéndolos únicamente á calentar, mas no á quemar. Una fuerza secreta, cual el oxígeno impele al globo aerostático ascender á regiones atmosféricas, impelía también al corazón humano hacia las regiones celestiales para confundirse con Dios; y esta secreta fuerza, partiéndolo del corazón de Dios, como de su principio, traía hacia nuestros primeros padres toda suerte de bendiciones. El Criador y la criatura se amaban con amor puro, satisfactorio, feliz, tanto más cuanto que el estado del primer hombre, constituido en justicia original, le llevaba natural-

mente á tener sus complacencias con el Eterno. En este dichoso estado, Adán miraba á Dios como á su único objeto amoroso en quien inflamarse pudieran los tiernos afectos y ardientes suspiros de un pecho calentado en amor purísimo; y aunque le diera por compañera y esposa á la primera Eva, sin embargo, era tal la inocencia de ambos que, no pudiendo jamás apercibirse de su total desnudez, se miraban como espíritus, se amaban como hermanos, con amor ordenado, convirtiendo su ejemplar desposorio al de su Creador, como á único Esposo de ambos. Á Él adoraban como á Dios, respetaban como á Señor, temían como á Juez, amaban como á Padre, y se gozaban como con Esposo fidelísimo.

El Eterno, por su parte, viendo en el hombre la bella criatura racional salida de sus manos, comprendiendo que le era agradecido: por ley de amor recíproco, que con fuerza salía del Ser divino para hacer feliz al hombre, amaba á éste como á la niñeta de sus ojos, le acariciaba y le hacía dichoso en amenísimo vergel de placeres purísimos, concertándose esa perfecta armonía divino-humana que imposible sería pretender explicar.

Mas el pecado entró por desgracia en ese querido ser, de barro formado, y con la culpa entró asimismo la muerte en el mundo; de suerte que todos nosotros, como descendientes del primer Adán, pecamos en él (1); y he ahí explicado, como justo castigo de ese horrendo delito, el desorden de las pasiones que, rebelándose contra el espíritu, pretenden desbordarse y ahogarle en su impuro cieno.

2. La pasión, empero, del amor como más noble, quedó abominable; como más valiente, perdió el freno; nada le contuvo; en lugar de dirigirse á Dios, torció el camino y se inclinó á las criaturas: el amor se había extraviado. Pero Dios, que debía unirse al hombre por amor, al contemplar las escorias de esta pasión, se horrorizó, y, movido de un exceso de bondad, pensó separar el barro que envolvía al corazón humano, limpiándole de las heces de la culpa, purificando

(1) Ad Rom. V, 12.

el amor como se purifica el oro en el crisol; y hé ahí que llegó á limpiarle completamente en el encendido crisol de su Corazón Divino, sensibilizado en el Misterio augusto de su Cuerpo y Sangre. En adelante, los dos amores divino y humano se van á encontrar por medio de este dulce Misterio: se unirán por Él y se gozarán en Él. ¡Ah! «Mis delicias, dijo el Salvador, son estar con los hijos de los hombres (1);» palabras con las que revela su amorosa y justa pretensión de unirse á nosotros, ejerciendo desde la Eucaristía el casto oficio de Esposo. ¡Invencción maravillosa de Jesucristo, que por este medio nos atrae, y nos une á sí con los apretados lazos de la caridad!

Estudiemos, pues, á *Jesucristo Sacramentado como Fiel Esposo de las almas cristianas*; lo cual será para el católico una gran luz, y un nuevo consuelo.

§. I.

El Cantar de los Cantares, esa égloga pastoril sagrada que pone en campestre escena á Dios y al alma justa, como recreándose castamente entre las bellas flores y las doradas mieses, debajo de las verdes hojas de la higuera y al dulce gorjear de infinitos y variados pajarillos, es el documento importante, es el Libro auténtico, refrendado por mano divina, que nos acredita ser Dios quien busca al alma humana para tener en ella sus puros amores. No seré yo quien vuelva á repetir los conceptos que expuse en el Tratado II de esta Obra, al ocuparme de este Divino Epitalamio, porque allí vimos hasta la saciedad cuán amoroso es Dios para con los hombres, y los requiebros finisimos que dirige al alma cristiana en concepto de esposa suya; sólo, sí, advierto de paso que este Divino Libro en cuestión, que se refiere espiritualmente á Jesucristo Sacramentado y al alma que le comulga, revela altamente el ministerio de Esposo que el Salvador desde la Santa Eucaristía desempeña cerca de las almas puras, sus esposas. Así lo sienten los SS. Padres y Doctores católicos.

(1) Prov. VIII, 31.

3. Mas, al ocuparme de un asunto tan bello y consolador, no pretendo hablar del espiritual desposorio contraído entre Dios Nuestro Señor y aquellas almas ciertamente favorecidas que, ejercitadas en la vía unitiva, se hallan en los quilates de la perfección mística. Preciso es para llegar á semejante estado haber adquirido humildad profundísima; haber sido probado el oro de las virtudes en el crisol de la tribulación y de la sequedad y del trabajo y de la tentación, de las cuales haya salido el alma completamente purificada; indispensable es haber llorado contritamente los pecados, y con la penitencia satisfecho lo que debía; necesario es que no tuviera amor alguno desordenado hacia criatura alguna; porque, según el doctor melifluo, «se engaña muy mucho quien piense que aquella celestial dulzura puede mezclarse con esta ceniza, ó aquel divino bálsamo con esta venenosa alegría, ó los carismas del Espíritu Santo con los atractivos del siglo». Pero, para que os mováis al menos á deseos de amar mucho á Dios, en cuyo mandamiento estriba nuestro deber á la par que nuestra felicidad terrena, os diré que el desposorio espiritual es un amor recíproco entre Dios y el alma, á la manera que existe entre dos cristianos esposos; pero con la marcada diferencia de que aquel amor es enteramente sobrenatural, muy intenso, más que los furiosos arrebatos de las pasiones viles, puesto que lo enciende y atiza el mismo fuego del amor divino, que todo lo abrasa y consume para sí; y matrimonio espiritual es una unión habitual entre Dios y el alma, de suerte que, según el Serafín del Carmelo, (1) en esta unión se verifica tal junta y comunicación de la naturaleza divina á la humana que, sin confundirse, cada una parece Dios. Aquí es donde el alma queda constituida esposa de su Dios del modo más sublime que en este valle de lágrimas puede alcanzar, aquí goza de celestial placer, y esto en tal grado que las mismas penalidades le son dulce refrigerio; aquí es donde come y se sacia del maná escondido, prometido solamente á los que le prue-

(1) De sus obras.

ban; aquí es finalmente donde percibe algo de la suavidad propia de los bienaventurados, con lo cual podrá conjeturar el premio infinito que en las celestes mansiones aguarda á los escogidos.

4. Pero semejante estado no es de todos; arribar á él sólo pueden ciertas almas privilegiadas, fidelísimas cooperadoras á la gracia; mas también es cierto que el Salvador vino para la salvación de muchos; (1) quería unir su corazón al de muchos, para cuyo efecto era imprescindible condescender con la flaqueza humana; era indispensable que Jesucristo se humillase más, para que el cristiano pudiera elevar su cabeza y llegar á la íntima comunicación con su Dios, y Dios halló en efecto ese poderosísimo á la par que admirable medio del Sacramento Santísimo: invención totalmente divina en la que se resume Dios, Jesucristo, el hombre y la creación entera: la creación para el hombre, el hombre para Jesucristo y Jesucristo para Dios; (2) y como en Jesucristo se unen hipostáticamente la Divinidad y la Humanidad, en el hombre deben también unirse realmente la creación con todos sus reinos naturales, para que, aproximándose cuanto puedan Dios en Jesucristo y la creación en el hombre, se acorten las distancias y lleguen á unirse Jesucristo y el hombre, cual esposos verdaderos, por ese medio inefable del Santo Sacramento. ¡Ah! Qué hermosa es la Religión que nos explica estas armonías humano-divinas por medio del amor de Jesucristo!

5. Decía el extático S. Pedro de Alcántara que «ninguna lengua criada puede declarar la grandeza del amor que Cristo profesa á sus esposas las almas que están en gracia, (porque cada una de ellas es verdadera esposa suya) por cuya razón, queriendo este Esposo dulcísimo partirse de esta vida y ausentarse de su esposa la Iglesia y de cada una de sus almas, porque ausencia semejante no fuese causa de olvido, dejola por memorial el Santísimo Sacramento, en el que se quedaba Él mismo, no queriendo que entre Él y ellas

(1) Math. XXVI, 28.

(2) Ad Ephes, I, 10.

hubiese otra prenda que despertase su memoria sino sólo Él» (1). Y á la verdad; si un esposo temporal, debiendo estar lejos por mucho tiempo de la compañía de su esposa, con objeto de agenciar algún negocio preciso, al querer dejarla, como vivo recuerdo, algún objeto querido, la dijese: Yo mismo me quedaré por memorial, ¿no diríamos que tal consorte se había enloquecido por amor á su esposa? Pues nuestro buen Jesús amó tanto á los cristianos que, debiendo cumplir el encargo gravísimo de subir á la diestra del Padre para presentarle los méritos de su Pasión, quedóse antes entre nosotros por recuerdo perenne. Mas ¿cómo se quedó? ¡Ah sabiduría y omnipotencia del Dios Hombre! Quedóse y fué; fué y quedóse. Quedóse sacramentado tan real, tan entero, tan vivo y glorificado como lo está en el cielo, y marchóse al Edén celeste del mismo modo aunque visible á los ojos de los bienaventurados; quedóse velado con los accidentes eucarísticos para mejor entrar en nuestras almas, y marchóse resplandeciente de gloria para mejor forzar al Padre á que nos colmara de gracias; quedóse para amarnos y fué para complacerse en el amor que nos profesa; así quedó entre nosotros para ser nuestro esposo y así partió al cielo para ser desde allí nuestra esperanza. ¡Ah! es que Jesús no podía sufrir que sus esposas quedasen solas por un momento, mientras Él estaba ausente de la tierra; y ved ahí el medio que excogió para estar en su compañía; pues, como asegura con aplomo un célebre autor místico, (2) la condición del verdadero amor es querer tener siempre presente al que ama y gozar siempre de su compañía.

6. En este Memorial divino de su Sangre nos dejó Jesucristo las riquezas de su amor; no es ya sólo compendio de las maravillas divinas (3), sino arca de la nueva Alianza en la que están escondidos el verdadero Maná celestial (4) para alimento de los elegidos (5); la mágica varita del Aa-

(1) Meditaciones de la Pasión.

(2) Ejerc. de perfec. P. II, t. 8, cap. 1.

(3) Ps. CX, 4.

(4) Joan. VI.

(5) Zachar. IX, 17.

rón divino que obra estupendos prodigios á su contacto; y las hermosas tablas de la Ley Nueva, grabadas en el Corazón de Jesucristo, verdadero evangelio práctico que nos enseña las lecciones de ultratumba. En atención á este precioso dogma asegura el citado S. Pedro de Alcántara (1), que Jesucristo, para que sus esposas pudiesen gozar de su tesoro cuando quisiesen, las dejó las llaves de Él en el Santísimo Sacramento; al cual, cuando nos llegamos, debemos pensar, dice el Crisóstomo, que colocamos nuestra boca en el costado de Cristo y bebemos de aquella preciosa sangre, y nos hacemos participantes de su naturaleza. Si, pues, el Salvador nos entrega las llaves de su Tesoro para que tomemos de él á discreción, ¿cuál será el amor que profesa á sus esposas? No suelen, por cierto, todos los esposos temporales conceder á sus consortes respectivas, amplia libertad para que abran las arcas á su deseo; empero Jesucristo quiso derramar toda su sangre, precioso néctar de valor infinito, para que de toda ella nos sirviésemos; y como estaba desparramada por varios lugares, la recogió admirablemente toda en el Misterio del Altar; y á fin de que no tuviésemos horror de beberla apareció ante las generaciones venideras en forma de comida y bebida, para que de esta manera, dice el Agustino (2), siendo el pan y el vino apetecidos de los hombres, no les dé espanto llegarse á recibir este Sacramento inefable. Éstas son realmente las riquezas por conseguir las cuales debía afanarse el hombre, tanto más cuanto que son seguras, y están al alcance de todos, y cuestan poco trabajo de adquirir.

3. Las Sagradas Escrituras han buscado en los reinos de la naturaleza comparaciones bellísimas para hablarnos de las propiedades del Ser Divino; y así como para darnos á entender que tiene providencia suma del hombre, dicen que el Altísimo es como una tierna madre que lleva á su querido hijo en su seno (3), así también para declarar que

(1) Meditac. cit.
 (2) Tract. 26 in. Joan.
 (3) Num. XI, 12.

es casto Esposo de las almas, se valen de las frases y de los requiebros que un esposo terreno dirige á su propia consorte, y de los presentes que la ofrece, y del amor que la profesa. En efecto; ¿no es cierto que un esposo temporal dirige á su amada expresiones tiernas y amorosas y apasionadas? Pues no olvidéis que Jesucristo también dirige á la Esposa de los Cánticos (1): Ven, paloma mía, esposa mía, querida mía, ven y serás coronada.—Miel y leche hay debajo de tu lengua, y tus labios destilan miel sabrosa (2).—Has llagado mi Corazón, esposa mía (3).—¿No es verdad que el terreno esposo regala á su esposa? Pues no olvidéis que Jesucristo nos regala con su Cuerpo y Sangre; y la dulzura obtenida en el Sacramento, principalmente después de recibido, es tan grande, dice el Angélico (4), que no se puede explicar con palabras, por gustarse la misma suavidad divina en su propia fuente. ¿No es evidente que el temporal esposo ama como á sí propio á su esposa? Pues no olvidéis que Jesucristo dijo por boca de su profeta que el amor que profesa á sus esposas es más fuerte que la misma muerte; y que muchos y caudalosos ríos no podrían jamás apagar su caridad; por eso la suplica que le ponga á Él como sello sobre su corazón y sobre su brazo (5); porque así como no hay cosa más adherida al objeto impreso como el sello que en él se graba, del mismo modo no puede haber ser ninguno tan adherido á las almas cristianas como Jesucristo. No olvidéis que el Señor ha traducido en obras sus palabras, y su divino amor ha sido tan inmenso é infinito que en prueba de él se nos ha dado todo entero para nuestro sustento; por eso exclama S. Bernardo: Si Jesús es el amor de los amores, ¿quién podrá no amar á Jesús y entrar del todo en Jesús, cuando Jesús viene á nosotros y se da por entero al alma que le recibe? Escribe Bossuet que el hombre que ama, desea poseer á la persona amada, unirse á ella, respirar con

(1) Cant. IV, 8.
 (2) Id. 11.
 (3) Id. 9.
 (4) Opusc. 57.
 (5) Cant. VIII, 6.

ella y en ella;» mas ¿qué otra cosa practica Jesús desde el Sacramento si todo lo ha buscado, todo lo ha puesto en movimiento para respirar en el hombre?

8. Pero todo esposo desea ser correspondido. El amor se da como un obsequio y debe devolverse en el mismo género. Jesucristo, á su vez, desea ser amado; ved por qué escribe el extático S. Pedro de Alcántara que el Salvador para ser amado de nosotros ordenó el misterioso bocado de la Eucaristía, con tales palabras consagrado, que quien dignamente le recibe es tocado y herido del amor de Cristo (1). En efecto, como la carne, herida por el dardo, participa de sus terribles efectos, así Jesucristo, cuando es recibido por el alma, comunica á ésta sus divinas cualidades, sobre todo es herida de su amor; y podemos asegurar que la carne, el espíritu y la divinidad del Salvador se imprimen como hierro candente sobre nuestro corazón, si dispuesto está como blanda cera. Y un beneficio tan inmenso ¿no merecerá ser correspondido? ¿no retribuiremos á Jesucristo con la misma moneda? Oigo al profeta que se impone á sí propio el deber de comulgar del cáliz del Señor para pagarle como merece; (2) y ved ahí por qué el mejor obsequio que podemos ofrecer á Jesucristo por el beneficio imponderable de la Eucaristía es recibir este Santísimo Sacramento, tanto más, cuanto que este Venerable Misterio fué instituído para que por medio de él amásemos á Dios de un modo sublime; luego, recibéndole dignamente, compraremos divino amor sin moneda (3) y después tendremos con qué obsequiar á Jesús.

9. La unión casta, la unión cristiana de los esposos es el fin de su estado, llamado por excelencia grande; y esta unión santa adquiere su apoteosis en su más alto grado cuando se trata de la mística unión del alma santa con el Salvador por la recepci6n de la Eucaristía. No me detendré para hablaros de su forma, ni de la analogía bellísima que tiene con otras uniones naturales; pero sí añadiré que por

(1) Meditac. cit.
(2) Ps. 115, 3.
(3) Isai. V, 1.

la S. Comuni6n, Jesucristo se da todo entero al alma, y cumple con el hermoso fin del estado de Esposo nuestro; en adelante, después que el cristiano ha comulgado dignamente, bien puede asegurar que es todo de Jesucristo y que es otro Cristo, facultad que no tuvo jamás el esposo natural de convertir en sí propio á su esposa.

§. II.

10. Al llegar á esta segunda parte, para dar una rápida ojeada á las diversas clases de esposas del Salvador, no creo que nadie se extrañe de que, á más de las personas vírgenes, puedan formar los místicos desposorios con Jesucristo las viudas y las casadas. Y, refiriéndome á las primeras, convengo en que son las esposas más queridas del Señor, porque á más de que nunca abrieron las puertas de su puro corazón á otro esposo que á Jesucristo, son asimismo en frase del Espíritu Santo como un huerto cerrado, (1) donde las inmundas bestias no entraron á ajar las niveas flores de la pureza; y como fuente sellada en la que jamás fué enturbiada el agua de la gracia divina por ningún insecto de culpa, ni por el polvo de torpes complacencias. Jesucristo sacramentado, Esposo por antonomasia, se apacienta, á la verdad, entre los hermosos lirios del campo (2), que es como si dijéramos se recrea entre las personas vírgenes, cuando es recibido por ellas en la S. Comuni6n. Las vírgenes, y me refiero sólo á las prudentes, porque las necias dormitaron y no pudieron entrar con Jesús á las bodas de su Cuerpo y Sangre, las vírgenes prudentes, provistas de la luz de la fe y de la lámpara de la caridad, dispuestas siempre á recibir al Señor, entran con Él á formar parte de ese convite sacramental, incoaci6n bellísima y perfecta del convite célico que en el Edén las aguarda (3). Por esta raz6n estas queridas esposas del Salvador irán doquiera Él vaya; serán llevadas donde está el Cordero divino (4) á impulsos de la fe y

(1) Cant. IV, 12.
(2) Cant. II, 16.
(3) Math. XXV, 1.
(4) Apoc. XIV, 4.

de la gracia, y, entrando por fin en las mansiones eternas, serán como ángeles de Dios en el cielo, (1) resplandeciendo por su angelical pureza. He ahí por qué las vírgenes que alcanzaron la inestimable dicha de entregarse al amor de Jesucristo Sacramentado, consagrándole el lirio de su pureza, se granjean de Dios un amor igual al que profesa á los ángeles (2).

11. Una suerte, si no idéntica al menos semejante, experimentan las viudas cristianas, esposas del Cordero inmaculado. Las Escrituras sagradas nos mandan honrar á las viudas castas, porque también Jesucristo las honra, haciéndolas esposas suyas. En todo tiempo, el Eterno hizo suya la causa de las viudas, ordenando que no se las calumniase (3), ni se las contristase (4), y fulminando anatemas terribles (5) á los que contra ellas cometiesen atropellos: y mientras el Hijo de Dios peregrinó por el mundo, ensalzó la limosna de la viuda (6), y quiso acompañarse de esta clase de personas prudentes y entradas en años, dándolas con esta ejemplar práctica todos los posibles honores. Y que, ¿por ventura, ahora, desde el Sacramento, no las amará con especial dilección, profesándolas un cariño semejante al que tiene á las vírgenes? Como Jesucristo no mira tanto la integridad del cuerpo como á la integridad ó santidad del corazón, ved ahí por qué pueden ser amadas del Salvador Sacramentado, aún del propio modo que ama á las vírgenes.

12. En último término, son verdaderas esposas de Jesucristo las personas casadas. Y ¿cómo será el que, teniendo esposo terreno, puedan ser al propio tiempo esposas de Cristo? «Todas las almas justas, dice S. Bernardo (7), son esposas del Señor;» y sólo al justo se ha prometido que el Hijo de Dios hará mansión en su corazón, juntamente con

(1) Math. XXII, 30.

(2) S. Lígorio. Monja santa, cap. I.

(3) Jerem. VII, 6.

(4) Jerem. XXII, 3.

(5) Deut. XXVII, 19.

(6) Marc. XII, 43.

(7) Serm. II, in hom. I, post. Epiphan.

el Padre y el Espíritu Santo (1). El alma justa es un tabernáculo viviente de Jesucristo; y Jesucristo no puede rechazar su amor, porque es un amor formado, como dicen los teólogos, esto es, procedente de la inocencia bautismal ó de la penitencia justificativa; luego también las personas casadas, en cuanto están en gracia del Señor, pueden ser esposas de Jesucristo, y de un modo particular pueden serlo recibíendole sacramentalmente. Entonces, elevándose sobre la tierra, sobre las miserias de este mundo y del peso de la carne, se unen á otro Esposo queridísimo, á Jesús Sacramentado, único Esposo capaz de contentar el corazón humano y de regalarlo hasta la saciedad. Por esta razón, ya que vivimos en medio de un mundo sensual, de un mundo corrompido, que aspira é incita furiosamente á todos los placeres, y que no deja prado ninguno por hollar: todos en general, y muy en particular las personas casadas que aspiran á ser esposas de Jesús, debemos huir de esta babilonia moderna y entregarnos del todo á Jesucristo, á fin de que Él sea el Esposo celestial que recree las amarguras de nuestro destierro, y nos lleve después como de la mano á las puertas del paraíso.

13. Así lo ejecutaron en todo tiempo los verdaderos desposados con Jesucristo, quienes, para mantener este espiritual desposorio, procuraron buscar el amor unitivo en su propia fuente ó sea en el Santísimo Sacramento. Sus fervorosos actos coincidían con los deseos de Jesús. El angélico S. Luis Gonzaga empleaba tres días en prepararse para la Comunión, y otros tres en dar gracias; la víspera de comulgar no hablaba de otra cosa que del amor á Jesucristo Sacramentado, y los padres afirmaban que nunca celebraban la santa Misa con tanta devoción que cuando se disponían con las pláticas fervorosas de S. Luis (2). La beata Juana de Valois se acercaba á la Comunión con tantas lágrimas y con tal devoción y alegría como quien va á las bodas del Esposo

(1) Joan. XIV, 23.

(2) Ribadeneira. In ejus vita.

so, que la imprimía á los que la miraban (1). S. Isidro Labrador pasaba las horas y los días conversando amistosamente con su dulce Esposo Sacramentado; y todos sabemos el prodigio que obró el Señor á favor de su devoción eucarística, al mandar dos ángeles al campo para que sustituyesen al bendito santo en su oficio, mientras él oraba en el templo (2). Sta. Eduvigis, duquesa de Polonia (3), y Sta. Isabel (4), reina de Hungría, oían todas las misas que podían, con objeto de estar cerca de la dulce compañía de Jesús Sacramentado, y el Señor se dignó premiar sus fervores, rodeándolas de resplandecientes globos de fuego, visibles á los circunstantes, que daban á entender bien á las claras los incendios amorosos en que se abrasaban.

Todo esto, por parte de los siervos de Dios, no eran más que ordinarias manifestaciones del corazón latente por una causa, por la causa del amor del Sacramento; y por parte de Jesucristo significaban las recompensas eternas que les preparaba, pues tales ensayos practicaba á su favor. Nosotros debemos esmerar nuestra conducta, siendo fieles imitadores de los amantes de Jesucristo Sacramentado, para que este Divino Señor asocie nuestro premio futuro al futuro premio de ellos, que es la bienaventuranza imperecedera.

EJEMPLO

Refieren las Crónicas Franciscanas, ocupándose del V. P. Antonio Margil, valentino, un prodigio acaecido en obsequio de este siervo de Dios, que prueba altamente, cuánto sabe regalar Jesucristo Sacramentado á aquéllos de sus devotos que le tienen por Esposo. Era el V. P. citado amantísimo de la Santa Eucaristía y se desvelaba por honrarla en todas partes. Cierta día que celebraba el Sacrificio de la Misa, al llegar á las palabras de la consagración, se sintió tan enfervorizado que, puesto en amoroso éxtasis, al pronunciar: Éste es mi cuerpo—Cristo Nuestro Señor desde la misma Hostia que acababa de ser consagrada, dirigiéndose al

- (1) Brev. Rom. Franc., 4 Febrero, l. VI.
 (2) Croisset.
 (3) Brev. Rom. Franc., 17 Oct., lec. IV.
 (4) Tesoro Escondido, cap. 3.

V. P. Antonio le repitió los mismos sagrados vocablos, como dichos con referencia á él. Palabras fueron éstas que llenaron de asombro al santo religioso, quien estuvo largos instantes sin poder pasar adelante, hasta que llegó á conocer la voluntad del Señor de que prosiguiera el tremendo Acto, como así lo efectuó.



VIII
*Jesueristo Sacramentado,
 único Pastor por excelencia de los individuos
 y de las sociedades.*

*Ego sum pastor bonus.
 Yo soy el buen Pastor.*
 JOAN. X, 11.

Habéis visto á un hombre de larga cabellera, vestido de rica púrpura, puesto de pie ante unos dioses mitológicos, á quienes ofrece pan y viandas, confeccionadas con humanos é irracionales seres, que para nada se cuida de la moralidad pública ni privada, ni de las angustias de su misero pueblo, cuya religión jamás se ocupa del espíritu, y cuyo lema podría ser, *la síntesis del sibaritismo?* Pues, es el sacerdote, es el pastor pagano.

¿Habéis visto á un hombre de cara enjuta y color amarillento, con el estigma de la reprobación en su frente, vestido de lino y adornado de valiosa pedrería, con el racional ante el pecho, que simula ofrecer sacrificios al Dios verdadero, al paso que acuchilla á sus profetas; cuyos dogmas torturan el corazón, y su moral chupa insensible la sangre del hermano con la usura; que pasa indiferente ante el enfermo postrado en el camino, y cuyo lema podría decirse que es *la síntesis del egoísmo?* Pues, es el rabino, es el pastor judío.

¿Habéis visto á un hombre de semblante severo, corona-

do con abigarrado turbante, ceñido de faja de color y tendido su blanco jaique al viento, predicar el odio y el exterminio de los pueblos no creyentes como él, cuyos fabulosos dogmas y moral sensualista favorecen la inercia del entendimiento, la impotencia de la memoria y la degradación de la voluntad; cuyo progreso es la esclavitud más denigrante, y cuyo lema podría fijarse en *la síntesis de la barbarie?* Pues, es el cadí, es el pastor mahometano.

¿Habéis visto á un hombre con traje semilitúrgico, seguido de su prole, predicar desde la tribuna de su templo una doctrina que no cree, y profesar una moral acomodada á las exigencias de las pasiones más furiosas, cuya secta carece de altar, de sacrificio, de sacramentos y de sacerdocio, cuyos esfuerzos por remediar las humanas miserias son nulos, aunque bien retribuidos, y cuyo lema no es más que *la síntesis de la revolución?* Pues, es el ministro, es el pastor protestante.

¿Habéis visto á un hombre de rostro avieso, ceñido de mandil y armado de escuadra y flamígera espada, entre las sombras de fúnebre estancia, celebrar *tenidas* revolucionarias en las que invoca á Lucifer y le promete conquistar para su reino el mundo entero, no importándole emplear para el efecto el cuchillo, el veneno y la calumnia y cuantos medios abortó el infierno en una cabeza trastornada y un corazón corrompido; sin dogma, sin moral, sin ley, sin humanidad y sin sentido común; riéndose del orden, de la virtud, de la ciencia y de la desgracia ajena, y cuyo lema podría escribirse: *la síntesis del caos?* Pues, es el venerable, es el pastor masón.

Mas la humanidad no puede seguir así, porque tiene afec-
 ciones, tiene defectos, tiene miserias; está postrada y anhe-
 la levantarse, y los pastores mencionados son impotentes
 para ponerla en pie y guiarla cual conviene. No puede el
 gentil, porque no ha pensado tender la mano al desvalido;
 ni el judío, porque no quiere; ni el muslime, porque no sabe;
 ni el protestante, porque no le importa; ni el francmasón,
 porque apetece el mal y se goza en el infortunio. Luego la

humanidad debe tender sus ojos tristes y llorosos á otras regiones más puras, más altas, donde encontrar pueda un Pastor competente, un Pastor bueno que, á través de los derroteros de esta vida, le conduzca á su verdadero término.

2. Yo levanto mi vista y, en medio de tantos hombres que se dicen sabios, que se apellidan hábiles, que se califican buenos, y en los que no hallo más que una infernal algarraba, una confusión espantosa y la universal degradación, veo una luz que me señala el camino del sagrario, que es el sendero del cielo, y en su fondo hallo un Ser, que es la verdad, el camino y la vida; (1) es Jesucristo Sacramentado que á voces llenas nos grita: «Yo soy el Buen Pastor, que da la vida por sus ovejas». En efecto, Jesucristo la ha dado de un modo satisfactorio; luego *Jesucristo es el Buen Pastor, el Pastor único de los individuos y de las sociedades* en cuanto que nadie como Él ha derramado tan libremente la sangre por los hombres. Indispensable es por consiguiente que estudiemos en este lugar tales conceptos, y veamos cómo Jesucristo continúa en la Sta. Eucaristía el Ministerio expresado, valiéndose para el efecto del Sacerdocio católico por Él establecido, único que puede conducirnos á nuestro verdadero destino.

§. I.

Si de la materia nos hemos de remontar á la comprensión del espíritu, si de lo temporal á la creencia de lo eterno, si de lo finito á la inteligencia de lo infinito; en una palabra, si de todas las innumerables bellezas que, pasmados, admiramos en el universo, hemos de venir en conocimiento de su Divino Autor, evidente es que, al querer ocuparme de que Jesucristo en la Santa Eucaristía es el Buen Pastor, no tengo más que fijarme en el oficio pastoril que en la naturaleza se ejerce y él me señalará como en un extenso mapa lo que debemos considerar en Jesucristo eucarístico. Y en efecto, ¿qué es lo que practica un pastor del campo respecto de sus

(1) Joan. XIV, 6.

ovejuelas? Las ofrece pastos saludables, las aparta de rebaños contagiados, cuida de que no se le extravíen, busca con afán las extraviadas, las defiende de las voraces fieras y las trata con mansedumbre. En suma: ejerce sobre ellas solicitud esmerada. Estos diversos trabajos me servirán como de sólida base para mostrar desde ella á Jesucristo Sacramentado que como Buen Pastor practica los propios ejercicios.

3. Él es el Buen Pastor: los vates sagrados le habían anunciado repetidas veces al pueblo de Israel, mostrándolo como salvador de su grey, (1) como apacentador de su rebaño (2) y único Pastor que conduciría mansamente á los hombres, figurados en las ovejas, á lugares seguros, (3) donde sestearían al mediodía (4) de la gracia, y terminaría su dulce ministerio llevándolas al lugar postrero del cielo (5). Ved por qué la Esposa de los Cánticos, deseosa de ser conducida por el Hijo de Dios, pregunta (6) dónde apacienta sus rebaños Jesucristo para agregarse á su número; y el mismo Esposo divino le contesta que siga las pisadas de las caracterizadas ovejuelas del Salvador, que ellas la conducirán seguramente al redil del Pastor eterno. En medio de las edades apareció entre los hombres Jesucristo, el solo Pastor (7) que debía suscitar el Padre para congregar y apacentar á las ovejas, diseminadas por todas partes con tantos errores y pecados como entonces lugar tenían; y ved ahí por qué no extraña que Él, sentado en medio de apiñada muchedumbre, propusiese esa bella parábola idílica, por la cual se ofrece á sí propio por Buen Pastor á quien los hombres deben seguir en sus operaciones sociales y privadas.

4. Jesucristo no se contenta con anunciar á las turbas el futuro ministerio que debía desempeñar cerca de la humanidad, porque ésta podía tenerle por iluso ó por soberbio; mas Él enseña sus divinas credenciales, que son sus admira-

(1) Ezeq. XXXIV, 12.

(2) Jerem. XXIII, 4.

(3) Cant. I, 6.

(4) Ezeq. XXXIV, 22.

(5) Id.

(6) Cant. loc. cit.

(7) Ezeq. XXXIV, 23.

bles obras, y las asegura que el portero, (1) que es Dios, le ha abierto á Él la puerta del redil para que entre y tome posesión del aprisco; que no es como los salteadores que escalaron las paredes del aprisco para robar las ovejas, las cuales iban tras sus robadores á viva fuerza, sino que en cuanto Él entró en el redil y las ovejas oyeron su divina voz le siguieron gustosamente á todas partes; que en fuerza de su Oficio dará la vida por su grey; y como no hay mejor amigo que el que derrama su sangre por el amigo, la efusión de la suya será el mejor documento irrefragable de que no miente; esto es, de que es el Único y el Buen Pastor de los hombres.

5. Efectivamente; Jesucristo jamás ha desmentido sus palabras, dejando de realizar sus bellas promesas; y en todo tiempo continúa ejerciendo el placentero oficio de Buen Pastor desde la Augusta Eucaristía, donde nos ofrece los nutritivos y agradables pastos de su Cuerpo y Sangre. Te colocaré en un lugar de pastos (2). Esta profecía que el Eterno había anunciado en todo tiempo, ha sido realizada en la Santa Eucaristía, al decir el real profeta, refiriéndose á Ella: «Me ha colocado en lugares de pastos (3)». Y, ¿cuáles son estos santos lugares sino los templos en los que florece la Divina Hostia, pasto espiritual del cristiano (4)? ¡Ah! Con razón ha declarado el salmista que nosotros somos ovejas de su pascua (5), esto es, que pertenecemos al redil eucarístico donde Jesucristo mismo nos apacienta de sí propio. Y esto que jamás se ha oído en nación ninguna; y esto que nunca pudo llevar á cabo ningún pastor ordinario: ser pastor y pascua al propio tiempo de su rebaño, lo ha realizado el adorable Salvador, haciendo un esfuerzo supremo para guiarnos mejor en nuestra peregrinación al cielo. Con verdad que Jesucristo podía haber sido asimismo nuestro Buen Pastor, ofreciéndonos las riquezas de su gracia y muriendo

(1) Joan. X.
 (2) Ezeq. XXXIV, 13.
 (3) Ps. XXII, 2.
 (4) Joan. VI.
 (5) Ps. LXXXVIII, 13.

por nuestra salud, mas no se satisfizo con estas mercedes; su amor, creciendo como el sol, á medida que se adelanta al mediodía, llegó á presentarnos sus propias Carnes por comida, y dispuso que de su pecho divino brotase una fuente clarísima que con sus inagotables raudales, formados de su misma Sangre, bebiesen sus ovejuelas hasta embriagarse (1). En este aprisco eucarístico no falta el Pastor, no faltan los pastos: quienes faltan son los hombres desgraciados que, ávidos de sensuales placeres, y quizá dominados por ellos, tienen hastío de la Comida sagrada. Algunos, remedadores de los hebreos peregrinantes (2), suelen repetir: ¿de qué saciaremos nuestro apetito? ¿qué deleites nuevos habrá para que nosotros los probemos? Pero desde el fondo del sacrario sale una voz potente que dice: Tomad y comed, porque éste es mi cuerpo (3). Si; probemos esta saludable comida que siempre es nueva, porque es el mismo Jesucristo que es de ayer, de hoy y de siempre; probémosla, porque ciertamente contiene la suavidad de todas las delicias (4).

6. Se ha dicho, y con mucha razón, que no hay peor cosa que un mal amigo, ya que ha de ser causa de la perdición de su compañero; y como Jesucristo vino para la salvación de los hombres, he ahí por qué fulmina terrible excomunión á los traidores á su causa, que son también los traidores á sus hermanos. Al modo que el pastor vela para que no estén en contacto las buenas con las apestadas ovejas, procurando separar aquéllas de éstas en su caso; del mismo modo, Jesucristo, buen Pastor de las almas, nos exhorta y hasta nos ordena que nos guardemos de los hombres malos (5); que entre nosotros y ellos exista fuerte muro de separación, no sea que sus vicios y errores nos inficionen. Y ahora que como nunca, la atmósfera social se halla cargada de vapores insanos; ahora que como nunca se ha

(1) Cant. V, 1.
 (2) Exod. XVI.
 (3) Math. XXVI, 26.
 (4) Sap. XVI, 20.
 (5) Math. X, 17.

enronizado el error é impera el vicio, ahora debe ser cuando nosotros debemos huir con el afecto de este mundo, para no respirar su pestilencial ambiente, y refugiarnos al lado de nuestro querido Jesús Sacramentado.

3. Pero, el pastor bueno cuida de que no se le extravíe ninguna res, porque todas son suyas, porque á todas las profesa gran ternura; así Jesús, desde el aprisco del Sacramento, vela con mirada penetrante para que ninguno de sus redimidos perezca, pues vino para que obtuvieran vida y la tuvieran con gran abundancia (1); los hombres somos suyos, Él nos compró con precio infinito, valemos las gotas de su Sangre, y nos ama necesariamente con amor eterno, con amor infinito, ¿cómo, pues, no ha de cuidar de nosotros? De noche, mientras pagamos el tributo á la naturaleza, rindiéndonos al sueño, y de día, mientras entregados á las faenas de nuestra profesión sustraemos un tanto nuestro espíritu á las cosas del cielo, cuando parece que estamos alejados del Pastor divino, entonces es cuando Jesucristo, en bella frase de su profeta (2), «recoge con su brazo á los corderos y los alza en su seno;» entonces es cuando estamos mejor defendidos, porque nuestro Buen Pastor nos tiene de su mano y nos acaricia con sus labios y nos estrecha suavemente contra su Corazón. Jesucristo ha de poner en movimiento sus omnipotentes fuerzas para que ninguna oveja suya se extravíe; y cuando contra su voluntad esto sucede, cuando el hombre, desoyendo los consejos de Dios, prefiere escuchar el canto de sus enemigos, las sirenas, yéndose tras sus infieles pisadas ¡Ah! entonces, no creáis que el Salvador se contenta con derramar lágrimas estériles, cual gimen en el día muchos católicos cobardes que, viendo que sus trabajos no responden á sus deseos, se arrinconan, se cruzan de brazos y, puestas las manos ó el pañuelo sobre el rostro, gimen neciamente, sin atreverse á impedir el paso al enemigo y á restarle fuerzas, esas fuerzas que fueron suyas, no: Jesucristo sale del Sagrario y

(1) Joan. X, 10.

(2) Isai. XL, 11.

vuela á buscar la oveja perdida, trabaja por restarla al enemigo y sumarla á su rebaño. ¿Qué hombre de vosotros habrá, preguntaba el Salvador á los fariseos que murmuraban de Él porque recibía á los pecadores, que si tiene cien ovejas y pierde una de ellas, no deje las noventa y nueve en el desierto, á buen recaudo y no vaya á buscar la que perdió hasta que la halle (1)? ¡Tremenda acusación que se levantará en el tribunal de Dios contra los que no les importa perder á un hermano que se sumió en la culpa ó en la herejía, y no tomaron por norte de sus procedimientos los procedimientos del Salvador para ir en busca de los pecadores y de los apóstatas! ¿Qué son y significan las parábolas del Hijo pródigo, la de la dracma perdida y ésta del Buen Pastor, sino la expresión fiel de la misericordia infinita, de la solicitud inmensa de Jesucristo por hallar los pecadores y devolverlos al aprisco? que no hemos de ser insensibles al infortunio espiritual de nuestros hermanos, sino compadecernos de ellos y proporcionarles su remedio; que no hemos de permanecer estacionados en culpable indiferencia y en frío egoísmo, sino volar en aras de la actividad y del sacrificio, como vuela Jesucristo Sacramentado en alas de su amor á buscar los indigentes en sus propias casas cuando se les da á los mismos por Viático.

8. Y ¿creéis por ventura que cuando el Redentor ve premiados sus esfuerzos por haber aportado la oveja extrañada á su redil, creéis que la da con el cayado, que la mira con ceño ó que profiere contra ella palabras irritantes? Oid al mismo Jesús, que bien merece ser oído: «La pone gozoso sobre sus hombros y viniendo á casa llama á sus amigos y vecinos, diciéndoles: Dadme el parabién porque he hallado mi oveja que se había perdido: y yo os aseguro, añade, que habrá más gozo en el cielo por un pecador que hiciere penitencia que por los noventa y nueve justos que no la han menester». Y no creáis, no, que termina en esto el gozo del Salvador al haber hallado su oveja, sino que celebra un con-

(1) Math. XVIII, 12.

vite, el convite de su Cuerpo y Sangre, é invitando á los demás amigos, que son los buenos cristianos, les dice: Celebremos el banquete por haber hallado un hermano.

9. Todavía no han terminado las provechosas lecciones que el Buen Pastor nos da desde el Sagrario. Su caridad ilimitada, esa caridad que le torturaba el corazón porque aun no había llegado la hora de subir á un Madero para derramar sobre él su sangre y salvar de esta manera al mundo, ha ido todavía más allá de lo que pudiéramos pensar. La Hostia santa tiene alas: son las alas de la compasión, son las alas del amor; y sostenida sobre ellas, vuela á todas partes. Lo mismo se deja ver en Constantinopla donde el clima es templado, que en Calcuta donde es tórrido, que en la Groenlandia donde es glacial. Lo mismo se manifiesta en la España católica, que en la Inglaterra protestante; lo mismo en la cismática Rusia que en la mahomética Turquía, lo mismo en la India brahamánica que en la Oceanía feticha. Todo lo ha recorrido, desde el cabo Finisterre al de Buena Esperanza, desde el Príncipe de Gales hasta el de Hornos, desde el Blanco al Bojador. Para la Divina Hostia no hay cordilleras elevadas, porque las trepa; no hay mares inmensos, porque los salva; no hay llanuras interminables, porque las anda; no hay desiertos vastos, porque los recorre; no hay cavernas profundas, porque á ellas baja; no hay vientos huracanados, porque con ellos vuela; no hay fuegos abrasadores, porque de ellos se libra. Á todas partes acude el celo devorador del Buen Pastor Sacramentado, con el fin de atraerse otras ovejas que no son de su redil, pero que le pertenecen por derecho de adopción: todavía no las ha conquistado y se toma el trabajo de buscarlas para conquistarlas. «Tengo también, dice Jesús, otras ovejas que no son de este aprisco; es necesario que yo las traiga y oirán mi voz, y será hecho un solo aprisco y un solo pastor» (1).

(1) Joan. X, 16.

§. II.

10. Pero Jesucristo no ejerce únicamente este ministerio desde el Sagrario. No es exclusivista; podía Él sólo hacerlo todo, y sin embargo quiere asociarse discípulos para que, trabajando de acuerdo con Él, adquieran la misma gloria é idénticos premios. Este divino pensamiento le llevó á fundar su Iglesia y en ella puso como sólidas columnas á algunos de sus más queridos discípulos á quienes confió también el oficio de pastores de las almas, pastores del individuo, pastores de la sociedad. Ved, pues, á Jesucristo Sacramentado, el Buen Pastor, apacentando los fieles desde el aprisco sagrado de la Iglesia. La misión fué por cierto difícil y arriesgada; pero el Salvador comunicó á sus compañeros en el sacerdocio eterno el amor del Santo Espíritu, que les hizo valientes, enérgicos y constantes, al paso que les colmaba de humildad, mansedumbre y celo ardiente. Desde entonces, la misión fué dichosa por demás; y en poco tiempo, después que los discípulos del Señor hubiesen como Él dado la vida por las ovejas, se vieron apacentando la grey de Cristo, su Maestro, su principal Pastor. Y si, como declaré antes, no hay mejor amigo que el que da su vida por su amigo, y los sacerdotes de Jesucristo la dieron y la ofrecen por su rebaño, que es el rebaño universal de los fieles, claro está, como la luz del sol, que ellos y no otros son los únicos Pastores de las almas, los únicos Pastores de la sociedad cristiana.

11. En efecto, bien sé que existe desgraciadamente un clero heterodoxo; bien sé que pregona atrevidamente estar en posesión de la tradición y de la verdad; bien sé que tiene prosélitos más ó menos en número, más ó menos convencidos, más ó menos ignorantes; bien sé que las naciones les aplauden y hasta les apoyan; bien sé que todo el averno se ha declarado en su favor, desde la mentira y la calumnia, hasta el odio y el desdén; bien sé que se prestan para instrumentos suyos en la infernal propaganda la cátedra y el libro, el folleto y la novela, el periódico y el rotativo, la

pintura y el grabado, el arte y la ciencia, el militar y el artesano, el comerciante y el obrero. Todo esto lo sé, pero también sé, y nadie podrá desmentirme, lo cual constituirá mi fuerte argumento, que este clero heterodoxo, que estos pastores disidentes son malos pastores porque no entraron en el aprisco por la puerta, porque son pastores mercenarios: las buenas ovejas desoyen su voz.

Jesucristo ha dicho que el que no entra por la puerta, sino que sube por otra parte, es ladrón y salteador; (1) y salteadores y ladrones fueron todos los que, sin ser llamados por Dios, todos los que sin tener vocación santa, todos los que, efecto de una desordenada pasión, tomaron las vestiduras divinas para engañar con ellas á los fieles y emprendieron el oficio de gobernar las almas; salteadores y ladrones fueron todos los heresiarcas desde Nicolao hasta Arrio, desde Arrio hasta Focio, desde Focio hasta Lutero y desde el padre de la Reforma hasta Jansenio; como salteadores y ladrones son los corifeos de los errores condenados en el *Syllabus*; y ladrones y salteadores serán todos los que ejerzan semejante ministerio sin ser llamados por el Espíritu Santo. Porque es de advertir, que el ladrón no entra en el aprisco sino para hurtar, matar y destruir; (2) y ¿cuál es la historia de todos los autores de las sectas sino un robo continuado y el haber causado la muerte á las conciencias y la desolación universal?

12. Jesucristo añade que los mencionados pastores son malos porque además son mercenarios. «El asalariado, dice, cuando ve venir al lobo, deja las ovejas y huye, y el lobo las arrebató y esparce (3)». ¿Creéis por ventura que tantos hombres pseudo-sacerdotes, (me refiero á los heterodoxos) que enseñan una doctrina que no creen, buscan en sus operaciones pastorales el bien y la felicidad de sus creyentes? ¿Creéis que tantos hombres sediciosos, que se ponen al frente de la rebelión, ejecutan esto por convicción ó

(1) Joan. X, 1.

(2) Id.

(3) Joan., id.

al menos por el mejoramiento de los insensatos que acaudillan? Muy lejos de todo esto; ellos casi siempre corren tras el oro; y como Napoleón, que decía que para emprender una guerra se necesitan tres requisitos insustituibles: dinero, dinero y dinero, así tales desgraciados ponen por condición de sus empresas antirreligiosas ó antisociales al dios del oro, al menos lo esperan obtener de la pensión ó de la rapiña; por lo demás, no creen en las teorías revolucionarias ni en sus perniciosos efectos. Y cuando el lobo del hambre ó del contagio, y cuando la fiera del mauser ó de la bayoneta entra en el redil á viva fuerza para arrebató la presa, entonces esos pretendidos pastores y corifeos son los primeros en volver las espaldas al enemigo, dejando entre sus garras á las ovejas. ¡Señal evidente de que no fueron sus pastores legítimos!

13. Únicamente Jesucristo, que ha querido dar de un modo extraordinario y admirable su vida por las ovejas, es y debe ser el único Pastor de las conciencias privadas y sociales. Únicamente Jesucristo y sus delegados en el sacerdotal ministerio que sufren, esperan y aman con el pueblo, son y deben ser los únicos pastores de los hombres, en sus relaciones con la eternidad, porque también los ha habido desgraciadamente, (aunque son contados entre esta última clase,) que no entraron por la puerta en el aprisco, y tanto á éstos como á los heterodoxos, no prestan oídos las ovejas, porque saben que no fueron sus verdaderos pastores. Jesucristo y los suyos en su ministerio pastoral, se sacrifican hasta el heroísmo; y ésta es la gran piedra de toque por la que se distinguen los buenos de los malos pastores, á saber: que los primeros se sacrifican por las ovejas, y los segundos las explotan; que aquéllos gozan y padecen con la grey, y éstos gozan solos y se ríen de las penas de aquéllas; que los buenos, si menester es, irán con las ovejas al martirio, pero los malos las abandonarán á su suerte. De éstos últimos ha dicho el profeta Ezequiel (1), que se apa-

(1) Ezech., XXXIV, 8.

cientan á sí propios; por lo cual el Altísimo, fulminando contra ellos toda suerte de males, ha dejado escrito: (1) «Ay de los pastores que desperdician y despedazan el rebaño de mi dehesa, que echaron las ovejas y no las visitaron: he aquí que Yo visitaré la malicia de sus intentos».

Dulce Jesús, Buen Pastor! Apacentadnos desde el augusto solio de vuestro Tabernáculo. Que el pueblo indiferente é infiel vuelva al aprisco; y que nosotros sepamos sufrir con él, para que, unidos todos á Vos, merezcamos ser conducidos de vuestra mano al descanso eterno.

EJEMPLO

Algunos siervos de Dios, amantísimos del Misterio eucarístico, fueron apacentados de un modo extraordinario por el Buen Pastor de las almas. El Seráfico S. Buenaventura temía acercarse á la Sagrada Mesa, por considerarse indigno de recibir el Pan de los ángeles; pero el Salvador, después de haberle disuadido y regalado con amorosas palabras, envió á un ángel con la S. Eucaristía para que le comulgase. S. Estanislao de Koska ardía por apacentarse de la Carne divina, y la Santísima Virgen quiso en cierta ocasión satisfacer sus devotas ansias, llevándole en sus propias manos el Santísimo Sacramento. Finalmente, Sta. Catalina de Sena había ido cierto día al templo con intención de recibir á Jesucristo Sacramentado; pero el confesor, habiéndole negado indiscretamente el permiso, dispuso el Señor que mientras celebraba aquél el adorable Sacrificio, desapareciera de la patena una parte de la Hostia y fuese conducida invisiblemente á la boca de su sierva. Súpose este portentoso cuando el celebrante notó que le faltaba parte de la sagrada Forma, y sospechando, después de haberla buscado por todo el altar, que Dios castigaría quizá su indiscreción, preguntó á la santa, quien confesó humildemente que el mismo Jesucristo la había comulgado.

(1) Jerem. XXIII, 2.

IX

Jesucristo Sacramentado, dulce Huésped del alma.

Dulcis hospes animo.

(SECUENC. DEL DIA DE PESTRO.)

Dulce huésped del alma.

1. Ciudades existen que en días señalados presentan aparato encantador. Sus magníficos palacios, lo mismo que sus modestos domicilios, aparecen ornados de vistosas colgaduras en las que compite la riqueza con el arte; sus plazas y calles, sus paseos y jardines están aseados con esmero; arcos triunfales, fuentes improvisadas, caprichosos dibujos se destacan en los principales lugares de la ciudad; sus moradores se adornan solícitos con elegantes trajes; la variada iluminación, el vuelo de los sagrados broncees, el crujido del cañón, una animación singular, anuncian algún fausto acontecimiento. Efectivamente, la visita de un príncipe ha motivado tan bello aparato. La casa donde ha de hospedarse es imponente; nada hay en ella que desdiga de la dignidad del soberano; todo se halla dispuesto con orden, gravedad y elegancia.

2. Mas por ventura, la descripción que acabo de hacer no es un símil adecuado de la disposición que debe tener el cristiano para recibir al Rey de los reyes, á Cristo Jesús Sacramentado? Nuestro corazón es la ciudad espiritual que debemos preparar con tanta profusión de hermosas virtudes, con riqueza tanta de afectos interiores, con tan fina elegan-

cientan á sí propios; por lo cual el Altísimo, fulminando contra ellos toda suerte de males, ha dejado escrito: (1) «Ay de los pastores que desperdician y despedazan el rebaño de mi dehesa, que echaron las ovejas y no las visitaron: he aquí que Yo visitaré la malicia de sus intentos».

Dulce Jesús, Buen Pastor! Apacentadnos desde el augusto solio de vuestro Tabernáculo. Que el pueblo indiferente é infiel vuelva al aprisco; y que nosotros sepamos sufrir con él, para que, unidos todos á Vos, merezcamos ser conducidos de vuestra mano al descanso eterno.

EJEMPLO

Algunos siervos de Dios, amantísimos del Misterio eucarístico, fueron apacentados de un modo extraordinario por el Buen Pastor de las almas. El Seráfico S. Buenaventura temía acercarse á la Sagrada Mesa, por considerarse indigno de recibir el Pan de los ángeles; pero el Salvador, después de haberle disuadido y regalado con amorosas palabras, envió á un ángel con la S. Eucaristía para que le comulgase. S. Estanislao de Koska ardía por apacentarse de la Carne divina, y la Santísima Virgen quiso en cierta ocasión satisfacer sus devotas ansias, llevándole en sus propias manos el Santísimo Sacramento. Finalmente, Sta. Catalina de Sena había ido cierto día al templo con intención de recibir á Jesucristo Sacramentado; pero el confesor, habiéndole negado indiscretamente el permiso, dispuso el Señor que mientras celebraba aquél el adorable Sacrificio, desapareciera de la patena una parte de la Hostia y fuese conducida invisiblemente á la boca de su sierva. Súpose este portentoso cuando el celebrante notó que le faltaba parte de la sagrada Forma, y sospechando, después de haberla buscado por todo el altar, que Dios castigaría quizá su indiscreción, preguntó á la santa, quien confesó humildemente que el mismo Jesucristo la había comulgado.

(1) Jerem. XXIII, 2.

IX

Jesucristo Sacramentado, dulce Huésped del alma.

Dulcis hospes animæ.

(SECUENC. DEL DÍA DE PÉTRICO.)

Dulce huésped del alma.

1. Ciudades existen que en días señalados presentan aparato encantador. Sus magníficos palacios, lo mismo que sus modestos domicilios, aparecen ornados de vistosas colgaduras en las que compite la riqueza con el arte; sus plazas y calles, sus paseos y jardines están aseados con esmero; arcos triunfales, fuentes improvisadas, caprichosos dibujos se destacan en los principales lugares de la ciudad; sus moradores se adornan solícitos con elegantes trajes; la variada iluminación, el vuelo de los sagrados broncees, el crujido del cañón, una animación singular, anuncian algún fausto acontecimiento. Efectivamente, la visita de un príncipe ha motivado tan bello aparato. La casa donde ha de hospedarse es imponente; nada hay en ella que desdiga de la dignidad del soberano; todo se halla dispuesto con orden, gravedad y elegancia.

2. Mas por ventura, la descripción que acabo de hacer no es un símil adecuado de la disposición que debe tener el cristiano para recibir al Rey de los reyes, á Cristo Jesús Sacramentado? Nuestro corazón es la ciudad espiritual que debemos preparar con tanta profusión de hermosas virtudes, con riqueza tanta de afectos interiores, con tan fina elegan-

cia de puros deseos; y el Monarca eucarístico es el Señor, que pretende visitarlo. Antes, empero, de que nos movamos á disponer nuestro corazón, necesitamos conocer las excelencias de tal Príncipe; porque naturalmente, á medida de la dignidad del visitador, debe prevenirse la decoración. En efecto, Jesucristo es Dios y Hombre verdadero: es Dios eterno, infinito en perfecciones; esplendor del Padre, por quien todas las cosas fueron producidas; es Dios á quien adoran los ángeles y ante cuya hermosísima presencia se estremecen los orbes, y cantan dulces himnos de alabanza, al compás de sonoros instrumentos, los serafines; es Dios omnipotente, creador de los mundos y capaz de aniquilarlos; es Dios pródigo, de cuya mano penden las criaturas todas; es Dios santo, con santidad perfecta. Es también Hombre, semejante á nosotros en la naturaleza; purísimo, incapaz de pecado; misericordiosísimo, que por nuestra salud apuró el cáliz del Gólgota hasta las heces; bellissimo más que los graciosos arreboles del sol, más que los torrentes de luz plateada que la luna envía. Es Dios Hombre, tan amoroso que, deseando ser huésped de nuestra alma, concibió el mayor exceso posible de amor, y lo realizó, sacramentándose en nuestros altares. Tal es Jesucristo. ¿Reunirá cualidades eminentes para que le recibamos por Huésped? ¿Serán esas cualidades tan dignas que merezcan todo el ornato de nuestro corazón? Si así es, veamos: 1.º *El cristiano debe prepararse de la mejor manera para recibir á Jesucristo*; 2.º *Mercedes que dispensa Jesucristo cuando es hospedado sacramentalmente.*

§. I.

3. Después que el Salvador, en su inagotable bondad, dispuso la perfecta conversión del publicano Zaqueo, en el momento en que éste, herido del misterioso dardo, intentó subir á la higuera para ver mejor á Jesús, que entonces por aquel lugar pasaba, el Hijo de Dios volvió sus ojos al árbol, y en cuanto hubo mirado á aquel publicano, le dirigió tiernamente estas palabras: «Zaqueo, baja presto, porque conviene

que hoy me hospede en tu casa (1)». Es necesario advertir, que cuando Jesucristo dijo estas amorosas expresiones al publicano todavía éste no estaba convertido, sino que el Señor le indicó aquel deseo para que, recibéndole en su casa, pudiese derramar sobre su corazón toda suerte de misericordias. Y en efecto; el publicano, en frase del Evangelio, bajó apresurado, y recibió gozoso al Redentor. No debemos pasar adelante sin reflexionar sobre las vivas ansias de Jesucristo por hospedarse en el domicilio de Zaqueo: no es que fuera indispensable á su divina Persona ir á casa del publicano, pero le era imprescindible á su infinito amor, para tener ocasión de mudar aquel corazón pegado á los bienes de la tierra; necesitaba hospedarse para presentar siquiera una razón poderosa con que agradecer á Zaqueo el obsequio, colmándole de gracias espirituales.

Estas vivas ansias las declaró el Esposo divino á la Esposa de los Cánticos, cuando desde la calle, y en el umbral de la casa, la dirigía estas palabras: «Abreme, hermana mía, amiga mía, paloma mía, mi sin mancilla; porque mi cabeza está llena del rocío de la noche (2)». Deseaba le abriese la Esposa para hospedarse en su corazón, y para cenar con ella esa cena eucarística que se recibe en la Comunión del Sacramento Santo.

4. Y puesto que tales son los deseos de Jesucristo por habitar en el alma cristiana, nada más conducente para el caso que satisfacerle plenamente. La solicitud en procurar los medios oportunos para el efecto, es hija del verdadero amor; por esta sencilla razón, si el cristiano profesa amor verdadero á Jesucristo, él buscará y dispondrá de esos necesarios medios para poder hospedar con dignidad al Rey de los cielos; y á la manera que para hospedar en nuestra casa á un príncipe, si tal merced recibiéramos, procuraríamos que la decencia compitiera con el ornato, y la limpieza con la hermosura, del mismo modo, para recibir en nuestra alma al Príncipe de los cielos, se exige que en ésta se ha-

(1) Luc. XIX, 5.

(2) Cant. V, 2.

lle la decencia del honor con el ornato de la virtud, la limpieza de mortales pecados con la hermosura de la gracia santificante. Pero todavía se exige más; quien hospeda á un monarca temporal hace un gasto inmenso y heróicos sacrificios, si menester fueren, para disponer la habitación y los manjares á gusto del regio hospedado; lo contrario se tomaría con razón por grosería imperdonable. Pues aquí tiene el cristiano la norma de su conducta para cuando piese recibir en su alma al Soberano de los soberanos; porque no basta estar limpios de culpas, no basta poseer algunas virtudes, es indispensable que hospedemos á Jesucristo á gusto suyo, y su gusto es que nos revistamos del amor que engendra el sacrificio, y de la paciencia, que es madre de la tranquilidad del alma, para que con esta virtud seamos dueños de nosotros mismos, y con aquélla, dueños del corazón de nuestros prójimos, á fin de ganarlos á Dios.

Después que el cristiano haya hospedado con alegría al Salvador, no debe cometer jamás la descortesía de abandonarle; porque si, tratándose de un temporal monarca, rayaría semejante acción con la insolencia y la ingratitud, ¿qué será tratándose del más augusto de los reyes? En esos momentos preciosos es cuando se debe atender cariñosamente á Jesús y aprovechar tan oportuna ocasión para pedirle mercedes sin cuento. Así dice Sta. Teresa: «Después de la Comunión no perdamos tan buena ocasión de hacer negocio. Dios no suele pagar mal el hospedaje si se le hace buen recibimiento;» y añade el P. Lapuente: «Es importantísimo saber gozar de la dulce presencia del Huésped que hemos recibido, porque no hay tiempo mejor para negociar con Él que cuando le tenemos dentro de nosotros, porque también aquí es verdad lo que Él dijo que mientras está en el mundo abreviado de cada hombre es luz del mundo, y así conviene caminar mientras dure esta luz antes que se esconda y nos hallen las tinieblas» (1). Si es verdad que en todo momento podemos solicitar las mercedes del Altísimo; si es cierto

(1) Medit., P. I, med. 35.

que á toda hora puede el Señor otorgárnoslas sin medida, lo es también que mientras se halla sacramentado dentro de nosotros, espera de un modo particular que se las pidamos, y aun Él mismo, como al ciego de nacimiento, que refiere el Evangelio, nos dice: ¿Qué quieres que te haga? ¿qué es lo que deseas de mí? (1).

§. II.

5. Discurramos ahora brevemente por los lugares donde se hospedó el Salvador mientras peregrinó por este mundo; examinemos las gracias que otorgó con este motivo, y después podremos deducir lógicamente que esas mismas gracias son las que dispensa á los que sacramentalmente le hospedan. Jesucristo fué hospedado en el seno virginal de María: y la Princesa de los cielos fué confirmada más y más en la gracia divina, quedó arraigada en toda clase de virtudes y de dones celestiales, y por especial privilegio fué constituida Madre de los hombres. Jesucristo fué hospedado con su Madre Santísima en casa de Sta. Isabel: y Sta. Isabel fué poseída del Espíritu Santo; y el niño Juan, que en sus entrañas llevaba, al sentir la presencia del Redentor, saltó de gozo, quedando libre en el acto del original pecado. Jesucristo fué hospedado en la fría gruta de Belén: y esta gruta mereció hospedar también á la Madre de Dios, al Patriarca de la ley de gracia y á los ángeles del cielo, que con arrobadores conciertos y esplendentes luces la convirtieron en Paraíso animado. Jesucristo fué hospedado en el domicilio de la suegra de S. Pedro: y esta mujer, que larga dolencia padecía, quedó repentinamente sana. Jesucristo fué hospedado en casa del fariseo Simón: y semejante hipócrita se conmovió ante su divino hospedado que pudo admirar en su misma presencia la conversión de la pecadora. Jesucristo fué hospedado en el palacio de Lázaro: y este fué resucitado después de cuatro días enterrado, y sus dos hermanas santificadas quedaron. Jesucristo fué hospedado en el

(1) S. Ligorio, Esposa de Jesucristo, cap. 18.

domicilio de los esposos de Caná: y el Salvador obra su primer milagro en obsequio de sus favorecedores. Jesucristo, finalmente, fué hospedado en casa de Zaqueo, quien se arrepintió de sus pecados de tal manera que dijo al Señor: —Voy á dar la mitad de mis bienes á los pobres, y si á alguno de ellos he defraudado le daré el cuádruplo—y el Salvador le responde gozoso: «Hoy se ha obrado la salud en esta casa, puesto que también éste es hijo de la fe de Abraham» (1).

6. Todos estos beneficios tanto espirituales como temporales dispensa Jesucristo á los que le reciben sacramentado. Confirmales en la gracia santificante, llénales de todos los dones del Espíritu Santo, imprímeles el gozo espiritual y la alegría de los hijos de Dios, convierte el corazón en animado cielo, sánales de las dolencias del espíritu y aun algunas veces de las del cuerpo, atraeles al amor divino, resucítales de la tibieza al fervor, obra en ellos grandes prodigios, y les trata finalmente con un cariño tierno y afectuosísimo para que jamás olviden sus favores. ¡Con cuanta razón, pues, no podremos cantar con la Iglesia, llevados de su regocijado espíritu:—Vos, oh Señor, sois dulce Huésped del alma!

7. Refieren las Sagradas Letras, ocupándose de los dos Tobías, padre é hijo, que, llamando aquél á éste para confesar acerca del modo de agradecer los beneficios á san Rafael, quien en el viaje á Gabelo había acompañado al joven Tobías, le pregunta: ¿Qué podremos dar á este santo varón que vino contigo? Padre, respondió el joven Tobías, ¿qué habrá digno para que podamos recompensarle? Él me llevó y me volvió sano; recibió la pecunia de Gabelo; me hizo tomar esposa; ahuyentó el demonio que la afligía; dió alegría á sus parientes; libróme del pez que intentaba devorarme; te hizo ver á ti la luz del cielo, y por él, en una palabra, estamos llenos de todos los bienes. ¿Qué cosa podremos retribuírle por todo esto? Mas te pido, padre mío, que

(1) Luc., XIX, 8.

le ruegues si ciertamente aceptará la mitad de todo lo que hemos traído. Llamaron, pues, al arcángel, su desconocido, y le rogaron que tomase la mitad de los bienes. Mas éste, permaneciendo cubierto, les dijo: Bendecid al Dios del cielo y confesadle delante de todos los vivientes, porque obró con vosotros su misericordia.

Ved aquí un bello símil de las inefables mercedes que Jesucristo nos ha dispensado al comulgarle y la manera sencilla y perfecta de retribuírlas. Jesucristo, en verdad, nos llevó y nos devolvió sanos, esto es: nos llevó santificados á su amor y nos devolvió más perfectos, efecto de nuestra unión con Él. Jesucristo recibió de su Padre el *fiat* para redimirnos, simbolizado en la pecunia de Gabelo y nos la dió en efecto, redimiéndonos de la esclavitud del pecado. Jesucristo nos hizo tomar á sí propio, mediante la Comunión, por esposo del alma. Jesucristo, con el poder de su Manjar eucarístico, ahuyentó de nuestro corazón el espíritu de las tinieblas que nos atormentaba. Jesucristo, preservándonos de los pecados mortales, nos ha librado del satánico pez que intentaba devorarnos. Jesucristo, mediante la unión eucarística, nos ha hecho ver la luz del cielo, que es el conocimiento propio, y el camino de la eterna vida. Jesucristo, en suma, ha derramado sobre nuestras almas todos los bienes celestiales que se compendian en la Santa Eucaristía.

Por consiguiente, ¿qué cosa podremos darle que sea digna de Él? ¿Recibirá la mitad de los bienes? De los materiales podríamos ofrecerle parte á fin de abrillantar su divino culto; pero de los espirituales es cierto que los exige todos, porque todos son suyos; pretende nuestro corazón con sus afectos y deseos; pretende nuestra vida con sus pensamientos y sentimientos y obras y palabras. He ahí la razón por qué el arcángel S. Rafael no respondió palabra al ser preguntado si quería recibir la mitad de los bienes; como era simplemente espíritu, no podía recibir materia; como no podía aceptar para sí el corazón de ambos Tobías, se contentó con ordenarles: «Benedicid al Dios del cielo y confesadle delante de los hombres, pues ha usado con vosotros de

misericordia.» El corazón es de solo Dios, y debe ser para Dios solo.

Nosotros, á imitación de los Tobías, bendigamos al Salvador por los siglos de los siglos; confesemos su doctrina y su amor delante de los hombres, ya que se ha dignado ser nuestro dulce Huésped; démosle gracias con el profeta rey, quien, para darlas á Dios debidamente, solía decir: «El cáliz del Señor tomaré é invocaré su santo nombre.» Una nueva Comunión bien practicada sea el hacimiento de gracias por el anterior beneficio.

S. Pero, en general, ¿lo practicamos así? Pongamos la mano sobre nuestro pecho, esa mano quizá acostumbrada á abofetear al Salvador en su Iglesia, en sus sacramentos, ó en sus ministros, y meditemos por unos instantes. Hemos hospedado al Redentor en nuestra alma, es verdad, pero, ¿cómo? precediendo malas confesiones? ¡Ah! entonces, necesariamente habrá pasado desapercibida la presencia de Jesús en el corazón; ¿precediendo la negligencia en evitar las culpas leves, ó en no haberse dispuesto fervorosamente para la Comunión? En este caso, como también en aquél, Jesucristo deja huellas muy impalpables de su regio hospedaje, resultando que el cristiano no crezca en el camino de la virtud por faltarle las gracias que no ha sabido ó podido recibir, debido á sus pocas disposiciones. Jesucristo, repetidas veces, se acerca al alma, como á la puerta de la Esposa de los Cánticos (1), para que le abra, á fin de ser hospedado y derramar sus bendiciones; pero aquella como ésta se estacionan dormitando en sus faltas, y Jesucristo abandona la puerta y pasa adelante en busca de corazones más agradecidos, pudiendo en este caso aplicarse á Jesucristo aquellas palabras del Eclesiástico: «Es una vida infeliz la del que va hospedándose de casa en casa, pues donde quiera que se hospede no obrará con libertad (2)». ¡Ah! y cuántos cristianos hay que, desgraciadamente, al entrar el Salvador en su corazón, no sólo no le dirigen un saludo, ni una

(1) Cant. V. 2.

(2) Eccli. XXIX, 31.

palabra de respeto, ni una frase amorosa, sino que en alas de su prisa le abandonan, y quizá profieran palabras ó cometan acciones que amarguen á Jesús (1)! ¡Cuántos que, al no formar en la confesión firme propósito de enmendarse, hospedan luego al Salvador, y á los pocos momentos de recibido le dicen: «Vete, vete á fuera, que vienen unos amigos míos de distinción (los cómplices en el pecado) y necesito mi casa para alojarlos (2)». ¡Buen Dios! ¡Cuánta paciencia os es menester para sufrirnos! En verdad que nos podéis repetir las palabras que en otro tiempo anunciasteis: «Para un hombre sensato, una de las dos cosas que le son muy pesadas son los desprecios que recibe del patrón de la casa (3)».

Recibamos á Jesucristo Sacramentado, si no con el tierno cariño con que le hospedaron sus siervos, al menos con la envidia santa de practicar lo que ellos ejecutaron; si no con la preparación del beato Nicolás Factor, que se daba una terrible disciplina, se reconciliaba y rezaba los salmos penitenciales, al menos con las disposiciones del príncipe Leopoldo, que en la mañana que comulgaba no admitía conversaciones profanas, pasándola en oración ó en ejercicios saludables para su alma. De este modo sabremos hospedar á Jesús, y obtendremos los beneficios y gracias convenientes.

¡Dulce Jesús Sacramentado! Venid á nuestras almas para que hallemos únicamente en Vos nuestra entera felicidad. No permitáis, celestial Huésped, que acojamos en nuestro corazón á otro ser que á Vos solo, á fin de que sólo por Vos vivamos, y sólo por Vos muramos.

EJEMPLO

En qué piélagos de insondables delicias se sumergen aquellas almas que hospedan con fervor al Sacramento del Altar es punto menos que imposible á la inteligencia humana discurrirlo, y á la lengua humana ex-

(1) Eccli., XXIX, 32.

(2) Id. id. 34.

(3) Id. id. 35.

presarlo. Sin embargo, el presente caso, célebre en extremo por sus provechosas consecuencias, nos persuadirá del cariño inmenso que profesa Jesucristo á los que le aman.

No hace muchos años que una señora protestante se paseaba cierta mañana, con otras amigas, por una aldea. Pasando por delante de la iglesia tuvo la curiosidad de entrar en el momento mismo que el sacerdote se disponía para ministrar la S. Comunión. En efecto, el sacerdote extrajo del copón una Forma consagrada y la dió á una joven, que se había acercado al comulgatorio. La hereje fijó su mirada en la joven y la vió tan hermosa y resplandeciente que fué movida ella misma á comulgar; pero se abstuvo por entonces, envidiando la suerte de los católicos. Contó á sus compañeras lo sucedido, y cuando por vez segunda entró en el mismo templo, se confirmó en su juicio, viendo que se repetía el prodigio de antes; entonces, no pudiendo sufrirse á sí misma se adelantó hacia el comulgatorio y recibió la Santa Forma; pero he ahí que, volviendo la vista á la joven, notó que había repentinamente desaparecido juntamente con los demás asistentes. En medio del pavor de que fué sorprendida comprendió que había obrado mal. Entró en la sacristía á fin de consultar al Sr. cura, y éste preguntóla quién era.—Protestante soy, dijo, y acabo de comulgar con los católicos, pero sé que he obrado indiscretamente. ¿Qué es lo que deberé hacer?—El sacerdote la reprendió, manifestándole que si quería comulgar en lo sucesivo era indispensable hacerse católica. La hereje asintió á la proposición del ministro de Dios y cuando comenzó á comulgar debidamente, experimentaba tal dulzura interior que la anegaba en un mar de lágrimas y de interior alegría (1).

(1) Revista Franciscana.

X

Jesucristo Sacramentado es nuestro Consolador.

Consolator optime.

Nuestro mejor consolador.

(SECUELO DE LA FIESTA DEL ESPÍRITU S.)

1. El corazón del hombre. Ese hondo abismo de velados misterios; ese compendio hermosísimo de leyes divinas; esa parte vital y delicada del organismo humano, ha sido formado de tal manera que no puede hallar en sí mismo descanso perfecto. Le falta algo para ser feliz, y este *algo* se lo reservó absolutamente el mismo Ser que le creara; en consecuencia, el descanso perfecto, el consuelo y el gozo satisfactorio de este corazón estriba en Dios. Por falta de reflexión semejante, y poseído de ilusiones fantásticas, el hombre que observa que su órgano esencial á la vida sale como de sus duras prisiones para respirar mejor el fresco ambiente del descanso, generalmente hablando, suele buscarlo en los seres y en los objetos próximos á sí, consistiendo su anhelo en distraerse mucho en esos objetos y seres, en saborear uno tras otro los goces de este mundo, en contemplar una tras otra las beldades terrenas; y luego de haber recorrido sin perder momento toda la escala de la dicha humana, ve que ha sido envuelto en horrible decepción, comprende que en las criaturas no hay descanso feliz, ni mucho menos, satisfactorios consuelos.

2. ¡Ah! si todo ese tiempo empleado en buscar la felicidad en los seres que hoy son y mañana no serán lo hubiera

presarlo. Sin embargo, el presente caso, célebre en extremo por sus provechosas consecuencias, nos persuadirá del cariño inmenso que profesa Jesucristo á los que le aman.

No hace muchos años que una señora protestante se paseaba cierta mañana, con otras amigas, por una aldea. Pasando por delante de la iglesia tuvo la curiosidad de entrar en el momento mismo que el sacerdote se disponía para ministrar la S. Comunión. En efecto, el sacerdote extrajo del copón una Forma consagrada y la dió á una joven, que se había acercado al comulgatorio. La hereje fijó su mirada en la joven y la vió tan hermosa y resplandeciente que fué movida ella misma á comulgar; pero se abstuvo por entonces, envidiando la suerte de los católicos. Contó á sus compañeras lo sucedido, y cuando por vez segunda entró en el mismo templo, se confirmó en su juicio, viendo que se repetía el prodigio de antes; entonces, no pudiendo sufrirse á sí misma se adelantó hacia el comulgatorio y recibió la Santa Forma; pero he ahí que, volviendo la vista á la joven, notó que había repentinamente desaparecido juntamente con los demás asistentes. En medio del pavor de que fué sorprendida comprendió que había obrado mal. Entró en la sacristía á fin de consultar al Sr. cura, y éste preguntóla quién era.—Protestante soy, dijo, y acabo de comulgar con los católicos, pero sé que he obrado indiscretamente. ¿Qué es lo que deberé hacer?—El sacerdote la reprendió, manifestándole que si quería comulgar en lo sucesivo era indispensable hacerse católica. La hereje asintió á la proposición del ministro de Dios y cuando comenzó á comulgar debidamente, experimentaba tal dulzura interior que la anegaba en un mar de lágrimas y de interior alegría (1).

(1) Revista Franciscana.

X

Jesucristo Sacramentado es nuestro Consolador.

Consolator optime.

Nuestro mejor consolador.

(SECUELO DE LA FIESTA DEL ESPÍRITU S.)

1. El corazón del hombre. Ese hondo abismo de velados misterios; ese compendio hermosísimo de leyes divinas; esa parte vital y delicada del organismo humano, ha sido formado de tal manera que no puede hallar en sí mismo descanso perfecto. Le falta algo para ser feliz, y este *algo* se lo reservó absolutamente el mismo Ser que le creara; en consecuencia, el descanso perfecto, el consuelo y el gozo satisfactorio de este corazón estriba en Dios. Por falta de reflexión semejante, y poseído de ilusiones fantásticas, el hombre que observa que su órgano esencial á la vida sale como de sus duras prisiones para respirar mejor el fresco ambiente del descanso, generalmente hablando, suele buscarlo en los seres y en los objetos próximos á sí, consistiendo su anhelo en distraerse mucho en esos objetos y seres, en saborear uno tras otro los goces de este mundo, en contemplar una tras otra las beldades terrenas; y luego de haber recorrido sin perder momento toda la escala de la dicha humana, ve que ha sido envuelto en horrible decepción, comprende que en las criaturas no hay descanso feliz, ni mucho menos, satisfactorios consuelos.

2. ¡Ah! si todo ese tiempo empleado en buscar la felicidad en los seres que hoy son y mañana no serán lo hubiera

ocupado el hombre en inquirirla en Dios, centro y fin único de todas las aspiraciones humanas, sería entonces más feliz, porque fuera de toda duda está que sólo Dios, con exclusión de cualquiera otro ser, es su consuelo; y sólo aquéllos que aspiran á Dios y lo apetecen son los verdaderamente dichosos en este mundo. He ahí la razón por qué el cristiano bueno es el hombre más feliz de este mundo. «Hay otro verdadero gozo, decía el Agustino, que no se concede á los impíos y malos, sino únicamente á aquéllos que os sirven voluntariamente, oh Dios mío, de los cuales Vos mismo sois el gozo; esa es la alegría bienaventurada, una alegría ordenada á Vos, dimanada de Vos y poseída por amor de Vos, esa misma es y no hay otra verdadera. Aquéllos que juzgan que hay otra distinta de esa, siguen otra perniciosísima (1).» Si Dios es, pues, nuestro descanso y nuestra felicidad, sobre todo en la vida de ultra-tumba, por consecuencia necesaria, ha de ser también aquí nuestro consuelo. Para el efecto se quedó sacramentado entre nosotros bajo la forma de pan celestial, que contiene todas las delicias (2).

Es por lo tanto nuestro deber, ocuparnos del propio asunto, para cuyo mejor estudio lo distribuiré en dos partes: 1.º *Los profetas anunciaron que Jesucristo Sacramentado debía ser nuestro Consolador*; 2.º *Las profecías confirmadas con la práctica del Hombre Dios*.

§. I.

3. Los santos que mejor que nosotros supieron aprovecharse del Sacramento eucarístico, encontraron en Él un remedio oportuno para sus graves necesidades, un gozo supremo para sus hondas penas y una satisfacción indecible en las tristes asperezas de esta vida. Fué siempre para los que le amaron el fresco rocío de la mañana primaveral que vivifica las plantas agostadas, y el bálsamo odorífero y eficaz que cura las profundas heridas. Comentando S. Alfonso de Ligorio las palabras del Águila de Hipona:

(1) Confesion. tom. II, lib. 10, cap. 22.
(2) Sap. XVI, 20.

«Dios es un bien en el cual están todos los bienes», dice: «Si quieres hallar presto este bien, aquí está cerca de ti, dile lo que quieras, pues está en el Sagrario para consolarte, para oírte y para despachar tus ruegos (1).» Si así es, ¿por qué razón, sabiendo que es omnipotente y que reside allí para dispensarnos beneficios, no acudimos á Él en nuestros quebrantos y tribulaciones, á fin de que sea nuestro completo alivio y nuestro mejor consuelo? Hagamos lo que los niños pequeños que, sintiéndose atacados por una dolencia ó maltratados de otros muchachos, corren á esconderse en el regazo de su madre. Pero, ¿acaso ignoramos que Jesús Sacramentado se porta mejor que una madre? Oigamos al mismo Dios por boca de su profeta: «Como una madre acaricia á su hijo, así yo os recrearé y sobre mis rodillas os acariciaré (2),» palabras que hacen expresarse al citado S. Alfonso de esta manera: «Así como una madre que tiene el pecho enchido de leche va en busca de niños á quienes amamantar á fin de que la descarguen de aquel peso, del mismo modo nos llama el Señor á este Sacramento de amor y nos dice: Seréis llevados á mis pechos (3).» ¡Ah! Jesús Sacramentado, á más de practicar con nosotros semejantes finezas, nos acaricia como tierna madre sobre sus blandas rodillas, que son sus entrañas misericordiosas.

4. Fijaos bien y notaréis que el Señor no se cansa de anunciar por conducto de sus profetas el ministerio de Consolador que había de ejercer en el Sacramento del Altar. Isaías, columbrando en espíritu al Deseado de los collados eternos, habla en su nombre y dice: «El Espíritu (4) del Señor ha reposado sobre mí porque el Señor me ha ungido y me ha enviado para evangelizar á los mansos y humildes, para curar á los de corazón contrito y predicar la redención de los esclavos y la libertad á los que están encarcelados... y para consolar á los que lloran...» Éstos son precisamente los bellos oficios que el Redentor aceptó al venir á

(1) Visitas al Santísimo, día 26.
(2) Isai. cap. LXVI, 12.
(3) Lug. cit.
(4) Isai., LXI, 1.

este mundo, que aunque difíciles de practicar, é imposibles además á un puro hombre, mas Jesucristo quiso dispensárnoslos, según Él dijo de sí propio en la sinagoga. Ahora bien; la Eucaristía es propiamente extensión de la Encarnación; luego el texto citado debe referirse asimismo directamente á Jesucristo Sacramentado. Hagamos una breve exposición del bíblico pasaje. Nadie ignora que en el adorable Sacramento subsisten por acompañamiento las tres divinas Personas de la Trinidad augusta; mas, es el Espíritu Santo, quien de un modo particular envía sus puras llamaradas de amor sobre Jesucristo en quien habitó siempre corporalmente, y sobre el cual reposó para ungirle, que por eso Jesús se llama Cristo. En Oriente abundan los aceites odoríferos y los suaves aromas que se emplean en la conservación de la salud y en la limpieza del cuerpo; es la unción, por consiguiente, símbolo de la curación de las enfermedades; así observamos en el evangelio de S. Marcos que los apóstoles curaban las dolencias, ungiendo con óleo á los enfermos (1). Jesucristo, pues, en el Sacramento del Altar es todo óleo suavísimo que cura perfectamente las enfermedades del espíritu y es óleo de perfumado olor, puesto que conforta los corazones. Además; la unción referida es traducida en muchos lugares de la Sagrada Escritura por consolar; y he ahí cómo Nuestro amorosísimo Señor Sacramentado nos anima y conforta con ese óleo riquísimo que, á más de cicatrizar nuestras llagas espirituales, dulcifica nuestras congojas y nos alegra en las tristezas.

Jesucristo reside además en la S. Eucaristía para evangelizar á los mansos y humildes, que son los que acogen con buenas disposiciones la palabra divina; reside asimismo para curar á los que poseen un corazón contrito y humillado, porque con la sangre del Cordero eucarístico son lavadas y curadas sus llagas; reside, finalmente, para consolar á los que lloran sus extravíos, á los cuales tranquiliza y regocija, dándoles como testimonio de su perdón el Sacramento San-

(1) Marc. VI. 13.

tísimo, desde el cual repite: «Bienaventurados los que lloran porque ellos serán consolados».

5. Un episodio bíblico, hermoso en extremo por las provechosas lecciones que encierra, viene aquí como de perfecto molde para que nosotros entreveamos las excelencias de la consolación que Jesucristo nos derrama desde el Sagrario. Es el problema que el fuerte Sansón propuso á los convidados á su mesa (1).—Del comedor salió la comida y del fuerte la dulzura.—Encontró Sansón á un león muy fiero que venía hacia él con ánimo de devorarle; mas el esforzado caudillo, puesta la confianza en el Omnipotente, asíó con hercúlea fuerza á la fiera, y le arrancó la vida. Al cabo de algunos días, cuando regresaba de Thamnata, halló en la boca del que fué león un panal de miel sabrosísimo, que habían fabricado las abejas. Ésta es en resumen la historia bíblica en lo que á este punto respecta; y con referencia á la misma, dijo el último juez de Israel: Del comedor, que era el león, salió la comida, á saber, el panal de miel; y del fuerte, ó sea del propio felino, provino la dulzura del panal. Problema que viene á ser ciertamente perfecto geroglífico de Jesucristo Sacramentado en lo que respecta al oficio de consolador nuestro; pues, ¿qué otra cosa es el Divino Salvador en el Sacramento sino aquel fuerte León de Judá que, hambriento de amor por la salvación de las almas extraviadas, y á fin de unir las á sí, fué muerto por los pecadores, á quienes dió en retorno el dulce panal de la S. Eucaristía? He ahí por qué del comedor, Cristo crucificado, salió la comida, Cristo Sacramentado. Vino á comer y se nos dió en comida. ¡Qué contraste tan admirable! Sólo Dios lo pudo efectuar y sólo el hombre recibir; y ved ahí que también por eso mismo, del fuerte provino la dulzura: del Omnipotente resultó la misericordia. Pudo el Señor, sin faltar á su justicia, darnos amarga hiel, y no obstante nos regaló un riquísimo panal de miel, fabricado por Él mismo; pudo castigarnos, y sin embargo, nos perdonó, retribuyéndonos, cual

(1) Jud., cap. XIV.

si nos debiera algún favor, una dádiva inestimable. Empero notemos últimamente que la solución del enigma propuesto por Sansón fué: «¿Qué cosa habrá más dulce que la miel?» ¡Ah! Si Jesucristo en la Eucaristía santa es miel suavísima, ¿qué cosa habrá que sea tan dulce como Él? Si la miel dulcifica el paladar y la garganta, ¿cómo no dulcificará Jesús Sacramentado el paladar del alma? ¡Cuán bueno es Jesús!

6. Vaticinando el real profeta la Sagrada Eucaristía, se dirige al Señor y le dice: «Preparaste en mi presencia una mesa contra aquéllos que me atribulan (1)», pero, ¿cuál es esta mesa poderosa, sino el rico banquete de la Eucaristía á donde nos sentamos los cristianos para satisfacer el hambre del espíritu? Mas añade el citado profeta: «la preparaste contra aquéllos que me atribulan»; luego el Eterno nos ha regalado el Sacramento para que constituya el fuerte baluarte con el que podamos contar para vencer á nuestros enemigos.

«Bañaste mi cabeza con óleo, y ¡cuán excelente es mi cáliz que santamente embriaga!» prosigue David (1) ¡Oh Señor! Tú derramaste sobre mí el suave aceite de tu misericordia; y ¿cuál es ese cáliz embriagador sino aquél que contiene tu sangre divina, el cual me cediste, pues por eso le llamas mío á fin de que beba de él y perciba sus inefables consolaciones?

§. II.

7. Tantos vaticinios no podían dejar de cumplirse en el tiempo prefijado, ni debían realizarse sino de conformidad con las circunstancias anunciadas por los profetas. Jesucristo debería realizar todos sus divinos actos con una mansedumbre y misericordia hasta entonces desconocidas; es así porque todas sus bellas acciones revelan un fondo de amor y de compasión sin límites: y de aquí el título de *óptimo consolador* que con tanta propiedad le atribuimos. Tristes se hallaban los apóstoles en el cenáculo, meditando los atro-

(1) Ps. XXII, 5.

ces tormentos que acababa de experimentar su dulce Maestro; mas pronto fué trocada su tristeza en la más completa alegría cuando Jesús se les apareció glorioso, diciéndoles: —La paz sea con vosotros. No queráis temer porque yo soy (1).—Triste se encontraba la Magdalena antes de la resurrección del Señor; mas pronto fué cambiada su amargura en inmenso gozo cuando Jesucristo la alentó, llamándola María (2). Tristes por demás estaban los dos fervorosos discípulos, cuando, lunes de Pascua, se dirigían al castillo de Emaús; mas, al saber que el que con ellos había conferenciado era el Mesías resucitado, se llenaron de indecible satisfacción (3). Ahora bien: si tanto consuelo derramaba Jesucristo en el alma, entonces que llenaba el fin de la Redención ¿no lo derramará ahora que continúa idéntica misión en el Sacramento del Altar?

8. Autoridades y ejemplos asombrosos poseemos que confirman cuanto hasta aquí he venido insinuando. Cuando el infernal espíritu tentaba horriblemente á la mística doctora del Carmelo, representándola que Dios es muy justo y que no la perdonaría sus pecados, ella, toda atribulada y llena de pavor grande, se acercaba al Sacramento y le pedía consuelo para su espíritu; y en el momento mismo se veía colmada de inefable gozo que se traslucía en su animado semblante, diciéndola algunas veces el Señor: —No estés fatigada, no hayas miedo que no te dejaré (4).— La V. M. Sor María de Jesús de Agreda sufría repetidas enfermedades, desprecios, trabajos y horribles visiones que el mal espíritu, por permisión divina, le causaba; mas ella se adelantaba hacia el Sagrario, y, á más de ser consolada, mereció en varias ocasiones contemplar á Jesucristo cercado de hermosos resplandores (5). Efecto de los inefables consuelos que el V. Francisco del Niño Jesús recibía de la Sagrada Comunión se quejaba de que las horas iban tan lentas, re-

(1) Joan. XX, 19.

(2) Joan. XX, 16.

(3) Luc. XXIV, 13.

(4) Tomo I de las obras de la santa.

(5) Biografía de esta V. M. por el P. Giménez.

tardándole el momento de recibir al Sacramento; así que, cuando oía dar la hora, se alegraba, diciendo: cinco horas me quedan; ya no más de tres; ya sólo tardará una para recibir á Jesucristo.

Con efecto; la Religión Cristiana es la religión de los grandes consuelos, porque sólo en Ella pueden enjugarse con satisfacción las gruesas lágrimas. Todos los hombres, desde que nacemos hasta que bajamos al frío sepulcro, estamos continuamente llorando; mas no todos somos consolados. Hay quien pretende enjugar sus lágrimas en la casa del placer; mas el placer, una vez apurado, acibara todavía más el corazón, y las lágrimas inundan los ojos con más fuerza que antes. Hay quien espera enjugar sus lágrimas en la casa del amigo; pero el amigo tiene también las suyas que le hacen saltar sus propias amarguras, causa del olvido de las del compañero. Hay quien cree enjugar sus lágrimas con las meras distracciones; pero las distracciones se acaban, y el dolor muerde á todas horas el espíritu. Hay quien aguarda enjugar sus lágrimas en medio de las ocupaciones del negocio; pero el negocio tiene asimismo sus percances que entristecen el alma. No; el hombre no puede hallar consuelo que le satisfaga en las cosas y pasatiempos del mundo, porque el mundo no se compadece de nadie; el mundo ríe continuamente; gusta ver alegres y divertidos á los suyos, y huye de los que lloran. Por eso precisa que el hombre sensato busque el consuelo en otra parte, consuelo que únicamente la Religión Cristiana puede proporcionarlo, ya que se halla en su seno. Madre tierna que endulza las amarguras de la vida, tranquiliza el corazón y devuelve la paz y la alegría del alma; el hombre, siempre que la ha buscado, ha encontrado en Ella el bálsamo que ha cicatrizado sus heridas, la blanca venda con que ha envuelto sus llagas y el fino lienzo con que ha enjugado sus lágrimas; ha visto en Ella la sonrisa en sus labios, la animación en su rostro, la prontitud en sus manos y la ligereza en sus pies, con objeto de ayudar al desvalido, socorrer al menesteroso y fortalecer al débil. Los que la buscan encuentran en Ella un apoyo y un

descanso, un lenitivo y un consuelo, porque también sabe sufrir y llorar con los que lloran y sufren; mas los que la desprecian podrán gemir y llorar, pero sus lloros y gemidos, nacidos de la envidia, de la desesperación, del infortunio ó del dolor, no hallarán eco en ninguna parte.

Nuestra santa Religión, empero, es la religión de los grandes consuelos, porque tiene á Jesucristo Sacramentado por consolador. Sólo Jesucristo ha prometido una bienaventuranza á los que lloran, porque sólo Él puede concederla. Antes había llorado Jesús nuestro bien, sobre el sepulcro de Lázaro, á la vista de Jerusalén, en el jardín de los olivos, para enseñarnos á nosotros que es bueno llorar por un motivo santo, y más que llorar, es bueno y meritorio padecer por Dios y por nuestros hermanos; porque así como Jesús fué premiado siendo consolado por el Padre, así nosotros encontraremos la consolación y el premio de nuestras lágrimas y amarguras. Ciertamente que en Jesucristo halla el mortal todo el consuelo que necesita, y á Jesucristo lo hallamos consolando en el tribunal sagrado de la Penitencia, donde lava nuestras manchas y nos devuelve la paz y la alegría del alma; lo hallamos consolando en las preces, en los cantos litúrgicos y en los ayunos de la Iglesia, donde destila sobre nuestro fatigado espíritu raudales de ternura y de entusiasmo; lo hallamos consolando en los hospitales, junto á la cabecera del enfermo, en los asilos animando á los ancianos, en los orfanotrofios acariciando á los niños, en los presidios alegrando á los encarcelados, y en el hogar doméstico alentando á la esposa. Lo hallamos consolando al sacerdote en la iglesia, al misionero en la escena del mundo, al soldado en el campo de batalla, al labrador en su huerta, al industrial en el taller, á la virgen en el claustro y á la doncella en la casa paterna. Lo hallamos consolando al pobre que mendiga de puerta en puerta, al que han despreciado los hombres, al desheredado del mundo. Lo hallamos consolando en todas partes, pero sobre todo lo hallamos consolando en el Sagrario, donde Él ha fijado su augusta residencia corporal. ¡Qué ternuras, qué elevaciones del al-

ma, qué nobleza de espíritu en presencia de Dios! En particular, antes y después de la Comunión, ¡qué dulzuras tan ricas no experimenta el alma ante el Dios de las alturas! Mirad al pecador de rodillas ante la Mesa eucarística; su corazón se conmueve, sus pies y sus manos tiemblan, sus ojos son dos fuentes de lágrimas, su frente se inclina y su alma se extasía ante el Infinito. ¡Qué felicidad la del cristiano! Sus penas, sus amarguras, sus lutos, su aflicción, todo ha desaparecido con la Comunión fervorosa. Ese cristiano es bienaventurado aún en este siglo. Es que ha buscado á Jesucristo Sacramentado, y Jesucristo Sacramentado le ha consolado.

9. Comulguemos con fe grande y fervor santo, y experimentaremos de cerca colmada satisfacción y saludable paz en nuestras almas. Quien no sienta ese gozo interior por recibir á Cristo Sacramentado, tema no le falten las disposiciones convenientes para comulgar. Esa serenidad del espíritu, esa compunción interna, ese placer inexplicable, esas lágrimas dulces, esos tiernos suspiros que se notan en el alma devota después de haber percibido el Pan divino, no son sino los consuelos que derrama el Sacramento eucarístico.

Aprendamos, por lo tanto, á tener confianza ilimitada en Jesucristo Sacramentado. Pidamos, y recibiremos. Vayamos, corramos, volemos al Sagrario en busca del Salvador, que Él nos espera; no vacilemos en pedir; esponámosle nuestras dudas, nuestros temores, nuestras penas; digámosle que Él lo puede todo; recordémosle que Él ha prometido oírnos y remediar nuestras miserias, y si nada de todo esto pudiésemos decirle, porque la fuerza del dolor ahoga la garganta, presentémonos ante Él y murmuremos con el corazón: «Ved aquí, Señor, á un pobre necesitado». Jesucristo sabe ya lo que nos conviene, y Él nos lo otorgará, sobre todo, después que Él ha prometido por conducto de la bienaventurada Margarita Alacoque (1), que nos consolará en todas nuestras aflicciones.

(1) Tomo I. de las obras de la santa.

¡Oh Sacramento Santísimo! ¡Cuán inmenso es el amor que manifiestas al hombre! Preciso sería para conocerlo á fondo que Vos nos lo revelaseis; pero basta que la fe nos lo dicte y la experiencia nos lo enseñe. Puesto que desempeñáis el ministerio de consolador, os diré con David: Señor, hágase en mí tu misericordia para que sea consolado (1). «Librame de mis enemigos porque á Vos huyo». ¡Oh Señor! Vos me aseguráis que estáis conmigo en la tribulación; y por cierto, que si no fuera por Vos, la desesperación hubiera visitado mi espíritu. Que acuda á Vos en mis trabajos, para que de vos sea siempre socorrido.

EJEMPLO

El siervo de Dios Fr. Ilustrado de la Orden de Menores, profesaba especialísima y acendrada devoción al Santísimo Sacramento del Altar. Efecto de ella, siempre que experimentaba alguna funesta sensación, acudía á este Trono de misericordia, confiado en que Jesús le alentaría. Donde se conocieron más que nunca los efectos de esta consolación amorosa fué en su última enfermedad, que por cierto se la dispuso larga el cielo, á fin de acrisolarle perfectamente. Durante la misma jamás se le oyó una queja, ni un suspiro; pues como acredita el P. González (2), un solo consuelo tenía en sus tribulaciones y era la frecuencia del Santísimo Sacramento del Altar, en el cual cifraba las delicias de su devoción y el alivio de sus dolores, calmados por algunas horas después de haber comulgado; acaso porque las dulzuras que sentía en su enamorado espíritu absorbían y desarmaban la fuerza de los males del cuerpo.

(1) Ps. CXLII, 9.

(2) Crónica Seráfica. Parte I, lib. III, cap. 55.

peridad verdadera, ¿en qué consiste que los impíos prosperan más que los buenos cristianos?

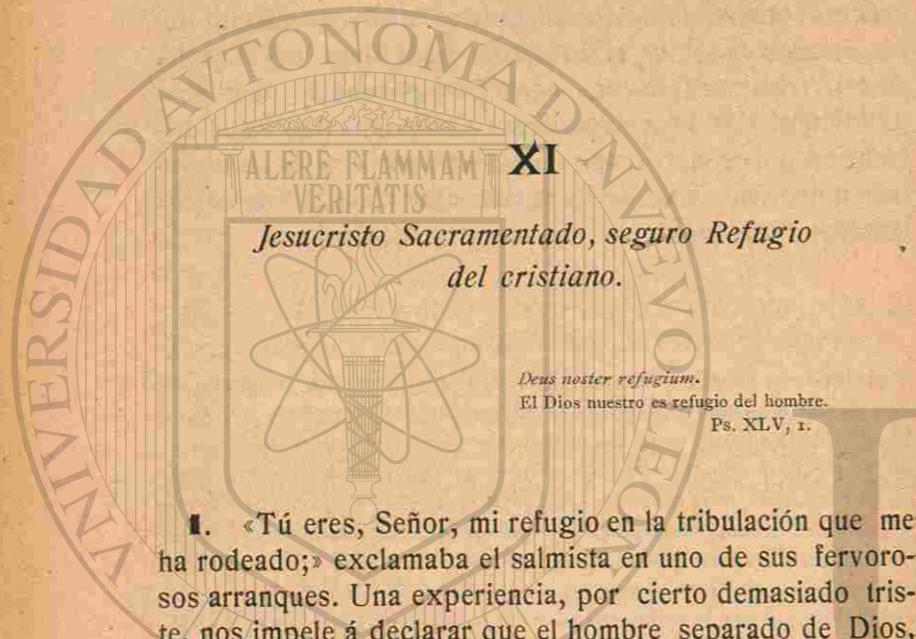
Respondamos con la brevedad que requiere el asunto. Para el impío no se ha hecho la verdadera paz ó sea la paz que proviene de una conciencia buena y que produce la única alegría del espíritu. Si el impío se persuade que vive tranquilo, eso puede proceder ó de la afectada ignorancia de los deberes respectivos ó de la refinada malicia que ha llegado al estado de endurecer el corazón. Si en efecto prospera, lo será únicamente en bienes materiales; porque bien se corresponde que uno esté separado de Dios y que al propio tiempo sea floreciente su material estado. El Señor permite esto para atraerle mejor á su amor. Por lo demás, el Altísimo suele disponer las cosas de suerte que los fieles sufran en este mundo para su mayor mérito y mejor corona.

2. Ciertamente que el impío no goza á satisfacción; se ilusiona más bien que es feliz, ya que recorriendo todos los placeres de la vida no encuentra en ellos reposo duradero ni gozo íntimo; su felicidad está muy lejos; está en Dios, y mientras á Dios no vuelva su rostro en ademán suplicante y el Señor le reciba amoroso en sus brazos no puede gozar con el placer que el corazón exige. El soberbio es todavía más digno de compasión que el impío; por más que haga profesión de cristiano, tiene el grave defecto de confiar demasiado en sí mismo y de atribuir á sí propio las obras que sin el auxilio de Dios no podría llevar á cabo. «Sin mí nada podéis hacer (1)» ha dicho Jesucristo; y tanto por esta razón como por la anterior se deduce la necesidad imperiosa que el cristiano tiene de acudir al Divino Maestro, único apoyo y refugio suyo.

Con expresas palabras declara esta doctrina consoladora nuestro amoroso Señor, al decir: «Padre mío, los que me diste guardé y ninguno de ellos pereció...; (2)» y cuando la cohorte de los sacerdotes le prendieron en Gethsema-

(1) Joan XV. 5.

(2) Joan. XVII, 12.



1. «Tú eres, Señor, mi refugio en la tribulación que me ha rodeado;» exclamaba el salmista en uno de sus fervorosos arranques. Una experiencia, por cierto demasiado triste, nos impele á declarar que el hombre separado de Dios, á la manera que débil barquilla colocada en alta mar á merced de furiosas olas que levantan horribles huracanes, así vive continuamente zozobrando sin hallar reposo en parte alguna, expuesto á las terribles contradicciones y agonías del espíritu; pero lo más sorprendente, lo que no se explican muchos y que les ha hecho perder la Fe, es que la mayor parte de esos desgraciados seres, que están separados de su Criador, llevan al parecer una vida tranquila, una vida regalada y hasta feliz; los sucesos desagradables les favorecen, y en las circunstancias, aun las más fatales, prosperan; se les pregunta acerca de la paz del alma y responden friamente que no sienten remordimiento ni hastío alguno. ¿Cómo puede ser esto? preguntan los sencillos de corazón. Si lejos de Dios la paz sólida no existe ¿cómo pueden gozar de la paz? Si apartados del Altísimo no hay pros-

ni, añadió á sus enemigos: «Si me buscáis á mí, dejad ir en paz á mis discípulos»; (1) y añade el evangelista que este rasgo de misericordia lo practicó el Salvador para que se cumpliese la Escritura. Ved ahí cómo Jesucristo defiende y salva á los suyos; ved ahí cómo es refugio de los cristianos. Ahora bien, Cristo Nuestro Señor continúa en la Santa Eucaristía los propios oficios que desempeñara durante su mortal vida; *luego el Santísimo Sacramento es también nuestro refugio*. Trataré este punto único en el presente discurso.

3. Nadie puede poner en duda que Jesucristo en la Eucaristía, aunque humilde y oculto á nuestra vista corporal, aunque anonadado hasta el extremo de manifestarse impotente é inexistente á los ojos de la razón, es sin embargo el mismo Jesucristo del Tabor y del Calvario y de la Ascensión; es el mismo Dios del Sina y del Arca de la Alianza que posee á su voluntad las llaves de la omnipotencia, teniendo á todos los seres debajo de su imperio, incluso los propios espíritus infernales. Ni éstos con todas sus furias, con toda su voluntad depravada de dañar al hombre podrán hacer nada sin el beneplácito divino; ni las criaturas insensibles, ni una hoja de árbol, ni un cabello de la cabeza (2) podrán caer sin la voluntad del Señor. Si, pues, todo está sujeto al Hombre-Dios, y por otra parte, el Dios Hombre ha prometido librar á los que le invocan; (3) ¿con qué confianza filial no deberemos acudir á ese Trono de misericordias donde Jesús Sacramentado se ostenta tan magnífico como humilde? En el Sacrificio de la Misa Jesucristo se anonada, se sacrifica como se sacrificó y se anonadó en la Cruz, y por más que sea diverso en el modo de ofrecerse, no obstante conseguimos por medio del Sacrificio incruento idénticas mercedes que en el del Gólgota: he ahí por qué durante el tiempo que el Salvador se halla realmente presente en la santa Misa se nos derraman las gracias divinas á to-

(1) Joan., XVIII, 8.

(2) Luc. XXI, 18.

(3) Ps. XC, 15.

rrentes, obtenidas por aquéllos que fervorosamente y con buenas disposiciones las solicitan. Mas, como á todas horas no podemos obtener las riquezas del Sacrificio del Altar, por eso el Salvador dispuso conservar unos bienes semejantes en el Sagrario con objeto de que á todas horas pudiésemos solicitarlas y conseguirlas.

Á la manera que un sujeto culpable, que se ve perseguido de la autoridad, procura esconderse por los lugares en los que cree no será hallado, y si por ventura encuentra un bienhechor que le abre los brazos y le promete defenderle créese feliz, así el cristiano pecador, que se ve perseguido de tantos enemigos como diariamente le combaten, corre en busca de un seguro asilo, y, al hallarle en el Sagrario, se cree gozoso y tranquilo.

4. Desde el Sacramento Jesús nos habla al corazón con estos ó parecidos términos: Quedaos conmigo (1) y seréis salvos. No os dirijáis á otra parte, porque estáis seguros. No se turbe vuestro corazón ni haya miedo; (2) porque si sois pecador abominable, he ahí que os he abierto mi Corazón para que, después de purificado el vuestro, podáis entrar en Él; mas si sois fiel justo, si, perseguido de los enemigos, habéis venido á mis paternas brazos, os dejo mi paz y os la doy, no del modo que la ofrece el mundo (3), porque esa paz es lisonjera y engañosa, sino con verdad y nobleza. ¿Queremos todavía más amor que el que nos demuestra Jesucristo desde la Eucaristía? Ahora podremos dirigir con toda verdad al Sacramento aquellas frases del vate coronado: «El Señor es nuestro refugio y fortaleza, nuestro defensor en las tribulaciones que tanto nos acosan; por eso no temeremos aunque se extremezca la tierra y se trasladen los montes al medio del mar» (4).

5. Este autor de los cármes divinos, que al compás de las melodías de su arpa cantaba las excelencias del Altísimo, ha dicho en repetidos versos que el Dios de las virtu-

(1) Joan. XV, 9.

(2) Joan. XIV, 27.

(3) Id. id.

(4) Ps. XLV, 2 y 3.

des está con nosotros y que este Dios Hombre es nuestro defensor (1), nuestro firmamento (2), nuestro refugio (3), nuestro asilo (4) y nuestro ayudador (5). Desde el Sacramento se nos manifiesta como segura casa de refugio, (6) á donde convenir debemos en nuestras tribulaciones; y el que defendió á Daniel de la voracidad de los leones (7), y á Susana de la violencia de los viejos inhonestos (8), y á los tres niños de las llamas del horno babilónico (9), y á la adúltera de las piedras de los acusadores (10), y á la Magdalena de las murmuraciones del fariseo Simón (11), y á los apóstoles de las furias de los judíos (12), ¿no nos defenderá á nosotros desde la Santa Eucaristía si somos al propio tiempo justos como Daniel, castos como Susana, santos como los tres niños, penitentes como la adúltera, caritativos como la Magdalena y fervorosos como los apóstoles? El Altísimo siempre fué casa de seguro asilo para los que, verdaderamente contritos, se refugiaron en ella; que lo diga el pueblo judaico á quien tantos favores concedió el Omnipotente; y esa bella Arca de la antigua alianza, emblema de la Santa Eucaristía, ¿no era el medio poderoso de que se valía el Eterno para defender y amparar á sus servidores? Si así es, á nadie extrañar debe que el mismo Dios que se apellida hoy, no de los ejércitos, sino de la mansedumbre, no de las venganzas, sino de los amores, sea el que desde el Arca del Nuevo Testamento se ostente nuestro defensor y nuestro asilo.

6. Su fervorosa oración al Padre fué una clara y ostensible declaración de esto mismo; y hoy, mejor que en el cená-

- (1) Ps. XC, 2.
- (2) Id. XVII, 3.
- (3) Id. XXXI, 7.
- (4) Id. XXX, 3.
- (5) Id. IX, 10.
- (6) Id. XXX, 3.
- (7) Dan. VI, 27.
- (8) XIII.
- (9) Dan. III, 93.
- (10) Joan. VIII.
- (11) Math. XXVI, 10.
- (12) Act. Apost.

culo jerosolimitano, después que hubo lavado los pies á sus discípulos, desde el cenáculo eucarístico prodiga sin cesar esta misma oración por los suyos: «Padre santo, le dice, guarda por tu nombre á aquéllos que me diste para que sean una cosa (en caridad) como lo somos nosotros (por naturaleza). Mientras yo estaba con ellos los guardaba en tu nombre y no pereció ninguno de ellos... Te ruego que los guardes del mal... Santificalos con tu verdad... Mas no ruego tan solamente por ellos, sino también por los que han de creer en mí por su palabra... Quiero que aquéllos que tú me diste estén conmigo en donde yo estoy á fin de que vean mi gloria que tú me diste» (1). Aquí es en donde se descubre en toda su realidad y en toda su belleza el grande Corazón de Jesucristo, su piedad, su misericordia y su amor. Sus palabras suplicatorias fueron manifestación solemne de que Él es seguro asilo de los que en su Palabra creen, y estas mismas frases se dejan oír dulcemente desde el Altar eucarístico con su lógica práctica; pues el Salvador, mientras está con nosotros (2), nos guarda del mal: es nuestro defensor.

7. Precisamente, si en todas partes Jesucristo oye benigno nuestras súplicas; si en todos lugares puede ser, y de hecho es nuestro inviolable asilo, porque en todos los lugares está por su divinidad y puede despachar nuestros ruegos, también es evidente que desde el Sacramento Santísimo oye de mejor gana las peticiones cristianas, y desde ese mismo Sacramento las despacha más favorablemente. Quien oyó á Abraham en las tiendas (3), y á Moisés en el desierto (4), y á Josué en el campo de batalla (5); quien escuchó á David en su lecho (6), y á Salomón y Ana en el templo (7), y á los apóstoles en el cenáculo (8); quien despachó las fer-

- (1) Joan. XVII.
- (2) Joan. XVII, 12.
- (3) Genes. XVI.
- (4) Exod. III.
- (5) Josué. X, 12.
- (6) II Reg. XXIV.
- (7) II Paralip. VII, y I Reg. I.
- (8) Act. Apost. II.

vorosas súplicas de S. Esteban dirigidas en la plaza (1), y las de S. Pablo en el camino (2), y las del Centurión en su casa (3), y las de los mártires en el lugar de sus tormentos (4): ¿no oirá y despachará los ruegos que se le dirijan desde su templo escogido, desde el Sagrario, que Él ha adoptado por perenne morada? Digo más todavía: hay mercedes que únicamente las quiere conceder el Señor por medio de su Sacramento. Con efecto: aparte los inefables favores que nos dispensa peculiarmente con la recepción de su Santísimo Cuerpo y Sangre, y que por otro medio no nos sería dable obtener; y aparte asimismo las que nos otorga mediante el Sacrificio de la Misa, es preciso tener en cuenta que Jesucristo ha cifrado todo su amor y ha derramado todas sus riquezas en la Sagrada Eucaristía; que sus delicias íntimas consisten en habitar con nosotros, y que efecto de este mismo dogma de fe, ha prometido estar en nuestra compañía hasta el fin de los tiempos. Ahora bien: Jesucristo, por estos tres capitales motivos, algo más ha intentado manifestarnos, algo más ha querido darnos que por los demás medios de salvación; porque, si en la Eucaristía únicamente ha puesto como en inmenso arsenal todo su amor, es porque desea distribuirlo á manos llenas, lo que no ha verificado desde otros lugares; si, mediante la Eucaristía únicamente, tiene con los cristianos sus puros deleites, es porque efectivamente se goza con ellos, lo cual no efectúa por otro medio. Mas, para gozarse es indispensable un amor recíproco entre el amante y el amado; y para que este amor exista en su grado conveniente, es necesario que Dios, por medio de la Eucaristía, conceda este amor á la criatura que no lo tiene; y he ahí por qué Jesucristo, desde el Sacramento Santísimo, dispensa las gracias á manos llenas, mejor y con más abundancia que en otro lugar.

8. Que estas consoladoras ideas estén conformes del todo con el sentir de la Iglesia, lo demuestra la segura doc-

- (1) Act. Apost., VII.
- (2) Id., IX.
- (3) Luc. VII.
- (4) Act. Marty.

trina de los santos. S. Agustín, hablando de las mercedes que Jesucristo dispensa desde el Sacramento augusto, enseña que el Salvador tiene más deseos de comunicarnos sus gracias que nosotros de recibirlas. S. Alfonso de Ligorio (1) afirma que Jesucristo está siempre dispuesto á concedernos sus beneficios, y trae para el efecto la autoridad del discípulo amado, el cual asegura que el amor que nos profesa el Señor en la Hostia inmaculada es un amor sin tasa, sin términos, es un amor infinito (2). Y ¿cómo no ha de verter sobre nuestro corazón necesitado el torrente de sus gracias, si ha prometido por Isaías que seríamos llevados á sus dulces pechos y que allí nos regalaría como una madre regala á su pequeñuelo (3)? Es así porque un santo varón contempló á Jesús Sacramentado con los pechos enchidos de fresca y riquísima leche, y que se adelantaba hacia el altar para derramarla sobre quienes la solicitaban. Es así porque otro V. Padre vió al Salvador en la Santa Eucaristía con las manos llenas de beneficios y que buscaba anhelante á quienes otorgarlos.

9. La triple actitud eucarística de Jesucristo prueba hasta la saciedad que en el Sacramento es nuestro seguro refugio. ¿Qué es y significa la acción misma de quedarse en los altares día y noche, entre agradecidos é ingratos, sino que realmente quiere oír nuestras oraciones, despachar nuestras súplicas y acogernos tiernamente bajo su poderoso amparo, mejor todavía que la solícita gallina acoge debajo de las alas á sus polluelos?

¿Qué es y significa la acción adorable de inmolarse inercuentamente, millares de veces al día, dando gracias á su Padre por los beneficios que nosotros hemos recibido, implorando perdón por nuestros pecados, dándole el honor que le debemos y satisfaciendo por nuestras culpas? ¿Acaso no ejecuta todo esto porque es infinitamente misericor-

- (1) Visitas al Santísimo.
- (2) Joan. XIII, 1.
- (3) Isai. LXXVI, 12.

dioso, y porque desea que á su fresca sombra estemos tranquilos y descansemos seguros?

¿Qué es y significa la acción bellísima de entrar en nuestras almas y de comunicarnos sus divinos carismas, mediante la inefable Unión eucarística, sino que intenta además colocar su castillo de defensa dentro de nuestro corazón, no para que nosotros nos quedemos á la parte exterior, sino para que entremos dentro y pueda de este modo defendernos y nosotros ser defendidos?

¡Ah! es que en Jesucristo Sacramentado lo tenemos todo; es nuestro apoyo, baluarte, asilo y refugio. Él nos tiene en su posesión y jamás nos dejará salir de su castillo sagrado si no rompemos violentamente las puertas de su amor para introducirnos de nuevo en las vanidades del siglo. Con Él todo lo podemos, porque todo lo puede aquél que es confortado por Jesucristo (1).

10. Si tuviéramos bien arraigadas las virtudes teológicas, no habríamos miedo á las tentaciones, á las enfermedades y á los trabajos; porque el que todo lo puede está con nosotros. Si Jesús nos conforta, ¿por qué desmayamos en las empresas por el bien de la Religión y de la sociedad? Si nos ayuda, ¿por qué tememos á los enemigos de la Fe y del orden, pues sabemos que jamás el infierno prevalecerá contra la Iglesia? Si nos ampara, ¿por qué nos afligimos ante el sinnúmero de calamidades que nos cercan y de las cuales seremos quizá culpables? Tengamos fe y acudamos á Jesús; esperemos en Él y Jesús nos concederá lo prometido; amémosle y no nos separemos de su lado. Ahora más que nunca deberemos abandonar los banquetes, los teatros, las tertulias, las diversiones que no ofrecen sino sinsabores y remordimientos amargos; porque ahora más que nunca el mundo se ha dado á ellas, y á nosotros nos conviene dar ejemplo de adhesión á Jesucristo, y de total desprecio de las profanidades seculares. Ahora más que nunca deberemos estar al lado de Jesucristo y de su Iglesia para de-

(1) Ad. Philip. IV, 13.

fendernos; porque ahora más que nunca sus enemigos se han concertado para darles terrible combate y los más de los fieles permanecen indiferentes ante el destrozo causado en la grey santa por el adversario. Sí; oremos á Jesucristo por el bien universal, y particularmente oremos con fervor por nuestra Causa que es la Causa de la Religión: armados con las virtudes y con un prudente celo desafiemos, si menester fuere, las salvajes hordas; y en el momento de la cruel batalla, batámonos sin miedo con Jesucristo, ya que no debemos olvidar que Él será siempre nuestra defensa y nuestro Refugio.

EJEMPLO

El franciscano Fr. Juan de Candía tenía tanta confianza en el Santísimo Sacramento que en todas sus tribulaciones acudía á Él como á seguro lugar de refugio. En cierta ocasión fué tentado horriblemente del demonio, quien, para ver si podía violentarle, se le apareció en el templo en figura de caballo furioso que, levantando las piernas delanteras, intentaba despedazarle. El siervo de Dios, empero, con mucho pavor y espanto comenzó á huir hacia el altar del Sacramento y, arrimándose á él todo lo posible, solicitaba fervorosamente la ayuda del Señor. Entonces se oyó una voz clarísima que, partiendo del sagrario, decía: No temas, Fr. Juan, que yo soy contigo, mas toma ese caballo y derribalo en tierra con mi virtud.—¡Prodigio singular! El santo cogió al tentador y lo derribó en el suelo, á pesar de los esfuerzos titánicos que éste hacía por desprenderse de las manos de aquél. Al propio tiempo, se oyó la misma voz que añadía:—Fr. Juan, mándale que de aquí en adelante no te sea molesto, ni á alguno que con devoción y entera confianza recurriere al amparo del Santísimo Sacramento del altar como tú lo has practicado.—Con efecto: muchos devotos cristianos, que se sirvieron de la Santa Eucaristía para alejar de sí trabajos semejantes, experimentaron idéntico favor, habiendo rezado antes tres veces el Padre nuestro.



ca ley en el hombre, y no ignoraba las consecuencias felicísimas que de ella podrían conseguirse si llegaba á ordenarla, determinó, en su misericordia sin límites, concederla un modelo perfectísimo, de tal manera que viera en él un modo práctico de llevar á la ejecución los mandatos divinos. El espíritu y la materia del hombre se equilibrarían aquí, cuando cada uno de ellos propendiese á su centro; el hombre vería con los ojos del alma y con los del cuerpo, y esa doble vista daría mucha más fuerza á las operaciones humanas en orden al último fin.

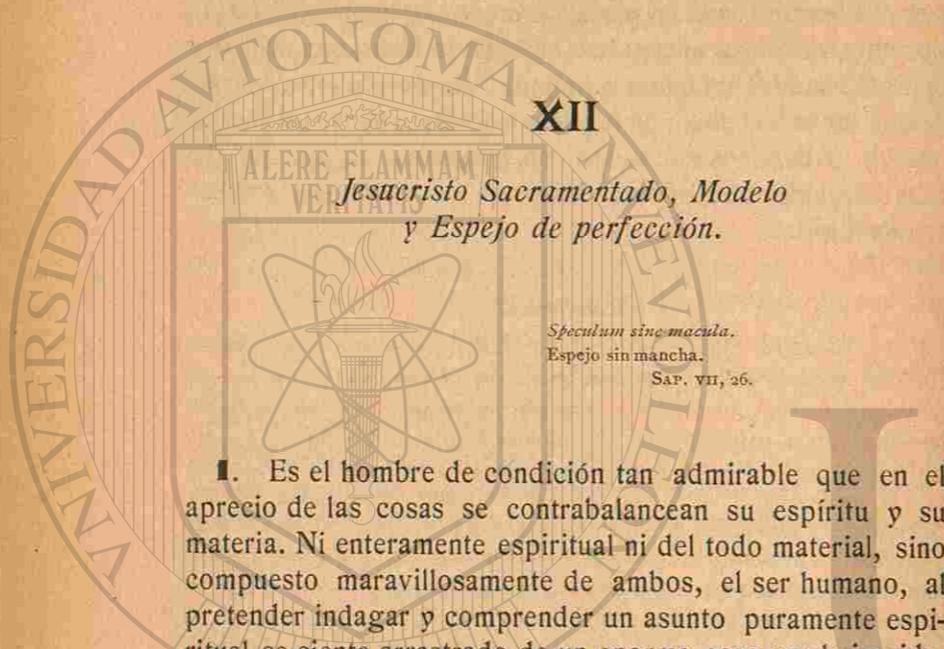
Mas ¿cuál es este modelo perfectísimo sino Jesucristo Sacramentado, patente á nuestros ojos en el Sagrario, á quien el Padre constituyó asimismo brillante espejo de perfección cristiana, y en el que podemos ver nuestras interioridades y los defectos así como las virtudes de nuestra alma? Jesucristo, sí, con todos los caracteres, con toda la belleza, con toda la eficacia de un amor visible, es el que se nos presenta en el Sacramento *como perfecto modelo y espejo sin mancha de virtudes cristianas*; por cuya razón necesario será que estudiemos á Jesucristo bajo este doble título eucarístico.

§. I.

3. Es doctrina del Apóstol que el eterno Padre constituyó á su divino Hijo por primogénito de toda criatura (1). Jesucristo es, por consiguiente, antes de todas las cosas existentes y posibles; y así como Él es el bello tipo, la ejemplar norma y el modelo único de la resurrección de los mortales, porque es el primogénito de los muertos (2), y á su imitación han de resucitar los suyos, así también es el exclusivo modelo de la vida que deben practicar los hombres, porque asimismo es primogénito de toda criatura viviente. Por manera que el Salvador tiene por derecho propio el primado de todos los seres, ya que todos estos fueron creados por Él, en atención á Él, y subsisten por Él y en Él mismo.

(1) Colos. I, 15.

(2) Id. id. 18.



XII

Jesucristo Sacramentado, Modelo
y Espejo de perfección.

Speculum sine macula.

Espejo sin mancha.

SAP. VII, 26.

1. Es el hombre de condición tan admirable que en el aprecio de las cosas se contrabalancean su espíritu y su materia. Ni enteramente espiritual ni del todo material, sino compuesto maravillosamente de ambos, el ser humano, al pretender indagar y comprender un asunto puramente espiritual, se siente arrastrado de un enorme peso que le impide, relativamente á sus conocimientos particulares, elevarse á formar consideraciones sutiles y perfectísimas sobre el propio asunto; por el contrario, cuando trata de cosas puramente materiales en las cuales el ser irracional no ve más que la superficie de las cosas, el espíritu, elevándose á su alta esfera, descubre razones más ó menos graves, también relativamente á su ilustración, que terminan por declarararle cuál es aquel objeto y cuáles también las relaciones existentes entre él y la entidad personal, entre él y los demás objetos. ¡Hermoso equilibrio del compuesto humano, merced al cual, ha sido colocado el hombre á un nivel más bajo que el del ángel, pero mucho más alto que el del bruto!

2. Previa estas ideas, Jesucristo, sapientísimo conocedor de la naturaleza humana, que consideraba esta armóni-

En consecuencia, Jesucristo es la norma particular de los que anhelan seguir sus doctrinas, los cuales en tanto se salvarán, en tanto conseguirán el cielo en cuanto conformaren su vida con la vida del Hombre Dios, en cuanto ajustaren sus acciones á las prácticas de Jesucristo; y no hay que forjarse ilusiones, porque el que en el término de su carrera no se hubiere perfectamente vaciado en el divino molde, su perdición eterna es segurísima.

4. Éste fué el deseo del Padre al mandar su Hijo al mundo; debía, no sólo redimirle, sino también ser su modelo perfectísimo; y ved ahí por qué diga S. Bernardo que si Cristo se humilló, tomando forma de siervo, fué para dar sublime ejemplo á la soberbia humana y que ésta tuviese en adelante á Jesucristo como norma acabada de la cual pudiese copiar las virtudes de que carecía. El texto de la Ley Evangélica es de sí bastante luminoso para acreditar que el Salvador cumplió al pie de la letra el precepto de su eterno Padre; sus palabras, su oración, sus prácticas, sus tormentos no fueron otra cosa que hermosísimos ejemplos para el hombre. Pero ved ahí que este hombre carnal exige todavía más, porque aun cuando le basten todos aquellos testimonios, empero quiere tocar por sí mismo el Modelo divino, y de ahí que Dios, condescendiendo con las miras del hombre, pensó en darle el Sacramento inefable de los altares, donde, subsistiendo el Dios Hombre realmente, se manifiesta ante los ojos cristianos como singular modelo de perfección, y al propio tiempo como espejo visible en el que todo cristiano puede en cualquier tiempo mirarse y recoger en sí mismo los bellos fulgores del Salvador.

Jesucristo, ciertamente, desde el trono eucarístico y tras los niveos cendales de las Especies consagradas, se ostenta á los ojos de la fe con todas las virtudes que practicara durante su mortal vida, y con varias de las hermosas perfecciones que le distinguen, donde la profunda humildad, el sepulcral silencio, la invicta paciencia, la infinita misericordia, el tierno amor y hasta la severa justicia y la divinidad sublime, brillan con aquellos gratos esplendores

que si le hubiéramos visto conferenciar con las muchedumbres, donde todo lo que allí notamos se manifiesta extraordinario, todo lo que allí percibimos se declara elocuente, todo lo que allí admiramos está revestido de encanto y de gloria.

Ha dicho S. Agustín, que el hombre animal no percibe las cosas que son de Dios; y con efecto: el materialista, el racionalista y, en general, el impío, demasiado amadores de su propio juicio y despreciadores en extremo de la razón divina, no pueden por menos que ignorar las cosas del cielo, los secretos del Altísimo; no pueden por menos de vivir en este mundo desapercibidos de los carismas sobrenaturales, porque hacen insensata é irracional profesión de no creer á Jesucristo, que habla por boca de su predilecta Esposa la Iglesia. Estos hombres, que no merecen el calificativo de racionales, puesto que se niegan á elevar sus ojos hacia lo alto, tienen por precisión que clavarlos habitualmente en el suelo á la manera que los irracionales, y aspirar y gozarse como éstos en los objetos groseros del siglo. No creen más que en lo que ven los ojos materiales; de ahí que en sus obras pretendan asemejarse únicamente á la materia. Su aspiración es gozar; su ideal es el placer; sus goces la sensualidad; su vida la materia. Como no han mirado al cielo han debido copiar del suelo, que se les ha presentado como espejo de las cosas terrenas; pero, ¡ah! si hubieran pensado una vez siquiera que en el hombre existe un espíritu que le informa y se hubieran dejado llevar de sus naturales elevaciones sin torcerlas hacia ningún lado, hubieran creído en el cielo y en Jesucristo y en su gracia y en sus sacramentos, canales limpios por donde esta gracia se comunica. El hombre cristiano, por el contrario, siguiendo los impulsos del espíritu, ha clavado sus ojos en el cielo de donde ha bajado el Salvador para ser nuestro consuelo en la Divina Eucaristía, y sus ojos siguen el curso que lleva el Salvador eucarístico, quien, mostrándose francamente á nuestro entendimiento, iluminado por la resplandeciente antorcha de la fe, le vemos como es y nos vemos nosotros en Él, según

nos ha trazado el dogma de la Iglesia santa. Jesucristo Sacramentado en esta ocasión se transforma en espejo purísimo del alma, y nosotros podríamos con propiedad repetir las palabras del Apóstol: «Ahora le vemos por medio de espejo y como en enigma, mas después, en la eternidad, le veremos cara á cara (1)».

El Señor, además, nos invita amorosamente para que nos miremos en Él, á fin de que copiemos sus bellas virtudes, y quede cumplido de esta manera el deseo del Eterno al querer que su Hijo Jesucristo fuese el primogénito de toda criatura.

§. II.

5. Á la manera que el diestro artífice que, volando en pos de los mundanos honores, descubre una imagen peregrina y procura reproducirla, valiéndose de la misma para la copia, creyéndose feliz cuando ha podido modelarla con exactitud y limpieza, de la propia manera el hombre racional, el hombre cristiano, que ha visto á Jesucristo en sus perfectas obras y desea conseguir el aplauso del cielo y de las gentes sensatas, debe anhelar por reproducir en sí mismo la hermosa Imagen, la Personalidad divina de Jesucristo, valiéndose para el efecto del Misterio eucarístico donde Jesucristo aparece con toda su gloria á los ojos del alma. Él mismo, colocándose ante nosotros nos dirige estas amorosas frases: «Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón»; vedme como purísimo espejo, como perfecto modelo de la virtud y del bien.

Ciertamente, Jesucristo en la Santa Eucaristía puede ser considerado como un espejo plano y limpiísimo, *espejo sin mancha*, que refleja su divina luz, sus bellas virtudes y sus hermosas perfecciones á los que en Él se miran; por manera que en la santa Hostia tienen lugar los propios efectos que en un espejo material plano.

6. Supongamos por un momento que un individuo se

(1) I Cor. XIII, 12.

coloca delante de un espejo plano; inmediatamente la superficie pulimentada refleja con regularidad su luz, y al propio tiempo queda en ella reproducida la imagen del mencionado individuo; éste ve como por encanto reproducida su propia imagen con la misma altura, color, vestido y distancia.

He ahí lo que se verifica en el Santísimo Sacramento, cuando el alma se coloca con devoción delante del Misterio eucarístico. Jesucristo refleja inmediatamente su luz y sus perfecciones; y la imagen del alma vese reproducida con todos sus minuciosos detalles, esto es, con todas sus faltas y deformidades, con todas sus buenas obras y méritos. Jesús en este Sacramento envía sus encendidos rayos al alma, y ésta comprende cuán poderoso es Dios, y conoce cuánto amor la profesa, y se persuade de que intenta transformarla en semejante á Él. El alma, á su vez, se ve reproducida en Jesucristo, descubre los pliegues de su corazón, y así como en los espejos ópticos y los objetos colocados delante de los mismos existen necesariamente leyes de relación, de la propia manera, entre Jesús Sacramentado y el alma devota tienen lugar esos grandiosos efectos de relación santa por los que Jesucristo emite luz del cielo y el alma se ve y se observa al través de esos purísimos rayos que la bañan suavemente, la abrasan íntimamente y perfectamente la purifican.

7. No por mera curiosidad, sino por utilidad y necesidad propias, debe el cristiano subir las gradas del altar santo para mirarse en el Espejo eucarístico á fin de poder copiar y resolverse á traducir en la práctica las hermosas perfecciones del Dios Sacramentado. ¡Ah! si los hombres todos nos mirásemos humildemente en este celestial Espejo, ¿cuántos no serían los ventajosos resultados que en todos los órdenes de la vida obtendríamos para asegurar la salvación de nuestras almas? Generalmente el ser humano, cuando no se mira en Jesucristo, ha de mirarse necesariamente en la profana criatura; cuando no fija su vista en el cielo, la ha de fijar en la tierra; cuando en su inteligencia, cuando en su corazón no cruzan los rayos del Corazón y de la Inteligen-

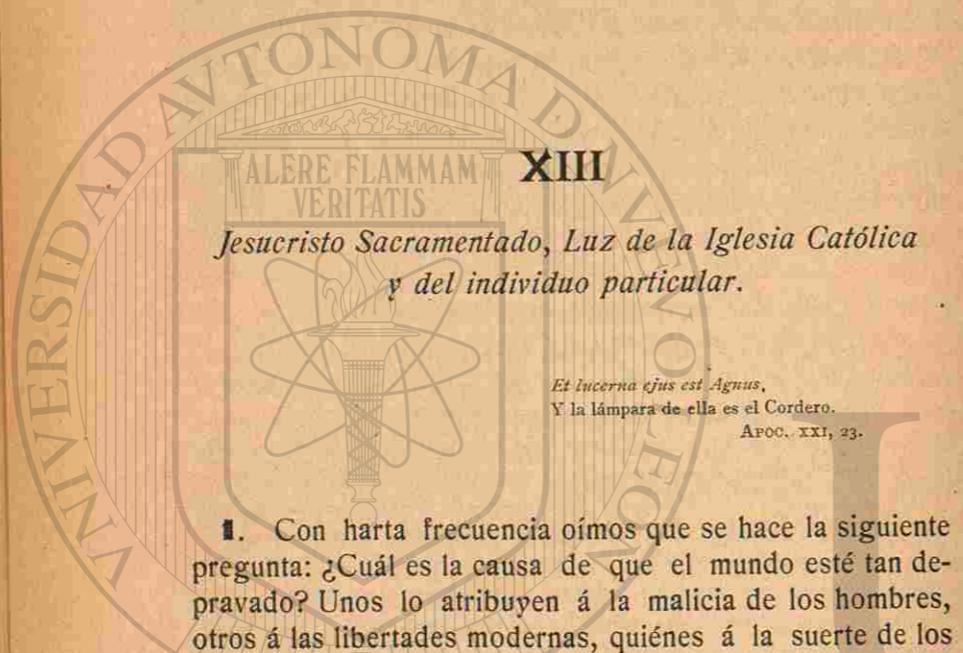
cia divinos, han de cruzar por precisión los rayos de las bajas pasiones que en lugar de purificar y abrillantar el alma la enturbian, la corrompen y le arrancan los bellos colores de la virtud cristiana. El católico, en este caso, hace el ridículo papel de los paganos, quienes, puestos de mojonos ante las áureas esculturas de sus inmundos dioses, se esmeraban por grabar en sus prostituidos cuerpos las sucias acciones que representaban y en sus degradados espíritus el rebajamiento de la dignidad humana. ¡Cuán cierto es que cuando el hombre no copia la virtud divina ha de copiar indispensablemente el vicio insensato! Se están largos ratos en el tocador, ante un plano espejo para admirar y regalar-se en la propia belleza ó para arrancar una manchilla que al fin podrá afean poco ó mucho el cuerpo; pero no se invierte ni siquiera un momento ante el bello tocador del Sagrario, oficina de espiritual hermosura, para admirar la Suma Belleza de Jesucristo, para regalar-se con Ella y también para arrancar las feas manchas de las culpas y de las imperfecciones personales que deforman el alma y la transforman en horrible monstruo! ¡A qué estado hemos llegado!

8. Empero los que saben aprovecharse de los carismas divinos y se han acercado al Tabernáculo eucarístico para mirarse en el sublime Espejo, ¡qué impulsos tan fuertes no reciben! ¡qué toques tan celestiales! ¡qué alegría tan íntima y embriagadora! Los que fueron santos se extasiaban ante el divino Sacramento y de Él copiaban sus virtudes. Procuraban ajustar exactamente su proceder al proceder del Salvador, y entonces la felicidad de los mismos no era para descripta sino para meditada. Respiraban la misma vida; se estimulaban á las propias obras; aspiraban á idénticos fines. Jesucristo y sus siervos se atraían, se unían, se identificaban, se fundían en un mismo ser traducido en pensamientos, palabras y acciones. ¿Podían ser más dichosos que ser unos con Jesús? El mundo no entiende este lenguaje, pero ¡qué importa! No ha de ser el mundo el descanso y la recompensa del cristiano, sino el Verbo del Padre, que se nos dará en el cielo con toda la plenitud de su gloria.

9. Vayamos, por consiguiente, sin desconfianza al Tabernáculo; demos gracias á Jesús por sus beneficios múltiples; copiemos las virtudes que nos faltan y extirpemos de nuestra alma las imperfecciones que la deforman. Acostumbremos á morar junto al Sagrario, como lo efectuaba el V. P. Antonio Margil, quien, siendo todavía niño, pasaba horas enteras de rodillas ante el Dios de los altares, privándose del recreo y algunas veces hasta de la refección. Al menos, frecuentemos los templos para visitar á Jesús, prisionero secular, y obtener sus gracias y sus eternos premios.

EJEMPLO

El siervo de Dios Casimiro Barello, peregrino piamontés y terciario franciscano, pasaba los días enteros, en que eran solemnizadas las Cuarenta Horas, de rodillas y arrobado en dulce éxtasis ante la presencia de la Divina Eucaristía. Preguntado por algunos curiosos cuál era la causa de permanecer tanto tiempo en actitud semejante, respondió: «Dios me revela su bondad en este Sacramento de amor y yo estaría sumergido en esta amorosa contemplación por toda la eternidad;» y preguntado de nuevo cómo estaba tantas horas sin fastidiarse, ¿le veís acaso? añadían. «No; le veo sólo en la mente y nada más, ni tampoco quiero otra cosa. Si le viere como los bienaventurados, estaría en su presencia confuso, avergonzado, sin atreverme á proferir palabra, pues siendo un pobre pecador estoy muy lejos de la perfección de los bienaventurados; pero como le veo oculto, humillado y que se deja llevar á todas partes le hablo de tú; nada me embaraza tratar con un Señor tan amante de sus hijos.»



XIII

*Jesucristo Sacramentado, Luz de la Iglesia Católica
y del individuo particular.*

*Et lucerna ejus est Agnus,
Y la lámpara de ella es el Cordero.
APOC. XXI, 23.*

1. Con harta frecuencia oímos que se hace la siguiente pregunta: ¿Cuál es la causa de que el mundo esté tan depravado? Unos lo atribuyen á la malicia de los hombres, otros á las libertades modernas, quiénes á la suerte de los presentes tiempos, quiénes á la falta de justicia y energía en las autoridades; pero lo cierto es que todos estos motivos no son la causa primordial, serán causas secundarias de donde procederán otra serie de infinitos males, serán como retoños de envejecido árbol, afluentes del río madre, mas de ninguna manera el árbol que produce tantas perniciosas ramas y tantos frutos detestables, ni el río que arrastra cenagosas aguas. La verdadera y principal causa, aunque no absolutamente única de la maldad del género humano, es la ignorancia, la carencia de conocimientos en los deberes respectivos de cada uno; y la ignorancia engendra el desprecio de las cosas que se ignoran; y el desprecio acarrea el atropello de la razón, de la verdad, de la justicia y de la ley. ¿Véis á un ignorante? Pues ese desgraciado no piensa más que en lo que ven sus ojos materiales; ni ama otras cosas á excep-

ción de lo que palpan sus manos, porque las ignora, porque para él no existen; desestima toda ilustración, y por consiguiente á sus profesores; sus alcances intelectuales, que no pasan del estado de embrión, los constituye por norte de sus operaciones; le veréis que no solamente desprecia sino que aborrece á los hombres de ciencia y hasta se ensaña contra ellos con el deseo, y con la obra si pudiera. Hay que advertir, empero, que la ignorancia es como un soldado desnudo, despojado de todo formidable arreo; y así como éste, cubierto con el uniforme y provisto de fuertes armas, es un individuo temible, de la propia manera, la ignorancia ayudada de la malicia, innata al corazón humano, produce seres enteramente monstruosos, de suerte que podíamos llamar á la malicia concausa de la ignorancia.

2. Solamente hay un medio de evitar tamaños males: oponer á la ignorancia su contrario, el conocimiento verdadero; y para esto se necesita luz clara. Mas ¿cómo es que en un siglo de tanta ilustración, como el presente, siglo en que se leen interminables periódicos, en que se forman grandes sociedades y erigen ateneos científicos, y en que el comercio ha progresado de una manera espantosa, estamos más atrasados, hay más ignorancia del propio deber en las clases sociales? La respuesta es muy fácil; es que no se enseña la verdad: de ahí esa infinidad de castillos aéreos que se forjan las inteligencias ignorantes, y la depravación universal.

3. No obstante, la luz que emite la Religión Católica es la que puede remediar desdicha tanta, ya que no es más que la irradiación total de la Luz eterna y única, que es Dios. En efecto, este Hombre Dios únicamente puede con su divina luz hacer á los pueblos felices; y esta eterna luz nos la ostenta continuamente en el Sacramento del Altar. ®

¿Os habéis fijado en el sol, cuando, colocado en medio del horizonte, extiende inquieto sus rayos de oro sobre la superficie de la tierra, enviándola al propio tiempo calor potente para que lleve una existencia vigorosa? ¿No habéis observado cómo con él se herosea todo y sin él parece que de la creación se ha escapado la vida y la alegría? Pues bien:

Jesús en el Sacramento del Altar es el Sol divino que, puesto en medio del limpio firmamento de la Iglesia, emite sin cesar los claros rayos de su inextinguible luz, á fin de que esta Iglesia camine sin tropiezo por entre las tinieblas del mundo, y conserve la eterna vida de que la dotara su Autor en un principio. Todo en la Iglesia es hermoso con la Eucaristía: los templos, los sacerdotes, los pueblos cristianos, las leyes canónicas, y hasta los reinos sujetos á la fe de Cristo conservan un carácter indeleble del que carecen los infieles; sin la Eucaristía, la Iglesia carecería de la causa que le otorga la vida íntima y el gozo santo, y poco ó nada en ella sería dignamente respetado y venerado.

Jesucristo en la Divina Eucaristía es nuestra luz; mas para desarrollar debidamente este vasto asunto, lo dividiré en dos partes: 1.^a Jesús Sacramentado es Luz de la Iglesia Católica. 2.^a Es también Luz de las almas cristianas.

§. I.

1. Arrobado en dulce éxtasis, columbró S. Juan la ciudad santa de Jerusalén ricamente engalanada; y entre tantas preciosidades pudo notar que sólo un poderoso agente hermosa seaba todo lo demás: era la luz identificada en el Cordero immaculado, que, como luciente antorcha, iluminaba con vivos resplandores la mansión beatífica. Mas esta santa ciudad, en sentir de los sagrados intérpretes, no sólo es el cielo, que eternamente poseerán los justos, sino también la Iglesia de Dios, que subsistirá en los siglos del tiempo. He ahí por qué el Cordero Divino Sacramentado es la antorcha refulgente de la Iglesia, según afirman los exégetas al comentar el texto del propio capítulo: «He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres».

Tiene, por lo tanto, la Esposa del Cordero-luz propia, no necesitando que la ilumine del exterior, porque Cristo Sacramentado á quien posee brilla con esplendor divino y la comunica su luz. No necesitó que los pueblos antiguos, ni que las naciones cultas presentes, ni aun las generaciones venideras le tracen nuevos caminos; porque la antorcha de

que la Iglesia se sirve es eterna; ni podrán los legisladores del mundo moderno rebatir sus disposiciones por no estar conformes con las suyas, ya que precisa que éstos se equivoquen antes que la Iglesia. Su luz es infinita: abarca todos los lugares, y allí donde hieren sus fuertes rayos, deja sentir en seguida su influencia.

5. Podemos semejar la Iglesia á un esbelto faro que, mostrando en su parte superior á Cristo Sacramentado, irradia sus bellos fulgores por entre sus espaciosas claraboyas, que son los predicadores evangélicos, iluminando de este modo las inteligencias y los pueblos y las naciones y todo el mundo; y si alguna vez los hombres que pueblan estas moradas son sorprendidos de las espesas tinieblas, pueden levantar la vista hacia ese faro divino, y la pobre barquichuela del alma se dirigirá segura hacia el potente rayo que parte del Sacramento Santísimo.

Los paganos antes del Cristianismo estaban sentados en la sombra de la muerte, vivían entre nieblas densísimas; y para ellos, en frase de S. Mateo (1), apareció una intensa luz, *lucem magnam*; mas, ¿cuál es esta luz inmensa que iluminó las inteligencias de tantos gentiles, sino Jesucristo que ha irradiado sus esplendores sacramentales, sirviéndose de la Iglesia Católica?

6. Luz hermosísima que fué vaticinada elocuentemente por el príncipe de los profetas mayores. Nosotros no podemos menos de insertar sus mismas palabras: (2) «¡Oh Jerusalén! dice, ya no tendrás más sol que te alumbre de día, ni más luna que resplandezca de noche, porque el Señor te será luz perpetua;» y hablando como si se gozase con la vista de esa luz admirable, exclama lleno de júbilo: «Levántate, Jerusalén, recibe la luz, porque ha venido tu lumbre... y todos los pueblos andarán á tu alrededor para verse con ella». Ved aquí, pues, al Sacramento de la Eucaristía iluminando á todas las gentes que pretenden ver los resplandores de la verdad. En otra ocasión, el mencionado Isaías convidaba

(1) Math., IV, 16.

(2) Isaf. IX, erit tibi Dominus in lucem sempiternam.

á los israelitas para que caminasen con los fulgores de esa luz eterna; pero como el pueblo de Israel prefiguraba la Iglesia Católica, por eso propiamente el profeta convida á la Iglesia santa, apostrofándola de esta manera: «¡Casa (1) de Jacob! venid y caminemos en la lumbre del Señor». ¡Pueblo cristiano! anda por esos senderos esclarecidos con la luz del Sacramento Santísimo, y no temas, porque llegarás sin tropiezo al término de las aspiraciones de tu alma.

7. En comprobación de las precedentes ideas se ostenta la historia; ésta nos enseña elocuentemente que cuando los pueblos se han guiado por la inextinguible luz que parte de la Eucaristía, han sido felices; los enemigos no pudieron hacerles caer en la celada; pero cuando por el contrario se apartaron de esa luz bellísima, cuando prefirieron caminar por las tinieblas que otros les mostraron, entonces realmente no salieron de ellas, se sumergieron más en sus insondables abismos donde no encontraron otra cosa que horrible pavor y tormentos sin medida.

Fijaos en los pueblos antiguos que abrazaron por vez primera el Catolicismo y en los que no quisieron oír sus enseñanzas. Los primeros hallaron con el Catolicismo la vida, la ilustración, el progreso bien entendido: los segundos una vida triste, símbolo de la muerte, la rutina, la barbarie; aquéllos se perfeccionaron: éstos se confundieron; aquéllos pudieron ser maestros de otros pueblos: éstos por desgracia no se bastan ni á sí propios; y cuando los pueblos cultos, que fueron iluminados por la Iglesia, se rebelaron contra su Madre por querer seguir máximas que halagaban sus pasiones, aunque perniciosas en extremo, ¡qué confusión, qué embrollos, qué injusticias, qué barbarie, qué retroceso tan marcado no vemos han experimentado! ¡Ah! es que solamente existe una luz que ilumina, las demás obscurecen; aquélla es Jesucristo en el Sacramento de la Iglesia.

Pero, nuestro Señor Sacramentado es también luz de las almas cristianas.

(1) Isai., II, 5.

§. II.

8. Á la manera que el rey de los astros es el centro del sistema planetario, de tal modo, que los planetas, esas inmensas esferas que en el espacio giran en derredor de aquél, serían cuerpos apagados si no recibieran luz de ese candente globo de fuego, así el Sacramento del Altar, verdadero sol de amor y de vida, es el centro de la Iglesia, donde sus astros secundarios, los siervos de Dios, brillan en el cielo católico porque reciben la luz divina que emite el Sol de Justicia. Por consiguiente, Jesucristo Sacramentado es también luz de las almas cristianas. No extraña semejante conclusión cuando el mismo Señor, antes de sacramentarse, puso en boca de Isaías, que Él, al venir al mundo, sería luz de las almas. «He aquí que yo te he establecido para que seas luz de las gentes». Concuerta este bello vaticinio con otro no menos admirable que el anciano Simeón dirigió al Salvador, teniéndole en sus brazos: «Tú has de ser, le dice, luz para revelación de los gentiles»; los pueblos paganos habían de conocer la verdad por la luz que les había de irradiar el Redentor, y hoy día y siempre, merced á la influencia de la antorcha de la Eucaristía, los misioneros evangélicos abren á las naciones bárbaras caminos expeditos que conducen al último término del hombre.

9. Cuando tantas autoridades no bastaran para comprobar nuestra aserción, el mismo Jesucristo, predicando á las turbas, les dice terminantemente: «Yo soy la luz del mundo. El que me sigue no andará en tinieblas, sino que tendrá la lumbre de la vida.» ¡Qué frases! Jesucristo es luz del mundo, luz verdadera no sólo de la Iglesia y de las almas santas, antes bien de todos los hombres para que todos puedan caminar por la verdadera senda de la salvación. Así se expresa el discípulo amado (1).

Pero bien, dirá alguno; creo que Jesucristo sea luz de los hombres; mas lo sería cuando estaba en el mundo, revesti-

(1) Joan., cap. I.

do de carne mortal, pero ahora que ya subió al cielo, no lo comprendo. Respondamos: aparte que Jesucristo siempre es luz de la Iglesia por medio de los miembros docentes de la misma, pues emiten la misma luz que recibieran de Jesucristo cuando al mundo vino, pero es el caso que el mismo Salvador, hablando de sí propio, dijo: «Mientras estoy en el mundo soy luz del mundo». Ponderemos estas palabras sin violentarlas que son de sí bastante concluyentes. Jesús está actualmente sacramentado en el mundo; luego el Santísimo Sacramento es luz del mundo, luz de las almas. ¡Oh Jesús! mientras estáis en el mundo sois luz del mundo y Vos vivís con nosotros, moráis en nuestra compañía, habitáis en nuestros templos; luego Vos sois nuestra luz, antorcha inextinguible, faro luminoso, sol resplandeciente.

10. Algunas propiedades de la luz del astro solar abrirán ancho campo á nuestra inteligencia para descubrir las del Sacramento de la Eucaristía. La luz del sol es tan perpetua como él, existirá hasta que el mismo astro, por voluntad divina, quede aniquilado; y la luz de la Eucaristía siempre enviará sus luminosos rayos á las almas hasta que todas éstas pasen á la eternidad. El rey de los astros envía su hermosa luz únicamente á aquellos países que le muestran su faz; mas cuando se la ocultan deja de enviársela, beneficiando al propio tiempo con sus efectos saludables á otras regiones que le saludan; así Jesús en la Eucaristía, emite sus rayos de amor á las conciencias que se le patentizan espontáneamente, y deja de enviarlos á los que se apartan de su presencia, no obstante que al propio tiempo los dirija á otras almas que, aunque llegadas más tarde, desearon ser iluminadas por Él. La luz del astro que vivifica el mundo planetario hermosea los objetos que hiere, matizándolos de oro, por el cual los objetos parecen revestidos de este metal precioso; también la luz con que nos obsequia la Eucaristía embellece las almas, otorgándoles su gracia, concediéndoles los dones del Espíritu Santo que los acaba de hermohear como taza de oro que contiene al Rey de los cielos. Cuando el rubicundo Apolo despliega con arrogancia

sobre la naturaleza sus finos y dorados cabellos, resucitan las plantas, ábrense los capullos, fortalecen los tallos, aumenta la vida vegetal, y el universo sacude su pereza y cobra aliento; del propio modo, Jesús Sacramentado, al enviar directamente los rayos de su amor á los cristianos, resucitan de su tibieza, ó de la culpa, ábrense sus corazones, fortalecen sus buenos deseos, aumenta la vida espiritual, y el cristiano, sacudiendo su pereza, vuela en aras del sacrificio. Mas, ¡ay! cuando negra nube desafía la rutilante lumbrera del día, entonces la naturaleza es envuelta en paño funerario; no otra cosa sucede al alma cuando en su culpa mortal se retira de Jesucristo; en este caso, la luz y el calor del Sol eucarístico se retiran, y aquella alma permanece en tinieblas, muriendo en efecto.

11. Persuadámonos, que el Deífico Sacramento es nuestra luz. ¿Quién habrá que habiendo recurrido á Jesús Sacramentado no haya sido iluminado? Hablen los santos y proclamen que todos los conocimientos adquiridos, los altos pensamientos concebidos y las resoluciones santas adoptadas, los descubrieron á la luz de la Eucaristía. S. Juan Berchmans, S. J., tenía siempre fijo su pensamiento en el Santísimo Sacramento, de tal manera que en las recreaciones no sabía hablar de otros asuntos más que de este Altísimo Misterio; para el efecto llevaba varios apuntes en los cuales estaban escritas aquellas cosas con que le había iluminado el Señor desde la Eucaristía; él las leía á sus hermanos y éstos, edificados, dijeron algunas veces: «Más devoción sacamos de la lectura de Berchmans que de los libros más devotos que tratan del adorable Sacramento» (1). El autor de estas líneas conoce á cierta persona cuyos pensamientos más bellos é inspiraciones más santas fueron concebidos en la presencia del Sacramento. He ahí por qué decía con razón la bienaventurada Margarita M.^a de Alacoque: «El corazón de Jesús Sacramentado es la escuela en que se aprende la ciencia de

(1) In ejus vita.

los santos, la ciencia del puro amor que hace olvidar todas las ciencias mundanas» (1).

12. Por esta sencilla razón, cuando las nieblas de la duda, cuando los nubarrones de la ignorancia asalten violentamente nuestro espíritu, entonces es cuando deberemos acercarnos con más confianza á Jesucristo Sacramentado. «Llegaos á Jesús, dice el profeta santo, llegaos á Jesús que Él os iluminará». Mas, ¿qué luz y conocimiento, qué bienes y provechos, pregunta un venerable autor místico (2), recibiremos con semejante trato y conversación? ¡Ah! responde el Crisóstomo: El adelantamiento en la virtud, la unión con Dios y el desprecio de los bienes terrenos (3). ¡Luz divina, luz verdadera que ilumina á todo hombre que viene á este mundo (4), que luce para aquéllos que dormidos estaban en las tinieblas y en las sombras de la muerte (5), que al propio tiempo que brilla suavemente en la inteligencia, calienta poderosamente el corazón para llevarlo con fuerza hacia ese foco inextinguible de hermosa luz en que se bañan los que ajenos son al poder de las tinieblas!

13. Pero el adorable Salvador envía su luz por grados á los hombres. Los que enseñan á otros necesitan muchos más resplandores que los demás, y Jesucristo los otorga á éstos plenamente. Les dice con sentidas frases: «De tal manera brille vuestra luz recibida en la presencia de los hombres, que viendo éstos vuestras buenas obras glorifiquen á vuestro celestial Padre (6)». Por estas significativas palabras desea el Redentor que sus miembros docentes proyecten á sus discípulos no otra luz que la que Él mismo les enviara. Y ¿cuál es esta luz? Es la verdad por excelencia, manifestada y explicada en el Decálogo y en las enseñanzas de los libros santos, particularmente los evangelios y las cartas apostólicas; pero esta serie de verdades, irradiacio-

- (1) Morada en el S. Cor. de Jesús; Martes.
- (2) P. Rodríguez, Ejercicio de perfec.
- (3) Hom. sup. Ps. VII.
- (4) Joan. I.
- (5) Cantic. de Zacarías.
- (6) Math. V. 16.

nes de la luz eterna, se cifran en Jesucristo, Verdad por esencia que, desde el Tabernáculo, cual luminoso faro, se exhibe radiante á los hombres. No se oculta, no, debajo del exiguo celemín, sino que aparece patente en el Sagrario para ser visto de todos y para que todas las naciones, en sus perplejidades y aberraciones monumentales, divisen la Luz eucarística que les enseña el camino de la verdad, y á Ella se dirijan atraídas por los benéficos rayos del amor de Jesucristo.

14. ¡Qué dulce consuelo es para la racional criatura poder admirar de cerca la Luz divina! En aquellas obscuridades del alma en que todo se presenta á sus vendados ojos cual noche tenebrosa, y en la que pelagra dar un paso más, ¡qué hermoso es llegarse al Sagrario para ser iluminados con los vivos resplandores de la Hostia sacrosanta! No, no es posible acercarse á Jesús y no deponer la duda; no, no es posible ser iluminados por Jesús y encontrarse entre las nieblas del error: que el verdadero periódico diario debe ser Cristo Sacramentado. Á éste conviene leer todos los días, el cual, al propio tiempo que nos dará luz, nos proporcionará consuelos infinitos. Los cristianos prácticos, los siervos de Dios conocían de memoria el trayecto que al Sagrario conduce; es que lo frecuentaban muchas veces, y tantas veces lo frecuentaban porque en su término hallaban satisfechas sus aspiraciones. S. Francisco Javier, después de terminados los apostólicos trabajos, se dirigía al templo, y en la sacristía misma tomaba su parco descanso; y el V. P. Sebastián, franciscano, yendo á la ordinaria póstula, se concertaba con los sacristanes de los pueblos para que le encargasen del toque de ánimas, no con otro objeto sino con el de quedarse en la iglesia para recibir la luz eucarística durante la noche. ¡Ah! ¿Y no querremos imitar en lo posible el ejemplo de los santos? ¿Nos avergonzaremos de acercarnos á Jesús para bañarnos en su luz divina?

15. ¡Oh Sacramento bellissimo! Permitid que os dirija con la Iglesia esta corta deprecación para las almas sumidas en el error y en las sombras. *Et lux perpetua luceat eis.*

Que la luz eterna resplandezca para ellas. No menos necesitan las almas del purgatorio la luz perdurable de la gloria, que las desdichadas que aún viven en los errores de este siglo, la luz eucarística. Vuestra luz, Señor, brille en todas las partes del mundo y en las inteligencias de los hombres, para que por todos y en todas partes se os adore como á Dios, y se os proclame Rey de los siglos y de las eternidades. Amén.

EJEMPLO

Referen las crónicas franciscanas que el beato Antonio Estronconio, lego de profesión en la Orden Seráfica, profesaba un amor no común á la Santa Eucaristía. Todos los días del año practicaba mil genuflexiones en honor del Sacramento. Cuando se ponía en presencia de este adorable Misterio quedaba repetidas veces dulcemente absorto en la contemplación de las finezas eucarísticas; y en una de estas ocasiones en que tanto se deleitaba su corazón amante, le reveló el Señor que gustaría sobremedera le encendiese muchas velas en el altar al tiempo de ser celebrado el tremendo Sacrificio de la Misa. El mencionado siervo de Dios, aunque pobre de profesión, pedía cera de limosna para poder ejecutar las órdenes de Jesucristo, quien, al exigir á su siervo tanta profusión de luces, quería manifestarle que Él es la luz que ilumina á todo hombre.

XIV

*Jesucristo Sacramentado, Médico de
nuestras almas.*

*Sana me, Domine.
Cúrame, Señor.
Ps. vi, 2.*

1. Cuando á un torrente devastador con todos los horrores de sus furias, se le puede oponer fortísimo dique que impida su desbordamiento, el ánimo perturbado se tranquiliza y cobra nuevos alientos y esperanzas salvadoras. Tristes, muy tristes son los efectos de toda enfermedad, principalmente si es contagiosa y á su rápido desarrollo, que aumenta progresivamente cual arroyo creciente en tiempo de lluvias torrenciales, apenas se podrá oponer dique humano: cesará cuando plazca al Altísimo. Empero, pudo el caudillo de Israel, mediando el mandato divino, remediar á sus súbditos de la aguda dolencia epidémica con una serpiente de metal que colocara sobre un madero en forma de cruz, de suerte que los que miraban con fe la imagen del reptil quedaban repentinamente curados.

Mas, ¿cuál es esta simbólica serpiente fijada sobre la cruz, sino el Redentor crucificado, pero un Redentor que ha depositado toda su virtud, todos sus tesoros, todos sus méritos en el Sacramento Santísimo? Este Sacramento es, pues, con verdad, el fortísimo dique que puede oponerse al terrible contagio de las enfermedades espirituales y alguna vez también, aunque *per accidens*, de las corporales. En

Que la luz eterna resplandezca para ellas. No menos necesitan las almas del purgatorio la luz perdurable de la gloria, que las desdichadas que aún viven en los errores de este siglo, la luz eucarística. Vuestra luz, Señor, brille en todas las partes del mundo y en las inteligencias de los hombres, para que por todos y en todas partes se os adore como á Dios, y se os proclame Rey de los siglos y de las eternidades. Amén.

EJEMPLO

Referen las crónicas franciscanas que el beato Antonio Estronconio, lego de profesión en la Orden Seráfica, profesaba un amor no común á la Santa Eucaristía. Todos los días del año practicaba mil genuflexiones en honor del Sacramento. Cuando se ponía en presencia de este adorable Misterio quedaba repetidas veces dulcemente absorto en la contemplación de las finezas eucarísticas; y en una de estas ocasiones en que tanto se deleitaba su corazón amante, le reveló el Señor que gustaría sobremedera le encendiese muchas velas en el altar al tiempo de ser celebrado el tremendo Sacrificio de la Misa. El mencionado siervo de Dios, aunque pobre de profesión, pedía cera de limosna para poder ejecutar las órdenes de Jesucristo, quien, al exigir á su siervo tanta profusión de luces, quería manifestarle que Él es la luz que ilumina á todo hombre.

XIV

*Jesucristo Sacramentado, Médico de
nuestras almas.*

*Sana me, Domine.
Cúrame, Señor.
Ps. vi, 2.*

1. Cuando á un torrente devastador con todos los horrores de sus furias, se le puede oponer fortísimo dique que impida su desbordamiento, el ánimo perturbado se tranquiliza y cobra nuevos alientos y esperanzas salvadoras. Tristes, muy tristes son los efectos de toda enfermedad, principalmente si es contagiosa y á su rápido desarrollo, que aumenta progresivamente cual arroyo creciente en tiempo de lluvias torrenciales, apenas se podrá oponer dique humano: cesará cuando plazca al Altísimo. Empero, pudo el caudillo de Israel, mediando el mandato divino, remediar á sus súbditos de la aguda dolencia epidémica con una serpiente de metal que colocara sobre un madero en forma de cruz, de suerte que los que miraban con fe la imagen del reptil quedaban repentinamente curados.

Mas, ¿cuál es esta simbólica serpiente fijada sobre la cruz, sino el Redentor crucificado, pero un Redentor que ha depositado toda su virtud, todos sus tesoros, todos sus méritos en el Sacramento Santísimo? Este Sacramento es, pues, con verdad, el fortísimo dique que puede oponerse al terrible contagio de las enfermedades espirituales y alguna vez también, aunque *per accidens*, de las corporales. En

él está latente el sapientísimo Médico que sabe dirigir el curso de las dolencias humanas, que puede extinguirlas en un momento dado, y que su voluntad consiste en curarlas completamente.

2. Experto el vate coronado en las misericordias del Altísimo, consideraba á su Dios como á poderoso y único remedador de sus males, y he ahí por qué le suplica con instancia la oración encerrada en estas tres palabras que me han servido de texto: *Cúrame, Señor*; y como su confianza era grande y la bondad de Dios más grande aún, no es extraño que David experimentara en sí mismo los saludables efectos de sus humildes ruegos; pero el cristiano que tiene más experiencia que el salmista respecto á la benignidad de Jesucristo, y le consta que Nuestro Señor se ha aprisionado en el Sagrario únicamente por amor á la criatura y por atender á sus necesidades, ¿con qué fervor é instancia no debe solicitar de la Majestad del Sacramento el remedio de sus enfermedades, particularmente de las enfermedades morales?

Convencido, en consecuencia, que este noble título honra sobremanera al Salvador en la Eucaristía y es un motivo de inmenso consuelo para el católico, pienso ponerlo á vuestra consideración con objeto de que por él nos movamos al aprecio y alabanza del Misterio del Altar. Esto supuesto, dividiré el modesto trabajo en tres partes, á saber: 1.^a *Jesucristo fué misericordioso y omnipotente médico del espíritu en su peregrinación sobre la tierra*; 2.^a *También lo es ahora en el Santísimo Sacramento*; 3.^a *Muy particularmente lo es cuando viene sacramentado á nuestro corazón*.

§. I.

3. Dos son los pasajes del santo evangelio, en cada uno de los cuales estriban respectivamente la misericordia y la omnipotencia infinitas, que caracterizan el ministerio de Médico famoso que Jesucristo practica en la Santísima Eucaristía. La primera se compendia en estas palabras: «Dios Padre envió á su Hijo al mundo para que fuera salvo por

Él (1)». La segunda se resume en las siguientes: «Se me ha dado toda la potestad en el cielo y en la tierra (2)». Por manera que, según estas divinas frases, Jesucristo quiere curarnos de nuestras enfermedades morales y puede al propio tiempo librarnos de ellas. En efecto; todo cuanto obró el Salvador en su peregrinación mortal, respecto al asunto que nos ocupa, todo lo puede efectuar en la Santísima Eucaristía. En este saludable Misterio, por cierto, reside substancialmente el mismo Jesús, y desea al propio tiempo proseguir los trabajos realizados durante su vida, pasión y muerte. Descriptos, por lo tanto, como en breve compendio los asombrosos prodigios que el Salvador obrara entonces sobre las dolencias espirituales, nos servirán de gran libro abierto para leer en él lo que Nuestro Señor practica ahora desde el Sacramento Santísimo.

1. Hombres infames sorprenden á una infeliz adúltera y la presentan á Jesús para que decida si se debe apedrear ignominiosamente ó no, pues lo mandaba la ley en este caso; pero el Salvador, movido de entrañas misericordiosas, encorvando su delicado cuerpo, y sirviéndose de sus omnipotentes dedos, escribe en el suelo los graves pecados de los acusadores, quienes, á la vista de sus enormes extravíos, llenos de confusión vergonzosa, se retiran de aquel lugar. Entonces el divino abogado, dirigiéndose á la triste acusada, la dice: «Anda en paz y no vuelvas á pecar; tus pecados te son perdonados» (3). María Magdalena se persona en casa del fariseo Simón en ocasión que Jesús y sus discípulos se hallaban presentes. Poseída de contrición perfecta, toma un vaso de precioso bálsamo, confeccionado con nardo perfumado, y lo derrama sobre los pies del Salvador, regándolos al propio tiempo con lágrimas ardientes y secándolos después con sus blondos cabellos. Jesucristo, lleno de bondad, la dirige estas consoladoras frases: «Han sido perdonados todos tus pecados» (4). Un furioso ende-

(1) Joan. III, 17.

(2) Math. XXVIII, 18.

(3) Joan. VIII, 11.

(4) Luc. VII, 48.

moniado es presentado á Jesús, quien manda salir inmediatamente al espíritu malo; éste obedece al instante, y el pobre enfermo queda curado de los efectos consiguientes. ¿Qué indican todos estos admirables prodigios? Qué significa este perdón de los pecados y la fuga del infernal espíritu con todos sus horrores? ¡Ah! Que el Salvador ha podido curar las enfermedades del alma.

Las dudas negras del espíritu, sus terribles zozobras, su penosa inquietud, sus horribles disgustos, sus tremendas decepciones, y hasta sus desesperaciones crueles, encontraron en el Divino Médico su curación más completa. Desde el barco anclado junto á la tranquila playa, declara á sus discípulos los enigmas indescifrables. Sentado en el monte sobre la verde yerba, aclara las parábolas. Paseando por los sembrados, tranquiliza las conciencias de los acusadores y acusados. Pasando junto á Leví, habla á éste y, despertando su espíritu, le anima y convierte. Sobre la nave, serena la tempestad del mar y las zozobras de los marineros. En la casa y en el campo consueta á Marta y á María, resucitando á su hermano Lázaro. Cuando habla, instruye; cuando instruye, persuade; cuando persuade, convierte; y cuando convierte, santifica. Su reprehensión infunde temor; pero cada palabra y cada acción supas vierten sobre el espíritu el precioso bálsamo del bienestar y del gozo: tal fué Jesucristo en su peregrinación sobre la tierra.

§. II.

5. Entremos ahora de lleno en el fondo del asunto. Jesucristo fué, no sólo omnipotente y misericordioso médico en su mortal carrera, sino también en la gloriosa del Sacramento Santísimo. Para probar mi aserto no tenemos más que dirigir nuestra curiosa vista al Sagrario. En él está realmente el Hijo de Dios, con el mismo poder y con el mismo sello de bondad que á sus obras imprimía su alma mientras peregrinó por el mundo. Viendo N. S. que al subirse al cielo dejaba de visitar personalmente á sus enfermos, á fin de curar sus dolencias, dispuso establecer su mansión divina en

el Sacramento, donde realmente continúa el mismo cargo que en el siglo ejercía. «Quería el Esposo, dice el extático S. Pedro de Alcántara, no dejar á la Esposa desconsolada, y por eso nos dió ese consuelo tan grande, que cuantos acuden á Él desconsolados y afligidos por el peso de sus miserias y enfermedades, salen completamente consolados (1)».

6. En el Tabernáculo espera al enfermo para que le refiera sus dolencias y le pida su curación completa. Si alguno padece enfermedad grave en el alma, le ordena que acuda al santo Tribunal de la Penitencia, pues el Sacramento Santísimo es Sacramento de vivos; y no es que este Misterio no pueda curar una enfermedad semejante, porque puede *per accidens*; sino porque Jesucristo exige se le reciba con entrañas de caridad. Mas, dejando este caso extraordinario, y tendiendo nuestra vista á las faltas ordinarias, á los pecados leves, á las ocasiones de pecar, á las tentaciones, á los malos hábitos y demás sufrimientos espirituales, ¿quién hay que habiendo acudido con entera confianza al altar del Sacramento no haya experimentado los saludables efectos de tan bondadoso y acreditado Médico? ¡Oh, exclama S. Alfonso, (2) si los hombres recurriesen siempre al Santísimo Sacramento á buscar el remedio de sus males! por cierto que no serían tan miserables como son».

7. Y en efecto, este sabio Médico, añade el citado San Pedro de Alcántara, que tenía tomados los pulsos de nuestra flaqueza, ordenó este Sacramento en especie de mantenimiento para que la misma especie en que lo instituyó nos declarase el efecto que obraba y la necesidad que nuestras almas de él tenían, no menos que la que los cuerpos tienen de su propio manjar» (3). Y si es evidente que el manjar corporal, no sólo nutre sino que restaura las fuerzas perdidas por el desgaste orgánico; si es cierto que no sólo restaura sino que cura el cuerpo en razón á la nuevas fuerzas que le proporciona, mucho mejor lo ejecuta en el orden es-

(1) Meditaciones de la Euc.

(2) Visitas, día 16.

(3) Medit. sobre la Pasión del Señor. Lunes.

piritual el Sacramento Santísimo, restaurando las energías anímicas, agotadas por los impulsos de las pasiones vehementes y de las horribles tentaciones.

Hoy que en todas partes se publican largos anuncios de doctores célebres, de especialistas renombrados que con su adquirida ciencia pretenden curar las dolencias corporales, y que repetidas veces después de haberles consultado y haber practicado sus indicaciones facultativas se consigue una decepción tremenda, ¿por qué no se acude al Sacramento del Altar, no digo yo para la curación de las enfermedades del cuerpo, sino precisamente para las del alma, donde sin esos preparativos de anuncios y gabinetes y sin costar un céntimo se consigue seguramente la salud del espíritu.

Un doctor en medicina que supiese y pudiese curar todo género de afecciones haría sin duda gran papel en la sociedad; sería ciertamente el ser más eminente de la tierra; pero lo que no es dable á ningún hombre le es fácil á Jesucristo Sacramentado quien sabe, puede y quiere sanar las afecciones del alma.

Á este Sacramento de misericordia, pues, deberíamos acudir con una fe más grande que la de Abraham y con una confianza más ciega que la de la Cananea á pedir el remedio de nuestras dolencias, la curación de nuestros males. Unas veces falta la fe, otras la constancia en el pueblo cristiano, cuando se presenta ante el celestial Médico y solicita la curación de sus enfermedades, que por esta razón solidísima no consigue la mayor parte de las veces la gracia deseada. Ármese cada cual con una gran dosis de fe y humildad y constancia, y sus esperanzas en Jesucristo no saldrán fallidas.

§. III.

8. En particular el Salvador es bondadoso Médico cuando, sacramentado, viene á nuestras almas. Esta obra es propia y exclusiva del Hombre Dios. Todo lo más que hace un médico es visitar al doliente y recetarle los medicamentos que cree le son indicados; pero Jesucristo Sacramenta-

do entra en el interior del enfermo, examina su dolencia, y Él mismo se transforma en eficaz medicina que la cura por completo. «Dé gracias al Santísimo Sacramento, decía San Bernardo, aquél que no siente tan frecuentes ni tan violentos impulsos de envidia, de incontinencia ó ira, pues ha producido en él tan buenos efectos». Modo sublime y nunca visto de operar es éste, que no empleó con los enfermos curados personalmente por Él cuando peregrinaba por el mundo. ¡Feliz pueblo, el pueblo cristiano que ha tenido la inmensa dicha de ser tratado tan cortesmente por el Autor de lo creado! Que todo un Dios se tome el trabajo de visitar al hombre doliente, de entrar en su alma, de pulsarle y de curarle...! ¡Ah! y qué cosas tiene el Hombre Dios!

9. Pero no nos cansemos de predicar la infinidad del amor de Jesucristo, traducido por las curaciones espirituales que obra en todo tiempo y en toda clase de individuos. El Salvador conoce que hay súbditos suyos que están físicamente impedidos para llegarse á la Sagrada Mesa. Mas no importa; Él inventará un medio; se dejará llevar de sus ministros para que le personen en todos esos lugares; volará con las alas de su gran celo, comunicado á sus sacerdotes para ir á la miserable choza del pobre como á la preciosa casa del hacendado, sin temor á las inclemencias del tiempo ni mucho menos á las blasfemias y sarcasmos de los impíos. Al visitar á sus hijos enfermos les consolará, les fortificará contra sus enemigos y les dará la sanidad del espíritu, para que, limpios hasta del polvo de la culpa, puedan entrar sin obstáculo alguno en las eternas mansiones.

10. Todos los santos están contestes con las afirmaciones expuestas. Decía S. Jerónimo, que no hay cosa que más fortalezca nuestra alma que el Pan de Jesucristo. Añade el V. P. Granada, que el que desea curarse de sus enfermedades jamás había de apartarse de este gran remedio eucarístico; y el P. Crasset (1), compendiando en elegantes frases los efectos del cargo de Divino Médico, se expresa de esta

(1) Lib. de consid. sobre el Smo. Sacram.

manera: «Cuando el alma comulga, Jesús la sustenta con su carne, la lava con su sangre, la enriquece con sus méritos, le da con abundancia su gracia, la comunica su espíritu, la enciende, la sana, la fortifica, la hace crecer en virtud y santidad, y si el alma no comiere la carne y bebiere la sangre de Jesucristo, ni tendrá vida, ni fuerza, ni salud, ni consuelo alguno, ni paz, ni virtud, ni fortaleza, ni fervor, ni devoción; estará lánguida, morirá de hambre, será fuertemente tentada y sucumbirá á la tentación». Con manifiesta razón asegura el Concilio de Trento (1), que el Santísimo Sacramento nos libra de las culpas veniales y nos preserva de las mortales. He ahí por qué escribió S. Buenaventura que «muchas veces sucede llegar una persona muy flaca y debilitada á comulgar, y ser tan grande el contento y alegría que recibe cuando sale de recibir este precioso Manjar, que se levanta tan esforzada como si nada tuviere de flaqueza (2)».

III. Por consiguiente, ¿quién no tendrá deseos de ser curado? ¿habrá alguien tan insensato que en vista de su dolencia afirme que no tiene necesidad de facultativo? Pero si, como acabamos de notar, Jesucristo Sacramentado es el mejor médico del alma, á Él debemos acudir todos los días, pues todos los días nos hallamos enfermos. Un acto de fe en el Sacramento Santísimo, y nuestro espíritu será consolado. Una mirada fervorosa á la Hostia inmaculada, y nuestro corazón quedará curado, como en otro tiempo quedaron sanos los hebreos que tendieron sus tristes ojos hacia la serpiente del desierto. Una comunión santa, y todo nuestro ser se transportará á otras regiones más altas que le garantizarán la región purísima del cielo. Solía decir con frecuencia la sierva de Dios Sor Micaela Desmaísieres, fundadora de las Hermanas Adoratrices, que, cuando se hallaba en la presencia de Jesucristo Sacramentado, era la criatura más feliz que había en el mundo. Nosotros, pues, á su imitación, nos debemos colocar con modestia ante el Sacra-

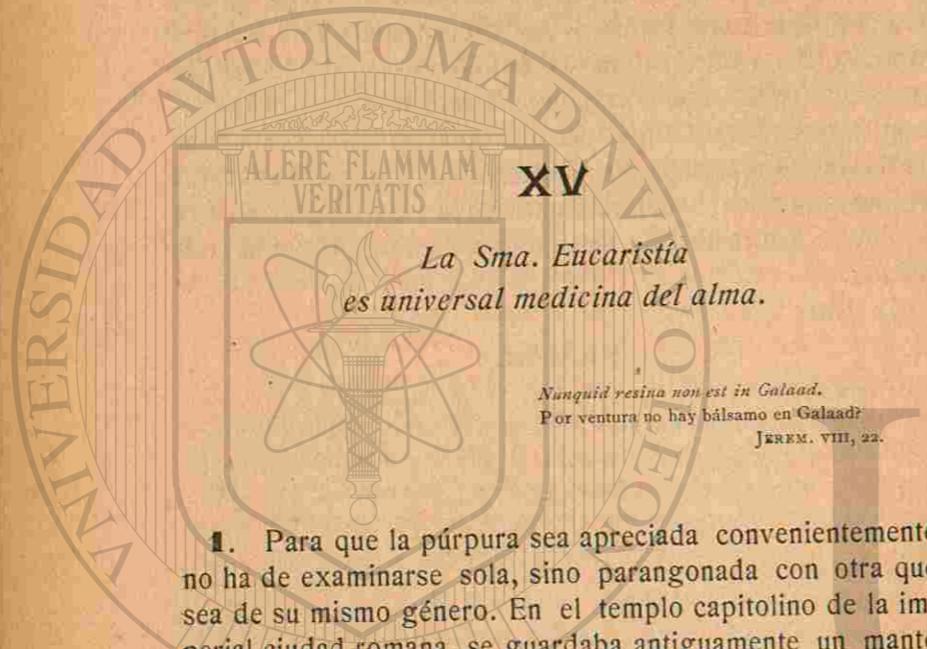
(1) Sess. 13, c. 2.

(2) Lib. de perf. ad sor. suam.

mento del Altar, y, reconociendo nuestras íntimas fealdades, decirle sentidamente con las hermanas de Lázaro: «Señor, aquél á quien amas está enfermo». Y si el Salvador, para prueba de nuestra constancia, parece desoir nuestras humildes peticiones, como desoyó por breves días la de Marta y María, al fin vendrá en nuestro auxilio, se compadecerá de nuestras debilidades, llorará ante la tumba de nuestras culpas, rogará al Padre por nuestra salud, y ciertamente que, en último término, nos mandará salir de entre los mortales despojos, y nos resucitará á una nueva vida de gracia en el tiempo, como también á una nueva vida de gloria en la eternidad.

EJEMPLO

Arrebatada en espíritu Sta. Gertrudis, en una fiesta de la Sma. Virgen, recibía increíbles favores de esta benditísima Madre y de otros santos, al propio tiempo que, recogida dentro de sí misma, consideraba sus imperfecciones y negligencias, y le parecía que, no pudiendo corresponder á tan insignes favores, era también indigna de recibir el Santísimo Cuerpo de Jesús Sacramentado. Apareciósele entonces el Señor, y, vuelto á su Divina Madre y á los bienaventurados, les dijo:—¿No os parece que yo he enmendado bastante los defectos de esta alma cuando ella me recibió en mi Sacramento?—Y mucho más que bastante están enmendados, respondieron ellos.—¿Te basta Gertrudis? añadió el Señor; á lo cual respondió la santa.—Sí me bastaría si me quitaras, no sólo las pasadas negligencias, sino además las venideras, pues conozco mi gran fragilidad en caer.—Pues yo, replicó su Majestad, de tal modo te me daré en la Comunión que no sólo las pasadas, mas aún las futuras imperfecciones te quitaré; —con lo cual quedó la sierva de Dios muy alentada y llena de consolación dulcísima.



La Sma. Eucaristía
es universal medicina del alma.

Nunquid resina non est in Galaad.
Por ventura no hay bálsamo en Galaad?
JEREM. VIII, 22.

1. Para que la púrpura sea apreciada convenientemente no ha de examinarse sola, sino parangonada con otra que sea de su mismo género. En el templo capitolino de la imperial ciudad romana, se guardaba antiguamente un manto de brillante púrpura, generosa dádiva de un monarca persa, cotejando con el cual los rojos mantos de los más fastuosos emperadores romanos, si antes parecían no tener rival, no sólo no podían después ser comparados con él, antes bien semejaban á trapos viejos de grana muy usados. Mas si de este escrupuloso cotejo entre distintas piezas de púrpura finísima sobresale al momento la que es de un valor superior, ¿qué valor, qué ventajas no reconoceremos en la Divina Sangre de Jesucristo Sacramentado, preciosa púrpura con que se vistió el Rey de la gloria, comparada con los demás Sacramentos de la Iglesia? La virtud, la excelencia y la hermosura de todos estos medios de santificación se cifra en la Sangre del Redentor, sangre de precio infinito, suficiente por sí misma para remediar todas las graves dolencias que aquejan al género humano.

2. Sin embargo, es de fe que esta divina púrpura, distribuída en distintas y hermosas piezas, puede ser cotejada en sí misma. Las ricas piezas son los Sacramentos, y de la comparación exacta é imparcial resulta que el Sacramento de la S. Eucaristía aventaja á los demás en brillantez, excelencia y valor. Si es cierto, enseña el Tridentino, que este Sacramento Santísimo tiene una cosa común con los otros sacramentos, á saber: que es símbolo de cosa sagrada y forma visible de gracia invisible, también lo es que es más excelente que los demás signos sensibles de la Gracia, por cuanto que éstos sólo pueden santificar con el uso, mientras que en la S. Eucaristía está realmente el Autor de la santidad antes del uso (1), y por consiguiente puede santificar antes de percibirlo sacramentalmente. El propio Concilio, para afianzarnos más en esta verdad, anatematiza al que afirmare que son iguales todos los sacramentos entre sí y (2) no creyere que el de la Eucaristía es más digno y excelente.

3. Un alma que es esclava de Satanás, es transformada por medio del Bautismo en hija de Jesucristo y heredera del cielo; el espíritu malo huye de esa criatura santificada; entonces parece que la púrpura del Salvador no puede ser más brillante, y el entendimiento humano, admirado por el valor y la excelencia de la sangre de Jesucristo, exclama: ¡Qué hermosa! Pero esa criatura se extravía enormemente del camino de la salvación y por medio de la Penitencia se viste de nuevo la púrpura de Jesucristo; parece en este caso que este divino ropaje ha adquirido nuevo colorido, mayor brillantez que el del Bautismo; también entonces la inteligencia finita no puede menos de exclamar: ¡Qué admirable! esto raya en lo infinito. Mas, cuando esa misma criatura llega á poner sus puros labios en la Hostia de los altares, cuando es incorporada al Hombre Dios, cuando se mezcla íntimamente con el Infinito ¡Ah! entonces la púrpura del Salvador aparece transfigurada, llena de gloria, bella y ra-

(1) Sess. XIII, cap. 3.
(2) Sess. VII, c. 3.

dian­te como el sol en su cenit, y el hombre que, estupefac­to, se encuentra ante un espectáculo tan celestial, no puede por menos de expresarse de esta manera: Sí, la púr­pura de la Eucaristía no sólo toca los límites de lo infinito sino que los supera.

4. ¡Qué bello es el Sacramento del Altar! Cada sacra­mento posee una virtud particular, es señal sensible de un don peculiar, derrama la Gracia divina con tasa, vierte la Sangre de Jesucristo hasta cierto punto; pero la Divina Eucaristía, conteniendo verdaderamente al propio Salvador, posee todas las virtudes, es señal sensible de todos los dones del Hombre Dios, derrama la Gracia divina á torrentes y vierte la sangre de Jesús sin grados, sin cantidad deter­minada, sin medida, puesto que el amor de Cristo en este Sacramento está sin medida. He ahí por qué la Santa Eucaris­tía es medicamento general que puede ser aplicado á todo género de dolencias espirituales; es un específico selec­to que perfecciona lo que dejaron por terminar los demás sacramentos; es farmacopea sin rival que, purificando el alma, la deifica al mismo tiempo.

Dediquémonos, pues, al estudio de la Santa Eucaristía, considerada como Medicina del alma; y á este fin voy á distribuir mi trabajo en dos partes: 1.^a *Jesucristo Sacra­mentado es nuestra universal Medicina.* 2.^a *Excelencias del Eucarístico Medicamento.*

§. I.

5. El hombre, apenas se siente atacado de una enfer­medad corporal, si es consecuente, pondrá en juego los re­sortes de su ingenio para curarla; pregunta é indaga, y cuando se persuade ó le aseguran que este ó aquel medica­mento es el más indicado para su dolencia, no tarda en pro­curárselo. El cristiano, empero, que se ve invadido por mo­rales enfermedades, claro que, si es consecuente, buscará en su Redentor los remedios que le hacen falta para combatir unas afecciones tan molestas. Mas debemos observar una circunstancia importante: en la ciencia médica existen cier-

tamente medicinas y específicos seguros para tales ó cuales dolencias; pero, como los organismos son diversos, en los cuales hay que estudiar el temperamento, la edad, la profe­sión, etc., y las afecciones no siempre vienen despojadas de otras dolencias que se les agregan y acompañan, apenas se podrá formar un diagnóstico seguro para que el medica­mento, recetado por hábil profesor, ofrezca infalibles resulta­dos. No así sucede con las enfermedades del espíritu cuyos remedios, santamente aplicados, resultan siempre eficaces.

6. Pero bien; en la Iglesia del Hombre Dios hay un es­pecífico tan saludable y eficaz, de unos resultados tan pron­tos y seguros, tan económico y sencillo que es indicado pa­ra combatir todas las afecciones del espíritu: es la Santa Eucaristía. Cierto es que no remite *per se* el mortal pecado, mas lo puede remitir *per accidens*. Y no es esto sólo, por­que lo más propio para atacar é impedir una enfermedad cualquiera es la medicina preservativa que impide desarrol­lar la dolencia; y la Divina Eucaristía es medicamento pre­servativo de los extravíos del espíritu, pues se constituye en él como antemural divino que resiste los fieros embates de las sugerencias y de sus terribles efectos. Por lo tanto, la Eucaristía es medicina de los pecados mortales, sobre todo si la consideramos como soberano Sacrificio, que en­tonces es un excelente específico contra las dolencias mor­tales del alma, porque, á más de ser expiatoria, impetra auxilios eficaces del cielo para que la conciencia que se halla en pecado grave se mueva al arrepentimiento, se confie­se y quede libre enteramente de la grave dolencia.

7. Y si puede emplearse el medicamento eucarístico contra las afecciones mortales, ¿cómo no podrá usarse me­jor todavía contra las afecciones veniales? Yerbas mortí­feras del corazón humano, son secadas por la acción del Sa­cramento santo. ¿Somos quizá soberbios? El orgullo nos domina? La vanidad se posesiona de nosotros? La recepción del Sacramento del Altar influirá directamente contra esas morbosas causas y las extinguirá; al menos hará que dismi­nuya su frecuencia. Sin duda la avaricia habrá acariciado

alguna vez nuestro espíritu, lo habrá comprimido para que no sea grande con los pequeños y magnífico con los humildes; mas ahí se nos muestra Jesucristo Sacramentado dándose todo á todos sin reservarse para sí más que la paciencia en sufrirnos, á fin de acabar de curar nuestras llagas. ¡Ah! La Santísima Eucaristía es un gran medicamento sedante que calma los furiosos embates del fomes del pecado; es un poderoso medicamento estupefaciente que apaga los ardores de las pasiones y hace entrar al espíritu en dulce sueño en el que se baña todo el ser humano; es un eficaz medicamento estimulante para los tibios de corazón, causando en ellos la prontitud en el obrar; es un sin rival medicamento corroborante de las fuerzas perdidas por los malos hábitos; es un vigoroso medicamento emoliente que, al propio tiempo que pacifica el alma, le hace entrar por las vías del fervor cristiano. Sí; Jesucristo Sacramentado arranca los vicios, destierra las pasiones, consume los pecados, destruye la imperfección, y aun no le bastan todavía semejantes felices operaciones: suele obrar después en el alma lo que los medicamentos reconstituyentes en el cuerpo, á favor de la convalecencia: planta virtudes en lugar de los vicios que arrancara.

S. Ahora bien: Si la divina Eucaristía es universal medicina del hombre, ¿por qué éste, sabiendo que está enfermo, de gravedad muchas veces, abandona el Sacramento y busca en las distracciones placenteras del siglo el remedio para su alma? Pues, ¿acaso no hay resina ó bálsamo en Galaad para que se cure mi pueblo?—pregunta el Señor. Como si dijera: Por ventura no hay en el Sacramento del Altar poderosa virtud para curar las enfermedades del corazón? Enseña el doctor Máximo que el bálsamo de referencia es la santa Eucaristía; y el V. Beda añade que Galaad, monte de la Arabia, muy rico en aromas, es emblema significativo de Jesucristo que tiene dispuestos en este adorable Sacramento los remedios de nuestros males. He ahí por qué S. Alfonso de Ligorio pone en boca del Salvador estas palabras: ¿Por qué, oh hijos de Adán, os quejáis de vuestros

males, cuando tenéis en este Sacramento el remedio de todos ellos (1)?

En general las enfermedades graves del cuerpo se adquieren porque el paciente descuidó una poca de calentura, un leve resfriado, una tosecilla, un ligero dolor de cabeza, etc.; de suerte que de leves que eran pasaron á ser graves. Otro tanto sucede al alma. El remedio, empero, de las dolencias ligeras cuesta menos y ofrece mejores resultados; por esta razón el cristiano que posee en la S. Eucaristía su curación, debería visitarla y aplicársela á menudo. «Yo que siempre pecco, dice S. Ambrosio, debo usar siempre la medicina». Por consiguiente, deberíamos apreciar infinitamente el eucarístico Medicamento por el cual el alma jamás muere. «Éste es el Pan del cielo, dice Jesucristo, para que el que coma de Él nunca muera».

9. Contemplemos ahora al Médico divino transformado en eficaz específico del alma. Su extremado amor ha inventado cosas que parecían imposibles. Miradle; es Médico en el Sacramento Santísimo y para curar más pronto nuestras dolencias lleva consigo la medicina á fin de aplicarla convenientemente, al propio tiempo que visita al enfermo. Quiere recetar y aplicar inmediatamente la receta; no aguarda que el doliente vaya á buscarle, sino que Él mismo, convertido en farmacéutico divino, le despacha. Teme que la medicina sola no cause los resultados que apetece, y para el efecto Jesús entra con ella en el corazón humano para producirlos. De aquí es que podemos asegurar con toda verdad que Jesucristo entra en el alma como manjar para sustentar, como médico para recetar y como medicina para sanar al momento. ¿Se han visto mayores prodigios de amor?

Éstos son los tres ministerios que practica el Salvador en el alma; el uno sin los demás no lo efectúa. ¡Buen Dios! ¡Cuán rico sois y cuán dadivoso al propio tiempo! Habéis agotado en ese Sacramento los tesoros de vuestra sabiduría, de vuestra omnipotencia y de vuestro amor; de suer-

(1) Visitas, día 16.

te que aun cuando pretendáis darnos más, ni vuestra ciencia alcanza más, ni lo permite vuestro poder, ni vuestro amor sabe inventar mejor fineza que la que nos dáis en el Sacramento.

§. II.

10. Dícese que el ciervo jamás padece calentura, y hubo mujeres en Roma que, comiendo todos los días carne de ciervo, se libraron muchos años de la fiebre (1). Haya de esta narración la realidad que hubiere, lo cierto es que, comiendo de las carnes del mejor cervatillo de los campos, Cristo Jesús Sacramentado, nos libramos de las fiebres de las pasiones. La Virgen Sma., hablando de las excelencias de este bello Sacramento, nos dice por conducto de la V. Sor María de Ágreda, que «si conociésemos esta gran dádiva, si estimásemos este tesoro, si gustásemos su dulzura, si participásemos en ella la virtud oculta del Dios Omnipotente, nada nos quedaba que desear ni que temer en este desierto... No deben querellarse los hombres, añade, en el dichoso siglo de la Ley de Gracia que les aflijan su fragilidad y sus pasiones, pues en el Pan del cielo tienen á mano la salud y fortaleza (2)...» S. Ignacio y S. Cirilo aconsejan la frecuencia de la Sagrada Comunión, para que huyan los demonios de nosotros; y por esta razón enseña el Crisóstomo (3), que nos habemos de levantar de la Sagrada Mesa como leones, arrojando fuego por la boca con que espantemos y nos hagamos terribles á los espíritus infernales.

Pero la Eucaristía no es tan sólo medicina contra los espíritus malos, sino que remedia también las causas de nuestros desvaríos é imperfecciones. S. Cirilo afirma que apaga el ardor y el fuego de la concupiscencia. S. Bernardo añade: ¿No es este Pan celestial el que disminuye en nosotros las tentaciones pequeñas y nos da virtud para no caer en las grandes? Este Sacramento, prosigue S. Alfonso de Ligo-

(1) Plinio.

(2) *Mistic. ciudad de Dios*, part. II, n.º 1260.(3) *Hom. 61 et 45*, in Joan.

rio (1), á manera de un arroyo de agua, apaga el ardor de las pasiones que nos consumen. El que esté inflamado de alguna pasión, que vaya á comulgar, y verá cómo luego aquella pasión queda muerta ó muy amortiguada. Cuanto más se abstenga uno de comulgar, tanto más aumentarán sus defectos por faltarle el auxilio que la Comunión le proporcionaría. Por esto dice el P. Rodríguez: Vemos comúnmente que los que reciben á menudo este Divino Manjar, viven en temor de Dios, y se les pasa todo el año, y á muchos toda la vida, sin cometer pecado mortal (2). Ciertamente, añade un célebre orador (3), el soberbio, el orgulloso, el avaro, el pecador reincidente, el hombre más escéptico, logra, confesadas sus culpas y recibiendo este Pan de vida, la salud tan necesaria al espíritu.

11. Oigamos á un místico abate (4): «El vino delicioso del Sacramento, á más de engendrar vírgenes, las hace florecer, las produce, las cría, las desarrolla, las multiplica, las embellece, las hermosea y hace sean las delicias de Jesucristo; las llena de gozo, de júbilo y de felicidad. Él en verdad embota el aguijón de la carne, sujeta la rebelión de los sentidos y exhala un perfume de pureza tan dulce, tan suave, que la virginidad nace de él como su fruto natural». ¡Ah! exclama con esa divina unción la mística Doctora del Carmelo: Quien de paso, con un mirar sanaba los ciegos, con una palabra resucitaba los muertos, con sólo tocarle la ropa sanaba á los enfermos, ¿qué hará tan íntimamente unido en el corazón y en el alma?

12. Y, ¿qué significa cuanto acabo de exponer para expresar dignamente las excelencias de esta universal Medicina? Si todas las lenguas angélicas y humanas juntamente no bastan para encomiar las bellezas de la Sagrada Eucaristía, considerada como Medicina del alma, ¿qué es lo que podré decir yo? No sabré sino decir que este mag-

(1) *Monja santa*, cap. 18.(2) *Ejerc. de perfec.*, cap. 13.(3) P. Yagüe. *Cátedra Sagrada*, tomo VI, día II del Nov. del Smo. Sacramento.(4) Coulin. *Virtud Angélica*.

nífico remedio nos fortalece, nos sana, nos vigoriza, nos robustece, nos mantiene y nos vivifica. No sabré decir sino que este divino específico en nuestras languideces nos alienta, en nuestras tristezas nos anima, en nuestras peticiones nos complace y en toda aflicción nos serena. No sabré decir sino que este acreditado medicamento borra las imperfecciones del alma, destierra la tibieza, renueva el fervor, alienta la devoción, induce al amor divino, levanta al caído y resucita al fallecido. No sabré decir sino que esta celestial medicina la toman los santos para perfeccionarse en la virtud, los justos para guardar los preceptos de la Ley, los tibios para seguir el camino del cielo y los pecadores para justificarse.

Sí; ensalza esta eucarística Medicina; recomendadla á todos los hombres, como lo ejecutan los médicos de profesión con los específicos excelentes, tratándose de la salud corporal; arraigadla en el corazón de los fieles aunque sea á costa de sacrificios. ¡Qué lástima que poseyendo un remedio de tanta valía no usemos debidamente de Él para nuestras dolencias espirituales. «Culpa es de los fieles, dice la Virgen Sma., no atender á este Misterio, y valerse de su virtud infinita para todas sus necesidades y trabajos que para su remedio ordenó mi Hijo Smo. (1)».

Y á la verdad, nuestro acierto está en buscar la salud donde se encuentre; y Jesucristo nos la brinda desde el Sagrario y desde la Comunión santa. Acerquémonos á estos saludables lugares, á este probado Síloe, y el Redentor mismo será quien nos bañe en sus regeneradoras aguas y nos devuelva una salud completa.

EJEMPLO

Cierto mancebo, refiere Paulo Berrí, (2) estaba tentado gravemente de lujuria. Queriéndose librar de tan molesta tentación, apeló á varios medios, que resultando inútiles, por consejo de su Confesor y en atención á

(1) Mist. C. de Dios, II. Part. n.º 260.

(2) Trat. 6.

la Doctrina del Apóstol tomó la resolución de casarse. En el matrimonio, no obstante, si bien se mitigó la violenta pasión, tuvo que sufrir horribles trabajos. Al cabo de algún tiempo enviudó y toda aquella antigua lucha del apetito desordenado reapareció en el joven; pero, vuelto á aconsejarse con un sacerdote, comenzó á frecuentar la Santa Eucaristía, y al propio tiempo empezó á sentir en el alma tal quietud y sosiego, tanta paz y dulzura, que, suspirando, decía: ¡Ah! para qué me casé nunca? cómo no hallé en mi primer batalla quien me aconsejara esta divina frecuencia? ¡Ah! si desde aquel tiempo hubiera yo hallado un confesor que me hubiera recetado este medicamento, ni yo hubiera perdido tanto tiempo, y fuera hoy quizá compañero de los ángeles.

Pero ¡imposible! A la manera que la luz se abre paso por algún pequeño resquicio del lugar donde está encubierta, así los milagros eucarísticos de Lourdes se abren paso por todas las fronteras y por todas las conciencias sensatas, no obstante los titánicos esfuerzos de los racionalistas que impedirselo quieren.

Como Jesucristo es omnipotente, su acción se difunde sobre todos los órdenes de la vida humana. Y así no es extraño que habiendo sido en su mortal carrera sabio médico del alma lo fuese también del cuerpo: como tampoco causa admiración que, siendo desde el Sacramento del altar médico y medicina eficaz del espíritu, prolongue esta misma labor en cuanto concierne á las enfermedades corporales del hombre. Por cierto; esta verdad importante no causa, no puede causar admiración al cristiano que conoce á fondo las leyes divinas; pero sí puede causarla y de hecho lo es así respecto del cristiano tibio y disipado y sobre todo del indiferente y malvado.

Nuestro deber consiste en desmenuzar las objeciones que contra semejante doctrina puedan oponerse, para levantar sobre sus asquerosas ruinas el soberbio edificio del dogma católico, reforzado con los extraordinarios favores que el Dios de la Hostia dispensa en la gruta lourdana. Á este fin distribuiré el asunto en dos partes: 1.^a *Jesucristo, durante su peregrinación por el mundo, fué médico sapientísimo del cuerpo.* 2.^a *También lo es en su carrera eucarística, y más principalmente en nuestros tiempos de osado ateísmo; por lo cual conviene demostrar nuestra fe y confianza en la santa Eucaristía.*

§. I.

2. Para el que por medio de ángeles toca los montes y humean (1), y da una vara á Moisés para que obre estupendos milagros (2) y son obrados á discreción, mucho más podrá por sí mismo tocar las enfermedades corporales y

(1) Ps. CIII, 32.

(2) Exod., IV, 17.

XVI

Jesucristo Sacramentado, Médico del cuerpo.

Maravillas eucarísticas de Lourdes.

Ego veniam et curabo eum.
Yo iré y le curaré.

MATH. VIII, 7.

1. Cuando comienzan á negarse las verdades más palpables y rudimentarias, precisa que el ministro de Jesucristo no se duerma con la esperanza de que la mayoría de los católicos creen ciegamente los dogmas de referencia, porque ciertamente, los males deben atajarse radicalmente en sus principios. No es que en nuestros días se nieguen ya solamente los Sacramentos de la Iglesia; es que se pretende negar la divinidad misma de Jesucristo y hasta el poder absoluto del Excelso. Mas, los que á esto se atreven no piensan que cuanto más fundamental sea el dogma que rechazan tanto más dan á conocer su gran demencia. Hoy, con motivo de los prodigios eucarísticos realizados en Lourdes, la impiedad ha intentado entrar en doloso convenio con la ciencia para que la acompañe en su labor antirreligiosa, y se ha valido de todos los medios humanos para cubrir con la imponente losa del silencio los fulgores que por todas partes despiden las maravillas obradas en aquel monte, santificado con la presencia de la Madre de Dios.

extirparlas, y realizar con este respecto prodigios sin cuento. Un pobre ciego que de pie en el camino de Jericó imploraba limosna, sabe que en medio de inmenso tropel de gente pasa el Salvador; con este motivo levanta su voz, y poseído de gran fe, exclama:— Jesús, hijo de David, tened misericordia de mí.— Acercóse el Redentor al desgraciado— ¿qué es lo que pretendes?— le interroga.— Señor, quería ver— responde; é inmediatamente cobró hermosa vista (1). El Centurión le expone que tiene un criado paráltico á quien desearía ver sano.— Anda, le dice Jesús, y hágase conforme tu petición.— En el mismo momento el criado quedó perfectamente curado (2). Los parientes de S. Pedro le declaran que la suegra de éste se halla atacada de fuertes calenturas. Jesús entra en la modesta casa de la doliente; extiende su prodigiosa mano sobre ella y queda al instante libre de la terrible afección (2). Un inundo leproso solicita su curación completa, y de pronto queda purificado del asqueroso contagio (2). Cierta pobre mujer oye al Salvador anunciar la divina palabra; se acerca á Él con gran confianza y toca sus vestidos sagrados, con la esperanza de quedar sana del persistente flujo de sangre que hacía años venía padeciendo. Nuestro Señor, que escucha los ayes del alma, conoce la petición de la enferma, y dejando salir poderosa virtud de sí mismo, la sana (3). Pero, qué..! sería cuestión de nunca acabar si hubiera de referir las circunstancias que acompañaron á los milagros que obró el Salvador sanando las corporales enfermedades. Como último retoque á este bello cuadro no dejaré de transcribir las mismas palabras del evangelista: «Los ciegos ven, los sordos oyen, los mudos hablan, los cojos andan, los paráliticos están ágiles, los endemoniados quedan libres y hasta los muertos resucitan (4)». Expresivas frases que hablan elocuentemente á favor del oficio de Médico que practicó Jesús para con toda clase de enfermos del cuerpo. San

(1) Luc. XVIII.

(2) Math. VIII.

(3) Luc. VIII.

(4) Math. XI, 5.

Mateo y S. Lucas (1) consignan en último término que á la caída de la tarde eran presentados al Hombre Dios toda suerte de padecidos, los cuales, mediante la imposición de las omnipotentes manos, quedaban sanos.

3. ¡Cuán bueno es Jesús! Vino á este mundo para reparar las consecuencias fatales del pecado, y su misericordia llegó á tal extremo que sanaba también las dolencias corporales. «Nos amó con caridad ilimitada (2)». El anciano encorvado bajo el peso de sus años, la viuda enlutada y llorosa, el niño descalzo y hambriento y el infeliz que se arrastra por las calles implorando clemencia, hallan en Jesús el mejor amigo juntamente con el sabio Médico. «Pasó haciendo bien (3)». El evangelista no podía expresar más ni mejor respecto de Jesús; porque ciertamente, Jesucristo se deslizó mansamente por este mundo, sembrado de ingraticudes, practicando el bien á todos los hombres y en todos los órdenes de miserias; pero lo más sorprendente no es esto; lo que maravilla sobremanera son las circunstancias que acompañaron algunas veces al Redentor obrando prodigios curativos. Sana al criado del pontífice en ocasión que aquél intenta prenderle. Abre los ojos del ciego Longinos después que éste le atraviesa el corazón con la acerada lanza. ¡Ah! ¡Qué contrastes tan sublimes! Jesucristo ejerciendo el ministerio de Médico, al propio tiempo que los dolientes que le necesitan le persiguen y atormentan.

§. II.

1. Al llegar á este lugar aumenta nuestra curiosidad por saber si en efecto Jesucristo Sacramentado prosigue los mismos ejercicios en beneficio de los hombres. Omitamos lo que S. Agustín y S. Bernardo nos aseguran de milagrosas curaciones realizadas al contacto de la parte doliente con la Hostia santa. Esto podría quizá dudarlo el relajado cristiano, ó negarlo el deísta. Vengamos á otra serie de hechos

(1) Luc., cap. IV.

(2) Jerem. XXXI, 3.

(3) Act. X, 38.

notabilísimos que en este concepto se están realizando en nuestros días, para que aquél tema y se enfervorice, y se convenza éste de la verdad católica.

Nadie ignora que la Francia oficial se ha propuesto lanzar á Jesucristo, no sólo de las escuelas y de las academias y de los tribunales y de las plazas, sino también del hogar doméstico y aun de las conciencias individuales. Lo que trabaja por conseguir unos fines tan inicuos está en la mente de todos, razón por la cual nada he de insinuar respecto del particular. Sin embargo, el Hombre Dios, cuanto más se empeña Francia por maltratarle, tanto más le muestra su misericordia y su amor. Lourdes; el trono campestre de la Inmaculada, vestido de espeso verdor, bordado de lirios silvestres y embalsamado con frescas y ricas esencias, ha venido á ser el punto donde el Omnipotente ha querido en nuestros días manifestar su gloria que, á la manera que las flores esmaltan la pradera, y los frutos el árbol, y las estrellas el cielo, ha sido esmaltada en los montes lourdanos con milagrosas curaciones de enfermos desahuciados. El Hombre Dios Sacramentado debía allí brillar con fulgores más intensos que los de la preciosa custodia eucarística cuando es herida por los rayos del sol. Su amor debía desbordarse extraordinaria y mágicamente desde la santa Hostia, y caer sobre los cuerpos de los pobres enfermos para sanarlos, mejor que la juguetona corriente se desborda allí en las grandes avenidas, para caer en forma de cascadas sobre el valle, al cual fertiliza y fecunda. Los enfermos debían levantarse de sus molestos lechos, arrojar sus muletas y vendajes y entonar á la Eucaristía un ferviente hosanna que repercutiera hondamente en las montañas vecinas, para que en el mismo lugar se cumpliera lo que el evangelio cuenta de N. Señor, que al dar por la tarde su bendición oían los sordos, veían los ciegos, andaban los cojos y sanaban los paralíticos que allí estaban.

5. ¡Qué grande es Dios en sus prodigios! El 22 de Agosto de 1888, por iniciativa de un fervoroso presbítero, salía procesionalmente de la gran basílica el Santísimo Sa-

cramento entre los vítores de la muchedumbre, de la cual formaban parte incontables enfermos. Á medida que avanzaban las filas crecía el entusiasmo de todos los espectadores, quienes, al ver que dos de los enfermos se levantan de su lecho, y se lanzan en pos del Dios de la Eucaristía, bendiciéndolo y alabándolo, desbordaron sus espíritus, traducidos en vítores ensordecedores é himnos de gratitud á la Hostia consagrada. Á partir de este momento, las procesiones sacramentales se repitieron con frecuencia, consiguiendo siempre resultados análogos.

Un médico eminente, el Dr. Boissarie, que presentó en el Congreso eucarístico internacional de Roma una bien razonada Memoria sobre las maravillas eucarísticas de Lourdes, cuenta de la peregrinación nacional de 1897 lo siguiente: «Todas nuestras corporaciones estaban representadas: hospitalidad de la Salud, hospitalidad de Lourdes, todas nuestras órdenes religiosas, mil y quinientos sacerdotes vestidos de sobrepelliz, á los que seguían doscientos cincuenta individuos, objeto de recientes milagros, que desfilaban ante nuestros ojos como una visión celeste... y en la explanada del Rosario, dos mil enfermos, sentados los unos, tendidos los otros, formaban una doble fila, de los cuales quince ó veinte se levantan curados en medio de las nutridas aclamaciones de treinta ó cuarenta mil almas.» Esto afirma el competente doctor; y esto no es más que el perfecto eco por decirlo así del inmenso pueblo, que se agolpa en todas ocasiones sobre la gruta mariana de Lourdes.

6. En la Memoria citada se enumeran cuatro ruidosos milagros allí efectuados, uno de los cuales no puedo menos de referir, según el mismo doctor lo cuenta. Helo aquí: Un pobre infeliz había sido aplastado por el tren, quedando en la situación más deplorable que es dado imaginar. La compañía ferroviaria había sido condenada por el tribunal de Burdeos á pagarle seis mil francos anuales en tanto que viviera; y se juzgaba que sería muy corto el tiempo en que habría de cumplir esta obligación, porque la muerte del pobre obrero no se haría esperar: más parecía en efecto un

espectro, un fantasma que un hombre. Treinta y dos años contaba, y se le habría creído un anciano.

Cediendo á las instancias de su madre, y para salir del hospital, vino á Lourdes, pero sin esperanza.

Mas el 20 de Agosto de 1901 se le da la Comunión con una pequeñísima partícula de la Hostia, porque tenía grandes dificultades para tragar, y he ahí el primer milagro. La fe, dormida en su alma, se despierta viva, una emoción indescriptible se apodera de él; no puede articular palabra, aunque lo intenta, pero ve visiones del cielo...

Á las 4 de la tarde se le lleva en su lecho á recibir la bendición eucarística. Aparece más pálido, más débil, más quebrantado de fuerzas que nunca; diríase que sólo le quedaba un soplo de vida, y hay un instante en que se le juzga próximo á expirar, tanto que se le hubiera retirado de la vista de las gentes á no ser por la insistencia del enfermero, empeñado en que permaneciese en su sitio... Allí se pone, por así decirlo, en contacto con el Dios de la Eucaristía, y cuando esto ha acaecido, dejadme andar, exclama levantándose, y empieza á seguir la procesión á vista de millares de expectadores, que de mil modos expresan su emoción en presencia de aquel muerto resucitado, y que al día siguiente le acompañan á la oficina de comprobación, esto es, al departamento científico establecido en Lourdes para la justificación de los milagros. El protagonista de esta escena de gloria se llamaba Gargan...

7. Interrumpamos ahora la narración de estos maravillosos sucesos, para proferir dos palabras sobre los mismos ante el mundo de la ciencia.

No se me ignora, en efecto, que haya quien afirme que los milagros eucarísticos realizados ante la gruta de Lourdes pueden perfectamente explicarse por las leyes naturales. Se dice que la impresión misma recibida por el enfermo en el líquido de la gruta ó las propiedades particulares de éste podrán influir en la curación de aquél. Que el doliente que no se ha bañado en él, como el protagonista del caso referido, puede en su excitación nerviosa producida

por sus creencias ó por su fanatismo, si se quiere, ó también por lo imponente del espectáculo, señalar diferente curso á la enfermedad que con otras circunstancias favorables causen su curación. Que puede haber también compadrazgo entre los que deseen ser curados, á fin de ser propagadores de la fe católica ó de sí mismos. Mas todos estos argumentos, bien pesados en la balanza de la razón iluminada por la fe, no son más que huecas palabras que nada expresan. Porque, aparte la oficina científica en la que se comprueban las curaciones milagrosas, que se halla á la vista de todo hombre de estudio, está demostrado que por la mera impresión en el agua de la gruta no se cura radicalmente una grave y pertinaz enfermedad, como no se puede curar humanamente por la impresión sola en cualquier agua minero-medicinal, por buena que sea. Además, ¿quién se atreve á asegurar sin exponerse á los anatemas de la ciencia que una excitación nerviosa producida por una creencia, ó por una impresión moral repentina venga á ser el agente curativo de un enfermo desahuciado de los médicos? Viene á causar la excitación en el organismo lo que el café, que en tomando buena dosis de éste se adquiere agilidad, y fuerzas, pero es para perder pronto las pocas que antes se tenían y entrar en un estado de postración más hondo que el de antes. Finalmente; ¿cómo podemos creer que pueda haber compadrazgo con enfermos de todo sexo, de toda edad, de toda dolencia, de toda región y hasta de más ó menos fe arraigada, cuyos actos y cuyas curaciones portentosas están á la vista del público? ¿Quién es el sujeto que haya querido arrostrar la infamia de una parte, y de otra las iras de un pueblo inmenso y de las autoridades? Luego los pretendidos argumentos contra las curaciones milagrosas de Lourdes, no son más que cavilaciones fantásticas de gente imbécil ó malvada.

8. Por el contrario, la fe en Dios ha comenzado á despertar y á emprender allí pasos de gigante. Lourdes es hoy el cenáculo donde cada enfermo y cada expectador es un fervoroso apóstol que sale de allí para predicar la fe del

Catolicismo doquiera fije su residencia. Quien haya presenciado un milagro eucarístico, se remontará sin duda en espíritu á los tiempos de la Redención, y considerará á Jesucristo, pasando por las calles y curando toda clase de dolencias corporales. Lo que sucede en Lourdes, puede perfectamente suceder en nuestra patria y en todo el mundo donde haya un Tabernáculo. Pero precisa una gran fe y una confianza ilimitada en Jesucristo Sacramentado. Y aunque es evidente que Nuestro Señor puede en un punto dispensar sus gracias con más abundancia que en otras partes, y hasta en un mismo lugar puede dispensarlas á unos y negarlas á los demás; pero, ¿quién podrá negar que Él está dispuesto á favorecernos en todo lugar y en todo momento? Si tuviéreis fe como un grano de mostaza, podríais obrar milagros, dice el Salvador. Nosotros, pues, en presencia de unos sucesos tan maravillosos, que demuestran el poder y el amor de Jesucristo Sacramentado, debemos reanimar nuestra fe y confianza en la santa Eucaristía, y pedir la fortifique nuestra alma contra los asaltos de sus enemigos, y conforte nuestro cuerpo para servirla mejor, y sea nuestra vida un preámbulo de lo que debe ser en la eternidad.

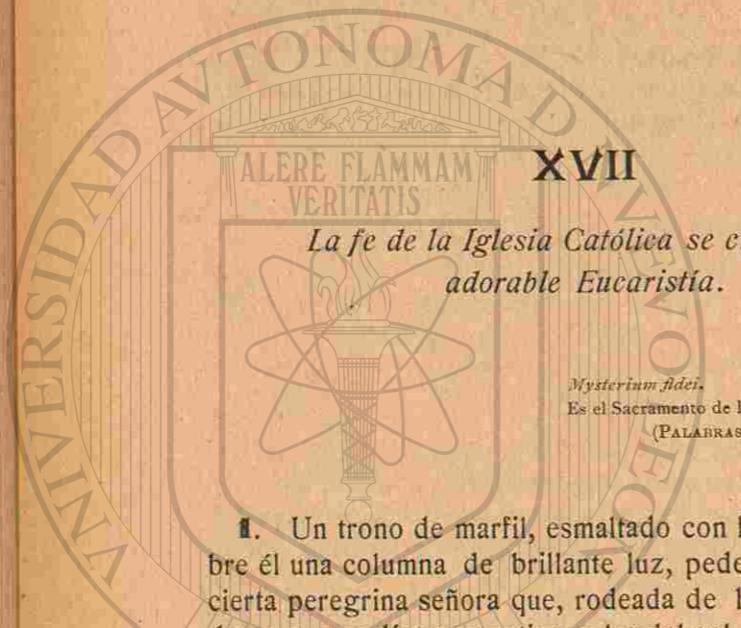
EJEMPLO

«Á cosa de las cuatro de la tarde comienza la procesión con el Santísimo Sacramento. Á ella acuden, no sólo los peregrinos, sin faltar uno, sino también la ciudad en masa de Lourdes. Á medida que la procesión se interna entre las filas de los enfermos, la fe de aquel pueblo, convenientemente preparado con actos de contrición, humildad y penitencia, se agiganta y toma tales proporciones que llegan á hablar con Jesús Sacramentado lo mismo que si le viesen en carne mortal.—«Jesús, Hijo de David, exclaman, tened piedad de nosotros. Señor, si queréis, Vos nos podéis sanar. Jesús, curad nuestros enfermos.» Y nuestro bendito Salvador, en su infinita misericordia, escucha estos acentos y los milagros se suceden con prodigiosa frecuencia. El pueblo con estos hechos aumenta en confianza, ora con más entusiasmo, se amotina y parece querer arrebatarse el Sacramento de las manos del sacerdote para estrecharle contra su pecho. ¡Qué actos de amor, qué súplicas, qué fe más prodigiosa! En toda esta

procesión, amigo mío, es imposible contener el llanto, y el más empedernido pecador y el incrédulo más rabioso es preciso que se rindan ante la grandeza de tales prodigios. Lloro el barbudo y grave caballero lo mismo que la mujercilla más tierna, el sacerdote lo mismo que el secular, el anciano lo mismo que el niño, y todos, todos rezan con verdadera esperanza de ser oídos, todos se interesan por los enfermos, y la fe y oración de todos unidos alcanzan de Jesús grandes milagros. Momentos hay en que es punto menos que imposible contener al pueblo, que compacto se abalanza hacia el Sacramento; ya no hay sacerdote que pueda dirigir aquellos ánimos enervorizados: de entre la misma plebe llegan á oírse voces de ardiente oración, que el pueblo contesta entusiasmado.—«Señor, dicen, que después que estén sanos os servirán. Jesús, curad nuestros enfermos.» ¡Bello desorden, amigo mío; sublime cuadro! Y Jesús se complace en este desorden y los milagros continúan.... Entonces parece decir Jesús á quienes los presencian lo que en otro tiempo á los discípulos de Juan.—«Id, y decid á todo el mundo que los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos sanan, los sordos oyen, los muertos á la vida de la verdad y de la gracia resucitan, los pobres son evangelizados, y feliz el que no se escandalizare de Mí (Luc. vii).»

«Aquí quisiera yo ver, amigo mío, á todos los que por ignorancia ó por malicia niegan la verdad de los milagros, de los verdaderos milagros, ó para desvirtuar el argumento incontrastable que de ellos se deduce en favor de la Religión católica, única que los ostenta, recurren á todo género de subterfugios y explicaciones especiosas. ¿Qué dirían cuando viesen por sus propios ojos que el que momentos antes yacía en su lecho, desahuciado ya de todos los médicos, de repente, sin darse él mismo cuenta de lo que le ha sucedido, se encuentra sano y bueno como si nunca hubiese padecido la menor enfermedad? ¿Qué de aquél que, sordo y mudo de nacimiento, en un abrir y cerrar de ojos empieza por taparse los oídos, que extrañan el ruido fuerte que notan cerca de sí, y por soltar su lengua pronunciando los santos nombres de Jesús y de María?....

«Tarea demasiado larga, amigo mío, sería para mí si hubiese de relatar á V. uno por uno, con todas sus circunstancias, los milagros que el Señor, por intercesión de su bendita Madre, María Inmaculada, ha obrado este año en Nuestra Señora de Lourdes. Á sesenta y nueve ascienden los comprobados por médicos de reconocida experiencia, y algunos de ellos nada afectos al catolicismo. Si V. quiere verlos reseñados minuciosamente, puede consultar los respectivos números de *La Croix* y *Le Pèlerin*, periódicos, diario el uno y semanal el otro, que publican en París los Padres Agustinos de la Asunción.—*Escenas de Lourdes* por el P. Fr. Eustasio Esteban, dirigidas á un amigo suyo é insertas en *La Ciudad de Dios*.



ALERE FLAMMAM VERITATIS XVII

La fe de la Iglesia Católica se cifra en la adorable Eucaristía.

1. Un trono de marfil, esmaltado con finísimo oro, y sobre él una columna de brillante luz, pedestal magnífico de cierta peregrina señora que, rodeada de hermosos resplandores que podían competir con los del sol, vendados los ojos con nivea cinta de seda, ostentando en su blanco pecho la imagen del rey de los astros, sosteniendo en el brazo derecho el símbolo de la Redención, y en la propia mano un valioso anillo é inmarcesible corona, y asiendo con la izquierda una cadena de bruñido oro, al pie de la cual se destacaban con gruesos caracteres: *este es dichoso y dulce cautiverio*, he aquí simbolizada la Fe divina, la Fe del cristiano.

2. Mas es preciso que tantos y tan bellos geroglíficos de la primera virtud teologal, sean explicados para poder contemplar de un solo golpe de vista el diseño que acabo de proponer. Ese trono de marfil, adornado de preciosos esmaltes, denota las inestimables riquezas que adquiere el hombre con la sobrenatural virtud de la Fe. Esa columna de luz es figura del fundamento espiritual, porque la Fe sustenta la fábrica del alma; y es de luz, para mostrar que la

Mysterium fidei.
Es el Sacramento de la Fe.
(PALABRAS CONSAGRATORIAS.)

fe, cual luminoso faro, guía al mortal por las oscuras sendas de la vida. Esa peregrina señora tiene vendados los ojos para dar á entender que los misterios de la fe católica se han de creer á ciegas, puesto que Dios, que no puede engañarse, los ha revelado. La simbólica señora ostenta el sol en el pecho, porque, efectivamente, la fe divina, á la manera que el rey de los astros, alumbra todo el mundo. Sostiene con el brazo derecho la cruz, porque el misterio de la Redención es la base del Cristianismo al cual abraza, como á lo que más aprecia. La corona y anillo de oro que lleva en la propia mano son un emblema del feliz desposorio del alma con Jesucristo. Finalmente, la áurea cadena, que tiene asida de la mano izquierda, y que cautiva la luz del mediodía, es símbolo adecuado de la fe cautivando á la razón, pero sin violentarla; de ahí aquellas palabras gráficas: «Éste es dichoso y dulce cautiverio».

¡Qué bello es el cuadro de la fe católica! Atrae por su hermosura, y encanta por su grandiosidad. La fe es un terso y limpio velo que cubre la realidad, pero que la vislumbra; es un medio de separación entre la realidad y nuestra inteligencia, pero que une á ambas por medio de la autoridad divina.

3. Poseemos un Misterio que en cierto modo contiene toda la fe del Catolicismo; porque todo cuanto en el Catolicismo existe, incluso él mismo y la fe misma, converge á Él. Para creerlo nos es necesaria más fe que para asentir á los demás misterios de la Iglesia; más aún: se necesita toda la fe que nos es indispensable para creer los demás arcanos divinos. Es un sacramento de la fe. *Mysterium fidei*; misterio que no sólo aumenta la fe en el cristiano, sino que se la proporciona. Por esta razón, á medida de la preparación del alma para recibir este Sacramento, se obtendrá la fe, de suerte que á mayor disposición, mayor fe, y por consiguiente, á mayor fe, se conseguirán mayor número de gracias.

¡Bellísimo Sacramento en el que se compendia la creación, el hombre, la Iglesia y hasta, si me es permitida la expresión, Dios mismo! No es sólo gracioso epílogo de los

bellos encantos de la naturaleza, con sus armónicas leyes, pues las supera; no es sólo perfecto boceto del hombre con sus fuerzas físico-intelectuales, pues es un Hombre-Dios quien en Él está presente; no es sólo gran resumen de los dogmas y del culto y de la disciplina de la Iglesia, pues de Él parte una poderosa corriente de vida que vigoriza esta disciplina y este culto y estos dogmas en grado admirable, sino que también es cifra hermosísima de la Divinidad misma, donde esta Divinidad siendo inmensa, se condensa, por decirlo así; siendo infinita, se limita á lugar reducido; siendo omnipotente, se manifiesta sin fuerza alguna: es la Eucaristía suma grande, no sólo de todos los milagros, pero hasta del Todopoderoso que los obra.

En efecto: el Sacramento de la Eucaristía contiene en cierto modo toda la fe del Catolicismo, y por esta razón, demostraré: 1.º Que *nuestra fe se compendia en el Sacramento del Altar*. 2.º Que *para creer en este Sacramento y, por consiguiente, para recibirlo nos es necesario mayor grado de fe que para los demás Misterios*. 3.º Que *por modo especial recibimos la fe de la Eucaristía; y en tanto recibiremos mayores gracias en cuanto comulgemos con mayor fe*.

§. I.

He expuesto en otro lugar que los seis admirables sacramento de la Iglesia han sido establecidos en orden á la Divina Eucaristía; que todos ellos giran como en derredor de Él y le dan corte; que los mismos, en una palabra, sirven al Sacramento del Altar; y ahora para mayor abundamiento aduzco la autoridad del Angélico, el cual afirma que la Eucaristía contiene en cierto modo los demás sacramentos.

¶ Pero si ahora fuéramos discurrendo por cada uno de los artículos de nuestra Religión augusta ¿no deduciríamos que todos ellos están contenidos en el soberano Misterio de la Fe? Algunas ideas he apuntado en el exordio, manifestando que la Divinidad con todos sus relevantes atributos está contenida por admirable modo en la Santa Eucaris-

ristía; los Misterios de la Encarnación y Redención están de igual modo cifrados en el Dios-Hombre del Sagrario. Si buscáis en la Eucaristía la fe de la Ascensión de Cristo á los cielos y su residencia á la diestra de Dios Padre, recordad que Ella es prenda de la gloria futura á donde los justos serán exaltados, según lo fué el Príncipe de los muertos; si indagáis el dogma del Espíritu Santo, no ignoráis que en ese Sacramento están por inseparable acompañamiento las tres divinas Personas de la Trinidad Santísima; si me preguntáis acerca de la Comunión de los santos os diré que la Eucaristía es precisamente el punto en donde todos los justos se reúnen, el centro de donde se deriva la santidad, y la farmacia donde se elaboran los bienaventurados; si deseáis saber respecto al Perdón de los pecados, la Eucaristía es la causa que impele á frecuentar el Tribunal de la penitencia, y Ella misma perdona los veniales y precave de los mortales; si queréis que os diga de qué manera contiene la fe de la Resurrección de la carne, la Eucaristía es medicamento de la inmortalidad y germen de la resurrección de los muertos, por Ella resucitaremos un día; y si anheláis conocer si contiene el dogma de la Vida perdurable os diré que la Eucaristía es la sólida grada por donde se sube al paraíso de goces imponderables, ya que en la eternidad gozaremos sin celajes al mismo que gozamos velado en la Eucaristía.

Pero nada he dicho de si contiene el artículo: creo en la Iglesia Católica. Precisamente éste es el peculiar dogma sobre el cual deseaba llamar la atención. Aquí suceden dos cosas opuestas, pero semejantes en el modo, á saber: que la Eucaristía contiene este artículo de la fe como á todos los demás, y que dicho artículo contiene el de la Eucaristía. Respecto de lo primero, hemos averiguado que la Eucaristía contiene todos los dogmas católicos, y como creer dichos dogmas es creer en la Iglesia Católica Romana, resulta que el Sacramento del Altar abraza este artículo. Respecto de lo segundo, sabemos que la Iglesia no tiene formulado en ninguno de los tres símbolos, artículo de fe explícita

sobre el Sacramento de la Eucaristía en particular; pero el que cree en la Iglesia Católica, cree también en todos los dogmas que Ella profesa; y como la Iglesia profesa el Misterio del Altar, resulta que el dogma de la creencia en la Iglesia Católica, contiene el de la S. Eucaristía.

Por lo tanto, este admirable Sacramento abraza la fe del Catolicismo; toda ella se contiene bellamente en la Hostia consagrada; toda ella se resume en Jesucristo Sacramentado.

§. II.

5. Mas, para creer en este Sacramento, y por consiguiente para recibirlo, nos es necesario mayor grado de fe que para creer y recibir los demás sacramentos. *Mysterium fidei*, pronuncian los ministros del Señor al consagrar el cáliz litúrgico. Todos los sacramentos, en efecto, todos los dogmas de la Iglesia Católica son de fe, de tal manera que negar uno sólo sería apostatar horriblemente del dogma católico, ya que la fe de Jesucristo es indivisible; pero entre todos los dogmas se halla el de la Eucaristía, á quien la Esposa del immaculado Cordero denomina con el precioso título de Misterio de la fe. Es así que lleva ventaja á todos los demás en el ser y en la manera de creerlo: en el ser, porque en Él está realmente presente el mismo Autor de la vida con toda su gloria inefable; y en la manera de creerlo, porque aquí creemos contra lo mismo que percibimos, mientras que en los demás misterios creemos solamente lo que no vemos. No vemos el misterio de la adorable Trinidad, y sin embargo, lo creemos; pero en la Eucaristía percibimos pan, percibimos vino y no son tales substancias sino Cuerpo y Sangre de Jesucristo; por lo tanto, para creer en este Sacramento hay que humillar más la razón, hay que tener mayor fuerza de voluntad á fin de creer en la palabra del Señor; se necesita mayor grado de fe, y existe por consiguiente en ello mayor mérito. Los ojos se engañan muchas veces en lo que está bajo el imperio de estos sentidos. Dice Plinio (1) que Zeuxis pintó tan al vivo unas uvas, y pare-

(1) Lib. 35, cap. 10.

cían tan propias que, engañado, voló á picarlas un pájaro. Pintó también Rubens á Clara Eugenia, archiduquesa de Austria, tan al natural que puesto en lugar algo obscuro, al descubrirlo, el archiduque Alberto su marido se llegó contento á saludarla. Empero ni en uno ni otro caso era realmente lo que se veía: los ojos se habían engañado. Si así es, ¿qué mucho se engañen en un Misterio dibujado, no ya por cualquier pintor terreno, sino por el mismo Dios, artífice perfecto? ¿Qué mucho será que vean pan y no sea pan, que vean vino y no sea vino? Y como el Omnipotente, no sólo ejerce poderoso imperio sobre los sentidos, sino más propiamente sobre el espíritu, de ahí que hable más á la razón que á los ojos, y por consiguiente haga que en este Sacramento se humillen no ya los ojos, sino la razón misma.

6. He insinuado que en el Misterio de la Eucaristía poseemos un medio de adquirir infinitos méritos merced á la fe que se necesita para creerlo; y en efecto: tanta mayor fe se necesita para creer un misterio cuanto más profundo sea, cuanto más inaccesible á la razón se halle. Ahora bien; el Sacramento de que ahora nos ocupamos es el Misterio de los misterios, el máximo de los sacramentos, por lo cual dice el Catecismo de S. Pío V (1) que no existe ningún sacramento en la Iglesia que pueda compararse con éste; por consiguiente, al hacerse más fuerza la razón y los sentidos para creer en Él, es evidente que alcanzarán mayor mérito; si nos llegásemos á este Sacramento con la gran fe de Abraham obtendríamos muchas más gracias que las que ordinariamente logramos.

Asimismo, nos obliga á tener en este Sacramento Santísimo mayor fe que en los demás, porque veneramos y vemos y recibimos y administramos y usamos con más frecuencia este celestial Misterio que los restantes; de aquí se sigue que aquello con lo cual nos rozamos con frecuencia suele al cabo de algún tiempo sernos tan familiar que no hacemos de

(1) Pars. II, cap. IV; p. I.

ello el aprecio conveniente; las cosas divinas, que se hallan en posesión nuestra, no están exentas de estas duras trabas. Vemos en efecto al adorable Sacramento en el sagrario, en diversos copones, en diferentes templos, por las calles, en las casas particulares, cuando se celebra el Sto. Sacrificio; y esto un día y otro día, y siempre; al propio tiempo oímos las blasfemias, observamos las irreverencias, las profanaciones, los sacrilegios que se irrogan á este Divino Sacramento, y aquello engendra familiaridad y esto induce al menosprecio por más que nuestro espíritu esté fortificado con una gran dosis de fe. De suerte que si no queremos dejarnos llevar de esta fatal corriente, que al abismo conduce, es indispensable que para venerar y usar el Sacramento del Altar tengamos gran fe, insuperable, mayor que la necesaria para los demás dogmas. Recibimos la Eucaristía y no percibimos más que los accidentes: preciso es, pues, que tengamos robusta fe para creer como se debe que en Ella está permanentemente el Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo. La carencia de semejante fe en el pueblo cristiano es la causa de no comulgar con fervor, siendo esto al propio tiempo el motivo de que no se obtenga de las comuniones casi ningún fruto.

7. Es tan superior y tan sobre toda ponderación este venerable Sacramento, que si queremos percibir algo de Él por los sentidos, echamos á perder la obra más grande que inventara Dios para nuestro provecho. Para hacerlo como connatural á nuestra alma, para sentirlo espiritualmente, es preciso estar dotado de una fe más que ordinaria, porque con fe mediana podría llegar el caso de exclamar con los cafarnaítas: «Duras son estas palabras, y ¿quién las puede oír?» Habían entendido aquellos miserables que Jesucristo quería darles á comer su Cuerpo y á beber su Sangre de un modo carnal y ordinario, cual si comieran las viandas corporales; no creían que Cristo pudiera dárselos de otro modo más admirable y conveniente. Por eso dijo el Apóstol, que entender según la carne, muerte es; y S. Agustín (1)

(1) Tract. 27, in Joan.

añadió, que si los cafarnaítas hubiesen reflexionado un poco más, si no hubieran tenido prevención contra los milagros del Salvador, hubieran entendido que Cristo podía darles efectivamente á comer su carne, pues Él aseguró que en esta comida está la vida eterna.

8. Y qué: ¿no podía acontecer otro tanto á los cristianos de poca fe, de una fe mediana? La fe entra por el oído, y si el oído no escucha repetidas veces los dogmas, podrá llegar el caso de olvidarlos; y en tal estado, ó próximamente á él, se hallan aquellos tibios cristianos que no van jamás al sermón, ó asisten únicamente á los de compromiso; aquéllos que no leen nunca un libro espiritual, ó que comulgan una sola vez al año...; ¿con qué fe pretenden éstos comulgar? y si no hay fe, ¿con qué fervor? y si no hay fervor, ¿para qué se acercarán á la Sagrada Mesa? Muchos de estos malos cristianos comulgarán repitiendo las palabras de los cafarnaítas. ¿Por qué los herejes no creen en este Misterio? Porque lo juzgan según la carne, según los sentidos, y esto propio puede acontecer á los mencionados cristianos. Gran fe, no hay que dudarlo, necesitamos para creer y recibir la S. Eucaristía.

Si los discípulos de Cristo, continúa S. Agustín, tuvieron por duras sus palabras, ¿cómo las tendrán sus enemigos? Católicos: si los que se honran de discípulos de Jesús tienen por duras sus palabras, si se acercan á comulgar tibiamente, por rutina, compromiso ó vanidad, ¿cómo procederán los herejes, los perversos cristianos, verdaderos enemigos de Cristo? ¡Ah! Fijaos por un momento en el horroroso cuadro donde salen á plaza tantos desgraciados herejes, seres de torva mirada, de criminal proceder, sin caridad para con sus prójimos, con una conciencia negra que les gangrena lentamente, con una tristeza en el rostro que les distingue perfectamente de los buenos católicos. Y todo, ¿por qué? pues porque perdieron la fe. ¡Dios no permita lleguemos nosotros á tan horrible trance; mas yo me temo que á muchos cristianos tibios llegue esa hora fatal! Hay quien se lamenta de que esos herejes escandalizan con su depravada conducta á los

sencillos, á los inocentes, y no llega el caso de lamentarse de la tibieza con que se comulga, é ídem del escándalo que se da á los fervorosos. Quejémonos también de nuestro proceder, si es tibio, y pensemos que, según él, Jesús es profanado en el Sacramento, y no seamos causa de que los herejes se confirmen en sus perversas costumbres.

En la Eucaristía, no obstante, poseemos el remedio de tanto mal. Pidamos gran fe, porque de lo contrario estamos en el fondo del abismo: sin fe, ni hay esperanza, ni caridad, ni virtud cristiana; con la fe puede haber esperanza de salvación, aun cuando alguna vez por desgracia flaqueen las obras. Recordemos que la fe suple el defecto de los sentidos, y aunque veamos que el corazón no se mueve, tengamos fe viva, que ella afianzará el alma. *Ad firmandum cor sincerum, sola fides sufficit* (1).

§. III.

Acabamos de ver que, para creer y recibir la Santa Eucaristía, necesitamos mayor grado de fe que para creer los demás misterios: ahora nos ocuparemos de que por especial modo recibimos la fe del Sacramento Santísimo.

9. La fe, como virtud necesaria para la salvación, es, según el Concilio Vaticano, un don sobrenatural por el cual, inspirando y ayudando la gracia de Dios, creemos ser verdaderas todas las cosas por Él reveladas á su Iglesia, no por las razones en que puedan fundarse, sino precisamente por la autoridad de Dios que ni puede engañar ni ser engañado (2). La fe se concede ordinariamente mediante el bautismo y se robustece con la confirmación; y si no se posee, porque uno no hubiere sido bautizado ó porque se perdió con la negación formal de un solo artículo de fe, puede recuperarse extraordinariamente con la gracia de Dios. De todos modos es virtud sobrenatural (3), necesaria absolutamente á todo hombre si pretende salvarse (4), y el prin-

(1) Himno de las Vísperas del Corpus.

(2) Const. Dei Filius, cap. II.

(3) Ephes. II, 8.

(4) Heb. XI, 6.

cipio, el fundamento y la raíz de toda justificación (1). Mas para que esta virtud teologal sea perfecta es preciso que sea habitual, es decir, que vaya acompañada de repetición de actos de fe, y que sea además viva, esto es: que la acompañe la observancia de los preceptos divinos, porque la fe sin las obras es una fe muerta (2).

10. Pero bien; esta fe, de tanta importancia para nosotros y que con tanta facilidad podemos perder, se conserva y acrecienta y hasta en algún caso se puede hacer revivir con el uso del adorable Sacramento del Altar; porque si, como he demostrado, para recibir este Misterio se exige de nosotros gran fe, también lo es que Él otorga no sólo esa virtud, sino que la aumenta. La fe habitual es un don de Dios gratuito, y una vez dado puede ser rechazado por el que le recibe, lo cual es necesario á fin de que todo hombre crea libremente. Esta fe habitual, por lo tanto, es la que aumenta el Divino Sacramento cuando entra en el alma por la sacramental Comunión. Jesús, en este acto, se enlaza, por decirlo así, con la criatura y le aumenta todas las virtudes; pero en especial le da un grado más de fe para que crea firmemente aquello que recibe y lo confiese con las palabras y las obras. Y si el Señor acostumbra no dejar vacía el alma cuando con ella se comunica, y además es Sacramento que pide fe robusta, con muchísima razón la concederá. Decía Sta. María Magdalena de Pazzis que una sola Comunión bastaba para hacer santa á un alma; y si en esto no hay lugar á duda alguna, ¿cómo, siendo la fe principio y fundamento de la vida cristiana, no ha de brotar y florecer en la persona que comulga, con objeto de que sea la matriz de las demás virtudes que se necesitan para perfeccionar al cristiano? y si una Comunión basta para hacer santa á un alma, ¿qué harán tantas comuniones bien practicadas? Puede asegurarse que si un cristiano comulgase diariamente con fervor, jamás le faltaría la fe y nunca sucumbiría á tentación alguna contra esta virtud primaria. Esta aseveración es de-

(1) Trid. Sess VI cap. 8.

(2) Jacob. II, 26.

ducida del ejemplo de los mártires y de los confesores; y además razonable, porque de la Eucaristía y del que la recibe huyen los espíritus malos, la carne queda mortificada y la voluntad enardecida en el amor de Jesús: tres motivos poderosísimos para que toda persona cristiana no sucumba á la tentación. Existen gracias y aumentos de gracias que el Salvador quiere derramar únicamente por los medios establecidos por Él; á este fin, muchas mercedes que nos otorga en la Comunión y el aumento de otras, no las concedería si el cristiano no comulgase. La fe, pues, es una gracia de las de esta segunda especie; y la razón la he apuntado ya, á saber: que, como la divina Eucaristía es Sacramento de la fe, el Señor concede esta virtud para que los que comulguen, no sólo obtengan de la Comunión los frutos debidos, sino también para que les sirva de disposición grande, á fin de recibirle de nuevo.

¶. Consiguientemente, en tanto recibiremos mayores gracias, en cuanto nos acerquemos al Sacramento con mayor fe. Los maestros de la vida espiritual sostienen que Dios concede sus dones á proporción de las disposiciones del alma. S. Bernardo afirma que quien posee gran fe es merecedor de muchas gracias; lo cual se observa con más claridad cuando se trata del Sacramento de la Eucaristía, porque si existe pureza de conciencia y fervor en quien lo recibe, sus efectos son maravillosos. El Concilio de Trento (1) llega á decir que cuando comulga el cristiano, no solamente recibe mayores dones por el mayor mérito de sus obras buenas, sino que la gracia que otorga este Sacramento por institución divina será mayor cuanto mayor fuere su preparación.

Esto supuesto, lo primero que exige este Misterio es fe, porque sin ella, á más de no recibirse por la Comunión gracia alguna, firmaría uno el decreto de su propia condenación. Un gran mal se nota en muchos cristianos: consiste en que no se actúan en la fe antes de comulgar, sino que se llegan al Altar sin meditar actualmente lo que van á recibir, de

(1) Sess. 27.

ahí que muchas veces comulguen con disipación, y hasta se exponen á profanar el Sacramento.

¿Pero se piensa acaso que de esta manera y con estas tibias disposiciones el Señor irá con gusto al alma? No se engañen los ilusos: si hay poca fe, raros serán los dones que Dios dispense, porque á proporción de aquélla otorga sus mercedes. Si no se tiene, es menester pedirla al Señor, porque de tal manera hemos de creer que N. S. Jesucristo está real y verdaderamente presente en la Sagrada Hostia como si lo viéramos con los ojos corporales. Tener gran fe es tener la de S. Luis, rey de Francia, que pudiendo percibir corporalmente á Cristo presente en la Hostia, no lo quiso ver, añadiendo que á él le bastaba la Fe de la Iglesia; tener gran fe es creer firmemente en las palabras del Señor, que aseguran que el que come el Cuerpo del Señor permanece en Él, y persuadirse que así sea, y hasta gozarse con Él cuando le reciba; tener gran fe es convencerse que todo un Dios infinito, omnipotente y santo entra en el alma, aunque indigna de este beneficio, y humillarse al verse juntamente con ese Dios inmenso; tener gran fe es, finalmente, verle con los ojos del alma y percibirle con los sentidos espirituales, de suerte que sienta el alma incorporarse á Jesucristo, transformarse en Él y llevar su misma vida.

Pero se dirá que estos efectos resultan más bien del amor que se profesa á Jesucristo; y yo podría responder con el axioma de los filósofos: No se puede querer lo que no se conoce de antemano. Así, pues, yo no puedo amar á Cristo si antes no le conozco por la fe sobrenatural; y por más que se puede creer en Él, por más que se le puede conocer sin amarle, no obstante el que conoce ha dado el gigantesco paso para amar; por eso ordinariamente el que conoce bien, bien ama, y quien mucho conoce, mucho aprecia, y quien más conoce más ama.

¶. Manifestó la Virgen Sma. á la V. María de Ágreda (1), que si los profesores de la Religión Católica aplica-

(1) Mística C. de Dios, 2.^a part., núm. 1260.

sen la fe viva para entender en la divina luz y su felicidad en tener consigo á Dios eterno Sacramentado... nada les quedaba que desear ni que temer en este destierro». Si nos actuásemos en esta fe grande de que nos ocupamos, antes y despues de la Comunión, alcanzaríamos los dones que promete la Emperatriz de los cielos. Tengamos fervientes deseos de poseerla, y solicitémosla del Sacramento Smo.

No digamos una palabra de aquellos siervos de Dios, como S. Pío V, que se le crispaban los cabellos cuando, efecto de su viva fe, se hallaba en la presencia de la Eucaristía; ni de otros bienaventurados, como un beato de mi Orden, cuyo nombre no tengo ahora presente, que en el divino Sacrificio daba fuertes palmadas sobre el Altar; ni asimismo de otros siervos de Dios, como cierto donadito del convento de Benisa (Alicante), que siempre que se hallaba ante la Hostia consagrada se le inflamaba el rostro de tal manera, que parecía abrasado por el fuego; veamos lo que la fe en la Eucaristía mandaba practicar á algunos bienaventurados, cuyas costumbres podemos copiar nosotros. Del glorioso S. Martín se refiere que, cuando salía de la iglesia, nunca daba las espaldas al Santísimo Sacramento; y de N. P. S. Francisco se escribe, que por cansado, fatigado ó enfermo que estuviese en el templo, jamás se arrimaba á las paredes ni á los bancos, por considerar que se hallaba ante el Rey de la gloria.

¡Oh Misterio de la fe! ¿qué deseáis os pida? Fe inquebrantable contra la cual se estrellen las furiosas olas de la impiedad y de la herejía, es lo que de Vos solicito. No permitáis Señor que vacilen mis creencias, pues antes prefiero morir mil veces que dudar de vuestra doctrina; fe para mi pueblo, fe para los católicos, fe para el mundo entero, con objeto de que os sirvamos para siempre. ¡perdón, Señor, para los incrédulos y paciencia para sufríroslos; celo en los misioneros para que los conviertan, á fin de que venga pronto vuestro Reino y Vos os sentéis sobre un trono desde el cual rijáis las conciencias de todos los hombres.

EJEMPLO

La presencia real de Cristo Sacramentado, base de la fe cristiana en el Sacramento del amor, ha obrado continuos prodigios. Refieren las Crónicas franciscanas (i) que el V. Fr. Tomás de Perogordo, lego profeso en la Orden del Serafín Llagado, tenía tanta fe en el Santísimo Sacramento, creía tan vivamente en su presencia real, y por consiguiente le amaba tanto que, en reverencia de este Divino Señor, jamás llevaba cubierta la cabeza lo cual practicaba también en medio de los rigores del invierno y de los abrasadores calores del verano; por manera que en cualquier parte que se encontraba adoraba en espíritu y verdad á la excelsa Eucaristía. Cuando tenía ocasión de verla en las iglesias derramaba en su presencia abundantes lágrimas. Finalmente, cuando iba á pedir limosna y sabía que en algún templo exponían á su Divina Majestad, entraba en él, se ponía de rodillas y en esta postura permanecía inmóvil, haciendo oración por espacio de siete ú ocho horas consecutivas, absteniéndose del desayuno y dejando de tomar alimento hasta la noche.

(i) P. González, P. VI, lib. 3. cap. 34.

XVIII

La Divina Eucaristía es nuestra Esperanza.

*Tu es spes mea.
Tú eres mi esperanza.*

SALMO CXLI, 6.

1. Sentada sobre rico trono, destacábase en el firmamento simbólico de la Iglesia, una señora enteramente agraciada que, con rostro sereno, frente despejada, clavados los ojos en el cielo, elevadas las manos en ademán de esperar alguna gracia, y vestida con precioso ropaje verde, sembrado de brillantes esmeraldas, repetía con claridad y sin interrupción estas frases: *Auxilium meum á Domino*. Mi auxilio viene del Señor. Ved aquí el exacto emblema de esa virtud tan dulce para el cristiano, de ese lenitivo de sus penas, de ese noviciado del paraíso: La esperanza.

2. ¿Qué frases emplearé en alabanza de este consuelo único del hombre? Qué vocablos serán suficientes para encomiarle? El hombre, aun el más criminal, abriga siempre alguna esperanza; confía en algún medio que le sacará de su mal estado; pero, ¡triste esperanza, si no se funda en Dios! dorada copa que oculta el veneno; dulce píldora con la que se traga la muerte; ella es, en este caso, entretenimiento falaz que no conduce sino á las puertas del infierno, como las promesas de salud, entreteniendo á un enfermo incurable, le acompañan al fondo del sepulcro. Por el contrario; cuando la esperanza es verdadera, cuando se fun-

da en el Eterno, cuando su objeto formal es Dios mismo, entonces, si á esta virtud se le agregan las buenas obras ¡qué felicidad tan inmensa para el que la ejercita! qué gozo tan hondo y qué paz tan envidiable!; es entonces vino generoso que conforta, leche deliciosa que sustenta y jardín ameno donde el cristiano se recrea y se deleita y en él descansa hasta que el reloj de la providencia da la hora feliz para despertar en la eternidad.

3. Tal es el verde ropaje con que los cristianos se cubren mientras vivimos en este destierro. La Esperanza: esa virtud sobrenatural por la cual, con verdadera confianza, esperamos la eterna dicha y los medios necesarios para obtenerla, es la que va á ocupar en este discurso nuestra atención, estudiada en el aspecto de que la Eucaristía es la dulce esperanza del cristiano. Con efecto; en este inefable Sacramento hallamos cifrada toda la esperanza de la Iglesia, porque, siendo el objeto primario y material de esta virtud el gozo eterno, la Eucaristía es prenda de él; es una señal, una dádiva, unas arras que nos certifican que alcanzaremos el paraíso, si la usamos convenientemente. El objeto material secundario de la esperanza son los medios necesarios que se han de poner en ejecución para lograr esa bienaventuranza; y en este caso la Eucaristía es el mejor medio para ser conducidos á la misma, es la carroza de fuego que, como al profeta Elías, nos llevará á la gloria. Finalmente, el objeto formal de la esperanza es Dios mismo, y en este concepto, también la Eucaristía es esperanza particular de los hijos de Dios, es el mismo Redentor á quien sin celajes hemos de adorar y gozar en el cielo.

Ved, por lo tanto, al Sacramento del Altar llenar cumplidamente los fines de la virtud de la esperanza. *Jesús Sacramentado es en esta vida, la esperanza del católico y de la sociedad cristiana.*

§. I.

Al final del Tratado III demostré que el Sacramento del Altar conduce al cielo, y causa la gloria eterna y es prenda de

la vida futura, y la bienaventuranza objetiva que hemos de poseer si nos salvamos. Allí mismo prometí que en este lugar estudiaría con más detención el punto que nos ocupa; pero, habiéndolo desarrollado en aquel lugar con alguna suficiencia, lo trataré aquí en el aspecto de que la Eucaristía es la esperanza del cristiano por ser prenda de la gloria futura.

1. Con efecto: Dios prometió al hombre que después de este destierro obtendría una felicidad imperecedera si guardaba sus preceptos; y esta hermosa promesa la confirmó con testimonios infalibles, comunicados á los patriarcas y profetas, y la corroboró con recompensas dadas al pueblo de Israel, y con prodigios obrados en su presencia, y con terribles castigos enviados á los enemigos de sus adoradores, y con su venida al mundo, patentizada con la santidad de vida, los vaticinios cumplidos y los milagros realizados. El pueblo de Dios ni tenía necesidad de mayores pruebas, ni menos derecho á exigir las á un Señor que por mera gracia le empeñaba su palabra; pero, ¡cuánta es la dignación del Infinito! á fin de que sus fieles servidores tuviesen una prueba más de la vida eterna que les prometiera, les regaló por dulce prenda la Santa Eucaristía; se dió á sí propio por señal sensible de que efectivamente cumpliría su palabra; pero, ¡qué señal! ¡qué prenda! El mismo premio dió por inestimable dádiva; la misma recompensa eterna prestó temporalmente para cederla después por toda una eternidad. En esta sublime acción revela el Señor un amor indecible al hombre; posee una gloria feliz, y se la ha prometido; quiere dársela al término de su carrera; mas el amor no conoce límites, ni tiempo, y por esta razón Dios, en uno de esos rasgos infinitos, ofrece al hombre esa misma gloria velada con pequeñas sombras de accidentes eucarísticos, y desea que cifre sus esperanzas en ella. Quien da algo por prenda de una promesa, ¿ha dado alguna vez el objeto mismo de esa donación?

5. ¡Ah! cuán excelentemente dijo el Apóstol (1) que «Je-

(1) Christus est in vobis spes gloriæ. Coloss. I, 27.

sucristo es *en nosotros* la esperanza de la gloria». Fijaos en esta bella frase que podía servir de hermoso tema á un discurso que la explanara. No dice que Jesucristo es para nosotros esperanza de la gloria; sino, «Jesús es en nosotros;» es decir: que el Salvador, que mora con nosotros en el Sacramento del Altar, ese mismo es dulce esperanza de la gloria. Llevado de esta bella idea es como Sto. Tomás, en su inmortal oficio del Corpus, exclamara: ¡Oh sagrado convite en el cual se nos da la Prenda de la gloria venidera; y S. Pedro de Alcántara (1), embebido en las dulzuras del Sacramento, manifestara sus sentimientos por estas palabras: Quería Jesús asegurar y dar á su Iglesia prendas de aquella bienaventurada herencia de la gloria para que, con la esperanza de su bien, pasase alegremente por todos los trabajos y asperezas de esta vida, porque es cierto, no hay cosa que tanto haga despreciar todo lo de acá como la esperanza firme de lo que gozaremos allá según lo significó el Salvador.... Pues para que la esposa tuviese una muy firme esperanza de este bien, dejola acá en prenda este inestimable tesoro que vale tanto como lo que allá se espera, para que no desconfiase que se le dará Dios en la gloria, donde vivirá toda en espíritu; pues no se le negó en este valle de lágrimas, donde vive en carne». Nada nos resta que añadir á esta explicación del extático de Alcántara, sólo, sí, bendeciremos con S. Pedro al Padre de N. S. Jesucristo, que según su grande misericordia nos da por su bendito Hijo la esperanza de una vida, donde se nos reserva una herencia incorruptible, incontaminable, y que jamás podrá marchitarse (2).

¿Quién al ver en lo sucesivo á la Divina Eucaristía no descubrirá inmediatamente la promesa de la vida eterna, puesto que es su invaluable prenda? Al cristiano, que adora á Jesús Sacramentado, deben asaltarle dos sensaciones de gozo: la primera es que se le ha prometido un feliz reposo en la eternidad, de lo cual puede estar cierto, porque

(1) Meditación de la instit. del Sacramento.

(2) I Petr. I, 3.

la Sagrada Hostia se lo acredita; y segunda, que la Eucaristía, sin celajes sacramentales, ha de ser ese mismo reposo, ese premio, esa gloria venidera. ¡Con qué amor, pues, no la adorará, con qué afecto no la estrechará, con qué satisfacción no se gozará en Ella!

§. II.

6. Si la santa virtud de la esperanza inclina al cristiano á aguardar con certidumbre el cielo, Jesús Sacramentado es medio para llegar á él; y con efecto, al cielo seremos conducidos si nos dejamos llevar de Jesús. Muchas virtudes y muchos medios depara la Iglesia de Dios para llevar á sus fieles como de la mano al bonancible puerto de salvación; pero estas virtudes y estos medios sólo ayudan en parte, mas no impelen con suave violencia según lo verifica Jesús desde el Sacramento. No tenéis más que considerar que, si la Eucaristía es en sí la propia bienaventuranza, que anhela por ser poseída, claro es que dará los medios conducentes al efecto, muy principalmente al que se los pida; Ella misma se constituye en excelente medio, y evidente es que no sólo es medio excelente, sino el óptimo, puesto que nadie mejor que Jesucristo Sacramentado, que puede, sabe y quiere llevarnos al cielo, desempeñará este gran ministerio.

Por cierto, Jesucristo Sacramentado es el mejor medio, ya que ha prometido darnos gracias y concedernos auxilios para que podamos llegar á la vida eterna; y porque los ha prometido, he ahí por qué el cristiano debe esperarlos de Jesús.

7. Pedir y esperar: esto es lo que resta al devoto del Sacramento. Pidamos sin intermisión, y esperemos confiadamente en la Divina Eucaristía. ¿Qué es lo que hace un enfermo delante del médico? Esperar que le sane. Mirad cómo tiene puestos los ojos en el doctor; con qué atención oye sus palabras, qué cuidado pone en sus prescripciones; observad y veréis qué confianza tiene en su ciencia. Esto considera, y mientras tanto espera resignado. ¿Cómo se porta un pobre delante de un rico? ¿Qué es lo que hace?

Esperar. Vedle en el umbral de la casa, humilde, los ojos fijos en el suelo, sin hablar palabra, sin quejarse, aguardando que salga un criado del potentado y le alargue una limosna: símiles que deberíamos poner en práctica al hallarnos en presencia del amoroso Sacramento. ¿Estamos enfermos? pidamos el remedio á Cristo Sacramentado y aguardémosle confiados. ¿Somos pobres? pidamos una limosna á este mismo Señor y aguardémosla pacientes. Jesús nos dará pronto ese remedio y esa limosna, si nos conviene. «¿Qué padre habrá, dice el Señor, que pidiéndole su hijo pan le dé una piedra, ó solicitando de él un huevo le presente un escorpión, ó manifestándole deseos de un pez le alargue una serpiente? Pues si vosotros, añade Jesucristo, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas á vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará bienes á los que se lo pidan (1)?» Ved, pues, cuál sea la promesa de Jesucristo. ¿Tendremos motivos para esperar confiados? ¿No sería una desgracia inmensa que perdiéramos los bienes conducentes á la salvación eterna por no solicitarlos, con la esperanza de alcanzarlos?

§. III.

8. La primera esperanza que apunté estribaba en la promesa del Salvador; pero de la que voy á ocuparme descansa únicamente en la caridad de Jesucristo. Confiamos en la primera porque nos es de utilidad; pero esperamos en la segunda porque el Sacramento del Altar merece, por ser quien es, que fiemos en Él. Á la manera que un buen hijo espera en su padre, no porque le vista y le mantenga, sino porque es su genitor, porque sabe que le ama, de la propia manera el cristiano debe esperar en la Divina Eucaristía. Ésta es la quinta esencia de la virtud de la esperanza y por la que el Señor queda más complacido. Pero por esta virtud no esperamos ya la bienaventuranza eterna ni los medios conducentes á ella solamente,

(1) Math. VII, 9, 10, 11.

sino más particularmente que se cumpla en nosotros la voluntad de Dios; que el Señor nos dé lo que más convenga. Cuando oréis, decía el Salvador, no pronunciéis muchas palabras á la manera que los gentiles, sino que diréis: Padre nuestro, etc. sobre todo: Hágase tu voluntad en nosotros. ¿Acaso no sabe vuestro Padre celestial lo que os conviene (1)?

9. Esta esperanza ha de ser esforzadísima, aunque temerosa. Debemos esperar en nuestro Dios Sacramentado con magnanimidad. En su confirmación dice el Espíritu Santo (2): «Tened confianza en el Señor y esperad en Él de todo vuestro corazón». Los que esperan de todo corazón en Jesús Sacramentado, son fuertes, todo lo vencen, pues por alguna razón dijo el Sabio (3) que «la palabra de Dios ó su divina promesa es escudo fortísimo para los que esperan en Él». Isaías hace una bella y acabada apología de la fortaleza de ánimo y de los bienes que adquieren aquéllos que esperan en el brazo divino. «Los que esperan en el Señor, dice, hallarán nuevas fuerzas, tomarán alas como águilas, correrán y no se fatigarán, andarán y no desfallecerán» (4). Por el contrario los que confían en sus propias fuerzas, los que no esperan en el Señor, se fatigarán, desfallecerán y serán eternamente confundidos.

10. Y qué, ¿no ha sucedido así? ¿no registran las historias sagradas y profanas en casi todas sus páginas hechos incontrovertibles, confirmadores de las palabras del profeta citado? Vedlo en David que, confiado en el Señor de los ejércitos y no en sus propias fuerzas, se presenta en el campo para matar al coloso Goliat, y tomando de su zurrón un redondo guijarro lo lanza á su enemigo en el nombre de Dios, y el soberbio gigante cae difunto al suelo (5). Vedlo dos veces en Acab que, oyendo la voz de un profeta que le aconseja no tenga temor de acometer al ejército de Benadad,

- (1) Math. VI, 7.
- (2) Prov., III, 5.
- (3) Prov. XXX, 5.
- (4) Isai. XL, 31.
- (5) I Reg. XVII, 45.

rey de Siria, arma á los valientes de Israel, y, esperando en el Señor de los ejércitos, se arroja sobre los sirios y deja en el campo á 100.000 de éstos, y huyendo 27.000, que quedaron en la ciudad de Afec, cayó sobre ellos el muro y los aplastó (1). Vedlo en Joab, generalísimo de las tropas de David, que, siendo enviado contra los ammonitas, dijo á Abisai su hermano, que mandaba otra parte del ejército:— Ten buen ánimo y peleemos con valor por nuestro pueblo y por las ciudades de nuestro Dios y el Señor hará lo que es bueno en su presencia (2) — y con este auxilio omnipotente consiguieron victoria completa de sus enemigos. Vedlo en Josafat que, esperando en Dios, venció á los ammonitas, á los moabitas y á los sirios (3); y en Ezequías que exhorta al pueblo á que espere en Dios y el Señor le envía un ángel que deja sin vida en el campo á 185.000 asirios (4); y en Amasías rey de Jerusalén, que confía en el Eterno y derrota á 1000 sciritas, pero luego desconfía de Él, adora los dioses y es vencido y hecho prisionero por Joas, rey de Israel (5).

¡Oh! cuanta verdad dijo el salmista al expresarse: «En ti esperaron nuestros padres y los libraste (6)». «No abandonaste á los que te buscaron (7)». Éste es el plan que el Altísimo usa con los que en Él esperan; mas, asimismo, tiene costumbre de abandonar al tremendo castigo y á la vergonzosa miseria á las naciones é individuos que confían en sus propias fuerzas y para nada se acuerdan de su Eterno Bienhechor. Bueno sería que refiriésemos aquí algunos hechos modernos que lo confirmasen; pero la historia está en manos de todos, y todos saben, á no ser que estén ciegos de entendimiento, que el individuo cuando pone la esperanza en Dios todos los asuntos resultan á satisfacción; que el ejército cuando confía, no en sus mausers, sino principalmente en el Señor de las batallas, se corona de gloriosos lau-

- (1) III Reg. XX, 28.
- (2) I Paralip. XIX, 13.
- (3) II Paralip. XX.
- (4) II Paralip. XXVII.
- (5) Id. XXV.
- (6) Ps., XXI, 5.
- (7) Ps., IX, 11.

reles; que las naciones cuando han esperado en el Criador han sido felices; y por el contrario, cuando todos éstos se han fiado de sí mismos con deshonor del Altísimo, no han experimentado más que una serie de calamidades y derrotas y trabajos sin cuento.

Confiemos, pues, en Jesús Sacramentado, nuestro Dios y Señor, nuestro Padre y Amigo; quien espera en Él jamás será confundido. Jesús es nuestra esperanza en esta vida, ya que, llevado de particular cariño hacia nosotros, se ha sacramentado para que depositemos en Él nuestra confianza.

II. Con efecto: dejando á un lado las lisonjeras esperanzas con que invita el mundo á sus admiradores, y de las que únicamente se obtienen frutos de amargo arrepentimiento, de cruel desengaño y con frecuencia de violenta desesperación, tended vuestra mirada á los asuntos del espíritu, y observad si hay algo que, aun cuando sea motivo de la esperanza cristiana, posea riquezas tan cuantiosas como las riquezas inmensas que posee Jesús Sacramentado. Fijaos en todos los siervos de Dios, en todos los bienaventurados; fijaos en María Santísima y en los Sacramentos de la Iglesia, si exceptuáis el del Altar, veréis cómo no llenan tanto el alma como éste, notaréis que, aun cuando tengan poderosos atractivos, aun cuando dulcifiquen el corazón, aun cuando sean algunos necesarios para la salvación, no obstante, puestos todos en una fiel balanza, no llegan á hacer subir el divino platillo eucarístico: es que Dios es la recompensa del hombre (1); y por ser la única recompensa, es también la mejor esperanza en esta vida. En Jesús Sacramentado se hallan todas las virtudes, la santidad de todos los justos, la gloria de todos los bienaventurados, los tesoros de la Virgen Santísima, Señora Nuestra, el valor de los demás Sacramentos, y aun los aventaja en grado infinito. Si, pues, estos medios de salvación eterna exigen del cristiano su esperanza; ¿cómo no lo exigirá Jesús Sacramentado? si en todos esos medios se debe cifrar una esperanza

(1) Genes. XV, 1.

adecuada á la virtud respectiva de los mismos; ¿cuál no deberá cifrarse en el Sacramento del Altar que contiene todo el mérito de aquéllos? Sólo Jesucristo Sacramentado lo puede obrar todo: puede santificar, puede salvar, puede dar la gloria eterna; y en efecto sólo Él la dará, según lo ha prometido; luego Él es la mejor esperanza del católico en esta vida.

12. ¿Con cuánta confianza no acudieron los santos á Jesús Sacramentado? N. P. S. Francisco se ponía en la presencia del Sacramento y le contaba todos sus pesares y aflicciones, pidiéndole el remedio de las mismas, y jamás sus esperanzas resultaron fallidas. El pontífice S. Pío V adoptaba sus resoluciones graves al pie del Sagrario, y no faltaron algunos que dijese que el Papa no podía dejar de acertar en sus empresas y negocios, pues las comunicaba con el Consejero del Tabernáculo. Todos los religiosos siervos de Dios, por prisa que tuviesen, no salían del convento sin ofrecerse antes á Jesús Sacramentado, y pedirle su bendición.

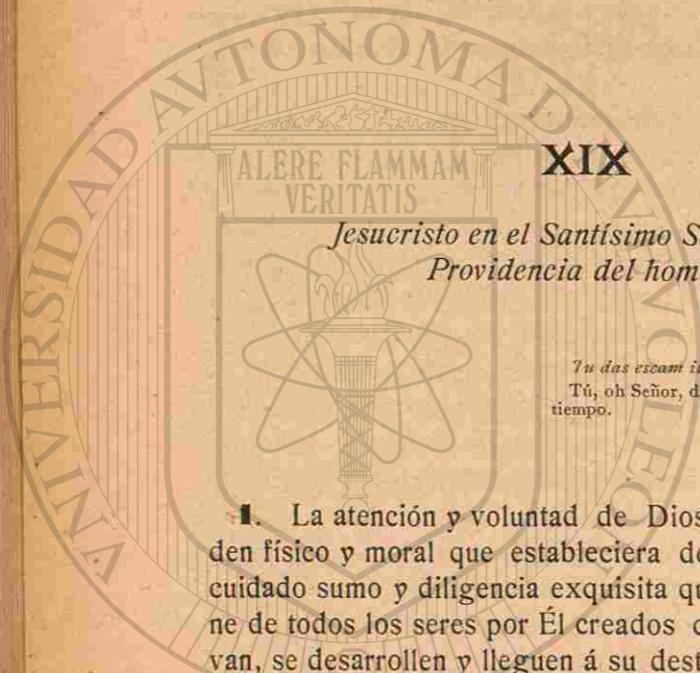
Imitémosles nosotros en cuanto podamos; sobre todas cosas, no desconfiemos de la bondad del Salvador; no desesperemos de su misericordia, ya que ha prometido escuchar benigno á los que á Él se llegan.

EJEMPLO

En cierto convento de Nápoles, aparecieron en el refectorio, sentados con orden y hábito de fraile, multitud innumerable de demonios. Noticioso el prior, y dudando bastante de aquella visión, puesta la confianza en Cristo Sacramentado, fué con sus religiosos á la sacristía, vistióse los sagrados ornamentos, y, dirigiéndose al Tabernáculo, tomó la Custodia del Sacramento. Ordenada la Comunidad en procesión, marchó al refectorio. Puesta allí con gran serenidad, el prelado, en nombre de Cristo Sacramentado conjuró á la visión, y cuál no fué el espanto de todos al ver que los que allí figuraban vestidos de regulares, bajaron las cabezas adorando al Sacramento, y desaparecieron inmediatamente! ¡Qué resultados tan favorables no se consiguen si hay confianza en la santa Eucaristía!—*Historia de la O. de Sto. Domingo.*

mente ligado. Esas bellas armonías del mundo moral en que, si la virtud fortalece al bueno, enflaquece al malo; en que, si el vicio corrompe al vicioso, corrige al desengañado; en que si los crímenes son verdugos de los pueblos, también vienen á ser la semilla de su restauración; en que es verdad aquello de que Dios de los propios males saca bienes. Esas misteriosas armonías del mundo espiritual en que si podemos condensar, en un momento dado, toda la creación en nuestro cerebro, asimismo podemos desparramar nuestro espíritu por todas partes; en que si pensamos, discurrimos; y si discurrimos, recordamos; y si recordamos, juzgamos, amamos ó aborrecemos con velocidad eléctrica. Esas prodigiosas armonías del mundo de ultratumba en que, si es cierto que el alma procede de una Causa primera é infinita, también lo es que se halla ligada estrechamente con todas las demás hermosas creaciones de esa portentosa Causa; en que si hay dulces esperanzas, es porque existen premios grandes; en que si existen remordimientos horribles es porque se aguardan terribles castigos.... ¡Ah! todos estos bellos contrastes, tan admirablemente enlazados, tan lógicamente relacionados, tan perfectamente ordenados, obedecen á la acción de la Providencia divina; son efectos de Ella; son la misma Eterna Providencia en acción.

2. Y si todo esto es así, si tanto cuidado tiene Dios de la creación en general, mucho más lo tendrá, debe tenerlo, del hombre para quien la creación se efectuó, y de la cual este mismo ente debiera ser su rey. Al efecto, Dios envió su Hijo al mundo para que fuera providencia especial del hombre; y en este concepto, el Hijo de Dios no sólo remedió, mientras estuvo en la tierra, las humanas necesidades, si que también levantó del polvo del pecado á la frágil naturaleza, y la sublimó hasta identificarla consigo. Pero la bondad del Salvador no paró aquí, fué más adelante, hasta rayar en lo heroico y en lo sublime. Suspendido en una cruz ignominiosa, necesita refrigerio y lo pide; lo que no alcanza para sí, lo obtiene para el hombre; y si permite que le alarguen amarga hiel por comida, y por bebida fuerte



XIX

*Jesucristo en el Santísimo Sacramento,
Providencia del hombre.*

Tu das escam illorum in tempore opportuno.
Tú, oh Señor, das el manjar de ellos en oportuno tiempo.

Ps. CXLIV, 15.

1. La atención y voluntad de Dios por conservar el orden físico y moral que estableciera desde un principio; el cuidado sumo y diligencia exquisita que el mismo Dios tiene de todos los seres por Él creados con el fin de que vivan, se desarrollen y lleguen á su destino correspondiente, podemos asegurar que es la Providencia divina. Esas encantadoras armonías del mundo físico en el que desde la más lejana estrella rutilante que sólo tiene movimiento de progresión, hasta el satélite más cercano á nosotros que gira en derredor de su planeta; desde las sombrías nimbus que envuelven cuidadosamente el agua de lluvia, hasta el fuerte viento que las empuja en todas direcciones para que en todas direcciones la viertan; desde el encendido relámpago que azota el espacio, hasta el violento trueno que le acompaña; desde el caudaloso río que se dirige hacia el mar, hasta las risueñas vegas por él regadas; desde las variadas producciones alimenticias que los reinos vegetal y animal ofrecen, hasta el número de vivientes que con ellas se han de sustentar, todo está admirablemente relacionado y fuerte-

vinagre, en su lugar concede al hombre su Cuerpo y su Sangre con los cuales desea mantener y regalar á la hechura de sus manos. ¡Contraste sublime! Jesucristo padece hambre y sed por sostener las fuerzas del hombre. Esta clase de excepcional providencia no la usó jamás el Omnipotente, que por esto tiene asimismo excepcional mérito, al que el hombre debe estar sumamente reconocido.

Estudíemos, por lo tanto, que *Jesucristo Sacramentado es Providencia del hombre*: 1.º en cuanto supremo regidor y conservador de lo existente; y 2.º en cuanto especial conservador de las almas justas. En el primer punto veremos á Jesucristo como Dios, obrando en todos los seres; en el segundo punto lo consideraremos como Dios-Hombre, obrando sacramentalmente en las almas.

§. I.

3. En todos los tiempos ha habido seres inconsecuentes que, fuese por crasa ignorancia ó por inconcebible sistema, se atrevieron á blasfemar del Omnipotente, negando su dulce acción sobre el mundo y sus criaturas; y no importa que entonces se llamasen epicureístas y que ahora se denominen racionalistas, ya que tanto éstos como aquéllos convinieron neciamente en la negación absoluta de la Providencia de Dios sobre el hombre. Mas no porque se niegue un dogma es menos cierto; á la Verdad le sucede lo que á las rocas del mar, que cuanto más combatidas de furiosas olas tanto más limpias y majestuosas aparecen. Debemos por este motivo atender á la idea misma de la Providencia, con exclusión de toda preocupación sistemática, y ella nos hará ver que, habiendo criado el Altísimo todas las cosas, no puede por menos de amarlas y conservarlas. En efecto: si los padres aman á los hijos que engendraron; si las aves tienen cuidado de los polluelos que incubaron; si cualquier inventor ama y conserva por ley natural su obra, ¿no amará Dios á los hombres sus hijos, no cuidará y conservará sus creaciones, no tendrá especial gobierno de aquéllas que son su directa fotografía, confeccionada por Él mismo y parte

de su propia existencia divina? ¿Qué autor ó trabajador, dice S. Ambrosio, tendrá negligencia en el cuidado de su obra (1)? Por cierto; en Dios, Autor de todo lo existente, no puede haber negligencia en el cuidado de sus bellas obras, porque esto destruiría su bondad inmensa. Además, si en Dios no hubiese Providencia provendría ó de que el Altísimo no conoce las cosas criadas, ó de que no puede proveerlas, ó de que pudiendo, no quiere; lo cual es un absurdo grosero, ya que lo primero repugna á su ciencia, lo segundo á su omnipotencia y lo tercero á su bondad infinita.

4. Las sagradas Escrituras exhiben preciosos testimonios que confirman este hermoso dogma. «¡Oh Padre, exclama la Sabiduría, tu Providencia lo gobierna todo. No hay otro Dios sino Tú que de todas las cosas tienes cuidado para mostrar que en tus juicios no hay injusticia alguna (2)»; de donde se deduce que el Altísimo lo dispone todo con suavidad (3), con justicia (4), con misericordia (5) y con peso y medida (6); y si es verdad que el corazón del hombre es el que dispone los caminos de sus propias obras, también es cierto que Dios dirige sus pasos (7). De todas nuestras cosas, hasta de las más insignificantes, tiene cuidado el Altísimo, quien por medio de su presencia infinita nos ve á todos, penetra hasta en lo más recóndito de nuestra naturaleza, examina los más diminutos pliegues del alma, observa nuestra constitución física, su temperamento; por otra parte no ignora el trabajo á que estamos constreñidos; atiende asimismo á la clase y condición de los alimentos, del clima, etc., disponiéndolo todo con exactitud, con orden, con bondad para que todos estos medios de vida nos ayuden á la conservación de nuestra existencia, y si alguna vez permite el mal físico es porque nos conviene. Nuestro reco-

(1) Lib. I de Ofic., cap. 13.

(2) Sap. XII, 13.

(3) Sap. VIII, 1.

(4) Id. XII, 15.

(5) Id. XV 1.

(6) Id. XI 21.

(7) Prov. XVI, 9.

nocimiento perfecto hacia el Creador y Conservador infinito debiera constar en todo momento.

5. El Omnipotente, sólo el Omnipotente dispensa su acción pródiga sobre todas sus obras. Él viste de hermosa púrpura á las flores, de vistosas hojas á los árboles, de variadas plumas á los pajarillos, de fuertes pelos á los irracionales, de plateadas escamas á los peces. Él abre secretamente las fuentes, dirige mansamente los ríos, señala barreras insuperables á los mares. Él teje la bella alfombra primavera del suelo, siembra los grandes arbustos y las eficaces yerbas medicinales en el monte; forma del reino vegetal un bello prado. Él proporciona sustento á los seres, así como les presta la vida y la energía; pues, ¿qué importa que la mano del hombre siembre el pequeño grano en terreno abonado si el Omnipotente no le envía la fresca lluvia á su tiempo ó niega las poderosas energías á la simiente para que dé su correspondiente fruto? ¡Ah! ni el que planta ni el que riega es algo, sino Dios quien da el incremento á las plantas (1). De nada serviría que el hombre se cansase trabajando física é intelectualmente si Dios le negase los necesarios medios de producción y conservación, medios que exclusivamente dependen de su dadivosa Mano. Pero la providencia divina va todavía más allá. Hay infinidad de plantas, infinidad de insectos, infinidad de pajarillos, infinidad de seres, en una palabra, de los cuales no hacemos el menor caso, porque ó no reparamos en ellos ó no los conocemos; pues bien, todos esos seres nos son útiles y necesarios: unos sirven para la nutrición de los demás, aquéllos para evitar enfermedades, éstos para proporcionarnos comodidades, y sólo el Señor los tiene presentes para el provecho del hombre. ¡Oh! cuán bueno es Dios!

6. Esta doctrina católica la predicó con insistencia el mismo Salvador á sus discípulos. Quería que nos desprendiésemos de los bienes terrenos, al menos con el afecto, y que nuestro corazón y nuestras atenciones en Él se prendie-

(1) I Cor. III, 7.

sen; quería que, como el salmista (1), depositásemos nuestros cuidados en su seno para que Él mismo proveyera nuestras necesidades; quería, en una palabra, que buscásemos primero el reino de Dios para recibir después las demás cosas por añadidura (2). Ved por qué razón nos dice: «No andéis afanados por la comida, ni por la bebida, ni por el vestido. ¿Acaso no es la vida más que la comida y el cuerpo más que el vestido? Mirad las aves del cielo que no siembran, ni siegan, ni allegan en trojes, y no obstante vuestro Padre celestial las alimenta. ¿Pues no sois vosotros más que ellas?... ¿Por qué andáis acongojados por el vestido? Considerad cómo crecen los lirios del campo: no trabajan, ni hilan. Os aseguro que ni Salomón con toda su gloria fué cubierto como uno de éstos. Pues si al heno del campo que hoy es y mañana es arrojado en el horno, Dios viste así ¿cuánto más á vosotros, hombres de poca fe (3)?»

No es que el Señor, por esta consoladora doctrina, prohiba el trabajo con el cual allegamos recursos para nuestra diaria subsistencia, ni que nos abandonemos á una criminal desidia; lo que prohíbe al cristiano, por ser práctica gentilíca, es el desmedido afán, aun lícito, por enriquecerse, pues tales cuidados turban la paz del alma y la alejan de Dios. Si todo lo existente es de Dios y sin Dios son inútiles los esfuerzos humanos, lo más lógico, lo más conforme con la Fe católica es la simultaneidad del trabajo por guardar el precepto divino y por obtener los haberes necesarios para la vida, y la esforzada confianza en Jesucristo nuestro Padre y Providencia quien, no ignorando nuestras necesidades, sabrá y querrá socorrerlas si le somos fieles.

7. Pero hay más todavía; el Altísimo no ha hablado jamás en el vacío; sus palabras se tradujeron en obras; sus promesas fueron cumplidas. Los individuos y los pueblos que confiaron en Dios, nunca fueron burlados. ¿Qué significa el maná con el cual fueron sustentados á satisfacción

(1) Ps. LIV, 23.

(2) Math. VI, 33.

(3) Math. VI.

los hebreos por espacio de cuarenta años en el desierto? ¿Qué significa el pan y el vaso de agua del profeta Elías con los cuales este siervo de Dios tuvo lo suficiente para peregrinar durante muchos días hasta llegar al monte Horeb? ¿Qué significa la harina y el aceite de la viuda de Sarepta, con los cuales esta pobre mujer remedió las necesidades domésticas y todavía le sobró lo suficiente para otras muchas? ¿Qué significa el pez que cogió Tobías en el mar con el cual satisfizo su hambre y curó la ceguera de su padre? ¿Qué significa el número de tantos religiosos de ambos sexos que sin bienes ningunos viven contentos hasta llegar á una senectud envidiable? ¿Qué significan, últimamente, tantas maravillas realizadas á favor de los justos de todos los tiempos, de las cuales se ha hecho Dios solidario, sino que nuestro buen Señor es pródigo para con los hombres y con especialidad para con sus amigos?

De ahí la confianza ilimitada que pusieron en Jesucristo los justos de todas las edades, y su confianza jamás salió fallida. Con un modesto vivir eran más ricos que los que se desvelan por acapararlo todo, puesto que contaban con las riquezas inmensas del que todo lo puede. Sus alcancias y sus trojes estaban en el cielo, donde la polilla y el orín entrar no pueden, y en sus penurias, si es que alguna vez las sufrían, acudían á la Mesa del Altísimo y eran socorridos.

S. Hay un punto en la doctrina católica sobre la divina Providencia que, aunque por vía de digresión, es preciso tocarlo antes de pasar á estudiar de lleno la amorosa providencia que sobre las almas ejerce el Hombre Dios Sacramentado. Estamos en unos tiempos de fría metalización, de grosero positivismo, en los cuales no se quiere ver más que con los ojos del cuerpo. Cuando acontecen dos hechos que coinciden entre sí, pero que de ningún modo estaban previstos, se suele decir: ¡Hombre, qué casualidad! y un filósofo católico que se hallara presente, debiera entonces responder: ¡Hombre, qué necedad! porque ciertamente es necedad inconcebible dar existencia á cosas que no son,

con detrimento de las que son. En efecto, la casualidad no existe realmente. Debemos, empero, distinguir la casualidad respecto de Dios, de la casualidad respecto del hombre: la primera no existe absolutamente; la segunda puede darse por la ignorancia del hombre sobre los futuros contingentes, los cuales, cuando coinciden, pueden ser casuales relativamente al hombre; pero que en manera alguna lo son en el orden real, ya que son lo que son y no otra cosa, y se envían para el fin que se envían y no para otro; y como la coincidencia de dos efectos son previstos y queridos por el Autor Supremo y los ha dispuesto para determinado fin, por esta razón no son fortuitos ó casuales, sino queridos por Dios.

De donde resulta que todo cuanto sucede al hombre, ora tenga razón de bien, ó de mal, á excepción del pecado, sucede porque Dios lo quiere y no de otro modo. El Texto sagrado no puede ser más evidente: «Ved que yo soy solo, dice el Señor, y no hay otro Dios sino yo; yo quitaré la vida y yo haré vivir, heriré y yo curaré, y no hay quien pueda librar de mi mano (1).» ¿Habría algún mal en la ciudad, añade por Amós, que el Señor no haya hecho (2)? ¡Quién sabe, dice el profeta Jonás, dirigiéndose á los ninivitas, si se volverá Dios y nos perdonará y se aplacará del furor de su ira y no pereceremos! Y vió el Señor las obras de ellos, prosigue este mismo profeta, cómo se apartaron de su mal camino y tuvo Dios misericordia acerca del mal que había hablado que les haría y no lo realizó (3). Palabras que no pueden ser más explícitas, y que nos llevan al más completo convencimiento de que el Eterno, á más de velar sobre los hombres, les envía los bienes como los males de pena, vivifica y mortifica, levanta y destruye, planta y arranca (4) según su voluntad divina. Y no es que el Señor se complazca en nuestros males; los envía para castigo de los individuos y de las sociedades unas veces, como los envía otras

(1) Deut. cap. XXXII, 39.

(2) Amós. III, v. 6.

(3) Jonás, III, 9 y 10.

(4) 1 Reg. II, 6.

los hebreos por espacio de cuarenta años en el desierto? ¿Qué significa el pan y el vaso de agua del profeta Elías con los cuales este siervo de Dios tuvo lo suficiente para peregrinar durante muchos días hasta llegar al monte Horeb? ¿Qué significa la harina y el aceite de la viuda de Sarepta, con los cuales esta pobre mujer remedió las necesidades domésticas y todavía le sobró lo suficiente para otras muchas? ¿Qué significa el pez que cogió Tobías en el mar con el cual satisfizo su hambre y curó la ceguera de su padre? ¿Qué significa el número de tantos religiosos de ambos sexos que sin bienes ningunos viven contentos hasta llegar á una senectud envidiable? ¿Qué significan, últimamente, tantas maravillas realizadas á favor de los justos de todos los tiempos, de las cuales se ha hecho Dios solidario, sino que nuestro buen Señor es pródigo para con los hombres y con especialidad para con sus amigos?

De ahí la confianza ilimitada que pusieron en Jesucristo los justos de todas las edades, y su confianza jamás salió fallida. Con un modesto vivir eran más ricos que los que se desvelan por acapararlo todo, puesto que contaban con las riquezas inmensas del que todo lo puede. Sus alcancías y sus trojes estaban en el cielo, donde la polilla y el orín entrar no pueden, y en sus penurias, si es que alguna vez las sufrían, acudían á la Mesa del Altísimo y eran socorridos.

S. Hay un punto en la doctrina católica sobre la divina Providencia que, aunque por vía de digresión, es preciso tocarlo antes de pasar á estudiar de lleno la amorosa providencia que sobre las almas ejerce el Hombre Dios Sacramentado. Estamos en unos tiempos de fría metalización, de grosero positivismo, en los cuales no se quiere ver más que con los ojos del cuerpo. Cuando acontecen dos hechos que coinciden entre sí, pero que de ningún modo estaban previstos, se suele decir: ¡Hombre, qué casualidad! y un filósofo católico que se hallara presente, debiera entonces responder: ¡Hombre, qué necedad! porque ciertamente es necedad inconcebible dar existencia á cosas que no son,

con detrimento de las que son. En efecto, la casualidad no existe realmente. Debemos, empero, distinguir la casualidad respecto de Dios, de la casualidad respecto del hombre: la primera no existe absolutamente; la segunda puede darse por la ignorancia del hombre sobre los futuros contingentes, los cuales, cuando coinciden, pueden ser casuales relativamente al hombre; pero que en manera alguna lo son en el orden real, ya que son lo que son y no otra cosa, y se envían para el fin que se envían y no para otro; y como la coincidencia de dos efectos son previstos y queridos por el Autor Supremo y los ha dispuesto para determinado fin, por esta razón no son fortuitos ó casuales, sino queridos por Dios.

De donde resulta que todo cuanto sucede al hombre, ora tenga razón de bien, ó de mal, á excepción del pecado, sucede porque Dios lo quiere y no de otro modo. El Texto sagrado no puede ser más evidente: «Ved que yo soy solo, dice el Señor, y no hay otro Dios sino yo; yo quitaré la vida y yo haré vivir, heriré y yo curaré, y no hay quien pueda librar de mi mano (1).» ¿Habría algún mal en la ciudad, añade por Amós, que el Señor no haya hecho (2)? ¡Quién sabe, dice el profeta Jonás, dirigiéndose á los ninivitas, si se volverá Dios y nos perdonará y se aplacará del furor de su ira y no pereceremos! Y vió el Señor las obras de ellos, prosigue este mismo profeta, cómo se apartaron de su mal camino y tuvo Dios misericordia acerca del mal que había hablado que les haría y no lo realizó (3). Palabras que no pueden ser más explícitas, y que nos llevan al más completo convencimiento de que el Eterno, á más de velar sobre los hombres, les envía los bienes como los males de pena, vivifica y mortifica, levanta y destruye, planta y arranca (4) según su voluntad divina. Y no es que el Señor se complazca en nuestros males; los envía para castigo de los individuos y de las sociedades unas veces, como los envía otras

(1) Deut. cap. XXXII, 39.

(2) Amós. III, v. 6.

(3) Jonás, III, 9 y 10.

(4) 1 Reg. II, 6.

para escarmiento, y siempre para el bien ulterior de los mismos.

Y qué, ¿podremos quejarnos acaso de esta misteriosa pero justa conducta? Oigamos al Apóstol que dice: «¿Quién resiste á la voluntad de Dios? ¡oh hombre! ¿quién eres tú para altercar con Dios? ¿Por ventura dirá el vaso de barro al que lo labró, por qué me hiciste así? Ó no tiene potestad el alfarero de hacer de una misma masa un vaso para honor y otro para ignominia? Él tiene misericordia de quien quiere y al que quiere endurece (1)». «Mas entender debéis que no endurece Dios dando la malicia sino dejando de conceder la misericordia (2). Y en esto como en todas sus obras resplandece la santidad y la justicia divina, porque siendo (3) toda la masa del género humano lodosa y corrompida, por esto, si Dios hace á unos para vasos de honor, misericordia es y por consiguiente justicia; y si hace á otros para vasos de ignominia, suma justicia es, porque la culpa no está en Dios sino en la naturaleza corrompida.» Así el Águila de Hipona.

Es indudable que cuanto sucede en el mundo es por la voluntad de Dios (4). Su providencia es universal; se extiende hasta las cosas más insignificantes, y su presencia infinita prueba esta verdad. Dios, por medio de su ciencia de visión, según quieren los teólogos, conoce las cosas pasadas presentes y futuras. En Él, lo mismo es ver que querer; es un acto simplicísimo; por esta razón cuando conoce una cosa la quiere ó inmediatamente por sí mismo ó mediante las criaturas, esto es: por las causas segundas. Nadie asegurará que Dios ignora los bienes y los males; luego los quiere en tanto los conoce, y estos últimos los quiere no directamente, ó por sí mismos, sino indirectamente ya que Dios únicamente quiere por sí mismo aquello que tiene razón de bien.

Su voluntad, esa voluntad absoluta que es eficaz y que

(1) Rom. IX.

(2) Epist. 105.

(3) Serm. 22 de verbis apost.

(4) S. Ligorio Prepar. para la muerte. Consideración. 36.

no depende de condición alguna, esa voluntad al propio tiempo consiguiente por la cual quiere simple y absolutamente, consideradas todas las circunstancias particulares, siempre se cumple y jamás se la puede resistir. Pues bien; según esta voluntad Dios ama la conservación del mundo, al menos hasta que no revoque sus altos juicios; luego ama también los males de naturaleza y pena, efectos de aquélla y necesarios al hombre degenerado.

Su concurrencia divina con las criaturas, esa concurrencia física, inmediata y simultánea á los actos de los vivientes, según la cual, Dios con su virtud omnipotente é infinita obra en nuestras acciones, palabras y pensamientos, porque en Él vivimos, nos movemos y somos, (1) prueba una vez más que nada sucede en este mundo, á excepción del acto moral pecaminoso, que no sea de la voluntad de Dios.

§. II.

9. ¡Cuán bella, pues, se ostenta, en general, la Providencia divina en la conservación del universo! Su acertado y placentero gobierno se extiende, no sólo á los racionales é irracionales, si que también á los vegetales y minerales. Por todos vela, á todos da, en todos obra con suavidad, con orden y con misericordia. Pero menester es no olvidar que el Altísimo, así como crió el universo para las necesidades físicas del hombre, crió también el hombre físico para el hombre moral ya que al hombre moral lo reservaba para sí. Por esta razón su providencia magnífica no termina únicamente en el mundo físico; la providencia ejercida en el mundo físico es, podemos decir, un ensayo de la providencia que debe ejercer en el mundo moral, en el mundo del humano espíritu. Aquí debía ostentarse bella, sublime, infinita, con una belleza mágica, con una sublimidad heroica, con una infinidad pasmosa. Aquel maná que, según declaré antes, había sustentado en el desierto durante cuarenta años á los israelitas, era la figura apropiada de la

(1) Act. XVII, 28.

providencia que el Señor tendría sobre el pueblo cristiano, no sólo por espacio de cuarenta años, sino durante muchos siglos. Y el maná era un hermoso emblema de la Sagrada Eucaristía, la cual es ciertamente esa providencia sublime del hombre moral. Manjar celestial del espíritu, que Dios nos ha deparado para que, comiéndolo, lleguemos á semeñarnos y hasta indentificarnos con Él.

¡Ah! si providencia divina es la atención y voluntad del Altísimo por conservar el orden físico y moral que Él mismo estableciera, ¿qué viene á ser la Santa Eucaristía sino esa finísima atención y esa adorable voluntad por conservar sano el corazón humano, por conservar limpio el humano espíritu á fin de que Dios pueda hacer de él sagrario precioso, mucho más precioso que el sagrario de los templos? Si providencia divina es la diligencia exquisita que el Criador tiene de todos los seres, ¿qué viene á ser la Santa Eucaristía sino ese solícito cuidado que Dios tiene del cristiano, para que con Ella y por Ella pueda llegar salvo al monte Sión? Y el Omnipotente conserva las criaturas enviándolas el manjar necesario; éstas esperan confiadamente en el Señor (1). Pues asimismo nosotros esperamos confiadamente en Dios que nos dará la comida del espíritu, y esta comida, ¿cuál es sino aquella de la que dice el mismo Jesucristo: «Mi carne verdaderamente es comida y mi sangre verdaderamente es bebida (2)»? pero comida y bebida para la vida del mundo, para la vida de los hombres; mas no para una vida temporal, sino para una vida eterna, porque el que come la carne y bebe la sangre de Jesucristo vivirá eternamente (3), siendo resucitado por el mismo Señor en el último día (3) para otorgarle la vida de la gloria.

10. Como la bella cualidad de la providencia divina consiste en la conservación oportuna de los seres, de ahí que la característica de la Santa Eucaristía consista también en el gobierno oportuno de las almas. «Abres, Señor, tu

(1) Ps. CXLIV. 15.

(2) Joan. VI. 56

(3) Joan., VI.

mano, exclama el vate coronado, y llenas de bendición á todos los vivientes, y todos aguardan de ti que les des la comida á su tiempo». Así podría exclamar otro tanto el pueblo cristiano, porque si esperamos y confiamos en la Comida eucarística, es precisamente porque, concedida con oportunidad, nos da el resultado apetecido.

¿Quién más necesitado que el hambriento que con mirada extraviada busca por todas partes un bocado reparador? Pues el cristiano lleva siempre su corazón hambriento de verdad, de luz y de vida, y la Comida de los Fuertes es la llamada en esos momentos á refocilar satisfactoriamente el corazón humano. ¿Quién más indigente que el sediento que, presuroso y en alas de sus voraces ansias, busca una fuente donde saciar su abrasadora sed? Pues el cristiano inquiere la felicidad, tiene sed de ella; y la felicidad se escapa de sus manos si no la bebe en ese manantial eucarístico de vida eterna. ¿Quién más pobre que el desnudo que se avergüenza de comparecer ante la sociedad? Pues el cristiano es ese ser desnudo de virtud individual y social si no se cubre con la fortaleza de la Eucaristía, que le defiende de las inclemencias del espíritu. ¿Quién más falto de descanso que el viajero fatigado que no llegó todavía al término de su peregrinación? Pues el cristiano es ese triste viajero que camina hacia la eternidad, y en su trayecto sólo Jesucristo Sacramentado es su descanso reparador si á Él acude en su penoso cansancio. ¿Qué género de providencia no ejercerá el Sacramento adorable cerca del cristiano? Para todas las humanas indigencias está el Sagrario abierto. Jesucristo oye por detrás de los velos eucarísticos y despacha las peticiones con oportunidad. No hay horas, ni días para el cristiano cuando se trata de ver á Jesucristo, cuando se trata de que Jesucristo sea su hermosa providencia, pues Él se nos da en el mejor tiempo si el cristiano sabe ó quiere buscarle.

Quien descansa sobre las suaves almohadas del Tabernáculo juntamente con Jesús, no siente amargura; para él todo es contento, al menos sabe sufrir con resignación las adversidades. Debemos por consiguiente esperar y confiar en Je-

460 TRAT. V.—DISC. XIX. EXCELENCIAS Y OFICIOS
 suscristo Sacramentado, con objeto de merecer los efectos de
 su bella y bendita Providencia.

EJEMPLO

Estando encargado S. Alfonso María de Ligorio de la dirección de su Comunidad, sucedió que, ya fuese por descuido del administrador del Convento, ya debido á la extremada pobreza que profesaban los religiosos, cierto día se vieron éstos en grave apuro, porque era llegada la mañana y sólo quedaban en la despensa dos panes. El citado siervo de Dios vió venir hacia sí al administrador, quien le contó con suma tristeza lo que pasaba. Sin inmutarse en manera alguna, le dijo que tuviese gran confianza en Dios el cual proporcionaría el alimento. Para el efecto le trajo á la consideración las amorosas palabras del Salvador, á saber: que si Dios no niega el sustento á los pajarillos mucho menos lo negaría á sus siervos. El despensero, no obstante, viendo que S. Alfonso no tomaba diligencia alguna por conseguir las viandas necesarias, se presentó de nuevo y añadió que no se encargaría más de administrar el pan á los religiosos por no verse en tanto desconsuelo. Entonces el varón de Dios con mucha tranquilidad de espíritu y más confianza en Jesucristo Sacramentado bajó á la sacristía, vistióse un roquete, salió con dirección al altar del sagrario, y arrodillado ante el Santísimo Sacramento, poseído de viva fe y con humildad profundísima, dijo al Señor: «Jesús de mi corazón; no tenemos pan». Prosiguió todavía murmurando algunas plegarias devotísimas, y cuando creyó que había obligado á Jesús á que le socorriera se retiró á su celda. Inmediatamente llamaron á la puerta, y corriendo el oficial para ver quién era encontró á una devota persona que de parte de cierta hacendada señora traía para las necesidades del Convento una suma respetable de dinero, con la cual, no solamente hubo para socorrer aquella indigencia, sino también para otras muchas. El milagro era completo. Jesucristo Sacramentado había proveído á S. Alfonso y á sus hermanos.—
In ejus vita.

FIN DEL TOMO VI
 A. M. D. G.

En atención al crecido número de fotograbados, á la inserción de varios decretos recientes, y á la publicación de algunos documentos importantes, adquiridos después de publicado el Plan de esta Obra, ha habido necesidad de aumentar un tomo, igual en volumen y precio á los anteriores, sobre los seis de que prometimos debería constar la ENCICLOPEDIA DE LA EUCARISTÍA.

ÍNDICE DEL TOMO SEXTO

PARTE IV Oratorio-ascético-mística de la Eucaristía

TRATADO V BELLEZAS DE LA DIVINA EUCARISTÍA

Introducción	Páginas. 5
------------------------	---------------

SECCIÓN I LA SANTA EUCARISTÍA CONSIDERADA COMO LA OBRA DIVINA POR ANTONOMASIA

DISCURSOS DE ACTUALIDAD DISCURSO I

La fe de la adorable Eucaristía es una fe eminentemente racional.—1. Todas las obras creadas confiesan admirablemente los divinos misterios.—2. Sólo el hombre, ha de reusar confesarlos? Voces de la incredulidad 7
 3. ¿Qué es misterio? En todas partes hay misterios.—4. Misterios en las ciencias humanas.—5. Misterios en el orden sobrenatural.—6. Como los misterios humanos, los divinos son posibles.—7. Porque son en alguna manera visibles.—8. El acto de creer es más conforme con la naturaleza humana que el acto de comprender.—9. Demuéstrase con ejemplos tomados de la ciencia y del arte.—10. Si es razonable creer sin comprender los misterios de la naturaleza, también lo será creer en los de la gracia, aunque no se comprendan.—11. El Misterio de la Eucaristía, al igual que los demás del Catolicismo, no está ex-

460 TRAT. V.—DISC. XIX. EXCELENCIAS Y OFICIOS
 suscristo Sacramentado, con objeto de merecer los efectos de
 su bella y bendita Providencia.

EJEMPLO

Estando encargado S. Alfonso María de Ligorio de la dirección de su Comunidad, sucedió que, ya fuese por descuido del administrador del Convento, ya debido á la extremada pobreza que profesaban los religiosos, cierto día se vieron éstos en grave apuro, porque era llegada la mañana y sólo quedaban en la despensa dos panes. El citado siervo de Dios vió venir hacia sí al administrador, quien le contó con suma tristeza lo que pasaba. Sin inmutarse en manera alguna, le dijo que tuviese gran confianza en Dios el cual proporcionaría el alimento. Para el efecto le trajo á la consideración las amorosas palabras del Salvador, á saber: que si Dios no niega el sustento á los pajarillos mucho menos lo negaría á sus siervos. El despensero, no obstante, viendo que S. Alfonso no tomaba diligencia alguna por conseguir las viandas necesarias, se presentó de nuevo y añadió que no se encargaría más de administrar el pan á los religiosos por no verse en tanto desconsuelo. Entonces el varón de Dios con mucha tranquilidad de espíritu y más confianza en Jesucristo Sacramentado bajó á la sacristía, vistióse un roquete, salió con dirección al altar del sagrario, y arrodillado ante el Santísimo Sacramento, poseído de viva fe y con humildad profundísima, dijo al Señor: «Jesús de mi corazón; no tenemos pan». Prosiguió todavía murmurando algunas plegarias devotísimas, y cuando creyó que había obligado á Jesús á que le socorriera se retiró á su celda. Inmediatamente llamaron á la puerta, y corriendo el oficial para ver quién era encontró á una devota persona que de parte de cierta hacendada señora traía para las necesidades del Convento una suma respetable de dinero, con la cual, no solamente hubo para socorrer aquella indigencia, sino también para otras muchas. El milagro era completo. Jesucristo Sacramentado había proveído á S. Alfonso y á sus hermanos.—
In ejus vita.

FIN DEL TOMO VI
 A. M. D. G.

En atención al crecido número de fotograbados, á la inserción de varios decretos recientes, y á la publicación de algunos documentos importantes, adquiridos después de publicado el Plan de esta Obra, ha habido necesidad de aumentar un tomo, igual en volumen y precio á los anteriores, sobre los seis de que prometimos debería constar la ENCICLOPEDIA DE LA EUCARISTÍA.

ÍNDICE DEL TOMO SEXTO

PARTE IV Oratorio-ascético-mística de la Eucaristía

TRATADO V BELLEZAS DE LA DIVINA EUCARISTÍA

	Páginas.
Introducción	5

SECCIÓN I LA SANTA EUCARISTÍA CONSIDERADA COMO LA OBRA DIVINA POR ANTONOMASIA

DISCURSOS DE ACTUALIDAD

DISCURSO I

La fe de la adorable Eucaristía es una fe eminentemente racional.—1. Todas las obras creadas confiesan admirablemente los divinos misterios.—2. Sólo el hombre, ha de reusar confesarlos? Voces de la incredulidad 7
 3. ¿Qué es misterio? En todas partes hay misterios.—4. Misterios en las ciencias humanas.—5. Misterios en el orden sobrenatural.—6. Como los misterios humanos, los divinos son posibles.—7. Porque son en alguna manera visibles.—8. El acto de creer es más conforme con la naturaleza humana que el acto de comprender.—9. Demuéstrase con ejemplos tomados de la ciencia y del arte.—10. Si es razonable creer sin comprender los misterios de la naturaleza, también lo será creer en los de la gracia, aunque no se comprendan.—11. El Misterio de la Eucaristía, al igual que los demás del Catolicismo, no está ex-

puesto al error como lo están los de la naturaleza.—12. Nuestros misterios son absolutamente necesarios.—13. El del Altar aviva nuestra fe.—14. Resumen y conclusión. 9

DISCURSO II

Jesucristo Sacramentado merece de justicia culto supremo de latria, y en nuestros días más que nunca, se hace preciso que este culto sea tributado por los católicos, y presenciado por los herejes.—1. Es indispensable que el hombre dé culto á Dios.—2. Y que lo dé también la sociedad.—3. Á Dios se le ha tributado culto en todo tiempo.—4. Esencia del culto divino.—5. De él debe participar Jesucristo Sacramentado 28

I.—6. Adoración debida á la Humanidad de Jesucristo S. N.—7. El Salvador fué adorado en su peregrinación mortal.—8. La misma adoración debe tributársele en el Sacramento.—9. Las sagradas Escrituras. La Tradición. La Iglesia.—10. Debe adorarse todo el Sacramento, sin distinción entre Jesucristo y las Especies.—11. Refutación de algunas herejías.—12. Adoración que los siglos cristianos tributaron á la Eucaristía 32

II.—13. Todo reclama que el católico se esmere por dar culto privado y público á Jesús Sacramentado.—14. De qué manera debe adorarse la Santa Eucaristía.—15. La familia y la sociedad tienen el deber de adorar colectivamente á Jesús Sacramentado.—16. Se hace preciso que la sociedad se dé cuenta del culto eucarístico.—17. Resumen y conclusión 44

DISCURSO III

Jesucristo Sacramentado se ha abierto y se abrirá paso por entre los individuos y las sociedades, á pesar de las dificultades creadas por el infierno y sus seculares enemigos.—1. El mundo, difunto por el egoísmo.—2. Su resurrección por el amor de Jesucristo.—3. Deseo y esperanza de los pueblos antiguos.—4. La Eucaristía, cifra del amor de Jesucristo 51

I.—5. Las instituciones humanas no dejan de ser temporales.—6. Solamente la Obra de Jesucristo es eterna.—7. La Hostia divina se abrió paso por entre los judíos.—8. Id. los gentiles.—9. Id. los herejes.—10. Id. los seudo filósofos.—11. Id. los revolucionarios 53

II.—12. La Eucaristía es una Obra eterna.—13. ¿Cómo se verificará esto?—14. Los que intentan atajar el paso á Jesucristo.—15.—La Santa Hostia no puede detener su marcha.—16. Los que pretendieron detenerla su hundieron en el caos.—17. Igual

suerte sufrirán los que en lo sucesivo intentaren lo mismo . . . 59

DISCURSO IV

Fuerza de atracción que posee Jesucristo Sacramentado sobre todos los hombres, y sobre todas las cosas.—1. La exaltación del Hijo del hombre sobre la tierra.—2. En dicho acto atrajo todas las cosas hacia sí.—3. Versión del texto griego. 66

I.—4. El hombre alejado de Dios por el pecado de origen y conquistado por la Eucaristía.—5. Jesucristo Sacramentado atrayendo á los judíos.—6. Id. á los gentiles.—7. Id. á los bárbaros.—8. Id. á los salvajes de América.—9. Id. á los salvajes de otras regiones.—10. Id. á los herejes.—11. Id. á los pecadores. 12. Id. á los misioneros.—13. Id. á los ángeles buenos y malos. 68

II.—14. Sobre las ciencias.—15. Sobre las artes.—16. Sobre los irracionales y sobre la materia 81

DISCURSO V

Jesucristo Sacramentado, antídoto soberano de los perniciosos errores actuales, y del malestar general de las sociedades contemporáneas.—1. Estado moral de las sociedades contemporáneas. Desviación de la inteligencia humana.—2. Depravación del corazón humano.—3. Su remedio en Jesucristo Sacramentado. 88

I.—4. El error, asunto de siempre.—5. Panteísmo, naturalismo, racionalismo, é indiferentismo.—6. Su antídoto en Jesucristo Sacramentado.—7. Monumentos que lo comprueban.—8. El liberalismo y su remedio en el Sacramento del Altar.—9. Sociedades secretas.—10. Jesucristo Sacramentado eficaz medicina de las mismas. 91

II.—11. Descripción de este malestar general.—12. En el Sacramento del amor se halla el único remedio de estos males.—13. La caridad en los ricos y la paciencia en los pobres, virtudes que, resplandeciendo de un modo singular en Jesucristo Sacramentado, constituyen la única solución del problema actual.—14. Palabras de León XIII.—15. El termómetro del amor eucarístico.—16. Epílogo 100

DISCURSO VI

Jesucristo Sacramentado, base y sostén de la Unión tan suspirada de los católicos.—1. Concepto de la Unión.—2. La Unión por la causa de Jesucristo.—3. Series de católicos.—4. Sólo el amor de Jesucristo Sacramentado es el medio eficaz de realizar la Unión de católicos 106

- I.—5. Egoísmo de los católicos malvados.—6. Soberbia de los católicos ilusos.—7. Influencias del Sacramento eucarístico en la Unión de los católicos.—8. El Hombre Dios exige la Unión de los católicos por la Eucaristía.—9. Calidades de esta Unión.—10. La única solución para que ésta se efectúe consiste en que recurran los católicos a la Divina Eucaristía 109
- II.—11. Jesucristo perpetúa su amor latente en el Sacramento.—12. Porque a los católicos da vida.—13. Id. energía.—14. Id. ánimo.—15. Id. heroísmo.—16. Id. constancia.—17. Id. victoria.—18. Resumen y conclusión. 115

DISCURSO VII

Restauración de todo lo existente en Jesucristo Sacramentado.—1. Misterio sublime.—2. Jesucristo Sacramentado, ejemplar perfecto de los predestinados.—3. Todas las cosas necesitan ser restauradas en Cristo Sacramentado 124

- I.—4. El hombre y su fin.—5. Degradación del hombre en sus ideas, sentimientos y costumbres.—6. Degradación de la sociedad 127

- II.—7. El arte cristiano antiguo, representando a Jesucristo Sacramentado como perfecto modelo del hombre.—8. En el hombre Dios Sacramentado debemos restaurar nuestras ideas.—9. Id. sentimientos.—10. Id. costumbres.—11. Conclusión. 131

DISCURSO VIII

Soberana grandeza del Dios Hombre Sacramentado declarada por los divinos atributos: Atributos negativos; atributos positivos y morales.—1. Jesucristo, centro de toda grandeza.—2. Extensión de esta propiedad de Jesucristo al Santísimo Sacramento.—3. En este Sacramento, centro de toda belleza, ostenta el Salvador todos sus divinos atributos. 138

- I.—4. Unidad.—5. Simplicidad.—6. Infinitad.—7. Inmutabilidad.—8. Incomprensibilidad.—9. Inefabilidad.—10. Invisibilidad y visibilidad. 141

- II.—11. Eternidad.—12. Inmensidad.—13. Bondad.—14. Ciencia.—15. Volundad.—16. Misericordia.—17. Omnipotencia.—18. Justicia.—19. Providencia.—20. Pequeñez del hombre comparada con la grandeza del Dios Hombre presente en el Sacramento.—21. Conclusión. 148

DISCURSO IX

Hermosura de Nuestro Señor Jesucristo en el Santísimo Sacramento: en cuanto Dios, y en cuanto Hom-

bre.—1. Vana acepción de la hermosura.—2. Himno de la creación a la belleza de Jesucristo.—3. División del discurso. 159

- I.—4. El misterio de la hermosura.—5. La hermosura de las personas y de las cosas comparada con la de Jesucristo.—6. Jesucristo en cuanto Dios, inefable por su belleza.—7. Relaciones del Verbo con el Padre y el Espíritu Santo.—8. En el Sacramento brilla toda la Santísima Trinidad, pero el Verbo Divino brilla de singular modo.—9. Misterios de la Transfiguración, Resurrección y Ascensión del Señor subsistentes en el Sacramento del Altar. 162

- II.—10. Belleza del alma de Jesucristo Sacramentado.—11. Su entendimiento.—12. Su voluntad y memoria obrando en el Sacramento.—13. Sus dotes.—Impecabilidad.—14. Su gracia y virtudes.—15. Su mérito y satisfacción en el Sacramento.—16. Belleza del Cuerpo de Jesucristo Sacramentado.—17. Sus perfecciones y atractivos.—18. Las imágenes del Salvador en los primitivos tiempos de la Iglesia.—19. Belleza de la Obra por excelencia de Jesús Sacramentado.—20. Epílogo y conclusión. 170

DISCURSO X

La adoración a Jesucristo Sacramentado durante la noche es la Obra eucarística más simpática de todas las conocidas; y una de las necesidades imperiosas de los actuales tiempos.—1. Las noches de los mundanos y de los cristianos prácticos.—2. Jesucristo Sacramentado exige de estos últimos todavía más 183

- I.—3. Las noches de la creación.—4. Las noches de los antiguos patriarcas y profetas.—5. Las noches de los primitivos cristianos.—6. Las noches de los siervos de Dios.—7. Los Adoradores Nocturnos y sus noches.—Qué hacen, qué pretenden, qué esperan, qué consiguen. 186

- II.—8. Porque repara los agravios inferidos a Jesús en el Sacramento.—9. Porque se le hace grata compañía en su soledad.—10. Porque une a los católicos en estrecho lazo.—11. Porque engendra y fomenta la piedad, base de la humildad y de la caridad evangélicas.—12. Resumen y conclusión. 196

DISCURSO XI

Promover y difundir el culto de la Divina Eucaristía es la necesidad absoluta de nuestros tiempos, y la señal inequívoca de nuestra predestinación.—1. La salutación Alabado sea el Santísimo Sacramento.—2. Interés de la Iglesia por las instituciones eucarísticas. 206

- I.—3. Porque la Eucaristía es medio poderoso para reanimar la

	Páginas.
fe.—4. Porque es eficaz para hacer recobrar la esperanza.—5. Porque es á propósito para difundir la caridad.—6. Éste es el desco de la Iglesia.—7. Así lo han practicado los sabios y los santos.—8. Esto mismo debemos procurar todos.	208
II.—9. Porque con estos trabajos se ejercita el celo por la gloria de Dios.—10. Y por la salvación de las almas.—11. Porque todas las obras de piedad tienen su objeto y su fin en la Divina Eucaristía.	216
DISCURSO XII	
<i>Para el cristiano son suyas todas las cosas, porque en modo especial pertenece á Jesucristo Sacramentado.</i> —1. No somos de éste ó del otro partido político: somos de Jesucristo.—2. La acción social cristiana.	220
I.—3. El orden del universo.—4. Somos de Jesucristo, porque Jesucristo es de Dios.—5. Por esta sola razón todas las cosas están al servicio nuestro. El socialismo y comunismo contemporáneos.—6. Su refutación.—7. Verdadero sentido de las palabras: <i>Omnia vestra sunt</i> .—8. El Sacramento del Altar es el centro á donde converge todo lo existente.	223
II.—9. Jesucristo, considerado en la Eucaristía, tiene derecho por razón especial á que seamos todos suyos.—10. Derechos del cristiano debidos al místico desposorio con Jesucristo Sacramentado.—11. Reflexión.	227
DISCURSO XIII	
<i>La conducción solemne del Santísimo Sacramento es el triunfo del Catolicismo.</i> —1. Enhorabuena de los profetas á Jerusalén columbrando esta festividad.—2. Fué deseada por la Sinagoga y la Iglesia.—3. Motivos que tuvo ésta para instituirlo.—4. Fué establecida en el mejor tiempo del año.	233
I.—5. La fiesta de Corpus Christi es la más digna y en consecuencia la más solemne de todas las festividades, porque fué anunciada por Dios á Moisés y simbolizada en la fiesta de los Tabernáculos.—6. También, porque Jesucristo en este día nos profesa especialísimo amor, efecto de la pública exaltación que nosotros hacemos de su Divina Persona.—7. Los siervos de Dios celebraron este día con más suntuosidad y con mayor gozo que las demás festividades.—8. Es la más solemne porque la Iglesia ordena se celebre con toda la magnificencia posible.	236
II.—9. Adoración que merece el Santísimo Sacramento.—10. Le tributa adoración festiva la naturaleza.—11. Otro tanto practica la Iglesia.—12. Qué deberemos hacer nosotros?	241

SECCIÓN II

EXCELENCIAS Y OFICIOS DE LA SANTA EUCHARISTÍA CONSIDERADA
COMO SACRAMENTO

ASUNTOS PREDICABLES Y DE AMENA LECTURA EN FORMA DE DISCURSOS

I

**Jesucristo en el Santísimo Sacramento
es nuestro Padre**

1. Era necesaria la S. Eucaristía para que Jesucristo, habiendo subido al cielo, continuara en la tierra el ministerio de Padre.	247
§. I.— <i>Un verdadero padre debe haber engendrado á su hijo.</i> —2. El Verbo divino, engendrando el alma racional en el cuerpo del hombre.—3. Jesucristo Crucificado, engendrando la vida de la gracia á los hombres en la cruz.—4. Jesucristo Sacramentado, engendrando la vida de la gracia en el alma humana por la Comunión sacramental.	248
§. II.— <i>El buen padre mantiene de sus bienes á sus hijos.</i> —5. Jesucristo mantiene al cristiano con su Cuerpo y Sangre.—6. Con éstos les entrega todas sus riquezas.—7. El pan nuestro de cada día.	251
§. III.— <i>El verdadero padre educa y socorre á sus hijos.</i> —8. Así lo efectúa Jesús Sacramentado.—9. Socorre tanto las necesidades espirituales como las temporales, si éstas convienen.—10. Nos defiende de los peligros.—11. Desea que le llamemos Padre.—12. Autoridades que confirman el asunto presente.—Ejemplo.	253

II

**Jesucristo en el Santísimo Sacramento
es nuestro Rey**

1. Lo que no haría un príncipe temporal.—2. Lo que hace Jesucristo.	259
§. I.— <i>Dios Padre constituyó desde la eternidad á Jesucristo por Rey de todos los pueblos.</i> —3. Era necesario que Dios fuese reconocido y adorado.—4. Que el hombre fuese redimido y perdonado.—5. Que Dios y el hombre se uniesen con vínculo perfecto.—6. Para esto era indispensable que Jesucristo fuese Rey de los hombres.—7. Testimonios de los profetas.—8. Id. del Evangelio.	261
§. II.— <i>El Salvador es Rey en el Sacramento del Altar, y</i>	

su reinado es de reparación.—9. Tres dotes en un monarca: Justicia.—10. Compasión.—11. Mansedumbre. Referencia de estas virtudes á Jesús Sacramentado.—12. Sufrimientos del Salvador á causa de los hombres.—13. La reparación, hija del amor.—Ejemplo 269

III

Jesucristo en el Santísimo Sacramento es nuestro Señor

1. El nombre de Señor, exclusivo de Dios 272
- §. I.—*Con motivo de haberse encarnado el Verbo corresponde á Jesús en el Sacramento.*—2. Autoridades del antiguo Testamento.—3. y del Nuevo.—4. Jesús en el Sacramento: Señor nuestro. 273
- §. II.—*De qué modo Nuestro Señor Jesucristo ejerce el oficio de Señor en la Eucaristía.*—5. Humildad del Salvador.—6. Diferencia de los que pretenden denominarse señores.—7. Doble humildad de Jesús.—Ejemplo 275

IV

Jesucristo en el Santísimo Sacramento es nuestro Hermano

1. El Redentor nivelado con los redimidos. 281
- §. I.—*El Eterno quiso que Jesús fuese Hermano de los hombres.*—2. Pruébese.—3. En la Eucaristía poseemos á este Divino Hermano. 282
- §. II.—*Jesucristo pretende ser Hermano nuestro.*—4. Lo es desde el Sacramento.—5. Lo es en la recepción del mismo.—6. Virtudes y propiedades que distinguen á los hermanos según la carne, y por consiguiente á Cristo Sacramentado.—7. Reflexiones de actualidad.—Ejemplo. 284

V

Jesucristo en el Santísimo Sacramento es nuestro Amigo

1. El corazón humano sujeto á las leyes del amor.—2. Volubilidad de este corazón 292
- §. I.—*Jesús Sacramentado es realmente amigo nuestro.*—3. Tendencia del Verbo divino á unirse con los hombres, y realización de esta unión mediante la Eucaristía.—4. El mismo Salvador llama amigos á sus discípulos 293
- §. II.—*Cómo es la amistad de Cristo Sacramentado.*—5. Es fiel y constante.—6. Está llena de dulzuras y consuelos inefa-

bles.—7. Testimonios de los santos.—8. Dilección de Jesús para con sus mismos enemigos.—9. Los verdaderos amigos del Sacramento han encontrado en Él todos los bienes.—10. Reflexión.—Ejemplo 298

VI

Jesús Sacramentado es nuestro buen Maestro

1. Indigencia del espíritu humano.—2. Objeto y fin de la ciencia del corazón 306
- §. I.—*Jesús Sacramentado es nuestro buen Maestro.*—3. La Ley del Evangelio.—4. Sabiduría de Jesucristo.—5. El Salvador, conocido por Maestro.—6. Este oficio lo desempeña en la Eucaristía 307
- §. II.—*Modos de que se vale Cristo Sacramentado para enseñar á los hombres.*—7. Modo ordinario.—8. Ejemplos.—9. Modo extraordinario.—10. Jesucristo, el mejor y más sabio Maestro.—11. Los estudios y los profesores del día.—12. Reflexión.—Ejemplo. 310

VII

Jesucristo Sacramentado, Fiel Esposo de las almas

1. El amor, antes y después de la caída del primer hombre.—2. El amor, ordenado de nuevo con mayor perfección por Jesucristo Sacramentado. 318
- §. I.—*El Salvador, por medio de la S. Eucaristía, Esposo de las almas cristianas.*—3. Desposorio y matrimonio espiritual.—4. Desposorios con Jesús mediante la Eucaristía.—5. Sacrificios del Redentor para poder realizar esta obra.—6. Se hizo Esposo nuestro mediante el Sacramento del Altar para que pudiésemos lograr en Él todas sus riquezas.—7. Amor de este divino Esposo.—8. Su correspondencia.—9. Unión con Jesús 320
- §. II.—*Diversas esposas del Sacramento.*—10. Amor de Jesús á las vírgenes.—11. Id. á las viudas.—12. Id. á las casadas.—13. Prácticas de los santos desposados con Jesucristo Sacramentado.—Ejemplo. 327

VIII

Jesucristo Sacramentado, único Pastor por excelencia de los individuos y de las sociedades

1. Los pastores disidentes no pueden ser legítimos pastores.

	Páginas
—2. Sólo Jesucristo Sacramentado es el Buen Pastor	332
§ I.— <i>El Buen Pastor en el Sagrario.</i> —3. Las Sagradas Escrituras.—4. Credenciales de Jesucristo.—5. El Salvador apacienta los hombres desde la S. Eucaristía.—6. Separándolos de los hombres contagiados con el error.—7. Buscando las ovejas extraviadas.—8. Tratándolas con dulzura.—9. Conquistando las que no son de su redil	334
§ II.— <i>El Buen Pastor en la Iglesia.</i> —10. Se asocia discípulos para hacerlos pastores.—11. Los malos pastores.—12. El pastor mercenario.—13. Nos conviene dejarnos apacentar de Jesucristo Sacramentado.—Ejemplo	341

IX

Jesucristo Sacramentado, dulce Huésped del alma

1. Simil de una buena disposición.—2. Excelencias de Nuestro Señor Jesucristo	345
§ I.— <i>El cristiano debe prepararse lo mejor que pueda para recibir al Divino Huésped.</i> —3. Jesucristo desea hospedarse en el corazón del cristiano.—4. Qué es lo que debe practicar el alma para y después de recibir al Smo. Sacramento?	346
§ II.— <i>Mercedes que Jesucristo dispensa cuando es hospedado sacramentalmente.</i> —5. Qué gracias dispensó al ser hospedado en su peregrinación mortal sobre la tierra?—6. Estas mismas otorga al cristiano que comulga dignamente.—7. S. Rafael y los dos Tobías, con relación á las gracias que dispensa Jesús y su correspondencia.—8. Reconvenciones y exhortación.—Ejemplo	349

X

Jesucristo Sacramentado es nuestro Consolador

1. El corazón humano busca el descanso.—2. Éste se halla solamente en Dios	355
§ I.— <i>Los profetas anuncian que Cristo Sacramentado es nuestro Consolador.</i> —3. Nuestro mejor bien, el Santísimo Sacramento.—4. Isaías.—5. Parábola de Sansón.—6. David	356
§ II.— <i>Las profecías, confirmadas con la práctica del Salvador.</i> —7. Jesucristo pasible, consolando.—8. Jesucristo Sacramentado consolando.—9. Consejos.—Ejemplo	360

XI

Jesucristo Sacramentado, seguro Refugio del cristiano

1. No hay felicidad fuera de Dios.—2. Dos clases de personas dignas de compasión	366
--	-----

	Páginas
§. único.— <i>De qué modo Jesús en el Sacramento es nuestro Refugio?</i> —3. El Salvador abre sus brazos para estrecharnos.—4. Estamos seguros á su lado.—5. Es nuestro defensor.—6. Su oración al Padre.—7. Desde el Sacramento nos da mucho más que fuera de él.—8. Frases de los santos.—9. La triple actitud eucarística del Señor, prueba que es nuestro refugio.—10. Reflexión.—Ejemplo	368

XII

Jesucristo Sacramentado, Modelo y Espejo de perfección

1. Contrabalanceo del espíritu y la materia en el hombre.—2. Sabiduría de Jesucristo al encarnar en el ser humano esta ley admirable	376
§ I.— <i>El Padre Eterno constituyó á Jesucristo Sacramentado modelo y espejo de perfección.</i> —3. Doctrina del Apóstol.—4. Argumento evidente	377
§ II.— <i>Lo constituyó también para que copiásemos sus virtudes.</i> —5. Ejemplo tomado del artífice.—6. Una suposición realizada.—7. Reflexión.—8. Dulzuras experimentadas ante la Eucaristía.—9. Testimonio de los santos.—Ejemplo	380

XIII

Jesucristo Sacramentado, Luz de la Iglesia Católica y del individuo particular

1. La principal causa de la maldad de los hombres, la ignorancia.—2. Su contrario, como remedio.—3. La luz que emite Jesús Sacramentado como remedio	384
§ I.— <i>El Sacramento del Altar, luz de la Iglesia Católica.</i> —4. Visión de S. Juan.—5. La Iglesia católica, faro luminoso.—6. Vaticinios de Isaías.—7. Los pueblos que se desviaron de la luz del Sacramento, sumidos están en el error y en los vicios	386
§ II.— <i>El Sacramento del Altar, luz de las almas cristianas.</i> —8. Simil tomado del astro solar.—9. Testimonio del Salvador.—10. Propiedades del sol aplicadas á Jesús Sacramentado.—11. Los mejores pensamientos se conciben á luz del Sacramento.—12. Autoridades de los doctores católicos.—13. El Sacramento proyecta su luz de un modo particular en los miembros de la Iglesia docente.—14. Luz recibida por los siervos de Dios.—15. Deprecación.—Ejemplo	389

XIV

Jesucristo Sacramentado, Médico de nuestras almas

1. La serpiente de metal.—2. Confianza que debemos tener en el Santísimo Sacramento. 395
- §. I.—*Jesucristo fué omnipotente médico del espíritu en su peregrinación sobre la tierra.*—3. Misericordia y omnipotencia.—4. Jesucristo, médico del alma 396
- §. II.—*Es médico en el Santísimo Sacramento del Altar.*—5. El Salvador, extendiendo su oficio de médico á todos los siglos.—6. ¿Cómo lo practica?—7. Cristo Sacramentado, médico y medicina al propio tiempo 398
- §. III.—*Es médico, particularmente cuando es recibido por los cristianos.*—8. Entra en nuestra alma para curarla.—9. De qué manera el amor de Jesús es en esta parte ilimitado?—10. Testimonios de los ascéticos.—11. Exhortación.—Ejemplo. 400

XV

La Santísima Eucaristía es universal Medicina del alma

1. Para apreciar la púrpura es preciso cotejarla con otra.—2. La púrpura de los sacramentos.—3. De su cotejo resulta que la más brillante es la Eucaristía.—4. Ésta derrama la gracia á torrentes 404
- §. I.—*Cristo Sacramentado es universal medicina del cristiano.*—5. El catolicismo posee medicamentos eficaces para el espíritu cristiano.—6. La Eucaristía preserva de las caídas graves.—7. Libra de las ligeras.—8. El cristiano enfermo debe acudir al Sacramento para que le cure.—9. Reflexión 406
- §. II.—*Excelencias de este eucarístico medicamento.*—10. Testimonios de los santos padres y doctores.—11. Id. de los autores místicos.—12. Encomios á este excelente medicamento.—13. Exhortación.—Ejemplo 410

XVI

Jesucristo sacramentado, Médico del cuerpo

1. Importancia de las curaciones sorprendentes de Lourdes. 414
- §. I.—*Jesucristo durante su peregrinación por el mundo fué médico del cuerpo.*—2. Curaciones evangélicas.—3. Jesucristo pasó haciendo bien. 415
- §. II.—*También lo es en su carrera eucarística, y más principalmente en nuestros tiempos de osado ateísmo; por*

- lo cual conviene demostrar nuestra confianza en la S. Eucaristía.*—4. Amor de Jesucristo á la Francia.—5. El Dr. Boissairie.—6. Curación ruidosísima.—7. Argumentos contra ella y defensa de las curaciones obradas en Lourdes.—8. Esperanza.—Ejemplo 417

XVII

La fe de la Iglesia Católica se cifra en la adorable Eucaristía

1. Símbolo de la virtud de la fe.—2. Su explicación.—3. El Sacramento del Altar contiene toda la Fe del Catolicismo 424
- §. I.—*Nuestra fe se compendia en el Santísimo Sacramento.*—4. Los sacramentos han sido instituidos en orden al de la Eucaristía; y los artículos de la Fe están contenidos en Ella 426
- §. II.—*Para creer y recibir este Misterio nos es necesario mayor grado de fe que para los demás sacramentos.*—5. La Eucaristía, Misterio de la fe.—6. Cuanto más profundo sea un misterio, tanto mayor grado de fe se necesita para creerlo.—7. No podemos percibir nada del Misterio de la Fe por los sentidos.—8. Necesitamos poseer mucha fe para recibirlo 428
- §. III.—*Por especial modo recibimos la fe del Santísimo Sacramento; y en tanto recibiremos mayores gracias en cuanto nos acerquemos al Sacramento con mayor fe.*—9. Qué es la fe?—10. Ésta es conservada y acrecentada mediante la Eucaristía.—11. De qué manera se conceden las gracias al cristiano?—12. Palabras de la Virgen Santísima y testimonio de los santos.—Ejemplo 432

XVIII

La Divina Eucaristía es nuestra Esperanza

1. Símbolo de la Esperanza cristiana.—2. Encomios de ella.—3. Qué es la esperanza cristiana? 438
- §. I.—*La Eucaristía, esperanza del cristiano por ser prenda de la bienaventuranza eterna.*—4. Promesa del Altísimo.—5. Palabras del Apóstol 439
- §. II.—*Jesús Sacramentado es además el mejor medio para ser conducidos á la bienaventuranza.*—6. Jesús nos lleva de la mano al cielo.—7. Pedir y esperar 442
- §. III.—*La Eucaristía es en esta vida esperanza particular de los hijos de Dios.*—8. Escribe esta esperanza en el amor de Cristo hacia nosotros.—9. ¿Cómo ha de ser esta esperanza?—10. Ejemplos.—11. Lo es por los méritos de Cristo.—12. Esperanza de los santos en el Sacramento.—Ejemplo. 443

XIX

**Jesucristo en el santísimo sacramento
es nuestra Providencia**

1. Definición de la providencia.—2. Cristo crucificado, providencia del hombre caído	448
§. I.— <i>Providencia de Cristo Sacramentado en cuanto supremo regidor y conservador de todo lo que existe.</i> —	
3. Razones que lo aclaran.—4. Las sagradas Letras.—5. Ejemplos tomados de la naturaleza.—6. Palabras de Jesucristo.—7. Confianza que debemos tener en el Omnipotente.—8. Es en tal manera pródigo que todas las cosas que nos suceden, á excepción del pecado, vienen directamente de su Mano	450
§. II.— <i>El Sacramento del Altar, providencia de las almas justas.</i> —9. La Sagrada Comunión, providencia riquísima.—10. Jesús Sacramentado se da al alma en el tiempo oportuno. Ejemplo	457

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

